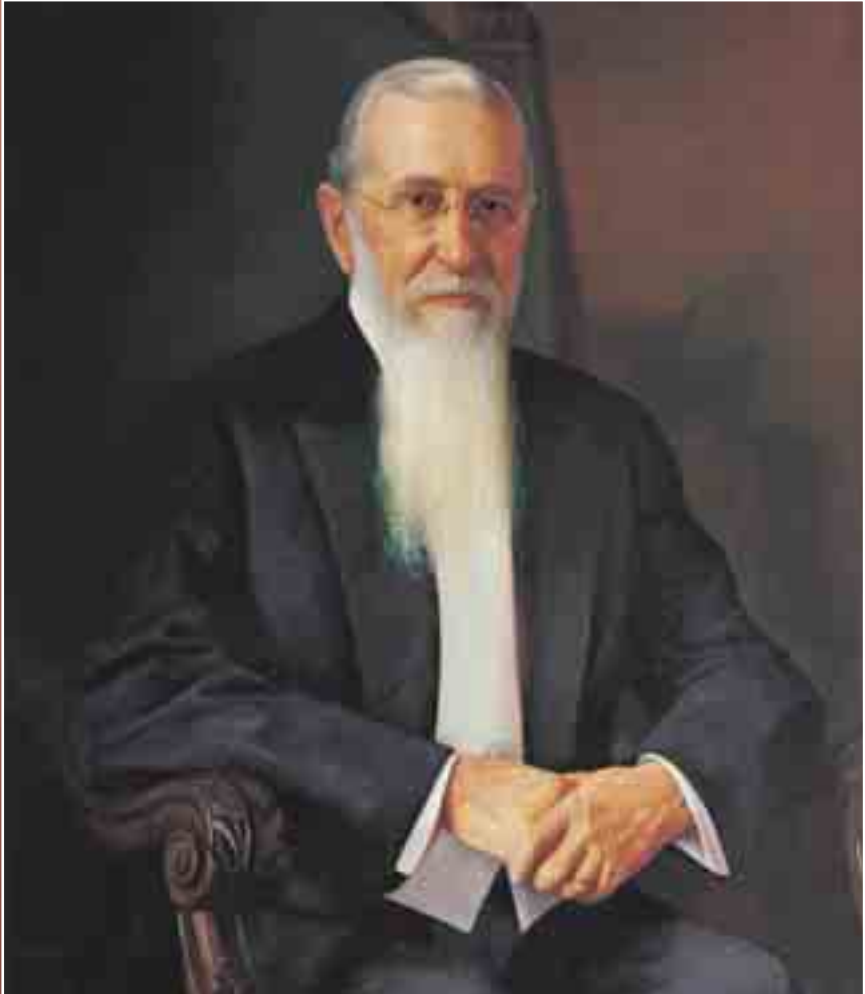




ENSEÑANZAS DE LOS
PRESIDENTES DE LA IGLESIA
JOSEPH F. SMITH





ENSEÑANZAS DE LOS PRESIDENTES DE LA IGLESIA

JOSEPH F. SMITH

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos
de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah, E.U.A.

Se agradecerán los comentarios y las sugerencias que desee hacer sobre este libro. Sírvase enviarlos por correo a: Curriculum Planning, 50 East North Temple Street, Floor 24, Salt Lake City, UT 84150-3200, USA; o por correo electrónico a: cur-development@ldschurch.org

Tenga a bien anotar su nombre, su dirección y el nombre de su barrio y de su estaca. No olvide indicar el título del libro. Haga constar sus comentarios y sus sugerencias con respecto a las virtudes del libro y a los aspectos en que podría mejorarse.

Página 10: José Smith

Cortesía de la Iglesia RSUD, Independence, Misuri

Página 32: Mary Fielding Smith, por Sutcliffe Maudsley

Cortesía de la familia de Don C. Corbett

Página 52: Ha resucitado, por Del Parson

© Del Parson

Página 156: Cristo y la mujer samaritana, por Carl Heinrich Bloch
Museo Nacional Histórico de Frederiksborg, Hillerød, Dinamarca

Página 250: Coro del Barrio Salt Lake 20

Utilizado con permiso de Utah State Historical Society.

Todos los derechos reservados

Página 295: Probadme ahora en esto, por Glen S. Hopkinson

© Glen S. Hopkinson

© 1999,2000 por Intellectual Reserve, Inc.

Todos los derechos reservados

Aprobación del inglés: 10/96

Aprobación de la traducción: 10/96

Traducción de Teachings of Presidents of the Church:

Joseph F. Smith Spanish



Índice de temas

Título	Página
Introducción	V
Reseña histórica	VIII
El ministerio de Joseph F. Smith	XI
1 Sé que mi Redentor vive	1
2 Un testimonio personal del profeta José Smith	11
3 La oración verdadera, fiel y ferviente	22
4 La influencia de las madres	31
5 La inspiración y la divinidad de las Escrituras	40
6 La fe: El fundamento de toda rectitud	50
7 La obra gloriosa del arrepentimiento y el bautismo	61
8 El Espíritu Santo	70
9 Nuestro deber misional	80
10 Jesucristo redime de la muerte temporal a todo el género humano	91
11 Jesús redime de la muerte espiritual al que se arrepiente	101
12 Valientes en la causa de Cristo	110
13 Sean fieles a la verdad para que no sean engañados	120
14 El ser ciudadanos leales	130
15 La salvación de los niños pequeños	137
16 El sacerdocio, gobierno divino	147
17 El gran plan de vida y salvación	157
18 La castidad y la pureza	166
19 La frugalidad, fundamento de la prosperidad	175
20 La unión eterna de marido y mujer	186
21 La Sociedad de Socorro: Divinamente organizada para el bien de los santos	197

22	Caridad en nuestra alma	207
23	Cómo se recibe un testimonio de Jesucristo	217
24	Sostengamos a los que han sido llamados a presidir	226
25	El presidente del sumo sacerdocio de la Iglesia	237
26	La santificación del día de reposo: Para que tu gozo sea cabal	247
27	Nuestra obra es la de salvar almas	257
28	El camino injusto del maltrato	267
29	No guardemos rencor a nadie	275
30	Sean receptivos a la inspiración del Espíritu	284
31	La obediencia a la ley del diezmo	294
32	La libertad por medio de la obediencia	304
33	Los hijos: La alegría terrenal más grande	316
34	Los sagrados templos del Señor	327
35	Procuren educarse en la verdad	336
36	La Palabra de Sabiduría: Una ley para la salud física y espiritual de los santos	346
37	Hijos e hijas del Eterno Padre	355
38	El servicio en la Iglesia	364
39	Cómo fortalecer a la familia en la noche de hogar	371
40	El Padre y el Hijo	379
41	La revelación continua es para beneficio de la Iglesia	388
42	Conquistémonos a nosotros mismos	397
43	El padre en el hogar	409
44	La preparación para la segunda venida de Cristo	417
45	El Evangelio brinda paz al mundo en tiempos turbulentos	427
46	La redención de nuestros muertos por medio del servicio en el templo	435
47	La integridad: Vivamos nuestra religión con todo el corazón	445
48	Cómo hallar descanso en Cristo	455
	Índice	465



Introducción

El presidente Joseph F. Smith prestó servicio en calidad de Autoridad General de la Iglesia durante 52 años: como miembro del Quórum de los Doce, como consejero de cuatro presidentes de la Iglesia y por 17 años como Presidente de la Iglesia. Enseñó el Evangelio restaurado de Jesucristo con elocuencia, con ternura y con convicción, instando a la gente a “vivir en armonía con los designios de nuestro Padre Celestial”¹. Caracterizó su ministerio su potente testimonio de Jesucristo: “He recibido el testimonio del Espíritu en mi propio corazón, y testifico ante Dios, ángeles y los hombres... que sé que mi Redentor vive”².

En la actualidad sus mensajes y sus sermones siguen brindando orientación divina en nuestro camino de progreso eterno. Nuestra obra en este mundo, dijo el presidente Smith, “es hacer el bien, poner fin a la iniquidad, exaltar la rectitud, la pureza y la santidad en el corazón de las personas e inculcar en el pensamiento de nuestros hijos, por sobre todas las cosas, el amor a Dios y a Su palabra”³. Él dijo que “ser Santo de los Últimos Días exige sacrificar las aspiraciones y los placeres mundanos; requiere fidelidad, fortaleza de carácter, amor a la verdad, firmeza para con los principios y el deseo ferviente de ver avanzar la verdad victoriosa”⁴.

La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles han establecido la serie Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia con el fin de que sirva a los miembros de la Iglesia para profundizar su comprensión de las doctrinas del Evangelio y se acerquen más a Jesucristo por medio de las enseñanzas de los profetas de esta dispensación. Este libro contiene las enseñanzas del presidente Joseph F. Smith, que dijo: “Para ser Santos de los Últimos Días, los hombres y las mujeres deben ser pensadores y trabajadores; deben ser hombres y mujeres reflexivos, hombres y mujeres que examinen detenidamente el rumbo de su vida y los principios que han escogido seguir... Ustedes verán que

cuando las personas entienden el Evangelio de Jesucristo, andan con rectitud, de acuerdo con la palabra del Señor y con la ley de Dios, en estricta conformidad con lo que es constante, justo, recto y en todo sentido aceptable al Señor”⁵.

Cada capítulo contiene cuatro secciones: (1) una afirmación que resume brevemente el tema central del capítulo; (2) “De la vida de Joseph F. Smith”, que ilustra las enseñanzas del capítulo con un ejemplo de la vida del presidente Smith o de su sabiduría; (3) “Enseñanzas de Joseph F. Smith” presenta doctrinas importantes que se han extraído de sus numerosos mensajes y discursos; y (4) “Sugerencias para el estudio”, preguntas para alentar el estudio y la reflexión personales, así como para ampliar el análisis y aplicar las enseñanzas a nuestra vida en la actualidad.

Cómo emplear este libro

Para el estudio personal. Este libro tiene por objeto ampliar la comprensión individual de los miembros de la Iglesia en cuanto a los principios del Evangelio que el presidente Joseph F. Smith enseñó con convicción. Si cada uno de los miembros lee estas verdades con espíritu de oración y estudia con reflexión, recibirá un testimonio personal de ellas. Además, este volumen se sumará a la biblioteca de textos sobre el Evangelio de cada uno de los miembros y les servirá de importante fuente de consulta tanto para la enseñanza de la familia como para el estudio en el hogar.

Para analizar en las reuniones dominicales. Este libro es el texto de estudio de las reuniones de quórumes del Sacerdocio de Melquisedec y de las reuniones de la Sociedad de Socorro. Los maestros deben concentrarse en el contenido del texto y en los pasajes de las Escrituras relacionados con el mismo, y valerse de las preguntas que figuran al final del capítulo para animar a los miembros de la clase a participar. El examinar las preguntas antes de estudiar las enseñanzas del presidente Smith brindará una comprensión más amplia de dichas enseñanzas.

Las reuniones dominicales deben concentrarse en los principios del Evangelio, en ejemplos personales que enseñen esos principios y en los testimonios de la verdad. Si los maestros procuran con humildad obtener el Espíritu al preparar y al impartir

la lección, se fortalecerá el conocimiento de la verdad de todos los que participen. Los maestros deben recordar a los miembros de la clase que lleven a las reuniones sus respectivos ejemplares del libro y mostrar, asimismo, deferencia hacia la preparación de los miembros al enseñarles las palabras del presidente Joseph F. Smith. Tras haber leído el capítulo con anticipación, los miembros de la clase estarán preparados para instruirse y edificarse unos a otros.

No es necesario ni se recomienda que los miembros compren textos adicionales de comentarios o de referencias para complementar el material del libro. Se insta a los miembros a leer los pasajes de las Escrituras que se sugieren para ampliar el estudio de la doctrina.

Puesto que este texto está diseñado para el estudio personal y para referencia del Evangelio, muchos de los capítulos son demasiado largos para tratarlos en su totalidad en clase. Por esa razón, el estudio en el hogar es esencial para recibir la plenitud de las enseñanzas del presidente Smith.

Se espera que, al estudiar este texto, usted llegue a conocer a aquel humilde, fiel e intrépido profeta de Dios, el presidente Joseph F. Smith. Que acepte su consejo de “escoger lo recto porque es lo recto y porque su corazón ama lo recto, y por motivo de que es superior a todo lo demás”⁶. Que se una al presidente Smith cuando él testificó del poder del Evangelio de Jesucristo: “Nuestra fe en las doctrinas que han sido restauradas... nos confirma y nos fortalece, y establece, fuera de toda duda, nuestra fe y creencia en la divina misión del Hijo de Dios”⁷.

Notas

1. Deseret News: Semi-Weekly, 6 de feb. de 1893, pág. 2.
2. Gospel Doctrine, quinta edición, 1939, pág. 447.
3. Gospel Doctrine, pág. 141.
4. “Editor’s Table: Principle, Not Popularity”, Improvement Era, julio de 1906, pág. 733.
5. En “Conference Report”, octubre de 1910, págs. 3–4.
6. Deseret News: Semi-Weekly, 6 de febrero de 1893, pág. 2.
7. Gospel Doctrine, pág. 478.



Reseña histórica

Este libro no es una historia sino más bien una compilación de los principios del Evangelio que enseñó el presidente Joseph F. Smith. Pero, a fin de poner las enseñanzas en un marco histórico, se da la lista que aparece a continuación como resumen de algunos de los acontecimientos más sobresalientes de su vida que guardan la más estrecha relación con sus enseñanzas. En este resumen se omiten algunos eventos importantes de su vida personal, entre ellos, sus casamientos (se practicaba el matrimonio plural en la Iglesia en aquel entonces) y el nacimiento y el fallecimiento de sus hijos, a los que quiso entrañablemente. ¹

- 1800, febrero 9: Hyrum Smith, padre de Joseph F. Smith, nace en Tunbridge, Vermont.
- 1801, julio 21: Mary Fielding, su madre, nace en Honeydon, Inglaterra.
- 1837, diciembre 24: Casamiento de Hyrum Smith y Mary Fielding, en Kirtland, Ohio.
- 1838, noviembre 13: Nace Joseph F. Smith en Far West, Misuri.
- 1844, junio 27: José y Hyrum Smith son martirizados en la cárcel de Carthage (5). (Los números entre paréntesis indican la edad de Joseph F. Smith).
- 1846, septiembre–septiembre 1848: La familia de Mary Fielding Smith viaja en carromato desde Nauvoo, Illinois, hasta el Valle del Lago Salado (7–9).
- 1852, mayo 21: Joseph F. Smith es bautizado por el presidente Heber C. Kimball (13).
- 1852, septiembre 21: Mary Fielding Smith muere en Salt Lake City (13).
- 1854–1857: Cumple una misión en las Islas Sandwich (Hawai) (15–19).
- 1860–1863: Cumple una misión en Gran Bretaña (21–24).

- 1864: Cumple una misión especial en Hawai con los élderes Ezra T. Benson y Lorenzo Snow (25–26).
- 1865–1866: Es miembro de la asamblea legislativa territorial; también lo es en 1867–1870, 1872, 1874, 1880 y 1882.
- 1866, julio 1: Es ordenado apóstol y es llamado como consejero de la Primera Presidencia (27).
- 1867, octubre 8: Es apartado como miembro del Quórum de los Doce Apóstoles (28).
- 1874–1875, 1877: Es llamado dos veces como presidente de la Misión Europea (35–36, 38).
- 1877, agosto 29: Fallecimiento del presidente Brigham Young en Salt Lake City (38).
- 1880, octubre 10: Es sostenido como Segundo Consejero del presidente John Taylor (41).
- 1887, julio 25: Fallecimiento del presidente John Taylor en Kaysville, Utah (48).
- 1889, abril 7: Es sostenido como Segundo Consejero del presidente Wilford Woodruff (50).
- 1890, septiembre 24; octubre 6: Se recibe el Manifiesto; la Iglesia acepta la Declaración Oficial—1 (51).
- 1893, abril 6: Dedicación del Templo de Salt Lake por el presidente Wilford Woodruff (54).
- 1898, septiembre 2: Fallece el presidente Wilford Woodruff en San Francisco, California (59).
- 1898, septiembre 13: Es sostenido como Segundo Consejero del presidente Lorenzo Snow (59).
- 1901, octubre 10: Fallecimiento del presidente Lorenzo Snow en Salt Lake City (62).
- 1901, octubre 17: Es ordenado y apartado como Presidente de la Iglesia (62).

- 1901, noviembre 10: Es sostenido como Presidente de la Iglesia en una conferencia especial (62).
- 1906, julio–septiembre: Primer Presidente de la Iglesia que viaja por Europa durante su administración (67).
- 1909, noviembre: La Primera Presidencia hace pública la exposición doctrinal “El origen del hombre” (70).
- 1911: La “YMMIA” (Asociación de Mejoramiento Mutuo de los Hombres Jóvenes) adopta el programa de los Boy Scouts al que se llamó “MIA Scouts” (Scouts de la Asociación de Mejoramiento Mutuo) (72).
- 1912: El Seminario Granite de Salt Lake City da cabida a las primeras clases del programa de seminario integrado al plan regular de enseñanza secundaria.
- 1913: La “YWMIA” (Asociación de Mejoramiento Mutuo de las Mujeres Jóvenes) adopta el programa de verano “Campfire Girls” (programa para las niñas similar al programa Scout para los niños); en 1914 es reemplazado con el programa anual de las Niñas Abejitas (74).
- 1913, julio 27: Dedicar el terreno para el Templo de Alberta (Canadá) (74).
- 1915, abril 27: La Primera Presidencia insta a los miembros a realizar la noche de hogar en forma regular (76).
- 1915, junio: Dedicar el terreno para el Templo de Hawai (76).
- 1916, junio 30: La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce hacen pública la exposición doctrinal “El Padre y el Hijo” (77).
- 1918, octubre 3: Recibe la visión de la redención de los muertos, que llegó a constituir Doctrina y Convenios 138 (79).
- 1918, noviembre 19: Fallece en la Casa de la Colmena en Salt Lake City (80).
- 1918: Datos estadísticos del fin del año: 495.962 miembros; 75 estacas; 839 barrios; 22 misiones.



El ministerio de Joseph F. Smith

Joseph F. Smith fue el sexto Presidente de la Iglesia y el último presidente que conoció personalmente al profeta José Smith. Dijo: “Pasé la niñez y la juventud ambulando sin rumbo con los del pueblo de Dios, padeciendo con ellos y regocijándome con ellos. Toda mi vida ha estado relacionada con esta gente”¹. Procuró de todo corazón conocer a Dios el Eterno Padre y a Su Hijo Jesucristo, y servirles con toda la dedicación del alma. Habiendo sido bendecido con un entendimiento profundo del Evangelio, pudo guiar a los de su pueblo en los principios de la verdad eterna y estabilizar la Iglesia a través de los ataques que recibió de los antagonistas en los primeros años del siglo veinte. Él deseaba ser “pacificador, un predicador de la rectitud”²; enseñó enérgicamente la obediencia y testificó basándose en su propia experiencia que “todos los que sean obedientes a los susurros del Espíritu... obtendrán un conocimiento más claro, más extenso, más directo y más contundente de las verdades de Dios que cualquier otra persona”³.

Una niñez alimentada por la fe.

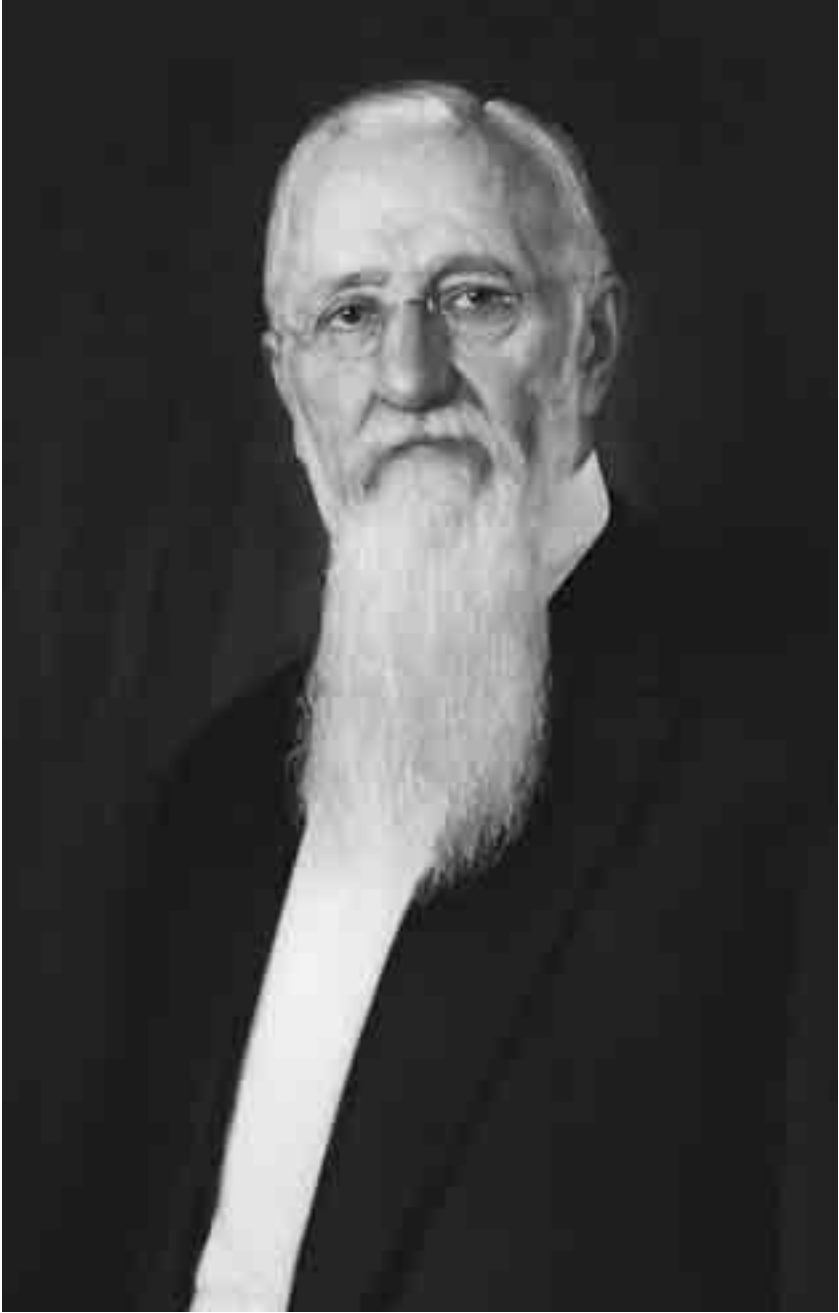
El primer hijo de Mary Fielding y Hyrum Smith, Joseph F. Smith, nació el 13 de noviembre de 1838 en Far West, Condado de Caldwell, Misuri, en medio de la persecución y de la pobreza. Dos semanas antes, una turba había hecho prisionero a su padre y lo encarceló injustamente. Durante cuatro largos meses, Hyrum Smith, su hermano el profeta José Smith y otros hermanos sufrieron privaciones en la cárcel de Liberty. Mary pensaba que habían arrebatado a su marido de su lado “en el momento en que yo necesitaba... más que nunca el cuidado y esmero bondadosos de un amigo como él; en lugar de ello, cayó repentina e inesperadamente sobre mí la responsabilidad de cuidar a una familia numerosa”. Procedente de Canadá, donde se había con-

vertido a la Iglesia, Mary contrajo matrimonio con Hyrum Smith después de la muerte de Jerusha, la primera esposa de él, y cuidaba a los cinco niños Smith cuando “llegó mi pequeño y querido Joseph F. a aumentar el número”⁴.

Cuando los santos fueron expulsados de Misuri durante el invierno de 1838–1839, Joseph F. era una criatura de brazos. Su padre todavía se encontraba en la cárcel y su madre se hallaba gravemente enferma cuando “tuvieron que trasladarla a lo largo de trescientos veinte kilómetros, y la mayor parte del camino en [su] cama”⁵. La hermana de Mary, Mercy Fielding Thompson, cuidó y amamantó al pequeño Joseph F. junto con su propia hija. Los santos hallaron refugio en Illinois, y el pequeño Joseph F. pasó la mayor parte de los primeros ocho años de su vida en Nauvoo, la ciudad que los santos edificaron en las riberas del río Misisipí. Allí, en el círculo de la familia Smith y de la comunidad de los santos, se crió recibiendo instrucción sobre el Evangelio de Jesucristo. “Se me enseñó a creer en la divinidad de la misión de Jesucristo”, rememoró posteriormente. “Lo aprendí de mi padre, del profeta José Smith, de labios de mi madre... y todos los días de mi niñez y a lo largo de toda mi vida, me he apegado a esa creencia”⁶.

Hyrum, el padre de Joseph F., ayudó al profeta José a adelantar la obra de la Restauración desde la organización de la Iglesia e incluso antes, cuando José traducía el Libro de Mormón. El Profeta confiaba plenamente en Hyrum, su hermano mayor, sobre todo en Nauvoo, donde Hyrum fue llamado por revelación a ser Patriarca y Presidente Auxiliar de la Iglesia. El Profeta dijo que Hyrum poseía “la docilidad de un cordero, la integridad de Job, y, en suma, la mansedumbre y la humildad de Cristo”⁷.

Al igual que su padre, Joseph F. manifestó un gran amor y una gran lealtad al profeta José Smith. En los últimos años de su vida, contaba a menudo los valiosísimos recuerdos que tenía de su tío de los años de su infancia y de continuo testificaba del llamamiento de José como el Profeta de la Restauración: “Ah, él estaba lleno de gozo, lleno de alegría, lleno de amor... Al mismo tiempo que jugaba con los niños y se entretenía con juegos sencillos e inocentes entre los hombres, también estaba en íntima comunión con el Padre y con el Hijo, hablaba con ángeles, y



Joseph F. Smith, sexto presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Pintura por A. Salzbrenner.

ellos lo visitaban y le daban bendiciones y dones y le conferían llaves de poder”⁸.

Joseph F. no había cumplido los seis años cuando su tío José y su padre Hyrum dieron la vida por el reino de Dios; fueron asesinados el 27 de junio de 1844 por un violento populacho. Nauvoo siempre le traía a la memoria “recuerdos sagrados del pasado, doblemente sagrados, preciados y espantosos al mismo tiempo, por el sagrado lugar de descanso de los restos de mi padre, y las atroces escenas que en aquella época (las cuales recuerdo vívidamente), iimpregnaron de tribulación y de horror el mundo de las personas honradas y llenaron diez mil corazones de pesar y de congoja!”⁹.

Después de la muerte de Hyrum, Mary y su hermana menor Mercy, que también era viuda, trabajaron juntas para atender a un gran número de niños y prepararse para unirse a los santos en el traslado hacia el Oeste. Joseph F. Smith recordaba que sus preparativos se vieron bruscamente interrumpidos en el otoño de 1846 cuando los amenazadores populachos los obligaron a huir “en balsa, a través del río Misisipí hacia Iowa, donde acampamos bajo los árboles y desde donde escuchamos el bombardeo de la ciudad. Habíamos dejado nuestra casa con todos los muebles y con todas nuestras pertenencias terrenales sin la menor esperanza de volver a verlas”¹⁰. La madre aseguraba reiteradamente a sus hijos: “El Señor abrirá el camino”¹¹, y la fortaleza de su convicción nutría la fe de ellos. “No nos encontrábamos muy lejos cuando oímos el tronar de los cañones al otro lado del río”, contaba el presidente Smith, “pero yo me sentía tan seguro en mi interior en aquellos momentos —tan seguro como puede sentirse un niño— de que todo estaba bien, de que la mano del Señor nos guiaba, tal como me siento hoy”¹².

Durante el viaje hacia el oeste con su familia, Joseph F. Smith vio a su madre hacer frente con fe a dificultad tras dificultad. Cuando el capitán de la compañía con la que viajaba insistió con aspereza en que la viuda sería una carga para toda la compañía, ella le hizo saber que haría su parte y que cuidaría de sí misma, y que incluso llegaría al valle antes que él. Y al final, ¡así fue! Como el encargado de los animales, el niño Joseph F. era muy consciente de lo importante que era el ganado de la familia, por

lo que nunca olvidó la ocasión en que su madre, por medio de la oración ferviente, localizó a un par de bueyes que se habían perdido. Posteriormente, contó que ella oró por una yunta de bueyes que “habían caído a tierra como si los hubiesen envenenado” para que se levantaran y siguieran avanzando, y “para el asombro de todos los que lo vieron”, los animales se “pusieron de pie y siguieron su camino”¹³.

Joseph F. condujo una de las yuntas de bueyes hasta entrar en el Valle del Lago Salado el 23 de septiembre de 1848. En ese momento, tenía nueve años de edad. Los Smith se establecieron en la parte sur de Salt Lake City, en Millcreek, y allí el jovencito Joseph F. trabajó según él mismo contó, como “conductor de carromatos, vaquero, labrador, encargado del regadío, segador con guadaña y armadura de guadaña, como cargador de leña, trillador, aventador de grano... [y] en todo tipo de tareas agrícolas”¹⁴.

Joseph F. Smith siempre abrigó con aprecio el trabajo y el sacrificio de su madre, así como su amor y su fe incomparables. Quedó desolado cuando, tras dos meses de enfermedad, ella falleció a los cincuenta y un años de edad. “Después de la muerte de mi madre siguieron dieciocho meses —desde el 21 de septiembre de 1852 hasta abril de 1854— que se convirtieron en un tiempo peligroso para mí”, le escribió posteriormente a un amigo de la infancia. “Yo era casi como un cometa o un meteorito abrasador, sin fuerza de gravedad que me hiciera mantener el equilibrio o que me guiara dentro de límites aceptables”. “Sin padre y sin madre”, a los trece años de edad, contó que no estaba “del todo sin amigos”¹⁶. Su “queridísima y siempre recordada tía Mercy R. Thompson”¹⁷ siguió criándolo y nunca olvidó la solicitud que le dieron Brigham Young, Heber C. Kimball y George A. Smith, primo de su padre este último. Joseph F. dijo de ellos que eran hombres “a los que aprendí a querer como quise a mi padre, por su integridad y amor a la verdad”¹⁸.

Llamado a cumplir una misión en Hawái.

Cuando en la conferencia general de abril de 1854 la Primera Presidencia anunció que Joseph F. era llamado a unirse a un grupo de misioneros que pronto partiría al campo misional, él puso

en ejercicio la fe que había reunido durante la niñez y “respondí de buena gana” al llamamiento. Más tarde reflexionó agradecido: “Los cuatro años de mi misión en las Islas Sandwich me restituyeron el equilibrio mental y emocional, y establecieron firmemente las leyes y los límites que han regido mi vida subsecuente”¹⁹.

El élder Joseph F. Smith llegó a Honolulu, Islas Sandwich (Hawai), el 27 de septiembre de 1854, unas seis semanas antes de cumplir los dieciséis años. Habiendo sido asignado a la isla de Maui, pronto se quedó solo en Kula, para vivir entre la gente y aprender la lengua y la cultura. El joven élder dijo después: “Busqué con fervor el don de lenguas¹¹, y por medio de este don y del estudio, cien días después de haber desembarcado en esas islas, pude hablar a la gente en su propio idioma como ahora les hablo a ustedes en mi lengua materna”²⁰. La extraordinaria soltura con que llegó a hablar la lengua le permitió ministrar personalmente a los hawaianos.

Pese a su juventud, el élder Smith fue nombrado para presidir en la isla de Maui, después en Hilo, en la isla de Hawai, y posteriormente en la isla de Molokai. En Molokai, cuando contrajo una fiebre muy alta y estuvo gravemente enfermo durante tres meses, una buena hermana, Ma Mahuhii, lo atendió con tanto cariño como si hubiese sido su propio hijo. Ella nunca lo olvidó, ni él a ella, y siempre se saludaban con el más profundo afecto cada vez que volvían a verse en los años subsiguientes. “La bondad que me manifestaron muchos de los buenos nativos de Hawai”²¹ fue un recuerdo dichoso para él.

El élder Joseph F. Smith salió de Hawai en octubre de 1857 y aceptó las responsabilidades cada vez mayores que le daba el presidente Brigham Young. Cumplió una misión en Inglaterra (1860–1863) y una segunda misión en Hawai (1864). Después de su regreso a Salt Lake City a fines de 1864, lo emplearon en la oficina del Historiador de la Iglesia, donde trabajó bajo la guía del élder George A. Smith, del Quórum de los Doce.

El servicio que prestó en el Quórum de los Doce y en la Primera Presidencia.

Entonces, en 1866, por asignación del presidente Young, Joseph F. Smith, de veintiocho años de edad, fue ordenado após-

tol y llamado en calidad de consejero de la Primera Presidencia. Rindió honores al presidente Young como al hombre “levantado y sostenido por el poder de Dios Todopoderoso para continuar la misión de José, el profeta, y llevar a cabo la obra que éste estableció durante su vida”²². Joseph F. Smith deseaba con toda su alma ayudar a llevar adelante esa “grandiosa y espléndida obra”²³. Él enseñó: “Ustedes han aceptado el Evangelio por su propia voluntad; entonces vayan y cumplan con todo su deber, no a medias, ni en parte, sino con todo su deber”²⁴. Ésa es la forma de impulsar “los intereses de Sión y el establecimiento de su causa en la tierra”²⁵. Además de otras responsabilidades como miembro del Quórum de los Doce, fue presidente de la Misión Europea durante dos periodos (1874–1875; 1877).

Si bien los estudios académicos de Joseph F. Smith fueron limitados, llegó a tener un amplio vocabulario y aprendió a hablar con poder y persuasión. El 24 de junio de 1866, habló en el Tabernáculo de Salt Lake y, como lo hizo constar por escrito el élder Wilford Woodruff, del Quórum de los Doce, “habló por la tarde durante 1 hora y 15 minutos, y el poder de Dios estaba sobre él y manifestó el mismo espíritu que estuvo sobre su tío el Profeta y sobre su padre Hyrum Smith”²⁶. El élder Joseph F. Smith llegó a ser muy conocido por el alcance y el poder de sus sermones; deseaba enseñar de acuerdo con el Santo Espíritu “a fin de que me comprendan los que me oigan”²⁷. No es “tanto el lenguaje perfecto sino el espíritu que acompaña al orador lo que despierta la vida y la luz en el alma”²⁸, enseñó. “Siempre he procurado lograr que los que me han oído hablar percibieran que tanto yo como mis compañeros somos pacificadores, amadores de la paz y de la buena voluntad, que nuestra misión es salvar y no destruir, edificar y no derribar”²⁹, escribió en una ocasión a uno de su hijos que se hallaba en la misión.

Desde la muerte del presidente Brigham Young, ocurrida en 1877, hasta la época en la que Joseph F. Smith fue sostenido como Presidente de la Iglesia en 1901, se esforzó constante e incansablemente por despertar la vida y la luz en el alma de los santos, así como por establecer la paz y la buena voluntad. Durante esos veinticuatro años, John Taylor, Wilford Woodruff y Lorenzo Snow fueron sucesivamente Presidentes de la Iglesia y

Joseph F. Smith fue llamado a ser consejero en cada Primera Presidencia. Eran tiempos en los que la gente no entendía las creencias y las prácticas de los Santos de los Últimos Días en general y, durante la década de 1880, los opositores libraron encarnizadas batallas legales en contra de la Iglesia y de sus miembros. “No desean que seamos, ni en el aspecto religioso ni en ningún otro, un pueblo separado y diferente del resto del mundo; quieren que nos pongamos en la misma categoría del resto del mundo y que nos mezclemos con ellos, que seamos como ellos, y frustrar de ese modo los propósitos de Dios”³⁰, explicó el presidente Smith.

No obstante, el presidente Smith rogó a los miembros de la Iglesia que amaran y perdonaran a sus enemigos, y enseñó: “Si olvidamos el objetivo de nuestro llamamiento y descuidamos el cumplimiento de nuestro deber para devolver golpe por golpe, para infligir mal por mal, para perseguir porque puedan perseguirnos, olvidamos también los preceptos del Señor y los convenios que hemos hecho con Dios de guardar Sus mandamientos”³¹. Recordaba a los desalentados santos la afirmación que había dado Dios de que el destino de la Iglesia era “seguir avanzando hacia adelante y hacia arriba hasta que se cumplieran los propósitos de Dios con respecto a esta gran obra de los últimos días”³².

Joseph F. Smith llegó a ser muy unido con las personas con las cuales prestaba servicio. “Cuando soy objeto de expresiones de confianza y de afecto de mis hermanos y de mis hermanas a quienes amo, se me enternece el corazón”³³, dijo. De todos sus vínculos afectivos, lo más preciado para él era su amada familia. Ser esposo y padre era, para él, el más grande de los llamamientos. Le encantaba estar en casa, enseñar a sus hijos, contarles cuentos, cantar, jugar y reír con ellos. Cuando debía viajar lejos para cumplir las asignaciones que recibía, echaba de menos a sus seres queridos. En Hawai, el 1 de abril de 1885, escribió en su diario personal: “Sopla un fuerte viento del este, el que, en un clima más frío sería glacial y riguroso. ¿Cómo soplará el viento allá, donde están mis seres queridos? ¿Tendrán frío o calor...? ¿Estarán en medio de amigos o de enemigos, intranquilos o en paz? ¡Paz, cálmense!”³⁴. Su hijo Joseph Fielding Smith contó de

los preciados momentos que pasó al lado de su padre “hablando de principios del Evangelio y recibiendo enseñanzas que sólo él podía darle. De ese modo, el fundamento de mi propio conocimiento se estableció en la verdad, por lo que yo también puedo decir que sé que mi Redentor vive y que José Smith es, fue y siempre será un profeta del Dios viviente”³⁵.

Atendía incesantemente a las necesidades temporales y espirituales de su familia y les hacía sentir su presencia, ya fuese que estuviese en casa o lejos de ella. En las notas, las cartas y los poemas que escribía expresaba su afición perdurable por sus seres queridos. “Mi querida compañera”, escribió a su esposa cuando ella cumplió treinta y nueve años, “pienso mejor de ti, te valoro mucho más, te siento más unida a mí y te quiero más hoy que... hace veinte años. Cada hora, cada semana, cada mes y cada año fortalece el vínculo de nuestra unión y cada hijo la consolida con un sello eterno”³⁶.

El presidente Smith sentía un gran afecto por el templo y las ordenanzas que en él se efectúan, las cuales hacen posible la unión eterna de las familias. “¿Quiénes, además de los Santos de los Últimos Días, consideran el concepto de que más allá de la tumba continuaremos en la organización familiar?”³⁷. El 6 de abril de 1853, a los catorce años de edad, presenció la ceremonia de la colocación de las piedras angulares del Templo de Salt Lake y, el 6 de abril de 1892, a los cincuenta y tres años de edad, ofreció la oración de la colocación de la piedra del coronamiento del templo³⁸. Al año siguiente, el 6 de abril de 1893, el presidente Wilford Woodruff dedicó el magnífico edificio, el cuarto templo que se erigía en Utah. En el servicio de la dedicación, el presidente Smith dijo: “Éste es el sexto templo [incluidos los templos de Kirtland y de Nauvoo], pero no es el último”³⁹. Como Presidente de la Iglesia, dedicó el terreno del templo en Cardston, Canadá (27 de julio de 1913) y el del templo en Laie, Hawai (1 de junio de 1915).

Su ministerio como Presidente de la Iglesia.

El 17 de octubre de 1901, una semana después del fallecimiento del presidente Lorenzo Snow, el Quórum de los Doce

Apóstoles ordenó y apartó a Joseph F. Smith como el sexto presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Había de servir en calidad de Presidente durante diecisiete años, desde 1901 hasta 1918. En el primer discurso que dirigió a los santos como Presidente de la Iglesia, dijo: “Es nuestro el privilegio de vivir más cerca del Señor, si lo deseamos, más que nunca antes, para que gocemos de un mayor derramamiento de Su Espíritu del que hasta ahora hemos gozado, y para que avancemos con mayor rapidez, para que progreseemos en el conocimiento de la verdad con mayor celeridad y nos establezcamos con mayor firmeza en la fe. Pero todo esto dependerá de que aumente la fidelidad de la gente”⁴⁰. Sus visitas a los santos en diversos lugares, sus esfuerzos por fortalecer la hermandad y la enseñanza en los barrios locales, su propia e incansable predicación de “los principios de la verdad eterna”, todas estas cosas eran medios encaminados a elevar “la rectitud, la pureza y la santidad en el corazón de la gente”⁴¹. Él sabía que sólo un pueblo recto, puro y santo podría ayudar al Salvador a llevar a cabo “la santificación de la tierra y la salvación de la familia humana”⁴².

El número de miembros de la Iglesia llegó casi al doble durante la administración del presidente Smith, de 278.645 en 1901 a 495.962 en 1918. Aun cuando la mayoría de los miembros todavía vivían en los estados del oeste de los Estados Unidos, el presidente Smith sentía una unión muy estrecha con los miembros de diversas naciones. En 1906, visitó Europa, siendo así el primer Presidente de la Iglesia que lo hacía durante el periodo de su administración como tal; regresó allí en 1910 e hizo visitas a los santos de Canadá y de las islas de Hawái. Él y sus consejeros en la Primera Presidencia aconsejaron a los miembros a ser “leales y fieles a sus respectivos gobiernos y a ser buenos ciudadanos”⁴³, y a “permanecer en sus países de origen y establecer congregaciones de un carácter permanente”⁴⁴. A los miembros de la Iglesia ya no se les animó a trasladarse a Utah para congregarse con los santos.

La primera generación de santos se había congregado en Sión al separarse geográficamente del mundo a fin de cultivar la unidad y la fortaleza espiritual. Durante las generaciones siguientes, el presidente Smith hizo hincapié en la importancia de vivir pa-

cíficamente en medio del mundo y de mantener al mismo tiempo el patrimonio de unidad y de fortaleza espiritual por medio del orden y de las ordenanzas del sacerdocio. El presidente Smith escribió y habló largo y tendido acerca del incomparable poder del sacerdocio y se esforzó por lograr que todos los miembros comprendieran su importancia. Cuando Joseph F. Smith fue sostenido como Presidente de la Iglesia, los horarios de las reuniones, las lecciones y la eficacia de los quórumes del sacerdocio variaban de un barrio a otro; pero el presidente Smith previó el día “en que todo consejo del Sacerdocio en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días comprenderá su deber; asumirá su responsabilidad, magnificará su llamamiento y ocupará su lugar en la Iglesia”⁴⁵. En la conferencia de abril de 1908, el presidente Smith anunció que se habían puesto en marcha nuevos esfuerzos “para el beneficio y el progreso de los que están vinculados con los diversos quórumes del sacerdocio”⁴⁶.

A él le interesaban en particular los quórumes del Sacerdocio Aarónico. Decía: “Debemos cuidar de nuestros muchachos que han sido ordenados diáconos, maestros y presbíteros en la Iglesia”⁴⁷. Durante los años que siguieron, los obispos dieron a los jóvenes poseedores del sacerdocio asignaciones importantes, muchas de las cuales son en la actualidad prácticas habituales. Tanto los quórumes del Sacerdocio Aarónico como los del Sacerdocio de Melquisedec se fortalecieron al establecerse con firmeza reuniones semanales regulares del sacerdocio durante todo el año, y debido a que un comité central de la Iglesia publicó cursos de estudio uniformes para dichos quórumes.

El presidente Smith hizo mucho hincapié en la orientación familiar. “No creo que haya ningún deber que sea más sagrado o más necesario, si se lleva a cabo como es debido, que los deberes de los maestros que visitan los hogares de los miembros, que oran con ellos, que los exhortan a la virtud, al honor, a la unidad, al amor y a la fe y la fidelidad en la causa de Sión”⁴⁸, dijo. Con el fin de fortalecer aun más las familias de la Iglesia, en 1915, él y sus consejeros en la Primera Presidencia introdujeron en la Iglesia el programa semanal de la noche de hogar, e instaron a los padres a emplear el tiempo para instruir a sus hijos en la palabra de Dios.

Ése fue también un periodo de considerable progreso en las organizaciones auxiliares. Las mesas directivas de la Escuela Dominical, de las organizaciones de los Hombres Jóvenes y de las Mujeres Jóvenes, así como de la Primaria comenzaron a publicar cursos uniformes de estudio. El presidente Smith especificó que las lecciones de dichos cursos conducían a los miembros jóvenes a “mayores experiencias y a adquirir un mejor entendimiento de los principios del Evangelio de Jesucristo”⁴⁹. Para hacer frente al desafío del mayor margen de tiempo libre que iban teniendo los jóvenes, se adoptó el programa de los Boy Scouts para los hombres jóvenes y se elaboró un nuevo programa de Abejitas para las mujeres jóvenes. La Sociedad de Socorro, que desde 1902 había alentado a las estacas a escribir lecciones para las hermanas, comenzó a publicar lecciones uniformes en 1914 y mensajes especiales para las maestras visitantes en 1916. Esas innovaciones llegaron a formar parte de la nueva revista de la Sociedad de Socorro y sirvieron para preparar de un modo más eficaz a las hermanas “para cuidar del bienestar espiritual, mental y moral de las madres y de las hijas de Sión”⁵⁰. Para el presidente Smith era fundamentalmente importante que las organizaciones auxiliares trabajaran en armonía con las autoridades del sacerdocio para enseñar el Evangelio y fortalecer los lazos de hermandad entre los miembros. “De este modo trabajamos todos juntos en un firme esfuerzo mancomunado para el establecimiento de la Iglesia”⁵¹.

Uno de los desafíos más grandes que Joseph F. Smith enfrentó fue el tener que tratar con los malentendidos y las persecuciones dirigidas en contra de la Iglesia. Sin embargo, dijo que los empeños de los adversarios “no han sido más que los medios, indirectamente, de impulsar hacia adelante la obra en el mundo. Ellos han dirigido la atención del mundo hacia nosotros, y eso es justamente lo que deseamos... Deseamos que el mundo nos conozca. Deseamos que aprendan nuestra doctrina, que comprendan nuestra fe, nuestros propósitos y la organización de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”⁵².

Paulatinamente, las esperanzas del presidente Smith empezaron a hacerse realidad y la Iglesia comenzó a ser más respetada tanto en los Estados Unidos como en otros países. A fin de brin-

dar a los turistas que acudían a Salt Lake City una información fiel con respecto a las creencias y a la historia de la Iglesia, se estableció el primer centro de visitantes en la Manzana del Templo en 1902. Durante el primer año de funcionamiento, los veinticinco voluntarios del “Bureau of Information and Church Literature” (agencia de información y publicaciones de la Iglesia) recibieron el asombroso número de más de 150 mil visitantes. Hacia 1904, la agencia necesitó más funcionarios y un edificio más grande. En 1911, el Coro del Tabernáculo dio conciertos que fueron muy elogiados en veinticinco ciudades del este y del oeste medio de los Estados Unidos, incluso un concierto especial en la Casa Blanca (en Washington, D. C.) para el Presidente de los Estados Unidos y sus invitados.

“El Señor nos elevará y nos magnificará más ante el mundo y nos hará ocupar nuestro verdadero lugar y categoría en medio de la tierra”, prometió el presidente Smith, en proporción directa a “la mayor fidelidad” y buena disposición de los miembros de “establecerse más firmemente en la fe”⁵³. Por tanto, exhortaba continuamente a los Santos de los Últimos Días a arraigarse más profundamente en su propia historia y doctrina. El presidente Smith dio comienzo a la republicación de la *History of the Church* (Historia de la Iglesia) de José Smith y recomendó la colección de diarios y manuscritos de pioneros para los archivos de la Iglesia. También autorizó a representantes oficiales de la Iglesia para que compraran sitios históricos, sagrados para los Santos de los Últimos Días, entre ellos, la cárcel de Carthage, en Illinois, donde en 1844 fueron martirizados el Profeta y su hermano Hyrum (1903); parte del terreno del templo que se halla en Independence, Misuri (1904); la granja de Vermont, donde en 1805 nació José Smith (1905); y la granja de Joseph Smith, padre, en Manchester, Nueva York, lugar de la arboleda donde el Profeta vio por primera vez al Padre y al Hijo (1907). El presidente Smith testificó: “Hay algo sagrado con respecto a esos lugares, tanto para mí como para todos, creo yo, los que han aceptado la misión divina de José Smith, el Profeta”⁵⁴.

El presidente Joseph F. Smith enseñó a los Santos de los Últimos Días a honrar al Profeta por haber “levantado el velo de la eternidad sobre los ojos de ellos”⁵⁵. De igual manera, el presi-

dente Smith procuró él mismo comprender y enseñar las extensas verdades del Evangelio de Jesucristo. Las cartas que escribió a familiares y a amigos, los editoriales que publicó y las respuestas que dio a las preguntas que se hacían en las revistas de la Iglesia, así como los discursos que pronunció, todos ellos constituyeron oportunidades importantes para exponer la doctrina. Cuando él y sus Consejeros en la Primera Presidencia consideraban las doctrinas esenciales que podrían ser mal interpretadas por miembros de la Iglesia o por otras personas, redactaban y publicaban explicaciones aclaratorias. “El origen del hombre” (noviembre de 1909)⁵⁶ y “El Padre y el Hijo: Una exposición doctrinal de la Primera Presidencia y de los Doce” (junio de 1916)⁵⁷ llegaron a ser importantes medios para enseñar a los Santos de los Últimos Días la verdadera naturaleza de nuestra relación con nuestro Padre Celestial y con Jesucristo.

“Desde mi juventud me he esforzado por... ser pacificador, un predicador de justicia, y por predicar la justicia no sólo por medio de la palabra sino también por el ejemplo”⁵⁸, dijo el presidente Smith. Desde los quince años de edad hasta su muerte, ocurrida cuando tenía ochenta años, pronunció cientos de discursos sobre el Evangelio para ayudar a los santos a comprender y a vivir las enseñanzas de Jesucristo. Con respecto a la aptitud que tenía el presidente Smith para instruir, Charles W. Nibley (Obispo Presidente de la Iglesia) dijo: “Como predicador de justicia, ¿quién podría compararse con él? Ha sido el mejor que he oído: magnífico, potente, claro, fascinante. Era asombroso ver cómo emanaban de él las palabras de luz y testimonio vivientes”⁵⁹.

Joseph F. Smith se regocijaba cuando los miembros de la Iglesia escuchaban y obedecían sus advertencias y sus exhortaciones como Profeta de Dios. La buena disposición de los santos para seguir adelante con “rectitud, pureza y santidad” era de la mayor importancia para él⁶⁰. Enseñó el camino con su propia humildad y docilidad para aprender. “No soy más que un niño, sólo estoy aprendiendo”, dijo en 1916. “Espero sinceramente que, a medida que aprenda poco a poco, línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y un poco allí, día tras día, mes tras mes y año tras año, llegará el momento en el que habré aprendido la verdad y la conoceré como Dios la conoce, y seré

salvo y exaltado en Su presencia”⁶¹. Siempre fue respetado por su valentía y su firme convicción, y fue reverenciado particularmente por su compasión. La señora Koleka, una de sus estimadas colaboradoras hawaianas, lo elogió al describirlo como “el siervo del Altísimo, el hombre de corazón sincero y lleno de amor”⁶². Él aprendió a “predicar la justicia no sólo por medio de la palabra sino también por el ejemplo”⁶³ al buscar de todo corazón “llegar a ser conforme a la semejanza y a la imagen de Jesucristo”⁶⁴.

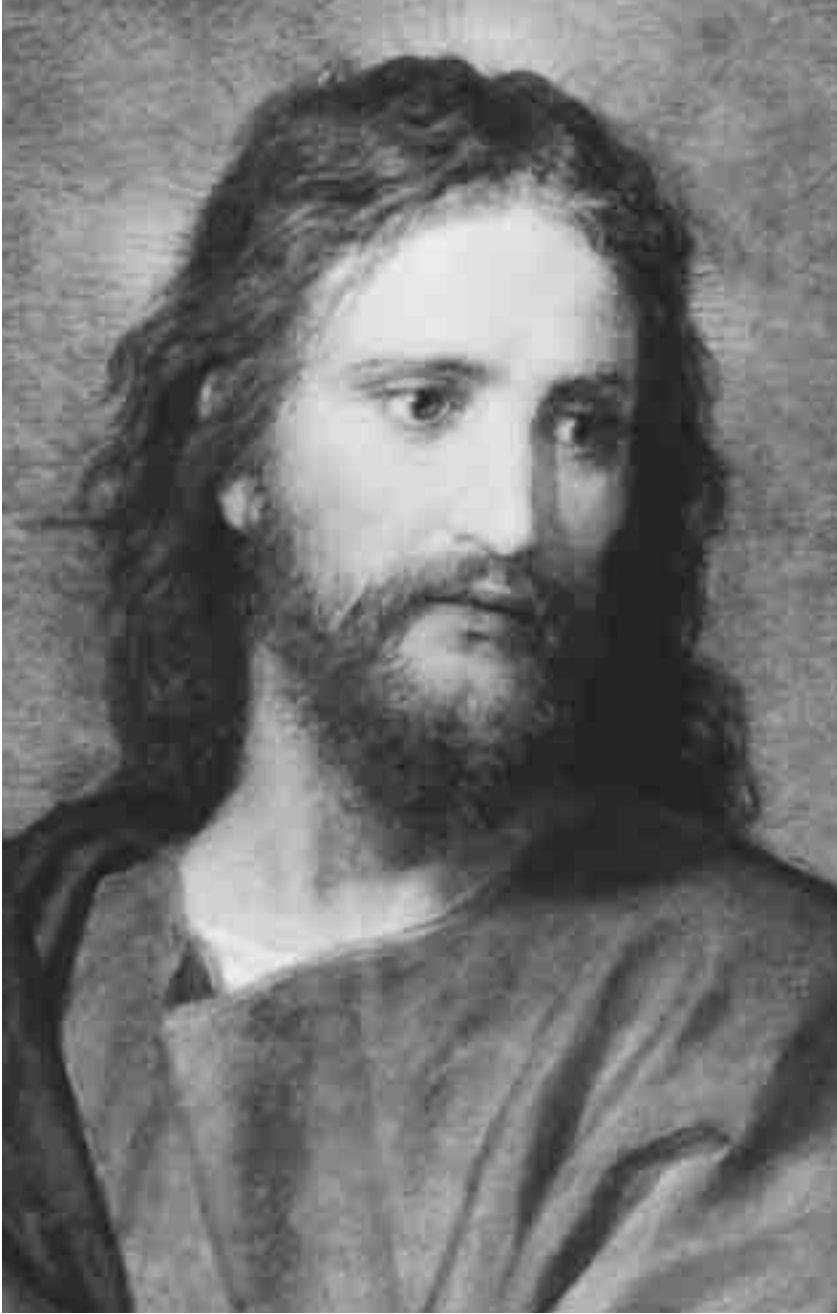
Durante los últimos meses de su vida, el presidente Smith fue particularmente receptivo al Espíritu. “Padeceré muchas dolencias físicas, pero me parece que mi estado espiritual no sólo permanece inquebrantable, como en el pasado, sino que sigue perfeccionándose, progresando”⁶⁵, dijo en abril de 1918. Seis meses después, el 3 de octubre de 1918, mientras se encontraba en su habitación meditando en las Escrituras y “reflexionando en el gran sacrificio expiatorio que el Hijo de Dios realizó para redimir al mundo”⁶⁶, recibió la maravillosa manifestación concerniente a la visita del Salvador a los espíritus de los muertos mientras Su cuerpo se hallaba en la tumba. La revelación, que posteriormente se llamó la Visión de la Redención de los Muertos y que después pasó a ser oficialmente Doctrina y Convenios 138, es una adecuada piedra de coronamiento de la vida de un profeta que predicó incansablemente la importancia de hacer llegar el plan de vida y salvación a todos los hijos de Dios.

La gloria de Dios, el origen divino del hombre y su dependencia de Dios, la importancia de la obediencia y de las santas ordenanzas, la gratitud llena de amor y la fiel devoción fueron temas en torno a los que el presidente Smith tejió la trama de sus mensajes una y otra vez. Rara vez trató un solo principio del Evangelio aislado del plan total de vida y salvación. Podía predicar el Evangelio en su plenitud con un solo sermón, a veces con una sola frase, concentrándose siempre en la importancia de conocer a Dios el Padre y a Su Hijo Jesucristo. “Es gracias al amor que sentimos por Ellos, y a nuestro deseo de vivir en armonía con los requisitos de Ellos y de llegar a ser como Ellos, que nos amamos los unos a los otros y que hallamos más satisfacción al hacer el bien de la que podríamos hallar al hacer el mal”⁶⁷.

Notas

1. Deseret News: Semi-Weekly, 25 de abril de 1882, pág. 1.
2. Gospel Doctrine, quinta edición, 1939, pág. 406.
3. En "Conference Report", abril de 1902, págs. 85–86.
4. Millennial Star, junio de 1840, pág. 40.
5. Millennial Star, junio de 1840, págs. 40–41.
6. Gospel Doctrine, pág. 494.
7. History of the Church, 2:338.
8. En Brian H. Stuy, compilador, Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others, 5 tomos, 1987–1992, 5:29.
9. Joseph F. Smith's Journal, Leeds, 13 de abril de 1861, hológrafo, 5; Archivos del Departamento Histórico, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.
10. En Deseret News: Semi-Weekly, 25 de abril de 1882, 1.
11. En Collected Discourses, 2:348.
12. En Deseret News: Semi-Weekly, 10 de julio de 1883, pág. 1.
13. Joseph F. Smith's Journal, 18; Archivos del Departamento Histórico, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.
14. "Editor's Table—In Memoriam, Joseph Fielding Smith (1838–1918)", Improvement Era, enero de 1919, pág. 266.
15. Life of Joseph F. Smith, compilado por Joseph Fielding Smith, 1938, pág. 159.
16. Joseph F. Smith a Samuel L. Adams, 11 de mayo de 1888, Truth and Courage: Joseph F. Smith Letters, editado por Joseph Fielding McConkie, pág. 2.
17. "Editor's Table—In Memoriam", pág. 266.
18. En James R. Clark, compilador, Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 6 tomos, 1965–1975, 5:92.
19. Joseph F. Smith a Samuel L. Adams, pág. 2.
20. En "Conference Report", abril de 1900, pág. 41.
21. En Messages of the First Presidency, 4:18.
22. Gospel Doctrine, pág. 171.
23. Gospel Doctrine, pág. 82.
24. En Collected Discourses, 2:280.
25. Gospel Doctrine, pág. 90.
26. Journal of Wilford Woodruff, 24 de junio de 1866, Archivos del Departamento Histórico, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.
27. Gospel Doctrine, pág. 201.
28. Gospel Doctrine, pág. 359.
29. Joseph F. Smith a Hyrum M. Smith, 18 de mayo de 1896, Truth and Courage, pág. 37.
30. Deseret News: Semi-Weekly, 2 de octubre de 1883, pág. 1.
31. Deseret News: Semi-Weekly, 7 de noviembre de 1882, pág. 1.
32. Deseret News: Semi-Weekly, 25 de abril de 1882, pág. 1.
33. Life of Joseph F. Smith, pág. 365.
34. Life of Joseph F. Smith, pág. 283.
35. Citado en Bryant S. Hinckley, "Greatness in Men: Joseph Fielding Smith", Improvement Era, junio de 1932, pág. 459.
36. Life of Joseph F. Smith, pág. 453.
37. "General Conference of the Relief Society", Relief Society Magazine, junio de 1917, pág. 316.
38. H. W. Naisbitt, "Temple Building", Contributor, abril de 1892, pág. 257.
39. En Collected Discourses, 3:279.
40. En "Conference Report", octubre de 1901, págs. 69–70.
41. En "Conference Report", octubre de 1901, pág. 70.
42. En Messages of the First Presidency, 4:155.
43. En Messages of the First Presidency, 4:165.
44. En Messages of the First Presidency, 4:222.
45. Gospel Doctrine, pág. 159.
46. En "Conference Report", abril de 1908, pág. 5.
47. En "Conference Report", abril de 1908, pág. 6.
48. Gospel Doctrine, pág. 189.
49. Gospel Doctrine, pág. 393.
50. Gospel Doctrine, pág. 386.
51. Deseret Weekly, 9 de enero de 1892, pág. 70.
52. En "Conference Report", octubre de 1908, pág. 3.
53. En "Conference Report", octubre de 1901, pág. 70.

54. En "Conference Report", octubre de 1906, pág. 5.
55. Deseret News: Semi-Weekly, 27 de febrero de 1883, pág. 1.
56. "The Origin of Man, by the First Presidency of the Church", Improvement Era, noviembre de 1909, págs. 75–81.
57. "The Father and the Son: A Doctrinal Exposition by the First Presidency and the Twelve", Improvement Era, agosto de 1916, págs. 934–942.
58. Gospel Doctrine, pág. 406.
59. Gospel Doctrine, pág. 522.
60. En "Conference Report", octubre de 1901, pág. 70.
61. En "Conference Report", abril de 1916, pág. 4.
62. Life of Joseph F. Smith, pág. 306.
63. Gospel Doctrine, pág. 406.
64. Gospel Doctrine, pág. 6.
65. En "Conference Report", abril de 1918, pág. 2.
66. Doctrina y Convenios 138:2.
67. En Collected Discourses, 3:218.



El Señor Jesucristo.
De la pintura *Cristo y el joven rico*, por Heinrich Hofmann.



Sé que mi Redentor vive

*Por medio del testimonio del Espíritu Santo,
cada uno de nosotros puede saber que Jesús
es el Cristo, el Hijo del Dios viviente.*

De la vida de Joseph F. Smith

Durante más de medio siglo, el presidente Joseph F. Smith prestó servicio como testigo especial del Salvador en calidad de Apóstol, de Consejero en la Primera Presidencia y de Presidente de la Iglesia. Su testimonio —que proclamó desde diversos púlpitos tanto en su país como en países extranjeros, en los consejos de la Iglesia y en el círculo de su propia familia— hablaba de un corazón y un alma dedicados a Jesucristo y a Su glorioso Evangelio. Sus palabras eran elocuentes; su mensaje, claro: “Deseo decir, como siervo de Dios, independientemente del testimonio de todos los hombres y de todos los libros que se han escrito, que yo he recibido el testimonio del Espíritu en mi propio corazón, y testifico ante Dios, ángeles y los hombres, sin temor a las consecuencias, que sé que mi Redentor vive, que le veré cara a cara y que estaré con Él en mi cuerpo resucitado sobre esta tierra, si soy fiel; porque Dios me ha revelado esto. He recibido el testimonio y doy mi testimonio, y mi testimonio es verdadero”¹.

Cuando lo sepultaron, se realizó un servicio funerario especial junto a la tumba, donde miembros del Coro del Tabernáculo cantaron en homenaje a él uno de sus himnos preferidos: “Yo sé que vive mi Señor”. Esa frase fue para él la esencia de su fe y el punto central de su mensaje profético: “Yo sé que mi Redentor vive. Lo siento en cada fibra de mi ser. Estoy tan convencido de ello como de mi propia existencia. No me siento más seguro de mi propio ser que de lo que lo estoy de que mi Redentor vive”².

El testimonio que se expone a continuación se ha tomado de un discurso que el presidente Smith pronunció en una conferencia de la Estaca Weber el 18 de octubre de 1896³.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

La vida y las enseñanzas del Salvador son prueba de Su divinidad.

Todos estamos familiarizados con la historia de nuestro Salvador como se hace constar en el Nuevo Testamento; que nació de una virgen, que creció en medio de Sus hermanos hasta que se hizo hombre, y las cosas maravillosas que hizo incluso en Su niñez por el poder de Su unción y de Su misión; que enseñó a los intérpretes de la ley y a los doctores de la ley en la sinagoga y en el templo, y que confundió a los que procuraban hacerle ofensor por una palabra. Todos conocemos el poder que puso de manifiesto al sanar al enfermo, al restaurar la vista al ciego y al hacer oír al sordo, al limpiar al leproso y hacer al cojo saltar de alegría.

Todos estamos familiarizados con lo que Él enseñó; y siempre he pensado que no hace falta más prueba de la divinidad de Jesucristo que la doctrina que Él enseñó de que los hombres deben amar a los que los ultrajan y los persiguen, y que deben devolver bien por mal. Hasta la época de Jesucristo, la doctrina que se enseñaba en el mundo era “ojo por ojo, y diente por diente” [Mateo 5:39]. Ése era el razonamiento de aquel tiempo; pero Jesús enseñó lo diametralmente opuesto a eso. Él amonestó a Sus discípulos a no devolver a nadie mal por mal, sino a devolver bien por mal; “...a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra” [Mateo 5:39]. Esta doctrina era nueva para el mundo. Es una doctrina que no está de acuerdo con el estado caído del hombre... Por consiguiente, no proviene del hombre. Los hombres no podrían enseñar esa doctrina y llevarla a cabo en sus vidas sin inspiración y poder de lo alto.

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

“Bienaventurados los que lloran porque ellos recibirán consolación.

“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” [Mateo 5:3–6].

Lean el Sermón del Monte [véase Mateo 5–7] y entonces preguntense si no contiene mucho más de todo lo enseñado por el hombre. Confirma mi creencia de que Jesús no era solamente un hombre, sino que Él era Dios manifestado en la carne. Es la doctrina de la vida eterna, por la cual, si el hombre ha de vivir, no morirá jamás; por la que si él anda, andará por senderos agradables; y por la que si él es obediente, conocerá la verdad, y la verdad lo hará libre.

Entonces llegamos al día en que fue sentenciado, cuando uno de los que Él había escogido para que fuese apóstol y testigo de Él se volvió traidor y entregó al Señor a Sus enemigos. Llegaron con espadas y palos para aprehender al hombre de paz, al hombre que prohibió la violencia, que nunca había levantado la voz ni la mano en contra del inocente ni del bueno, ni contra ningún hombre, sino sólo contra las prácticas inicuas y los hechos malos de ellos; llegaron para prenderlo y hacerlo pasar por un juicio de escarnio, para hallar una manera de condenarlo a muerte.

En una ocasión en la que había estado enseñando a la gente esos principios rectos y testificando que Él era el Hijo de Dios, ellos tomaron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: “Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?” [Juan 10:32]. Él ninguna obra mala había hecho entre ellos; todo lo que había hecho era bueno; y, no obstante, procuraron matarle. Cuando Pedro, indignado, sacó su espada y le cortó la oreja al siervo del sumo sacerdote, Jesús lo reprendió y le dijo: “Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán” [Mateo 26:52]. En medio del juicio que le hicieron para sentenciarlo, cuando le escarnecieron, lo golpearon, pusieron sobre Su cabeza una corona de espinas y le injuriaron, Él no devolvió las injurias, sino que con mansedumbre se sometió a Su suerte y padeció lo que Dios permitió que los malvados le infligieran.

Se halló en circunstancias en las cuales la doctrina que enseñaba podía ponerse a prueba y, en todo, demostró la autenticidad de Sus enseñanzas. Aun en medio de Su padecimiento en la cruz, clamó: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” [Lucas 23:34]. Pregunto: ¿Es cierto esto? Si es cierto, en-

tonces afirmo que ningún hombre podría pronunciar tales palabras en un momento como ése; eran necesarios el poder y el espíritu, el amor, la misericordia, la caridad y el perdón de Dios mismo. Les doy mi testimonio de que un Ser que pudo pedir a Dios que perdonara a los hombres de los que había recibido tan inmerecida crueldad, no es nada menos que Dios. Si no existiera ninguna otra prueba aparte de ésta de la misión divina de Jesucristo, esto solo me convencería a mí de que Jesús fue el Redentor del mundo. Él enseñó y ejemplificó en Su vida los mismísimos principios que redimirán al mundo...

Jesús ofreció Su vida como sacrificio para llevar a cabo el plan de salvación.

Jesús... fue crucificado. Sus amigos quitaron Su cuerpo de la cruz, lo lavaron, lo envolvieron en una sábana limpia y lo pusieron en un sepulcro nuevo en el cual aún no se había puesto a nadie. Pero antes de eso, Jesús había enseñado a Sus discípulos que al Hijo del Hombre le darían muerte. Con sencillas palabras, dijo: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar” [Juan 10:17–18]. Él vino a cumplir las predicciones de los profetas, porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados [véase 1 Corintios 15:22]... Si el pecado entró en el mundo por la transgresión de un hombre y las consecuencias de esa transgresión cayeron sobre todos los hombres sin que ellos hubiesen tenido participación en ella, ¿no es acaso justo, no es acaso coherente que el género humano sea eximido de esas consecuencias por la acción de un hombre? Ése es el plan que se instituyó en el principio y en él sólo hay rectitud. Jesús ofreció Su vida como sacrificio para llevar eso a cabo. Hombres malvados le dieron muerte, lo acusaron injustamente y se negaron a creer en los principios verdaderos que Él enseñó.

Leemos en las Escrituras que, después de que hubo sido sepultado, el primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro y vio quitada la piedra del sepulcro y que el Señor no estaba allí; se inclinó para mirar dentro del sepulcro y vio a dos

ángeles con vestiduras blancas, que estaban “el uno a la cabecera, y el otro a los pies” [Juan 20:12] y le dijeron:

“...Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.

“Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús.

“Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.

“Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro).

“Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre: mas vé a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” [Juan 20:13–17].

Entonces María fue y dijo a los discípulos que había visto al Señor, y Él también se apareció a ellos.

Ahora bien, pensemos un momento en eso. He aquí un relato histórico de que María fue a la tumba y vio allí a dos ángeles, y después vio al mismo Redentor resucitado. Ella recibió el testimonio de mensajeros celestiales de que el Redentor había resucitado y el mismo Hijo de Dios se lo confirmó. Las palabras del testimonio de ella han llegado a nosotros. ¿Las refutarán? ¿Dudarán de su testimonio?... Poco después, Él se acercó a dos discípulos que se dirigían a Emaús y caminó con ellos; pero “los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen” [Lucas 24:16]. Jesús les preguntó por qué estaban tan tristes, y ellos le respondieron: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?” [Lucas 24:28.] Después de un rato, les fueron abiertos los ojos y lo reconocieron.

Después de eso, Jesús se apareció a Sus discípulos. Uno de ellos había oído que Jesús había resucitado, pero dijo que no creería si no lo veía y metía la mano en Su costado y el dedo en el lugar de los clavos. ¡Qué parecido a los seres humanos de hoy era Tomás! Jesús se apareció nuevamente a los discípulos y Tomás estaba con ellos.

“Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

“Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!

“Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron” [Juan 20:27–29].

**Por el poder del Espíritu Santo podemos
saber que nuestro Redentor vive.**

Después de haber resucitado, Jesús ministró a Sus discípulos y confirmó en el entendimiento de ellos el hecho de que no estaban siendo engañados, de que Él era efectivamente el Hijo de Dios, que había resucitado de entre los muertos a inmortalidad y vida eterna. Ellos no vieron con los ojos naturales. Podemos ver muchísimas cosas con nuestros ojos naturales, pero éstos pueden ser engañados. Podemos oír con los oídos, pero éstos pueden ser engañados. Nuestros sentidos naturales son presas fáciles del engaño. ...Pero permítanme decirles que cuando el Todopoderoso se revela al hombre, lo hace por medio del poder del Espíritu Santo y no mediante el ojo natural ni el oído natural. Él habla al hombre como si le estuviese hablando independientemente de su cuerpo; Él habla al espíritu. Por tanto, si Dios Todopoderoso les habla a ustedes y les da testimonio de Su verdad por el poder del Espíritu Santo... ustedes conocerán como Dios conoce. No será algo que ustedes crean tan sólo, algo que se les habrá comunicado por conducto de sus sentidos naturales, con los que pueden ser engañados o equivocarse; sino que será lo que Dios les hable al corazón, al alma viviente, al ser eterno del hombre, que, al igual que Dios, es indestructible y eterno.

Ése fue el modo en que Jesús abrió los ojos espirituales y el entendimiento de Sus discípulos después de Su resurrección, a fin de que supiesen que Él era tanto el Señor como el Cristo. Ellos supieron que Él había resucitado de entre los muertos; supieron que Él era el Hijo del Dios viviente, por motivo de que Dios se los había revelado. Por consiguiente, pudieron decir como dijo el poeta:

“Gozoso, canto con fervor:

Yo sé que vive mi Señor” [“Yo sé que vive mi Señor”, *Himnos*, N° 73].

...¿Quién podría describir el regocijo y la satisfacción que experimenta el alma del hombre que ha recibido este testimonio de Dios Todopoderoso? Nadie puede hacerlo. Yo no puedo decirselo a ustedes. No hay lengua humana que pueda explicarlo. Sólo se puede sentir. Sólo puede entenderlo la parte inmortal del hombre. Indescriptible es el regocijo que experimenta el hombre que ha recibido este testimonio del Espíritu Santo...

El Santo Espíritu de Dios me ha hablado a mí —no por medio del oído, ni del ojo, sino a mi espíritu, a mi parte viviente y eterna—, y me ha revelado que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Les testifico que yo sé que mi Redentor vive. Además, sé que lo veré en esta tierra y que lo veré como Él es... Porque Él va a venir de nuevo a visitar la tierra; no como vino antes, sino con poder y gran gloria, y se vengará de los malvados y de los impíos que no dan oído a la voz de Su Espíritu, que endurecen sus corazones contra la verdad y cierran el entendimiento contra los testimonio de los siervos de Dios. Ellos serán juzgados, no por lo que oye el oído ni por lo que los ojos ven, sino serán juzgados con rectitud y serán condenados porque la luz ha venido al mundo y ellos aman las tinieblas más bien que la luz... El Señor me ha revelado esto. Él ha llenado todo mi espíritu de este testimonio hasta que no ha quedado asomo de duda...

Tenemos el testimonio de los discípulos de Cristo del continente asiático y el testimonio de los discípulos de Jesús de este continente [el continente americano], que testifican las mismas verdades. Además, tenemos el libro Doctrina y Convenios, que contiene las revelaciones y los testimonios de Dios a Sus siervos y santos en la época en que vivimos, el tercer testimonio de estas cosas. Además de todo esto... tenemos el testimonio del Santo Espíritu en nuestros corazones, lo cual no se puede negar, porque el que recibe este testimonio por inspiración del Espíritu Santo no puede ser engañado. El Espíritu de Dios no da testimonio de lo que no es verdad. Por lo tanto, si ustedes han reci-

bido el testimonio del Santo Espíritu en su corazón, saben que su Redentor vive...

...Les doy mi testimonio de que el Redentor vive. Ruego que este testimonio halle lugar en el corazón de ustedes... Si nos amamos unos a otros y nos hacemos el bien el uno al otro, entonces cumpliremos con los preceptos del Evangelio del Hijo de Dios, la doctrina de Cristo, que tiene por objeto redimir y exaltar al mundo y llevar al género humano nuevamente a la presencia de Dios, lo cual, ruego que todos tengamos el privilegio de recibir y de disfrutar.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué hechos o enseñanzas de la vida del Salvador le han hecho a usted recibir el testimonio de que Él es el Hijo de Dios?
- ¿Cómo devolvió Jesucristo bien por mal cuando lo perseguían? ¿Qué bendiciones se reciben como consecuencia del seguir las enseñanzas de Jesucristo de retribuir bien por mal? ¿Cómo podemos seguir esta doctrina de un modo más eficaz? (Véase también Mateo 5:38–47.)
- ¿De qué modo podemos aplicar el consejo de “plantar la palabra en vuestros corazones, para que probéis el experimento de su bondad” (Alma 34:4) a los pasajes del Sermón del Monte a los que se refirió el presidente Smith? (Véase Mateo 5:3–6.)
- ¿Por qué puede la mansedumbre ser nuestra fortaleza? ¿Por qué es tan difícil para tantas personas del mundo adquirir la cualidad de la mansedumbre?
- ¿Por qué las últimas palabras que pronunció el Salvador desde la cruz reflejan “el amor, la misericordia, la caridad y el perdón”? ¿Cómo podemos seguir Su ejemplo durante nuestros propios momentos de tribulación y pruebas?
- ¿Por qué se ha fortalecido el testimonio de usted con el testimonio de María Magdalena del Redentor resucitado? (Véase Juan 20:11–18.)

- ¿Por qué era Tomás tan “parecido a los seres humanos de hoy”? ¿Qué bendiciones recibimos si “no hemos visto y creemos”? (Véase Juan 20:29.)
- ¿Qué ha aprendido del presidente Smith con respecto a dar testimonio del Salvador?
- ¿Qué le hace sentir el testimonio del presidente Smith en cuanto al Salvador? ¿En qué forma el testimonio del presidente Smith fortalece su propio testimonio de Jesucristo, el Hijo de Dios?

Notas

1. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 447.
2. *Gospel Doctrine*, pág. 69.
3. *Deseret News: Semi-Weekly*, 17 de noviembre de 1896, pág. 1.



El presidente Joseph F. Smith dijo que el profeta José Smith fue “el instrumento elegido de Dios, y fue investido con Su autoridad para restaurar el santo sacerdocio” (*Gospel Doctrine*, pág 471).



Un testimonio personal del profeta José Smith

El profeta José Smith fue escogido por Dios para restaurar en la tierra la plenitud del Evangelio.

De la vida de Joseph F. Smith

Joseph F. Smith recibió temprano en su vida el testimonio de que el profeta José Smith había sido escogido para restaurar el Evangelio de Jesucristo en ésta, la última dispensación. Años después, el presidente Smith recordó: “De niño, conocí al profeta José Smith. Siendo un niño, lo escuché predicar el Evangelio que Dios le había encomendado a su cargo y cuidado. De niño, sentía la misma familiaridad en su casa, con su familia, que la que sentía bajo el techo de mi propio padre. He conservado el testimonio del Espíritu que se me inculcó de niño y que recibí de mi santa madre, la firme creencia de que José Smith era un profeta de Dios, de que era inspirado como ningún otro hombre de su generación, ni de siglos antes, pudo ser inspirado, de que había sido escogido por Dios para establecer el fundamento del reino de Dios”¹.

Mientras Joseph F. Smith era Presidente, autorizó la compra de terrenos y propiedades importantes relacionados con la vida del profeta José Smith y del crecimiento de la Iglesia, incluso el lugar de nacimiento del Profeta, en Sharon, Vermont; la cárcel de Carthage, Illinois; y la granja de Joseph Smith, padre, en Manchester, Nueva York.

De la obra del Profeta, el presidente Joseph F. Smith dijo: “Doy mi testimonio a ustedes y al mundo de que José Smith fue levantado por el poder de Dios para poner los cimientos de esta gran obra de los últimos días, para revelar al mundo la plenitud del Evangelio en esta dispensación, para restaurar en el mundo

el sacerdocio de Dios, por medio del cual los hombres pueden actuar en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y será aceptado por Dios; será por Su autoridad. Doy mi testimonio de ello; sé que es verdadero”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

El profeta José Smith fue el instrumento escogido por Dios para restaurar el Evangelio de salvación.

El profeta José Smith fue el instrumento escogido por Dios y se le otorgó Su autoridad para restaurar el santo sacerdocio, el poder de Dios para atar en la tierra y en el cielo: el poder del Sacerdocio mediante el cual los hombres pueden efectuar las ordenanzas del Evangelio de Jesucristo para la salvación del género humano. Por medio de José Smith se han restaurado el Evangelio de arrepentimiento, el bautismo en el agua para la remisión de pecados y el bautismo por el Espíritu Santo y por fuego, y el conocimiento de que Jesús es el Cristo, el Hijo Unigénito de Dios, se manifiesta por medio del Espíritu de verdad. Estamos en deuda para con este humilde siervo que el Señor escogió para colocar los cimientos de esta obra para las ordenanzas del Evangelio del Hijo de Dios, entonces y todavía desconocido por el mundo, por la cual podemos unirnos como familias, como linaje, bajo los vínculos del nuevo y sempiterno convenio, por tiempo y toda la eternidad.

Estamos en deuda con el profeta José Smith, quien fue un instrumento en las manos del Señor, por el conocimiento que poseemos de la obra que es necesario realizar en la casa de Dios, para la salvación de los vivientes y la redención de los muertos, por la unión eterna de las almas que son atadas en esta vida mediante el poder de Dios, bajo el vínculo del convenio sempiterno. Estamos en deuda con el profeta José Smith, o al menos reconocemos que fue un instrumento en las manos de Dios, por el conocimiento que ahora tenemos de que el hombre no puede ser exaltado en la presencia de Dios ni llegar a disfrutar plenamente de Su gloria por sí solo. No era parte del plan que el hombre estuviese solo, porque en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón.

Dios vive y Jesús es el Cristo, el Salvador del mundo. José Smith es un profeta de Dios: viviente, no muerto; porque su nombre no perecerá jamás. El ángel que lo visitó y le comunicó el mensaje de Dios le dijo que su nombre se tomaría para bien y para mal en todo el mundo [véase José Smith—Historia 1:33]. Esa predicción se hizo en los días de su juventud, antes de que la Iglesia fuese organizada, y antes de que hubiera perspectiva alguna de lo que desde entonces se ha llevado a cabo. Se hizo esa declaración pese a que en aquel entonces parecía una imposibilidad absoluta; pero desde el día en que se pronunció hasta este momento, y desde hoy hasta los últimos días de la tierra, el nombre de José Smith, el profeta del siglo diecinueve, se ha proclamado, se sigue proclamando hoy día y se continuará proclamando a las naciones de la tierra, y los pueblos del mundo lo conceptuarán con honor o con desdén... porque realizó y está realizando la obra del Maestro. Él estableció en esta dispensación los cimientos de la restauración de los principios que enseñó el Hijo de Dios, que por esos principios vivió, enseñó, murió y resucitó de entre los muertos⁴.

Los que toman el [nombre de José Smith] para bien son los que han tenido el privilegio de oír el Evangelio que ha llegado a la tierra por conducto de él y que han sido suficientemente honrados y humildes para recibirlo. Hablan de él con el conocimiento que han recibido por la inspiración del Santo Espíritu, mediante la obediencia a los principios que él enseñó como profeta y como hombre inspirado. Lo elogian, lo honran y recuerdan su nombre con respeto. Lo reverencian y lo aman, como no aman a ningún otro hombre, porque saben que él fue el instrumento escogido en las manos del Todopoderoso para restaurarles el Evangelio de vida y salvación, para abrirles el entendimiento del futuro, para levantar el velo de la eternidad, por decirlo así, de delante de sus ojos. Los que han recibido los principios que él proclamó saben que éstos no conciernen tan sólo a la propia salvación, felicidad y paz espiritual y temporal de ellos, sino al bienestar, a la felicidad, a la salvación y exaltación de sus parientes que han muerto sin haber recibido el conocimiento de la verdad.

La obra a la que José Smith se dedicó no se limita sólo a esta vida, sino que también atañe a la vida venidera y a la existencia pasada. En otras palabras, se relaciona con los que han vivido en la tierra, con lo que ahora viven aquí y con los que vivirán en ella después de nosotros. No es algo que tenga que ver con el hombre tan sólo mientras éste viva en la tierra en el cuerpo mortal, sino que tiene que ver con toda la familia humana de eternidad en eternidad... Y esto no se limita a una aldea, ni a un estado ni a una nación, sino que llega a toda nación, tribu, lengua y pueblo⁵.

A mí me parece sumamente extraño que el mundo manifieste tan intensos y malos sentimientos en contra de José Smith. Nunca trató injustamente a ningún hombre. Yo soy testigo de eso, porque conozco su vida. Le he visto en la carne y he leído lo que dijo. He leído las revelaciones que el Señor le dio. Estoy familiarizado con su obra y sé que nunca hizo mal a alma alguna. No agravió a sus semejantes, sino que hizo mucho por elevarlos. Y, no obstante, lo raro de ello es que personas que no saben absolutamente nada de él tengan en cuanto a él los sentimientos más enconados, más vengativos y más inicuos que el ser humano sea capaz de sentir. Yo me pregunto: ¿por qué es así? En general, las personas no tienen sentimientos de esa clase hacia los impostores ni hacia los promotores de organizaciones religiosas nuevas hechas por los hombres. Pero, extraño es decirlo, icasi siempre se enfurecen cuando se menciona el nombre de José Smith! Sin embargo, en tanto que esto es extraño desde un punto de vista natural, sólo está en conformidad con la promesa que le hizo en el principio uno de los mensajeros celestiales que fue enviado a instruirlo...

...El fundamento de la obra que estableció el profeta José Smith fue instituido en la verdad eterna. No puede ser derribado. Es como la casa edificada sobre la roca. Vientos huracanados podrán golpear contra él, podrán descender lluvias y azotar tempestades; el corazón de los hombres podrá agitarse y llenarse de ira y de persecución contra él, pero es tan firme como los collados sempiternos, porque está edificado sobre la verdad [véase Mateo 7:24–25]. La honradez, la virtud, la pureza de vida, la fe en el Señor Jesucristo y en Su resurrección, y la obediencia a los

mandamientos de Dios son principios fundamentales de nuestra creencia. Sabemos que la doctrina es verdadera⁶.

La Primera Visión de José Smith es el acontecimiento más grande ocurrido desde la resurrección del Salvador.

El acontecimiento más grande que ha ocurrido en el mundo desde la resurrección del Hijo de Dios del sepulcro y Su ascensión a los cielos fue la visita del Padre y del Hijo al joven José Smith con el fin de preparar el camino para poner los fundamentos de Su reino —no el reino del hombre— que no dejará de existir nunca más ni será derribado. Habiendo aceptado esta verdad, me es fácil aceptar todas las demás verdades que él anunció y declaró... Nunca enseñó una doctrina que no fuese verdadera; nunca practicó una doctrina que no se le hubiese mandado practicar. Nunca defendió el error. Él no fue engañado; él vio; oyó; hizo lo que le fue mandado hacer; y, por tanto, Dios es responsable de la obra realizada por José Smith y no José Smith. El Señor es responsable de ello y no el hombre⁷.

En la primavera de 1820 [José Smith] recibió la primera manifestación sobrenatural o celestial. Tenía entonces catorce años, y no es probable que a esa tierna edad un jovencito se hubiera vuelto muy malo o inicuo, sobre todo si se tiene en cuenta que nació y se crió en una granja, apartado de los vicios contaminantes de las grandes ciudades y libre del contacto con influencias degradantes de compañeros viles. No es probable que haya pasado muchos momentos de ocio durante los años laborales de su vida hasta los catorce años de edad, puesto que su padre tenía que trabajar para ganarse la vida y ganarla de la tierra con el trabajo de sus manos, ya que era pobre y tenía que mantener a una familia numerosa⁸.

Con respecto a las manifestaciones espirituales que recibió, ¿es razonable suponer que haya podido haber engaño premeditado por parte del muchacho, y sobre todo tratándose de un jovencito como él, en la sencilla afirmación que expuso de lo que vio y oyó? No; ni tampoco pudo haberse concebido en la propia mente del joven la respuesta que le dio el mensajero celestial. En años posteriores, el testimonio de José Smith con respecto a

la manifestación celestial fue tan sencillo, franco, claro y verdadero como lo había sido en su juventud; la fidelidad, la valentía y el amor que se le inculcaron en su juventud, y que caracterizaron esa época de su vida, ni vacilaron ni cambiaron al llegar a la edad madura. Recibió su sabiduría mediante las revelaciones que recibió de Dios⁹.

Los que nos critican dicen que lo que vio el profeta José fue una ilusión, pero él no dijo eso; dijo que los Personajes que se le aparecieron eran hombres verdaderos... Ha llegado a nosotros el relato del nacimiento, de la vida y de la obra de Cristo, y no hay nada en la narración que nos haga creerla más fácilmente que el relato del profeta José Smith. Cristo anduvo y habló y consultó con Sus amigos cuando bajó del cielo hace más de mil novecientos años. ¿Hay alguna razón por la que Él no pueda volver, por la que no haya de visitar esta tierra una vez más y hablar con los hombres en la actualidad? Si la hay, me gustaría oírla. Lo que deseo recalcarles es que Dios es real, una Persona de carne y hueso, como lo somos ustedes y yo. Cristo es igual, pero el Espíritu Santo es una Persona de espíritu¹⁰.

El profeta José Smith tradujo el Libro de Mormón por medio del don y el poder de Dios.

Cuando [José Smith] tenía entre diecisiete y dieciocho años de edad, recibió otra manifestación celestial y le fueron reveladas grandes y maravillosas cosas, y, posteriormente, durante cuatro años recibió visitas de un mensajero celestial... Afirmó que ese personaje le reveló la disposición y la voluntad del Señor, y le mostró la naturaleza de la gran obra que él, como instrumento en las manos de Dios, iba a establecer en la tierra cuando llegara el tiempo. Ésa fue la labor que efectuó el ángel Moroni durante los cuatro años que transcurrieron entre 1823 y 1827. En 1827 recibió de manos del ángel Moroni las planchas de oro de las cuales él tradujo este libro (el Libro de Mormón) por medio de la inspiración del Todopoderoso y del don y el poder de Dios que se le dieron...

¿Tuvo José Smith muchas oportunidades de volverse malo o corrompido durante los tres años que transcurrieron entre 1827 y

1830, mientras trabajaba con sus manos para ganarse una escasa subsistencia, mientras eludía a sus enemigos y trataba de no caer en manos de los que intentaban destruirlo para que no llevara a cabo su misión, luchando de continuo contra obstáculos indecibles y desconciertos deprimentes para acabar la traducción de este libro? No lo creo. Cuando terminó de traducir el Libro de Mormón era todavía un muchacho y, sin embargo, en la producción de este libro él expuso hechos históricos, profecías, revelaciones, predicciones, testimonios y doctrinas, preceptos y principios que el mundo instruido con todo su poder y sabiduría no puede duplicar ni refutar. José Smith era un joven sin instrucción, en lo que tiene que ver con la sabiduría del mundo. Fue instruido por el ángel Moroni; recibió su instrucción de los cielos, de Dios Todopoderoso, y no de instituciones de los hombres; pero acusarlo de ignorante sería a la vez injusto y falso; ningún hombre ni conjunto de hombres poseyó mayor inteligencia que él, ni la sabiduría ni la astucia combinadas de esa época hubiesen podido producir el equivalente de lo que él realizó. No fue ignorante, porque lo instruyó Aquel de quien emana toda inteligencia. Poseía un conocimiento de Dios, de Su ley y de la eternidad¹¹.

El Libro de Mormón fue traducido por el don y el poder de Dios, por conducto de un joven; no por un hombre docto u hombre de letras, isino por un muchacho iletrado, inexperto e inocente! Ese muchacho iletrado, inexperto e inocente no fue otro que José Smith. Él no tenía la sabiduría, ni la inteligencia ni el conocimiento propio para traducir al idioma inglés las inscripciones que había sobre las planchas que fueron escondidas por los antiguos habitantes de este continente (el continente americano). Él nunca dijo haber traducido esos caracteres antiguos por su propio conocimiento. Al contrario, sostuvo que lo hizo por el don y el poder de Dios que se le dieron¹².

**El Profeta ha hecho más por la salvación
del hombre en este mundo que cualquier otro que
ha vivido en él, exceptuando sólo a Jesús.**

[José Smith] abrió la comunicación con los cielos en su juventud; sacó a luz el Libro de Mormón, el que contiene la ple-

nitudo del Evangelio, y las revelaciones que contiene el libro de Doctrina y Convenios; restauró para el hombre el santo sacerdocio; estableció y organizó La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, que es una organización que no tiene paralelo en el mundo entero, la cual ni la astucia ni la sabiduría de los hombres ha podido crear o formar, y nunca habría podido hacerlo. Fundó colonias en los estados de Nueva York, Ohio, Misuri e Illinois, e indicó la forma en la que los santos habían de congregarse en las Montañas Rocosas; envió el Evangelio a Europa y a las islas del mar; fundó la ciudad de Kirtland, Ohio, donde edificó un templo que costó [mucho dinero]. Fundó la ciudad de Nauvoo en medio de la persecución; reunió en Nauvoo y sus alrededores a unas veinte mil personas e inició la construcción del templo en ese lugar, el que al terminarse llegó a costar un millón de dólares; y mientras realizaba eso, tuvo que contender contra los prejuicios de la época, contra la persecución implacable, los populachos y las viles calumnias y la difamación lanzadas contra él por todas partes sin cuartel y sin medida. En suma, hizo más entre los catorce y los veinte años de edad por la salvación del hombre que cualquier otra persona que haya vivido, con la sola excepción de Jesús [véase D. y C. 132:3], y, no obstante, isus enemigos lo acusaron de ser un hombre haragán e inútil!

¿Adónde iremos a buscar a otro hombre que haya realizado la milésima parte del bien que José Smith efectuó?... En el siglo diecinueve, ninguna persona, excepto José Smith, reveló al mundo un rayo de luz en cuanto a las llaves y al poder del santo sacerdocio, o en cuanto a las ordenanzas del Evangelio, ya sea en favor de los vivos o de los muertos. Por medio de José Smith, Dios ha revelado muchas cosas que estaban escondidas desde la fundación del mundo como cumplimiento de las profecías... Y esto concuerda estrictamente con los fines y con la naturaleza de esta obra de los últimos días, cuyo destino es consumir los grandes propósitos y designios de Dios con respecto a la dispensación del cumplimiento de los tiempos¹³.

José Smith el Profeta... llegó a ser el medio, en la providencia de Dios, para restaurar las antiguas verdades del Evangelio sempiterno de Jesucristo, el plan de salvación, el cual es más antiguo

que la raza humana. Es cierto, también, que sus enseñanzas eran nuevas para la gente de su época porque habían apostatado de la verdad; pero los principios del Evangelio son las verdades más antiguas que existen. Eran nuevas para la generación de José, como lo son en parte para nosotros, porque los hombres se descarriaron, quedaron sin guía, siendo llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema que hombres astutos —los llamados progresistas— han enseñado. Esto hizo del profeta José un restaurador, no un destructor, de las antiguas verdades. Y eso no nos justifica para que desechemos los sencillos y fundamentales principios del Evangelio y corramos tras las novedades e ideas doctrinales modernas.

Les testifico con toda franqueza y con toda la sinceridad de mi alma que creo de todo corazón en la misión divina de José Smith, el Profeta, que estoy convencido con cada fibra de mi ser de que Dios lo levantó para restaurar en la tierra el Evangelio de Jesucristo, que es efectivamente el poder de Dios para salvación. Les testifico que José Smith fue el instrumento en las manos del Señor para restaurar la verdad de Dios al mundo, y también el santo sacerdocio, que es Su autoridad delegada al hombre. Yo sé que esto es verdadero, y les doy testimonio de ello. Para mí lo es todo; es mi vida; es mi luz; es mi esperanza y mi gozo; me brinda la única certeza que tengo de la exaltación, de mi resurrección de la muerte, con aquellos que he amado y estimado en esta vida y con quienes he compartido mi suerte en este mundo: hombres honorables, puros, humildes, que fueron obedientes a Dios y a Sus mandamientos, que no se avergonzaron del Evangelio de Cristo, ni de sus convicciones o conocimiento de la verdad del Evangelio; hombres que poseyeron las mismas cualidades de los mártires y que estuvieron dispuestos en cualquier momento, si hubiese sido necesario, a dar su vida por el amor de Cristo y por el Evangelio, que recibieron con el testimonio del Espíritu Santo en su corazón. Deseo reunirme con esos hombres cuando haya terminado mi carrera aquí. Cuando se cumpla mi misión aquí, espero ir al mundo de los espíritus donde ellos moran, y reunirme con ellos. Es este Evangelio del Hijo de Dios lo que me da la esperanza que tengo de que esto se logre y de que se cumpla mi deseo al respecto. Todo lo he fundado en este Evangelio, y no

lo he hecho en vano. Sé en quién confío: sé que mi Redentor vive y que estará sobre la tierra en los últimos días¹⁵.

Sugerencias para el estudio

- ¿En qué formas fue el profeta José Smith “un instrumento en las manos del Señor”? ¿En qué formas ha sido bendecido usted por lo que el Señor reveló por conducto del profeta José Smith?
- ¿Por qué es importante tener un testimonio de que José Smith fue un profeta de Dios en esta dispensación?
- ¿Qué verdades importantes aprendió José Smith de la Primera Visión? ¿Qué verdades importantes ha aprendido usted de la Primera Visión? ¿Por qué un testimonio de la Primera Visión constituye el fundamento para aceptar otras verdades del Evangelio?
- ¿Por qué es importante saber que el Libro de Mormón “fue traducido por el don y el poder de Dios”?
- ¿En qué formas el profeta José Smith ha hecho más “por la salvación del hombre que cualquier otra persona que haya vivido, con la sola excepción de Jesús”?
- ¿Por qué es importante saber que el profeta José Smith fue “un restaurador, no un destructor, de antiguas verdades”?
- ¿Se ha sentido usted fortalecido por su trato con hombres, mujeres y niños que poseen un testimonio firme y que no “se avergüenzan del Evangelio de Jesucristo”? ¿Cómo podemos fortalecer a otras personas con nuestro testimonio?
- ¿Qué le impresiona más acerca de los testimonios que dio el presidente Joseph F. Smith del Profeta? ¿Tiene usted su propio testimonio de la misión divina del profeta José Smith?

Notas

1. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 493.

2. *Gospel Doctrine*, págs. 168–169.

3. *Gospel Doctrine*, págs. 478–479; párrafos arreglados.

4. *Gospel Doctrine*, pág. 479.

5. *Gospel Doctrine*, págs. 480–481.
6. *Proceedings at the Dedication of the Joseph Smith Memorial Monument: At Sbaron, Windsor County, Vermont, December 23rd, 1905*, págs. 41–42.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 495–496.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 482.
9. *Gospel Doctrine*, págs. 488–489.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 478.
11. *Gospel Doctrine*, págs. 483–484.
12. *Proceedings at the Dedication of the Joseph Smith Memorial Monument*, págs. 38–39.
13. *Gospel Doctrine*, págs. 484–485.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 489.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 501.



La oración verdadera, fiel y ferviente

La verdadera oración a Dios nace del corazón en el nombre de Jesucristo.

De la vida de Joseph F. Smith

En el otoño de 1847, Joseph F. Smith, de nueve años de edad, su madre viuda, Mary Fielding Smith, y su tío Joseph Fielding se encontraban acampados junto al río Misuri en camino a Winter Quarters. Una mañana descubrieron que su mejor yunta de bueyes había desaparecido.

Joseph F. y su tío pasaron largas y arduas horas buscando los bueyes hasta que quedaron “calados hasta los huesos, cansados, desalentados y casi exhaustos”. Joseph F. dijo: “En esa lamentable y difícil circunstancia, yo fui el primero en llegar al campamento de carromatos y, al acercarme, vi a mi madre arrodillada, orando. Me detuve un momento y luego me acerqué con discreción hasta una distancia desde la que pude oír sus súplicas al Señor de que no permitiera que nos quedáramos desamparados en esa situación tan difícil, que nos guiara para que recobráramos nuestros animales a fin de poder continuar nuestro viaje. Cuando se levantó, me encontraba de pie cerca de ella. La primera expresión que capté en su bello rostro fue una radiante sonrisa; hallándome tan descorazonado, aquella expresión me infundió renovada esperanza y una seguridad que no había sentido hasta ese momento”.

Contenta, los animó a él y a su tío a que se sirvieran lo que les había preparado y les dijo: “Saldré a caminar por los alrededores a ver si encuentro los bueyes”. Pese a las protestas de su hermano de que seguir buscándolos sería en vano, Mary partió y los dejó sentados a la mesa. Entonces, se encontró con uno de los

hombres que pastoreaban una manada, el cual le dijo que había visto a los bueyes perdidos que iban en cierta dirección y, al hacerlo, apuntó en la dirección contraria a la que ella se dirigía. Joseph F. dijo: “Oímos claramente lo que el hombre le dijo, pero mamá continuó su camino en el rumbo que llevaba sin siquiera volver la cabeza para mirarlo”. Al poco rato, hizo señas a Joseph F. y al tío, quienes corrieron hasta donde ella se encontraba. Allí vieron los bueyes atados a unos sauces.

Posteriormente, el presidente Joseph F. Smith dijo: “Aquella fue una de las primeras prácticas y positivas demostraciones de la eficacia de la oración que he presenciado. Dejó una impresión indeleble en mi memoria y ha sido una fuente de consuelo, de convicción y de guía para mí a lo largo de toda mi vida”¹.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

El saber acercarse a Dios en oración.

Ruego que ustedes puedan saber el modo de acercarse a Dios en oración. No es tan difícil aprender a orar. No son las palabras que empleamos lo que constituye particularmente la oración, ya que ésta no consta tan sólo de palabras. La oración verdadera, fiel y ferviente es más bien el sentimiento que surge del corazón y del íntimo deseo de nuestro espíritu de orar al Señor con humildad y con fe, para que recibamos Sus bendiciones. No importa lo sencillas que sean las palabras si nuestros deseos son sinceros y venimos ante el Señor con un corazón quebrantado y un espíritu contrito para pedirle lo que necesitamos².

Él no está lejos. No es difícil acercarse a Él si lo hacemos con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, como antaño lo hizo Nefi. Ésa fue la forma en la que José Smith se acercó a Él cuando era jovencito; se dirigió a una arboleda, se arrodilló y con humildad buscó de todo corazón saber qué Iglesia era aceptable a Dios. Recibió respuesta a su oración, la cual había ofrecido desde el fondo de su corazón, y la recibió de un modo que no esperaba.

Mis hermanos y hermanas, no aprendan a orar sólo con los labios. No aprendan una oración de memoria para decirla todas

las mañanas y todas las noches. Eso es algo que me desagrade muchísimo. Es cierto que muchísimas personas adquieren el hábito de repetir una oración establecida; comienzan en cierto punto y repiten todas las partes de la oración hasta que llegan al final de ella. Y una vez que han terminado, yo no sé si la oración ha ascendido más allá del cielo raso de la habitación o no³.

Mis hermanos y hermanas, acordémonos de invocar a Dios y de implorar Sus bendiciones y Su gracia sobre nosotros. No obstante, hagámoslo con prudencia y rectitud y, cuando oremos, invoquemos a Dios de una manera constante y aceptable. No debemos pedir al Señor lo que no sea necesario ni lo que no nos beneficiaría. Debemos pedir lo que necesitemos y pedir con fe, “no dudando nada; porque el que duda —dijo el Apóstol— es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” [Santiago 1:16]. Cuando pidamos bendiciones a Dios, pidamos con la fe del Evangelio, con esa fe que ha prometido dar a los que creen en Él y obedecen Sus mandamientos⁴.

Me impresionaba y me conmovía profundamente la forma en que [el presidente Heber C. Kimball] oraba con su familia. Nunca he oído a ningún otro hombre orar como lo hacía él. No hablaba al Señor como si Él estuviese lejos, sino como si hubiese estado conversando con Él cara a cara. En repetidas ocasiones me impresionaba en tal forma la idea de que Dios estaba en verdad presente allí mientras conversaba con Él en oración que no podía refrenar el impulso de levantar la vista para ver si en realidad estaba presente y visible⁵.

**Preséntense a menudo delante del Señor
con humildad y con fe.**

Nosotros... aceptamos sin ninguna duda las doctrinas que han enseñado el profeta José Smith y el Hijo de Dios mismo, que oramos a Dios, el Eterno Padre, en el nombre de Su Hijo Unigénito, a quien también nuestro padre Adán y su posteridad han orado desde el principio⁶.

Pienso que es conveniente que escojamos bien nuestras palabras cuando oremos al Señor. Él nos oye en lo secreto y nos re-

compensará en público. No tenemos que clamar a Él con muchas palabras; no tenemos que fastidiarlo con largas oraciones. Lo que sí necesitamos, y debemos hacer como Santos de los Últimos Días, para nuestro propio bien, es ir ante Él a menudo, testificarle que nos acordamos de Él y de que estamos dispuestos a tomar Su nombre sobre nosotros, guardar Sus mandamientos, actuar con rectitud, y que deseamos tener Su Espíritu para que nos ayude. Entonces, si tenemos algún problema, acudamos al Señor y pidámosle directa y específicamente que nos ayude a salir de la dificultad en que nos encontremos; y hagamos que la oración salga del corazón, no con palabras que vayan dejando huellas en el camino trillado del uso común, sin reflexión ni sentimiento en el empleo de las palabras.

Expresemos aquello de lo que tengamos necesidad y hagámoslo con palabras sencillas que en verdad lleguen hasta el Dador de todo don bueno y perfecto. Él oye en lo secreto y conoce los deseos de nuestro corazón antes que le pidamos, pero Él ha hecho obligatorio y ha convertido en un deber el que invoquemos Su nombre: para que pidamos y recibamos; para que llamemos y se nos abra; y para que busquemos y hallemos [véase Mateo 7:7]. Por consiguiente, el Señor ha convertido en un deber amoroso el que nos acordemos de Él, que le hagamos saber por la mañana, al mediodía y por la noche que no nos olvidamos del Dador de toda buena dádiva a nosotros⁷.

Observen el gran mandamiento que dio el Maestro de recordar siempre al Señor, de orar por la mañana y por la noche, y acuérdense siempre de darle las gracias por las bendiciones que reciben día tras día⁸.

No se debe ni se puede poner límite a la expresión de una oración ni a la de alabanza al Dador de lo Bueno, porque se nos ha dicho expresamente que oremos sin cesar, y no es indispensable tener autoridad especial del sacerdocio o posición alguna en la Iglesia para ofrecer una oración⁹.

Un hombre puede ayunar y orar hasta matarse, pero no hay ninguna necesidad de ello ni hay prudencia en hacerlo. Digo a mis hermanos que, cuando estén ayunando y orando por los enfermos y por los que necesiten de la fe y de la oración, no deben

ir más allá de lo que es razonable y prudente en el ayuno y la oración. El Señor oye la oración sencilla que se ofrece con fe, con media docena de palabras, y reconocerá el ayuno que no se alargue más de veinticuatro horas tan pronta y eficazmente como contestará a una oración de mil palabras y un ayuno de un mes¹⁰.

¿Qué debemos hacer si hemos descuidado nuestras oraciones? Comencemos a orar. Si hemos desatendido cualquier otro deber, busquemos al Señor para que nos dé Su Espíritu, a fin de que sepamos en qué hemos errado y perdido las oportunidades que se nos han presentado o las que hemos dejado pasar sin haberlas aprovechado. Busquemos al Señor con humildad, resueltos a abandonar cualquier cosa que constituya un obstáculo para que recibamos la inteligencia y la luz que necesitamos, y una respuesta a nuestras oraciones, para que nos acerquemos a Él con confianza en que prestará oído a nuestras peticiones, para que Su corazón se vuelva a nosotros con misericordia, para que nuestros pecados sean perdonados, nuestras mentes sean iluminadas por la influencia y el poder de Dios, a fin de que comprendamos nuestro deber y tengamos una buena disposición para cumplirlo y no los pospongamos ni lo dejemos a un lado¹¹. Debemos llevar dentro de nosotros el espíritu de oración en toda responsabilidad que tengamos que cumplir en la vida. ¿Por qué debemos hacerlo? Una de las sencillas razones que llega a mi mente con gran fuerza es que el hombre depende totalmente de Dios! ¡Qué desvalidos somos sin Él; qué poco podemos hacer sin Su misericordiosa providencia en nuestro favor!¹².

Si ustedes no se olvidan de orar, Dios no los olvidará a ustedes, ni se apartará de ustedes si ustedes no se apartan de Él. ¿Por qué apostatan los hombres? ¿Por qué pierden la fe? ¿Por qué se les ofusca la mente? Porque se alejan del camino recto, descuidan sus deberes y se olvidan de orar y de reconocer al Señor, y Él retira de ellos Su Espíritu y se quedan en las tinieblas... [Esto no le ocurrirá] al hombre que ore por la mañana, al mediodía y por la noche, se humille ante el Señor y ore al Señor en su prosperidad tal como oraría a Él en su adversidad. Ese hombre no apostatará jamás¹³.

El hogar es el templo de la familia para orar y alabar a Dios.

El típico hogar “mormón” es el templo de la familia, en el cual sus integrantes se reúnen por la mañana y por la noche para orar y alabar a Dios, en el nombre de Jesucristo, lo cual suelen acompañar con la lectura de las Escrituras y el canto de canciones espirituales¹⁴.

Orar es un acto sencillo y, sin embargo, cuánto se descuida este deber. Los padres se olvidan de reunir a sus familiares para pedir las bendiciones de Dios; demasiado a menudo andan aprisa, o se sienten tan desconcertados con los asuntos de la vida que olvidan las obligaciones que tienen para con el Todopoderoso. Algunos Santos de los Últimos Días consideran la oración en el círculo familiar como algo muy sencillo, pero el no realizarla producirá resultados muy serios... Hay Santos de los Últimos Días que solamente lo recuerdan cuando los golpea la adversidad; en la prosperidad, lo olvidan. En esas circunstancias el Señor podría decidir olvidarnos cuando más necesitemos Su ayuda y, si lo hiciera, nos encontraríamos en un estado lamentable. Nunca olviden a Dios; búsqüenlo en oración por la mañana y por la noche... oren tanto en los buenos momentos como en los malos y, entonces, cuando les sobrevengan las tinieblas, ciertamente recibirán el auxilio que necesiten¹⁵.

Padres, oren con sus familias; inclinen la cabeza con ellos por la mañana y por la noche; oren al Señor, denle las gracias por Su benevolencia, por Su misericordia y su bondad Paternal, así como nuestros padres y madres terrenales han sido sumamente bondadosos con nosotros, sus pobres, desobedientes y caprichosos hijos.

¿Oran ustedes? ¿Qué piden en sus oraciones? Piden que Dios los reconozca, que oiga sus oraciones y que los bendiga con Su Espíritu, que los guíe hacia toda la verdad y les muestre el camino recto; que les advierta del mal y los guíe por el camino recto; que no se desvíen por el mal camino que conduce a la muerte, sino que puedan mantenerse en el camino angosto¹⁶.

Cuando un niño pequeño inclina la cabeza en su perfecta sencillez y le pide una bendición al Padre, Él oye la voz y contestará

con bendiciones sobre su cabeza, porque el niño es inocente y pide con absoluta confianza. Estos son principios sencillos que he procurado grabar en sus mentes; si bien son sencillos, son también necesarios y esenciales¹⁷.

Se nos manda invocar a Dios en el nombre de Jesucristo. Se nos ha dicho que debemos recordarlo en nuestros hogares, conservar Su santo nombre siempre en la mente y reverenciarlo en nuestros corazones; debemos invocarlo periódicamente, día tras día, y, de hecho, debemos vivir de tal manera cada momento de nuestra vida que los deseos de nuestro corazón sean una plegaria a Dios en la que imploremos rectitud, verdad y la salvación de la familia humana¹⁸.

**Dejen que su alma se eleve en oración
por el bien de los demás.**

Cuando nos reunimos, cada uno debe tener el espíritu de oración y dejar que su alma se eleve, no tan sólo por sí mismo, sino por toda la Iglesia. Si se hiciera esto, nadie se alejaría de la casa de adoración sin experimentar el espíritu de Dios... [Cuando se ofrezca una oración,] todos... deben aprobarla verbalmente y decir amén¹⁹.

Si un hombre pide el espíritu de sabiduría y de inspiración al Todopoderoso... el Señor lo fortalecerá, porque hay temor de Dios en sus ojos, porque ama a su prójimo como a sí mismo y no dice en su oración: “Oh, Señor, bendíceme a mí y a mi esposa, a mi hijo John y a su esposa; a nosotros cuatro y a nadie más. Amén”. Un hombre así no ora de esa manera, sino que ruega por el bienestar de Sión y por la longevidad de los hombres que han sido levantados por el Señor para ser nuestros líderes, nuestros consejeros y nuestros asesores en los principios del Evangelio. Ese hombre ora por su prójimo²⁰.

El hombre que eleva sus oraciones ante el Señor dará el ejemplo a todos los demás que vean y reconozcan su conducta²¹.

Nunca oro al Señor sin recordar a Sus siervos que se encuentran en las naciones de la tierra predicando el Evangelio. La parte principal de mi oración es: “Oh, Dios, consérvalos puros y guárdalos sin mancha del mundo; ayúdalos a mantener su inte-

gridad a fin de que no caigan en manos de sus enemigos y sean vencidos; guía a los de corazón sincero”. Ésta ha sido mi oración desde que estuve en el campo misional y seguirá siéndolo mientras viva²² .

[A José Fielding, su hijo, cuando éste era misionero, Joseph F. Smith escribió el 18 de julio de 1899:] Nuestros corazones están llenos de deseos de lo mejor para ti y... a ti y a todos tus compañeros los recordamos delante del Señor cada vez que oramos. ¡Oh, Dios, Padre mío, bendice, consuela, sustenta a mis hijos y a todos tus siervos que están en el campo misional y haz que sean eficaces! Cuando les cierren la puerta en la cara, dales presencia de ánimo, paciencia y un corazón indulgente. Cuando sean fríamente rechazados por hombres desdeñosos, confórtalos con tu valioso amor, cuando los traten con crueldad y los persigan, manifiesta Tu presencia para protegerlos con Tu poder. Haz saber a Tus siervos que Tú eres Dios y hazles sentir Tu presencia. Aliméntalos con vida espiritual y con el amor perfecto que desecha todo temor, y que se satisfagan sus necesidades temporales. Ayúdales a almacenar conocimiento útil en su mente y que su memoria retenga Tu verdad como un gran tesoro. Que sean dóciles ante Ti y mansos y humildes ¡como Tu glorioso Hijo! Que pongan su confianza en Ti, en Tu palabra y en Tus misericordiosas promesas. Y que el sentido común y el buen juicio, la prudencia y la presencia de ánimo, el buen criterio y la caridad, la verdad y la pureza, y el honor y la sobriedad caractericen su ministerio y los vista con ropas santas. ¡Oh, Dios, bendice abundantemente a tus jóvenes siervos con todos los dones, la gracia y los pensamientos santos que necesiten, y con poder para llegar a ser en verdad Tus hijos!²³.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué significa “orar al Señor con humildad y con fe”? ¿Qué significa tener un corazón quebrantado y un espíritu contrito? ¿Por qué el tener un corazón quebrantado y un espíritu contrito nos ayuda a acercarnos a nuestro Padre Celestial en oración?

- ¿Por qué es necesaria la fe cuando oramos? (Véase también Helamán 10:5.) ¿Por qué debemos evitar decir oraciones repetitivas? ¿Qué podemos hacer para que nuestras oraciones sean más significativas?
- ¿Por qué debemos estar dispuestos “a abandonar cualquier cosa que constituya un obstáculo” para recibir respuesta a nuestra oración? ¿Cuáles son algunos de esos obstáculos?
- ¿Cómo podemos “llevar dentro de nosotros el espíritu de oración en toda responsabilidad que tengamos que cumplir en la vida”?
- ¿Qué “resultados muy serios” podríamos encarar si desatendemos la oración familiar?
- ¿Por qué es tan eficaz la oración de un niño? ¿Cómo podemos ser más como los niños en nuestras oraciones?
- ¿Por qué es importante “aprobar verbalmente” las oraciones de las demás personas y “decir amén”?
- ¿Por qué es importante orar por los demás? El orar por los líderes generales y locales de la Iglesia, ¿los bendice a ellos? ¿Nos bendice a nosotros y a nuestros familiares? ¿De qué manera?

Notas

1. Life of Joseph F. Smith, compilación por Joseph Fielding Smith, 1938, págs. 131–134.
2. Gospel Doctrine, quinta edición, 1939, pág. 219.
3. En “Conference Report”, octubre de 1899, págs. 71–72.
4. Gospel Doctrine, pág. 218.
5. Gospel Doctrine, pág. 198.
6. In Conference Report, Oct. 1916, pág. 6.
7. Gospel Doctrine, pág. 221; se agregaron párrafos.
8. Gospel Doctrine, pág. 218.
9. Gospel Doctrine, pág. 205.
10. Gospel Doctrine, pág. 368.
11. Deseret News (semanal), 8 de diciembre de 1875, pág. 4.
12. Gospel Doctrine, pág. 218.
13. “Discourse by President Joseph F. Smith”, Millennial Star, 25 de octubre de 1906, pág. 674.
14. En “Conference Report”, abril de 1907, pág. 7.
15. En Brian H. Stuy, compilador, Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others, 5 tomos, 1987–1992), 2:280.
16. Gospel Doctrine, pág. 215.
17. Gospel Doctrine, pág. 216; se ha cambiado el orden de los párrafos.
18. Gospel Doctrine, págs. 503–504.
19. En Collected Discourses, 2:365.
20. “Discourse by President Joseph F. Smith”, Millennial Star, 11 de noviembre de 1897, pág. 709.
21. Gospel Doctrine, pág. 116.
22. “Discourse by President Joseph F. Smith”, Millennial Star, 1 de noviembre de 1906, págs. 691–692.
23. Joseph F. Smith a Joseph Fielding Smith, 18 de julio de 1899, en “Joseph Fielding Smith Papers 1854–1918”, Archivos del Departamento Histórico de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.



La influencia de las madres

Las madres que tienen el Evangelio en el corazón guiarán a sus hijos por los senderos de la rectitud y de la verdad.

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith tenía a las madres en la mayor estima. Su propia madre fue para él un ejemplo de fe y de determinación. Al describir su noble influencia, dijo: “Recuerdo a mi madre en los tiempos de Nauvoo [1839–1846]. Recuerdo haberla visto a ella llegar con sus desvalidos hijos hasta las balsas con tan sólo las pocas pertenencias que le fue posible sacar de la casa al comenzar el populacho a bombardear la ciudad de Nauvoo. Recuerdo las penurias de la Iglesia tanto allí como en el camino a Winter Quarters, en el río Misuri, y cómo oraba ella por sus hijos y por sus familiares en el viaje agobiador... Recuerdo todas las tribulaciones que pasamos para emprender el viaje con el Campamento de Israel y venir a estos valles que se encuentran entre las montañas, sin tiros de animales suficientes para nuestros carromatos; y, como no contaba con los medios para adquirir los animales que le hacían falta, enyuntó las vacas y los becerros, juntó dos carromatos amarrándolos, y emprendimos el viaje hacia Utah en esas condiciones improvisadas e indefensas, y mi madre dijo: ‘El Señor abrirá el camino’; pero cómo abriría Él el camino, nadie lo sabía...

¿No creen que esas cosas dejan una huella en la mente? ¿Creen que voy a olvidar el ejemplo de mi madre? No; su fe y su ejemplo permanecerán siempre vívidos en mi memoria. ¡Aún más! Cada vez que respiro, cada sentimiento de mi alma se eleva a Dios en agradecimiento a Él de que mi madre haya sido una santa, de que haya sido una mujer de Dios, pura y fiel, y de que hubiese estado dispuesta a padecer la muerte antes que de-



El presidente Joseph F. Smith dijo de su madre Mary Fielding Smith:
“Mi madre fue una santa... una mujer de Dios, pura y fiel” (*Deseret News: Semi-Weekly*, 5 de enero de 1892, pág. 3).

fraudar la confianza que en ella se había depositado; de que padeciera la pobreza y penurias en las desoladas llanuras y procurara conservar unida a su familia antes que permanecer en Babilonia. Ése era el espíritu que impregnaba su alma y la de sus hijos. ¿No serían sus hijos indignos de una madre así si no obedecieran y siguieran su ejemplo? Por eso digo: Dios bendiga a las madres de Israel”¹.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

La influencia de una madre se hace sentir de generación en generación.

¡Qué gran amor y aprecio siento por la verdadera maternidad! Nada debajo del reino celestial sobrepaja al amor inmortal que siento por la dulce, fiel y noble alma que me dio la vida: ¡mi propia madre! ¡Ah, ella era buena! ¡Era leal! ¡Era pura! ¡Fue una verdadera santa! ¡Una real hija de Dios! ¡A ella debo mi mismísima existencia, así como también mi éxito en la vida, aunado al favor y a la misericordia de Dios!².

Como regla general, las madres de Sión, las madres de Israel, son las mejores mujeres que viven en el mundo, las mejores que hay... La buena influencia que una buena madre ejerce sobre sus hijos es como la levadura que se pone en la harina, la cual leuda toda la masa; y su influencia se hace sentir no sólo en sus propios hijos, sino en los amigos y conocidos de sus hijos, y el resultado que se obtiene es bueno.

Hermanas, ustedes no saben hasta dónde llega su influencia. La madre que cría satisfactoriamente a un niño bueno o a una niña buena que imiten su ejemplo y sigan sus preceptos en la vida, siembra en el corazón de ellos las semillas de la virtud, del honor y la integridad, y de la rectitud, lo cual se hará sentir a lo largo de toda la trayectoria de su vida; y dondequiera que vaya ese niño o esa niña, como hombre o como mujer, en cualquier sociedad en que se desenvuelva, se harán sentir los buenos efectos del ejemplo de esa madre; y no morirá nunca, porque se extenderá desde ellos a sus hijos de generación en generación. Y sobre todo esperamos esto en el Evangelio de Jesucristo.

En mi niñez... se me enseñó a creer en la divinidad de la misión de Jesucristo. Mi madre, que fue verdaderamente una santa, me enseñó que Jesucristo es el Hijo de Dios, que de hecho no era otro sino el Unigénito de Dios en la carne y que, por tanto, no tiene otro Padre y autor de su existencia en el mundo sino Dios el Padre Eterno. Estas enseñanzas las recibí de mi padre, del profeta José Smith, por conducto de mi madre, la cual aceptó el Evangelio porque creyó en el testimonio de José Smith, y en el honor, en la integridad y en la veracidad de su esposo; no he abandonado esa creencia en todos los días de mi niñez ni en todos los años que he pasado en el mundo. En realidad, nunca ha habido ninguna duda seria en mi mente, ni aun en mi niñez⁴.

Una gran responsabilidad descansa sobre las madres de Israel.

La maternidad constituye el fundamento de la felicidad en el hogar y de la prosperidad en la nación. Dios ha impuesto tanto sobre los hombres como sobre las mujeres obligaciones muy sagradas en lo que respecta a la maternidad⁵.

Creo que las mejores madres del mundo deben encontrarse, invariablemente, entre los Santos de los Últimos Días. Creo que las mejores esposas del mundo se encuentran entre los Santos de los Últimos Días. No sé de otras mujeres del mundo que tengan la misma percepción del estado de la mujer casada y de la maternidad que la que tienen los Santos de los Últimos Días. Nuestra unión no tiene por objeto ser exclusivamente para esta vida... Vivimos por el tiempo y por la eternidad. Formamos asociaciones y vínculos por el tiempo y por toda la eternidad. Nuestros afectos y nuestros deseos están habilitados y preparados para perdurar no sólo durante toda la vida temporal o mortal, sino por toda la eternidad⁶.

Prosperaremos y edificaremos Sión sobre la tierra; porque ésta es nuestra misión, y la obra de las madres y de las hijas de Sión: la de las madres de la actualidad y, con el tiempo, la de las hijas que, a su vez, serán madres en Israel. Una gran responsabilidad descansa sobre ustedes. De ustedes depende la enseñanza, la di-

rección de los pensamientos y la inspiración del corazón de sus hijos, porque ellos son bendecidos por el espíritu de su madre, y la influencia que ejerce la madre sobre los hijos es la impresión más perdurablemente indeleble que queda en ellos. No hay nada tan imperecedero como la influencia de la madre; eso es si ella es buena y tiene el espíritu del Evangelio en el corazón, y si instruye a sus hijos en la senda que deben seguir⁷.

Nuestras madres, y las madres de nuestros hijos, cuyos corazones están llenos de solicitud por el bienestar de sus hijos, habiendo recibido el don del Espíritu Santo por la imposición de manos, pueden ir a sus cámaras secretas e inclinarse ante Dios y estar en íntima comunión con Él como ninguna otra madre sobre la tierra puede hacerlo, si observan los principios que han aceptado y viven dignas de sus privilegios. Por medio de la influencia que de ese modo ejercerán en el corazón de sus hijos, guiarán a éstos por la senda de la rectitud y de la verdad, y los criarán en disciplina y amonestación del Señor, en el amor a la verdad, en la obediencia a los mandamientos del Señor, de una forma en la que otras personas, que no poseen estos privilegios, bendiciones e investiduras que se otorgan tan abundantemente a la madres de Israel, no pueden hacerlo⁸.

No puede haber felicidad genuina aparte y separada del hogar, y todo empeño que se haga por santificar y preservar su influencia ennoblece a quienes se esfuerzan y se sacrifican por establecerlo. Muchas veces, el hombre y la mujer intentan reemplazar la vida del hogar con alguna otra clase de vida; se convencen a sí mismos de que el hogar implica restricción; que la mayor libertad consiste en una oportunidad más amplia de hacer lo que se quiera. Pero no existe felicidad sin servicio, y no hay servicio más grande que el que convierte el hogar en una institución divina y fomenta y preserva la vida familiar.

...Los recuerdos más perdurables de la niñez son los relacionados con el hogar, y las reminiscencias más preciadas de la vejez son las que evocan las asociaciones de la juventud y su feliz ambiente⁹.

En el hogar, la madre es el principal elemento disciplinario en los primeros años de la vida del niño, y su influencia y disciplina

determinan en gran medida la aptitud de sus hijos para asumir los cargos mayores en la Iglesia y en la nación al llegar a ser adultos¹⁰.

Espero sinceramente que las madres de Israel protejan con gran celo y con mucho esmero la vida de sus hijos e hijas. Ojalá estuviera en mi poder hacer posible que todas las madres tuvieran la alegría y la satisfacción inefable de criar a sus hijos e hijas de tal manera que nadie encontrase motivo alguno para hallarlos culpables de falta y para que el pecado no tuviera poder sobre ellos¹¹.

El amor de una buena madre se acerca mucho al amor de Dios.

Ningún amor que existe en el mundo puede igualar el amor de una buena madre... A veces he pensado: “¿Cómo podrá aun el Padre amar a Sus hijos más que mi madre a los suyos?”. Era vida para mí; era fortaleza; era aliento; era amor que engendró el amor o el aprecio dentro de mí. Yo sabía que ella me quería con todo su corazón. Amaba a sus hijos con toda su alma; trabajaba, se afanaba y se sacrificaba día y noche para lograr las comodidades y las bendiciones temporales que escasamente podía dar a sus hijos como resultado de su propia labor. No había sacrificio, ya fuese de sí misma, de su propio tiempo, de sus momentos de reposo o de recreación u oportunidades para descansar, que valiera un solo momento de consideración cuando era comparado con su deber y amor para con sus hijos.

Cuando llegué a los quince años de edad y fui llamado para ir a un país extranjero a predicar el Evangelio —o para aprender cómo [predicarlo] y aprenderlo por mí mismo—, el ancla más firme que quedó establecida en mi vida y que me ayudó a conservar firmes mi ambición y mi deseo, férreo a toda prueba y conservarme recto, fue ese amor que yo sabía que sentía por mí la mujer que me trajo al mundo.

Era un jovencito apenas, sin un criterio maduro en absoluto, sin la ventaja de la instrucción, lanzado en medio de las tentaciones más grandes a que pudiera verse sujeto muchacho u hombre alguno; y, sin embargo, cuando esas tentaciones lle-

gaban a ser sumamente llamativas e incitantes para mí, el primer pensamiento que surgía en mi alma era éste: Recuerda el amor de tu madre. Recuerda cómo se afanaba por tu bienestar. Recuerda lo dispuesta que estaba a sacrificar su vida por tu bien. Recuerda lo que te enseñó en tu niñez... Ese sentimiento para con mi madre llegó a ser una defensa, una barrera entre la tentación y yo, de modo que podía apartarme de la tentación y del pecado con la ayuda del Señor y el amor que engendró en mi alma aquella mujer que yo sabía que me amaba más que a cualquier otra persona en todo el mundo, y más de lo que pudiera quererme cualquier otro ser viviente.

...La verdadera madre, la que tiene el temor de Dios, el amor de la verdad en su alma, jamás se escondería del peligro o del mal ni dejaría a su hijo expuesto a estas cosas. Al contrario, así como es natural que las chispas salten hacia arriba, tan natural como es aspirar el aliento de vida, si un peligro amenazara a su hijo, ella se interpondría entre el niño y ese peligro; defendería a su hijo hasta lo último. Su vida sería nada en comparación con la vida de su hijo. Tal es el amor de una buena madre por sus hijos...

He aprendido a tener en alta estima el amor maternal. Con frecuencia he dicho, y lo vuelvo a repetir, que el amor de una buena madre se aproxima más al amor de Dios que cualquier otra clase de amor¹².

Tal vez el ideal más perfecto en el arte de sanar es la madre cuyo tierno y misericordioso amor se hace valer para quitar el dolor del castigo merecido o inmerecido. ¡Cómo sana su amor toda herida! ¡Cuán rápidamente sus caricias quitan y calman el dolor! El ejemplo de su vida es la prudencia que el amor enseña¹³.

No hay cosa alguna entre los cielos y yo que podría compensar el hacer algo que afligiera o lastimara a mi madre. ¿Por qué? Porque ella me amaba; habría muerto por mí una y otra vez, si eso fuese posible, sólo para salvarme. ¿Por qué afligirla, por qué decepcionarla? ¿Por qué he de seguir un camino contrario a su propia vida y a las enseñanzas que me dio durante su vida? Puesto que ella me enseñó el honor, la virtud, la verdad y la integridad para con el reino de Dios, y me enseñó no sólo por medio del precepto sino por medio del ejemplo¹⁴.

No me es posible expresar el regocijo que siento al pensar en reunirme con mi padre y con mi queridísima madre que me dio a luz en medio de la persecución y de la pobreza, que me llevó en sus brazos y fue paciente, tolerante, tierna y leal durante todos los momentos en que fui indefenso en el mundo. El pensamiento de volverla a ver: ¿quién podría expresar esa alegría?¹⁵.

Dios bendiga a las madres de Sión.

Dios bendiga a las madres de Sión y a los hijos y a las hijas de Israel, y guarde a nuestros hijos de las vías del mundo, de la transgresión y de la tentación que podrían llevarlos por mal camino. Que el poder de Dios esté sobre toda la casa de fe¹⁶.

Admiro a las madres de Israel, a las que se les ha conferido el don del Espíritu Santo, que han nacido de nuevo... las hijas de Israel que han nacido del agua y del Espíritu, y que han recibido el don del Espíritu Santo por la imposición de manos de los que han tenido autoridad para transmitir ese poder y ese don a las hijas de Sión, así como a los hijos de Sión. Creo que toda madre tiene el derecho de... saber qué hacer en su familia y en su esfera de influencia, con respecto a sus hijos al guiarlos y orientarlos; y esa madre y toda madre que posea ese espíritu tiene el don de revelación, el don de inspiración y el don de conocimiento, que es el espíritu de profecía, el espíritu de discernimiento, un don de Dios para ellas, para gobernar su casa y guiar a sus hijos por la senda de la rectitud y de la verdad¹⁷.

Siento muy dentro de mí el deseo de bendecirlas, madres y hermanas, con todo mi corazón y con todo el poder y el derecho que poseo del sacerdocio que es según el Orden del Hijo de Dios... Tengo el derecho y la autoridad del sacerdocio para bendecir a Israel y, sobre todo, para bendecir a los que son fieles; y siento en mi corazón que debo decirles que las bendigo¹⁸.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué le impresiona a usted de la descripción que hace el presidente Smith de su madre? ¿Qué cualidades de rectitud ve usted ejemplificadas en las madres que conoce?

- ¿Por qué constituye la maternidad “el fundamento de la felicidad en el hogar y de la prosperidad en la nación”? ¿Cuáles son las “obligaciones sagradas” de hombres y mujeres “en lo que respecta a la maternidad”?
- ¿En qué forma influye nuestro entendimiento de las familias eternas en nuestras acciones y actitudes para con las madres y la maternidad?
- ¿De qué manera puede una madre influir en la mente y en el corazón de sus hijos para que sean rectos? ¿En qué forma ha sido usted bendecido por la influencia de una madre de Sión?
- ¿Qué dificultades enfrentan los padres de la actualidad para criar a sus hijos “en el amor de la verdad, en la obediencia a los mandamientos de [Dios]”? ¿Cómo pueden los padres encarar esas dificultades?
- ¿A qué bendiciones espirituales dice el presidente Smith tienen derecho las madres que han recibido el don del Espíritu Santo? ¿En qué forma pueden las madres utilizar esos dones para ayudar a sus hijos a andar por las sendas de la rectitud?
- ¿Cómo pueden el amor y las enseñanzas de una madre llegar a ser “una defensa, una barrera entre la tentación y [nosotros]”?

Notas

1. *Deseret News: Semi-Weekly*, 5 de enero de 1892, pág. 3; se agregaron párrafos.
2. *Life of Joseph F. Smith*, compilado por Joseph Fielding Smith, 1938, pág. 452.
3. *Deseret News: Semi-Weekly*, 5 de enero de 1892, pág. 3.
4. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 494.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 288.
6. “General Conference of the Relief Society”, *Relief Society Magazine*, junio de 1917, pág. 316.
7. *Deseret News: Semi-Weekly*, 5 de enero de 1892, pág. 3.
8. En “Conference Report”, abril de 1912, pág. 7.
9. *Gospel Doctrine*, págs. 300–301.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 290.
11. “General Conference of the Relief Society”, págs. 316–317.
12. *Gospel Doctrine*, págs. 314–315.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 264.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 463.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 429.
16. En “Conference Report”, abril de 1907, pág. 118.
17. Discurso pronunciado en casa de A. W. McCune el 14 de noviembre de 1913, *Historical Department Archives, The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints* (Archivos del Departamento Histórico de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días).
18. “General Conference of the Relief Society”, pág. 320.



La inspiración y la divinidad de las Escrituras

Los miembros de la Iglesia deben estudiar fielmente las Escrituras y vivir diligentemente de acuerdo con los principios que se enseñan en los libros canónicos.

De la vida de Joseph F. Smith

A lo largo de toda la jornada al Valle del Lago Salado en 1848, Mary Fielding Smith junto con su hijo Joseph y los demás miembros de la familia estudiaban las Escrituras a la luz de una lámpara y de la lumbre. Ésos fueron los días de la más temprana instrucción espiritual de Joseph, la cual recibió de su madre tanto en la tienda de campaña como en el campamento y en la llanura¹. Más adelante en su vida, el presidente Joseph F. Smith recordó: “En mi niñez quedé profundamente impresionado por el pensamiento y por la firme creencia en mi alma de que las revelaciones que se habían dado a José el Profeta, y por conducto de él... eran la palabra de Dios tal como lo eran las palabras de los antiguos discípulos cuando daban testimonio del Padre y del Hijo. Esa impresión grabada en mi niñez me ha acompañado a lo largo de todas las vicisitudes de más de sesenta años de experiencia real y práctica en el campo misional por todas las naciones del mundo, y localmente en medio de los siervos autorizados de Dios”².

En la conferencia general que se celebró el 10 de octubre de 1880, la Primera Presidencia de la Iglesia —el presidente John Taylor y sus consejeros George Q. Cannon y Joseph F. Smith— presentaron a la Iglesia la Perla de Gran Precio y algunas secciones adicionales de Doctrina y Convenios “como revelaciones de Dios a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y a todo el mundo”³. Por voto unánime, los miembros de la

Iglesia aceptaron estas revelaciones con lo cual se amplió el canon de Escrituras de la Iglesia. Para el presidente Smith, las Escrituras eran una incesante fuente de “riqueza espiritual”⁴. Él empleó las Escrituras en las enseñanzas que impartió durante toda su vida y, mientras se hallaba meditando en las Escrituras, recibió la notable revelación que actualmente se conoce como la sección 138 de Doctrina y Convenios.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Las Escrituras expresan palabras de amor y de riqueza espiritual.

A [los que] no sepan qué hacer en medio de las diversas enseñanzas que existen en el mundo, yo diría: Escudriñen las Escrituras, busquen a Dios en oración y entonces lean las doctrinas que Cristo proclamó en su Sermón del Monte, que se encuentra en Mateo, y que reiteró a los antiguos santos sobre este continente [americano] (3 Nefi). Tras haber estudiado estas normas espléndidas y escudriñado profundamente el significado de estos sentimientos incomparables, pueden desafiar las filosofías del mundo o cualquiera de sus éticas a que produzcan algo semejante. La sabiduría de los hombres no se puede comparar con ellas; llevan a los pacíficos discípulos de Cristo a hallar reposo y posibilitan al género humano llegar a ser perfecto como Él es perfecto. Ningún otro filósofo ha dicho jamás lo que dijo Jesús: “Venid a mí”. Desde el principio del mundo hasta el tiempo presente, ningún otro filósofo ha proclamado al pueblo palabras de amor semejantes a las de Él, ni ha garantizado ni declarado tener poder dentro de sí para salvar. La invitación del Señor a todos los hijos e hijas de los hombres es: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” [Mateo 11:28].

Los Santos de los Últimos Días han respondido al llamado y de ese modo miles han hallado el descanso y la paz que sobrepasa todo entendimiento; y ello, a pesar de las pruebas de fuego, de la agitación y de los conflictos por los que han pasado. Tienen reposo con el conocimiento de que nadie podría declarar o enseñar tal doctrina; es la verdad de Dios⁵.



Ejemplar del presidente Joseph F. Smith de la primera edición del Libro de Mormón en hawaiano, 1905. Además, se le hizo entrega de la traducción al hawaiano de Doctrina y Convenios y de la Perla de Gran Precio en la dedicación del terreno del Templo de Hawai en 1915.

Lo que caracteriza más la inspiración y la divinidad de las Escrituras es el espíritu con el cual fueron escritas y la riqueza espiritual que imparten a quienes las leen fiel y concienzudamente. Por tanto, nuestra actitud hacia las Escrituras debe concordar con los fines para los cuales se escribieron. Tienen por objeto ensanchar las aptitudes espirituales del hombre y revelar e intensificar los lazos de parentesco que hay entre él y su Dios. La Biblia y todos los demás libros que son Escrituras sagradas, para ser apreciados, deben estudiarse por los que tienen inclinación hacia lo espiritual y por quienes buscan las verdades espirituales⁶.

Lo más grande que las personas pueden lograr en este mundo es familiarizarse tan completa y tan perfectamente con la verdad divina que ningún ejemplo o conducta de criatura alguna que viva en el mundo pueda apartarlas jamás del conocimiento que han obtenido. Seguir “los pasos del Maestro”, el más eminente de todos los maestros que este mundo ha recibido, constituye el camino más seguro que yo sepa que se puede seguir en el mundo. Podemos asimilar los preceptos, las doctrinas y la divina palabra del Maestro sin temor alguno de que el modelo fallará en llevar a cabo y ejecutar sus propios preceptos y cumplir con sus propias doctrinas y requisitos⁷.

Las Escrituras contemporáneas nos enseñan la palabra de Dios y testifican de Jesucristo.

Por el testimonio que el Santo Espíritu de Dios me ha dado a mí, sé que este libro, el libro Doctrina y Convenios, que tengo en la mano, es la palabra de Dios manifestada por conducto de José Smith al mundo, y particularmente a los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en todo el mundo, y que, por el don y el poder de Dios, él tradujo este libro (el Libro de Mormón) de su lengua original y de los grabados que había sobre las planchas de oro al idioma en que ahora lo leemos dentro de las cubiertas de este libro; y contiene la plenitud del Evangelio sempiterno. Llevará a los hombres a adquirir el conocimiento de la verdad por medio de la cual pueden salvarse y volver a la presencia de Dios y participar de Su gloria y de vidas eternas⁸.

El propio Cristo rompió las barreras de la tumba, conquistó la muerte y el sepulcro, y, al resucitar, fue las “primicias de los que durmieron” [1 Corintios 15:20]... [Sus] discípulos dan testimonio y testifican de la resurrección, y su testimonio no puede ser impugnado. Por consiguiente, es efectivo, y es verdadero y fiel.

Pero ¿es ésta la única evidencia de que podemos depender? ¿No tenemos otra cosa más que el testimonio de los discípulos antiguos sobre los cuales basar nuestras esperanzas? Gracias a Dios tenemos más. Y la evidencia adicional que poseemos nos posibilita ser testigos de la verdad del testimonio de los antiguos discípulos. Recurrimos al Libro de Mormón, y éste testifica de la muerte y de la resurrección de Jesucristo en términos claros e inequívocos; podemos recurrir al libro Doctrina y Convenios, que contiene las revelaciones de esta dispensación, y hallaremos allí evidencia clara y bien definida. Tenemos el testimonio del profeta José Smith, el testimonio de Oliver Cowdery y el testimonio de Sidney Rigdon de que vieron al Señor Jesús —el mismo que fue crucificado en Jerusalén— y que Él se manifestó a ellos [véase D. y C. 76:22–24]⁹.

El Libro de Mormón [es] un libro de Escritura traducido por el don y el poder de Dios, porque la voz de Dios declaró a los tres testigos que había sido traducido por el don y el poder de Dios, y que es verdadero. Los tres testigos declararon esta verdad y testificaron de ella, y otros ocho testigos, además del profeta José, declararon que vieron las planchas y las palparon con sus manos, y que vieron los grabados que contenían, y que sabían con certeza que José Smith tenía en su poder las planchas de las cuales se tradujo el Libro de Mormón¹⁰.

El Libro de Mormón, con respecto al cual José Smith fue el instrumento en las manos de Dios para traerlo a esta generación, ha sido traducido a los idiomas alemán, francés, danés, sueco, galés, hawaiano, indostaní, español y holandés; y este libro será traducido a otras lenguas, porque según las predicciones que contiene, y de acuerdo con las promesas que el Señor dio mediante José Smith, ha de ser enviado a toda nación y tribu y pueblo bajo los cielos, hasta que todos los hijos e hijas de Adán tengan el privilegio de oír el Evangelio que se ha restaurado en la tierra en la dispensación del cumplimiento de los tiempos¹¹.

Del hecho de que Dios manifestará Sus propósitos a los lamanitas en Su propio tiempo y conforme a Su manera no puede haber duda alguna en la mente de los que creen en el origen divino del Libro de Mormón, porque en ese libro se aclara este hecho de manera inequívoca; pero cómo lo realizará Él en cada particular, y precisamente qué medios utilizará para llevar a cabo Sus propósitos en este aspecto, aparte de lo que efectivamente se ha revelado, sólo se puede conjeturar. Sabemos que uno de esos medios será el propio Libro de Mormón¹².

Digo a mis hermanos que el libro Doctrina y Convenios contiene algunos de los principios más maravillosos que se han revelado al mundo, algunos de ellos revelados en mayor plenitud al mundo que en cualquier otra época; y esto como cumplimiento de la promesa de los profetas antiguos de que en los últimos tiempos el Señor revelaría al mundo cosas que han estado escondidas desde antes de la fundación del mundo; y el Señor las ha revelado por medio del profeta José Smith¹³.

Creo en la divinidad de Jesucristo porque, más que nunca, estoy más próximo a la posesión del conocimiento verdadero de que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, mediante el testimonio de José Smith, que se encuentra en este libro Doctrina y Convenios, de que él lo vio, de que lo oyó, de que recibió instrucciones de Él, de que obedeció esas instrucciones y de que hoy se levanta ante el mundo como el último grande y real testigo viviente de la divinidad de la misión de Cristo y de Su poder para redimir al hombre de la muerte temporal y también de la segunda muerte, que resultará de los propios pecados del hombre a causa de su desobediencia a las ordenanzas del Evangelio de Jesucristo¹⁴.

**Estudien los libros canónicos para adquirir
un conocimiento de la palabra de Dios.**

Muy a menudo, en las experiencias que he tenido al leer pasajes de las Escrituras, he hallado que el Espíritu ha traído a mi mente una nueva luz y ha mostrado a mi entendimiento pensamientos y modos de ver las cosas que me han parecido nuevos, pese a que había estado familiarizado con esos pasajes y los

había leído muchas veces. De hecho, he descubierto una peculiaridad que acompaña el leer la palabra de Dios: que cada vez que se lee tiene por objeto refrescar el alma, revivir el espíritu del hombre y acercarlo más, de ser posible, a la fuente de la luz, de la verdad, de la sabiduría, del amor y del conocimiento. Por lo tanto, es conveniente que los Santos de los Últimos Días lean a menudo la palabra de Dios que se encuentra registrada en la Biblia, en el Libro de Mormón y en Doctrina y Convenios, y que también ha sido analizada por los élderes líderes de la Iglesia con el fin de hacer claras y sencillas las leyes de Dios para el entendimiento de los hijos de los hombres.

Y al leer la palabra del Señor debemos tener en cuenta su aplicación a nosotros mismos en las circunstancias y en las condiciones en que nos encontremos; también debemos reflexionar en si estamos cumpliendo o no con los requisitos del Evangelio y en si tenemos en el corazón el Espíritu que acompaña la obra y la palabra del Señor. No debemos leer tan sólo para afirmar que hemos leído; sino que debemos leer con el espíritu y con el entendimiento, a fin de que saquemos provecho y de que la verdad sea revelada, hasta donde sea posible, a nuestro entendimiento y quede grabada en nuestra mente de tal manera que nunca se aparte de nosotros, y sea en nosotros un manantial de aguas vivas que brote para vida eterna y que sea en nuestros corazones una fuente inagotable de verdad, de luz, de alegría y de paz continuamente¹⁵.

Todos los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días deben estar familiarizados en todo lo posible con las palabras que se encuentran registradas en el Nuevo Testamento, sobre todo con las referentes a las que habló el Salvador mismo y que registraron Sus apóstoles. Los Santos de los Últimos Días deben leer detenidamente el Libro de Mormón y Doctrina y Convenios. Éstos son los libros canónicos de la Iglesia y contienen la verdad, no el error, no las simples palabras y opiniones de los hombres, ni novelas largas ni cortas, ni suposiciones, sino la verdad, la palabra de Dios, porque la palabra de Dios es verdadera, y éstas son cosas que nuestras hijas y nuestros hijos, nuestros padres y nuestras madres deben comprender a fondo. Conozcamos la verdad porque la verdad nos libra y nos

librará del error, de la superstición, de las falsas tradiciones, de la ciencia falsa o la así llamada ciencia y de las excentricidades de los hombres y de las vanas filosofías del mundo. Si aprendemos la verdad estaremos libres de esos errores y del poder del error que es tan potente en el mundo.

...Deseamos que nuestros hijos y nuestras hijas conozcan la verdad de Dios y no las excentricidades del mundo, y queremos que ustedes estudien los libros en los cuales adquirirán un conocimiento de la palabra del Señor para nosotros.

Algunas de las buenas personas de nuestro pueblo leen muchos de los libros que se publican en la actualidad, la así llamada ficción popular, pero no tienen tiempo para leer la Palabra de Dios. Muchos de esos libros son hermosos, pero a menudo se expresan en ellos muchas ideas que no son más que palabras bonitas, frases bien hilvanadas y sentires que son como las flores que se abren en los tallos sin raíces. Ustedes encontrarán la verdad auténtica en los libros que se han adoptado como los libros canónicos de la Iglesia. Veo demasiadas personas de nuestro pueblo que son mucho más versadas en los libros que han escrito algunos de los escritores más conocidos que en las cosas de Dios; no saben cosa alguna de la esencia verdadera del Evangelio de Jesucristo, no saben ni comprenden cosa alguna de los ritos del sacerdocio ni de los principios del gobierno que Dios ha revelado a los hijos de los hombres para mantener el reino de Dios en la tierra; saben más de novelas que lo que saben de la Biblia, del Libro de Mormón y de Doctrina y Convenios, sí, mucho más¹⁶.

Es sorprendente enterarse de las innumerables preguntas que constantemente se hacen a la Presidencia de la Iglesia y a otros de mis hermanos que ocupan cargos de liderazgo con respecto a información sobre algunas de las cosas más sencillas que atañen al Evangelio. Nos llegan de vez en cuando cientos de preguntas, de consultas y de cartas en las que nos piden información e instrucción sobre asuntos que se encuentran clara y sencillamente escritos en las revelaciones de Dios — que se encuentran en el Libro de Mormón, en Doctrina y Convenios, en la Perla de Gran Precio y en la Biblia — y que cualquiera que sepa leer debería entender¹⁷.

En el Evangelio tenemos la verdad. Si tal es el caso, y doy mi testimonio de que así es, entonces bien vale la pena todo esfuerzo nuestro por comprender la verdad, cada cual por sí mismo, y comunicarla a nuestros hijos mediante el espíritu y la práctica... Esto debe hacerse todos los días y en el hogar por medio del precepto, de la enseñanza y del ejemplo... Dedicuen diez minutos a leer un capítulo de las palabras del Señor que se encuentran en la Biblia, en el Libro de Mormón, en Doctrina y Convenios, antes de acostarse o antes de salir para su trabajo cotidiano. Aliméntense espiritualmente tanto en el hogar como en los lugares públicos¹⁸.

Sugerencias para el estudio

- ¿Por qué las Escrituras “llevan a los pacíficos discípulos de Cristo a hallar reposo” y nos posibilitan llegar a ser perfectos? ¿En qué forma le han servido a usted para llegar a ser un pacífico discípulo de Cristo?
- ¿Qué se “tuvo por objeto cuando se escribieron las Escrituras”? ¿Por qué las Escrituras “intensifican los lazos de parentesco” que hay entre nosotros y Dios?
- ¿Qué siente usted cuando estudia las Escrituras? ¿Con qué actitud debemos estudiar las Escrituras?
- ¿Qué pasajes del Libro de Mormón, de Doctrina y Convenios y de la Perla de Gran Precio han fortalecido más su testimonio de que Jesús es el Cristo? ¿Qué pasajes han fortalecido su testimonio del llamamiento divino del profeta José Smith?
- ¿Cómo se están manifestando en la actualidad los propósitos de Dios entre los descendientes de los pueblos del Libro de Mormón?
- ¿Cuáles son “algunos de los principios más maravillosos que se han revelado al mundo” y que se encuentran en el Libro de Mormón, en Doctrina y Convenios y en la Perla de Gran Precio? ¿Qué influencia han producido esos principios en la vida de usted?

- ¿Qué significa leer las Escrituras muy detenidamente? ¿Por qué debemos hacerlo así? ¿Cuáles han sido los mejores resultados que ha obtenido al leerlas y estudiarlas?
- ¿Cómo podemos asegurarnos de que tanto nosotros como nuestros familiares no permitamos que las novelas populares, la televisión y otros entretenimientos tengan prioridad al estudio de las Escrituras?
- ¿Qué valor tiene el estudio personal y familiar diario de las Escrituras? ¿Cómo han logrado usted u otras personas incorporar satisfactoriamente el estudio de las Escrituras a su ocupada vida personal y familiar?

Notas

1. Véase Edward H. Anderson, "A Biographical Sketch", en *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 529.
2. *Gospel Doctrine*, pág. 493.
3. "Fiftieth Semi-Annual Conference", *Millennial Star*, 15 de noviembre de 1880, pág. 724.
4. *Gospel Doctrine*, pág. 45.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 128.
6. *Gospel Doctrine*, págs. 45–46.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 3–4.
8. En Brian H. Stuy, compilador, *Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others*, 5 tomos, 1987–1992, 5:29.
9. *Gospel Doctrine*, págs. 444–445; párrafos modificados.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 466.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 481.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 378.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 45.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 495.
15. *Deseret News: Semi-Weekly*, 6 de febrero de 1893, pág. 2; se agregaron párrafos.
16. "Reading", *Young Woman's Journal*, agosto de 1917, págs. 412–413.
17. En "Conference Report", abril de 1915, pág. 138.
18. *Gospel Doctrine*, págs. 301–302.



La fe: El fundamento de toda rectitud

La fe en Dios el Padre y en Su Hijo Jesucristo es el primer principio de nuestra religión y el fundamento de toda rectitud.

De la vida de Joseph F. Smith

Joseph F. Smith centró su fe en nuestro Padre Celestial, en el Señor Jesucristo y en las sencillas y constantes verdades del Evangelio. Cuando Joseph F. Smith era niño, aumentaron enormemente su fe la dedicación al deber y a la rectitud que vio en su madre.

Él dijo: “Recuerdo vívidamente una circunstancia que ocurrió en mi niñez. Mi madre era viuda y tenía que mantener a una familia numerosa. Una primavera [entre 1849 y 1852] al abrir nuestro depósito subterráneo de papas, mandó a sus hijos preparar una carga con las mejores papas (patatas), las cuales llevó a la oficina de diezmos. Las papas eran escasas esa temporada. Yo era un niño pequeño en aquella época y conduje el tiro de caballos. Una vez que llegamos a la entrada de la oficina de diezmos, y cuando estaba listo para descargar las papas, salió uno de los secretarios, el cual dijo a mi madre: ‘Hermana Smith, es una vergüenza que usted tenga que pagar el diezmo’... Reprendió a mi madre por pagar el diezmo, y la llamó de todo menos sabia y prudente; y dijo que había otros que eran fuertes y aptos para trabajar que recibían el sustento de la oficina de diezmos. Mi madre se volvió a él con cierto disgusto y le dijo: ‘...¿Quiere usted negarme una bendición? Si no pagara mi diezmo, sería de esperar que el Señor me retuviera Sus bendiciones. Pago mi diezmo no sólo porque es una ley de Dios, sino porque espero una bendición al hacerlo’”.

El presidente Smith explicó: “Ella prosperó porque obedeció las leyes de Dios... y el nombre de esa viuda quedó escrito en el libro de la ley del Señor. Esa viuda tenía derecho a los privilegios de la casa de Dios. Ninguna ordenanza del Evangelio se le podía negar, porque fue obediente a las leyes de Dios y no dejó de cumplir con su deber”¹.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Es necesario tener fe en Dios y en Su Hijo Jesucristo.

Creemos en Dios, el Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, el Hacedor de los cielos y de la tierra, el Padre de nuestros espíritus. Creemos en Él sin reserva; lo aceptamos en nuestro corazón, en nuestra fe religiosa, en nuestro propio ser. Sabemos que nos ama, y lo aceptamos como el Padre de nuestros espíritus y el Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo².

Primero... es necesario tener fe en Dios, puesto que la fe es el primer principio de la religión revelada y el fundamento de toda rectitud.

Fe en Dios es creer que Él existe y que “Él es el único Gobernador supremo y Ser independiente, en quien toda plenitud y perfección, y toda buena dádiva y principio moran independientemente”, y en quien la fe de todos los demás seres racionales debe concentrarse para lograr vida y salvación; y además, que Él es el gran Creador de todas las cosas; que es omnipotente, omnisciente y que, por medio de Sus obras y del poder de Su Espíritu, es omnipresente [véase Joseph Smith, compilación, *Lectures on Faith*, 1985, pág. 10].

No sólo es necesario tener fe en Dios, sino también en Jesucristo, Su Hijo, el Salvador del género humano y el Mediador del nuevo convenio; y en el Espíritu Santo, el cual da testimonio del Padre y del Hijo, “el mismo en todas las edades y para siempre”³.

Nuestra fe en Jesucristo constituye el fundamento de nuestra religión, el fundamento de nuestra esperanza en la remisión de pecados, en la exaltación después de la muerte y en la resurrección de la muerte a la vida sempiterna. Nuestra fe en las doc-



Ha resucitado, por Del Parson. El presidente Joseph F. Smith enseñó que “es necesario tener fe en Dios... en Jesucristo, Su Hijo, el Salvador del género humano y el Mediador del nuevo convenio; y en el Espíritu Santo” (*Gospel Doctrine*, pág. 100).

trinas que se han restaurado por conducto del profeta José Smith nos confirma, nos afianza y nos corrobora sin lugar a dudas nuestra fe y creencia en la misión divina del Hijo de Dios⁴.

La fe, nos dice Pablo, es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve [véase Hebreos 11:1]. La fe en Dios [es] creer que Él existe y que es remunerador de los que le buscan y de los que le aman. La fe en Dios lleva a los hombres a todo conocimiento y a toda la plenitud y a toda la fidelidad ante ellos...

En lo que respecta a nuestro entendimiento de este principio del Evangelio, somos criaturas de brazos; estamos apenas comenzando, los mejores de nosotros, a conocer algo de este principio de vida y salvación, este principio de poder. Se nos dice que, por la fe, los mundos han sido hechos. ¿Quién de nosotros tiene la fe para lograr mucho de cosa alguna? Nuestra fe es tan limitada que apenas podemos vivir los pequeños principios del Evangelio que Dios nos ha revelado y que son necesarios para nuestra paz y recreación sociales. Apenas tenemos fe para cumplir con estos pequeños principios que nos han sido revelados para regir nuestras vidas diarias. El Señor tiene que ser tolerante y paciente con nosotros para enseñarnos un poco aquí y un poco allí, línea por línea y precepto por precepto, a fin de que con el tiempo ganemos la clase de fe que en otra época libró a los santos, puesto que por ella se cerró la boca de los leones y disminuyó el calor del horno de fuego ardiente... Nuestro gran Maestro, Jesucristo... procura enseñarnos los principios de vida y salvación, los cuales son principios de poder, al enseñar a los hombres a elevarse desde las profundidades del pesar, desde las más bajas circunstancias humanas hasta las alturas de la gloria y del conocimiento de Dios⁵.

La verdad es que todo hijo y toda hija de Dios debe tener primero fe en Dios, fe en que Él existe, en que Él es justo, en que Él es todopoderoso, en que Él gobierna todas las cosas y que en Él se concentra toda perfección. Puede ser que no tengan un conocimiento de eso, pero deben tener fe en que eso es cierto. Éste es el primer principio de la religión revelada. Está escrito que sin fe es imposible agradar a Dios. También está escrito que el justo vivirá por fe. Por tanto, digo que es necesario que toda

persona tenga fe en Dios, el Hacedor y el Creador de todas las cosas, el Gobernante de los cielos y de la tierra. Sin fe, los mundos no habrían podido crearse; sin fe, éstos no podrían permanecer en su lugar; pero por la fe todas las cosas son posibles para Dios y para el hombre⁶.

En Su revelación al hombre, Dios ha hecho Su palabra tan sencilla que aun el más humilde de los hombres, sin haber tenido preparación especial, puede gozar de una gran fe, comprender las enseñanzas del Evangelio y disfrutar tranquilamente de sus convicciones religiosas⁷.

Ninguna fe del hombre, ninguna religión del hombre, ninguna organización religiosa en todo el mundo puede elevarse por encima de la verdad. La verdad debe ser el fundamento de la religión, o ésta es en vano y fallará en sus propósitos. Afirmo que la verdad está en el fundamento, en el fondo y en la cúspide, e impregna totalmente esta grandiosa obra del Señor, la cual fue establecida por conducto de José Smith, el Profeta⁸.

La fe, que es un don de Dios, se obtiene por medio de la obediencia.

La fe siempre es un don de Dios al hombre, y se obtiene mediante la obediencia, al igual que todas las demás bendiciones. El hombre o la mujer de esta Iglesia que desee aumentar su fe hasta el grado más alto que sea posible deseará observar todo rito y toda ordenanza de la Iglesia de conformidad con la ley de obediencia a la voluntad de Dios. En estas cosas, y por medio de ellas, el hombre logra un conocimiento más perfecto de los propósitos de Dios en el mundo. Una fe engrandecida significa un poder más grande, y aun cuando el hombre no tenga ocasión en esta vida de ejercer todos los poderes que lleguen a él por haber engrandecido su fe, podrá ejercer plenamente esos poderes en la eternidad, si no en el tiempo de esta vida⁹.

Se dice que la fe es un don de Dios, y así es; pero la fe no se recibe sin obras; la fe no se recibe sin la obediencia a los mandamientos de Dios¹⁰.

Una de las misiones principales de la Iglesia es enseñar el Evangelio de Cristo en el mundo, enseñar que tiene un mensaje

importante que comunicar, el cual no sólo comprende la salvación espiritual de los hombres, sino también su bienestar temporal. No sólo enseña que la fe es necesaria, sino que también son necesarias las obras. La creencia en Jesús es buena, pero debe ser de la clase de fe viviente que impulsa al creyente a ocuparse de su propia salvación y a ayudar a los demás a hacer lo mismo¹¹.

Creemos que es necesario vivir nuestra religión cada día de la semana, cada hora del día y cada momento. Si creemos y actuamos de ese modo, nos fortaleceremos en nuestra fe, el Espíritu de Dios aumentará en nosotros, progresaremos en conocimiento y estaremos mejor capacitados para defender la causa en la cual nos hallamos embarcados¹².

Les ruego, mis hermanos y hermanas, ustedes, los que tienen hijos en Sión, y sobre quienes descansa la mayor responsabilidad, que les enseñen los principios del Evangelio, que les enseñen a tener fe en el Señor Jesucristo y en el bautismo para la remisión de los pecados cuando lleguen a los ocho años de edad¹³.

La fe en Dios nos sostendrá en los momentos de adversidad.

A fin de vencer con éxito las inquietudes referentes a los asuntos que necesitan tiempo para resolverse, son esenciales una fe y una confianza absolutas en Dios y en el triunfo de Su obra¹⁴.

La necesidad de tener un conocimiento muy bueno de la verdad es de importancia primordial. También lo es que todo Santo de los Últimos Días tenga una convicción profundamente arraigada de la justicia de Dios y una confianza y una fe incondicionales en Su Ser y en Su misericordia. Para comprender correctamente el Evangelio y para poder guardar los mandamientos de Dios, ese conocimiento es absolutamente necesario. Pregúntese cada persona a sí misma si hay en su alma una profunda e inquebrantable convicción de estos hechos. ¿Podría algún suceso que les ocurriera... cambiar su fe en los propósitos y en la absoluta justicia y misericordia del Señor o en el poder salvador de Su Evangelio, el mensaje de Su salvación? Si así es, su fe no está arraigada profundamente y existe la urgente necesidad de que se convenzan.

En las Escrituras abundan los ejemplos de hombres cuyo firme fundamento era una fe inquebrantable en Dios. Es indispensable que todo joven se apoye en esa columna de fe.

En medio de la pérdida de todos sus bienes terrenales e incluso en medio del dolor desgarrador que padeció con la pérdida de sus hijos, Job, no obstante, confió íntegramente en el Todopoderoso...

En Abraham vemos otro ejemplo de devoción a la palabra de Dios y de fe en llegar algún día a compartir Su bondad... En la buena disposición de Abraham para confiar en Dios durante la prueba más grande que podría sobrevenirle a un padre —el sacrificio de su hijo—, vemos una fe profundamente arraigada y una confianza inquebrantable en que el Todopoderoso puede y está dispuesto a cumplir Sus promesas, no importa lo improbable que parezca en las más difíciles circunstancias... Y así lo hará Él con todos los que confíen en Él, puesto que Su promesa es para todos.

Tal conocimiento, fe y confianza constituyen una parte importante de la religión revelada... Abraham aprendió la gran verdad, que también nosotros debemos grabar en nuestros corazones, de que Dios es justo y que cumplirá Sus promesas cabalmente. Y así fue bendecido, y nosotros también lo seremos, en circunstancias difíciles, porque confió en el Señor y obedeció Su voz. Además, así le dijo el Señor: “de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos. En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra...” [Génesis 22:17–18].

La situación es la misma en la actualidad; si los santos no tienen un conocimiento verdadero de que el camino que siguen está en armonía con la voluntad de Dios, se fatigarán en medio de las pruebas y desfallecerán ante la persecución... Pero, por el contrario, si tienen esta confianza en Dios firmemente grabada en su alma, no importa qué pueda suceder, se sentirán felices al cumplir la voluntad de Dios, sabiendo sin asomo de duda que al final recibirán las bendiciones prometidas. Así se vence al mundo y se obtiene la corona de gloria que Dios ha reservado para los que le aman, le honran y le obedecen...

Ninguna persona puede obtener la plenitud de las bendiciones de Dios si no se aproxima, al menos en cierto grado, a la norma de fe en la justicia de Dios, ilustrada en los ejemplos citados. Cada persona debe haber cimentado en su propia alma la creencia y la confianza en la justicia y en la misericordia de Dios. Esto debe ser algo individual, puesto que ninguna persona puede actuar por otra. Lecciones de este tipo deben enseñarse y ponerse como ejemplo ante los jóvenes de Sión, para llevar convincentemente a su entendimiento la verdad que los hará libres y que les permitirá permanecer firmes en la fe. Permítanles que, cuando se les reúna en sus asambleas, se presenten ante Dios y se les recuerden Sus misericordiosos bienes, traducidos éstos en la salida a luz del Libro de Mormón, en lo ocurrido en Kirtland, en Sión [Condado de Jackson, Misuri], en Nauvoo, en los penosos días del éxodo y en las desoladas llanuras. Esto para que cuenten las misericordias de Dios que hay en Sus promesas y para que vean el modo en que las aflicciones y las grandes pruebas del pasado han redundado en el bienestar de Su pueblo; y para que así renueven sus convenios, llenos de la convicción profundamente arraigada e inquebrantable de la bondad y de la misericordia del Señor. Cada persona debe aprender esta lección, la cual debe grabarse tan indeleblemente en su alma y quedar tan bien cimentada en su ser que nada le separe del conocimiento del amor de Dios aunque la muerte y el infierno se interpongan en su camino...

Dios es bueno; Sus promesas nunca fallan; confiar absolutamente en Su bondad y en Su misericordia es un principio correcto. Por lo tanto, pongamos en Él nuestra confianza¹⁵.

Hay personas aficionadas a decir que la mujer es el vaso más débil. Yo no lo creo. Tal vez lo sean físicamente; pero espiritual, moral y religiosamente, y en cuanto a la fe, ¿qué hombre puede compararse a una mujer realmente convencida? Daniel tuvo la fe que lo sostuvo en el foso de los leones, pero las mujeres han visto descuartizar a sus hijos y porque supieron creer, han soportado todas las torturas que la crueldad satánica ha podido inventar porque creían. Ellas siempre están más dispuestas a hacer sacrificios y son comparables a los hombres en cuanto a estabilidad, santidad, moralidad y fe¹⁶.

El mantenerse firme frente a una aplastante oposición, cuando uno ha hecho todo lo que ha podido, es poseer la valentía de la fe. La valentía de la fe es la valentía del progreso. Los que poseen esa cualidad divina siguen adelante; no se les permite estar inactivos aunque quisieran. No son simplemente criaturas de su propio poder y de su propia sabiduría; son instrumentos de una ley más elevada y de un propósito divino¹⁷.

Por la fe podemos entrar en el reposo de Dios.

Los profetas antiguos hablan de “entrar en el reposo de Dios”. ¿Qué significa eso? A mi entender, significa entrar en el conocimiento y en el amor de Dios, tener fe en Su propósito y en Su plan hasta el punto de saber que estamos en lo correcto y que no andamos buscando otra cosa, que no nos perturba ningún viento de doctrina ni la astucia ni las artimañas de los hombres que acechan para engañar. Sabemos que la doctrina es de Dios y no hacemos preguntas a nadie con respecto a ella; otras personas pueden seguir sus opiniones, sus ideas y sus extravagancias. El hombre que ha alcanzado la fe en Dios hasta el punto de que toda duda y todo temor se han apartado de él ha entrado en el “reposo de Dios”¹⁹.

Sin la ayuda del Espíritu Santo ningún hombre puede conocer la voluntad de Dios, ni saber que Jesús es el Cristo, el Redentor del mundo, ni saber si el camino que sigue, si la obra que realiza o si su fe son aceptables para Dios, ni si éstos le asegurarán el don de la vida eterna, que es el mayor de todos los dones de Dios¹⁹.

Ninguna persona puede obtener el don de la vida eterna si no está dispuesta a sacrificar todas las cosas terrenales para obtenerla. No podremos lograr esto mientras nuestros intereses estén concentrados en el mundo.

...Sin embargo, si nos hacemos tesoros en el cielo, si desprendemos nuestro afecto de las cosas de este mundo y decimos al Señor nuestro Dios: “Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya” [véase Lucas 22:42], entonces podrá hacerse la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo, y el reino de Dios en su poder y gloria será establecido en la tierra. El pecado y Satanás

serán atados y expulsados de la tierra, pero esto no se hará mientras no alcancemos esta condición de la mente y de la fe²⁰.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué es la fe? ¿Por qué nuestra fe en Dios y en Jesucristo “constituye el fundamento de nuestra religión”?
- ¿Qué sabemos acerca de Dios y de Jesucristo que nos hace tener fe en Ellos? ¿Por qué debe nuestra fe basarse en la verdad? (Véase Alma 32:21.)
- ¿Cómo se obtiene la fe? ¿Cómo podemos aumentar y fortalecer nuestra fe? ¿Que relación existe entre la fe y las obras?
- ¿Cómo podemos ayudar eficazmente a nuestros hijos a cultivar la fe en Jesucristo?
- ¿Por qué para soportar los golpes de la adversidad todo Santos de los Últimos Días debe tener una fe total en la “absoluta justicia y misericordia” del Señor y en “el poder salvador de Su Evangelio”?
- ¿Qué aprendemos sobre la fe del ejemplo de Abraham, de Job y de los primeros líderes y miembros de esta dispensación? En medio de las experiencias más difíciles que usted ha vivido, ¿en qué forma le ha fortalecido y bendecido el haber confiado en el Señor?
- ¿Por qué es importante para nosotros saber que el camino que estamos siguiendo “está en armonía con la voluntad de Dios”? ¿Cómo podemos saber eso?
- ¿Qué es la “valentía de la fe” y por qué es eficaz en nuestra vida diaria?
- ¿Por qué debemos estar dispuestos a sacrificar todas las cosas terrenales a fin de obtener el don de la vida eterna?
- ¿Qué significa entrar en el reposo de Dios? ¿Cómo podemos entrar en ese reposo ahora?

Notas

1. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, págs. 228–229.
2. *Gospel Doctrine*, pág. 138.
3. *Gospel Doctrine*, pág. 100.
4. *Gospel Doctrine*, pág. 478.
5. En Brian H. Stuy, compilador, *Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others*, 5 tomos, 1987–1992, 2:299–300; se agregaron párrafos.
6. “Discourse by President Joseph F. Smith”, *Millennial Star*, 26 de septiembre de 1895, pág. 609.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 9.7
8. *Gospel Doctrine*, pág. 1.
9. *Gospel Doctrine*, págs. 212–213; párrafos modificados.
10. En “Conference Report”, octubre de 1903, pág. 4.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 236.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 82.
13. *Gospel Doctrine*, págs. 293–294.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 155.
15. “Editor’s Table”, *Improvement Era*, noviembre de 1903, págs. 53–56.
16. *Gospel Doctrine*, pág. 352.
17. *Gospel Doctrine*, pág. 119.
18. *Gospel Doctrine*, pág. 58.
19. *Gospel Doctrine*, pág. 101.
20. *Gospel Doctrine*, pág. 261.



La obra gloriosa del arrepentimiento y el bautismo

*El arrepentimiento y el bautismo son esenciales
para llegar a ser herederos del reino celestial.*

De la vida de Joseph F. Smith

Joseph F. Smith se bautizó el 21 de mayo de 1852 en City Creek, cerca de la esquina nordeste de la Manzana del Templo, en Salt Lake City. La ordenanza la efectuó el presidente Heber C. Kimball, miembro de la Primera Presidencia y amigo íntimo del martirizado padre de Joseph. Al describir ese día, Joseph F. Smith dijo: “Sentí en mi alma que si yo había pecado —y sin duda no me encontraba sin pecados—, se me había perdonado, y que efectivamente fui limpiado del pecado; mi corazón se conmovió y sentí que no deseaba dañar ni al insecto más pequeño que hubiese bajo mis pies. Sentí que quería hacer el bien en todas partes y a todas las personas y a todas las cosas. Sentí una renovación de vida, una renovación del deseo de hacer lo que era bueno. No quedó en mi alma ni una partícula del deseo hacia lo malo. Es cierto que no era yo más que un niño pequeño cuando me bauticé, pero sentí venir sobre mí esa influencia, y sé que vino de Dios, y fue y siempre ha sido para mí un testimonio viviente de mi aceptación por parte del Señor”¹.

A través de toda su vida, el presidente Smith procuró siempre respetar los convenios que hizo en la ocasión de su bautismo. Enseñó que el arrepentimiento del pecado es esencial para guardar estos convenios: “Creo en el principio del arrepentimiento, porque lo he puesto a prueba y sé que es bueno. Si en un momento funesto he dicho o hecho cosa alguna que haya agraviado a alguno de mis hermanos, nunca me he sentido tranquilo ni libre de un cierto grado de esclavitud sino hasta después

de haber ido a ese hermano al que había ofendido, de haberme arrepentido de mi pecado y de haber arreglado las cosas con él. Entonces se levantaba el peso de la carga y de inmediato experimentaba el efecto benéfico del arrepentimiento del pecado”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

El arrepentimiento y el bautismo son principios verdaderos del Evangelio.

Deseo decirles que los principios del Evangelio siempre son verdaderos: los principios de la fe en Dios, del arrepentimiento del pecado, del bautismo para la remisión de pecados por la autoridad de Dios y la imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo; estos principios siempre son verdaderos y siempre son absolutamente necesarios para la salvación de los hijos de los hombres, no importa quiénes sean éstos ni dónde estén... Nadie puede entrar en el reino de los cielos si no nace de nuevo de agua y del Espíritu. Estos principios son indispensables, porque Dios los ha declarado. No sólo los ha proclamado Cristo por Su propia voz y también Sus discípulos de generación en generación en los tiempos antiguos, sino que en estos últimos días [Sus discípulos] han dado de nuevo el mismo testimonio y declarado estas cosas al mundo. Son verdaderos hoy como lo fueron entonces y debemos obedecerlos³.

Debemos obedecer la voluntad del Padre. A menudo oigo a personas decir: “Todo lo que se requiere del hombre en este mundo es que sea honrado y justo” y que esa persona alcanzará la exaltación y la gloria. Pero los que dicen eso no recuerdan que el Señor dijo que “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. [Véase Juan 3:3.]... No importa cuán buena, cuán honorable, cuán honrada sea la persona, debe pasar por esa puerta a fin de entrar en el reino de Dios. El Señor lo exige. Por consiguiente, si la persona se niega a entrar por la puerta en el redil de las ovejas, nunca llegará a ser heredera de Dios y coheredera con Jesucristo⁴.

El arrepentimiento del pecado es un principio eterno y es tan esencial en su lugar y una parte tan substancial del Evangelio como “no matarás” o “no tendrás dioses ajenos delante de mí”.

El bautismo para la remisión de los pecados, efectuado por uno que posea la autoridad, es un principio eterno, porque Dios lo dispuso y lo mandó, y Cristo mismo no estaba exento de obedecerlo; tuvo que obedecerlo a fin de cumplir con la ley de la justicia⁵.

El Señor enseñó por conducto de José Smith: el arrepentimiento del pecado, y entonces el bautismo por inmersión con Cristo, ser sepultados juntamente con Él en el agua, en el sepulcro líquido, y salir de nuevo del sepulcro líquido a semejanza de Su resurrección de muerte a vida, el bautismo por inmersión, y el bautismo del Espíritu Santo, por la imposición de manos; éstos son necesarios para la salvación de los hijos de los hombres⁶.

Sólo el arrepentimiento verdadero es aceptable ante Dios.

Los hombres pueden salvarse y ser exaltados en el reino de Dios únicamente en la rectitud; por lo tanto, debemos arrepentirnos de nuestros pecados y andar en la luz de Cristo como Cristo está en la luz, a fin de que Su sangre nos limpie de todo pecado y de que tengamos confraternidad con Dios y recibamos Su gloria y exaltación⁷.

¿Consiste el arrepentimiento en sentir congoja por haber hecho lo malo? Sí, ¿pero es eso todo? De ninguna manera. Sólo el arrepentimiento verdadero es aceptable ante Dios; nada menos que eso cumplirá el propósito del arrepentimiento. Entonces, ¿qué es el arrepentimiento verdadero? El arrepentimiento verdadero no sólo es sentir pesar por los pecados y hacer humilde penitencia y contrición delante de Dios, sino que comprende la necesidad de apartarse del pecado, la suspensión de toda práctica y hechos inicuos, una reformatión completa de vida, un cambio fundamental de lo malo a lo bueno, del vicio a la virtud, de las tinieblas a la luz. No sólo esto, sino hacer restitución hasta donde sea posible, por todas las cosas malas que hayamos hecho, y pagar nuestras deudas y restaurar a Dios y a los hombres sus derechos, aquello que nosotros les debamos. Éste es el arrepentimiento verdadero, y se requiere el ejercicio de la voluntad y toda la fuerza del cuerpo y de la mente para llevar a

cabo esta obra gloriosa del arrepentimiento; entonces Dios lo aceptará⁸.

Ninguna expresión vocal del arrepentimiento es aceptable a Dios excepto que se lleve a cabo en la práctica. Debemos tener obras así como fe: debemos *hacer* y no sólo aparentar como que *hacemos*⁹.

¿Quién puede decir en su corazón, en presencia de Dios y de los hombres: “Me he arrepentido de verdad de todos mis pecados”?... Tengo muchas debilidades e imperfecciones. Tengo tantas debilidades como muchos de ustedes, y no dudo de que tenga muchas más que muchísimos de ustedes... Todavía no he podido honrar este segundo principio del Evangelio de Jesucristo ni vivir totalmente en armonía con él; y me gustaría conocer al hombre que lo haya logrado. Me gustaría ver al predicador humano que lo haya logrado. Pero lo estoy intentando, quiero que comprendan, mis hermanos y hermanas, que todavía lo estoy intentando¹⁰.

No se puede tomar a un asesino... a un adúltero, a un mentiroso ni a uno que fue o que es totalmente abominable en esta vida, y con efectuar sencillamente una ordenanza del Evangelio, limpiarlo de todo pecado y conducirlo a la presencia de Dios. Dios no ha instituido un plan de esa índole, y no se puede hacer. Él ha mandado “...que os arrepintáis de vuestros pecados...” [3 Nefi 12:19]. Los inicuos tendrán que arrepentirse de su maldad. Los que mueran sin el conocimiento del Evangelio tendrán que llegar a conocerlo, y los que pequen contra la luz tendrán que pagar hasta ‘el último cuadrante’ por su transgresión y por haber abandonado el Evangelio, antes de que puedan volver a él. No olviden eso. No lo olviden, élderes de Israel, ni tampoco ustedes, madres de Israel; y, al procurar salvar, ya sea a los vivos o a los muertos, recuerden que sólo podrán hacerlo de acuerdo con el principio del arrepentimiento de ellos y su aceptación del plan de vida¹¹.

Ha llegado el tiempo de la reconciliación... de que... supliquemos al Señor el espíritu de arrepentimiento y de que, una vez que lo obtengamos, sigamos lo que nos indique; para que, al humillarnos ante Él y buscar el perdón los unos de los otros,

demos a los que desean vehementemente nuestro perdón esa caridad y generosidad que pedimos al Cielo y que esperamos del Cielo¹².

Mientras haya vida hay esperanza, y mientras haya arrepentimiento hay oportunidad de lograr el perdón; y si hay perdón, hay oportunidad de progresar y de perfeccionarnos hasta que adquiramos el conocimiento completo de estos principios que nos exaltarán, nos salvarán y nos prepararán para entrar en la presencia de Dios el Padre¹³.

**Por medio del bautismo entramos
en la Iglesia y reino de Dios.**

Tras haberse arrepentido de ese modo, el siguiente requisito es el bautismo, que también es un principio esencial del Evangelio, puesto que sin él nadie puede entrar en el convenio del Evangelio; es la puerta de la Iglesia de Cristo, y no podemos entrar allí de ninguna otra manera, porque Cristo lo ha dicho: “aspersión” o “infusión” no es bautismo; bautismo significa inmersión en el agua, y debe administrarlo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, uno que tenga la autoridad. El bautismo sin autoridad divina no es válido. Es un símbolo de la sepultura y de la resurrección de Jesucristo, y debe efectuarse a semejanza de ello, de la manera prescrita, por uno que haya sido comisionado por Dios; de otro modo, es ilegal, y Él no lo aceptará ni se efectuará la remisión de pecados, el objeto para el cual se ha dispuesto; pero quienes tengan fe, se arrepientan verdaderamente y sean “sepultados con él en el bautismo” por uno que tenga la autoridad divina, recibirán la remisión de sus pecados y tendrán derecho a recibir el don del Espíritu Santo mediante la imposición de manos¹⁴.

Somos bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Somos recibidos en la Iglesia y reino de Dios en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y adoramos al Padre. Procuramos obedecer al Hijo y seguir Sus pasos¹⁵.

Es el deber de los Santos de los Últimos Días enseñar la verdad a sus hijos, instruirlos en su camino, enseñarles los primeros principios del Evangelio, la necesidad del bautismo para

la remisión de los pecados y para hacerse miembros de la Iglesia de Cristo¹⁶.

El bautismo por inmersión para la remisión de los pecados, efectuado por uno que tenga la autoridad, es un principio verdadero, porque Cristo lo enseñó; Cristo lo obedeció y no hubiese dejado de cumplirlo por nada; no es que Él hubiera tenido pecados y que necesitara ser bautizado para la remisión de pecados; Él sólo debía hacerlo para cumplir toda justicia, es decir, para cumplir con la ley¹⁷.

Jesús mismo observó la ordenanza del bautismo; instituyó el sacramento de la Cena del Señor y mandó que se observara, y efectuó otros ritos que Él consideraba esenciales para la salvación del hombre. En el caso de Nicodemo, recaló en tal forma el bautismo que hizo del nacer de agua y del Espíritu requisitos esenciales para la salvación del hombre [véase Juan 3:1-5]¹⁸.

Parece haber, entre algunos de nuestros miembros, un concepto inadecuado de la santidad que acompaña a algunas de las ordenanzas del santo sacerdocio. Es cierto que las ministraciones de los que poseen la autoridad entre nosotros no van acompañadas de la pompa y la ceremonia mundana... pero el hecho de que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días posee el sacerdocio es suficiente para hacer de cualquiera y de toda ordenanza que se administre en la Iglesia, mediante la debida autoridad, un acontecimiento de importancia suprema. Al efectuar cualquiera de las ordenanzas, el que oficia habla y actúa, no por sí mismo ni por su autoridad personal, sino en virtud de su ordenación y nombramiento como representante de los poderes del cielo. No... hacemos de la ordenanza del bautismo una exhibición espectacular; pero la sencillez del orden establecido en la Iglesia de Cristo debe más bien aumentar y no disminuir el carácter sagrado de las diversas ordenanzas¹⁹.

**Dios exaltará a los que se arrepientan,
se bauticen y sigan fieles.**

Hay bendiciones que pertenecen al Evangelio de Jesucristo y al mundo venidero que no se pueden asegurar por medio de la influencia personal ni comprarse con dinero, y las cuales nadie

puede obtener por su propia inteligencia o sabiduría, sino mediante el cumplimiento de ciertas ordenanzas, leyes y mandamientos que se nos han dado. Y es conveniente, según mi opinión, que los Santos de los Últimos Días continúen teniendo presente que las bendiciones inestimables del Evangelio se les han conferido por motivo de su fe, que se ha logrado la remisión de los pecados por el bautismo y por el arrepentimiento, y que sólo si continúan fieles podrán retener los dones y las bendiciones que pertenecen a la vida eterna²⁰.

Por tanto, decimos a ustedes, los que se han arrepentido de sus pecados, que han sido sepultados con Cristo en el bautismo, que han sido levantados de la sepultura líquida a una vida nueva, que han nacido de agua y del Espíritu, y que han sido hechos hijos del Padre, herederos de Dios y coherederos con Jesucristo; a ustedes decimos que si observan las leyes de Dios y dejan de hacer lo malo... y tienen fe en Dios, creen en la verdad y la reciben, y son honrados ante Dios y ante los hombres, serán enaltecidos y Dios los pondrá a la cabeza, tan ciertamente como que observen estos mandamientos. Los que guarden los mandamientos de Dios, sean ustedes u otras personas, se levantarán y no caerán, serán líderes y no seguidores, y no detrás, irán hacia arriba y no hacia abajo. Dios los exaltará y los magnificará delante de las naciones de la tierra y pondrá sobre ellos el sello de Su aprobación, los llamará Suyos. Éste es mi testimonio a ustedes²¹.

Éste es el Evangelio de Jesucristo: conocer al único Dios verdadero y viviente y a Su Hijo a quien Él ha enviado al mundo; y este conocimiento viene por medio de la obediencia a todos Sus mandamientos, por la fe, el arrepentimiento de los pecados, el bautismo por inmersión para la remisión de los pecados, el don del Espíritu Santo por la imposición de manos por medio de la autoridad divina y no por la voluntad del hombre. Éste es, entonces, el Evangelio de Jesucristo que es poder de Dios para salvación: obediencia a la verdad, sumisión al orden que Dios ha establecido en Su casa, porque la casa de Dios es una casa de orden y no de confusión²².

Testificamos que las barreras que separaban al hombre de Dios han desaparecido, que el Señor de nuevo comunica Su vo-

luntad al hombre. “Pero”, dirán algunos, “¿cómo podemos llegar a saber estas cosas? ¿Cómo podemos saber que ustedes no han sido engañados?” A tales personas digo: arrepíentanse de sus pecados con toda sinceridad, vayan entonces y bautícense, y que les impongan las manos para que reciban el don del Espíritu Santo, y ese Espíritu les testificará a ustedes de la veracidad de nuestro testimonio, y llegarán a ser testigos de ello como lo somos nosotros y podrán testificar al mundo con valentía como lo hacemos nosotros²³.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué es el “arrepentimiento verdadero”? ¿Por qué el arrepentimiento precede al bautismo?
- ¿En qué forma nos afecta el desobedecer una ley de Dios? ¿Por qué es preferible obedecer las leyes de Dios en vez de cometer pecado con la idea de arrepentirnos después?
- ¿Por qué el principio del arrepentimiento nos brinda esperanza? (Véase también Moroni 7:41.) ¿Por qué se considera debidamente el arrepentimiento como una “oportunidad de progresar y de perfeccionarnos”?
- ¿Qué siente al saber que alguien que haya sido comisionado por Jesucristo nos bautice en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo? (Véase también D. y C. 20:73.) ¿Qué pensó cuando usted fue bautizado o cuando asistió al bautismo de otras personas?
- ¿Por qué es la autoridad del sacerdocio para bautizar más importante para la ordenanza del bautismo que “la pompa y la ceremonia mundana”? ¿Cómo puede conservarse y honrarse la sencillez de la ordenanza del bautismo?
- ¿Qué conocimiento y bendiciones ha recibido usted por medio del arrepentimiento y del bautismo? ¿Cómo puede retener esas bendiciones?
- ¿Qué convenios hacemos cuando nos bautizamos? (Véase también Mosíah 18:8–10; D. y C. 20:37.) Desde su bautismo, ¿en qué forma ha honrado usted sus convenios con el Salvador?

Notas

1. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 96.
2. *Deseret News: Semi-Weekly*, 3 de enero de 1893, pág. 2.
3. *Gospel Doctrine*, pág. 3.
4. “The Gospel in Precept and Example”, *Millennial Star*, 15 de marzo de 1906, pág. 162.
5. *Gospel Doctrine*, págs. 11–12.
6. En “Conference Report”, octubre de 1911, pág. 6.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 250–251.
8. *Gospel Doctrine*, págs. 100–101.
9. *Deseret Evening News*, 31 de diciembre de 1870, pág. 2.
10. En Brian H. Stuy, compilador, *Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others*, 5 tomos, 1987–1992, 2:300.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 95.
12. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 3:243.
13. *Gospel Doctrine*, págs. 27–28.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 101.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 139.
16. *Gospel Doctrine*, pág. 291.
17. En “Conference Report”, abril de 1912, pág. 9.
18. *Gospel Doctrine*, pág. 212.
19. *Gospel Doctrine*, págs. 142–143.
20. *Gospel Doctrine*, págs. 48–49.
21. *Gospel Doctrine*, pág. 312.
22. En *Messages of the First Presidency*, 5:9.
23. *Deseret News: Semi-Weekly*, 1 de diciembre de 1868, pág. 2.



El Espíritu Santo

*El Espíritu Santo testifica del Padre y del Hijo
y actúa como guía segura hacia toda verdad.*

De la vida de Joseph F. Smith

En la conferencia general de la Iglesia de abril de 1854, el presidente Brigham Young llamó a Joseph F. Smith a cumplir una misión en las Islas Sandwich (Hawai). Joseph tenía sólo 15 años de edad. Su madre había muerto poco antes, dejándolo huérfano. Lo que escribió en su diario personal durante aquel tiempo indica que aprendió a confiar en el Espíritu Santo para recibir consuelo y orientación.

El 9 de febrero de 1856, después de haber dirigido la palabra a los santos hawaianos, escribió: “Se manifestó el Espíritu en abundancia”. El 19 de marzo de 1856, después de haber cumplido otra asignación para dirigir la palabra, escribió: “Por primera vez [los santos] derramaron lágrimas”. El 30 de marzo, escribió: “Entonces me puse de pie e intenté hablar, pero no pude contener las lágrimas... los santos se unieron a mí en un breve y desbordante derramamiento de lágrimas”. El 29 de junio del mismo año lo que escribió indica que comenzaba a sentir plenamente el poder de su ministerio: “El Espíritu de Dios nos acompañó durante todo el día... Me sentí regocijado, porque el Espíritu me dio testimonio de la obra del Señor”¹.

Posteriormente, cuando era miembro del Quórum de los Doce, Joseph F. Smith dijo: “En mi primera misión comencé a aprender algo por mí mismo; hasta entonces yo había creído en el testimonio de los siervos de Dios a los que había oído conversar y predicar, así como las instrucciones que recibí de mi bondadosa y cariñosa madre, además de lo que podía comprender al leer el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la

Biblia. Pero en el ministerio, cuando trabajé con toda diligencia, comencé a comprender de un modo más cabal, por medio de la inspiración del Santo Espíritu, lo que había leído y lo que se me había enseñado, y así se convirtieron en mi mente en hechos establecidos de los cuales yo me siento tan absolutamente seguro como de mi propia existencia”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

El don del Espíritu Santo es un testigo constante.

El Espíritu Santo es un personaje de espíritu y constituye la tercera persona de la Trinidad. El don o dádiva del Espíritu Santo es el acto autorizado de conferirlo al hombre. El Espíritu Santo en persona puede visitar a los hombres, y visitará a los que sean dignos y dará testimonio de Dios y de Cristo a su espíritu, pero puede ser que no permanezca con ellos [véase D. y C. 130:22–23]³.

“El don del Espíritu Santo” es una bendición especial que se sella sobre los creyentes en Jesucristo que se han arrepentido y bautizado, y es un “testigo constante”. El Espíritu de Dios se puede tener como una influencia temporaria por medio de la cual la luz y el poder divinos llegan al género humano para propósitos y ocasiones especiales. Pero el don del Espíritu Santo, que... se confiere en la confirmación, es un testigo permanente y una concesión más alta⁴.

¿Cómo podemos obtener el Espíritu Santo? El método o manera se ha indicado claramente. Se nos encomienda que tengamos fe en Dios, que creamos que Él existe y que es remunerador de todos los que diligentemente lo buscan; que nos arrepintamos de nuestros pecados, que subyuguemos nuestras pasiones, nuestras necesidades y nuestros actos indecorosos; que seamos virtuosos, honrados y sinceros en todos nuestros tratos los unos con los otros, que hagamos convenio con Dios de que en adelante permaneceremos en los principios de la verdad y observaremos los mandamientos que Él nos ha dado, y que entonces seamos bautizados para la remisión de nuestros pecados por alguien que tenga la autoridad; y una vez que cumplamos

con esta ordenanza del Evangelio, podremos recibir el don del Espíritu Santo por medio de la imposición de manos de los que poseen la autoridad del sacerdocio. De ese modo el Espíritu y poder de Dios —el Consolador— será en nosotros una fuente de agua que salte para vida eterna. Nos dará testimonio del Padre, testificando de Jesús, y “tomará de lo que es del Padre y nos lo revelará”, confirmando nuestra fe, estableciéndonos en la verdad, para que ya no seamos llevados por doquiera de todo viento de doctrina, sino para que “conozcamos si la doctrina es de Dios” o del hombre [véase Efesios 4:14; Juan 7:17]⁵.

El Espíritu Santo, que da testimonio del Padre y del Hijo, que toma lo del Padre y lo manifiesta a los hombres, que testifica de Jesús el Cristo y del Dios eterno, el Padre de Jesucristo, y da testimonio de la verdad; este Espíritu, esta Inteligencia no se da a todos los hombres sino hasta que se arrepienten de sus pecados y llegan a un estado digno delante del Señor [véase 3 Nefi 28:11]. Entonces reciben el don del Espíritu Santo por la imposición de manos de los que han sido autorizados por Dios para conferir Sus bendiciones sobre la cabeza de los hijos de los hombres⁶.

La dádiva o “don” del Espíritu Santo sencillamente le confiere a la persona el derecho de recibir en cualquier ocasión, cuando sea digno de ello y lo desee, el poder y la luz de la verdad del Espíritu Santo aunque a menudo quede limitado a su propio espíritu y criterio⁷.

El Espíritu Santo es una lámpara que ilumina nuestra marcha hacia adelante.

La función del Espíritu Santo es declarar acerca de Cristo o testificar de Él, y confirmar al creyente en la verdad, haciéndole recordar las cosas que han pasado y mostrando o revelando a su mente cosas presentes y venideras. “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” [Juan 14:22]; “...él os guiará a toda la verdad” [Juan 16:13]⁸.

Es el deber de los Santos de los Últimos Días enseñar a sus hijos... la necesidad de recibir el don del Espíritu Santo por la imposición de manos, el cual los guiará a toda verdad y les re-

velará cosas pasadas y cosas venideras, y les manifestará con mayor claridad las cosas presentes que están ante ellos, para que comprendan la verdad y anden en la luz como Cristo está en la luz, a fin de que tengan hermandad con Él y para que Su sangre los limpie de todo pecado⁹.

Hay un camino marcado para que nosotros lo sigamos: es el camino estrecho y angosto que conduce nuevamente a la presencia de Dios; la lámpara que ilumina nuestra marcha hacia adelante es el Espíritu Santo, el cual recibimos en la ocasión de nuestro nuevo nacimiento o después de él. Si flaqueamos y nos desviamos, la luz de nuestra lámpara disminuirá y finalmente se apagará, ¡he aquí!, el Consolador, la fuente de revelación, nos deja y las tinieblas ocupan Su lugar; entonces, ¡qué grandes serán esas tinieblas! En proporción a la luz que hayamos poseído nos dominarán las tinieblas y, si no nos arrepentimos en seguida, las tinieblas aumentarán dentro de nosotros hasta que perdamos de vista nuestro llamamiento y olvidemos a Aquel que nos redimió y nos reclamó para Sí¹⁰.

La función del Espíritu Santo es iluminar la mente de las personas con respecto a las cosas de Dios, convencerlas en el momento de su conversión de que han hecho la voluntad del Padre y ser en ellas un perdurable testimonio como compañero a través de la vida, actuando como la guía segura e infalible hacia toda verdad y llenándolas día tras día de regocijo y alegría, con la disposición de hacer el bien a todos los hombres, de sufrir el mal antes que hacer el mal, de ser bondadosas y misericordiosas, de ser sufridas y caritativas. Todos los que poseen este don inestimable, esta perla de gran precio, tienen una constante sed de rectitud. Sin la ayuda del Santo Espíritu, ningún mortal puede caminar por el camino estrecho y angosto siendo capaz de discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso, que pueden hacerse parecer muy semejantes. Por tanto, corresponde a los Santos de los Últimos Días vivir con pureza y rectitud a fin de que este Espíritu more en ellos, porque sólo se posee de acuerdo con el principio de la rectitud. Yo no puedo recibirlo por ustedes, ni ustedes por mí; cada cual debe tenerlo por sí mismo, ya sea de humilde cuna o de noble linaje, instruido o sin

instrucción, y es el privilegio de todos por igual el ser hechos partícipes de él¹¹.

El Espíritu Santo desciende únicamente sobre los justos y sobre aquellos cuyos pecados son perdonados... Siempre que los Santos de los Últimos Días se complazcan en obedecer los mandamientos de Dios y en apreciar los privilegios y las bendiciones que tienen en la Iglesia, y empleen su tiempo y sus medios para honrar el nombre de Dios, para edificar Sión y establecer la verdad y la rectitud en la tierra, nuestro Padre Celestial por Su juramento y convenio está obligado a protegerlos de todo enemigo que se les oponga, y a ayudarles a vencer todo obstáculo que se levante en contra de ellos o que se les presente en el camino; pero en cuanto los de una comunidad empiezan a preocuparse tan sólo de sí mismos, a ser egoístas, a enfrascarse en las cosas materiales de la vida y a poner su fe en las riquezas, entonces el poder de Dios comienza a apartarse de ellos, y si no se arrepienten, el Espíritu Santo se retirará de ellos por completo y quedarán abandonados a su propio criterio¹².

Ustedes, los que han obedecido los requisitos del Evangelio sempiterno y que han sido escogidos de entre los del mundo, que han recibido el don del Espíritu Santo mediante la imposición de manos, tienen el privilegio de obtener el testimonio del Espíritu por sí mismos; es el privilegio de ustedes discernir el propósito y la voluntad del Padre con respecto a su propio bienestar, así como con respecto al triunfo final de la obra de Dios¹³.

Por medio del poder del Espíritu Santo, nacemos de nuevo.

El Salvador dijo a Nicodemo: "...el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" [véase Juan 3:3] y eso sigue siendo cierto hoy en día. El hombre tiene que nacer de la ignorancia a la verdad, hoy mismo... Si no nace de esa manera, es más ciego que aquel a quien Cristo sanó, porque teniendo ojos no ve y teniendo oídos no oye¹⁴.

Ese cambio viene hoy a todo hijo e hija de Dios que se arrepiente de sus pecados, que se humilla delante del Señor y busca

el perdón y la remisión del pecado mediante el bautismo por inmersión, por uno que tenga la autoridad para administrar esta sagrada ordenanza del Evangelio de Jesucristo. Porque este nacer de nuevo de que habló Cristo a Nicodemo es absolutamente esencial para que los hombres puedan ver el reino de Dios, y sin él nadie puede entrar en el Reino. Tal vez cada uno de nosotros recuerde el cambio que se produjo en nuestro corazón cuando fuimos bautizados para la remisión de nuestros pecados... Hablo de la influencia y del poder del Espíritu Santo que experimenté cuando fui bautizado para la remisión de mis pecados. La sensación que vino sobre mí fue de una paz pura, de amor y de luz...

¡Oh, si pudiese haber conservado ese mismo espíritu y ese mismo deseo ferviente en mi corazón en todo momento de mi vida desde aquel día hasta hoy! Sin embargo, muchos de nosotros que hemos recibido ese testimonio, ese nacer de nuevo, ese cambio en el corazón, aun cuando hayamos errado en nuestro juicio o hayamos cometido muchos errores, y tal vez a menudo no hayamos vivido de acuerdo con la norma verdadera en la vida, nos hemos arrepentido de lo malo y de cuando en cuando hemos buscado el perdón del Señor; de modo que hasta el día de hoy ese mismo deseo y ese propósito que dominaron nuestra alma cuando nos bautizamos y recibimos la remisión de nuestros pecados, aún domina nuestro corazón y son todavía el sentimiento y la pasión predominantes de nuestras almas. Aunque a veces se suscite en nosotros la ira y el enojo nos lleve a decir y a hacer cosas que no son agradables a la vista de Dios, no obstante, en cuanto recuperamos la calma y nos recobramos de nuestra caída en el poder de las tinieblas, de inmediato nos sentimos humildes, arrepentidos, y pedimos perdón por el mal que nos hemos causado a nosotros mismos y quizá a otras personas. Predomina el gran, ferviente y preponderante deseo que nace de la verdad y del testimonio del Espíritu Santo en el corazón de los que obedecen la verdad y de nuevo toma posesión de nuestras almas para guiarnos por el camino del deber. Éste es mi testimonio y sé que es verdadero¹⁵.

El pecado imperdonable consiste en negar deliberadamente el Espíritu Santo y contravenirlo después de haber recibido Su testimonio.

Nadie puede pecar contra la luz mientras no la tenga, ni contra el Espíritu Santo sino hasta después de haberlo recibido por el don de Dios, mediante el conducto o camino designado. El pecar contra el Espíritu Santo, el Espíritu de Verdad, el Consolador, el Testigo del Padre y del Hijo, el negarlo y contravenirlo voluntariamente, después de haberlo recibido, constituye [el pecado imperdonable]¹⁶.

Nadie puede cometer el pecado imperdonable en la ignorancia. El hombre debe llegar a tener conocimiento de Cristo; debe recibir un testimonio de Cristo en su corazón y poseer luz y poder, conocimiento y entendimiento, antes de que sea capaz de cometer ese pecado. Cuando el hombre rechaza la verdad, profana el conocimiento que ha recibido, lo huella con sus pies, expone a Cristo a vituperio, niega Su expiación, niega el poder de la resurrección, niega los milagros que Él ha realizado para la salvación de la familia humana y dice en su corazón “no es verdad”, y persiste en negar la verdad después de haber recibido el testimonio del Espíritu, comete el pecado imperdonable¹⁷.

[Después de la crucifixión del Salvador], ¿por qué eran [los apóstoles] tan olvidadizos y al parecer ignorantes de todo lo que el Salvador les había enseñado con respecto a los propósitos de Su misión en la tierra? Porque les faltaba un requisito importante: aún no habían sido “investidos de poder desde lo alto” [véase Lucas 24:49]. Todavía no habían recibido el don del Espíritu Santo...

Si los discípulos hubieran estado investidos con el “don del Espíritu Santo” o con “poder desde lo alto” en esa ocasión, habrían seguido un camino totalmente diferente... como lo comprobaron claramente los hechos subsiguientes. Si Pedro, que era el apóstol principal, hubiese recibido el don del Espíritu Santo y el poder y el testimonio de Él antes de la noche espantosa en la que blasfemó, juró y negó a su Señor [véase Mateo 26:69–75], el resultado habría sido muy diferente para él, puesto que en ese caso habría pecado contra la “luz y conocimiento” y “contra el

Espíritu Santo”, para lo cual no hay perdón. Por consiguiente, el hecho de que haya sido perdonado tras haber derramado amargas lágrimas de arrepentimiento es evidencia de que no contaba con el testimonio del Espíritu Santo, puesto que nunca lo había recibido. Los otros discípulos o apóstoles de Cristo se hallaban exactamente en las mismas condiciones, y no fue sino hasta el atardecer del día en el que Jesús se levantó de la tumba cuando Él les confirió este don inestimable [véase Juan 20:22]¹⁸.

Poco antes de que el Redentor resucitado se fue de la tierra, mandó a Sus discípulos que se quedaran en Jerusalén hasta que fuesen investidos de poder desde lo alto. Así lo hicieron y, de acuerdo con la promesa, el Consolador vino mientras se hallaban reunidos y llenó su corazón de un regocijo indescriptible, y de tal modo que hablaron en lenguas y profetizaron; y la influencia inspiradora de este santo Ser los acompañó en todos los deberes de su ministerio, y les permitió cumplir la gran misión a la que el Salvador los había llamado¹⁹.

Saulo de Tarso, que poseía una inteligencia y conocimiento extraordinarios, que había sido instruido a los pies de Gamaliel estrictamente de acuerdo con la ley, persiguió a los santos hasta la muerte, aprehendiendo y entregando en cárceles a hombres y a mujeres; y cuando fue derramada la sangre del mártir Esteban, Saulo estuvo presente cuidando las ropas de los que le quitaron la vida, y consintió en su muerte. Y “asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel” [Hechos 8:3]. Y cuando los mataban, él alzaba la voz en contra de ellos, “castigándolos en todas las sinagogas, los forzaba a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguía hasta en las ciudades extranjeras” [véase Hechos 26:11]; y, sin embargo, este hombre no cometió ningún pecado imperdonable, porque no conocía al Espíritu Santo²⁰.

Si hay sobre la tierra personas capaces de cometer el pecado imperdonable, las hallarán entre las que han adquirido o adquirirán un conocimiento de la verdad... Ustedes y yo hemos recibido la luz. Hemos recibido el santo sacerdocio. Hemos recibido el testimonio del Espíritu Santo y hemos sido traídos de muerte a vida. Por lo tanto, ahora nos hallamos sobre terreno muy seguro o sobre terreno muy peligroso: peligroso si tratamos con li-

viandad las cosas sagradas que se han encomendado a nuestro cuidado. De ahí que les advierto, mis hermanos y hermanas, y sobre todo a mis hermanos, no tratar con liviandad su [sacerdocio]... Si lo hacen, como que Dios vive, Él retirará Su Espíritu de ustedes y llegará el momento en que serán hallados contendiendo contra la luz y el conocimiento que han recibido y llegarán a ser hijos de perdición. Por tanto, más vale que se cuiden, no sea que les sobrevenga la segunda muerte²¹.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué diferencia hay entre la influencia o manifestación temporaria del Espíritu Santo y el don del Espíritu Santo? (Véase también Moroni 10:4.) ¿Cómo podemos recibir el don del Espíritu Santo? ¿Qué bendiciones llegan a nosotros cuando honramos ese don?
- ¿Cómo puede el Espíritu Santo guiarnos a toda verdad? (Véase Juan 16:13.) ¿Qué verdades le ha testificado el Espíritu Santo a usted?
- ¿Por qué es una lámpara un símbolo adecuado para representar al Espíritu Santo? ¿Qué podemos hacer para asegurarnos de que esa lámpara ilumine con intensidad en nuestras vidas?
- ¿Qué podemos hacer para incrementar la influencia del Espíritu Santo en nuestras vidas? ¿Cómo podemos ayudar a otras personas a comprender la forma en la que el Espíritu Santo las bendice?
- ¿Qué debemos hacer para recibir el nuevo nacimiento del que habló el Salvador? (Véase Juan 3:5.) ¿Qué sentimientos acompañan ese nacer de nuevo? ¿Cómo podemos retener esos sentimientos? (Véase Alma 5:14–16, 26.)
- ¿Cuál es el pecado imperdonable? ¿Qué significa tratar con liviandad “las cosas sagradas que se han encomendado a nuestro cuidado”?

Notas

1. "Joseph F. Smith Journal", 1856, "Historical Department Archives, The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints".
2. *Deseret News: Semi-Weekly*, 29 de enero de 1878, pág. 1.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 61.
4. En James R. Clark, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 5:4.
5. *Gospel Doctrine*, págs. 59–60.
6. *Gospel Doctrine*, pág. 67.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 60–61.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 101.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 291.
10. *Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de noviembre de 1876, pág. 1.
11. *Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de noviembre de 1876, pág. 1.
12. *Gospel Doctrine*, págs. 50–51.
13. *Deseret News: Semi-Weekly*, 22 de abril de 1884, pág. 1.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 97.
15. *Gospel Doctrine*, págs. 96–97.
16. *Gospel Doctrine*, pág. 434.
17. *Deseret Evening News*, 9 de febrero de 1895, pág. 9.
18. *Gospel Doctrine*, págs. 20–21.
19. *Gospel Doctrine*, pág. 92.
20. *Gospel Doctrine*, págs. 433–434.
21. *Deseret Evening News*, 9 de febrero de 1895, pág. 9.



Nuestro deber misional

*Los misioneros van al mundo a testificar
de Jesucristo y a sembrar la valiosa semilla
de la vida eterna.*

De la vida de Joseph F. Smith

Poco después de su llegada a Hawái, el 20 de octubre de 1854, Joseph F. Smith escribió una carta al primo de su padre, George A. Smith, el miembro del Quórum de los Doce que lo había ordenado élder. El joven misionero se comprometía a dedicarse a la obra del Señor y decía: “Me alegra decir que estoy listo para pasar buenos y malos momentos por esta causa en la que me he embarcado; y verdaderamente espero y ruego ser fiel hasta el final”¹. Su fe fue puesta a prueba en muchas ocasiones.

En una ocasión, un incendio destruyó la mayor parte de sus efectos personales, incluso “la ropa, ejemplares de la primera edición (europea) del Libro de Mormón y de Doctrina y Convenios, que se habían dado de regalo al patriarca Hyrum Smith. En uno de esos libros el élder Joseph F. Smith había puesto su certificado de ordenación. Cuando la casa con todo lo que contenía quedó destruida, el baúl del élder Smith y todos los artículos que guardaba en él quedaron reducidos a cenizas excepto su certificado misional. De algún modo notable quedó intacto con excepción de los bordes que quedaron chamuscados, pero no se borró ni una sola palabra aun cuando el libro en el que se encontraba se destruyó por completo. No sólo se destruyeron los libros sino también los diarios personales del élder Smith que había preparado con tanta fidelidad”.

Debido a ese suceso ocurrió algo gracioso que en la ocasión fue asunto serio. Puesto que la ropa de los misioneros se destruyó, Joseph F. Smith y su compañero tuvieron que compartir durante un tiempo breve un solo traje entre los dos. Uno de los

élderes se quedaba en casa mientras el otro usaba el traje e iba a las reuniones; después, el otro élder se quedaba en casa mientras su compañero iba a las reuniones. “Naturalmente eso no duró más que un corto tiempo, pero llegó a ser un relato gracioso que se contaba a menudo en años posteriores cuando el tiempo se había encargado de sacar a los sufridos misioneros de aquel lugar en el que padecieron bochorno y dificultades”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Los misioneros deben vivir de manera que puedan estar en comunión constante con el Espíritu de Dios.

Algunas de las cualidades indispensables que deben tener los élderes que salen al mundo a predicar son: humildad, mansedumbre y amor sincero por el bienestar y la salvación de la familia humana, y el deseo de establecer la paz y la justicia en la tierra entre los hombres. No podemos predicar el Evangelio de Cristo sin ese espíritu de humildad, de mansedumbre, de fe en Dios y de confianza en las promesas y palabras que nos ha dado. Podrán aprender toda la sabiduría de los hombres, pero eso no les permitirá hacer estas cosas como lo hará la influencia humilde y orientadora del Espíritu de Dios. “Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu” [Proverbios 16:18].

Es preciso que los élderes que salen al mundo a predicar estudien el espíritu del Evangelio, que es el espíritu de humildad, el espíritu de mansedumbre y de verdadera devoción a cualquier objetivo que se fijen o que determinen lograr. Si ese objetivo es predicar el Evangelio, debemos dedicarnos a cumplir los deberes de ese ministerio y esforzarnos con todas nuestras facultades por hacernos merecedores de efectuar esa obra particular; y la forma de lograrlo es vivir de tal manera que estemos en comunión constante con el Espíritu de Dios y que esté presente con nosotros para dirigirnos en todo momento y en toda hora de nuestro ministerio, tanto de día como de noche³.

Mis hermanos, ustedes están consagrados a la obra de Dios; están trabajando arduamente; ustedes reciben el espíritu del Evangelio en gran medida por motivo de que están consagrados

a él en forma exclusiva. Ustedes son ministros del convenio sempiterno. Ustedes oran; no olvidan decir sus oraciones, por cierto. Un élder no puede olvidar sus oraciones; no puede olvidar al Señor; ciertamente lo recordará si está cumpliendo con su deber. Si él mismo se pone en condiciones favorables para efectuar el mayor bien, no puede olvidar al Señor en la mañana, ni al mediodía ni por la noche. Ora al Señor, se humilla ante Él y lo reconoce. Si ustedes están realizando esto, están disfrutando del Espíritu del Señor⁴.

El misionero debe tener en sí mismo el testimonio del Espíritu de Dios: el testimonio del Espíritu Santo... Los hombres no se convierten por la elocuencia o la oratoria, se convencen cuando se persuaden de que ustedes tienen la verdad y el Espíritu de Dios⁵.

**Los misioneros deben ser honrados,
virtuosos y fieles a sus convenios.**

Se considera contradictorio enviar hombres al mundo a prometer a otras personas, por medio de la obediencia al Evangelio, lo que ellos mismos no han recibido. Tampoco se considera correcto enviar hombres para reformarlos; que se reformen primeramente en casa si no han estado guardando estrictamente los mandamientos de Dios. Esto se aplica a la Palabra de Sabiduría así como a todas las demás leyes del cielo. No hay objeción en que se llame a un hombre que en su juventud haya sido rudo o desobediente si en los años posteriores ha llevado una vida santa y producido los valiosos frutos del arrepentimiento⁶.

Queremos jóvenes... que se hayan conservado sin mancha del mundo y que puedan ir a las naciones de la tierra y decir a las personas: "Sígueme como yo sigo a Cristo". Entonces quisiéramos que sepan cantar y orar. Esperamos que sean honrados, virtuosos y fieles, hasta la muerte, a sus convenios, a sus hermanos, a sus esposas, a sus padres y a sus madres, a sus hermanos y hermanas, a sí mismos y a Dios. Si se cuenta con hombres de ese calibre para predicar el Evangelio al mundo, ya sea que sepan o no sepan mucho al empezar, el Señor pondrá Su Espíritu en el corazón de ellos y los bendecirá con inteligencia y poder para salvar las almas de los hombres, porque el



Joseph F. Smith alrededor de los 19 años inmediatamente después de haber regresado de la Misión de Hawai en 1858.

germen de la vida está en ellos; no se ha envenenado ni corrompido: no ha huido de ellos⁷.

No es necesario que nuestros jóvenes conozcan la iniquidad que se practica en algunos lugares. Ese conocimiento no eleva, y es muy probable que más de un joven descubra que el primer paso de su caída haya sido esa curiosidad que lo condujo a lugares de dudosa moralidad. Eviten los jóvenes de Sión, estén en la misión o en casa, todo lugar de vicio o de mala reputación. No hace falta que sepan lo que ocurre en esos lugares. Nadie se vuelve mejor ni más fuerte con ese conocimiento. Deben recordar que “el conocimiento del pecado incita a cometerlo”, y evitar luego las tentaciones que con el tiempo pueden poner en peligro su virtud y su condición en la Iglesia de Cristo⁸.

Las características de un buen misionero son: Un hombre sociable —cuya amistad es permanente y centelleante—, que puede granjearse la confianza y la aceptación de las personas que se encuentran en las tinieblas. Esto no puede hacerse de improviso. Hay que conocer a la persona, aprender a conocerla, ganarse su confianza y hacerle sentir y saber que el único deseo de ustedes es hacerle bien y bendecirle; entonces, podrán comunicarle su mensaje y ofrecerle las cosas buenas que tienen para él, con bondad y con afecto. Por tanto, al seleccionar a los misioneros, escojan a los que posean sociabilidad, a aquellos en los que haya amistad y no enemistad para con los hombres; y si no los tienen en su barrio, preparen y capaciten a algunos jóvenes para esta obra⁹.

Los misioneros deben enseñar con sencillez el Evangelio de vida por medio del Espíritu.

A nuestros élderes se les instruye aquí y se les enseña desde la niñez, que no van a ir a hacer la guerra a las organizaciones religiosas del mundo cuando sean llamados para ir a predicar el Evangelio de Jesucristo, sino que llevarán el mensaje que se nos ha dado por conducto del profeta José, en esta última dispensación, a fin de que los hombres aprendan la verdad, si así lo desean.

Se les envía a presentar al mundo la rama de olivo de la paz, a dar a conocer el hecho de que Dios ha hablado desde los cielos

una vez más a Sus hijos que están sobre la tierra; de que Dios, en Su misericordia, ha restaurado de nuevo al mundo la plenitud del Evangelio de su Hijo Unigénito en la carne; de que Dios ha revelado y restaurado al género humano el divino poder y la autoridad que hay en Él mismo, mediante los cuales quedan capacitados y autorizados para efectuar las ordenanzas del Evangelio de Jesucristo que son necesarias para su salvación; y la realización de estas ordenanzas por ellos debe ser necesariamente aceptable para Dios, que les ha dado la autoridad para efectuarlas en Su nombre.

A nuestros élderes se les envía a predicar el arrepentimiento del pecado, a predicar la rectitud, a predicar al mundo el Evangelio de vida, de hermandad y de amistad entre el género humano, a enseñar a hombres y a mujeres a hacer lo que es recto a la vista a Dios y de todos los hombres, a enseñar el hecho de que Dios ha organizado Su Iglesia, una Iglesia de la cual Él mismo es el autor y fundador¹⁰.

A menudo surge en la mente de los jóvenes que se encuentran en el campo misional la pregunta: “¿Qué voy a decir?”. Y le sigue muy de cerca esta otra: “¿Cómo lo voy a decir?”... Si bien no se puede dar una regla precisa, la experiencia ha enseñado que el método más sencillo es el mejor. Tras haber aprendido los principios del Evangelio con espíritu de oración y detenido estudio, éstos deben presentarse a las personas con humildad, con la forma de hablar más sencilla, sin presunción ni arrogancia y con el espíritu de la misión de Cristo. Esto no podrá lograrlo el joven misionero que desperdicie sus esfuerzos en el vanaglorioso intento de convertirse en impetuoso orador. Esto es lo que deseo inculcar a los élderes y aconsejarles que reserven todos los esfuerzos para hablar en público con elocuencia en las ocasiones y en los lugares adecuados. El campo misional no es el lugar para eso. El Evangelio no se enseña satisfactoriamente mediante la exposición ostentosa de palabras y razonamientos, sino que de preferencia se expresa con afirmaciones modestas y razonables de su sencilla verdad, y se pronuncia de un modo que conmueva el corazón e impresione también la razón y el buen sentido.

...El espíritu debe estar antes de todo con el misionero a fin de que surta el efecto de despertar una reacción en sus oyentes;

y esto es verdad ya sea que las palabras se hablen en una conversación frente a frente o en una reunión pública. El espíritu no se manifestará en la persona que dedique su tiempo a comunicar lo que tenga que decir con palabras altisonantes ni con una exhibición de oratoria; esa persona espera complacer en forma artificial y no por medio del corazón¹¹.

Nadie puede predicar el Evangelio de Jesucristo por sí mismo; porque las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios que está en él [véase 1 Corintios 2:11]. El que cualquier hombre intente predicar la palabra del Señor basándose en su propia sabiduría y conocimiento, independientemente de la inspiración, es una simple burla. Nadie puede predicar acerca de Dios, ni de la divinidad ni de la verdad que está en Cristo Jesús si no es inspirado por el Espíritu Santo. En tiempos antiguos, los discípulos caminaron y conversaron con el Salvador durante Su misión entre los hijos de los hombres y, no obstante... se les mandó quedarse en Jerusalén y no salir a predicar sino hasta que fuesen investidos con poder desde lo alto; en otras palabras, hasta que el Santo Espíritu fuese derramado sobre ellos, por medio del cual se les avivaría la mente, se les ampliaría el entendimiento y el testimonio de Jesucristo se les fijaría en el corazón para que diesen ese testimonio a los que encontrasen¹².

Cada élder, en forma individual, depende en gran medida de la orientación del espíritu de su llamamiento, del cual debe estar lleno. Si no logra cultivar ese espíritu, que es el espíritu de energía y de aplicación, no tardará en volverse aletargado, indolente y desdichado. Todo misionero debe esforzarse por dedicar con oración parte de cada día al estudio y a la meditación de los principios del Evangelio y la teología de la Iglesia. Debe leer, reflexionar y orar. Ciertamente es que nos oponemos a la preparación de sermones fijos que se pronuncien con la idea de impresionar con su efecto retórico y su ostentación de elocuencia; sin embargo, cuando un élder se ponga de pie para dirigir la palabra a una congregación aquí o en el extranjero, debe estar totalmente preparado para pronunciar su discurso. Su mente debe estar bien abastecida de pensamientos que merezcan la pena expresarse, que valgan la pena escuchar, que valgan la pena recordar; en-

tonces el espíritu de inspiración hará surgir las verdades que necesiten sus oyentes y dará a sus palabras el tono de autoridad¹³.

Se recomienda seriamente a los élderes que estén sirviendo una misión en otros lugares y, en efecto, a los Santos de los Últimos Días en general, que eviten discusiones y debates contenciosos sobre temas doctrinales. No hace falta que la verdad del Evangelio se demuestre con una discusión acalorada; el mensaje de la verdad se comunica con mayor eficacia cuando se expresa con palabras sencillas y con afecto.

...Un testimonio de la verdad es más que un simple asentimiento intelectual; es una convicción del corazón, un conocimiento que llena el alma entera del que lo recibe.

Se envía a los misioneros a predicar y a enseñar los primeros principios del Evangelio, a Cristo y a Él crucificado, y prácticamente ninguna otra cosa más en el ramo de la doctrina teológica. No están comisionados para exponer sus propios conceptos sobre asuntos complicados de teología, ni para dejar perplejos a sus oyentes con una exhibición de conocimiento profundo. Maestros son y maestros deben ser, si es que van a cumplir en medida alguna la responsabilidad de su elevado llamamiento; pero deben enseñar aproximándose lo más que puedan a los métodos del Maestro, procurando guiar mediante el amor por sus semejantes, con explicaciones sencillas y con persuasión, sin intentar convencer por la fuerza.

Hermanos, dejen a un lado los temas de discusión infructuosa; consérvense cerca de las enseñanzas de la palabra revelada, como se expone con claridad en los libros canónicos de la Iglesia y por medio de las palabras de los profetas vivientes, y no permitan que una diferencia de opiniones sobre asuntos de doctrina difíciles de comprender ocupe toda su atención, no sea que se alejen unos de otros y queden separados del Espíritu del Señor¹⁴.

**El servicio misional es tan necesario localmente
como en el extranjero.**

Es una lástima que después de que tantos de nuestros jóvenes que van al campo misional y cumplen una buena misión vuelven

a casa, las autoridades presidentes de la Iglesia al parecer los olvidan o los desatienden, y se les permite que se desvíen nuevamente de su rumbo hacia el descuido y la indiferencia, y tal vez, con el tiempo, que aun se aparten por completo de sus deberes en la Iglesia. Es preciso conservarlos ocupados; se les debe mantener activos en la obra del ministerio, de alguna manera, para que retengan mejor el espíritu del Evangelio en su mente y en su corazón, y sean útiles tanto en su país como en el extranjero.

No hay duda en cuanto al hecho de que se requiere el servicio misional y es tan necesario en Sión, o sea, aquí, en casa, como en el extranjero... Vemos a demasiados muchachos que están cayendo en costumbres y hábitos muy descuidados, cuando no perjudiciales. Todo misionero que vuelva de su misión, lleno de fe y de buenos deseos, debe tomar sobre sí la responsabilidad de llegar a ser, hasta donde sea posible, un salvador de sus compañeros jóvenes y de menos experiencia, en su propio país. Cuando un misionero que haya vuelto del campo misional vea a un joven que esté yéndose por mal camino y acostumbándose a hábitos malos, debe pensar que tiene el deber de responsabilizarse de él, en colaboración con las autoridades presidentes de la estaca o del barrio en donde viva, y ejercer todo el poder y toda la influencia posibles para salvar a ese joven errante que carece de la experiencia que han logrado nuestros élderes en el extranjero, y de ese modo ser el medio de salvar a muchos jóvenes y establecerlos con mayor firmeza en la verdad¹⁵.

El trabajo de un hombre en el campo misional amplía la visión, revitaliza sus energías, aumenta su capacidad para realizar un buen trabajo en cualquier cosa y lo hace en todos los aspectos más fuerte y un ciudadano más útil, así como un miembro de la Iglesia más dedicado. Mientras el misionero se encuentre en el campo misional, debe ser misionero totalmente, dedicar lo mejor de sus energías a los deberes especiales que se le asignen. Cuando regrese a la comunidad de su hogar, seguirá siendo misionero en un sentido general; pero debe recordar que ha vuelto a ocupar su lugar entre los que trabajan para ganarse el sustento, para ganarse el pan con el sudor de su rostro... Los ex misioneros deben ser muy solicitados donde se necesiten corazones valientes, mentes firmes y manos dispuestas. El genio

del Evangelio no es el de una virtud negativa —la simple ausencia de lo que es malo—, sino que representa energía emprendedora y bien encauzada, representa la virtud positiva, dicho en forma abreviada, para el trabajo¹⁶.

En calidad de poseedores y sembradores de la valiosa semilla de la vida eterna, hagamos que nuestras vidas concuerden con nuestras creencias, que nuestras palabras estén en armonía con la verdad que llevamos y que nuestros actos estén en conformidad con la voluntad revelada de Dios; porque [excepto] que estos frutos se manifiesten en alguna medida en el ejercicio de nuestra fe, nosotros, como élderes o como santos, no somos más que obstáculos para el progreso de la obra, escollos en el camino del observador práctico, y de ese modo no sólo no estamos ayudando las probabilidades de la salvación de otras personas, sino que estamos haciendo peligrar la nuestra¹⁷.

Sugerencias para el estudio

- ¿Por qué son “la humildad, la mansedumbre y el amor sincero” cualidades indispensables que deben tener los misioneros? ¿Qué otras cualidades sirven a los élderes y a las hermanas para ser misioneros eficaces? (Véase D. y C. 4.) ¿Por qué el poseer características similares nos sirven a nosotros para ser miembros misioneros eficaces?
- ¿Por qué es fundamentalmente importante que los misioneros se conserven “sin mancha del mundo?” ¿En qué modo bendice el Señor a los misioneros que se conservan así?
- ¿Cómo podemos granjearnos la confianza de amigos y de vecinos que no sean miembros de la Iglesia y hacerles saber que “nuestro único deseo es hacerles bien y bendecirlos”? ¿Cómo podemos dar a conocer el Evangelio con mayor eficacia a nuestros amigos que no son miembros de la Iglesia?
- ¿Qué verdades deben estar preparados para enseñar los misioneros?
- ¿Qué peligro hay en el que los misioneros se valgan de discusiones y debates contenciosos e infructuosos al enseñar el

Evangelio? ¿Por qué hay mayor poder en el enseñar simplemente con el Espíritu? (Véase D. y C. 100:5–8.)

- ¿En qué manera puede un misionero cultivar “el espíritu de su llamamiento”? ¿Cómo podemos los miembros de la Iglesia obtener y cultivar “el espíritu de energía y de aplicación” al dar a conocer el Evangelio?
- ¿Cómo se puede “conservar ocupados” a los ex misioneros? ¿Qué pueden hacer los líderes de la Iglesia y los demás miembros de la Iglesia para mantener “activos en la obra del ministerio” a los ex misioneros? ¿En qué forma puede un ex misionero “ser el medio de salvar a muchas personas y establecerlas con mayor firmeza en la verdad”?

Notas

1. “George Albert Smith Papers”, 1834–1875, “Historical Department Archives, The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints”, pág. 3.
2. *Life of Joseph F. Smith*, compilado por Joseph Fielding Smith, 1938, págs. 183–184.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 356.
4. “Discourse by President Joseph F. Smith”, *Millennial Star*, 25 de oct. de 1906, pág. 674.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 357.
6. *Gospel Doctrine*, pág. 355.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 356.
8. *Gospel Doctrine*, págs. 373–374.
9. *Gospel Doctrine*, págs. 356–357.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 357; párrafos arreglados.
11. *Gospel Doctrine*, págs. 358–359.
12. “Discourse by President Joseph F. Smith”, *Millennial Star*, 19 de sept. de 1895, pág. 593.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 363.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 364.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 369.
16. “Counsel to Returning Missionaries”, *Millennial Star*, 2 de oct. de 1913, págs. 646–647.
17. *Life of Joseph F. Smith*, págs. 231–232.



Jesucristo redime de la muerte temporal a todo el género humano

La expiación de Jesucristo vence incondicionalmente la muerte temporal y da a todas las personas la dádiva de la resurrección y de la inmortalidad.

De la vida de Joseph F. Smith

Cuando era misionero y a lo largo de toda su vida, Joseph F. Smith dio a conocer el mensaje del Evangelio restaurado de salvación a los que deseaban escucharlo. Enseñó que la expiación de Jesucristo es el acto central y más trascendental de toda la historia humana.

La expiación de nuestro Salvador vence incondicionalmente la muerte temporal y brinda a todas las personas la dádiva de la resurrección y de la inmortalidad. Además, la expiación de Jesucristo vence la muerte espiritual al redimirnos de nuestros pecados y al hacer posible nuestra exaltación si nos arrepentimos y guardamos los mandamientos. En este capítulo se tratan los aspectos incondicionales de la Expiación; en el capítulo siguiente, se tratan los aspectos condicionales.

Cuando falleció Alice, su hija de 19 años, su “querida Alibo”, el 29 de abril de 1901, Joseph F. Smith expresó su fe en la Expiación en una carta que escribió a su hijo: “Nuestros corazones todavía se encuentran agobiados por la tristeza [como si estuviesen] en la tierra donde los restos de nuestra dulce niña y los de sus hermanitos y hermanitas reposan en el polvo... Pero haremos lo mejor que podamos, con la ayuda del Señor, puesto que sabemos que nuestros tesoros que duermen están a Su santo cuidado y pronto despertarán del polvo a la inmortalidad y la vida eterna. Pero si no fuese por la valiosa certeza y la glo-

riosa esperanza que tenemos en el Evangelio de Cristo, ila vida no valdría la pena vivirse, sino que sería una infausta y pernicioso *farsa!* Pero, ¡ah!, ‘¡Gozoso canto con fervor: Yo sé que *vive mi Señor!* Gracias a Dios’¹.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Jesucristo efectuó la gloriosa redención para la salvación del género humano.

Creemos en el Señor Jesús y en Su divina misión salvadora en el mundo, y en la redención, la maravillosa y gloriosa redención que efectuó para la salvación de los hombres².

Jesús no había acabado Su obra cuando fue muerto Su cuerpo, ni la terminó después de Su resurrección de los muertos; aun cuando cumplió el propósito por el cual vino a la tierra en esa época, todavía no ha cumplido toda Su obra. ¿Y cuándo será esto? No será sino hasta que haya redimido y salvado a todo hijo e hija de nuestro padre Adán que haya nacido o que nacerá sobre esta tierra hasta fin del tiempo, excepto los hijos de perdición. Ésa es Su misión³.

Jesucristo, el Hijo del Dios viviente, es el verdadero modelo para todos, el ejemplo que todos deben seguir. Él no fue pecador. Él no fue malvado. En Él no hubo absolutamente ninguna iniquidad, ni incredulidad ni insensatez. Él estuvo totalmente investido de la sabiduría de Dios desde la cuna hasta la tumba; y después de Su resurrección, llegó a poseer la gloria del Padre y llegó a ser como Dios mismo; poseyó poder como Dios posee poder, puesto que Él declaró que se le había dado todo poder y que se sienta a la diestra del Todopoderoso, y que es nuestro Mediador, nuestro Hermano Mayor, y que debemos seguirlo a Él y a nadie más⁴.

Ningún otro nombre debajo del cielo es dado sino el de Jesucristo, por el cual ustedes puedan ser salvos o exaltados en el reino de Dios⁵.

Hay algunas verdades importantes en el plan de redención que son fundamentales. No se pueden pasar por alto; no se les puede anteponer ninguna otra. Debemos aceptar de todo co-

razón la paternidad de Dios, la eficacia de la expiación de nuestro Señor y Salvador, y la restauración del Evangelio en estos últimos días⁶.

La caída de Adán trajo la muerte al mundo.

La muerte no es tan sólo horror y sufrimiento; con ella se relacionan algunas de las verdades más profundas e importantes de la vida humana. Aun cuando es dolorosa en extremo para los que deben padecer la separación de sus seres queridos, la muerte es una de las bendiciones más grandes del plan de Dios⁵.

Nacemos con el fin de vestirnos de mortalidad, o sea, para vestir nuestro espíritu con un cuerpo. Esta bendición constituye el primer paso hacia el cuerpo inmortal y el segundo paso es la muerte. La muerte se encuentra en el camino del progreso eterno y aunque es difícil de soportar, nadie que crea en el Evangelio de Jesucristo y, sobre todo en la resurrección, desearía que fuese de otra manera... La muerte es en realidad tanto una necesidad como una bendición y... sin ella no podríamos sentirnos satisfechos ni sumamente felices⁷.

Cuando el hombre [Adán] transgredió esa ley celestial, la cual prohibía que participara de los elementos de esta tierra, por los cuales llegaría a ser de la tierra, terrenal, trajo sobre sí la muerte temporal, tal como Dios había dicho que le sucedería si participaba del “fruto prohibido”⁸.

Porque la muerte fue el castigo de la ley transgredida, un castigo que el hombre no tenía poder para evitar, puesto que el mandato de Dios fue: “El día en que de él comieres, de cierto morirás” [Moisés 3:17] y ese castigo había de caer sobre toda carne, ya que en este respecto todos serían tan desvalidos y dependientes como lo fue Adán⁹.

Se nos llama seres mortales porque en nosotros se hallan las semillas de la muerte, pero en realidad somos seres inmortales, porque también dentro de nosotros se encuentra el germen de la vida eterna. El hombre es un ser dual, que está compuesto del espíritu que le da vida, fuerza, inteligencia y capacidad, y del cuerpo, que es la morada del espíritu y se acomoda a la forma

de éste, se adapta a sus necesidades y actúa en armonía con él, y en toda la medida en la que su capacidad se lo permite, rinde obediencia a la voluntad del espíritu. Los dos, combinados, constituyen el alma. El cuerpo depende del espíritu, y éste, durante su ocupación natural del cuerpo, está sujeto a las leyes que se le aplican y lo gobiernan en el estado terrenal. En este cuerpo natural se encuentran las semillas de la debilidad y de la descomposición, las cuales, cuando llegan a su completa madurez, o son prematuramente arrancadas, producen lo que en el lenguaje de las Escrituras se llama “muerte temporal”¹⁰.

Todo ser humano que nazca en el mundo morirá; no importa quién sea ni dónde esté, ya sea que nazca entre los ricos y nobles o entre los humildes y pobres del mundo, sus días están contados ante el Señor y, a su debido tiempo, llegará al fin. Debemos pensar en eso. No quiero decir que debemos andar con el corazón agobiado y la cara triste; de ningún modo. Me regocijo porque he nacido para vivir, para morir y para volver a vivir. Doy gracias a Dios por esta inteligencia; me da una alegría y una paz que el mundo no puede dar, ni tampoco puede quitar. Dios me ha revelado esto en el Evangelio de Jesucristo. Sé que es verdadero. Por tanto, no tengo nada por lo cual estar triste, nada que me haga sentir pesar.

Todo aquello con lo que tengo que ver en este mundo tiene por objeto animarme, darme regocijo y paz, esperanza y consuelo en esta vida, y una esperanza gloriosa de salvación y exaltación en presencia de mi Dios en el mundo venidero. No tengo razón para llorar, ni siquiera ante la muerte. Es cierto que soy lo suficientemente débil para llorar cuando mueren mis amigos y mis familiares, y podré derramar lágrimas al ver el pesar de los demás.

Siento compasión en mi alma por los hijos de los hombres. Puedo llorar con ellos cuando lloran, puedo regocijarme con ellos cuando se regocian; pero no tengo motivo para lamentarme ni para estar triste porque la muerte viene al mundo. Me refiero ahora a la muerte temporal, a la muerte del cuerpo... [Los Santos de los Últimos Días] saben que así como la muerte les sobreviene por la transgresión de Adán, así también por la rectitud de Jesucristo les sobrevendrá la vida y que, aunque mueran, volverán a vivir¹¹.

La expiación de Jesucristo vence la muerte temporal por medio de la resurrección de todas las personas.

La muerte vino sobre nosotros sin el ejercicio de nuestro albedrío; no tomamos parte en traerla sobre nosotros originalmente; vino por motivo de la transgresión de nuestros primeros padres. Por consiguiente, puesto que el hombre no tomó parte en traer la muerte sobre sí, tampoco tomará parte en traer la vida de nuevo sobre sí, porque así como muere como consecuencia del pecado de Adán, así vivirá de nuevo, quiera o no, por la rectitud de Jesucristo y el poder de Su resurrección. Toda persona que muere vivirá otra vez¹².

Jesucristo... es las primicias de la resurrección de los muertos; así como Él resucitó, del mismo modo Él resucitará a todos los hijos de Su Padre sobre los que cayó la maldición de Adán. Porque por cuanto la muerte temporal vino sobre todos por un hombre, también por la rectitud de Cristo todos se levantarán para vivir mediante la resurrección de los muertos entre todos los hombres, sean buenos o malos, sean blancos o negros, esclavos o libres, doctos o indoctos, jóvenes o ancianos, no importa [véase 1 Corintios 15:21–22; Alma 11:44]. La muerte que sobrevino como consecuencia de la caída de nuestros primeros padres ha sido erradicada por la resurrección del Hijo de Dios, y ni ustedes ni yo podemos impedirlo¹³.

Todos sabemos que [el Hijo de Dios] fue levantado sobre la cruz, que fue herido en el costado y que la sangre brotó de Su cuerpo, que gimió sobre la cruz y entregó el espíritu; que Su cuerpo fue quitado de la cruz... envuelto en una sábana limpia y puesto en un sepulcro nuevo en el cual aún no se había puesto a nadie¹⁴.

El propio Cristo rompió las barreras de la tumba, conquistó la muerte y el sepulcro, y, al resucitar fue “primicias de los que durmieron” [1 Corintios 15:20]¹⁵.

Él vino al mundo... dotado de doble poder: poder para morir, el cual heredó de su madre, y poder para oponer resistencia a la muerte, si Él lo deseaba, el cual heredó de Su Padre. De ese modo, Él tenía poder para vivir para siempre y también tenía

poder para pasar por la dura prueba de la muerte, para que la padeciera por todos los hombres y se levantara de la tumba a una vida nueva: un Ser resucitado, para ser dotado de inmortalidad y vida eterna, a fin de que todos los hombres se levantasen de la tumba para la vida eterna, si le obedecían. Y se levantarán de todos modos, ya sea como vasos de honor o como vasos de deshonor. Se levantarán de la tumba quieran o no. No lo pueden evitar. No podríamos evitar que nos cayera la maldición de la muerte terrenal ni tampoco podremos evitar la resurrección de este cuerpo de esa tumba, porque así como Dios se levantó de entre los muertos, así se levantará también todo el género humano¹⁶.

Creemos absolutamente que el propio Jesucristo es el verdadero y el único modelo auténtico de la resurrección de los hombres de muerte a vida. Creemos que no hay ninguna otra forma de resurrección de muerte a vida; que, así como Él se levantó y conservó Su identidad, incluso las cicatrices de las heridas de Sus manos, de Sus pies y de Su costado, para demostrar Él mismo a los que dudaran de la posibilidad de levantarse de entre los muertos que en realidad era Él, el Señor crucificado, que había sido sepultado en la tumba y que se había levantado de muerte a vida, del mismo modo se levantarán ustedes y todos los hijos e hijas de Adán que nazcan en este mundo¹⁷.

Saldremos de la tumba cuando suene la trompeta y nuestros cuerpos se levantarán y nuestros espíritus entrarán nuevamente en ellos, y serán almas vivientes para nunca más disolverse ni separarse, sino para ser inseparables, inmortales y eternas¹⁸.

Los elementos que componen este cuerpo temporal no perecerán, no dejarán de existir, y en el día de la resurrección estos elementos se unirán de nuevo, se juntará cada hueso con su hueso y la carne a la carne. El cuerpo se levantará como se le haya puesto a descansar, dado que no hay crecimiento ni desarrollo en la tumba. Así como se le sepulte, así se levantará, y los cambios para la perfección se verificarán por medio de la ley de restitución. Sin embargo, el espíritu continuará ensanchándose y desarrollándose, y el cuerpo, después de la resurrección, se desarrollará hasta alcanzar la plena estatura del hombre¹⁹.

El espíritu y el cuerpo volverán a unirse. Nos veremos unos a otros en la carne, en los mismos cuerpos que poseemos aquí, en el estado terrenal. Nuestros cuerpos se levantarán tal como sean sepultados, pero se efectuará una restauración; todo órgano, todo miembro del cuerpo que haya sido mutilado, toda deformación producida por algún accidente o por alguna otra causa será restaurada y corregida. Todo miembro y coyuntura serán restaurados a su propia forma. Nos conoceremos unos a otros y disfrutaremos mutuamente de nuestra asociación a través de las infinitas edades de la eternidad si guardamos la ley de Dios²⁰.

¡Qué glorioso pensamiento es, al menos para mí, y debe serlo para todos los que tengan este concepto de la verdad o que lo hayan recibido en el corazón, que a aquellos de quienes nos separamos aquí, los volveremos a encontrar y a ver como son. Nos reuniremos con el mismo ser idéntico con el que nos asociamos aquí en la carne, y no otra alma, no algún otro ser ni el mismo ser en alguna otra forma, sino la misma identidad y la misma forma y semejanza, la misma persona que conocimos y con la que nos asociamos en nuestra existencia terrenal, incluso hasta las heridas en la carne. No es que la persona vaya a quedar estropeada por cicatrices, heridas, deformidades, defectos o enfermedades, porque, de acuerdo con la misericordiosa providencia de Dios, éstas desaparecerán a su debido tiempo. Se quitarán las deformidades; se eliminarán los defectos, y los hombres y las mujeres lograrán la perfección de su espíritu, la perfección que Dios dispuso en el principio. El propósito de Él es que los hombres y las mujeres, Sus hijos, que nacen para llegar a ser herederos de Dios y coherederos con Jesucristo, sean perfeccionados, tanto física como espiritualmente, por medio de la obediencia a la ley por la cual Él ha proporcionado los medios para que llegue esa perfección a todos Sus hijos²¹.

Hasta donde se ha dado a conocer por revelación divina, sobre las etapas del progreso y de la realización eternos, hemos de entender que sólo los seres resucitados y glorificados pueden llegar a ser padres de hijos espirituales. Únicamente esas almas exaltadas han alcanzado la madurez en el rumbo señalado de la vida eterna, y los espíritus que les nazcan en los mundos eternos pasarán en su debida secuencia por las diversas etapas o estados

mediante los cuales sus padres glorificados lograron la exaltación²².

No puedo concebir nada más ventajoso que lo que se nos otorga en el Evangelio de Jesucristo: que aunque muramos, volveremos a vivir, que aunque muramos y nos disolvamos en los elementos naturales de los que se compone nuestro cuerpo, esos elementos serán nuevamente restaurados unos a otros y serán reorganizados, y volveremos a ser almas vivientes como lo hizo el Salvador antes de nosotros. Y porque lo hizo Él, nos brindó a todos la posibilidad de hacerlo²³.

Sugerencias para el estudio

- ¿Cuál es la “divina misión salvadora” de Jesucristo en el plan de redención?
- ¿Por qué debemos “aceptar de todo corazón” la realidad y el poder de la Expiación? ¿Qué bendiciones reciben los que lo hacen?
- ¿Por qué es el hombre “un ser dual”? (Véase también D. y C. 88:15–16.) ¿Qué bendiciones recibimos gracias a que sabemos eso?
- ¿Qué es la muerte temporal? ¿Por qué es una ayuda saber que la muerte se encuentra en el camino del progreso eterno?
- ¿Qué doctrinas nos hacen disipar el temor a la muerte temporal? ¿Por qué podemos regocijarnos al saber que “nacemos para vivir, para morir y para volver a vivir”?
- ¿Por qué estaba Jesucristo “dotado de doble poder”?
- ¿Qué significa ser resucitado? ¿Qué apariencia tendrá nuestro cuerpo cuando seamos resucitados?
- ¿Qué piensa usted al comprender que Jesucristo ha hecho posible que resucite y viva para siempre? ¿Por qué el comprender eso le sirve para guardar los convenios que ha hecho con Dios?
- ¿Por qué es importante recordar que un día de verdad moriremos y de verdad seremos resucitados?

Notas

1. "Joseph F. Smith to Jos. R. Smith", 14 de mayo de 1901, Historical Department Archives, The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints.
2. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 138.
3. *Gospel Doctrine*, pág. 442.
4. En Brian H. Stuy, compilador, *Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others*, 5 tomos, 1987–1992, 5:54.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 39.
6. *Gospel Doctrine*, pág. 117.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 296–297.
8. "Latter-day Saints Follow Teachings of the Savior", *Scrap Book of Mormon Literature*, 2 tomos (sin fecha), 2:555.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 202.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 14.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 428; se agregaron párrafos.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 69.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 469.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 463.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 444.
16. "Latter-day Saints Follow Teachings of the Savior", 2:558.
17. *Gospel Doctrine*, pág. 435.
18. *Gospel Doctrine*, págs. 450–451.
19. "Editor's Table: On the Resurrection", *Improvement Era*, junio de 1904, págs. 623–624.
20. *Gospel Doctrine*, pág. 447.
21. *Gospel Doctrine*, pág. 23.
22. *Gospel Doctrine*, págs. 69–70.
23. *Gospel Doctrine*, pág. 458.



Cristo en Getsemaní, por Harry Anderson. Por medio de Su expiación, Jesucristo redimió a todo el género humano de la muerte física. Él también redime del pecado a los que se arrepienten.



Jesús redime de la muerte espiritual al que se arrepiente

La expiación de Jesucristo redime de la muerte espiritual a los que se arrepienten y son fieles.

De la vida de Joseph F. Smith

“**A**hora soy joven e inexperto”, escribió Joseph F. Smith mientras se encontraba en la misión en Hawái. “Por tanto, deseo ser humilde, tener espíritu de oración delante del Señor, para ser digno de las bendiciones y del amor de Dios”¹. A principios de su servicio misional en Hawái, el joven misionero tuvo una experiencia espiritual que ilustra el poder limpiador y consolador de la expiación de Jesucristo: Dijo que se sentía “muy agobiado” en la misión y en un “estado de pobreza, de falta de inteligencia y de conocimiento”.

“Mientras me hallaba en ese estado, soñé que iba de viaje y con la impresión de que debía darme prisa, apresurarme con todas mis fuerzas, por temor a llegar tarde. Corría por el camino con toda la rapidez que podía y sólo era consciente de llevar un pequeño atado, un pañuelo dentro del cual había un pequeño bulto. No me di cuenta claramente de lo que era, puesto que llevaba tanta prisa; pero al fin llegué a una maravillosa mansión, si podía llamársele mansión. Parecía ser demasiado grande, demasiado hermosa para haber sido hecha a mano, pero pensé que sabía que ése era mi destino. Al dirigirme allí, lo más rápido que podía, vi un letrero que decía ‘Baño’. Rápidamente giré y entré en el baño y me lavé. Abrí el pequeño bulto que llevaba y en él había ropa blanca y limpia, algo que no había visto desde hacía mucho tiempo... Me la puse. Luego corrí hacia lo que parecía ser una gran entrada o puerta. Toqué y se abrió la puerta, y el hombre que estaba allí era el profeta José Smith. Me dirigió una mirada un poco reprobatoria, y las primeras palabras que me dijo fueron: ‘Joseph, llegas tarde’. No obstante, sentí confianza y le dije:

“ ¡Sí, pero estoy limpio; me encuentro limpio!”

“...Esa visión, esa manifestación y ese testimonio que yo disfruté en aquella ocasión me han hecho lo que soy, si es que soy alguna cosa buena, o limpia, o recta ante el Señor, si es que hay algo bueno dentro de mí. Eso me ha ayudado en toda prueba y en toda dificultad”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Por la caída de Adán, vino al mundo la muerte espiritual.

Deseo decir una cosa o dos con respecto a otra muerte, la cual es una muerte más terrible que la del cuerpo. Cuando Adán, nuestro primer padre, comió del fruto prohibido, transgredió la ley de Dios y quedó sujeto a Satanás; se le desterró de la presencia de Dios... Ésa fue la primera muerte. Aunque vivía, estaba muerto, muerto ante Dios, muerto ante la luz y la verdad, muerto espiritualmente, expulsado de la presencia de Dios; la comunicación con el Padre y el Hijo se había cortado. A él se le desechó en forma absoluta de la presencia de Dios como lo fueron Satanás y las huestes que lo siguieron. Ésa fue la muerte espiritual³.

Deseo fijarles en la mente “cómo es que [Adán] llegó a morir espiritualmente”. Ahora bien, ¿en qué estado se encontraba cuando fue puesto en el Jardín de Edén? Tenía acceso al Padre. Estaba en presencia de Él. Andaba y hablaba con Él cara a cara, así como un hombre anda y habla con otro. Ése era el estado de Adán y de Eva cuando fueron puestos en el jardín. Pero cuando comieron del fruto prohibido, fueron expulsados y desterrados de la presencia de Dios... “y en esto murió espiritualmente, que es la primera muerte” [véase D. y C. 29:41]. Y era imposible que en ese estado Adán se librara de la condición en la que él mismo se había puesto. Estaba al alcance de Satanás... Estaba “espiritualmente muerto”: desterrado de la presencia de Dios. Y si no se le hubiese proporcionado una vía de escape, su muerte habría sido perpetua, infinita y eterna, sin esperanza de ser redimido de ella⁴.

Nadie puede salvarse en el pecado en el reino de Dios.

Nadie puede entrar en la presencia de Dios estando en sus pecados, y nadie puede recibir la remisión de sus pecados a menos

que se arrepienta y [sea sepultado] con Cristo [véase Romanos 6:4]. Pues Dios nos ha hecho libres para escoger el bien o el mal, para andar en la luz o en las tinieblas, como elijamos, y Él lo ha decretado así para que lleguemos a ser como Él, para que, si demostramos ser dignos de la vida y la gloria sempiternas en Su presencia, será porque nos habremos arrepentido de nuestros pecados y obedecido y guardado Sus mandamientos⁵.

Nadie puede salvarse en el pecado en el reino de Dios; el justo Juez no perdonará a ninguna persona sus pecados, a menos que se arrepienta de ellos. Nadie podrá librarse del poder de la muerte [espiritual] si no nace de nuevo, como el Señor Todopoderoso lo ha decretado⁶.

Dios ha dado a todos los hombres el albedrío y nos ha concedido el privilegio de servirle o no servirle, de hacer lo que es recto o lo que es malo; y este privilegio se da a todos los hombres sin tener en cuenta su credo, su color o su condición. Los ricos tienen este albedrío; también lo tienen los pobres, y ningún poder de Dios priva al hombre de ejercerlo en toda su amplitud y con la mayor libertad. Este albedrío se ha dado a todos; es una bendición que Dios ha otorgado a la humanidad, a todos Sus hijos por igual. No obstante, Él nos hará estrictamente responsables de la forma en que empleemos este albedrío, y, como se le dijo a Caín, así se nos dirá a nosotros: “si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? Y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta” (Génesis 4:7)... Aun cuando Dios ha conferido a todos los hombres, sea cual fuere su condición, este albedrío para elegir el bien o el mal, no ha dado ni dará a los hombres la remisión de sus pecados sino por medio de su obediencia a la ley. Por consiguiente, todo el mundo yace en el pecado y está bajo condenación, puesto que la luz ha venido al mundo y los hombres no quieren conducirse debidamente delante del Señor⁷.

**La expiación de Jesucristo nos redime de
la muerte espiritual por medio del arrepentimiento
y de la obediencia.**

En el principio el Señor dispuso poner ante el hombre el conocimiento del bien y del mal, y le dio el mandamiento de alle-

garse a lo bueno y abstenerse de lo malo. Pero en caso de que fallara, el Señor le daría la ley del sacrificio y le proporcionaría un Salvador, a fin de que pudiese volver a la presencia y a la aceptación de Dios y participar de la vida eterna con Él. Ése fue el plan de redención elegido e instituido por el Todopoderoso antes de que el hombre fuese puesto en la tierra. Y cuando el hombre cayó al transgredir la ley que se le había dado, el Señor le dio la ley del sacrificio y le dijo claramente para que lo entendiera bien que ésta tenía por objeto recordarle el gran acontecimiento que ocurriría en el meridiano de los tiempos, por medio del cual él y toda su posteridad serían levantados por el poder de la redención y de la resurrección de los muertos, para participar de la vida eterna con Dios en Su reino⁸.

Se estableció un plan para la redención de [Adán], un plan que fue decretado por el Omnipotente a fin de que no padeciera la muerte temporal sino hasta que se le enseñara la forma de escapar de la muerte espiritual que le había sobrevenido por causa del pecado. Por lo tanto, el ángel vino y le enseñó el Evangelio de salvación, le habló de Cristo, el Redentor del mundo, que vendría en el meridiano de los tiempos con poder para conquistar la muerte y redimir a Adán y a su posteridad de la Caída, y del alcance de Satanás... Otra persona tenía que bajar para ayudarle a levantarse. Otro poder y más alto que el suyo tenía que sacarlo del estado en que él mismo se había puesto: porque había quedado sujeto a Satanás sin poder hacer nada por sí mismo, totalmente desvalido.

Por consiguiente, se le predicó el Evangelio y se le dio una vía de escape de esa muerte espiritual, la cual se traducía en la fe en Dios, en el arrepentimiento, el bautismo para la remisión de los pecados, el recibir el don del Espíritu Santo por la imposición de manos. Así recibió el conocimiento de la verdad y un testimonio de Jesucristo, y fue redimido de la muerte espiritual que le había sobrevenido, la cual era la primera muerte, y una muerte total y perfecta, en lo que al espíritu se refería, aun cuando vivía y se movía y tenía su ser, como lo había tenido antes de comer del fruto prohibido y quedar espiritualmente muerto; él tenía su entidad y su organización, pero estaba espiritualmente muerto y tenía que ser redimido de ese estado⁹.

Adán... tenía que ser redimido de [la muerte espiritual] por medio de la sangre de Cristo y de la fe y de la obediencia a los mandamientos de Dios. Por ese medio Adán fue redimido de la primera muerte y traído de nuevo a la presencia de Dios, fue traído de nuevo a la aceptación del Todopoderoso, traído de nuevo al camino que conduce al aumento y al progreso eternos¹⁰.

Si el Señor ha revelado al mundo el plan de salvación y la redención del pecado, mediante lo cual los hombres nuevamente pueden ser exaltados en Su presencia y participar con Él de la vida eterna, yo declaro, como proposición que no puede ser refutada, que ningún hombre puede ser exaltado en la presencia de Dios y lograr la plenitud de gloria y felicidad en Su reino y presencia a menos que obedezca el plan que Dios ha designado y revelado¹¹.

Si vivimos en armonía con los designios de nuestro Padre Celestial, si nuestros corazones se allegan a Él y a nuestro Hermano Mayor, el Hijo de Dios, nuestro glorioso Redentor, por medio de Él somos levantados no sólo de los muertos, sino que también somos redimidos, o podemos ser redimidos, de la muerte espiritual y ser traídos nuevamente a la presencia de Dios¹².

Cristo fue debidamente nombrado y enviado al mundo para liberar a la humanidad del pecado por medio del arrepentimiento, para salvar al género humano de la muerte que vino sobre ellos por el pecado [la transgresión] del primer hombre. Lo creo con toda el alma¹³.

Cuando cometemos pecado, es necesario que nos arrepen-tamos y hagamos una restitución en todo cuanto nos sea posible. Cuando no podamos hacer una restitución por lo malo que hayamos cometido, entonces debemos solicitar la gracia y la misericordia de Dios para que nos limpie de esa iniquidad.

Los hombres no pueden perdonarse sus propios pecados; no pueden limpiarse de las consecuencias de sus pecados. Pueden dejar de pecar y pueden actuar rectamente en el futuro, y hasta ese punto sus hechos serán aceptables ante el Señor y dignos de consideración. Pero, ¿quién reparará los agravios que se hayan ocasionado a sí mismos y a otras personas, los cuales parece imposible que ellos mismos reparen? Mediante la expiación de

Jesucristo serán lavados los pecados de aquel que se arrepienta, y aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana [véase Isaías 1:18]. Ésa es la promesa que se les ha hecho¹⁴.

**Por medio de la Expiación y de nuestra fidelidad,
podemos llegar a ser coherederos con Jesucristo.**

Nos presentaremos ante el tribunal de Dios para ser juzgados. Así lo dice la Biblia, así lo dice el Libro de Mormón y así lo dicen las revelaciones que han venido directamente a nosotros por conducto del profeta José Smith. Y entonces los que no se hayan sujetado a la ley celestial ni hayan sido obedientes a ella no serán vivificados por la gloria celestial. Y los que no se hayan sujetado a la ley terrestre ni hayan sido obedientes a ella no serán vivificados por la gloria terrestre. Y los que no se hayan sujetado a la ley telestial ni hayan sido obedientes a ella no serán vivificados por la gloria telestial; sino que tendrán un reino sin gloria¹⁵.

Todos los cuerpos que yacen en la tumba son llamados a levantarse; no todos en la primera resurrección, ni en la mañana de la primera resurrección, y algunos quizá en la última resurrección; y toda alma tendrá que presentarse ante el tribunal de Dios y ser juzgada de acuerdo con las obras que haya hecho en la carne. Si sus obran han sido buenas, entonces recibirá el galardón de haber hecho lo bueno; si [han] sido malas, entonces será desterrada de la presencia del Señor¹⁶.

Entonces, vivimos; no morimos; no pensamos en la muerte sino en la vida, en la inmortalidad, en la gloria, en la exaltación y en ser vivificados por la gloria del reino celestial, y en recibir una plenitud de ella. Ése es nuestro destino; ésa es la posición exaltada que podemos alcanzar y no hay poder que haya de privarnos ni despojarnos de ella si somos fieles y leales al convenio del Evangelio¹⁷.

El propósito de nuestra existencia terrenal es que recibamos una plenitud de gozo y que lleguemos a ser hijos e hijas de Dios en el sentido más amplio de la palabra, siendo herederos de Dios y coherederos con Jesucristo, para ser reyes y sacerdotes para Dios, y heredar gloria, dominio, exaltación, tronos y todo poder y atributo que nuestro Padre Celestial ha obtenido y

posee. Éste es el objeto de nuestra existencia sobre esta tierra. A fin de lograr esta posición exaltada, es preciso que pasemos por esta experiencia o probación terrenal, por medio de la cual podremos demostrar que somos dignos, mediante la ayuda de nuestro hermano mayor Jesús¹⁸.

Los hombres pueden salvarse y ser exaltados en el reino de Dios únicamente en la rectitud; por lo tanto, debemos arrepentirnos de nuestros pecados y andar en la luz como Cristo está en la luz, a fin de que Su sangre nos limpie de todo pecado y de que podamos tener confraternidad con Dios y recibir Su gloria y exaltación¹⁹.

Cuando participamos de la Santa Cena, recordamos a Jesucristo y Su expiación.

A Adán, después de haber sido expulsado del jardín, se le mandó ofrecer sacrificios a Dios; mediante ese acto, él y todos los que tomasen parte en el ofrecimiento de sacrificios recordarían al Salvador que habría de venir para redimirlos de la muerte, la cual, de no ser por la expiación que Él efectuaría, los excluiría para siempre de morar de nuevo en la presencia de Dios. Pero con Su venida y muerte se cumplió este mandamiento; entonces, Él instituyó la Santa Cena y mandó a Sus seguidores que participaran de ella en todo el tiempo que había de venir, a fin de que le recordaran y tuvieran presente que Él los había redimido, y también que habían hecho convenio de guardar Sus mandamientos y andar con Él en la renovación espiritual. De ahí que es indispensable tomar la Santa Cena, como testimonio ante Él de que le recordamos y que estamos dispuestos a guardar los mandamientos que Él nos ha dado, para que tengamos Su Espíritu a fin de que esté con nosotros para siempre, aun hasta el fin, y también para que continuemos en el perdón de los pecados²⁰.

Cuando vino Cristo y padeció, “el justo por los injustos”, el que era sin pecado por los que habían pecado, y quedó sujeto al castigo de la ley que el pecador había transgredido, se cumplió la ley del sacrificio y, en su lugar, Él dio otra ley, la cual llamamos el “sacramento de la Santa Cena”, por medio de la cual se deben

recordar para siempre Su vida y Su misión, Su muerte y Su resurrección, y el gran sacrificio que hizo por la redención del hombre, porque dijo Él: “Haced esto en memoria de mí... Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga”. Por lo tanto, hasta que el Hijo del Hombre venga otra vez, esta ley es para nosotros lo que la ley del sacrificio era para los que vivieron antes de Su primera venida. Por consiguiente, debemos honrarla y conservarla sagrada, porque un castigo acompaña su violación [véase 1 Corintios 11:25–29]²¹.

El sacramento de la Santa Cena... es un principio del Evangelio, un principio que es tan necesario que observen todos los creyentes como cualquier otra ordenanza del Evangelio. ¿Cuál es su objeto? Su objeto es que tengamos constantemente presente al Hijo de Dios que nos redimió de la muerte eterna y nos trajo nuevamente a la vida por medio del poder del Evangelio. Antes de la venida de Cristo a la tierra, esto se les hacía recordar a los habitantes de la tierra a quienes se les había predicado el Evangelio mediante otra ordenanza, la cual constituía el sacrificio de vida animal, ordenanza que era símbolo del gran sacrificio que tendría lugar en el meridiano de los tiempos²².

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué es la Expiación? ¿En qué ocasiones ha sentido usted con fuerza el poder de la Expiación en su vida?
- ¿Qué es la muerte espiritual? ¿Por qué es “una muerte más terrible que la del cuerpo”?
- Si “no se le hubiese proporcionado una vía de escape” a Adán y a su posteridad, ¿qué consecuencia habría recaído sobre nosotros? (Véase también 2 Nefi 9:6–9.)
- ¿Qué hizo el Salvador para que fuera posible que nosotros escapemos de la muerte espiritual? ¿Qué debemos hacer nosotros para vencer la muerte espiritual? ¿En qué circunstancias podemos “solicitar la gracia y la misericordia de Dios para que nos limpie de... la iniquidad”?

- ¿Qué bendiciones ha recibido usted en la vida por motivo de que sabe que Jesucristo puede limpiar los agravios que nos hayamos hecho a nosotros mismos y a otras personas? ¿Qué manifestación de esas mismas bendiciones ha visto en la vida de otras personas?
- ¿Qué significa ser vivificado? ¿Cómo podemos ser espiritualmente vivificados ahora? (Véase Moisés 6:64–68.) ¿Qué bendiciones reciben los que son “vivificados por la gloria del reino celestial?” (Véase también D. y C. 88:28–29.)
- ¿Cuál es el propósito de nuestra existencia terrenal?
- ¿Por qué el participar de la Santa Cena nos ayuda a vencer la muerte espiritual? ¿Cómo podemos recordar siempre al Salvador? ¿Qué podemos hacer para respetar la Santa Cena y conservarla sagrada?
- ¿Cómo podemos recibir la dádiva de la Expiación con agradecimiento?

Notes

1. *Life of Joseph F. Smith*, compilación por Joseph Fielding Smith, 1938, págs. 180–181.
2. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, págs. 542–543.
3. *Gospel Doctrine*, pág. 432.
4. *Deseret Evening News*, 9 de feb. de 1895, pág. 9.
5. “Latter-day Saints Follow Teachings of the Savior”, *Scrap Book of Mormon Literature*, 2 tomos (sin fecha), 2:563.
6. *Gospel Doctrine*, pág. 250.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 49.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 202.
9. *Deseret Evening News*, 9 de febrero de 1895, pág. 9; se agregaron párrafos.
10. *Deseret Evening News*, 9 de febrero de 1895, pág. 9.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 6.
12. *Deseret News: Semi-Weekly*, 6 de febrero de 1893, pág. 2.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 420.
14. *Gospel Doctrine*, págs. 98–99.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 451.
16. *Deseret Evening News*, 9 de febrero de 1895, pág. 9.
17. *Gospel Doctrine*, pág. 443.
18. *Gospel Doctrine*, pág. 439.
19. *Gospel Doctrine*, págs. 250–251.
20. *Gospel Doctrine*, págs. 103–104.
21. *Gospel Doctrine*, pág. 204.
22. *Deseret News: Semi-Weekly*, 19 de febrero de 1878, pág. 1.



Valientes en la causa de Cristo

*Debemos ser valientes en la causa de Cristo
y ser fieles a nuestros convenios, a nuestro Dios
y a la obra de Sión.*

De la vida de Joseph F. Smith

En el otoño de 1857, Joseph F. Smith, de tan sólo 19 años de edad, terminó su misión en Hawai y emprendió el viaje de regreso a casa. Viajó vía San Francisco, Los Ángeles y San Bernardino. “En el sur de California, poco después de haber recorrido una corta distancia, la pequeña caravana de carromatos se detuvo para acampar; de pronto, varios pendencieros anti-mormones llegaron al campamento montados a caballo, maldiciendo, blasfemando y amenazando lo que iban a hacer con los ‘mormones’. Joseph F. se hallaba a corta distancia del campamento recogiendo leña para la fogata y advirtió que los pocos miembros de su propio grupo habían ido cautelosamente a esconderse entre la hierba cerca del arroyo. Cuando vio eso... le vino a la mente el pensamiento: ‘¿Será conveniente que huya de esos hombres? ¿Por qué he de tenerles miedo?’ Y así, se dirigió con los brazos cargados de leña hacia la fogata, donde uno de los matones, todavía la pistola en la mano, maldiciendo a gritos a los “mormones”, le preguntó a Joseph F. con voz de trueno:

“ ‘¿Eres tú mormón?’ ”

“La respuesta fue directa: ‘Sí, señor; de pies a cabeza, totalmente’.

“El rufián le agarró la mano y le dijo:

“ ‘Y bien, eres el (palabrota) más agradable que he conocido. Venga esa mano, joven. Me alegro de ver a un hombre que defiende sus convicciones’ ”¹.

El presidente Smith llevó una vida de lealtad al Señor, sin tener en cuenta los obstáculos ni las dificultades. Charles W. Nibley, buen amigo del presidente Smith y Obispo Presidente de la Iglesia, dijo de él: “¡Ningún corazón latió con mayor lealtad a todo principio de hombría, de rectitud, de justicia y de misericordia que el de él; ese gran corazón, albergado en su magnífica estructura anatómica, hizo de él el más grande, el más valiente, el más afectuoso, el más puro y el mejor de todos los hombres que anduvieron por la tierra en su época!”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Debemos ser fieles a nuestros convenios, a nuestro Dios y a la causa de Sión.

Debemos dar el ejemplo; debemos ser fieles a la fe... Debemos ser fieles a nuestros convenios, fieles a nuestro Dios, fieles los unos a los otros y a los intereses de Sión, no importa cuáles sean las consecuencias, no importa cuál sea el resultado... La persona que se conserva dentro del reino de Dios, que es fiel a este pueblo, que se conserva pura y sin mancha del mundo es a quien Dios aceptará, apoyará y sostendrá, y será quien prosperará en la tierra, ya sea que esté disfrutando de su libertad o que se encuentre encerrada en la celda de una cárcel; no importa dónde esté, le irá bien³.

Vemos que en la actualidad el mundo va a la deriva en lo que tiene que ver con la religión. Si las personas pueden tener [una religión] que no les cueste mucho, si no se les hace una carga, no les molesta tener tan sólo un poco de religión. Pero no es así con los Santos de los Últimos Días; no es así con una religión viviente. Quiero decirles que la religión de Cristo no es una religión que sólo se practica el domingo; no es una religión momentánea; es una religión que nunca termina e impone deberes sobre sus adeptos el lunes, el martes, el miércoles y todos los días de la semana con igual sinceridad e igual fuerza que en el día de reposo. Yo no daría un comino por una simple religión dominical o una religión elaborada por los hombres, ya sean éstos sacerdotes o laicos.

Mi religión es la religión de Dios; es la religión de Jesucristo. De lo contrario, sería absolutamente inútil para mí y sería inútil para todas las demás personas, en lo que toca a religión. Si no está en mi alma, si no la hubiese recibido en mi corazón o si no la diese por cierta con todo mi poder, mente y fuerza, ni fuese un ejemplo de ella, ni la obedeciera ni la guardara con firmeza en mi corazón todos los días de mi vida —tanto de lunes a sábado como en el día de reposo, en secreto, así como en público, en casa y en el extranjero, igual en todas partes, lo cual es la religión de Cristo, la religión de hacer el bien, la religión de la rectitud, de la pureza, de la bondad, de la fe, de la salvación de los pecados temporales y de la salvación y la exaltación en el reino de nuestro Dios—, mi religión no sería para mí el Evangelio del Hijo de Dios. Esto es el “mormonismo” y la clase de religión que deseamos enseñar a nuestros hijos. Debemos recibirla nosotros primero y enseñarla de lo profundo de nuestro corazón al corazón de ellos: de nuestro afecto al de ellos, y entonces podremos inspirarlos por motivo de nuestra propia fe y de nuestra propia fidelidad y convicción de la Iglesia⁴.

**Es nuestro deber permanecer firmes
frente a la oposición.**

Una de las cualidades más nobles de los verdaderos líderes es una elevada norma de valentía. Cuando hablamos de la valentía y del liderazgo, empleamos términos que representan la calidad de vida por medio de la cual los hombres determinan a conciencia el debido camino que seguirán y defienden con fidelidad sus convicciones. Nunca ha habido una época en la Iglesia en la que no haya hecho falta que sus líderes sean hombres valerosos; y no tan sólo valerosos en el sentido de poder hacer frente a los peligros físicos, sino también en el sentido de ser firmes y leales a una convicción clara y recta⁵.

Es lamentable que haya algunos Santos de los Últimos Días que procuren, poniendo en peligro los principios, popularizar el “mormonismo”. Desean ajustar nuestra religión a las doctrinas y a los deseos de otra gente. Parecen interesarse más en estar en armonía con los hombres del mundo que en vivir de

acuerdo con los principios del Evangelio... Esos hermanos deben recordar que las teorías de los avezados en las cosas del mundo no pueden injertarse con inmunidad en los principios del Evangelio...

...Ser Santo de los Últimos Días exige el sacrificio de aspiraciones y placeres mundanos; requiere fidelidad, fortaleza de carácter, amor a la verdad, firmeza para con los principios y el deseo ferviente de ver que la marcha victoriosa de la verdad avance. Eso significa que a menudo nuestra posición debe ser impopular. Significa librar una batalla interminable contra el pecado y lo mundano. No es un camino fácil de recorrer... pero es la única manera de establecer la verdad, de edificar el carácter y de conservar puros los principios del Evangelio que se nos han confiado⁶.

Hay personas que valerosamente hacen cuanto pueden por producir ciertos resultados; combaten los males y resisten los agravios que se les infieren tanto a ellos como a los demás; pero una vez que son derrotados, cuando ven que una causa justa sufre y que triunfan hombres inicuos, dejan de luchar. ¿Para qué seguir luchando?; ésa es la pregunta que adquiere mayor relieve en su mente. Ven a hombres inicuos que aparentemente han logrado el éxito; ven a hombres de mala reputación que son aclamados por sus semejantes y quedan casi convencidos de que el destino tiene sus recompensas para los que hacen lo malo. Ninguna esperanza les inspira lo que parece ser una causa perdida. Todo está perdido, dicen, y no nos queda más que conformarnos y dejar las cosas como están. Se les desalienta el corazón; algunos llegan casi hasta a dudar de los propósitos de la Providencia; poseen el valor de los hombres de corazón valiente, pero no tienen el valor de la fe.

¡Qué diferente fue Pablo! Él había trabajado intrépidamente, había proclamado el mensaje divino, había resistido al enemigo, y éste aparentemente triunfó sobre él. Fue hecho prisionero y los administradores de la ley lo sometieron a un trato humillante. Estuvo encadenado y lo amenazaba la muerte, pero conservó su valentía. Él tenía el valor que la fe infunde. Leamos las conmovedoras palabras que escribió a los efesios y que se encuentran en Efesios 6:13, las que envió en circunstancias en que



El apóstol Pablo escribiendo, por Robert Barrett. El presidente Joseph F. Smith dijo que Pablo estuvo “encadenado y lo amenazaba la muerte, pero conservó su valentía. Él tenía el valor que infunde la fe” (*Gospel Doctrine*, pág. 119).

la mayor parte de las personas habrían considerado que su causa estaba perdida: “Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes”.

Después de que hayamos hecho todo cuanto podamos por la causa de la verdad y de que hayamos resistido el mal que los hombres nos hayan ocasionado, y de que nos hayan abrumado con sus maldades, todavía tenemos el deber de seguir firmes. No podemos darnos por vencidos; no debemos postrarnos. Las causas importantes no triunfan en una sola generación. El mantenerse firme frente a una aplastante oposición, cuando uno ha hecho todo lo que ha podido, es poseer la valentía de la fe. La valentía de la fe es la valentía del progreso. Los que poseen esa cualidad divina siguen adelante; no se les permite estar quietos aunque quisieran. No son simplemente criaturas de su propio poder y de su propia sabiduría; son instrumentos de una ley más elevada y de un propósito divino.

Otros se darían por vencidos, pues preferirían evitar las dificultades... Esos hombres leen la historia, si es que la leen, sólo a medida que la hacen; no ven la mano de Dios en los asuntos de los hombres, porque sólo ven con el ojo del hombre y no con el ojo de la fe. Toda resistencia se ha escurrido de ellos; han excluido a Dios del asunto. No se han puesto toda la armadura de Dios y, sin ella, se llenan de temor y de zozobra y se hunden. Para esos hombres todo lo que provoca dificultades parece inevitable. Como santos de Dios, es nuestro deber “estar firmes”, incluso cuando el mal nos abrume⁷.

Cuando un hombre resuelve abandonar el mundo y sus insensateces y pecados, e identificarse con el pueblo de Dios, del cual se habla mal en todas partes, necesita valentía, hombría, independencia de carácter, inteligencia superior y una determinación que no es común entre los hombres; porque éstos rehuyen lo que es impopular, lo que no les reporta alabanza ni adulación, lo que en alguna forma empañe lo que ellos llaman honor o buen nombre⁸.

Ruego que se arraigue en mi alma el Espíritu de este Evangelio de tal modo que aunque deba soportar la pobreza, tribulaciones, persecuciones o muerte, yo y mi casa sirvamos a Dios y obedezcamos Sus leyes. De cualquier modo, se ha prometido que serán ustedes bendecidos por medio de la obediencia. Dios honra a quienes le honran, y se acordará de los que se acuerden de Él. Y Él apoyará y sostendrá a los que respalden la verdad y sean fieles a ella. Dios nos ayude, por tanto, a ser fieles a la verdad ahora y para siempre⁹.

**Podemos ser guerreros valientes
en la causa de Cristo.**

Mientras escuchaba a los hermanos esta tarde, los pensamientos me llevaron a reflexionar sobre algunos de nuestros amigos que han fallecido. Cuando miramos hacia el pasado y pensamos en el presidente Young, en Heber C. Kimball, en Willard Richards, en George A. Smith, en Orson Pratt, en Parley Pratt y en el presidente John Taylor, en Erastus Snow y en los miles de fieles y valientes santos de Dios que padecieron perse-

cuciones en Ohio, en Misuri y en Illinois, y que fueron desalojados de sus hogares una y otra y otra vez hasta que por último fueron expulsados al desierto, sin ningún conocimiento, excepto las promesas del Santo Espíritu en sus corazones, de si hallarían alguna vez un lugar de descanso para sus cansados pies—fueron desalojados de sus hogares, alejados de sus parientes, de sus amigos, con las perspectivas menos alentadoras del mundo, en lo que al conocimiento o previsión humanos se refería, de llegar alguna vez a un refugio de paz, y marcharon penosamente por las llanuras con cansado paso, pero con una confianza inquebrantable en Dios y con una fe a toda prueba en Su palabra—, cuando echamos una mirada hacia el pasado y pensamos en aquellas escenas, no podemos olvidar a los hombres y a las mujeres fieles que pasaron por ellas. No desmayaron por el camino; no reincidieron en sus errores; no se apartaron de la verdad. Cuanto más duras eran las tribulaciones, cuanto más difícil la jornada, cuanto más grandes los obstáculos, tanto más firmes y más resueltos eran¹⁰.

He servido desde mi juventud al lado de hombres como Brigham Young, Heber C. Kimball, Willard Richards, George A. Smith, Jedediah M. Grant, Daniel H. Wells, John Taylor, George Q. Cannon, y Wilford Woodruff y sus colaboradores, y Lorenzo Snow y sus colaboradores, miembros de los Doce Apóstoles, los setenta y los sumos sacerdotes de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días durante más de sesenta años; y, para que oiga mis palabras toda persona desconocida que esté al alcance de mi voz, deseo testificarles que, de entre todos los hombres que he conocido, nunca ha habido mejores hombres que éstos. Puedo testificar de ese modo porque conocí muy bien a esos hombres, crecí con ellos desde mi infancia y con ellos me relacioné en consejo, en oración y súplicas, en viajes de un poblado a otro por esta región y cuando cruzamos las llanuras. Los he oído hablar en privado y en público, y les doy mi testimonio de que fueron hombres de Dios, hombres fieles, hombres puros, hombres nobles de Dios¹¹.

Aquí se encuentran nuestras hermanas que participan en la obra de la Sociedad de Socorro... Aquí están las hermanas que trabajan con las asociaciones de Mejoramiento Mutuo y también

las que toman parte en la obra de la Primaria y de la Escuela Dominical... Todas ellas cuentan con nuestras bendiciones, porque tenemos confianza en ellas. Creemos que conocen la verdad por sí mismas y que no tienen que pedir luz prestada a nadie. Sabemos que su integridad es intachable, sabemos que aman a Dios y la verdad, y que aman la obra más que sus propios intereses personales. Conocemos a muchas de ellas y sabemos que éstos son sus sentimientos. Las amamos; tienen nuestro respeto, toda nuestra confianza; las bendiciones de Dios las acompañarán¹².

Las hermanas de la Sociedad de Socorro, siempre activas y serviciales, han estado presentes en todas partes en los momentos de necesidad, ayudando a los pobres, consolando a los afligidos, visitando a las viudas y a los huérfanos, y viajando a lugares distantes para impartir valiosa instrucción¹³.

El presidente Heber C. Kimball fue uno de los hombres nobles de Dios. Fiel como el acero a cuanto se le confió; puro como el oro refinado; sin temor a enemigos ni a la muerte; de percepción aguda, lleno del espíritu de los profetas; inspirado por Dios. Valiente en el testimonio de Cristo; un amigo inseparable de toda la vida y testigo del divino llamamiento y misión de José Smith. Fue llamado por la gracia de Dios, ordenado por autoridad viviente, y vivió y murió como Apóstol del Señor Jesucristo¹⁴.

Sé que los hermanos de los Doce que han asumido su cargo, cumpliendo su deber, apoyan con firmeza el progreso del reino de Dios y están unidos en su mira y en sus esfuerzos por la edificación de Sión... Son dignos de la confianza de los Santos de los Últimos Días, son valientes en su testimonio de la verdad, son tesoneros y atentos en su vigilancia de los intereses de Sión¹⁵.

Que Dios los bendiga. Que la paz more en sus almas y que el amor a la verdad abunde en ustedes. Que la virtud engalane todos sus caminos. Que vivan con rectitud y con honradez delante del Señor, que guarden la fe y sean valientes en el testimonio de Jesucristo; porque el que es valiente recibirá su galardón. Que Dios los bendiga, es mi oración en el nombre de Jesucristo. Amén¹⁶.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué significa ser valiente en el testimonio de Cristo? ¿Cómo podemos exteriorizar en nuestra vida diaria que estamos dispuestos a ser leales a nuestra religión y a nuestro Dios?
- ¿Por qué la religión de Cristo no es “una religión que sólo se practica el domingo”? ¿Cómo podemos enseñar nuestra religión a nuestros hijos “de lo profundo de nuestro corazón al corazón de ellos, de nuestro afecto al de ellos”?
- ¿Por qué los miembros de la Iglesia podríamos en alguna ocasión intentar “popularizar” el Evangelio y “poner en peligro los principios”?
- ¿Cómo podemos mostrar la debida tolerancia para con las opiniones y los estilos de vida de otras personas sin sacrificar la integridad a los principios?
- ¿Cómo podemos enseñar a los demás, incluso a nuestros hijos, principios como la valentía, la integridad a los principios y el ser valientes en vivir el Evangelio?
- ¿En qué forma fueron valientes en su testimonio los primeros líderes de la Iglesia? ¿Qué aprendemos del ejemplo de esos líderes valerosos y fieles?
- ¿Qué es la “valentía de la fe”? ¿En qué ocasiones ha expresado usted esa valentía en momentos de oposición?
- ¿De qué modo podemos ser valientes en el cumplimiento de nuestros llamamientos en la Iglesia?
- ¿Qué bendiciones recibimos tanto nosotros como nuestras familias como resultado de ser valientes al vivir el Evangelio? (Véase también D. y C. 14:7.) ¿Cuáles son las consecuencias eternas de los que no son valientes en el testimonio de Jesús? (Véase también D. y C. 76:79.)

Notas

1. Charles W. Nibley, “Reminiscences”, en *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 518.
2. Charles W. Nibley, “Reminiscences”, pág. 525.
3. *Gospel Doctrine*, pág. 257.
4. *Gospel Doctrine*, págs. 394–395; se agregaron párrafos.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 155.
6. “Editor’s Table: Principle, Not Popularity”, *Improvement Era*, julio de 1906, págs. 731, 733.

7. *Gospel Doctrine*, págs. 119–120.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 211.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 251.
10. *Deseret News: Semi-Weekly*, 9 de agosto de 1898, pág. 1.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 169.
12. En “Conference Report”, oct. de 1906, pág. 9.
13. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 4:296.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 198–199.
15. En “Conference Report”, abril de 1906, pág. 2.
16. En “Conference Report”, abril de 1906, pág. 8.



Sean fieles a la verdad para que no sean engañados

Debemos vivir de acuerdo con los principios puros y verídicos del Evangelio de Jesucristo y evitar las falsedades y los errores de los impostores.

De la vida de Joseph F. Smith

Hacía sólo cinco meses que Joseph F. Smith había regresado a su casa de la misión que cumplió en Gran Bretaña cuando el presidente Brigham Young lo llamó a servir su tercera misión, la cual había de ser la segunda vez que lo enviaban a las islas de Hawai. Por motivo de que dominaba la lengua hawaiana, el presidente Young le pidió que sirviera de intérprete para los élderes Ezra T. Benson y Lorenzo Snow, quienes eran miembros del Quórum de los Doce. Cuando partieron con destino a Hawai en la primavera de 1864, Joseph F. Smith tenía veinticuatro años de edad.

Joseph F. Smith dijo al respecto: “El objetivo especial de esa misión [era] poner fin a la obra de [un] impostor... que andaba engañando a los... nativos que eran miembros de la Iglesia, no sólo en asuntos de doctrina, sino con extravagantes y falsas representaciones de su propio poder y autoridad. Había reorganizado la Iglesia según sus propios conceptos, ordenado a doce apóstoles y a otros oficiales, vendiéndoles la ordenación y haciéndose aceptar por la gente como gobernante sacerdotal y real al que debían tributarle homenaje con humildad. Fuimos a verle, le hicimos presentes sus fechorías y nos esforzamos con ahínco por rescatarlo, pero se negó con obstinación a cambiar y se mantuvo impenitente, por lo que fue separado de la Iglesia. En seguida, centramos nuestras energías en la tarea de rescatar a los que él había engañado y, en esa labor, con la bendición de Dios, tuvimos mucho éxito”¹. Posteriormente, los élderes Benson y

Snow se fueron de las islas y Joseph F. Smith se quedó allí hasta el invierno siguiente para seguir poniendo en orden los asuntos de la Iglesia. En ese tiempo, aconsejó a los miembros de la Iglesia a quienes ese impostor había conducido al error y que deseaban arrepentirse. Durante el resto de su vida, el presidente Smith enseñó a los santos la importancia de reconocer las enseñanzas falsas y de oponerles resistencia.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Los Santos de los Últimos Días deben ser fieles a la verdad, no importa lo que ocurra.

A estas alturas debemos haber ganado suficiente experiencia para comprender que ningún hombre, ninguna persona, ningún conjunto de personas y ninguna organización pueden combinarse con fuerza y poder suficientes para derribar los propósitos del Todopoderoso ni para cambiar el rumbo de Su obra. En el pasado han surgido muchísimas personas que han tenido fijamente estampada la falsa idea de que iban a llevar a cabo una magnífica reforma en la Iglesia; han contado anticipadamente con que en muy corto tiempo toda la gente abandonaría su norma, la norma de la verdad ante la cual se habían congregado y alrededor de la cual se habían concentrado desde el principio de la Iglesia hasta entonces. Esas personas pensaban que la gente seguiría a los “nuevos pastores”, pero los del pueblo de Dios conocen la voz del verdadero pastor y no oyen la voz del extraño, ni los consejos del que se arroga una autoridad que no le corresponde. Nunca seguirán a ninguna de tales personas. Los Santos de los Últimos Días conocen el espíritu del Evangelio, comprenden el espíritu de la verdad; han aprendido su deber y son leales a la verdad, no importa lo que ocurra.

Desde el principio hasta ahora, hemos tenido que enfrentar al mundo entero; y el mundo entero, relativamente, está o ha estado en orden de batalla en contra de la obra del Señor, no todos por odio, ni sólo con la intención o el deseo de hacer mal o de combatir la verdad, sino porque eran ignorantes con respecto a la verdad y porque no sabían lo que estaban haciendo. Muchas personas son engañadas por la voz de pastores falsos y

son descarriadas por influencias falsas. Son engañados; no conocen la verdad; no comprenden lo que hacen y, por consiguiente, están dispuestos en orden batalla, por así decirlo, para luchar en contra de la verdad, en contra de la obra del Señor; así ha sido desde el principio. Desde el día en el que el profeta José Smith dio a conocer la visión que había tenido hasta ahora, el enemigo de toda justicia, el enemigo de la verdad, de la virtud, del honor, de la rectitud y de la pureza de vida— el enemigo del único y verdadero Dios, el enemigo de la revelación directa de Dios y de la inspiración que viene de los cielos al hombre—, ha estado en pie de guerra contra esta obra.

Nunca se ha hallado a los amigos de la rectitud, a los amigos de la revelación, a los amigos de Dios, a los amigos de la verdad, a los amigos del recto vivir y de la pureza de vida, ni a los que se han consagrado a la rectitud y tienen la sabiduría para discernir la verdad del error y la luz de las tinieblas, repito, nunca se ha hallado a uno de ellos dispuesto en orden de batalla para luchar contra la causa de Sión. Estar en pie de guerra contra la causa de Sión es estarlo contra Dios, contra la revelación de Dios, contra ese espíritu que conduce a los hombres a toda verdad que proviene de la fuente de la luz y de la inteligencia, contra ese principio que une a los hombres y los hace abandonar sus pecados, buscar la rectitud y amar a Dios con todo su corazón, y con toda su alma y con toda su mente, y amar a su prójimo como a sí mismos².

Cuidense de las enseñanzas falsas.

Habrán algunos que querrán limitar el poder de Dios al poder del hombre, y tenemos entre nosotros a algunos de éstos, y los ha habido entre nuestros maestros de escuela. Desearían hacerles dudar de los acontecimientos inspirados de las Escrituras, de que los vientos y las olas están sujetos al poder de Dios; querrían hacerles creer que no es más que un mito la afirmación de que el Salvador echó fuera demonios, resucitó a los muertos y efectuó actos milagrosos, como la curación del leproso. Desearían hacerles creer que Dios y Su Hijo Jesucristo no aparecieron en persona a José Smith, que fue tan sólo un mito, pero nosotros

tenemos un conocimiento mejor: el testimonio del Espíritu ha testificado que esto es verdad. Y les digo, cuídense de los que vengan a ustedes con la herejía de que las cosas existen por sí mismas por las leyes de la naturaleza, y que Dios no tiene poder³.

Entre los Santos de los Últimos Días hay dos clases de personas de las que se puede esperar la predicación de doctrinas falsas disfrazadas como verdades del Evangelio, y prácticamente sólo de ellas se puede esperar eso. Son:

Primero: Los irremediablemente ignorantes, aquellos cuya falta de inteligencia se debe a su desidia y pereza, los que no hacen más que un débil esfuerzo, si es que lo hacen, por superarse por medio de la lectura y del estudio; los que padecen de esa enfermedad terrible que puede volverse incurable, es decir, la pereza.

Segundo: Los soberbios y los que se vanaglorian, que leen a la luz de la lámpara de su propia vanidad, que interpretan según reglas que ellos mismos conciben, que han llegado a ser una ley para sí mismos y se hacen pasar por únicos jueces de sus propios hechos. Éstos son más peligrosamente ignorantes que los primeros.

Cuídense de los perezosos y de los vanidosos⁴.

Los Santos de los Últimos Días debieran estar ya tan bien arraigados en la convicción de que Dios ha establecido Su Iglesia en la tierra por última vez, para permanecer y nunca más ser derribada ni destruida, y de que la casa de Dios es una casa de orden, de ley, de regularidad, que ya no deberían ejercer ninguna influencia en ellos ese tipo de hombres que son inquietos y que causan alboroto, quienes, debido a la ignorancia y al egotismo, se convierten en vanos charlatanes y presumen poseer poderes proféticos y otras gracias y dones espirituales, y no tendrían que ejercer ninguna influencia sobre los santos ni deberían éstos perturbarse en espíritu por motivo de tales personas y sus teorías. La Iglesia de Cristo está con los santos; a ella se le ha entregado la ley de Dios para su propio gobierno y perpetuación. Posee todos los medios para corregir cualquier agravio, abuso o error que pueda surgir de cuando en cuando, y hacerlo sin anarquía ni revolución; puede efectuarlo por medio del progreso y de la superación; por medio del aumento de conocimiento, de sabiduría, de paciencia y de caridad.

Los quórumes presidentes de la Iglesia siempre se componen de hombres que serán escogidos de tal manera que los santos pueden estar seguros de que la prudencia, la rectitud y la seria adherencia al deber caracterizarán la norma de aquellos a quienes se confíe la administración de los asuntos de la Iglesia⁵.

Desde la época de Hiram Page (sección 28 de D. y C.), ha habido manifestaciones de espíritus engañosos a los miembros de la Iglesia. A veces, éstas las han recibido hombres y mujeres que, por motivo de la transgresión, se han vuelto presas fáciles de Satanás. En otras ocasiones, personas que se envanecen por su estricta observancia de las reglas, ordenanzas y ceremonias de la Iglesia son desviadas por espíritus falsos que ejercen una influencia que imita en tal forma la que procede de una fuente divina que incluso a esas personas, que piensan que son “escogidas”, les resulta difícil discernir la diferencia fundamental que hay entre ellas [Mateo 24:24]. El mismo Satanás se disfraza como “ángel de luz” [2 Corintios 11:14; 2 Nefi 9:9].

Cuando visiones, sueños, lenguas, profecías, impresiones o cualquier don o inspiración extraordinarios comuniquen algo que no esté en armonía con las revelaciones aceptadas de la Iglesia o sean contrarias a las decisiones de sus autoridades establecidas, los Santos de los Últimos Días podrán saber que no provienen de Dios, no importa lo convincentes que parezcan ser. También deben comprender que las instrucciones para la guía de la Iglesia vendrán por revelación por medio del cabeza de la Iglesia [el Presidente de la Iglesia]. Todos los miembros fieles tienen derecho a recibir la inspiración del Santo Espíritu tanto con respecto a ellos mismos como con respecto a sus familias y a aquellos sobre quienes hayan sido nombrados y ordenados para presidir. Pero cualquier cosa que no concuerde con lo que viene de Dios por conducto del cabeza de la Iglesia no debe recibirse como autorizado o fidedigno⁶.

Los dones del Espíritu y los poderes del santo sacerdocio son de Dios; son dados para bendecir a la gente, para alentarla y para fortalecer su fe. Satanás lo sabe y, por tanto, procura cegar y engañar a los hijos de Dios con sus imitaciones de milagros. Recuerden lo que los magos de Egipto lograron con sus es-

fuerzos por engañar a Faraón con respecto a la divinidad de la misión de Moisés y de Aarón...

Que el poder para hacer milagros puede provenir de una fuente mala lo declaró Cristo en Su profecía con respecto al gran juicio: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:22–23).

El peligro y el poder para hacer lo malo que hay en la brujería no consiste tanto en la brujería en sí como en la insensata credulidad que la gente supersticiosa atribuye a lo que se dice que puede efectuar. Es atroz creer que el diablo pueda perjudicar o lastimar a un hombre o a una mujer inocentes, sobre todo si son miembros de la Iglesia de Cristo [excepto] que tal hombre o mujer tenga fe en que él o ella puede ser perjudicado por tal influencia y por tales medios. Si dan cabida a tal idea, entonces probablemente lleguen a ser víctimas de sus propias supersticiones. No hay ningún poder en la brujería misma, sino hasta donde se crea y se acepte⁷.

Eviten la predilección por algún principio del Evangelio.

Hermanos y hermanas, no tengan predilección por uno o por algunos de los principios del Evangelio. El tener predilección por ciertos principios o ideas es peligroso en la Iglesia de Cristo, y lo es porque se da indebida importancia a ciertos principios o ideas con lo cual se eclipsan y menoscaban otros igualmente importantes, igualmente obligatorios, con igual poder para salvar que las doctrinas o los mandamientos que se favorecen.

La predilección por uno o por algunos de los principios del Evangelio presenta a los que la practican un aspecto falso del Evangelio del Redentor, distorsiona sus principios y enseñanzas, y les imprime discordancia. Este punto de vista no es natural. Todos los principios y prácticas revelados por Dios son esenciales para la salvación del hombre, y el anteponer indebidamente alguno de ellos, escondiendo y opacando todos los

demás, es imprudente y peligroso; hace peligrar nuestra salvación, puesto que oscurece nuestra mente y ofusca nuestro entendimiento. Tal concepto, no importa hacia qué punto se dirija, limita la visión, debilita la percepción espiritual y ensombrece la mente, de lo cual resulta que la persona que adolece de esta perversidad y contracción de visión mental se coloca en una posición en la que el maligno puede tentarle o, por haberse opacado su vista o distorsionado su visión, juzga injustamente a sus hermanos y cede al espíritu de apostasía. No es justo ante el Señor.

Hemos advertido esta dificultad: que los santos que tienen un principio predilecto del Evangelio tienden a juzgar y a condenar a sus hermanos y hermanas que no ponen tanto celo como ellos en ese principio particular. El hombre que no da cabida en su mente más que a la Palabra de Sabiduría, probablemente hallará una falta desmedida en cualquier otro miembro de la Iglesia que tenga ideas liberales en cuanto a la importancia de otras doctrinas del Evangelio.

Esta dificultad tiene otro aspecto: el hombre que tiene predilección por algún principio del Evangelio es propenso a pensar que es mejor que todas las demás personas, a ensoberbecerse y a llenarse de presunción y orgullo, y a mirar con desconfianza, cuando no con sentimientos más severos, a sus hermanos y hermanas que no viven tan a la perfección esa ley en particular. Ese sentimiento perjudica a sus consiervos y ofende al Señor. “Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu” (Proverbios 16:18).

Hay verdades importantes en el plan de redención que son fundamentales. No se pueden pasar por alto; ninguna otra puede anteponérseles. Debemos aceptar con todo nuestro corazón la paternidad de Dios, la eficacia de la expiación de nuestro Señor y Salvador, y la restauración del Evangelio en estos últimos días. No podemos compensar la falta de fe en esas doctrinas esenciales con la más completa abstinencia de cosas que no son buenas para la salud, con el pago estricto del diezmo sobre nuestro “eneldo y comino” [véase Mateo 23:23], o con la observancia de cualquier otra ordenanza exterior. El mismo bautismo sin fe en Dios de nada aprovecha⁸.

El poseer la verdad nos libera del pecado y de las tinieblas.

Para que no seamos engañados, conducidos al error y llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por las necias extravagancias o las astutas artimañas de los hombres, y para que no sigamos la falsa llamada de “mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está” [véase Mateo 24:23], Dios ha instituido el orden verdadero de comunicación entre Él y el hombre, y lo ha establecido en Su Iglesia; y convendría que todo el género humano prestase atención a esta verdad, para que no los engañen. Lo que esté de conformidad con esto es de Dios; lo que sea contrario viene de abajo⁹.

La práctica diaria... de buscar misericordia y perdón divinos al ir por la vida nos da poder para escapar de las maldades que sólo pueden vencerse si uno se retira de ellas¹⁰.

No hay absolutamente ninguna posibilidad de que la persona que disfrute del Santo Espíritu de Dios crea siquiera que [las brujerías y otras] influencias malignas por el estilo puedan surtir efecto alguno sobre ella. La compañía del Espíritu Santo es una protección absoluta contra todas las influencias malignas¹¹.

Creo que la mayoría de los Santos de los Últimos Días están incrementando su fe. También creo que la mayoría de los Santos de los Últimos Días tienen la sabiduría suficiente, la inteligencia suficiente y una suficiente porción del Espíritu del Dios viviente en su corazón para saber escoger entre la verdad y el error, entre el bien y el mal y entre la luz y las tinieblas; y creo que tienen la suficiente cordura para guiarse por los sencillos, puros y verídicos principios del Evangelio de Jesucristo y que prefieren éstos antes que todas las excentricidades de filósofos, de científicos o de cualquier otra persona. No hay ciencia ni filosofía que pueda reemplazar la verdad de Dios Todopoderoso.

El Señor ha dicho: “Mi palabra es verdad” [véase Juan 17:17], y efectivamente lo es; y creo que los Santos de los Últimos Días tienen el conocimiento suficiente acerca de la palabra de Dios para saber que es Su palabra cuando la vean y rechacen todo lo que no lo sea; y que se guían por la palabra de Dios, porque es verdadera. Como dijo el Salvador: “Si vosotros permaneciereis

en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” [véase Juan 8:31–32].

Creo que los Santos de los Últimos Días y sobre todo los hombres que son líderes en Israel tienen suficiente conocimiento y entendimiento de los principios del Evangelio para conocer la verdad y ser hechos libres por tenerla: libres del pecado, libres del error, libres de las tinieblas¹².

Sugerencias para el estudio

- ¿Cómo podemos evitar ser “engañados por la voz de pastores falsos” y reconocer entonces la voz del Verdadero Pastor? ¿Por qué nos ayudará eso a ser “leales a la verdad no importa lo que ocurra”?
- ¿En qué forma podemos mostrar que estamos en contra de las influencias de nuestras comunidades que “están dispuestas en orden de batalla en contra de la obra del Señor”?
- ¿En qué forma intenta la gente en la actualidad “limitar el poder de Dios al poder del hombre”?
- ¿Por qué la soberbia nos puede conducir al error? ¿Por qué también la pereza nos puede conducir al error? ¿Por qué es tan importante que no seamos engañados por “la predicación de doctrinas falsas” de “los perezosos y de los vanidosos”?
- ¿Qué advertencias nos ha hecho el Señor con respecto a los que “presumen poseer poderes proféticos”? (Véase también D. y C. 42:11.)
- ¿Por qué la predilección por algún principio del Evangelio puede ser peligrosa para las personas y para la Iglesia? ¿Por qué la estricta observancia de cualquier “ordenanza exterior” no puede compensar adecuadamente la falta de fe en las “doctrinas esenciales”?
- ¿Cómo podemos evitar ser engañados y ser “llevados por cualquiera de todo viento de doctrina”?
- ¿Por qué el poseer la verdad nos hace libres? ¿Cómo podemos valernos del don del Espíritu Santo para que nos ayude a discernir el bien del mal y a oponer resistencia a todas las malas influencias?

Notas

1. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 4:20–21.
2. En “Conference Report”, abril de 1909, págs. 3–4; se agregaron párrafos.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 372.
4. *Gospel Doctrine*, pág. 373.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 381.
6. En *Messages of the First Presidency*, 4:285.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 376–377.
8. *Gospel Doctrine*, págs. 116–117.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 381.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 374.
11. *Gospel Doctrine*, págs. 377–378.
12. En “Conference Report”, abril de 1911, pág. 7; se agregaron párrafos.



El ser ciudadanos leales

Debemos obedecer las leyes de Dios y de los hombres, y honrar nuestra condición de miembros de la Iglesia, así como nuestra ciudadanía en el país en el cual vivamos.

De la vida de Joseph F. Smith

La vida personal del presidente Joseph F. Smith fue un ejemplo de lo que significa ser un buen ciudadano y prestar servicio a la comunidad. Fue miembro de la asamblea legislativa territorial de Utah durante varios períodos distintos desde 1865 hasta 1882; fue miembro del consejo municipal en 1867 y miembro de la convención de 1895 que formuló la constitución del estado de Utah.

El presidente Smith, que había presenciado la violencia de los populachos en Nauvoo, hablaba a menudo de la importancia del imperio de la ley en una sociedad civilizada. Él y sus consejeros en la Primera Presidencia instaron a los santos a ser ciudadanos leales y respetuosos de la ley en cualquier parte que viviesen y a ser fieles en su lealtad a sus respectivos gobiernos¹. En una ocasión en la que un funcionario del gobierno manifestó desdén para con la Constitución de los Estados Unidos, él replicó: “Los Santos de los Últimos Días no pueden tolerar semejante actitud. Es anarquía; significa destrucción; es el espíritu del gobierno del populacho, y el Señor sabe que hemos padecido bastante por causa de los populachos y no queremos más de eso... No podemos permitirnos ceder a esa actitud ni apoyarla ni en el más mínimo grado. Debemos mantenernos firmes en contra de toda actitud y clase de desdén o falta de respeto hacia la constitución de nuestro país y las leyes constitucionales de nuestra patria”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Los Santos de los Últimos Días son leales a su país.

Hagamos nosotros lo recto; obedezcamos las leyes de Dios y las leyes del hombre, honremos nuestra afiliación al reino de Dios, nuestra ciudadanía... en la nación de la cual seamos parte, y entonces Dios nos sostendrá y nos protegerá, y seguiremos creciendo como lo hemos hecho desde el principio, sólo que nuestro crecimiento futuro se acelerará y llegará a ser mucho mayor que en el pasado³.

Enseñen a sus hijos a observar la ley de Dios y la ley del estado o [del] país. Enséñenles a respetar y a honrar a los que hayan sido elegidos por el pueblo para estar a la cabeza y poner en ejecución la justicia y administrar la ley. Enséñenles a ser leales a su país, leales a la rectitud y al honor, y, de ese modo, crecerán para ser hombres y mujeres selectos entre todos los hombres y las mujeres del mundo⁴.

Ser Santo de los Últimos Días de verdad es ser una de las mejores personas o hijos de Dios que hay en el mundo... Un buen Santo de los Últimos Días será un buen ciudadano, no importa que sea súbdito de Gran Bretaña, de los Estados Unidos, de Holanda, de Alemania o de cualquier otro país del mundo. Si la persona es un buen Santo de los Últimos Días tiene que ser buen ciudadano del país donde haya nacido o en el que haya adoptado de residencia... Un ciudadano del reino de Dios debe destacarse entre las mejores personas de Dios de todo el mundo⁵.

Ruego no sólo por la prosperidad de Sión, sino por la prosperidad de nuestra nación. Siempre debemos tener presente que no somos sólo ciudadanos del reino de Dios, sino que también somos ciudadanos del... estado [país] en el que vivamos. Siempre hemos sido leales tanto a nuestro estado o nación como a la Iglesia de Dios... Hemos estado dispuestos a pelear las batallas de nuestro país, a defender su honor, a sostener y proteger su buen nombre, y nos proponemos seguir siendo leales a nuestra nación y a nuestro pueblo hasta el final⁶.

Si el patriotismo y la lealtad son cualidades que se manifiestan en tiempos de paz mediante el vivir justo, moderado, benevolente, industrial y virtuoso; en tiempos de pruebas, mediante la paciencia, la resistencia a males reales o imaginarios únicamente por medios legales, y el sometimiento definitivo a las leyes del país aunque ello suponga aflicción y pesar; y, en tiempos de guerra, mediante la buena disposición para pelear la batalla de la nación, entonces, sin lugar a dudas, los del pueblo “mormón” son patriotas y leales⁷.

Que el Señor Dios Todopoderoso los bendiga. Mi corazón rebosa de bendición para los Santos de los Últimos Días. Siento profundo afecto, de todo corazón, por el hombre que sé que es un Santo de los Últimos Días honrado, recto, leal y fiel. El hombre al que le viene bien esa descripción es uno de los mejores ciudadanos de cualquier país; es un buen ciudadano de cualquier ciudad, de cualquier municipio, de cualquier estado y de cualquier nación en cualquier parte en que se encuentre; y es uno de los *mejores*. Un verdadero Santo de los Últimos Días es buen marido, es buen padre, es buen vecino y es un hombre bueno en todos los aspectos de la vida⁸.

La rectitud eleva a una nación.

El típico hogar “mormón” es el templo de la familia... allí se enseñan y se hacen respetar con dulzura y delicadeza los preceptos morales y las verdades religiosas que, en conjunto, integran la rectitud que eleva a una nación y la guardan del pecado que desacredita a cualquier pueblo... Aquí están nuestros hijos y nuestras hijas, sométanlos a cualquier prueba de comparación que deseen: el respeto por la verdad, la deferencia para con la ancianidad, la reverencia por Dios, el amor a los semejantes, la lealtad al país, el respeto por la ley, el refinamiento de los modales y, por último... la pureza de pensamiento y la castidad del comportamiento. No es alabanza desmedida de nosotros mismos decir de las generaciones de los de nuestro pueblo, que han nacido y se han criado en hogares “mormones”, que se compararán favorablemente, en lo que toca a virtudes cristianas y en

todo lo que tiene que ver con el ser buenos ciudadanos, con cualquier comunidad de éste o de cualquier otro país⁹.

El “mormonismo” está en el mundo para bien del mundo. Al enseñar la verdad, inculcar la moralidad, proteger la pureza del hogar, respetar a las autoridades y al gobierno, fomentar los estudios académicos y elevar al hombre y a la mujer, nuestra religión condena el delito y es enemiga de la tiranía de cualquier tipo. El “mormonismo” busca elevar y no destruir la sociedad¹⁰.

Un buen Santo de los Últimos Días es un buen ciudadano en todos los aspectos. Deseo decir a los hombres jóvenes de nuestra comunidad: sean Santos de los Últimos Días ejemplares y no permitan que nada los haga desistir del aspirar a los cargos más elevados que nuestra nación tiene para ofrecer. Una vez que consigan un puesto, dejen que su virtud, su integridad, su honradez, su capacidad, las enseñanzas religiosas que les inculcaron sus dedicadas madres “mormonas” en la niñez, alumbren “delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” [Mateo 5:16]¹¹.

Que el Señor bendiga a nuestro gobierno y guíe a los que están en el poder para que hagan lo que es recto, agradable y aceptable ante Dios¹².

Nos adherimos a la doctrina de la separación entre la Iglesia y el estado.

A los miembros de la Iglesia se les ha mandado por revelación divina...

“Ninguno quebrante las leyes del país, porque quien guarda las leyes de Dios no tiene necesidad de infringir las leyes del país” [D. y C. 58:21]¹³.

Con respecto a las leyes de la Iglesia, se ha dicho expresamente...

“He aquí, las leyes que habéis recibido de mi mano son las leyes de la iglesia, y así las habéis de presentar” [D. y C. 58:23].

Es decir, que ninguna ley o norma que se haya publicado, ni ninguna revelación que haya recibido la Iglesia, ha sido promul-

gada para el Estado. Tales leyes y revelaciones se han dado únicamente para el gobierno de la Iglesia.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se adhiere a la doctrina de la separación entre iglesia y estado, la no intervención de la autoridad eclesiástica en los asuntos políticos y la absoluta libertad e independencia del individuo en el desempeño de sus deberes políticos. Si alguna vez ha habido algún proceder que haya estado en discrepancia con esta doctrina, ha sido un incumplimiento de los bien establecidos principios y normas de la Iglesia.

Declaramos que por principio y por norma somos partidarios de: la absoluta separación entre iglesia y estado; de que la iglesia no ejerza dominio sobre el estado, de que la iglesia no intervenga en las funciones del estado; de que el estado no intervenga en las funciones de la iglesia ni en el libre ejercicio de la religión; de la libertad absoluta del individuo del dominio de la autoridad eclesiástica en los asuntos políticos; de la igualdad de todas las iglesias ante la ley¹⁴.

La Iglesia no participa en la política; sus miembros pertenecen al partido político de su preferencia... No se les pide, ni mucho menos se les exige, que voten de este modo o del otro... no se les pueden, con justicia, negar sus derechos de ciudadanos y no hay razón por la cual deban negárseles, puesto que, por término medio, son tan leales, tan formales, tan bien educados, tan honrados, tan laboriosos, tan virtuosos, tan morales, tan ahorrativos y tan dignos en todos los demás aspectos como cualquier persona del país o de la tierra¹⁵.

Estamos sujetos a las potestades existentes hasta el advenimiento del reino de Dios.

La Biblia, que es uno de los libros canónicos de la Iglesia "mormona", está repleta de predicciones y de promesas con respecto al establecimiento del reinado divino sobre la tierra; del advenimiento de un reino de rectitud que se extenderá sobre toda la faz del globo. Cristo ha de ser el Rey y todas las naciones y los pueblos han de servirle y obedecerle. Ése ha de ser verdaderamente el reino de Dios. La Iglesia de Jesucristo de los Santos

de los Últimos Días se ha establecido como preparación para ese Reino. Su Evangelio es “el Evangelio del reino”. Sus principios, ordenanzas, autoridad y dones son de origen celestial. Es, por consiguiente, “el reino” espiritual “del cielo”, que posee la influencia y el poder que han de abrir el camino para el cumplimiento de las profecías referentes al dominio universal del Hijo de Dios¹⁶.

A veces se hace notar que los miembros de la Iglesia buscan la verdadera venida del reino de Dios sobre la tierra, que reunirá a todos los reinos del mundo en un visible imperio divino en el que reinará el Mesías resucitado.

Todo esto, se sostiene, hace que resulte imposible que un “mormón” rinda verdadera lealtad a su país o a cualquier otro gobierno terrenal.

...Negamos que nuestra creencia en la revelación divina o el que esperemos la llegada del reino de Dios debilite de modo alguno la autenticidad de nuestra lealtad a nuestro país. Cuando el imperio divino se establezca, tal vez no sepamos más que lo que saben otros cristianos que oran: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” [Mateo 6:10]; pero sí sabemos que nuestra lealtad a nuestro país se fortalece por el hecho de que mientras aguardamos el advenimiento del reino del Mesías, nos encontramos bajo el mandamiento de Dios de estar sujetos a las potestades existentes hasta que reine Aquél “cuyo derecho es reinar” [D. y C. 58:22]¹⁷.

Sugerencias para el estudio

- ¿Por qué deben los Santos de los Últimos Días ser leales al país en el cual viven? (Véase también D. y C. 134:5.) ¿Cómo podemos demostrar lealtad y respeto a nuestro país aun cuando quizás no estemos de acuerdo con sus normas?
- ¿Cómo podemos enseñar a nuestros hijos a ser buenos ciudadanos?
- ¿Cuáles son nuestras responsabilidades como ciudadanos? ¿Por qué un fiel Santo de los Últimos Días debe ser “uno de los mejores ciudadanos de cualquier país”?

- ¿Por qué razón la rectitud personal eleva a una nación? ¿Por qué es la rectitud personal un elemento importante del ser buen ciudadano? ¿Qué parte debe desempeñar la rectitud personal en la vida de los que busquen ocupar un puesto público?
- ¿Por qué la separación entre iglesia y estado sirve para que las personas ejerzan sus creencias religiosas? (Véase también D. y C. 134:7, 9.) ¿Por qué es importante tener libertad individual de la autoridad eclesiástica en los asuntos políticos?
- ¿Qué es el reino de Dios que todavía ha de venir, y quiénes serán súbditos de ese reino?

Notas

1. Véase James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 4:165.
2. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 404.
3. *Gospel Doctrine*, págs. 409–410.
4. *Messages of the First Presidency*, 5:55.
5. “Discourse by President Joseph F. Smith”, *Millennial Star*, 27 de sept. de 1906, pág. 610.
6. En “Conference Report”, abril de 1905, pág. 46.
7. *Messages of the First Presidency*, 4:150.
8. En “Conference Report”, abril de 1910, pág. 8.
9. *Messages of the First Presidency*, 4:147.
10. *Messages of the First Presidency*, 4:154.
11. “Editor’s Table: Congress and the ‘Mormons’”, *Improvement Era*, abril de 1903, pág. 473.
12. En “Conference Report”, octubre de 1908, pág. 127.
13. *Messages of the First Presidency*, 4:81.
14. *Messages of the First Presidency*, 4:153; párrafos modificados.
15. “Editor’s Table: The Probable Cause”, *Improvement Era*, junio de 1903, pág. 626.
16. *Messages of the First Presidency*, 4:81.
17. *Messages of the First Presidency*, 4:154.



La salvación de los niños pequeños

Los niños que mueren antes de llegar a la edad de responsabilidad son redimidos por la sangre de Cristo.

De la vida de Joseph F. Smith

A pesar de que el presidente Joseph F. Smith sufrió en carne propia la angustia, la soledad y el gran cariño que se experimentan cuando muere un niño, sus enseñanzas sobre la salvación de los niños pequeños son inspiradoras y tranquilizadoras. Entre 1869 y 1898, sepultó a nueve de sus hijos.

Después del fallecimiento de su hija primogénita Mercy Josephine, ocurrida el 6 de junio de 1870, él expresó así su gran dolor: “Ah, sólo Dios sabe cuánto quise a mi hija; era la luz y el regocijo de mi corazón. La mañana antes de que ella muriera, después de haber pasado toda la noche en vela a su lado, pues la cuidaba todas las noches, le dije: ‘Mi pequeñita, no has dormido en toda la noche’. Sacudiendo la cabeza, ella me contestó: ‘Hoy voy a dormir, papá’. ¡Ah, con qué intensidad penetraron esas palabras en mi alma! Supe, aunque no quería creerlo, que era otro el aviso: que significaba el sueño de la muerte, y ella durmió. Y, ah, la luz de mi corazón se apagó. La imagen del cielo esculpida en mi alma casi se apartó de mí... ¡Tú eras el don celestial que llegó directamente a lo más recóndito de mi corazón!”¹.

El 6 de julio de 1879, Joseph F. Smith escribió en su diario personal palabras de pesar por la muerte de su hija Rhonda: “La puse en una almohada, la levanté así y la paseé, revivió y estuvo viva cerca de una hora y murió en mis brazos a la 1:40 de la madrugada. Ahora sólo Dios sabe cuánto lloramos su pérdida. Ésta es la quinta muerte que ocurre en mi familia. ¡Mis tan amados pequeñitos! ¡Oh, Dios, ayúdanos a soportar esta prueba!”².

Pero halló consuelo en el conocimiento de que, por medio de la expiación del Salvador, todo estaba bien con sus amados hijos. Cuando falleció su hijita Ruth, el 17 de marzo de 1898, recibió una maravillosa revelación: “¡Oh, mi alma! ¡Veo a mi propia y amorosa madre con los brazos extendidos dando la bienvenida al redimido y glorioso espíritu de mi dulce hijita! ¡Oh, Dios mío, gracias te doy por esta prodigiosa visión! Y allí también están reunidos en la morada de mi Padre todos mis amados pequeñitos: no en desamparo infantil, sino ¡en todo el poder, la gloria y la majestad de los espíritus santificados! Llenos de inteligencia, de regocijo, de gracia y de verdad”³.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Los niños pequeños que mueren antes de llegar a la edad de responsabilidad son redimidos.

Con respecto a los niños pequeños que mueren en la infancia y la inocencia antes de llegar a la edad de responsabilidad y que no son capaces de cometer pecado, el Evangelio nos revela el hecho de que son redimidos y Satanás no tiene poder sobre ellos; ni tampoco la muerte tiene poder alguno sobre ellos; son redimidos por la sangre de Cristo y son salvos tan ciertamente como que la muerte ha venido al mundo a causa de la caída de nuestros primeros padres...

...Nuestros queridos amigos que ahora se ven privados de su pequeñito tienen gran motivo para alegrarse y regocijarse, aun en medio de la profunda tristeza que sienten por la pérdida de su pequeñito por un tiempo. Saben que él está bien; tienen la certeza de que su hijito ha muerto sin pecado. Estos niños se encuentran en el seno del Padre; heredarán su gloria y su exaltación, y no se les privará de las bendiciones que les corresponden, porque en la administración de las cosas del cielo y en la sabiduría del Padre, que hace todo bien, los que mueren siendo niños pequeños no tienen ninguna responsabilidad por haberse ido, ya que no tienen la inteligencia ni la madurez para cuidar de sí mismos y entender las leyes de la vida; y en la sabiduría, la misericordia y el plan de Dios nuestro Padre Celestial, se les proporcionará en la vida venidera todo lo que hubiesen

podido obtener y disfrutar si se les hubiera permitido vivir en la carne. No perderán nada por haber sido separados de nosotros de esta manera...

Teniendo presentes estos pensamientos, me consuelo en el hecho de que más allá del velo de la muerte volveré a ver a mis hijos que han fallecido; he perdido algunos y he sentido, con la pérdida de ellos, creo yo, todo lo que un padre puede sentir. Lo he sentido profundamente, porque amo a los niños, y quiero mucho particularmente a los pequeñitos, pero me siento agradecido a Dios por el conocimiento de estos principios, porque ahora tengo plena confianza en Su palabra y en Su promesa de que en el futuro poseeré todo lo que me pertenece y mi gozo será completo. No se me privará de ningún privilegio ni de ninguna bendición de los cuales me haya hecho digno y que debidamente se me puedan confiar; y poseeré todos los dones y bendiciones de los que yo pueda hacerme digno, ya sea en el tiempo o en la eternidad en tanto reconozca la mano de Dios en todas estas cosas y diga en mi corazón: “Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” [Job 1:21]. Eso debemos pensar con respecto a nuestros hijos, a nuestros parientes o a nuestros amigos, o con respecto a cualquier vicisitud por la que tengamos que pasar⁴.

Después de la resurrección, el cuerpo de un niño se desarrollará hasta alcanzar la medida completa de la estatura de su espíritu.

¿Nos conformaríamos con ver a los niños que sepultamos cuando todavía están en la infancia permanecer siempre como niños por las innumerables edades de la eternidad? ¡No! Ni tampoco quedarían conformes con permanecer en ese estado los espíritus que poseyeron el cuerpo de nuestros hijos. Pero sabemos que nuestros hijos no se verán obligados a permanecer siempre como niños en lo que respecta a su estatura, porque en esta dispensación, Dios, que es la fuente de toda verdad, ha revelado por conducto de José Smith el Profeta que, en la resurrección de los muertos, el niño que fue sepultado en la infancia resucitará como el niño que era cuando fue sepultado; entonces comen-

zará a desarrollarse. Desde el día de la resurrección, el cuerpo se desarrollará hasta que llegue a la medida completa de la estatura de su espíritu, sea hombre o mujer. Si el espíritu poseyó la inteligencia de Dios y las aspiraciones de las almas mortales, no podría satisfacerse con nada que fuese menos que eso. Recordarán que se nos dice que el espíritu de Jesucristo visitó a uno de los profetas antiguos y que se le manifestó y le declaró Su identidad, que era el mismo Hijo de Dios que había de venir en el meridiano de los tiempos. Él dijo que aparecería en la carne tal como le apareció a ese profeta [véase Éter 3:9, 16–17]. No era niño pequeño; era un espíritu crecido, desarrollado, que tenía la forma de hombre y la forma de Dios, la misma forma con que vino y tomó sobre sí un cuerpo y lo desarrolló hasta que alcanzó la estatura completa de Su espíritu⁵.

Todo espíritu que viene a esta tierra a tomar sobre sí un cuerpo es hijo o hija de Dios y posee toda la inteligencia y todos los atributos que puede tener cualquier hijo o hija, ya sea en el mundo de los espíritus o en este mundo, excepto que en el espíritu, y separados del cuerpo, les faltaba sólo el cuerpo para ser semejantes a Dios el Padre. Se dice que Dios es espíritu y que los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad [véase Juan 4:24]; pero Él es un espíritu que posee un cuerpo de carne y huesos, tangible como el del hombre y, por tanto, para ser semejantes a Dios y a Jesús, todos los hombres deben tener un cuerpo. No importa si esos cuerpos alcanzan la madurez en este mundo o si para alcanzarla tienen que esperar hasta la vida venidera. Según las palabras del profeta José Smith, el cuerpo se desarrollará, ya sea en el tiempo o en la eternidad, hasta alcanzar la estatura completa del espíritu; si una madre queda privada del placer y de la dicha de criar a su hijo hasta que llegue a la edad adulta en esta vida a causa de la muerte, ese privilegio se le devolverá en la vida venidera y disfrutará de él de una manera más plena de lo que le habría sido posible hacerlo aquí. Cuando lo haga allá, será con el conocimiento absoluto de que los resultados no tendrán fallas; mientras que aquí, no se saben los resultados sino hasta después de haber pasado la prueba⁶.

El espíritu de cada uno de nuestros hijos es inmortal antes de venir a nosotros y, después de la muerte del cuerpo, el espíritu

es como era antes de venir. El espíritu de cada uno es como se habría visto si hubiese vivido en la carne hasta alcanzar la madurez o desarrollar su cuerpo físico hasta que llegase a la estatura completa de su espíritu. Si vieran a alguno de sus hijos que haya muerto, podría ser que se les manifestara en la forma en que pudiesen reconocerlo, la forma de su niñez; pero si viniera a ustedes como mensajero con alguna verdad importante, tal vez vendría como vino al obispo Edward Hunter el espíritu de su hijo (que murió en la infancia), con la estatura de un hombre adulto, y se presentó a su padre y le dijo: “Soy tu hijo”.

El obispo Hunter no lo entendió. Acudió a mi padre y le dijo: “Hyrum, ¿qué significa eso? Sepulté a mi hijo cuando era tan sólo un niño pequeño, pero ha venido a mí como hombre adulto, un hombre joven, noble, glorioso, que dijo ser mi hijo. ¿Qué significa?”

Mi padre (Hyrum Smith, el patriarca) le dijo que el Espíritu de Jesucristo se había desarrollado completamente antes de nacer en el mundo y que, del mismo modo, nuestros hijos han alcanzado su pleno desarrollo y poseen su estatura íntegra en el espíritu antes de llegar a la vida terrenal, la misma estatura que tendrán después de haber pasado por el estado terrenal y como también se verán después de la resurrección cuando hayan cumplido su misión.

José Smith enseñó la doctrina de que el niño pequeño que muere se levantará como niño en la resurrección; y, señalando a la madre de un niño sin vida, le dijo: “Usted tendrá la alegría, el placer y la satisfacción de criar a ese hijo, después de que haya resucitado, hasta que alcance la estatura completa de su espíritu”. Hay restitución, hay crecimiento, hay desarrollo después de resucitar de la muerte. Amo esta verdad. Comunica a mi alma un caudal de felicidad, de dicha y de gratitud. Gracias sean dadas al Señor que nos ha revelado estos principios⁷.

Todo está bien con los niños pequeños que mueren.

Si hemos recibido el testimonio del espíritu de verdad en nuestras almas, sabemos que todo está bien con nuestros niños pequeños que mueren, que no podríamos mejorar sus circuns-

tancias ni aunque quisiéramos, y que mucho menos se mejorarían sus circunstancias si pudiésemos hacerlos volver, por motivo de que mientras el hombre se halle en el mundo como ser mortal, rodeado de las maldades que hay en el mundo, está en peligro de sucumbir a las malas influencias y está sujeto a riesgos, y descansan sobre él responsabilidades que, si no las cumple, pueden traer resultados fatales a su futura prosperidad, felicidad y exaltación⁸.

Es muy difícil, en momentos de pesar por la pérdida de un ser querido, como éstos, decir algo que infunda alivio inmediato a las personas que están padeciendo ese dolor. Esa congoja sólo puede aliviarla del todo el paso del tiempo y la influencia del buen espíritu en el corazón de los que sufren, por medio de los cuales ellos pueden recibir consuelo y satisfacción con respecto a sus esperanzas del futuro... He aprendido que hay muchísimas cosas que son mucho peores que la muerte. Con los sentimientos, los conceptos y el entendimiento que tengo ahora de la vida y de la muerte, preferiría acompañar a todos mis hijos a la tumba en su inocencia y pureza antes que verlos crecer y llegar a la edad adulta y degradarse con las perniciosas prácticas del mundo, olvidar el Evangelio, olvidar a Dios y el plan de vida y salvación, y alejarse de la única esperanza de recibir una recompensa eterna y la exaltación en el mundo venidero⁹.

Si somos fieles, nos reuniremos con nuestros hijos más allá del velo.

El profeta Elías había de plantar en el corazón de los hijos las promesas hechas a sus padres, presagiando la gran obra que se efectuaría en los templos del Señor en la dispensación del cumplimiento de los tiempos para la redención de los muertos, y para sellar los hijos a sus padres, no fuera que toda la tierra fuese herida con una maldición y quedara enteramente asolada en Su venida¹⁰.

Si vivimos y nos alejamos de la verdad, quedaremos a lo largo de las innumerables edades de la eternidad separados de la compañía de los que amamos. No tendremos derecho a reclamarlos, ni ellos tendrán derecho a reclamarnos a nosotros. Habrá un

abismo infranqueable entre nosotros, de modo que no podremos pasar de nuestro lugar al de ellos, ni ellos podrán pasar de su lugar al nuestro. Si morimos en la fe, habiendo llevado una vida recta, somos de Cristo, tenemos la seguridad de recibir una recompensa eterna, poseemos los principios de la verdad eterna y recibiremos gloria, inmortalidad y vida eterna. Mientras estamos en la carne, pasamos una gran parte de nuestra vida padeciendo dolor; la muerte nos separa durante un breve tiempo cuando algunos de nosotros pasan al otro lado del velo, pero llegará el momento en el que nos reuniremos con los que se han ido y nos regocijaremos de nuestra mutua compañía para siempre. La separación no es más que por un momento, por decirlo así. Entonces, ningún poder podrá separarnos. Habiéndonos unido Dios, tenemos derecho a reclamarnos los unos a los otros —un derecho innegable—, puesto que hemos sido unidos por el poder del sacerdocio en el Evangelio de Cristo. Por lo tanto, es preferible estar separados en esta vida durante una breve temporada aunque tengamos que pasar penurias, dolor, problemas, grandes esfuerzos, viudez, orfandad y muchas otras vicisitudes antes que estar separados por toda la eternidad¹¹.

Somos engendrados a semejanza de Cristo. Moramos con el Padre y con el Hijo en el principio, como hijos e hijas de Dios; y, en el tiempo señalado, vinimos a esta tierra para tomar sobre nosotros un cuerpo a fin de que llegáramos a conformarnos a la semejanza e imagen de Jesucristo y llegáramos a ser como Él, y tuviéramos un tabernáculo para que pasáramos por la muerte como Él pasó por la muerte, para que resucitáramos de entre los muertos como Él resucitó... ¡Qué dicha me produce el pensamiento de volver a reunirme con mis hijos que han pasado al otro lado del velo antes que yo y de volver a reunirme con mis parientes y con mis amigos! Porque sé que los veré allá. Dios me ha mostrado que eso es verdad; Él me lo ha manifestado con claridad en respuesta a mi oración y fervor, del mismo modo que lo ha aclarado al entendimiento de todos los hombres que diligentemente han buscado conocerlo¹².

[El presidente Joseph F. Smith escribió lo siguiente al élder Joseph H. Dean, que se encontraba en Oahu, Hawái:] Me he en-

terado con profundo pesar del fallecimiento de su bebé ocurrido en casa. Entiendo su dolor, puesto que yo viví la misma amarga experiencia mientras me encontraba allí. Le habría escrito antes pero, al ponerme en el lugar de usted, me abstuve de hacerlo. En tales circunstancias, lo que más deseo es irme a algún lugar distante, tranquilo y solitario, donde no me contemple ningún ojo sino el de Dios, y allí, solo, sentir mi pesar y que sólo Dios lo sepa... El tiempo y nada más que el tiempo, que es el que se encarga de sanar las heridas, apacigua mi alma, y creo que sin duda usted habrá sentido lo mismo. Pero cuando ya hayan pasado los primeros y más intensos momentos de pesar y el alma se ha calmado con el paso del tiempo y con el destino, entonces las palabras que se pronuncien de un modo adecuado conmueven los lazos de la hermandad que se extienden de corazón a corazón en análogos pesares. El Señor verdaderamente sabe lo que es mejor y nosotros sabemos que los inocentes que han sido retirados de la tierra tan pronto después de haber llegado sin mancha de los sórdidos elementos de este mundo caído regresan a Él, de cuya presencia vinieron, puros y santos, redimidos desde la fundación [del mundo] por el sacrificio de Aquel que dijo “de los tales es el reino de los cielos”. Mi oración más sincera y más ferviente es: ¡Oh, Dios, ayúdame a vivir digno de unirme con mis hijos en su morada contigo!¹³.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué bendiciones se prometen a los niños pequeños que mueren antes de llegar a la edad de responsabilidad? (Véase también D. y C. 29:46.) ¿Por qué eso nos da consuelo y esperanza cuando lloramos la muerte de un niño pequeño?
- ¿Cuál es el estado del espíritu de un niño pequeño que muere? ¿Cuándo se desarrollará y madurará el cuerpo del niño?
- ¿Quién tendrá la responsabilidad de criar al niño que muere en la infancia? ¿Qué bendiciones se promete que recibirán en la vida venidera los padres rectos cuyos hijos mueran en la infancia?

- ¿Por qué el entendimiento de los principios del plan de salvación consuela y ayuda a los que lloran la muerte de un niño pequeño?
- ¿Por qué las ordenanzas selladoras del templo brindan consuelo y esperanza a los padres cuando un niño muere? ¿Qué debemos hacer para volver a reunirnos con nuestros hijos pequeños que han muerto?
- ¿Por qué “las palabras que se pronuncien de un modo adecuado” brindan consuelo al alma que llora la muerte de un ser querido? ¿Cómo podemos prepararnos para decir tales palabras?

Notas

1. *Life of Joseph F. Smith*, compilación por Joseph Fielding Smith, 1938, págs. 456–457; párrafos arreglados.
2. *Truth and Courage: The Joseph F. Smith Letters*, editado por Joseph Fielding McConkie (sin fecha), pág. 6.
3. *Life of Joseph F. Smith*, pág. 463.
4. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, págs. 452–454.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 24.
6. *Gospel Doctrine*, págs. 453–454.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 455–456.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 452.
9. *Deseret News: Semi-Weekly*, 24 de abril de 1883, pág. 1.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 475.
11. *Deseret News: Semi-Weekly*, 24 de abril de 1883, pág. 1.
12. *Gospel Doctrine*, págs. 428–429.
13. *Truth and Courage: The Joseph F. Smith Letters*, pág. 57.



El presidente Joseph F. Smith en la década de 1860, cuando era miembro del Quórum de los Doce Apóstoles y consejero del presidente Brigham Young.



El sacerdocio, gobierno divino

El santo sacerdocio es la autoridad y el poder de Dios delegados al hombre para gobernar y bendecir a los de Su pueblo.

De la vida de Joseph F. Smith

A los veintiocho años de edad, Joseph F. Smith era secretario del Consejo de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce. El 1 de julio de 1866, cuando estaba para levantarse la reunión regular de oración del Consejo, el presidente Brigham Young anunció a los hermanos: “Siempre pienso que está bien hacer lo que el Espíritu me impele a hacer. Es mi intención ordenar al hermano Joseph F. Smith al apostolado y para ser uno de mis consejeros”. Invitó a cada uno de los hermanos a expresar su parecer con respecto al llamamiento, y todos apoyaron al presidente Young con “sincera y cordial aprobación”.

En seguida, pusieron las manos sobre la cabeza de Joseph F., y el presidente Young dijo: “Hermano Joseph F. Smith, ponemos las manos sobre tu cabeza en el nombre de Jesucristo y, en virtud del santo sacerdocio, te ordenamos para que seas apóstol en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y seas un testigo especial ante las naciones de la tierra. Sellamos sobre tu cabeza toda la autoridad, el poder y las llaves de este Santo Apostolado; y te ordenamos para que seas consejero en la Primera Presidencia de la Iglesia y reino de Dios sobre la tierra. Estas bendiciones sellamos sobre ti en el nombre de Jesucristo y por la autoridad del santo sacerdocio. Amén”¹.

El 8 de octubre de 1867, Joseph F. Smith fue sostenido y apartado en calidad de miembro del Quórum de los Doce Apóstoles durante una conferencia general, un acontecimiento importante

en su trabajo de toda una vida como miembro de los consejos gobernadores del sacerdocio de la Iglesia. Durante su servicio de más de cincuenta años, su gran experiencia y sabiduría en el sacerdocio y gobierno de la Iglesia benefició a la Iglesia en todo el mundo.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

El sacerdocio es la autoridad por medio de la cual Dios gobierna y bendice a los de Su pueblo.

El santo sacerdocio es la autoridad que Dios ha delegado al hombre, por medio de la cual éste puede declarar la voluntad de Dios, como si ángeles estuviesen presentes para declararla ellos mismos; es la autoridad mediante la cual los hombres quedan facultados para que lo que aten en la tierra sea atado en los cielos, y lo que desaten en la tierra sea desatado en los cielos; la autoridad por la cual las palabras del hombre, si las pronuncia en virtud de ese poder, llegan a ser la palabra del Señor y la ley de Dios al pueblo, y Escritura y mandamientos divinos... Es la autoridad por la que el Señor Todopoderoso gobierna a Su pueblo y mediante la cual, en el futuro, regirá las naciones del mundo².

Mucho se puede decir en relación con la autoridad y los derechos del sacerdocio. Éste es el gran principio de gobierno y de organización por el cual las energías y las fuerzas de los del pueblo de Dios en todas las edades han sido y serán dirigidas. Es el principio por medio del cual Dios Todopoderoso gobierna a través de todo Su universo. Es el principio por el cual se gobierna La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días... Es la autoridad que Dios ha revelado y restaurado a los hijos de los hombres para el gobierno y la guía de ellos en la edificación de Sión y en la proclamación del Evangelio a las naciones de la tierra, hasta que todo hijo e hija de Adán tengan el privilegio de oír el son del Evangelio y de ser traídos al conocimiento de la verdad, no sólo en esta tierra sino también en el mundo de los espíritus³.

[El] Sacerdocio de Melquisedec o santo sacerdocio... es la autoridad mediante la cual los hombres o los... quórumes... que integran el sacerdocio de la Iglesia pueden actuar legítimamente

en el nombre del Señor; o la agencia, derecho y autoridad activos, dirigentes, regentes, gobernantes o presidentes con que está investida la Trinidad y que se delegan al hombre para fines de su instrucción, iniciación en la Iglesia, orientación espiritual y temporal, gobierno y exaltación⁴.

El Señor ha establecido en la tierra el sacerdocio en su plenitud... por revelación y mandamiento directos del cielo... Él ha instituido un orden de gobierno que trasciende la capacidad del ser humano y es superior a la sabiduría, al conocimiento y al entendimiento del hombre y, en tal forma, que parece imposible a la mente humana, sin la ayuda del Espíritu de Dios, comprender las bellezas, los poderes y el carácter del santo sacerdocio. Parece difícil a los hombres comprender las funciones del sacerdocio, su autoridad legítima, su extensión y su poder; y, no obstante, se comprende fácilmente por la luz del Espíritu⁵.

Por imperfectos que sean, a los hombres se les ha dado esta autoridad, por medio de la cual pueden hablar y actuar en el nombre del Padre y del Hijo, y Dios está obligado, si ellos hablan por Su Espíritu en el cumplimiento de sus deberes como Sus siervos, a respetar y cumplir lo que ellos digan, porque hablan por la autoridad que Él les ha dado... Naturalmente, todas las cosas deben hacerse con rectitud. Ningún hombre puede hacer cosa alguna con maldad que Dios esté obligado a respetar. Pero cuando un hombre que posee el sacerdocio hace lo recto, Dios está obligado a reconocerlo como si Él mismo lo hubiese hecho⁶.

La médula del asunto es: el Señor ha establecido Su Iglesia, ha organizado Su sacerdocio y ha conferido la autoridad a algunos hombres, consejos y quórumes, y los del pueblo de Dios tienen el deber de vivir de manera tal que sepan que éstos son aceptables para Él⁶.

**Si bien el sacerdocio se confiere sólo a los
hombres, tanto los hombres como las mujeres
participan de sus bendiciones.**

Al principio, el sacerdocio se ejercía según el orden patriarcal; los que lo poseían lo ejercían primeramente por el derecho de su paternidad. Así es para el gran Elohim. La primera y más potente

demanda en lo que respecta a nuestro amor, reverencia y obediencia se basa en el hecho de que Él es nuestro Padre, el Creador de todo el género humano... El hombre que posee el santo sacerdocio es una representación de Él. Pero siendo que los hombres que están en la tierra no pueden actuar en lugar de Dios como Sus representantes sin poseer la autoridad, naturalmente siguen el nombramiento y la ordenación. Ningún hombre puede tomar para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios [véase Hebreos 5:4] por los conductos que Él reconoce y ha autorizado⁸.

El orden patriarcal es de origen divino y continuará por este tiempo y por la eternidad... hombres, mujeres y niños deben entender este orden y esta autoridad en las familias del pueblo de Dios y procurar hacer de ellos lo que Dios tuvo por objeto que fuesen, un requisito y una preparación para la más alta exaltación de Sus hijos⁹.

Cualquier honor, privilegio o gloria que alcance un hombre por medio del sacerdocio los comparte y los disfruta su esposa. Al ser ella uno con él en Cristo, todos los honores de él son los honores de ella, las bendiciones de él son las bendiciones de ella, la gloria de él es la gloria de ella, puesto que son uno, inseparablemente... como dijo Pablo: "...en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón" [véase 1 Corintios 11:11]. En otras palabras, el hombre no puede alcanzar gloria, honor ni exaltación sin la mujer, ni la mujer sin el hombre. Ellos no son sino dos complementos de un todo... El sacerdocio del Hijo de Dios se confiere al hombre, para que al alcanzar la misma eminencia y perfección, él pueda actuar como Cristo y como Dios actúan... Aunque el hombre... es el objeto directo sobre el cual se confieren el poder y el honor del sacerdocio, y él es el medio activo de las funciones correspondientes, ella participa de los beneficios, las bendiciones, los poderes, los derechos y los privilegios del sacerdocio junto con él como complemento de él... El poder no se da a la mujer para que actúe independientemente del hombre, ni se da al hombre para que actúe independientemente de Cristo¹⁰.

Las mujeres son responsables de sus actos en la misma medida en que los hombres son responsables de los suyos, aun

cuando al hombre, que posee la autoridad del sacerdocio, se le considera ser la cabeza, el líder... Además, cuando hablamos de los hombres, hablamos también de las mujeres, puesto que las mujeres se incluyen con los hombres y son una parte inseparable del género humano¹¹.

**Las llaves del sacerdocio son necesarias
para el gobierno de la Iglesia.**

El sacerdocio en general es la autoridad que se da al hombre para actuar por Dios. A todo hombre que es ordenado a cualquier grado del sacerdocio se le delega esta autoridad.

Pero es necesario que todo acto que se efectúe bajo esta autoridad se realice en el momento y en el lugar apropiados, en la debida forma y de acuerdo con el orden correcto. El poder de dirigir estas obras constituye las *llaves* del sacerdocio. Sólo una persona a la vez, el Profeta y Presidente de la Iglesia, posee estas llaves en su plenitud; él puede delegar cualquier parte de este poder a otro hombre y, en tal caso, esa persona posee las llaves de esa obra particular. De ese modo, el presidente de un templo, el presidente de una estaca, el obispo de un barrio, el presidente de una misión, el presidente de un quórum, cada uno de ellos posee las llaves de las obras efectuadas en esa parte o lugar en particular. Su sacerdocio no ha aumentado por motivo de ese nombramiento especial... el presidente de un quórum de élderes, por ejemplo, no tiene más sacerdocio que un miembro de dicho quórum; pero sí tiene poder para dirigir las obras oficiales que se efectúen en... el quórum, o, en otras palabras, las *llaves* de esa parte de la obra¹².

[El] Presidente es el portavoz de Dios, el revelador, el traductor, el vidente y el Profeta de Dios para toda la Iglesia. Él es quien posee las llaves de este santo sacerdocio: las llaves que abren las puertas de los templos de Dios y de las ordenanzas de Su casa para la salvación de los vivos y para la redención de los muertos. Él es el que tiene las llaves del poder para sellar, por medio del cual lo que el hombre ate en la tierra sea atado en los cielos, y mediante el que los hombres que hayan sido debidamente autorizados y nombrados por el que posee las llaves lo

que desaten en la tierra sea desatado en los cielos. Éste es el orden del santo sacerdocio¹³.

El sacerdocio gobierna por medio de la ley del amor.

El Señor reveló el gran principio de la organización por medio del cual ha de gobernarse Su Iglesia, el que el Señor mismo estableció en la Iglesia, la autoridad del santo sacerdocio, la del sumo sacerdocio, del apostolado, de los setenta y de los élderes y, en seguida, las organizaciones del sacerdocio menor: los obispos, los presbíteros, los maestros y los diáconos. Dios estableció estas organizaciones en la Iglesia para el gobierno de las personas. ¿Para qué? ¿Para oprimirlas? No. ¿Para lastimarlas? No, mil veces no. ¿Para qué? Para que tanto ellas como sus hijos tuviesen los beneficios de estas organizaciones a fin de recibir instrucción, amonestación, guía, revelación e inspiración para hacer lo que el Señor requiere de ellas, para que se perfeccionen en la vida¹⁴.

Nos gobernamos por la ley porque nos amamos unos a otros y somos motivados por la longanimidad, la caridad y la buena voluntad; y toda nuestra organización se basa en el concepto del autodomínio, el principio de dar y recibir, y de estar dispuestos a padecer el mal antes que a cometerlo. Nuestro mensaje es paz en la tierra y buena voluntad para con los hombres; el amor, la caridad y el perdón, los cuales deben mover a la acción a todos los que tengan afiliación con La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. La nuestra es una Iglesia en la cual la ley es preponderante, pero esa ley es la ley del amor¹⁵.

Nadie debe ser oprimido. Ninguna autoridad del sacerdocio se puede administrar ni ejercer en ningún grado de injusticia sin ofender a Dios. Por tanto, al tratar con los hombres, no debemos tratarlos con la mente predispuesta en contra de ellos¹⁶.

Ningún hombre que ocupe un cargo de autoridad en la Iglesia podrá cumplir con su deber como debe hacerlo si lo hace con algún otro espíritu que no sea el de la paternidad y la hermandad para con aquellos a los cuales presida. Los que tienen autoridad no deben ser gobernantes ni dictadores; no deben ser

arbitrarios; deben ganarse el corazón, la confianza y el amor de aquellos a quienes presidan, por medio de la bondad y del amor sincero, por la ternura de espíritu, por persuasión, por un ejemplo que no dé lugar a reproches ni a críticas injustas. De ese modo, con la bondad de su corazón, con su amor por las personas, las conducen por la senda de la rectitud y les enseñan el camino de la salvación al decirles, tanto por precepto como por ejemplo: Sígueme, como yo sigo al que está a la cabeza¹⁷.

Honren el poder y la autoridad del santo sacerdocio.

Es correcto que aceptemos y honremos el santo sacerdocio que ha sido restaurado en la tierra en esta dispensación por conducto de José, el Profeta. Sé que es bueno porque tiene por objeto respetar y defender la verdad, sostener la Iglesia y perfeccionar a los hombres en conocimiento, en buenas obras, en fidelidad a los propósitos del Señor, y es fundamental para el debido gobierno del pueblo de Dios en la tierra, así como para nuestro propio gobierno individual, el gobierno de nuestras familias, el gobierno de nuestros asuntos temporales y espirituales, tanto individual como colectivamente¹⁸.

Honren ese poder y autoridad que llamamos el santo sacerdocio, que es según el orden del Hijo de Dios, y el cual Dios mismo ha conferido al hombre. Honren ese sacerdocio. ¿Qué es ese sacerdocio? No es ni más ni menos que la autoridad divina comunicada de Dios al hombre. Ése es el principio que debemos honrar... El sacerdocio del Hijo de Dios no puede ejercerse en ningún grado de injusticia; ni tampoco permanecerán el poder, ni la virtud ni la autoridad del sacerdocio en el hombre que es corrupto, que es traicionero en su alma para con Dios y para con sus semejantes. No permanecerán en vigor ni poder en el hombre que no lo honre en su vida por medio del cumplimiento de los requisitos del cielo¹⁹.

¿Honran este sacerdocio?... Ustedes, los que poseen ese sacerdocio y que poseen el derecho y la autoridad de Dios para administrar en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, ¿violarían la confianza y el amor de Dios, la esperanza y el deseo del Padre de todos nosotros? Porque, al conferirles esa

llave y bendición, Él desea y espera que magnifiquen su llamamiento²⁰.

Si honran el santo sacerdocio en ustedes mismos primeramente, lo honrarán en los que los presiden y en los que administran en los diversos llamamientos en toda la Iglesia²¹.

No es bueno que los Santos de los Últimos Días ni sus hijos traten con liviandad este principio sagrado de autoridad que se ha revelado de los cielos en la dispensación en que vivimos... Es sagrada, y los del pueblo deben conservarla sagrada; deben honrarla y respetarla en quien la posea y en cualquiera a quien se dé responsabilidad en la Iglesia. Los jóvenes y las jóvenes, y los del pueblo en general, deben respetar este principio y reconocerlo como algo sagrado que no se puede tratar con liviandad ni hablar de él con trivialidad impunemente. La falta de respeto hacia esta autoridad conduce a las tinieblas y a la apostasía, y a la pérdida de todos los derechos y privilegios de la casa de Dios; porque en virtud de esta autoridad se efectúan las ordenanzas del Evangelio en todo el mundo y en todo lugar sagrado, y sin ella, no se pueden efectuar. Los que poseen esta autoridad también deben honrarla en ellos mismos; deben vivir de manera tal que sean dignos de esa autoridad con la que han sido investidos y dignos de los dones que se les han conferido²².

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué es el sacerdocio? ¿Con qué propósitos delegó el Señor al hombre la autoridad del sacerdocio?
- ¿Cómo podemos llegar a “comprender las funciones del sacerdocio”?
- ¿En qué forma participan hombres y mujeres tanto de las bendiciones como de los poderes y de los privilegios del sacerdocio?
- ¿De qué modo ha sido el sacerdocio una bendición en su vida? ¿Cómo ha bendecido el sacerdocio a los de su hogar?
- ¿Cuáles son las llaves del sacerdocio? ¿Por qué se dan? ¿Quién posee todas las llaves del sacerdocio? ¿Quién posee las llaves a nivel de barrio y de estaca?

- ¿Con qué espíritu deben efectuar sus deberes los poseedores del sacerdocio? (Véase D. y C. 121:41–46.) ¿Qué influencia tiene un poseedor del sacerdocio en el hogar y en la Iglesia cuando demuestra “amor sincero” y “ternura de espíritu”?
- ¿Cómo podemos honrar el sacerdocio y conservarlo sagrado? ¿De qué manera podríamos “tratar con liviandad” esta sagrada autoridad?
- ¿De qué modo nos ayuda el ejemplo del Salvador a comprender la manera de ejercer y de honrar la autoridad del sacerdocio?

Notas

1. *Life of Joseph F. Smith*, compilación por Joseph Fielding Smith, 1938, pág. 227.
2. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, págs. 140–141.
3. *Deseret News: Semi-Weekly*, 23 de agosto de 1892, pág. 6.
4. *Gospel Doctrine*, pág. 190.
5. *Gospel Doctrine*, págs. 40–41.
6. *Deseret News: Semi-Weekly*, 23 de agosto de 1892, pág. 6.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 45.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 147.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 287.
10. Carta dirigida a Susa Young Gates, 7 de julio de 1888, en *Truth and Courage: The Joseph F. Smith Letters*, editado por Joseph Fielding McConkie (sin fecha), págs. 11–12.
11. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 5:80.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 136.
13. *Deseret News: Semi-Weekly*, 27 de abril de 1897, pág. 1.
14. En “Conference Report”, octubre de 1911, pág. 7.
15. *Gospel Doctrine*, págs. 143–144.
16. *Gospel Doctrine*, pág. 149.
17. *Gospel Doctrine*, págs. 150–151.
18. En “Conference Report”, abril de 1912, pág. 9.
19. *Gospel Doctrine*, pág. 160.
20. *Gospel Doctrine*, pág. 165.
21. *Gospel Doctrine*, pág. 165.
22. *Gospel Doctrine*, págs. 140–141.



Cristo y la mujer samaritana, por Carl Bloch. El Salvador enseñó a la mujer samaritana junto al pozo de Jacob que Él era el Salvador del mundo (véase Juan 4:5–30).



El gran plan de vida y salvación

Nuestro Padre Celestial ha proporcionado un plan para que Sus hijos e hijas lleguen a ser como Jesucristo y disfruten de la exaltación.

De la vida de Joseph F. Smith

En 1874, poco después de su llegada a Inglaterra para presidir la Misión Europea y en el día en que cumplió treinta y seis años de edad, Joseph F. Smith escribió en su diario personal:

“El día era frío, gris y deprimente, un aniversario adecuado del día tenebroso y angustioso de mi nacimiento cuando mi padre [Hyrum] y su hermano [José] fueron encerrados en un calabozo por causa del Evangelio y los santos eran desalojados de sus casas en Misuri por despiadados populachos. La luz radiante de mi alma nunca ha disipado del todo las tenebrosas sombras de la amenazadora oscuridad de aquellos días en los que ocurrieron tantas cosas.

“No obstante, la misericordiosa mano de Dios y sus benévolas providencias siempre han estado visiblemente extendidas hacia mí, incluso desde mi niñez, y mis días se vuelven mejores por medio de la humildad y la búsqueda de la sabiduría y la felicidad en el reino de Dios. Los objetivos de mi vida se hacen más evidentes a medida que pasa el tiempo y que gano experiencia. Dichos objetivos son la proclamación del Evangelio, o sea, el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra, la salvación de las almas y, lo que es más importante para mí, la salvación de mí mismo y de mi familia¹.

Con conocimiento y convicción, el presidente Joseph F. Smith enseñó el eterno plan de salvación de nuestro Padre Celestial y testificó de él. “No hay nada debajo de los cielos”, dijo, “que sea

tan importante para mí y para los hijos de los hombres que el plan de vida y salvación”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Nuestro Padre Celestial diseñó el plan de salvación a fin de que fuésemos exaltados.

El Señor Todopoderoso vive; Él hizo el cielo y la tierra, y las fuentes de las aguas, y nosotros somos Sus hijos, Su progenie, y no estamos aquí por casualidad. El Señor diseñó nuestra venida y la finalidad de nuestro ser. Él tiene por objeto que cumplamos nuestra misión, que lleguemos a ser conformes a la imagen y semejanza de Jesucristo para que, al igual que Él, seamos sin pecado para la salvación; para que, del mismo modo que Él, seamos llenos de inteligencia pura y, como Él, seamos exaltados a la diestra del Padre, para ocupar tronos y tener dominio y poder en la esfera en la que se nos llame a actuar. Testifico de esta doctrina, porque el Señor me ha hecho conocer y sentir la verdad de ella, desde la coronilla de mi cabeza hasta la planta de mis pies³.

En la vida venidera se hará responsable al hombre de las obras que haya hecho en esta vida y tendrá que responder por las mayorías que se le hayan confiado aquí ante el Juez de vivos y muertos, el Padre de nuestros espíritus, y de nuestro Señor y Maestro. Ése es el designio de Dios, parte de Su gran objetivo. No estamos aquí para vivir unos cuantos meses o años, para comer, beber, dormir y después morir, desaparecer y perecer. El Señor Todopoderoso nunca tuvo por objeto que el hombre fuese tan efímero, inútil e imperfecto⁴.

Si antes de venir [a la tierra] no hubiésemos sabido de la necesidad de venir aquí, de la importancia de obtener un cuerpo, de la gloria que habría de alcanzarse en la posteridad, del gran objetivo que habríamos de alcanzar al ser probados, pesados en la balanza, en el ejercicio de los atributos divinos, en los poderes semejantes a los de Dios, y en el libre albedrío con que se nos ha dotado, mediante los cuales, después de descender debajo de todo, a semejanza de Cristo, podríamos ascender sobre todas las

cosas [véase D. y C. 88:6] y llegar a ser como nuestro Padre, como nuestra Madre y como nuestro Hermano Mayor, todopoderosos y eternos, nunca habríamos venido⁵.

No hay nada debajo de los cielos que sea tan importante para mí y para los hijos de los hombres que el plan de vida y salvación que en los cielos se diseñó en el principio, el cual se ha transmitido de época en época, mediante la inspiración de varones santos llamados por Dios, hasta la venida del Hijo del Hombre, porque este Evangelio y este plan de salvación fueron revelados a nuestros primeros padres. El ángel de Dios les comunicó el plan de redención y de salvación de la muerte y del pecado, el cual ha sido revelado de tiempo en tiempo por autoridad divina a los hijos de los hombres y en el que no ha habido cambio. En el principio no había nada en él que fuese superfluo o innecesario; no había nada en él de que se pudiera prescindir; era un plan completo, diseñado en el principio por la sabiduría del Padre y de los seres santos para la redención de la raza humana y para la salvación y la exaltación de ésta en la presencia de Dios... A lo largo de todas las generaciones del tiempo, desde la época de la Creación, se han transmitido, de cuando en cuando, el mismo Evangelio, el mismo plan de vida y salvación, las mismas ordenanzas, el ser sepultados con Cristo, el recuerdo del gran sacrificio que se habría de ofrecer por los pecados del mundo y para la redención del hombre⁶.

Es el plan de vida lo que el Todopoderoso ha restaurado a los hombres en los últimos días para la salvación de sus almas, no sólo en el mundo venidero, sino en nuestra vida actual, porque el Señor ha instituido Su obra a fin de que los de Su pueblo disfruten al máximo de las bendiciones de esta vida; para que sean salvos en esta vida presente, así como en la venidera, a fin de que establezcan aquí el fundamento para hacerse inmunes al pecado y a todos los efectos y las consecuencias de éste, y obtengan una herencia en el reino de Dios al salir de este valle de lágrimas. El Evangelio de Jesucristo es el poder de Dios para salvación⁷.

Dios habló a Su siervo José Smith y se manifestó a él; no sólo el Padre, sino también el Hijo. Ellos se manifestaron a él y le dieron mandamientos y Su ley, Su Evangelio y Su plan de vida

eterna... Este plan contemplaba no sólo la salvación del pecado y de los efectos del pecado en esta vida y en la vida venidera, sino la exaltación, la gloria, el poder y dominio que recibirían los hijos de Dios por medio de su obediencia a las leyes y a los principios del Evangelio⁸.

Vinimos a la tierra a prepararnos para la vida eterna.

El propósito de nuestra existencia terrenal es recibir una plenitud de gozo y llegar a ser hijos e hijas de Dios en todo el sentido de la palabra, siendo herederos de Dios y coherederos con Jesucristo [véase Romanos 8:14–17], para ser reyes y sacerdotes para Dios y heredar gloria, dominio, exaltación, tronos y todo poder y atributo que nuestro Padre Celestial ha obtenido y posee. Éste es el objetivo de nuestra existencia sobre esta tierra. A fin de alcanzar ese lugar exaltado, es preciso que pasemos por esta experiencia terrenal o probación, por medio de la cual podremos mostrar que somos dignos, mediante la ayuda de Jesús, nuestro Hermano Mayor⁹.

El objetivo por el cual estamos aquí es hacer la voluntad del Padre como se hace en el cielo, labrar la rectitud en la tierra, dominar la iniquidad y ponerla bajo nuestros pies, conquistar el pecado y al adversario de nuestras almas, elevarnos por encima de las imperfecciones y de las debilidades de la pobre humanidad caída por medio de la inspiración de Dios Todopoderoso y de Su poder que se ha manifestado, y así llegar a ser verdaderamente los santos y los siervos del Señor en la tierra¹⁰.

Todos vamos a morir; pero, ¿es eso el fin de nuestra existencia? Si existimos antes de venir, ciertamente continuaremos esa existencia al salir de aquí. El espíritu seguirá existiendo como antes, con las ventajas adicionales de haber pasado por esta probación. Es absolutamente necesario que vengamos a la tierra y tomemos un cuerpo sobre nosotros, porque sin el cuerpo no podríamos ser como Dios o como Jesucristo... Estamos destinados a levantarnos del sepulcro como lo hizo Jesús y obtener un cuerpo inmortal como el Suyo llegó a ser, para que el espíritu y el cuerpo se unan y se conviertan en un ser viviente, indivisible, inseparable y eterno¹¹.

Espero con anhelo el momento en que habré dejado atrás esta etapa de existencia. Allá se me permitirá disfrutar más plenamente de todos los dones y de toda bendición que han contribuido a mi felicidad en este mundo: todo. No creo que en el más allá se me negará cosa alguna que haya tenido como finalidad brindarme regocijo o hacerme feliz, ello es, siempre que yo siga fiel; de no ser así, mi gozo no podría ser completo... Me refiero a la felicidad que se experimenta cuando se procura hacer la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo. Esperamos tener a nuestras esposas y esposos en la eternidad. Esperamos que nuestros hijos nos reconozcan como sus padres y madres en la eternidad. Eso es lo que espero; no busco nada más. Sin eso no podría ser feliz¹².

Los principios del Evangelio que el Señor ha revelado en estos días nos conducirán a la vida eterna. Eso es lo que buscamos; por eso fuimos creados y por eso fue creada la tierra. Estamos aquí para poder vencer toda insensatez y prepararnos para la vida eterna en el futuro...

Entonces, seamos fieles y humildes; vivamos la religión de Cristo, desechemos nuestras necesidades, los pecados y las debilidades de la carne y alleguémonos a Dios y a Su verdad con todo el corazón y con la absoluta determinación de pelear la buena batalla de la fe y seguir firmes hasta el fin¹³.

Uno de los principales objetivos de nuestra existencia es llegar a conformarnos a la imagen y semejanza de Jesucristo.

Creo que nuestro Salvador es el ejemplo viviente para toda carne... Se nos ha mandado hacer las obras que Él hizo. Se nos ha mandado seguirle del mismo modo que Él siguió al que le era por Cabeza, para que donde Él esté también nosotros podamos estar y para que, al estar con Él, seamos como Él¹⁴.

Lo más importante que debemos tener en cuenta no es cuánto tiempo viviremos sino cuán bien aprenderemos la lección de la vida y cumpliremos con nuestros deberes y obligaciones para con Dios y los unos para con los otros. Uno de los objetivos principales de nuestra existencia es que podamos llegar a confor-

marnos a la imagen y semejanza de Aquel que estuvo en la carne sin tacha: irreprochable, puro y sin mancha! Cristo no sólo vino a expiar los pecados del mundo, sino a dar el ejemplo ante todos los hombres y a establecer la norma de la perfección de Dios, de la ley de Dios y de la obediencia al Padre¹⁵.

Ninguna doctrina ha sido tan perfecta como la de Jesús... Él nos ha revelado el camino de la salvación desde el principio y por todos los senderos tortuosos de esta vida hasta la exaltación y gloria interminables en Su reino y hasta una vida nueva en ese reino...

Verdaderamente feliz es el hombre que puede recibir este testimonio que satisface el alma y sentirse tranquilo y no buscar otros caminos hacia la paz sino el de las enseñanzas de Jesucristo. Su Evangelio nos enseña a amar a nuestros semejantes, a tratar a los demás como quisiéramos que los demás nos trataran a nosotros, a ser justos, a ser misericordiosos, a perdonar y a efectuar todo acto bueno que tenga por objeto elevar el alma del hombre...

...“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” [Mateo 11:28], es la invitación del Señor a todos los hijos e hijas de los hombres¹⁶.

Cristo es el gran ejemplo para toda la humanidad, y creo que los del género humano fueron preordenados para llegar a ser como Él, del mismo modo en que Él fue preordenado para ser el Redentor del hombre... Somos... físicamente hechos a imagen de Dios, y podemos llegar a ser como Él espiritualmente, y al igual que Él, podemos llegar a poseer conocimiento, inteligencia, sabiduría y poder.

El gran objetivo de nuestra venida a esta tierra es llegar a ser como Cristo, porque si no somos como Él, no podemos llegar a ser hijos de Dios ni coherederos con Cristo¹⁷.

Sigamos al Hijo de Dios. Hagamos de Él nuestro ejemplo y nuestra guía. Imitémosle. Hagamos Su obra. Lleguemos a ser como Él hasta donde esté a nuestro alcance llegar a ser como Él, que fue perfecto y sin pecado¹⁸.

Tenemos la esperanza de alcanzar la vida eterna sólo por medio de Cristo y de nuestra obediencia a Su Evangelio.

No hay otro nombre dado debajo del cielo sino el de Jesucristo, por el cual pueden ustedes ser salvos y exaltados en el reino de Dios [véase 2 Nefi 31:21]¹⁹.

El hombre que pasa por esta probación y es fiel, y es redimido del pecado por la sangre de Cristo, mediante las ordenanzas del Evangelio, y logra la exaltación en el reino de Dios, no es menor sino mayor que los ángeles²⁰.

Hemos entrado en el vínculo de ese convenio nuevo y sempiterno, habiendo acordado obedecer los mandamientos de Dios en todas las cosas que Él nos mande. Éste es un convenio sempiterno... Jamás veremos el día, en este tiempo ni en la eternidad, en que no sea obligatorio, en el que no sea un placer, así como un deber, para nosotros como hijos Suyos, obedecer todos los mandamientos del Señor por las interminables edades de la eternidad. Es de acuerdo con este principio que nos mantenemos en comunicación con Dios y que permanecemos en armonía con Sus propósitos. Únicamente de esta manera podremos consumir nuestra misión y obtener nuestra corona y el don de vida eterna, que es el mayor don de Dios. ¿Pueden imaginar alguna otra manera?²¹.

No hay salvación sino de la forma en que Dios lo ha indicado. No hay esperanza de vida sempiterna sino por medio de la obediencia a la ley que ha designado el Padre de la vida, en el cual “no hay mudanza ni sombra de variación [Santiago 1:17]; y no hay ninguna otra forma por la cual podamos obtener esa luz y exaltación. Estas cosas no tienen sombra de duda en mi mente; yo sé que son verdaderas²².

Toda bendición, todo privilegio, gloria o exaltación se logra únicamente por medio de la obediencia a la ley sobre la cual estas cosas se prometen. Si obedecemos la ley, recibiremos la recompensa, pero no podemos recibirla de ninguna otra manera²³.

Incluso Cristo no fue perfecto en el principio; no recibió la plenitud al principio, sino que recibió gracia sobre gracia, y si-

guió recibiendo más y más hasta que recibió la plenitud [véase D. y C. 93:11–13]. ¿No ha de ser igual con los hijos de los hombres? ¿Es perfecto hombre alguno? ¿Ha recibido alguien la plenitud de una sola vez? ¿Hemos llegado al punto en el que podemos recibir la plenitud de Dios, de Su gloria y Su inteligencia? No; y, sin embargo, si Jesús, el Hijo de Dios y el Padre de los cielos y de la tierra sobre la cual moramos, no recibió la plenitud al principio sino que creció en fe, en conocimiento, en entendimiento y en gracia hasta que recibió la plenitud, ¿no será posible que todos los hombres que nacen de mujer reciban un poco aquí y un poco allí, línea por línea, precepto por precepto, hasta que reciban la plenitud como Él la ha recibido y sean exaltados con Él en la presencia del Padre?²⁴.

Vivo por mi propia salvación ahora y en la vida venidera; después de mi propia salvación, viene la de mis hijos y la de sus amadas madres. Nada de lo que yo haga en el mundo que asegure este maravilloso fin podrá calificarse de sacrificio. Es una obra de amor, un objetivo de vida eterna y de plenitud de gozo. “...Rico es el que tiene la vida eterna” [D. y C. 6:7]²⁵.

Sugerencias para el estudio

- ¿Quién es el autor del plan de salvación? ¿En qué forma nos sirve este conocimiento durante nuestra vida terrenal?
- ¿Cuáles son los propósitos de nuestra vida aquí, sobre la tierra? ¿En qué forma refleja ese conocimiento la vida de usted?
- ¿Por qué revela el Señor el mismo plan de salvación en cada dispensación? ¿Cómo labra el plan del Evangelio nuestra salvación “no sólo en el mundo venidero, sino también en nuestra vida actual”?
- ¿Por qué era necesario que cada uno de nosotros recibiera un cuerpo? (Véase D. y C. 93:33–34.) ¿Cómo podemos valernos de nuestro cuerpo para cumplir la voluntad de Dios?
- ¿En qué forma es el Salvador nuestro “gran ejemplo”? ¿Qué debemos hacer para llegar a conformarnos a la imagen y semejanza de Cristo y llegar un día a ser como Él?

- ¿Por qué el guardar los mandamientos de Dios es obligatorio en este tiempo y en la eternidad? ¿En qué forma puede la obediencia al Señor ser “un placer, así como un deber”?
- ¿Qué significa recibir “gracia sobre gracia”? (Véase también D. y C. 93:12.) ¿En qué forma ha llegado usted a parecerse más al Salvador “recibiendo un poco aquí y un poco allí, línea por línea, precepto por precepto”?
- ¿Por qué nada es un sacrificio si se realiza por nuestra propia salvación y por la salvación de los demás?

Notas

1. “Joseph F. Smith’s diary”, 13 de noviembre de 1874, citado en Francis M. Gibbons, *Joseph F. Smith: Patriarch and Preacher, Prophet of God*, 1984, pág. 98.
2. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 11.
3. *Gospel Doctrine*, pág. 6.
4. *Gospel Doctrine*, págs. 21–22.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 13.
6. *Gospel Doctrine*, pág. 11.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 72–73.
8. En “Conference Report”, octubre de 1909, pág. 3.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 439.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 249.
11. *Gospel Doctrine*, págs. 32–33.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 65.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 85.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 13.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 270.
16. *Gospel Doctrine*, págs. 127–128.
17. *Gospel Doctrine*, pág. 18.
18. *Gospel Doctrine*, pág. 180.
19. *Gospel Doctrine*, pág. 3.
20. *Gospel Doctrine*, pág. 18.
21. *Gospel Doctrine*, pág. 210.
22. *Gospel Doctrine*, pág. 503.
23. *Gospel Doctrine*, pág. 441.
24. *Gospel Doctrine*, pág. 68.
25. Joseph F. Smith a uno de sus hijos, 1907, citado en *Life of Joseph F. Smith*, compilación por Joseph Fielding Smith, 1938, pág. 454.



La castidad y la pureza

*El Señor nos manda ser puros y honrar la
santidad del convenio del matrimonio.*

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith se entristeció cuando en 1875, siendo presidente de la Misión Europea, tuvo que relevar a un misionero que había quebrantado la ley de castidad. Mientras reflexionaba en el pesar y en el dolor que enfrentaba ese joven, escribió: “Y así un hombre puede casi cumplir una misión o vivir toda una vida honorable y fielmente y, en el último instante, como si fuese por un solo acto o delito, o necesidad o error, zozobrar y destruirlo todo en un momento, y convertir toda la dulzura de la copa de la vida en hiel y amargura”.

El presidente Smith continuó entonces reflexionando en su gratitud por la mano protectora del Señor al haberle ayudado a permanecer fiel a sus convenios. “Ah, cuánto agradezco a mi Dios Su solícito amparo... al guardarme de los pecados mortales del mundo y muchos miles de veces de mis propias debilidades y tendencias a errar”. Él estaba resuelto a ser la clase de persona que pudiese “mirar a la cara a sus semejantes y, con la conciencia limpia ante Dios, permanecer erguido en sincero orgullo de la verdad, siendo moral y sexualmente puro”. Se regocijaba de vivir “en el amor inmaculado” de su familia y decía: “nunca abusaría de su amor y de su confianza por todo lo que tengo ni por todo lo que soy”¹.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

**La castidad brinda fortaleza y poder
a los pueblos de la tierra.**

Creemos que Dios vive y que es el juez de vivos y muertos. Creemos que Sus ojos están sobre el mundo y que contempla a

Sus degradados, descarriados y débiles hijos sobre esta tierra. Creemos que estamos aquí porque Él lo dispuso... que estamos aquí para cumplir un destino y no para satisfacer un capricho ni para dar satisfacción a concupiscencias carnales².

La pureza personal y los pensamientos apropiados... constituyen la base de todo acto adecuado. Desearía que todos los jóvenes supieran apreciar el valor que hay en esta práctica y en el dedicar los días de la juventud al servicio del Señor. La superación, el desarrollo, el progreso, el respeto de uno mismo, la propia estimación y la admiración de los hombres se verifican naturalmente al seguir ese camino en la juventud. El Salvador dio un ejemplo notable con respecto a esto, pues temprano en la vida estaba en los negocios de su Padre... El profeta Samuel se había preparado de tal modo con una niñez pura de respeto por sí mismo que pudo percibir perfectamente los susurros de Dios³.

Parece haber algo más allá y superior a las razones que se manifiestan evidentemente a la mente humana con respecto al porqué la castidad brinda fortaleza y poder a los pueblos de la tierra, y así es.

Creemos en una norma de moralidad para los hombres y para las mujeres. Si se desatiende la pureza de la vida, todos los demás peligros confluyen sobre nosotros como los ríos al abrirse las compuertas⁵.

Deseamos con santo fervor hacer hincapié en la gravedad de los pecados sexuales. Pese a que a menudo los consideran insignificantes quienes no conocen la voluntad de Dios, son una abominación ante Sus ojos y, si deseamos seguir siendo Su pueblo favorecido, debemos huir de ellos como de las puertas del infierno. Los malos resultados de esos pecados se manifiestan de un modo tan patente en el vicio, los delitos, el sufrimiento y la enfermedad que todos, jóvenes y adultos, debieran percibir y advertir. Están destruyendo al mundo. Si deseamos ser protegidos, debemos aborrecerlos, rehuirlos y no cometer ni el menor de ellos, puesto que debilitan y disminuyen la fortaleza moral. Matan al hombre espiritualmente y lo hacen indigno de la compañía de los rectos y de la presencia de Dios⁶.

Sostenemos que sólo el derramamiento de sangre inocente excede al pecado sexual en la categoría de delitos personales... Proclamamos lo que dice la palabra del Señor: “No cometerás adulterio” [Éxodo 20:14]. “...el que mira a una mujer para codiciarla, o si alguien comete adulterio en su corazón, no tendrá el Espíritu, sino que negará la fe...” [D. y C. 63:16]⁷.

Al igual que muchas enfermedades del cuerpo, el delito sexual arrastra consigo muchos otros males. Así como los efectos físicos del alcoholismo conllevan el deterioro de tejidos y la alteración de funciones vitales, por lo que el organismo queda predispuesto a cualquier enfermedad a que se exponga, al mismo tiempo que disminuye su resistencia hasta llegar a una deficiencia fatal, del mismo modo la falta de castidad expone el alma a diversos males espirituales y le quita la resistencia y la capacidad para recuperarse. La generación adúltera de la época de Cristo hizo oídos sordos a la voz de la verdad y, por motivo del estado enfermizo de su mente y de su corazón, buscó señales y prefirió las fábulas vanas en lugar del mensaje de salvación [véase Mateo 16:4]⁸.

Además, la falta de castidad no sólo impone su escarmiento al que peca, sino que también extiende su castigo infalible hasta la tercera y la cuarta generación, haciendo daño no sólo al transgresor sino también a muchas otras personas de su descendencia directa, desbaratando vínculos familiares, destrozando el corazón de los padres y haciendo que una intensa tristeza haga presa de sus vidas⁹.

La ley de castidad es de fundamental importancia tanto para los hombres como para las mujeres y los niños.

La ley de castidad es de la más fundamental importancia tanto para los niños, como para los hombres y para las mujeres. Es un principio esencialmente importante para los hijos de Dios toda su vida, desde la cuna hasta el sepulcro. Dios ha decretado terribles castigos para los que quebranten Su ley de castidad, de virtud, de pureza. Cuando la ley de Dios esté en vigor entre los hombres, serán desarraigados los que no sean absolutamente puros, limpios y sin mancha: hombres y mujeres. Esperamos que

las mujeres sean puras; esperamos que sean intachables, inmaculadas, y es tan necesario e importante que el hombre sea puro y virtuoso como lo es para la mujer¹⁰.

El esperar para servir al Señor hasta después de que se hayan cometido las necesidades de la juventud es reprehensible... Es mucho mejor que el hombre se aparte de la maldad aunque sea tarde en lugar de seguir en el pecado todos los días de su vida, pero... hay pesares y remordimientos en el arrepentirse tarde en la vida de las necesidades y pecados de la juventud¹¹.

Es deplorable el hecho de que la sociedad se empeñe en juzgar a la mujer de un modo más estricto que al hombre en lo que toca a infracciones sexuales. ¿Qué débil pretexto, no digamos justificación, podemos hallar para esta indignante y coarde discriminación?...

Si la mujer peca es inevitable que sufra, puesto que la retribución es segura, ya sea que ésta se presente inmediatamente o se retrase; pero hasta donde la injusticia del hombre imponga sobre ella la consecuencia de las infracciones que él comete, él es culpable de un pecado múltiple. Y el hombre es principalmente responsable de los pecados contra la decencia y la virtud, el peso de los cuales demasiado a menudo se le endosa a la participante más débil en la falta...

Aceptamos sin reservas y sin objeción la afirmación de Dios, que hemos recibido por medio de un antiguo profeta nefita: "Porque yo, el Señor Dios, me deleito en la castidad de las mujeres. Y las fornicaciones son una abominación para mí; así dice el Señor de los Ejércitos" (Jacob 2:28)¹².

Levantamos la voz contra la prostitución y contra todo tipo de inmoralidad. No estamos aquí para cometer ninguna clase de inmoralidad. Sobre todas las cosas, la inmoralidad sexual es lo más abyecto a la vista de Dios... Por lo tanto, alzamos la voz contra toda clase de obscenidades¹³.

Nuestros votos matrimoniales son de lo más sagrado.

La unión legítima de los sexos ha sido ordenada por Dios y no tan sólo como el único medio de perpetuar la raza, sino también

para el desarrollo de las más elevadas aptitudes y los más nobles rasgos de carácter de la naturaleza humana, los cuales sólo pueden asegurar el compañerismo inspirado por el amor entre hombre y mujer. La palabra de las Escrituras es explícita en cuanto al propósito y al mandato divinos con respecto a los sexos. No es bueno que el hombre esté solo, y, por consiguiente, se ha ordenado: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” [Génesis 2:18, 24].

El precepto de que el matrimonio es honorable es tan auténtico hoy como cuando lo pronunció el apóstol de antaño [véase Hebreos 13:4]. . . .

La unión sexual es lícita en el matrimonio y, si se participa en ella con el debido propósito, es honorable y santificadora; *pero fuera del matrimonio, es un pecado degradante, abominable a la vista de Dios*¹⁴.

En la actualidad, un torrente de iniquidad está anegando el mundo civilizado. Una de las razones principales de ello es la negligencia con respecto al matrimonio; éste ha perdido su santidad para la gran mayoría. En el mejor de los casos, es un contrato civil, pero la mayoría de las veces es un accidente o un capricho, o un medio para satisfacer las pasiones. Y cuando la índole sagrada del convenio se pasa por alto o se pierde de vista, entonces el desprecio por los votos conyugales, según la actual enseñanza moral de la mayoría de los pueblos del mundo, viene a considerarse una mera trivialidad, una imprudencia sin importancia¹⁵.

La infidelidad a los votos conyugales es la causa principal de muchos divorcios, con el séquito de males que conlleva, y no son los menores de éstos la vergüenza y la deshonra que se ocasionan a los desafortunados e inocentes hijos. Los espantosos efectos del adulterio no se limitan a los que han incurrido en esa falta. Ya sea que se sepa públicamente o que se oculte en parte bajo el embozo de la culpabilidad, los resultados están cargados de poderosa mala influencia. Los espíritus inmortales que vienen a la tierra a recibir un cuerpo de carne tienen derecho a

nacer honorablemente de padres que se encuentren libres de la contaminación del vicio sexual¹⁶.

El pecado contra la castidad se intensifica con la transgresión de convenios sagrados.

Creemos que la ley que se ha dado es general y que se aplica a todos los santos; pero, sin duda, cuando además de la transgresión de las leyes de castidad se quebrantan convenios, el castigo por esa doble transgresión será de consecuencia mayor y más severo, ya sea en esta vida o en la venidera¹⁷.

Se dice que hay más tonos de verde que de cualquier otro color y así también opinamos que hay más matices o gradación del pecado que tiene que ver con la indebida relación de los sexos que cualquier otro acto malo que se conozca. Todos llevan aparejada una transgresión grave: el pecado contra la castidad, pero en muchos casos este pecado se intensifica con la violación de convenios sagrados, a la cual a veces se añaden el engaño, la intimidación e incluso la violencia.

Pese a lo mucho que todos estos pecados deben censurarse y deplorarse, vemos la diferencia que hay en intención y en consecuencias entre la transgresión de una pareja de jóvenes que, habiéndose comprometido, cometen, en un momento de descuido, un pecado sin premeditación y la del hombre que, habiendo entrado en lugares santos y habiendo hecho convenios sagrados, conspira para robarle la virtud a la esposa de su vecino, valiéndose ya sea de la astucia o de la fuerza para realizar su vil intención.

No sólo existe una diferencia entre esas dos faltas, al juzgarlas sobre la base de la intención, sino también al juzgarlas sobre la base de las consecuencias... En el caso [del hombre que ha hecho convenios], se complica a otras personas de un modo desastroso: se deshacen familias, se hace sufrir a personas inocentes, la infracción repercute en la sociedad...; en total, se hace mal tanto a vivos como a muertos, así como también a los que aún no han nacido, mal que no está al alcance de los transgresores reparar o arreglar¹⁸.

El Evangelio brinda esperanza a los que resuelvan ser puros.

Sólo los depravados, los verdaderamente impíos son los que no desean la pureza; no aman ni la pureza ni la verdad. Yo no sé si es posible que alma alguna se rebaje hasta el punto de perder todo respeto por lo que es puro y casto, bueno, verdadero y divino. Creo que queda en el corazón de los más perversos y malvados, al menos en ocasiones, una chispa de la divinidad que se ha plantado en el alma de todos los hijos de Dios. Los hombres pueden llegar a corromperse en tal forma que no logren más que vislumbrar fugazmente esa inspiración divina que se esfuerza por conducirlos hacia el bien y a amar el bien; pero no creo que exista en el mundo un alma que haya perdido absolutamente todo concepto y admiración de lo que es bueno y puro cuando lo ve. Es difícil creer que un ser humano pueda llegar a tal estado de perversión que pierda todo deseo de ser también él bueno y puro, si fuera posible; sin embargo, muchas personas se han entregado a la maldad y han llegado a la conclusión de que ya no hay oportunidad para ellas. Mientras haya vida hay esperanza y mientras haya arrepentimiento hay oportunidad de lograr el perdón¹⁹.

El Evangelio de Jesucristo es el remedio ordenado por Dios para todos los males que afligen a la humanidad y sobre todo para el terrible mal del pecado sexual²⁰.

Así, decimos a ustedes, los que se han arrepentido de sus pecados, que han sido sepultados con Cristo en el bautismo, que han sido levantados de la sepultura líquida a una vida nueva, que han nacido del agua y del Espíritu, y que han sido hechos hijos del Padre, herederos de Dios y coherederos con Jesucristo; a ustedes decimos que si observan las leyes de Dios y dejan de hacer lo malo, dejan de ser obscenos, dejan de ser inmorales, sexualmente o de otra manera, dejan de ser profanos e infieles, y tienen fe en Dios, creen en la verdad y la reciben, y son honrados ante Dios y ante los hombres, serán enaltecidos y Dios los pondrá a la cabeza, tan cierto como que observen estos mandamientos. Los que guarden los mandamientos de Dios, sean ustedes u otras personas, se levantarán y no caerán, serán líderes y

no seguidores, irán hacia arriba y no hacia abajo. Dios los exaltará y los magnificará ante las naciones de la tierra y pondrá sobre ellos el sello de Su aprobación; los llamará Suyos. Éste es mi testimonio a ustedes²¹.

Sugerencias para el estudio

- ¿Cuál es la ley de castidad decretada por el Señor? ¿En qué forma brinda la castidad fortaleza y poder a las personas?
- ¿Cómo podemos nutrir “la pureza personal y los pensamientos apropiados” en nosotros mismos? ¿Por qué la pureza personal puede ser una bendición tanto para nosotros mismos como para nuestras familias y para el mundo?
- ¿Por qué “sólo el derramamiento de sangre inocente” excede la violación de la ley de castidad? (Véase también Alma 39:5.)
- ¿Cuáles son “los muchos otros males” que ocasiona la violación de la ley de castidad? ¿Por qué la transgresión de la ley de castidad afecta a muchas más personas y no tan sólo a los transgresores?
- ¿Qué podemos hacer para “levantar la voz contra la inmoralidad sexual y contra toda clase de obscenidades”?
- ¿Para qué propósitos ha sido “la unión legítima de los sexos ordenada por Dios”?
- ¿Por qué la negligencia con respecto a la santidad del matrimonio es una de las “razones principales” del “torrente de iniquidad que está anegando el mundo civilizado”?
- ¿Por qué el quebrantar la ley de castidad constituye una “doble transgresión” para los que hayan hecho convenios sagrados con Dios? ¿Cuáles son las consecuencias de esa doble transgresión?
- ¿Qué esperanza brinda el Evangelio de Jesucristo a los que reuelvan purificarse y observar la ley de castidad?

Notas

1. *Life of Joseph F. Smith*, compilación por Joseph Fielding Smith, 1938, págs. 450–451.

2. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 312.

3. *Gospel Doctrine*, pág. 334.

4. *Gospel Doctrine*, pág. 274.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 313.
6. *Gospel Doctrine*, págs. 275–276.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 310; párrafos modificados.
8. *Gospel Doctrine*, págs. 309–310.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 335.
10. *Gospel Doctrine*, págs. 273–274.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 335.
12. *Gospel Doctrine*, págs. 309–310.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 312.
14. “Unchastity the Dominant Evil of the Age”, *Improvement Era*, junio de 1917, pág. 739.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 274.
16. *Gospel Doctrine*, pág. 309.
17. *Gospel Doctrine*, pág. 311.
18. *Gospel Doctrine*, págs. 310–311.
19. *Gospel Doctrine*, págs. 27–28.
20. “Unchastity the Dominant Evil of the Age”, pág. 743.
21. *Gospel Doctrine*, pág. 312.



La frugalidad, fundamento de la prosperidad

Debemos pagar nuestras deudas y ahorrar nuestros recursos para poder servir mejor en el reino de Dios.

De la vida de Joseph F. Smith

En 1918 Joseph F. Smith escribió una carta a su hijo en la cual recordaba experiencias de una Navidad de su propia juventud cuando “siempre andaba sin un centavo”. De sus primeros años de casado, decía: “No le debía [dinero] a nadie en aquel tiempo y *tenía* que trabajar, pues no podía estar ocioso”. Decía que tanto él como su familia trabajaban “luchando con todas sus fuerzas para poder sobrevivir”. Se encontraba en esas circunstancias cuando poco antes de Navidad salió a la calle con el fin de hacer algo especial para sus hijos. Decía: “Deseaba hacer algo para que se sintieran contentos y destacar el día de Navidad entre todos los demás días, ipero no tenía ni un centavo con qué hacerlo! Anduve de aquí para allá por la calle principal, mirando los escaparates de las tiendas... pero luego me escabullí de las miradas de la gente y me senté a llorar como un niño hasta que las lágrimas de pesar que derramé me aliviaron el dolor que me oprimía el corazón; después de un rato volví a casa, con las manos tan vacías como cuando había salido, y me puse a jugar con mis hijos, agradecido y feliz sólo por ellos...”

“Después de esos padecimientos, mi camino comenzó a allanarse; mi situación comenzó a mejorar. Gracias al trabajo arduo, a una rígida economía y al amor de Dios, prosperé”¹.

El obispo Charles W. Nibley, que trabajó en estrecha colaboración con el presidente Smith, dijo: “Él era siempre muy cauteloso con sus gastos... Detestaba tener deudas y no he conocido a hombre más puntual para pagar un compromiso financiero

hasta el último centavo... Se opuso resueltamente a las deudas, y nunca quiso, en ninguna condición o circunstancia, comprometer a la Iglesia en deudas. Ni tampoco contrajo deudas en sus propios asuntos personales, puesto que siempre se ciñó a la máxima de pagar en el momento de comprar”².

El presidente Smith hizo hincapié en el sentido práctico del Evangelio cuando enseñó: “Siempre ha sido fundamental para los Santos de los Últimos Días la enseñanza de que no se puede confiar en que la religión que no tiene el poder para salvar a las personas temporalmente y hacerlas prósperas y felices en esta vida las salve espiritualmente y las exalte en la vida venidera”³.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Eviten las deudas y serán libres tanto económica como espiritualmente.

Ahora bien, creo sinceramente que una de las causas principales de las penurias que existen entre nosotros —y creo que lo mismo se aplica casi universalmente a todo el país— es el hecho de que las personas gastan lo que sus ingresos no les permiten. Han pedido grandes empréstitos, han hipotecado su casa, su granja y empeñado prácticamente todo lo que poseen para avanzar al mismo paso de sus vecinos, compitiendo unos con otros en el terreno de cubrir las apariencias y de hacer avanzar sus negocios sobre la base del crédito que está tan en boga en el mundo...

Muchos entre nuestra gente han pedido prestado dinero... para mantenerse a un nivel por lo menos igual al del vecino. Si no lo hubiesen hecho y hubieran vivido al nivel de lo que sus ingresos les permiten y, además, hubieran ahorrado un poco de dinero para los tiempos difíciles, hoy seríamos la gente más económicamente independiente en este hemisferio... En lo que a mí respecta, quisiera ver... que, cada vez que compráramos lo que valiera un dólar, pagáramos por ello un dólar o lo que presente un dólar y que lo hiciéramos sin causar consecuencias catastróficas en el hogar y sin echarnos deudas encima de nosotros mismos y de nuestros hijos. Todo hombre que viva a crédito se pone grilletes él mismo y se los pone también a su familia...



A fin de animar la autosuficiencia económica, los santos pioneros establecieron empresas como los grandes almacenes “Zion’s Cooperative Mercantile Institution”.

¿Han visto a alguien que se haya endeudado mucho y empeñado lo que poseía y que sea tan libre, tan independiente y tan feliz como el hombre que haya pagado en el momento de comprar? Debemos vivir de acuerdo con nuestros medios y establecer un fundamento sobre el cual podamos edificar y sobre el que nuestros hijos puedan edificar después de nosotros sin tener que pagar intereses por las deudas que nosotros hayamos contraído. Me doy perfecta cuenta de que no estoy predicando el evangelio económico del mundo. Supongo que me estoy exponiendo a que se me acuse de ser anticuado, retrógrado, etc. Todos esos epítetos se adjudican a los que se atreven a aconsejar a las personas que vivan al nivel de lo que sus ingresos les permitan... A veces se nos pone en una situación en la que es necesario contraer una deuda. Cuando sea necesario, así sea... Pero todavía no me he convencido de que sea esencial para el bienestar tanto de la actual como de la futura generación que ponga a mis hijos en cautiverio por medio de mis actos⁴.

¡Qué dichosas condiciones habría en Sión si el mal del contraer deudas... pudiera hacerse ver con absoluta claridad a todo Santo de los Últimos Días, jóvenes y adultos! Muy conveniente sería si todo hombre que esté pensando en empeñar su casa y sus tierras por dinero pudiera sentir y comprender algo de lo que significa tener encima la carga de una hipoteca y los pesares que implica, para que comprendiese la esclavitud y el terror que acarrearán y los viera tan perfectamente antes del hecho como de cierto lo sentirá después⁵.

En los tiempos de prosperidad... es muy conveniente que los Santos de los Últimos Días liquiden sus deudas... Quisiera decir, en relación con este tema, que una de las mejores formas que conozco de pagar mis compromisos de dinero a mi hermano, a mi prójimo y a mi socio de negocios es pagar primero los compromisos que tengo con el Señor. Puedo liquidar más de mis deudas a mis semejantes, si es que las he contraído, después de haber cumplido honradamente con mis compromisos con el Señor, de lo que podría lograr si desatiendo esto último; y ustedes pueden hacer lo mismo. Si desean prosperar y ser hombres y mujeres libres, y un pueblo libre, cumplan primero con

sus justos compromisos con Dios y después con los que tengan con sus semejantes⁶.

Ésta es la época para que todas las personas estudien lo que es la verdadera economía y comiencen a economizar, se libren de las deudas y se conviertan en personas libres e independientes... Si tan sólo cumpliésemos con nuestro deber como Santos de los Últimos Días y fuéramos prudentes al usar nuestros fondos, nuestras circunstancias cambiarían radicalmente, nuestro trabajo sería bendecido, la tierra se haría fructífera y recogeríamos abundantes cosechas, y nos regocijaríamos con ellas; porque Dios favorecerá a Sus hijos fieles... Ahora es el tiempo de reducir los gastos. Ahora es la época de reducir las extravagancias y de negarnos un poco el placer mundano. Pero seamos benévolos; no nos condenemos los unos a los otros... No vayan y tomen a su consiervo, que les debe unos pocos centavos, y le exijan que les pague lo que les debe, y si él les ruega que tengan paciencia durante un breve tiempo, le echen en la cárcel; dicho sea esto en lenguaje figurado. Recuerden la parábola del Salvador sobre este tema y sean benévolos y misericordiosos unos con otros [véase Mateo 18:23–25]⁷.

Mantengan libre de compromisos lo que posean. Salgan de las deudas lo más pronto que puedan y no vuelvan a endeudarse, porque ésa es la forma en la que se cumplirá la promesa de Dios a los miembros de Su Iglesia de que llegarán a ser el más rico de todos los pueblos del mundo. Pero eso no se realizará mientras sigan hipotecando sus casas y sus granjas, o mientras sigan contrayendo deudas que excedan a sus posibilidades de pagar, con lo que quizá su nombre y su crédito caerían en la deshonra por haberse extralimitado⁸.

A menudo se ha advertido a los Santos de los Últimos Días, y en esta ocasión se les amonesta de todo corazón, que no deben arriesgar su casa, y con ella a sus esposas e hijos, en el altar de las especulaciones financieras... Si los Santos de los Últimos Días prestan atención a las prudentes admoniciones y lecciones del pasado, vacilarán ante la atrayente tentación que se encuentra actualmente a la disposición de las personas de hipotecar sus casas, sus negocios, sus canales y granjas a cambio de los recursos para aventurarse a emprender un negocio y hacerse ricos...

Las admoniciones que aquí se dan se dirigen sobre todo a los que tienen la propensión a hipotecar [sus bienes] con el fin de aventurarse en negocios y no a quienes tengan necesidad de adquirir casas por medio de sociedades constructoras o de otras formas por medio de abonos mensuales o de otros pagos periódicos. Esta última práctica puede llevar a la adquisición de hábitos económicos mientras que el aventurarse en negocios muy frecuentemente engendra un espíritu de extravagancia⁹.

Lamento decir que muchas personas parecen estar permitiéndose aventurarse en negocios hasta el punto en que sus almas están al parecer envueltas del todo en el amor por las cosas del mundo... Al ir acumulando riquezas y enfrascándose en el afecto que naturalmente les adjudican, las personas se vuelven más propensas a olvidar a... Dios, de quien dependen completamente tanto cuando tienen riquezas como cuando se encuentran en la más abyecta pobreza¹⁰.

Si hubiese aquí personas que tengan la intención de endeudarse para lanzarse a entrar en algún negocio... quisiera aconsejarles que hagan una pausa, que oren acerca de ello y que reflexionen detenidamente en el asunto antes de comprometerse al pedir dinero prestado y contraer deudas. En otras palabras, no contraigan deudas si pueden evitarlo, y paguen las que tengan cuanto antes¹¹.

El dinero es algo que, si lo tiene, el hombre debe ser capaz de cuidar y utilizar con prudencia; si no sabe cuidarlo, se le escapará de las manos en un abrir y cerrar de ojos¹².

Vuelvo a amonestar a los Santos de los Últimos Días a que se propongan librarse de las deudas y a esforzarse diligentemente por lograrlo. Salgan de las deudas y no vuelvan a contraerlas, y entonces serán libres tanto económica como espiritualmente¹³.

**Debemos amar a Dios más de lo que amamos
el dinero y la búsqueda de placeres.**

Hay una debilidad en el hombre —y es una debilidad poderosa—, la cual es hacer lo que quiere, satisfacer sus propios deseos, cumplir sus propios propósitos, cueste lo que les cueste a los demás. Sin tener en cuenta para nada las malas consecuen-

cias que recaigan en las demás personas, busca satisfacer sus propias ambiciones, sus deseos de lograr su propio engrandecimiento y promover sus intereses egoístas. Ése es uno de los errores de los tiempos en que vivimos; es una de las debilidades que hacen al hombre distinto de su Maestro, que le separan de Dios y de la verdad, y le hacen realizar sólo lo que a él se le antoja. Eso está mal¹⁴.

El hombre prudente... va a alejarse del camino de la muerte inevitable de la búsqueda de placeres. No va a esclavizarse al contraer deudas para comprar automóviles y otros costosos carruajes tirados por caballos para mantenerse al ritmo de la corriente que está de moda de buscar placeres...

El resultado de esa búsqueda de placeres y emociones y del procurar estar a la misma altura de lo que solamente los muy ricos pueden —pero no debieran— hacer es que muchas personas se ven forzadas a emprender toda clase de ardidés ilegítimos para obtener dinero y satisfacer su afición. De ahí proviene el aumento de la inmoralidad financiera. Se adoptan innumerables métodos turbios para conseguir caudales e incluso muchas veces se recurre al mentir y engañar a los amigos y vecinos con el fin de obtener dinero para dar satisfacción al desmedido afán de los placeres¹⁵.

Compadezco al hombre rico que ama su dinero más de lo que ama a Dios... Un día seremos pesados en balanza y se sabrá si habremos amado más al mundo que a Dios... El Señor ha dicho que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Eso no se debe a que el hombre sea rico, puesto que el propósito del Señor es que seamos el pueblo más rico de todos. Por consiguiente, no puede haber delito en ser rico. El delito no consiste en poseer el dinero. A menudo se dice que “raíz de todos los males es el dinero”; pero no es así, puesto que las Escrituras no dicen eso, sino que la raíz de todos los males es el *amor* al dinero [véase 1 Timoteo 6:10]¹⁶.

El único y verdadero peligro que preveo en el camino de los Santos de los Últimos Días es en las consecuencias que naturalmente se desprenden de la posesión de riquezas: el orgullo y la vanidad, el permitirse excesos, el olvidar a Dios y el desatender

los deberes y los compromisos sagrados que debemos a Dios y que nos debemos los unos a los otros; y eso por motivo de la abundancia de bendiciones terrenales que Él con Su bondad nos ha otorgado. Se dice que en las dificultades por necesidad nos allegamos al Señor, pero que en la prosperidad no nos acordamos de Él. A mí me parece que en eso yace el mayor peligro que nos amenaza hoy en día¹⁷.

Es más bendito dar consuelo y alegría a nuestros semejantes que recibirlo. Sin embargo, con el espíritu y la influencia bajo los cuales se encuentra el mundo en la actualidad, ése no es el criterio que en general impera. Los hombres del mundo se están precipitando de cabeza en pos de lo que ellos se imaginan que contribuye a su propio placer. No les importa cómo han de obtener el placer en tanto lo consigan. En términos generales, el oro o dinero es lo que más sustenta sus placeres y su regocijo. No obstante, en unos pocos años más, serán llamados de este mundo, ocasión en la que tendrán que dejar atrás sus riquezas y todo lo demás que haya constituido sus más preciados bienes. No podrán llevarse su oro, puesto que éste pertenece al mundo. Cuando lleguen al otro lado del velo, aquello que les haya servido para hacerles felices quedará fuera de su alcance. La fuente de sus placeres se les habrá escapado de las manos...

¿Qué existe en este mundo que pueda brindarnos más regocijo o más placer que el saber que nuestros pecados han sido perdonados, que somos aceptables para Dios, nuestro Padre Celestial, que no hemos lastimado a ninguno de nuestros semejantes, que estamos libres de deudas y que no somos esclavos del mundo ni de nuestros semejantes?

**Valgámonos de la prudencia en lo que respecta
a nuestros asuntos temporales a fin de que podamos
ser más eficaces para edificar el reino de Dios.**

De una cosa estoy seguro y es que debemos familiarizarnos con los principios de la economía. Debemos valernos de la prudencia, del discernimiento y del entendimiento más acertados que podamos adquirir para tratar nuestros asuntos y preocupaciones tanto temporales como espirituales... Somos demasiado

egoístas. No puede ser que cada persona se interese sólo en sus propias necesidades y gustos; hay muchos codiciosos entre nosotros. Deseamos en nuestro corazón tener todo lo que tiene nuestro vecino, ya sea que lo necesitemos o no. A fin de ser como nuestro vecino, a fin de poder relacionarnos con él y de que nuestras hijas se relacionen con las hijas de él y de que nuestros hijos se relacionen con los hijos de él, [pensamos] que debemos tener una casa tan bonita, muebles tan costosos... y todos los lujos que tiene nuestro vecino, ya sea que contemos con los medios para adquirirlos o no. Ahora bien, todo eso es de lo más insensato. Está mal...

...Todo Santo de los Últimos Días debe aprender —y, sobre todo, toda persona joven en Israel debe aprender— que cada uno de ellos debe procurar hacer del mundo un lugar un poco mejor en el cual estar, de ser posible. Todos debemos intentar hacer algo bueno. Si lo hacemos, entonces nuestra vida tendrá valor. Dios nos bendecirá en nuestras labores y esfuerzos; y si colaboramos juntos en nuestros asuntos temporales y si llevamos a cabo nuestras actividades comerciales basándonos en principios correctos, el mundo será mejor para nosotros y seremos gente más acomodada en el mundo. Contaremos con más medios para edificar el reino de Dios, tendremos más recursos a los cuales echar mano para congregar a los pobres, así como para la edificación de Sión, para el beneficio de los santos y para nuestro propio beneficio¹⁹.

Ruego que guardemos los mandamientos de Dios, que ahorraremos nuestro dinero... que paguemos las deudas que tengamos, que seamos hombres y mujeres libres y no personas esclavizadas, como lo somos muchos de nosotros en la actualidad. Muchos de nosotros estamos esclavizados por las deudas, y puede resultar difícil salir de ellas; pero si podemos lograrlo con honor, concentremos todos nuestros esfuerzos en esa finalidad y hagámoslo, para que, cuando seamos llamados a una misión, podamos decir: “Sí, estoy preparado para ir y estoy dispuesto a hacerlo”, y más aún: “No debo nada a nadie y cuento con los medios tanto para ir al campo misional como para mantener a mi familia”²⁰.

Creo que es nuestro deber prepararnos para las épocas de hambre, de pestilencias, de tempestades y de terremotos, y para el tiempo en el que el mar se precipite allende sus límites. ¿Cómo lo haremos?... Por medio del estudio de los principios de la verdadera economía y de llevarlos a la práctica en nuestra vida, y mediante el sistema de la fraternidad y del amor por el cual cada uno ayudará a su hermano y todos estarán unidos, de modo que nadie pase necesidad cuando esté al alcance de los otros remediarlo. Una de las grandes promesas que el Señor ha hecho con respecto a Su pueblo, la cual se encuentra en Doctrina y Convenios, es que los de Su pueblo serán los más ricos de todos los pueblos [véase D. y C. 38:39]. Ahora bien, ¿cómo se podrá cumplir eso si todos los días gastamos todo lo que ganamos y también pedimos un poco prestado al prójimo?...

Seamos trabajadores y económicos, y ahorremos nuestro dinero. No para que cifremos nuestras esperanzas en nuestras riquezas, ni para que hagamos de ellas nuestro dios; sino ¿para qué? Para que cuando vengan los tiempos peligrosos, podamos satisfacer las necesidades y los deberes que descansan sobre los del pueblo de Dios para cumplir los propósitos del Todopoderoso en la tierra²¹.

Sugerencias para el estudio

- Si deseamos prosperar espiritual y temporalmente, ¿qué debemos hacer? ¿Por qué la codicia puede destruir la prosperidad?
- ¿Qué bendiciones se obtienen al evitar las deudas? ¿Qué problemas pueden sobrevenirles a los que imprudentemente acumulan deudas? ¿De qué justificativos se valen a veces las personas para acumular deudas imprudentemente?
- ¿Qué podemos hacer en “los tiempos de prosperidad” para librarnos de las deudas? ¿Cuáles son nuestros compromisos financieros con el Señor? ¿Por qué debemos cumplir con ellos primero?
- Aunque a menudo se debe comprar una casa por medio de “pagos periódicos”, ¿qué precauciones debemos tomar con respecto a los préstamos hipotecarios? ¿Por qué el “espíritu de

- extravagancia” puede llevar a las personas a arriesgar su casa y su seguridad económica? ¿Cómo podemos evitar esas cosas?
- ¿Por qué el egoísmo y la búsqueda de placeres nos separan de Dios? ¿Cuáles son los peligros de amar el dinero más que a Dios?
 - ¿Cómo podemos prepararnos temporal y espiritualmente para “las épocas de hambre”?
 - ¿Cómo podemos valernos de nuestros medios “para cumplir los propósitos del Todopoderoso”? ¿En qué forma la preparación financiera nos permite prestar servicio?
 - ¿Cómo podemos enseñar a nuestros hijos los principios de la prudente administración del dinero?

Notas

1. “Editor’s Table: In Memoriam— Joseph Fielding Smith”, *Improvement Era*, enero de 1919, págs. 266–267.
2. Charles W. Nibley, “Reminiscences”, en *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 519.
3. “The Truth about Mormonism”, *Out West: A Magazine of the Old Pacific and the New*, sept. de 1905, pág. 242.
4. *Deseret Weekly*, 19 de agosto de 1893, pág. 282.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 307.
6. *Gospel Doctrine*, págs. 259–260.
7. *Deseret Weekly*, 19 de agosto de 1893, pág. 283.
8. *Gospel Doctrine*, págs. 299–300.
9. *Gospel Doctrine*, págs. 306–307; párrafos arreglados.
10. *Deseret News: Semi-Weekly*, 1 de mayo de 1883, pág. 1.
11. En “Conference Report”, octubre de 1911, págs. 128–129.
12. *Deseret News: Semi-Weekly*, 8 de agosto de 1884, pág. 1.
13. En “Conference Report”, octubre de 1903, pág. 5.
14. *Deseret News: Semi-Weekly*, 21 de enero de 1896, pág. 1.
15. *Gospel Doctrine*, págs. 323–324.
16. *Deseret Weekly*, 19 de agosto de 1893, pág. 283.
17. *Deseret News: Semi-Weekly*, 1 May 1883, 1.
18. *Deseret News: Semi-Weekly*, 11 de marzo de 1884, pág. 1; párrafo agregado.
19. *Deseret News: Semi-Weekly*, 8 de agosto de 1884, pág. 1.
20. *Deseret News: Semi-Weekly*, 20 de noviembre de 1894, pág. 1.
21. *Deseret Weekly*, 19 de agosto de 1893, pág. 283.



La unión eterna de marido y mujer

El hombre y la mujer que sean sellados por la eternidad bajo la autoridad del santo sacerdocio pueden, mediante su fidelidad, lograr la exaltación en el reino celestial de Dios.

De la vida de Joseph F. Smith

Cuando prestaba servicio como consejero del presidente John Taylor, Joseph F. Smith viajó a Hawai con su esposa Julina, de la que dijo que era “firme como el acero, constante como la estrella polar, fiel como el tiempo y mejor que el oro”¹. En Hawai, el presidente Smith cayó seriamente enfermo y Julina lo atendió hasta que recuperó la salud. Varios meses después, en marzo de 1887, fue necesario que Julina y los hijos regresaran al territorio continental estadounidense mientras Joseph F. permanecía en las islas.

El 15 de marzo, él anotó en su diario: “El vapor levó anclas a las 12 del mediodía y exactamente a las 12:15 comenzó a salir del puerto; eché una última mirada a las formas ya borrosas de mis seres queridos hasta que Dios en Su misericordia permita que volvamos a encontrarnos. Cuando el barco desapareció, corrí [a un punto desde donde podía ver mejor]... para mirar una vez más el vapor *Australia* que navegaba velozmente con sus preciados tesoros sagrados hasta que lo perdí de vista detrás del promontorio Diamond Head. Apenas estuve solo, mi alma estalló en lágrimas con sollozos que secaron sus fuentes y sentí toda la angustia y el pesar de separarme de los mejores tesoros de mi corazón en la tierra”².

A pesar del dolor de esas separaciones, el presidente Smith conocía el poder y la promesa del principio eterno revelado al mundo por el profeta José Smith: “¿Qué es? La unión de marido

y mujer por esta vida y por toda la eternidad... ¿Quién podía comprender la responsabilidad que recae en la unión de marido y mujer hasta ser revelada con la sencillez y claridad con que José Smith la ha revelado al mundo...? Eso me ha abierto los ojos. Si hay algo en la tierra que podría haberme hecho un hombre mejor, o un mejor marido... es ese principio que el Señor ha revelado y que me indica las obligaciones que yo he contraído”³.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Dios instituyó el matrimonio para nuestra gloria y exaltación eternas.

Dios instituyó el matrimonio en el principio. Él hizo al hombre a Su propia imagen y semejanza, varón y mujer, y en la creación de ellos se dispuso que debían unirse en los sagrados lazos del matrimonio, y uno no es perfecto sin el otro⁴.

La unión legítima de hombre y mujer es el medio por el cual pueden ellos lograr sus aspiraciones más elevadas y santas. Para los Santos de los Últimos Días, el matrimonio no ha sido diseñado por nuestro Padre Celestial para ser simplemente una unión terrenal, sino una que sobrevivirá las vicisitudes del tiempo y que perdurará por la eternidad, otorgando honor y gozo en este mundo, gloria y vidas eternas en los mundos venideros⁵.

[El Evangelio] toma a los hombres y a las mujeres y los une en un convenio eterno de matrimonio, santo y puro, dado por Dios, el que proporciona lo indispensable y satisface los deseos más puros y fuertes del alma. Hace que los hombres y las mujeres sean completos: esposos y esposas por esta vida y por toda la eternidad. ¡Qué pensamiento tan glorioso es éste!⁶

Dios no sólo encomia sino que encomienda el matrimonio. Mientras el hombre era todavía inmortal, antes de que el pecado entrara en el mundo, nuestro Padre Celestial efectuó el primer casamiento. Él unió a nuestros primeros padres en los lazos del santo matrimonio y les mandó fructificar, y multiplicar y llenar la tierra. Él nunca ha cambiado, abrogado o anulado dicho mandamiento, sino que éste ha permanecido en vigor a través de todas las generaciones de la humanidad⁷.



Rebeca junto a la fuente, por Michael Deas. El siervo de Abraham había ido a buscar esposa para Isaac, hijo de Abraham, entre los del pueblo del convenio de Dios. Rebeca sacó agua de una fuente y dio de beber a él y a sus camellos, cumpliendo así lo que él había pedido en oración de que se le guiara para encontrar a una joven virtuosa.

[La gente]... está cada vez más persuadida de la idea egoísta e impía de que el matrimonio es un error y que los hijos son una desgracia. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días tiene un concepto totalmente opuesto y cree en el primer mandamiento canónico de Dios al hombre y lo enseña como verdad del Evangelio: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla...” [Génesis 1:28].

...Dios ha mandado, autorizado e instituido la relación matrimonial. Esto se explicó muy claramente en la revelación de Dios al profeta José Smith, como lo testifica este lenguaje de Doctrina y Convenios 49:15: “Y además, de cierto os digo, que quien prohíbe casarse no es ordenado por Dios, porque el matrimonio lo decretó Dios para el hombre”⁸.

El matrimonio es... un principio u ordenanza del Evangelio, vital para la felicidad del ser humano, no obstante lo poco importante que pueda parecer o cuán ligeramente lo tomen muchas personas. En el plan de la vida no hay ningún principio superfluo o innecesario; no hay principio que tenga mayor importancia o que sea más esencial para la felicidad del hombre, no sólo aquí sino especialmente en la vida venidera, que el del matrimonio⁹.

Estar unidos como marido y mujer por esta vida y por toda la eternidad es un glorioso privilegio.

Es un glorioso privilegio el de poder ir a un Templo de Dios para ser unidos como marido y mujer en los vínculos del santo matrimonio por esta vida y por toda la eternidad mediante la autoridad del santo sacerdocio, que es el poder de Dios, porque a los que así se unan “no lo[s] separ[a] el hombre” [Mateo 19:6], pues Dios los ha unido¹⁰.

El hombre y la mujer que participan en esta ordenanza del matrimonio se embarcan en algo de carácter tan trascendental y de tan vasta importancia que de ello dependen la vida y la muerte, así como el aumento eterno; de ello depende la felicidad o la miseria eterna¹¹.

¿Por qué nos enseñó [Dios] el principio de la unión eterna de marido y mujer...? A fin de que el hombre que reciba a su esposa por el poder de Dios, por esta vida y por toda la eternidad, tenga

el derecho de reclamarla y ella el de reclamar a su marido en el mundo venidero¹².

El hombre y la mujer pueden salvarse individualmente, pero el hombre y la mujer no serán exaltados separadamente. Ellos deben estar ligados en esa unión que se nos ha revelado en esta grandiosa y última dispensación. En el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer es sin el varón. No obstante lo que los hombres y mujeres puedan pensar o decir con respecto a esto, no podrán obtener la exaltación en el reino de Dios solteros y solos...

Hemos venido aquí para conformarnos a la semejanza de Dios. Él nos hizo en el principio a Su propia imagen y semejanza, y nos hizo varón y mujer. Nunca podríamos ser a la imagen de Dios si no hubiéramos sido varón y mujer... Cuando llegemos a ser como Él, descubriremos que nos presentaremos ante Él en la forma en que fuimos creados, varón y mujer. La mujer no irá sola ni el hombre irá solo para reclamar la exaltación. Ellos pueden lograr por sí solos un grado de salvación, pero cuando sean exaltados, serán exaltados de acuerdo con la ley del reino celestial. No pueden ser exaltados de ninguna otra manera¹³.

No hay unión por esta vida y por la eternidad que se pueda perfeccionar fuera de la ley de Dios y del orden de Su casa. El hombre puede desearlo, incluso puede pensar en lograrlo, en esta vida, pero no tendrá efecto alguno a menos que se realice y se sancione por la autoridad divina, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo¹⁴.

Los Santos de los Últimos Días se casan por esta vida y por la eternidad, no sólo hasta que la muerte separe a marido y mujer. Los casamientos realizados bajo la ley civil y por ministros de otras religiones son honorables y válidos en tanto que se relacionen con esta vida; pero a fin de ser válidos en la vida venidera, tales convenios deben realizarse por la eternidad, tales uniones deben establecerse de acuerdo con la ley de Dios y bajo Su autoridad o no tendrán fuerza ni efecto en el más allá. La familia es el fundamento de la gloria eterna, es el núcleo mismo de un reino que no tiene fin. El marido tendrá para siempre a su mujer, la

mujer a su marido y los padres a sus hijos, con la condición de que los aseguren de la manera prescrita por Aquél cuyo derecho es regular todas las cosas que pertenecen a Su reino¹⁵.

Casarse con un miembro de la Iglesia, en el momento apropiado y en la Casa del Señor.

A nuestros jóvenes les decimos: cásen se, y cásen se bien. Cásen se con una persona de su misma fe y hagan que la ceremonia se lleve a cabo en el lugar que Dios ha designado. Vivan de tal manera que sean dignos de esa bendición¹⁶.

Quiero que los varones jóvenes de Sión comprendan que el matrimonio no es una institución establecida por el hombre. Es de Dios. Es honorable... No se ha creado simplemente para la sola conveniencia del hombre, para satisfacer sus propias nociones y sus propias ideas; ni para casarse y luego divorciarse, ni para aceptarla y después desecharla según le plazca. Hay grandes consecuencias relacionadas con ella, consecuencias que se extienden más allá del tiempo presente, hacia toda la eternidad, pues de esa manera son engendradas las almas en el mundo, y los hombres y mujeres obtienen su ser en el mundo. El matrimonio es el preservador de la raza humana. Sin él los propósitos de Dios serían frustrados; se destruiría la virtud para dar paso al vicio y a la corrupción, y la tierra estaría desprovista y vacía¹⁷.

El celibato y las familias pequeñas presentan a la mente superficial la idea de que son algo deseable porque traen consigo un mínimo de responsabilidades. El espíritu que elude la responsabilidad elude también la labor. El ocio y el placer toman el lugar de la industria y del esfuerzo arduo. El amor al placer y a una vida fácil, por su parte, atribula a los jóvenes, quienes rehúsan considerar el matrimonio y el aumento familiar consecuente como un deber sagrado...

...Esa pérdida en cuanto al hogar es una pérdida que la nación debe sentir con el paso de los años. El tiempo reivindicará las leyes de Dios y la verdad de que la felicidad individual del ser humano se encuentra en el deber y no en el placer ni en la despreocupación.

El espíritu del mundo es contagioso. No podemos vivir en

medio de tales condiciones sociales sin sufrir los efectos de sus seducciones. Nuestros jóvenes tendrán la tentación de seguir el ejemplo del mundo que los rodea. Ya existe una tendencia fuerte a burlarse de la obligación del casamiento. Se presentan como excusas pretextos de ambición para posponer el matrimonio hasta lograr determinados objetivos. Algunos de nuestros sobresalientes jóvenes varones desean completar primero sus estudios acá o en el extranjero. Debido a que son líderes naturales en la sociedad, su ejemplo es peligroso y la excusa que dan es de carácter dudoso. Sería mejor que muchos de esos jóvenes no fueran nunca a la universidad en lugar de dar la excusa de los estudios universitarios como razón para posponer el matrimonio más allá de la edad apropiada¹⁸.

Los jóvenes quieren tener casas como palacios, amuebladas con todo lo mejor y tan modernas como las casas de los demás antes de contraer matrimonio. Creo que eso es un error; creo que los varones, igual que las mujeres jóvenes, deben estar dispuestos, incluso en esta época y en las condiciones actuales, a entrar en los vínculos sagrados del matrimonio y a luchar juntos para triunfar, enfrentar sus obstáculos y dificultades, y mantenerse unidos hasta lograr el éxito, además de cooperar en sus asuntos temporales a fin de que triunfen. Entonces aprenderán a amarse mejor el uno al otro y serán más unidos a través de sus vidas, y el Señor los bendecirá más abundantemente¹⁹.

Las autoridades de la Iglesia y los maestros de nuestras organizaciones deben inculcar la naturaleza sagrada y el deber del matrimonio según se nos ha revelado en los últimos días. Debe haber... un concepto creado en favor del matrimonio honorable, y eso prevendría que cualquier joven miembro de la Iglesia, varón o mujer, se casara a menos que sea mediante esa autoridad que es sancionada por Dios²⁰.

**El matrimonio debe establecerse sobre principios
de amor y de sagrada devoción.**

No debería haber dificultad alguna en considerar al hogar con la más alta reverencia y el pensamiento más exaltado si puede edificarse sobre los principios de pureza, de afecto verdadero,

de rectitud y de justicia. El marido y la mujer que tienen perfecta confianza el uno en el otro, que determinan seguir las leyes de Dios durante su vida y cumplir con la medida de su misión en la tierra, no podrían estar, y nunca lo estarían, contentos sin un hogar. Sus corazones, sus sentimientos, sus mentes y sus deseos se inclinarían naturalmente hacia el establecimiento de un hogar y de una familia, y de un reino propio; hacia el establecimiento de los fundamentos del progreso eterno y del poder, de la gloria, de la exaltación y del dominio, y mundos sin fin²¹.

Según el punto de vista del Evangelio, un hogar no es hogar a menos que existan en él la confianza y el amor perfectos entre marido y mujer. El hogar es un lugar de orden, de amor, de unidad, de descanso, de seguridad y de absoluta confianza; un lugar donde no puede entrar la más mínima sospecha de infidelidad, donde el hombre y la mujer tienen una confianza implícita en el honor y la virtud de uno y otro²².

Sión no es el lugar para una batalla entre los sexos. La voluntad de Dios es que sean uno, y Él así lo ha declarado. El mantenerlos separados o hacerles pensar que tienen intereses diferentes y opuestos, y que la separación y no la unión es el objeto de su creación, no es parte de la obra de Dios²³.

¿Qué es, entonces, un hogar ideal —un hogar modelo—, uno que los Santos de los Últimos Días deben tener el anhelo de establecer...? Es aquel en el que toda cuestión mundana sea secundaria; aquel en el que el padre se dedique devotamente a la familia con la que Dios lo ha bendecido, considerándola de importancia primordial, y en el que todos, a su vez, le dan cabida a Él en su corazón. Aquel en el que existen la confianza, la unidad, el amor y la devoción sagrada entre padre y madre, y entre padres e hijos. Aquel en el que la madre tiene su mayor complacencia en sus hijos, apoyada por el padre, todos moralmente íntegros, puros y temerosos de Dios²⁴.

Los padres... deben amarse y respetarse el uno al otro, y tratarse el uno al otro con respetuoso decoro y bondadosa consideración en todo momento. El marido debe tratar a la esposa con suma cortesía y respeto; no debe insultarla nunca; jamás debe hablar de ella con liviandad, sino que debe tenerla en la

más alta estima en el hogar, en presencia de los hijos... La mujer también debe tratar al marido con el mayor respeto y cortesía... Ella debe ser un motivo de gozo para su marido, y debe vivir y conducirse en su hogar de tal modo que el hogar sea para él el lugar de mayor regocijo, el más bendecido de la tierra. Ésa debe ser la condición en que vivan marido y mujer, padre y madre, dentro del sagrado recinto de ese lugar santo que es el hogar²⁵.

Hermanos y hermanas, nada debe interponerse entre ustedes, padre y madre, marido y mujer; no debe haber ni una sombra de diferencia de sentimientos; no debe haber cosa alguna en medio de ustedes que separe el uno del otro; no deben permitirlo. Esto es algo esencial para su bienestar y felicidad y para la unión que debe existir en su hogar. Todos tenemos debilidades y faltas. A veces, el marido nota una falta en su mujer y se la reprocha; a veces, la mujer piensa que el esposo no ha hecho lo correcto y se lo recrimina. ¿Qué bien se saca de ello? ¿No es mejor el perdón? ¿No es mejor la caridad? ¿No es mejor el amor? ¿No es mejor no hablar de faltas, no destacar las debilidades reiterándolas una y otra vez? ¿No es mejor eso? Y la unión que se ha cimentado entre ustedes, con el nacimiento de los hijos y con las ligaduras del nuevo y sempiterno convenio, ¿no será más segura si se olvidan de mencionarse mutuamente las debilidades y las faltas? ¿No es mejor olvidarlas y no decir nada al respecto, enterrarlas y hablar sólo de lo bueno que conocen y que perciben el uno del otro, relegando al olvido las mutuas faltas sin destacarlas? ¿No es mejor eso?²⁶

No hay pensamiento que pueda ser más gozoso que el hecho de que [un hombre] que haya amado a su mujer y haya sido amado por ella, a quien le haya sido fiel, y ella a él todos los días de su relación con él como esposa y madre, tenga el privilegio de salir en la mañana de la primera resurrección, revestido de inmortalidad y vida eterna, para reanudar la relación que existió entre ellos en esta vida, la relación de marido y mujer, de padre y madre, de padres de sus hijos, habiendo establecido el fundamento para la gloria y exaltación eternas en el reino de Dios²⁷.

Es el matrimonio, santificado y sancionado por Dios, sobre el cual se funda un hogar glorificado, lo que bendice, hace feliz, exalta, y al fin conduce a un compañerismo con nuestros Padres

Celestiales, a la vida en unión y al aumento eternos²⁸.

Sugerencias para el estudio

- ¿Con qué propósitos instituyó Dios el matrimonio? ¿De qué manera nos permite el matrimonio eterno lograr nuestras “aspiraciones más elevadas y santas”?
- ¿Por qué es el matrimonio “vital para la felicidad del ser humano”? ¿Por qué hay muchas personas que no lo consideran importante?
- ¿De qué manera el aumento eterno y la felicidad eterna dependen de la unión eterna de marido y mujer? ¿Qué siente al saber que tendrá el derecho de reclamar a su marido o a su esposa para toda la eternidad?
- ¿Por qué debemos tratar de casarnos en el templo?
- ¿Cuáles pueden ser las consecuencias que hemos de sufrir, nosotros y otras personas, si rompemos las ligaduras del nuevo y sempiterno convenio del matrimonio?
- ¿Qué atractivos o distracciones pueden llevar a algunas personas a posponer o a evitar el matrimonio? ¿Cómo podemos saber cuándo es apropiado casarnos?
- El presidente Joseph F. Smith profetizó que el evadir las responsabilidades es una “pérdida que la nación debe sentir con el paso de los años”. ¿Cómo están ahora sintiendo esa pérdida las naciones?
- ¿De qué manera fortalece el convenio del matrimonio eterno a las parejas cuando enfrentan “sus obstáculos y dificultades”?
- ¿Por qué es importante que exista una “confianza absoluta” entre marido y mujer? ¿Qué otros atributos deben cultivar los cónyuges? Los comportamientos negativos, como la crítica, el sarcasmo, el no perdonar y el orgullo, ¿en qué sentido debilitan la relación matrimonial?
- ¿Qué quiere decir que marido y mujer sean uno? ¿Qué sacrificios podría tener que hacer una pareja para llegar a ser uno? ¿Qué otras cosas pueden hacer los matrimonios para fortalecer su unión eterna?

Notas

1. *Life of Joseph F. Smith*, comp. por Joseph Fielding Smith, 1938, pág. 453.
2. Citado por Francis M. Gibbons en *Joseph F. Smith: Patriarch and Preacher, Prophet of God*, 1984, pág. 153.
3. En "Conference Report", oct. de 1911, pág. 8.
4. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 272.
5. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 4:147.
6. "Discourse by President Joseph F. Smith", *Millennial Star*, 15 de febrero de 1900, pág. 98.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 274.
8. "Editor's Table: Marriage God-Ordained and Sanctioned", *Improvement Era*, julio de 1902, pág. 713; orden de párrafos modificado.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 105.
10. *Deseret News: Semi-Weekly*, 10 de septiembre de 1878, pág. 1.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 273.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 277.
13. *Deseret News: Semi Weekly*, 28 de junio de 1898, pág. 1.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 272.
15. En *Messages of the First Presidency*, 4:250.
16. *Gospel Doctrine*, pág. 275.
17. *Gospel Doctrine*, pág. 272.
18. *Gospel Doctrine*, pág. 281.
19. *Gospel Doctrine*, pág. 278.
20. *Gospel Doctrine*, pág. 273.
21. *Gospel Doctrine*, pág. 304.
22. *Gospel Doctrine*, pág. 302.
23. "Editorial Thoughts: The Righteousness of Marriage, and Its Opposite", *Juvenile Instructor*, 1° de julio de 1902, pág. 402.
24. *Gospel Doctrine*, págs. 302–303.
25. En "Conference Report", abril de 1905, págs. 84–85.
26. "Sermon on Home Government", *Millennial Star*, 25 de enero de 1912, págs. 49–50.
27. *Gospel Doctrine*, pág. 458.
28. "Editor's Table: Marriage God-Ordained and Sanctioned", págs. 717–718.



La Sociedad de Socorro: Divinamente organizada para el bien de los santos

*La Sociedad de Socorro fue instituida por
autoridad divina para administrar consuelo a los
necesitados y fomentar el bienestar espiritual
de las mujeres de Sión.*

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith dijo que la Sociedad de Socorro es “divinamente hecha, divinamente autorizada, divinamente instituida y divinamente ordenada por Dios”¹. Participó en muchas celebraciones y ocasiones especiales de la Sociedad de Socorro, hablando con amor y admiración sobre la obra de las mujeres. El 17 de marzo de 1892, la Sociedad de Socorro celebró el 50 aniversario de su fundación con servicios de Jubileo. En el Tabernáculo de Salt Lake y en ramas, barrios y estacas de toda la Iglesia, las oficiales de la Sociedad de Socorro y los líderes del sacerdocio rindieron tributo a la fundación de dicha Sociedad y a los muchos años de servicio ofrecidos por las mujeres de la Iglesia.

Esas congregaciones de todo el mundo habían recibido instrucciones de unirse para ofrecer una oración simultánea. El presidente Joseph F. Smith, entonces consejero del presidente Wilford Woodruff, ofreció la oración especial de alabanza y acción de gracias en el Tabernáculo: “Nos has concedido un grado de luz que ha hecho que nuestro corazón se regocije y nos ha ayudado a servirte... Nos has dado el deseo de establecer Tu Iglesia en la tierra y de procurar la rectitud”, dijo. “Bendice a las hermanas miembros de la Sociedad de Socorro por toda la tierra, en Sión y en tierras lejanas, en las islas del mar y en dondequiera que se re-

únan... Te rogamos que estés con ellas por medio de Tu Espíritu para bendecirlas, para que su corazón se regocije ante Ti”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

La Sociedad de Socorro es instituida por Dios.

¡Qué imponente, qué grande y que poderosa organización es la de la Sociedad de Socorro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y qué responsabilidades recaen sobre ella!³.

No existe en el mundo ninguna otra organización de mujeres que se encuentre sobre la misma plataforma elevada de autoridad divina que esta organización. Las otras son hechas por el hombre o la mujer... Esta organización es divinamente hecha, divinamente autorizada, divinamente instituida, divinamente ordenada por Dios a fin de ministrar para la salvación de las almas de mujeres y hombres. Por lo tanto, no existe ninguna organización que se le compare, que pueda tener la misma altura ni ocupar la misma plataforma que ésta, a menos que el Señor organice otra. Y si lo hace, lo hará por los canales del sacerdocio, el mismo sacerdocio y los mismos canales del sacerdocio por los cuales ésta fue organizada, y no de ninguna otra manera⁴.

Las mujeres pueden organizar clubes, pueden organizar sociedades, aprobar estatutos, escribir artículos de un convenio y establecer reglas para su propio gobierno, cualquiera de esas cosas. Pero no olviden que ninguna de ellas puede compararse con una Sociedad de Socorro de barrio de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, regularmente organizada... No corresponde que ustedes sean guiadas por las mujeres del mundo; ustedes deben guiar al mundo, especialmente a las mujeres del mundo, en todo lo que sea digno de alabanza, en todo lo que sea de Dios, en todo lo que sea ennoblecedor y purificante para los hijos de los hombres... Pongan [a la Sociedad de Socorro] en primer plano, hagan que sea primordial, la más elevada, la mejor y la más profunda de todas las organizaciones que existen en el mundo. Ustedes son llamadas por la voz del Profeta de Dios para hacerlo, para ser superiores, para ser las más grandes y mejores, las más puras y dedicadas a la rec-

titud, y es el deber de ustedes gozar de sus privilegios y obtener todo lo que pertenece a su llamamiento y todo lo que deben heredar del Señor y de Sus dones⁵.

La Sociedad de Socorro debe cuidar de los necesitados, consolar e iluminar.

Creo que nuestra Sociedad de Socorro está realizando una obra magnífica entre la gente... Son una organización esencial para el bien de Israel, para el bienestar de las hermanas, las madres y las hijas de Sión⁶.

Algunas palabras con relación a la Sociedad de Socorro: Esta organización fue establecida por el profeta José Smith y es, por lo tanto, la organización auxiliar más antigua de la Iglesia, y tiene suprema importancia. No sólo tiene que atender a las necesidades del pobre, del enfermo y del menesteroso, sino que parte de su deber —la parte principal— es velar por el bienestar espiritual y la salvación de las madres e hijas de Sión; asegurarse de no descuidar a ninguna, sino que todas sean protegidas de los infortunios, las calamidades, los poderes de las tinieblas y los males que las amenazan en el mundo. Las hermanas de la Sociedad de Socorro tienen el deber de velar por su propio bienestar espiritual y el de todas las mujeres miembros de la Iglesia⁷.

¿Dónde podríamos buscar el bien, el espíritu de verdad, la sinceridad, el amor divino, la paciencia y la longanimidad, el perdón, la perseverancia y la caridad, y toda otra cualidad bendita, si no es en las organizaciones que perfeccionen a las madres y a las hijas de Sión? ¡Qué poder poseen ustedes, mis queridas hermanas, en el ejercicio de sus deberes, en la ejecución de sus llamamientos como ángeles de misericordia para los que sufren, para los oprimidos y los caídos, para los errantes, los débiles y los suplicantes; son poderes que poseen y que pueden ejercer entre el pueblo de Dios y con cualquier persona con quien se les permita relacionarse!

Esta organización se ha establecido dondequiera que se necesite consuelo, o está al alcance de la mano y preparada para administrar el consuelo que haga falta. Dondequiera que haya enfermedad, esta organización, con sus ramas y sus diversas ac-

tividades, se encuentra para administrar lo que sea necesario. Dondequiera que haya falta de conocimiento de los principios de la vida, de los principios de una vida justa, de los principios de una vida correcta, esta organización está al alcance para impartir inteligencia, para iluminar e instruir por medio del ejemplo así como del precepto, a aquellos que tengan necesidad de ese auxilio y ese sostén.

Esta organización existe o está al alcance de la mano, según los atributos e inspiración naturales que le corresponden, con objeto de que dondequiera que haya ignorancia, o por lo menos falta de comprensión con respecto a la familia y a los deberes de la familia, con respecto a las obligaciones que debe haber y que legítimamente deben existir entre marido y mujer, y entre padres e hijos, las hermanas estén preparadas y listas para impartir instrucción con referencia a esos importantes deberes. Donde haya una joven madre que no tenga la experiencia que le hace falta para nutrir a su hijo y velar por él o para hacer que su hogar sea atractivo y agradable para ella y su esposo, esta organización o parte de ella existe para impartirle instrucción y ayudarle a llevar a cabo su deber de manera satisfactoria. Y dondequiera que haya falta de experiencia en cuanto a la administración de alimentos apropiados, naturales y nutritivos para los niños, o donde exista la necesidad de proveerles instrucción espiritual apropiada y alimento espiritual, en las grandes organizaciones de las Sociedades de Socorro de mujeres de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y de madres e hijas de Sión, hay quienes están capacitadas para impartir esas instrucciones⁸.

Cuiden de los necesitados con más diligencia que nunca... Tememos que haya quienes sufran en silencio por falta de una mano que les ayude. Su primer deber es hacia esas personas de su localidad. Recuerden a los ancianos y cuiden de los huérfanos y de las viudas⁹.

No hace mucho tiempo tuve el privilegio de visitar una de nuestras colonias en una remota estaca de Sión, en una época en que prevalecía allí mucha enfermedad y, aunque habíamos estado de viaje varios días y llegamos a la población ya tarde en la noche, se nos pidió que acompañáramos al presidente para visitar a algunos enfermos. Encontramos a una pobre hermana

postrada en su lecho de enferma, en condición crítica; su infortunado esposo estaba sentado junto a ella, casi abrumado por la terrible enfermedad de la esposa, madre de varios niños pequeños que se agrupaban alrededor de ambos. La familia parecía encontrarse en una condición de extrema pobreza.

Al poco rato llegó a la casa una amable mujer de aspecto maternal, llevando consigo una canasta que contenía alimentos nutritivos y algunas golosinas para la afligida familia. Al preguntar quién era, supimos que había sido asignada por la Sociedad de Socorro del barrio para cuidar y velar por la hermana enferma durante esa noche. Estaba allí preparada para atender a los niños y para asegurarse de lavarlos, alimentarlos y acostarlos en forma apropiada; para arreglar la casa y hacer que la situación fuera lo más cómoda posible para la mujer enferma y para la familia. Supimos también que había otra buena hermana asignada para relevarla al día siguiente; y así, día tras día, aquella pobre y afligida familia recibió cuidado y atención bondadosos de las hermanas de la Sociedad de Socorro hasta que la enferma se alivió de sus sufrimientos al recuperar la salud.

Además, supimos que aquella Sociedad de Socorro era tan bien organizada y ordenada que todos los enfermos de la colonia estaban recibiendo atención y cuidados similares para su consuelo y amparo. Nunca había visto yo tan claramente ejemplificadas la utilidad y la hermosura de esta organización grandiosa como en el ejemplo que allí presenciemos, y pensé cuán lleno de gracia fue que el Señor inspirara al profeta José Smith para establecer tal organización en la Iglesia¹⁰.

Las hermanas de la Sociedad de Socorro deben tratar de edificar la fe y la fortaleza espiritual en sí mismas y en aquellas personas a quienes presten servicio.

A nadie le es posible imaginar el alcance del bien que puede lograr entre los santos una Sociedad de Socorro bien organizada y ordenada, no sólo en el sentido temporal sino también desde el punto de vista espiritual. La obra es caritativa y quizás no exista una influencia más potente y de mayor alcance que la caridad bien dirigida a fin de ganar la confianza y el amor de nues-

tros semejantes. Y después de ganar su confianza mediante sencillos actos de misericordia, la puerta se abre para conquistar sus almas y conducir las a planos más elevados de fe y de excelencia espiritual. Después de todo, la parte espiritual es de mucho más valor que la temporal...

Al fin y al cabo, es mejor pasar hambre o incluso perecer por falta de alimento temporal que empobrecerse y perecer por falta del conocimiento intelectual y espiritual que son esenciales para asegurarse el don de la vida eterna, el cual es el más grande de los dones de Dios. El poseer un conocimiento de los principios de la verdad eterna significa para mí mucho más que el alimento o la ropa; sin embargo, queremos tener tanto el alimento temporal como el espiritual, y Dios ha dispuesto que ambos estén al alcance de toda la humanidad, a condición de que ésta observe Sus leyes y viva de acuerdo con ellas.

La obrera de la Sociedad de Socorro tiene el privilegio de tomar a los pequeños desde la infancia y enseñarles a ser honrados y virtuosos, a creer en Dios el Eterno Padre y en la divina misión de Su Hijo; y de instruir a las madres y enseñarles a criar a sus pequeños de esa manera. Éste es un deber importante, más aún, si fuera posible, mis hermanas, que el de limitarse a cuidar de las necesidades temporales. Ciertamente, no hay limitaciones en cuanto al privilegio y la prerrogativa que tienen de hacer el bien de diversas maneras y en todo lugar donde les sea posible¹¹.

Las labores de la Sociedad de Socorro se relacionan en gran parte con las cosas materiales de la vida, con las necesidades temporales de la gente de la Iglesia y, sin embargo, la influencia de esos esfuerzos puede extenderse más allá de la vida terrenal puesto que afecta el progreso espiritual así como las necesidades temporales... Parte de su deber es cuidar de los huérfanos y los desamparados, no sólo en sus necesidades temporales, sino en relación directa con su desarrollo mental y espiritual. Por cierto, ustedes deben ser madres para los huérfanos y defensoras de los indefensos. En todas esas obras buenas, la Iglesia está lista para darles apoyo y ayudarles¹².

Las cosas más grandiosas son las espirituales, aquellas que edifican la fe de hombres y mujeres, aquellas que brindan luz, in-

teligencia y poder para resistir el mal y las tentaciones del mal; poder para discernir el engaño de los hombres, así como la astucia y las artimañas con las cuales éstos intentan engañar. Esa inteligencia, ese conocimiento espiritual, esa inteligencia espiritual que las habilitará para discernir entre la verdad y el error, entre la luz y las tinieblas, entre lo bueno y lo malo, ése es el gran elemento que debemos buscar y tratar de obtener¹³.

Piensen en la hermana Em [Emmeline B. Wells, presidenta general de la Sociedad de Socorro]... que vino a la Iglesia siendo niña pequeña y pasó por todas las pruebas, tribulaciones, desengaños y todas las causas de ansiedad y preocupación inherentes a los primeros años de los Santos de los Últimos Días, al éxodo desde Misuri y después desde Nauvoo a los valles de las montañas, atravesando desiertos en los que no había dónde quedarse ni un lugar donde apoyar la cabeza. Pero, ¿se desanimó? ¿Se desanimó mi madre? ¿Se desanimó [la hermana] Vilate Kimball? No. Todas ellas consideraron esas cosas como sin importancia comparadas con la luz de Dios y de Su verdad que llevaban en el alma. ¿Habría sido posible apartar a cualquiera de esas mujeres de sus convicciones acerca de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días? ¿Habría sido posible obscurecerles la mente en cuanto a la misión del profeta José Smith? ¿Habría sido posible cegarlas acerca de la divina misión de Jesucristo, el Hijo de Dios? No, jamás. ¿Y por qué? Porque ellas lo sabían. Dios se los había revelado y lo entendían, y no había poder en la tierra que las alejara de lo que sabían que era la verdad. La muerte les era indiferente. Las dificultades no tenían importancia. El frío, la lluvia y el calor les resultaban insignificantes. Todo lo que sentían, conocían y deseaban era el triunfo del reino de Dios y de la verdad que el Señor les había dado.

¡Oh! ¿Dónde hay mujeres como aquéllas ahora? Tenemos algunas entre nosotros, gracias a Dios, muchas; pero tenemos también algunas que en la realidad no lo son... Si se profundiza en su carácter, en lo que llevan en el corazón y en sus hábitos y prácticas en el hogar, no son el tipo de mujer que necesitamos, no son lo que el Evangelio hace de los hombres y mujeres que lo aceptan y lo viven porque ellas mismas no lo conocen ni lo practican. No obstante, superficialmente se pensaría que reúnen

todas las condiciones y que poseen toda la luz y la fe y la sabiduría y el conocimiento; pero no los tienen; no los tienen. Cuando las mujeres, y también los hombres, cesan de buscar a Dios en oración, hay algo que les falta... No tienen en su alma la estabilidad, ni la fe ni el amor que necesitan tener¹⁴.

La palabra y la ley de Dios son tan importantes para la mujer que busca conclusiones sabias como para el hombre; y las mujeres deberían estudiar y considerar los problemas de esta gran obra de los últimos días desde el punto de vista de las revelaciones de Dios y según las inspire el Espíritu, el que tienen el derecho de recibir por medio de la oración sincera y genuina¹⁵.

Trabajemos por el bienestar temporal y espiritual de la Iglesia, y trabajemos con más ahínco aún por el ennoblecimiento espiritual y el beneficio espiritual, y por la vida y la salvación espirituales de la Iglesia¹⁶.

La Sociedad de Socorro no es independiente del Sacerdocio del Hijo de Dios.

Nuestras hermanas que se embarcan en la obra de la Sociedad de Socorro... cuentan con nuestro respeto y total confianza; las bendiciones del Señor estarán con ellas. Él lo ha hecho así en el pasado y continuará bendiciéndolas con la condición de que ellas sostengan al Sacerdocio de Dios que ha sido puesto en la tierra para guiar a la Iglesia y para aconsejar en los asuntos del reino de Dios¹⁷.

Quiero decir... a la Sociedad de Socorro... y a todas las demás organizaciones de la Iglesia que ninguna de ellas es independiente del Sacerdocio del Hijo de Dios y que ninguna puede contar ni un momento siquiera con la aprobación del Señor si se apartan de la voz y del consejo de aquellos que poseen el sacerdocio y las presiden. Ellas están sujetas a los poderes y la autoridad de la Iglesia y no son independientes de ellos, ni pueden ejercer en sus organizaciones ningún derecho en forma independiente del sacerdocio ni de la Iglesia¹⁸.

Desde lo profundo de mi alma no tengo más que un solo deseo para todas esas buenas mujeres embarcadas en esta noble causa y es que Dios las bendiga, que les preserve la vida, que las ayude a

mantenerse firmes y verídicas en su integridad hacia la causa de Sión; y que les haga sentir dentro de sí que no hay nada que deba estar antes que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y nada que sea mejor que la Iglesia debajo del reino celestial. La Iglesia posee el poder de Dios, la rectitud, la verdad y la autoridad divina para llevar a cabo Su voluntad en la tierra¹⁹.

Sugerencias para el estudio

- ¿Con qué autoridad fue organizada la Sociedad de Socorro? El saber que la Sociedad de Socorro fue divinamente instituida, ¿cómo ayuda a las hermanas para que cumplan con sus responsabilidades? ¿Y cómo contribuye ese conocimiento a que los poseedores del sacerdocio apoyen a la Sociedad de Socorro?
- ¿De qué modo “guí[a]n... a las mujeres” del mundo las hermanas de la Sociedad de Socorro en todo lo que sea digno de alabanza, ennoblecedor y purificador? (Véase también el Artículo de Fe N° 13.)
- ¿Cómo pueden las hermanas de la Sociedad de Socorro cumplir sus “llamamientos como ángeles de misericordia para los que sufren, para los oprimidos”? ¿Qué puede guiarnos a encontrar a los que “sufren en silencio”?
- Como organización, ¿de qué manera ofrece consuelo la Sociedad de Socorro? ¿Cómo enseña los principios de una vida recta? ¿Cómo puede contribuir a que las mujeres entiendan sus responsabilidades familiares?
- ¿Por qué las cosas espirituales son lo más importante? ¿Cómo pueden “la caridad bien dirigida” y los “sencillos actos de misericordia” ayudarnos a llevar almas a “planos más elevados de fe y de excelencia espiritual”?
- ¿Qué aspectos le impresionan de las hermanas de la Sociedad de Socorro que se describen en este capítulo?
- ¿En qué bendice a la Sociedad de Socorro la dirección del sacerdocio?
- ¿En qué sentido le ha bendecido a usted la “noble causa” de la Sociedad de Socorro?

Notas

1. Actas de la Mesa directiva general de la Sociedad de Socorro, 17 de marzo de 1914, Archivos del Departamento Histórico, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, pág. 54.
2. Actas, 17 de marzo de 1892, págs. 233–234.
3. Actas, 17 de marzo de 1914, pág. 51.
4. Actas, 17 de marzo de 1914, págs. 54–55.
5. Actas, 17 de marzo de 1914, págs. 55–56.
6. En “Conference Report”, abril de 1914, págs. 3–4.
7. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 385.
8. Actas, 17 de marzo de 1914, págs. 49–51; se agregaron párrafos.
9. “Epistle to the Relief Society concerning These War Times”, *Relief Society Magazine*, julio de 1917, pág. 364.
10. *Woman’s Exponent*, mayo de 1903, pág. 93; párrafo dividido.
11. *Woman’s Exponent*, mayo de 1903, pág. 93; se agregaron párrafos.
12. *Woman’s Exponent*, mayo de 1903, pág. 93.
13. Actas, 17 de marzo de 1914, pág. 57.
14. Actas, 17 de marzo de 1914, págs. 58–60; se agregaron párrafos.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 290.
16. Actas, 17 de marzo de 1914, pág. 63.
17. En “Conference Report”, oct. de 1906, pág. 9.
18. *Gospel Doctrine*, pág. 383.
19. “Peace on Earth, Good Will to Men”, *Relief Society Magazine*, enero de 1915, pág. 16.



Caridad en nuestra alma

Debemos cuidar de los necesitados y estar llenos de bondad y de amor hacia toda persona.

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith instaba a los santos a amar a sus vecinos y a velar mutuamente por ellos en sus necesidades —temporales y espirituales— con misericordia y caridad pura. Enseñó que “el momento en que un Santo de los Últimos Días aprenda su deber, sabrá también que tiene la responsabilidad... de estar lleno de un espíritu de bondad, amor, caridad y perdón”¹.

Él mismo había sido recipiente de un gran servicio, lo cual se puso en evidencia cuando visitó Hawai, siendo Presidente de la Iglesia, con el obispo Charles W. Nibley. El obispo Nibley describió más tarde la experiencia:

“Al desembarcar en el muelle de Honolulu, numerosos santos locales se hallaban allí con sus *leis*, guirnaldas de hermosas y variadas flores de todos colores. Nos colmaron con ellas y, por supuesto, a él más que a nadie. También se encontraba allí la conocida banda hawaiana tocando música de bienvenida... Era hermoso contemplar el profundo amor, el afecto que llegaba hasta las lágrimas, de esa gente por él. En medio de todo ello, noté que alguien conducía a una mujer anciana, pobre y ciega, caminando tambaleante bajo el peso de unos noventa años; en la mano llevaba unas cuantas bananas apetitosas; era todo lo que tenía, eran su ofrenda. Iba diciendo el nombre ‘iIosepa, Iosepa!’. Instantáneamente, apenas la vio, él corrió hacia ella, la tomó en los brazos, la abrazó y la besó repetidamente, acariciándole la cabeza y diciendo: ‘Mamá, mamá, mi querida anciana mamá’.

“Y con las lágrimas corriéndole por las mejillas se volvió hacia mí y me dijo: ‘Charlie, ella me cuidó cuando era muchacho, es-

tando enfermo y sin nadie que me atendiera. Ella me recibió en su hogar y fue una madre para mí’.

¡Ah, fue tan conmovedor...! Era tan hermoso ver a aquella grandiosa y noble alma con su amoroso y tierno recuerdo de la bondad que se le había demostrado más de cincuenta años antes; y a la pobre anciana que había llevado su ofrenda de amor—unas cuantas bananas, todo lo que tenía— para poner en las manos de su amado Iosepa”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Seamos generosos con los pobres y los desafortunados.

El gran mandamiento, según lo enseñó nuestro Señor y Maestro, es amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con toda nuestra fuerza; y el segundo es semejante: amar al prójimo como a sí mismo. “De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas”. [Véase Mateo 22:37–40.] Por lo tanto, ejerzamos la caridad y el perdón, el amor y la misericordia unos hacia otros; y esfuércense especialmente por ayudar a los que tengan dificultades, a fin de que el lamento de la viuda no ascienda a Dios quejándose de la gente por la escasez de comida, de ropa o de refugio. Asegúrense de que al huérfano no le falte un hogar en medio de este pueblo, ni esté sin alimento, sin ropa o sin oportunidad para aprender. Asegúrense de que la caridad impulse todas sus acciones y more en su corazón inspirándolos a cuidar de los pobres y necesitados, a consolar a los que estén en la cárcel, si necesitan consuelo, y a atender a los que se hallen enfermos; porque el que ofrezca un vaso de agua fresca a un profeta, en nombre de un profeta, recibirá la recompensa de un profeta.

A quienes ofrezcan esas cosas a los pobres que están en medio de nosotros, se les dirá algún día: “Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí”. Y no tendremos que preguntar: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento...?”, porque todo el que tenga inteligencia sabrá que si atiende a los pobres

dignos, se le contará como si lo hubiera hecho a quien es el Padre de sus espíritus. [Véase Mateo 25:31–45.]³

Debemos enseñar a nuestros hijos a respetar no sólo a su padre y a su madre, y a sus hermanas y hermanos, sino a toda la humanidad; y sobre todo se les debe instruir, enseñar y criar para que honren al anciano y al débil, al desafortunado y al pobre, al necesitado y a aquellos que no cuenten con la aceptación de otros seres humanos⁴.

Siempre nos hemos arreglado para dar algo a los pobres y no rehusar al que pida alimentos; creo que ése es el modo de pensar general y el carácter de los Santos de los Últimos Días. Creo que todos los del pueblo mormón tienen una disposición bondadosa y son generosos con los pobres y los desafortunados, y que no hay un Santo de los Últimos Días, al alcance de mi voz o en cualquier otra parte, que no esté dispuesto a dividir su porción con uno de sus semejantes en caso de necesidad...

He visto a algunos hombres que se van de mi puerta llevando consigo buen pan y mantequilla (buenos para que un rey los coma, pues mi gente sabe hacer sabroso pan y buena mantequilla, los mejores que he comido en el mundo) y, al salir por el portón, los han tirado en la calle; es que lo que querían no era comida sino dinero. ¿Y para qué? Para irse a un salón de juego o a algún bar de bebidas. Por supuesto, ellos son responsables de lo que hagan. Nosotros sólo podemos juzgar por la apariencia y por la inspiración del buen espíritu que llevemos dentro; y es mejor dar a una docena de indignos que dejar que una persona digna se vaya con las manos vacías⁵.

La caridad o el amor es el principio más grande que existe. Si podemos extender una mano de auxilio al oprimido, si podemos ayudar a los que se encuentran desanimados y afligidos, si podemos elevar y mejorar la condición del ser humano, nuestra misión es hacerlo; el hacerlo es una parte esencial de nuestra religión⁶.

Amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Es relativamente fácil para una persona decir que cree en Dios y en la sangre expiatoria de Jesucristo, que cree en el arrepenti-

miento del pecado, en el bautismo para la remisión de pecados y en la imposición de manos para conferir el don del Espíritu Santo. Aparentemente, es fácil para una persona progresar hasta ahí. Pero cuando se trata de amar al prójimo como a sí mismo, eso ya no es tan fácil. Es entonces que llegamos ante un monte difícil de escalar, cuando nos encontramos con que debemos usar al máximo todo nuestro poder a fin de llegar a la cumbre; y aun cuando hayamos estado subiendo gran parte de nuestra vida, me atrevería a asegurar que, al despertar esta mañana, nos encontramos al pie de la montaña, esforzándonos todavía por escalar sin haber llegado siquiera cerca de la cumbre. Porque hay pocos hombres o mujeres, incluso en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, que puedan decir verídicamente: “Amo a mi prójimo como a mí mismo”.

Por regla general, no amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. [Alguien] dijo una vez: “De todos los hijos de mi madre, al que amo más es a mí mismo”. Y lo mismo sucede con los hijos de Dios en esta tierra. Aun cuando nuestro Padre tiene muchos y todos somos del mismo linaje, y somos quizás miembros de la misma comunidad, siendo todos de una fe y creyendo en un Dios y en un Señor Jesucristo, no obstante, cada uno de nosotros se ama más a sí mismo. Ese sentimiento se hace evidente en nuestra vida diaria, en nuestra relación cotidiana entre unos y otros. Muchas veces se pone de manifiesto aun entre marido y mujer, entre el padre y los hijos, y es muy prevaleciente entre los niños. ¿Es esto cristianismo? ¿Es ésa la doctrina de Jesucristo? No, según lo que leo en los libros y comprendo en cuanto a los principios de la vida y la salvación. Las Escrituras nos dicen que debemos preferirnos los unos a los otros con amor [véase Romanos 12:10]; que debemos renunciar a nuestra propia comodidad, a nuestra propia conveniencia, a nuestros propios deseos y a nuestra propia felicidad en favor de los deseos, la comodidad y la felicidad de nuestros semejantes; ni qué hablar de nuestros parientes y seres queridos⁷.

¿Cómo hemos de amar al prójimo de la manera en que nos amamos a nosotros mismos? Es lo más sencillo del mundo; pero hay muchas personas que son egoístas y mezquinas, y que no tienen esa amplitud de sentimientos que se extienda y considere

el beneficio y el bienestar de su prójimo; y se limitan a su propio beneficio peculiar y particular, a su bendición y bienestar, y piensan que pueden decir: “Ah, que mi prójimo se las arregle como pueda”. Pero ésa no es la manera de pensar que debe caracterizar a un Santo de los Últimos Días⁸.

Cuando creemos ver defectos, debilidades o faltas en nuestros hermanos, ya sean reales o imaginarias, en lugar de ir proclamándolas y vertiéndolas en los oídos de amigos y vecinos dondequiera que los encontremos, si empleamos bastante caridad y amistad... iremos a esos amigos que nos han desagradado o cuyos defectos creemos conocer y les diremos lo que sentimos y lo que pensamos, haciéndolo con la intención de ayudarles a superar sus debilidades; de ese modo, nos beneficiaremos nosotros mismos y beneficiaremos también a ellos. No debemos buscarlos con un espíritu condenatorio y de reproche, hiriendo así sus sentimientos y llenándoles el corazón de enemistad⁹.

Aconsejo que aprendamos a amarnos los unos a los otros, y entonces la amistad será verdadera y dulce. Alguien ha dicho que “podemos dar sin amar pero no podemos amar sin dar”. Así que debemos amarnos los unos a los otros y, como le dijo el Señor a Pedro, debemos apacentar Sus ovejas [véase Juan 21:15–17], fortalecernos el uno al otro. Debemos respetarnos y sostenernos mutuamente, no destruirnos, ni derribarnos, ni destacar las debilidades de nuestros semejantes ni de nuestros hermanos, ni los defectos que vemos en el ser humano, sino más bien, si vemos una virtud, magnifiquémosla, y si es posible, aventémosla hasta convertirla en una llama viva que dé luz y vida, energía y ánimo a todos los que la vean, y particularmente a aquellos que estén en error y oscuridad a fin de traerlos a la luz¹⁰.

Mi religión me enseña a amar a todos mis semejantes. No obstante lo mucho que pueda despreciar sus acciones o deplorar su iniquidad y lo oscuro de su mente, aun así, ellos son hechos a la imagen y semejanza de mi Padre y mi Dios, son mis hermanos y hermanas. Se me exige que ame a mi prójimo como a mí mismo. Yo quizás no me haya elevado todavía hasta esa altura de perfección y tal vez queden aún en mí restos de ese egoísmo que me hace sentir preferencia por mí mismo antes que por mi prójimo;

pero tengo como meta hacer el bien a mis semejantes, porque eso es lo que el Evangelio me exige¹¹.

En esta dispensación, Dios se ha tomado la molestia de revelarnos la plenitud del Evangelio que... enseña al hombre este principio del autosacrificio por el bien de los demás, y nos enseña que nos hacemos el bien nosotros mismos cuando lo hacemos por otras personas... Hay en el mundo demasiadas personas que se envuelven en sí mismas y tienen tanta mezquindad en el alma que no están dispuestas a luchar por nadie fuera de ellas mismas... Según lo comprendo, el deber de la humanidad, de acuerdo con el santo Evangelio que hemos recibido, es proteger la inocencia, la virtud, el honor y los derechos de todos los hombres y mujeres con tanto celo como protegeríamos los nuestros¹².

Dios ha preparado a Su Iglesia para el cuidado de los necesitados.

En Su Iglesia, en la organización total de ella, Dios ha dispuesto que toda alma fiel reciba la atención, la solicitud y el cuidado que se requieran en sus momentos de necesidad¹³.

Dios ha mandado a este pueblo recordar a los pobres y contribuir con medios para su manutención... No creemos en la caridad como negocio, sino que más bien dependemos de la asistencia mutua. Aunque el mensaje del Evangelio exige la fe y el arrepentimiento, también exige que se satisfagan las necesidades temporales. Con ese fin, el Señor ha revelado planes para la salvación temporal de la gente.

Tenemos instituido el ayuno para el beneficio de los pobres; entre otras cosas, uno de sus objetos principales es proveer a los pobres de alimentos y de otros artículos necesarios hasta que sean capaces de ayudarse a sí mismos. Es evidente que los programas que sólo se ocupan de aliviar las dificultades presentes son deficientes. La Iglesia siempre ha tratado de guiar a sus miembros a una condición de ayudarse a sí mismos, en lugar de adoptar el método que tienen muchas instituciones de caridad de satisfacer nada más que las necesidades presentes; en esos

casos, cuando la ayuda se suspende o ha llegado al máximo, más debe suministrarse del mismo origen, haciendo de ese modo que los pobres se conviertan en pordioseros, enseñándoles el principio erróneo de depender de la ayuda de otros y no de sus propios esfuerzos... Por lo tanto, nuestra idea de la caridad es aliviar las necesidades presentes y luego poner a los pobres en situación de ayudarse a sí mismos, a fin de que, a su vez, puedan después ayudar a otros. Los fondos se entregan para su distribución a hombres prudentes, por lo general a los obispos de la Iglesia, quienes son los encargados de cuidar de los pobres.

Presentamos el plan equitativo del día de ayuno del Señor a las religiones del mundo como una manera prudente y sistemática de proveer para los pobres... Sería muy sencillo para la gente cumplir con este requisito de abstenerse de alimento y bebida durante un día todos los meses y dedicar a los pobres lo que hubieran consumido ese día y mucho más si así lo desearan. El Señor instituyó esta ley; es sencilla y perfecta, basada en la razón y la inteligencia, y no sólo demostraría ser una solución al problema de proveer para los pobres, sino que también daría como resultado el bien de los que la observaran. Hace que... el cuerpo quede sujeto al espíritu y, de ese modo, promueve la comunión con el Espíritu Santo y asegura la fortaleza y el poder espirituales que la gente de la nación tanto necesita. Puesto que el ayuno debe ir siempre acompañado de la oración, esta ley llevaría a las personas más cerca de Dios y alejaría su mente, por lo menos una vez por mes, del loco apresuramiento de los asuntos mundanos y les haría entrar de inmediato en contacto con la religión práctica, pura y sin mácula: visitar a los huérfanos y a las viudas y guardarse sin mancha del mundo [véase Santiago 1:27]¹⁴.

Es evidente que el ayuno aceptable es aquel que lleva consigo el verdadero espíritu de amor por Dios y por el hombre; y que el objetivo del ayuno es asegurarse perfecta pureza de corazón y sencillez de intención —un ayuno para Dios en el sentido pleno y más profundo de la palabra—, puesto que dicho ayuno sería la cura para todo error de acción y de intelecto; desaparecería la vanidad, dejando lugar al amor por nuestros semejantes, y socorreríamos de buena gana al pobre y al necesitado¹⁵.

El Evangelio nos hace generosos y dispuestos a sacrificar nuestros propios deseos por el bienestar de los demás.

Amonestamos, suplicamos a nuestros hermanos y hermanas en el Evangelio de Jesucristo, a cada uno de ustedes, que no sólo se honren a sí mismos siguiendo un curso apropiado en la vida sino que también honren y amen a sus semejantes y sean caritativos con ellos¹⁶.

Creo que debemos vivir nuestra religión. Debemos obedecer los mandamientos de Dios. Debemos llevar el espíritu del Evangelio en nuestro corazón y gozar de él. Debemos hacer que nuestra vida produzca los frutos del Espíritu: fe, esperanza y caridad, amor humildad y perdón en nuestra alma los unos por los otros, y en todo lo posible evitar el espíritu de acusación, de contención, que conduce a la discordia, a la confusión y a la división entre los hombres, así como el espíritu de odio. ¡Oh, expulsen de ustedes el odio! El odio que alberguemos en el corazón, o la envidia o los celos, harán mil veces más daño al que los lleve en el alma y tenga pensamientos de rencor que a otras personas. Por lo tanto, eliminemos esos sentimientos de nuestro corazón y de nuestros pensamientos. Vivamos con rectitud; que el marido ame a su mujer y sea verídico y bondadoso con ella, y que la esposa lo sea para con su marido; que ambos sean sinceros, amorosos y solícitos en cuanto al bienestar de sus hijos; que estén todos ligados en una unidad familiar en la Iglesia y, al extenderse esas condiciones hasta las fronteras de Sión, tendremos entre nosotros el reino milenario y habrá paz en la tierra y buena voluntad para con los hombres de todas partes¹⁷.

La intención del Evangelio es eliminar de nosotros todo lo que no esté de acuerdo con Dios y con el plan de salvación que Él ha revelado al hombre. Se ha diseñado con el fin de habilitarnos para vivir de tal manera que podamos disfrutar de la luz de la verdad y entender los propósitos de Dios, así como de acercarnos tanto a Él que podamos estar constantemente en armonía con Sus deseos. Los principios del Evangelio tienen la intención de hacernos generosos, de ampliar nuestra mente, de aumentar nuestros deseos de lo bueno, de eliminar el odio, la animosidad, la envidia y el enojo de nuestro corazón y hacernos

apacibles, dóciles, enseñables y dispuestos a sacrificar nuestros propios deseos, y quizás nuestros propios intereses, por el bienestar de nuestros semejantes y por el avance del reino de Dios. Una persona que no pueda sacrificar sus propios deseos, que no pueda decir con el corazón: “Padre, que se haga tu voluntad y no la mía”, no es un hijo de Dios verdadera y completamente convertido; todavía está, hasta cierto punto, al alcance del error y en las sombras de tinieblas que se ciernen sobre el mundo escondiendo a Dios de la presencia del ser humano¹⁸.

Sugerencias para el estudio

- ¿Cuáles son los dos grandes mandamientos? (Véase también Mateo 22:37–40.) ¿Por qué son tan fundamentales esos dos mandamientos?
- ¿Qué es la caridad? (Véase también Moroni 7:45–48.) ¿Qué debemos hacer para que la caridad impulse todas nuestras acciones y more en nuestro corazón? ¿Por qué cree usted que “la caridad nunca deja de ser”? (Véase Moroni 7:46.)
- ¿Qué responsabilidad tenemos hacia los desafortunados o necesitados y los “que no cuenten con la aceptación de otros seres humanos”?
- ¿Cómo podemos aumentar nuestra capacidad para decir sinceramente: “Amo a mi prójimo como a mí mismo”? ¿Cómo debemos proceder con las fallas que percibimos en los demás? (Véase también Lucas 6:41–42.) ¿Qué haremos para destacar y aumentar las virtudes de los demás?
- ¿Qué bendiciones se reciben por observar el día mensual de ayuno y contribuir a las ofrendas de ayuno? Con espíritu de oración, considere la forma en que puede contribuir a la atención que brinda la Iglesia a los necesitados por medio de ciertas labores, como visitar a los miembros nuevos o solitarios, prestar servicio voluntario en la comunidad, aumentar la ofrenda de ayuno o participar en los proyectos de bienestar y de ayuda humanitaria.
- En nuestra propia vida, ¿cuáles son los frutos del Espíritu? (Véase también Gálatas 5:22–23.) Cuando estamos dispuestos

a sacrificar nuestros propios deseos por el bien de los demás, ¿qué bendiciones recibimos nosotros y otras personas?

- El Evangelio de Jesucristo, ¿de qué manera elimina “el odio, la animosidad, la envidia y el enojo de nuestro corazón” y nos ayuda a ser más caritativos hacia los demás?

Notas

1. En “Conference Report”, abril de 1915, pág. 4.
2. Charles W. Nibley, “Reminiscences”, citado en *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, págs. 519–520.
3. *Deseret Weekly*, 19 de agosto de 1893, pág. 284.
4. *Gospel Doctrine*, págs. 282–283.
5. En “Conference Report”, abril de 1898, págs. 47–48; párrafos divididos.
6. En “Conference Report”, abril de 1917, pág. 4.
7. *Deseret News: Semi-Weekly*, 31 de marzo de 1896, pág. 1; se agregaron párrafos.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 270.
9. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 5:91.
10. En *Messages of the First Presidency*, 5:93.
11. “The Gospel in Precept and Example”, *Millennial Star*, 15 de marzo de 1906, pág. 162.
12. “Discourse by President Joseph F. Smith”, *Millennial Star*, 11 de noviembre de 1897, págs. 706–707.
13. En “Conference Report”, abril de 1915, pág. 7.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 236–238; orden de párrafos modificado.
15. “Editor’s Table”, *Improvement Era*, diciembre de 1902, pág. 147.
16. En *Messages of the First Presidency*, 5:53.
17. En “Conference Report”, octubre de 1916, pág. 8.
18. “Blind Obedience and Tithing”, *Millennial Star*, 20 de enero de 1893, pág. 79.



Cómo se recibe un testimonio de Jesucristo

Es preciso que tengamos el testimonio de Jesucristo en nuestro corazón y que hagamos las cosas que Él nos ha mandado.

De la vida de Joseph F. Smith

A lo largo de su ministerio, el presidente Joseph F. Smith testificó que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, y enseñó que todos los hijos e hijas de Dios pueden recibir esa revelación personal, ese don del Espíritu.

“En los años de mi juventud, cuando me inicié en el ministerio”, explicó el presidente Smith, “con frecuencia iba y le pedía al Señor que me manifestara alguna cosa maravillosa, a fin de recibir un testimonio. Pero el Señor no me concedió milagros sino que me mostró la verdad, línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y un poco allí [2 Nefi 28:30], hasta que me hizo saber la verdad desde el tope de la cabeza hasta la planta de los pies, y hasta que se borraron completamente de mí las dudas y el temor. No fue necesario que enviara a un ángel de los cielos para hacerlo, ni tuvo que hablar con la trompeta de un arcángel; sino que, mediante el susurro de la voz apacible y delicada del Espíritu del Dios viviente, me dio el testimonio que poseo. Es por medio de ese principio y de ese poder que dará a todos los hijos de los hombres un conocimiento de la verdad que permanecerá con ellos y los hará conocer la verdad como Dios la conoce y cumplir con la voluntad del Padre como lo hace Cristo”¹.

El presidente Smith testificó: “He recibido el testimonio del Espíritu de Dios en mi propio corazón, el cual excede todas las demás evidencias, porque me testifica a mí, a mi propia alma, de la existencia de mi Redentor, Jesucristo. Yo sé que Él vive y que

en el último día estará sobre la tierra; que vendrá a la gente que esté preparada para recibirlo”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

El testimonio de Jesucristo viene como un glorioso don de Dios.

Considero que todo principio del Evangelio que hemos recibido es, en sí, un glorioso don de Dios a los hijos de los hombres. El don de la sabiduría, el don de la comprensión, el don de profecía, el don de lenguas, el don de sanar, el don de un testimonio, el don de conocimiento, todos ellos son designados por el Todopoderoso para que los recibamos mediante nuestra obediencia a los principios de vida y salvación³.

Las personas no reciben el don de... un testimonio del Espíritu del Dios viviente en su corazón, [a menos] que lo busquen. El principio que se aplica es: Llama y se te abrirá, pide y recibirás, busca y hallarás [véase Mateo 7:7-8]; y si desean sabiduría, deben pedirla como lo hizo Salomón; si desean conocimiento y el testimonio del Espíritu en su corazón, deben procurarlo sinceramente. Colóquense en una posición tal que puedan ser dignos de recibirlo, y entonces lo recibirán como un don de Dios, y deben alabar Su nombre por ello⁴.

Recibimos [el testimonio]... porque logramos estar en armonía con el principio de la comunicación de Dios al hombre. Creemos, nos arrepentimos de nuestros pecados y los confesamos, hacemos lo que el Señor nos requiere a fin de obtener la remisión de los pecados y, de ese modo, recibimos el don del Santo Espíritu. Nuestra mente se pone en sintonía con el Espíritu de Dios y con el método que Él ha instituido para revelar Su mente a los hijos de los hombres.

Ahora bien, es grandioso recibir en el corazón el testimonio de la divina misión del Hijo de Dios y de la divina misión del profeta José Smith... Sentimos en el alma la verdad de los principios que fueron restaurados por medio del profeta José Smith, y lo sentimos porque, por lo menos hasta cierto punto, nos hemos puesto nosotros mismos en una posición de estar en comunicación con el Espíritu y de oír Su voz cuando nos habla. El Espíritu de Dios

habla a nuestro espíritu. El Señor no se comunica muy a menudo con nosotros a través de nuestros sentidos naturales, sino que cuando Él nos habla, habla a la parte inmortal; el espíritu del hombre recibe las comunicaciones que el Señor envía a Sus hijos; por lo tanto, debemos estar en armonía para recibirlas⁵.

Debemos obtener esa luz [del testimonio] por revelación; no podemos lograrla por nuestra propia sabiduría. Dios nos dará conocimiento y comprensión y nos conducirá por el sendero de la verdad si ponemos toda nuestra confianza en Él y no en el hombre⁶.

Un don de Dios, si lo descuidamos o lo usamos indignamente, con el tiempo se nos quita; el testimonio de la verdad no permanecerá en aquel que, después de haberlo recibido, no use el don sagrado en la causa del adelanto personal y general⁷.

Esta seguridad inconfundible, lo cual se deriva de la obediencia a los principios de vida eterna y de practicarlos, se nos confirma continuamente, “línea por línea y precepto por precepto” [2 Nefi 28:30], por medio de las revelaciones del Santo Espíritu, que es una fuente continua e infalible de inteligencia, de gozo y felicidad, que lleva al que la posea más cerca de Dios y que finalmente le hará tener una apariencia similar a la de su Creador⁸.

El Espíritu Santo testifica en nuestro corazón que Jesús es el Cristo.

Jesús... es nuestro líder, nuestro ejemplo. Si deseamos morar algún día en Su reino y ser coronados con Él, tenemos que recorrer el camino que Él nos marcó. Debemos obedecerle y poner nuestra confianza en Él sabiendo que es el Salvador del mundo.

No me resulta difícil creer eso; leo la Biblia, en la cual encuentro narraciones de muchas de Sus acciones, de Sus dichos, Sus preceptos y ejemplos. Y no creo que ninguna persona justa y honrada, que posea una inteligencia común, pueda leer los evangelios del Nuevo Testamento y los testimonios del Salvador que en ellos se encuentran sin sentir intuitivamente que Él era lo que profesaba ser. Porque toda persona justa y honrada tiene, en mayor o menor grado, la influencia del Santo Espíritu y este mensajero santo da testimonio de la palabra de Dios en el co-

razón del hombre; y cuando dichas personas leen estos escritos inspirados con honestidad de corazón y espíritu de mansedumbre, despojados de prejuicios y de los conceptos falsos que provienen de la tradición y de una enseñanza errónea, el Espíritu del Señor testifica en un lenguaje inconfundible inflamado de convicción. Por lo tanto, creo que Jesús es el Cristo, el Salvador, el Unigénito del Padre, y esto también lo creo por haber leído la Biblia.

Pero, ¿dependemos sólo de la Biblia para tener ese conocimiento y convicción? No, gracias al Señor no es así. ¿Qué otra cosa tenemos que imparta ese conocimiento y confirme ese testimonio? Tenemos el Libro de Mormón, el “palo de Efraín”, el cual hemos recibido por el don y el poder de Dios y también testifica de Él, y revela un relato de Su misión entre los habitantes de este continente y Sus relaciones con ellos, después de Su resurrección de los muertos, cuando vino a esta tierra a visitar a Sus “otras ovejas”, a reunir las en un solo rebaño para que fueran también Sus ovejas y Él su gran Pastor. Aparte de la convicción que el libro contiene en sí mismo, tenemos el testimonio sustentador del que lo tradujo y selló el testimonio con su sangre; además, también el de otros testigos que testificaron al mundo entero que habían visto las planchas y los grabados que contenían, de las cuales se tradujo el libro...

Acá tenemos, entonces, dos testigos, la Biblia y el Libro de Mormón, ambos testificando de la misma verdad: que Jesús era el Cristo, que murió y que vive otra vez, después de haber roto las ligaduras de la muerte y triunfado sobre el sepulcro. Esta última evidencia adicional que tienen los Santos de los Últimos Días va más allá de la que posee el mundo cristiano que no cree en el Libro de Mormón.

¿Y eso es todo? No, tenemos también aquí otro libro, Doctrina y Convenios, que contiene revelaciones de Dios por medio del profeta José Smith, que fue nuestro contemporáneo. Son las palabras de Cristo declarando que era el mismo que vino a los judíos, que había sido levantado en la cruz, que había yacido en el sepulcro, roto las ligaduras de la muerte y salido de la tumba... Aquí tenemos, entonces, otro testimonio de esta divina verdad.

Por consiguiente tenemos tres testigos. Se nos dice que en boca de dos o tres testigos se debe constar toda palabra; y por el testimonio de dos o tres testigos seremos justificados o condenados.

Sin embargo, ¿me satisfecería eso? Quizás, si no pudiera obtener más luz ni conocimiento. Pero cuando hay disponible mayor luz y yo puedo tener el privilegio de poseerla, no podría quedarme satisfecho con una menor. No podríamos jamás estar satisfechos ni felices en el más allá a menos que recibamos la plenitud de la luz y las bendiciones que se han preparado para los justos...

Tenemos el derecho de saber estas cosas por nosotros mismos. Dios ha dicho que nos las mostrará y con ese propósito se imparte el Espíritu Santo a todos los que tengan el derecho de recibirlo por medio de la sumisión; Él testifica del Padre y del Hijo y, además, toma todo lo que es de Dios y lo da a conocer al hombre. El Espíritu Santo confirma las convicciones que hayamos tenido previamente con respecto a la verdad, dándonos una seguridad total de que son correctas y por medio de ello obtenemos un conocimiento personal, no como el de alguien a quien se le ha dicho sino como el de quien ha visto, sentido, oído y lo sabe por sí mismo.

Así que, encontrándome aquí frente a ustedes, mis hermanos y hermanas, como humilde instrumento en las manos de Dios, testifico, no en virtud del conocimiento que puedo haber obtenido en los libros, sino por las revelaciones de Dios a mi persona, que Jesús es el Cristo. Sé que mi Redentor vive; sé que aunque los gusanos destruyan este cuerpo, en mi carne veré a Dios, y lo veré por mí mismo y no por otra persona. He recibido esta luz y la llevo en el corazón y en la mente, y testifico de ella y por medio de ella, y sé por qué lo digo...

¿Sólo yo lo sé? No, hay decenas de miles de personas que pueden expresar ese testimonio hoy en día; también ellas lo saben por sí mismas; Dios se los ha manifestado y han recibido el Espíritu Santo que les ha testificado de estas cosas y, de la misma manera, no dependen de libros ni de las palabras de otros, porque han recibido de Dios por sí mismas ese conocimiento, y saben lo que Él sabe y ven lo que Él ve en relación con esos conceptos claros y preciosos⁹.

**El testimonio de Jesucristo nos inspira
a hacer lo que Él ha mandado.**

Hablamos de nuestro Salvador, de Jesús, el Hijo de Dios, y nos sentimos seguros y firmemente fundados en Él, porque cuando el Espíritu de Cristo está en nuestro corazón, sabemos que nuestros pies se encuentran en el cimiento mismo de la verdad eterna.

Deseo decir a mis hermanos y hermanas que si existe un hombre en el mundo que haya recibido el amor de Cristo más profunda y vívidamente en su alma que yo, me agradaría conocerlo, me gustaría relacionarme con tal hombre. Cristo es, ciertamente, el Salvador de mi alma, el Salvador de la humanidad. Él sacrificó Su vida por nosotros para que pudiéramos ser salvos; Él ha roto las ligaduras de la muerte y ha desafiado al sepulcro y nos invita a seguirlo. Él se levantó de la muerte nuevamente a la vida, y ha declarado ser el camino a la salvación, la luz y la vida del mundo, y creo en Él con todo mi corazón. No solamente lo creo sino que, así como sé que brilla el sol, también sé que creer en Él inspira a lo bueno y no a lo malo; y así como sé que Su Espíritu nos insta a la pureza de vida, al honor, a la justicia, a la honestidad y a la rectitud, y no al mal, así sé por todas las pruebas que me es posible tener que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Salvador de la familia humana.

Sin embargo, con todo eso, con esa seguridad en el corazón, con ese conocimiento que he recibido, si me detengo ahí, ¿de qué me sirve? ¿Qué bien podrá hacerme ese conocimiento? ¿Qué ventaja tendrá el conocimiento por sí solo? Esto es lo que hará: habiendo recibido en mi corazón ese testimonio, habiendo recibido en el alma el testimonio del Espíritu del Dios viviente, de que Jesús es el Cristo, si me detengo ahí y no hago nada más, tal testimonio en mi alma añadirá a mi eterna condenación. ¿Por qué? Porque nuestro deber no es sólo saber que Jesús es el Cristo sino también mantener la influencia de Su Espíritu en nuestra alma. No es necesario sólo tener ese testimonio en el corazón, sino que también debemos hacer las cosas que Él nos ha mandado, así como las obras de rectitud que Él llevó a cabo a fin de alcanzar la exaltación que tiene reservada para Sus hijos que crean y hagan lo recto; los que no lo hagan sin duda fracasarán.

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el *que hace la voluntad* de mi Padre que está en los cielos” [Mateo 7:21; cursiva agregada].

El Salvador dijo: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” [Mateo 7:22–23]. ¿Y por qué? Porque con los labios han profesado amarme, con la boca, con las palabras, han profesado recibirme, pero no han hecho lo que yo les he mandado; no se arrepintieron de sus pecados, no amaron a Dios con todo su corazón, mente y fuerza, no amaron a su prójimo como a sí mismos, no fueron bautizados por alguien con la autoridad para administrar el bautismo para la remisión de pecados; no recibieron el don del Espíritu Santo por la imposición de manos; no se integraron con mi pueblo, no vinieron a formar parte de mi rebaño; no se cuentan entre mis elegidos y no los conozco; “apartaos de mí, hacedores de maldad”. Saber cómo hacer lo bueno y no hacerlo es pecado (Santiago 4:17). Ése sería el caso de los que se limitan a creer. Si creen, ¿por qué no hacen las cosas que Él requiere...?

...No será suficiente dar por sentado que son Santos de los Últimos Días si en sus prácticas, en el curso de su vida, en sus acciones, están imitando... a los que no creen en Dios ni en la divina misión de Jesucristo. No será suficiente. El diablo se aprovechará de ustedes, los desviará y destruirá si no se arrepienten de los actos que no estén en armonía, que no estén de acuerdo, con el Evangelio que han recibido¹⁰.

Todo nuestro corazón y toda nuestra alma deben estar llenos de amor por el Salvador.

Un testimonio puro es una torre de fortaleza en todo momento¹¹.

Mis hermanos y hermanas, deseo expresarles mi testimonio, porque he recibido una certeza que ha invadido todo mi ser; se ha sumergido profundamente en mi corazón y llena todas las fibras de mi alma; hasta tal punto, que quiero decir ante este

pueblo, y sería un placer tener el privilegio de decirlo ante el mundo entero, que Dios me ha revelado que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Redentor del mundo¹².

Tengo absoluta confianza en Jesucristo. Todo mi corazón y toda mi alma están llenos de amor por Él; mis esperanzas se fundan en Su glorioso carácter y en Su palabra. En Él no había pecado, Él era sin mancha y poseía poder para vida eterna; Él abrió el camino que va desde el sepulcro hasta la vida inmortal para mí y para todos los hijos de los hombres. Mi confianza en Él no tiene límites. Cuando poseo el espíritu del Evangelio que debo poseer, el amor que siento por Él sobrepasa todo lo terrenal y Él está en primer lugar y es lo principal. Él es el Ser más grandioso que haya andado por este mundo nuestro, ha llegado a ser nuestro faro luminoso, nuestro guía y ejemplo, y nosotros tenemos la obligación de seguirlo¹³.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué es el testimonio? ¿Cómo recibimos un testimonio de Jesucristo? La “obediencia a los principios de vida y salvación”, ¿qué función desempeña en el desarrollo del testimonio?
- ¿Cómo ha aumentado su testimonio “línea por línea y precepto por precepto”? ¿Qué bendiciones obtienen los que reciben las revelaciones continuas del Santo Espíritu?
- ¿En qué circunstancias se nos puede retirar el don del testimonio? ¿Cómo podemos nutrirlo? ¿Qué consecuencias tiene el no nutrir nuestro testimonio?
- ¿De qué modo demostramos gratitud por el don del testimonio?
- El estudio de las Escrituras, ¿en qué forma nos ayuda a obtener un testimonio de Jesucristo? A fin de que nuestro testimonio crezca, ¿con qué actitud debemos estudiar las Escrituras?
- ¿Cómo podemos obtener el conocimiento personal de que Jesús es el Cristo, “no como el de alguien a quien se le ha dicho sino como el del que... lo sabe por sí mismo”?

- ¿De qué manera el testimonio que se recibe por medio del Espíritu Santo excede todas las demás evidencias? Cuando ha tenido la bendición de recibir un testimonio del Espíritu Santo, ¿qué ha sentido?
- ¿Por qué es necesario hacer lo que el Salvador nos ha mandado hacer tanto como creer en Él? ¿De qué forma han fortalecido su testimonio las obras de rectitud? ¿Cómo podemos “mantener la influencia de Su Espíritu en nuestra alma”?
- ¿De qué modo le ha conmovido el potente testimonio del Salvador que expresa el presidente Smith? ¿En qué le han bendecido los testimonios de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles? Al expresar nuestro testimonio, ¿por qué debemos centrar nuestros pensamientos en Jesucristo?

Notas

1. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 7.
2. *Gospel Doctrine*, págs. 506–507.
3. *Deseret News: Semi-Weekly*, 14 de mayo de 1895, pág. 1.
4. En “Conference Report”, oct. de 1903, pág. 4.
5. “Discourse by President Joseph F. Smith”, *Millennial Star*, 6 de septiembre de 1906, págs. 561–562.
6. *Deseret News: Semi-Weekly*, 29 de enero de 1878, pág. 1.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 206.
8. *Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de enero de 1876, pág. 1.
9. *Deseret News: Semi-Weekly*, 30 de abril de 1878, pág. 1; se agregaron párrafos.
10. “Testimony”, *Improvement Era*, agosto de 1906, págs. 806–808; se agregaron párrafos.
11. En Brian H. Stuy, compilador, en *Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others*, 5 tomos, 1987–1992, 2:356.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 501.
13. Citado en *Collected Discourses*, 5:55–56.



Sostengamos a los que han sido llamados a presidir

Debemos honrar y sostener, en verdad y en acción, a nuestros líderes del sacerdocio que han sido llamados a presidir.

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith sostenía de corazón y con sus acciones a los líderes del sacerdocio. Sus labores hicieron repetidamente eco de estas fieles palabras de Nefi: “Iré y haré lo que el Señor ha mandado” (1 Nefi 3:7).

En octubre de 1873, el presidente Brigham Young lo llamó otra vez para servir en una misión. Joseph F. Smith comentó acerca de ello: “Se me llamó para la misión después de haber trabajado cuatro años como colono en un terreno, y sólo tenía que quedarme un año más para tener derecho a reclamar la propiedad y conseguir el título de la tierra; pero el presidente Young quería que fuera de misionero a Europa, a hacerme cargo de la misión allá. Yo no le dije: ‘Hermano Brigham, no puedo ir, estoy a punto de obtener el título del terreno, y si voy lo perderé’. Le dije al hermano Brigham: ‘Está bien, presidente Young; iré donde usted quiera que vaya; estoy a la orden para obedecer el llamado de mi líder’. Y fui. Perdí la tierra, pero aun así, nunca me quejé de ello, ni acusé al hermano Brigham de haberme robado. Sentía que estaba embarcado en una obra más grande que la de asegurarme sesenta y tantas hectáreas de terreno. Se me envió a declarar el mensaje de salvación a las naciones de la tierra. Se me llamó por la autoridad de Dios en la tierra y no me detuve a considerarme a mí mismo ni a mis insignificantes derechos y privilegios personales. Fui tal como se me había llamado, y Dios me sostuvo y me bendijo en ello”¹.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Levantamos la mano como señal del convenio de apoyar y sostener a nuestros líderes.

En mi opinión, uno de los actos más importantes que se llevan a cabo en las conferencias de la Iglesia es aquel en el que levantamos la mano ante el Señor para sostener a las autoridades de la Iglesia y a ésta como organización. Pero es una de las acciones más importantes que realizamos y que, para algunas personas, tiene escasa trascendencia. En otras palabras, algunos salen de allí después de haber levantado la mano para sostener a las autoridades de la Iglesia y no piensan más en el asunto, actuando en muchos sentidos como si hubieran cumplido una formalidad a la cual no le dieran la menor importancia. Considero que eso es un principio erróneo... Los que hacen el convenio de obedecer los mandamientos del Señor y luego violan ese convenio por no observar esos mandamientos no son peores que los que levantan la mano en señal del convenio de apoyar y sostener a las autoridades de la Iglesia y después no lo hacen. El principio es el mismo en ambos casos: es una violación del convenio que hacemos².

Es un grave error en la presencia del Todopoderoso que alguien vote para sostener a las autoridades de la Iglesia y luego se aleje, se ponga a ellas y pisotee los consejos que hayan dado. El Señor nos juzgará por ello³.

Los santos que votan para sostener a las autoridades de la Iglesia tienen sobre sí el importante deber de hacerlo no sólo levantando la mano, la mera formalidad, sino en acción y en verdad. No debería jamás pasar un día sin que toda la gente que forma parte de la Iglesia elevara la voz en oración al Señor a fin de sostener a Sus siervos que han sido designados para presidirlos... Estos hombres deben contar con la fe del pueblo a fin de ser sostenidos en el cumplimiento de sus deberes a fin de poder ser fuertes en el Señor...

...El Señor nos ha mandado reunirnos para... sostener a las autoridades de la Iglesia, renovando así nuestro convenio de apoyar la autoridad de Dios que Él ha instituido en la tierra para

el gobierno de Su Iglesia. Y no podría nunca destacar demasiado la importancia de que los Santos de los Últimos Días honren y sostengan en verdad y en acción la autoridad del santo sacerdocio que se ha llamado a presidir. En el momento en que el corazón de un miembro se inclina a refrenarse de sostener a las autoridades constituidas de la Iglesia, en ese mismo instante lo posee un espíritu que lo incita a la rebelión o la disensión; y si permite que ese espíritu se arraigue con firmeza en su mente, terminará por conducirlo a la oscuridad y a la apostasía⁴.

Se sabe perfectamente que nos reunimos en conferencia general dos veces por año con el propósito de presentar los nombres de aquellos que han sido elegidos como oficiales presidentes de la Iglesia, y se entiende que los que ocupan esos cargos dependen de la voz del pueblo para continuar en la autoridad, los derechos y los privilegios que ejercen. Las mujeres miembros de esta Iglesia tienen el mismo privilegio que los miembros varones de sostener a los oficiales que las presidan, y el voto de una hermana de buena conducta tiene en todo aspecto el mismo valor que el de un hermano⁵.

**Como Santos de los Últimos Días, sostenemos
y honramos a las Autoridades Generales que han
sido llamadas a presidir.**

Ahora bien, en tanto que los mandamientos de Dios son para todo el mundo, hay algunos mandamientos especiales que se aplican sólo a los Santos de los Últimos Días. ¿Cuáles son? Uno de ellos es que debemos honrar a aquellos que nos presiden; en otras palabras, debemos honrar el sacerdocio. A nadie pido que me honre a mí, a menos que yo haga todo lo que esté estrictamente de acuerdo con el espíritu de mi llamamiento y del sacerdocio que poseo. Ningún miembro de la Iglesia tiene por qué honrarme si doy un paso más allá de ese sacerdocio y autoridad que se me ha conferido por elección de Dios y por la voz de la Iglesia. Pero cuando hablo por medio del Espíritu del Señor de acuerdo con los deberes de mi oficio, es apropiado que todo miembro de la Iglesia escuche lo que yo diga; porque si lo he



El presidente Joseph F. Smith con su hijo Joseph Fielding Smith, quien era miembro del Quórum de los Doce Apóstoles en 1914 cuando se tomó la fotografía, y que más tarde llegó a ser el décimo Presidente de la Iglesia.

dicho por el Espíritu de Dios y de acuerdo con mi deber, es la palabra y la voluntad del Todopoderoso.

“Y lo que hablen cuando sean inspirados por el Espíritu Santo será Escritura, será la voluntad del Señor, será la intención del Señor, será la palabra del Señor, será la voz del Señor y el poder de Dios para salvación.

“He aquí, ésta es la promesa del Señor a vosotros, oh mis siervos” [D. y C. 68:4–5].

Todos tienen el privilegio de saber si yo hablo o no la verdad por el Espíritu de Dios. Se ha dado como mandamiento a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días que debemos escuchar la voz del Espíritu que se manifiesta por esos medios que Dios ha elegido para guiar a Su pueblo... Si en mis consejos no hay rectitud, se me juzgará por ello. Ningún hombre puede enseñar la maldad a este pueblo y continuar así mucho tiempo, porque Dios lo descubrirá y revelará los secretos de su corazón; su propósito e intención se manifestarán a los santos y el Espíritu de Dios lo juzgará ante los santos. Si reconocen... al Presidente de la Iglesia, y a él y sus consejeros como la autoridad que preside, el miembro que no obedezca el consejo de ellos merece compasión, pues se halla en transgresión. Estos hombres no les aconsejarán lo malo...

...No quiero ver nunca un día en que estos hombres, en quienes ustedes han confiado el derecho y la potestad de presidir, cierren la boca porque no se atrevan a condenar el pecado ni a reprochar la iniquidad... Es nuestro deber hacerlo. Estamos aquí con ese propósito; somos los atalayas en las torres de Sión [véase Ezequiel 3:17–19]. Tenemos la responsabilidad y la obligación de señalar los errores y la insensatez de las personas; y si éstas no lo reciben, deben seguir su propio camino y sufrir las consecuencias. Los que no obedezcan los consejos rectos serán los que habrán de sufrir, y no los que condenen la iniquidad⁶.

Nos proponemos cumplir nuestro deber de acuerdo con la luz que poseemos y con la ayuda de nuestro amoroso Padre. No tengo la intención de hacer nada de lo cual no haya recibido la más absoluta certeza de que es correcto, por unanimidad con

mis consejeros, nuestro acuerdo total y la comprensión similar de todos juntos... No tengo intenciones de hacer nada ni de permitir que se haga nada que pueda afectar al reino de Dios en la tierra excepto que sea por común acuerdo, viendo el asunto en la misma perspectiva; entonces sabremos que habrá una fuerza que nos respaldará, que el poder de Dios estará con nosotros y que los santos nos apoyarán y sostendrán nuestras manos⁷.

Las personas pueden estar descontentas unas con otras, pueden estar descontentas con la Presidencia, con el Quórum de los Doce o con otros, y quizás digan dentro de sí: “No me gusta ese hombre; no creo que sea tan bueno como debería; tiene muchas faltas y debilidades y, por lo tanto, no puedo reconocer su autoridad, no la reconozco pues no tengo fe en él”. Sin duda, habrá quienes piensen así, tal vez muchos, pero el problema es... a raíz de que han llegado a sentirse descontentos con la persona y tienen un sentimiento de amargura en el corazón hacia sus hermanos, pierden de vista los designios del Todopoderoso, se ponen en contra de la autoridad del santo sacerdocio y, a causa de su ceguera, se dejan desviar y al fin se apartan de la Iglesia.

¿Qué debe hacerse, entonces? Les diré: En primer lugar, toda persona debe saber que el Evangelio es verdadero, puesto que ése es el privilegio de todo el que sea bautizado y reciba el Espíritu Santo. Un hombre puede tener malos sentimientos por una diferencia de personalidad que tenga con [el Presidente de la Iglesia y sus consejeros]; puede tener en el corazón sentimientos que lo lleven a pensar que no puede sostenernos con su fe y sus oraciones; y, si ése es el caso, ¿qué curso debe tomar? Debe decir en su corazón: “Dios ha establecido Su reino, Su sacerdocio está en la tierra y, no obstante lo que puedan disgustarme ciertos hombres, sé que el Evangelio es verdadero y que Dios está con Su pueblo; y que si cumplo mi deber y obedezco los mandamientos, las nubes se dispersarán y la niebla se disipará, el Espíritu del Señor acudirá más plenamente en mi socorro y, al fin y al cabo, seré capaz de ver —si estoy equivocado— cuál es mi error y de arrepentirme de él, porque sé que cualquier error que exista se corregirá”. Creo que todas las personas deberían pensar así⁸.

Sostengamos a nuestras autoridades locales y escuchemos sus consejos.

Así como la Presidencia de la Iglesia preside toda la Iglesia — todas las estacas, todos los barrios y todas las misiones del mundo—, estos hombres [la presidencia de estaca] presiden esta estaca de Sión con todos los barrios y ramas que la componen; y cuando ellos piden a la gente que los sostenga en lo que es correcto, si los miembros no los sostienen, las consecuencias caerán sobre la cabeza de la gente y no sobre las de los hombres que los dirigen. Ellos tienen el deber de condenar la iniquidad, de reprobado el mal; tienen el deber de aconsejar y de exhortar a la gente de toda la estaca a ser fiel y diligente... Quiero que entiendan claramente esto... [El presidente de estaca tiene] el derecho de presidir, de aconsejar, de dirigir y de velar por los intereses de la gente aquí...

...Tenemos la palabra escrita para ejemplo, para instrucción, para amonestación, para reprensión, para consejo y para exhortación. Toda persona debe leerla y entenderla, y entonces todos sabrán que los oráculos de Dios están en su medio. Pero si no leen las palabras de Dios ni las entienden, cuando los oráculos hablen quizás no los escuchen. Los de la presidencia de estaca son sus oráculos aquí; son elegidos por el Señor... Deben sostenerlos y apoyarlos, y escuchar sus consejos. Ellos no los guiarán mal, no los dirigirán a la iniquidad; no cometerán errores en los consejos que les den, porque ellos se erigen como faros que iluminan al pueblo; no son el único faro, pero ocupan el lugar de presidentes de la Iglesia en esta estaca de Sión, y Dios se manifestará a la gente por medio de ellos. Más aún, todo hombre y mujer tiene el derecho de recibir revelación y sabiduría del Todopoderoso para saber que estos hombres son buenos y que están cumpliendo su deber⁹.

El obispo es el oficial que preside en su barrio, y en el lugar que ocupa en el barrio sus consejeros y los miembros de su unidad están sujetos a su presidencia; él no puede renunciar a ella, no la puede transferir a otro; si lo hace, viola así uno de los principios sagrados del gobierno del sacerdocio¹⁰.

Entonces surge un hombre que dice: “No tengo ninguna fe en el obispo; no simpatizo con él, no creo en él; es incompetente, parcial, injusto, y no lo sostendré en su cargo de la Iglesia”. ...No lo olviden: [el obispo y sus consejeros] están ahí, no porque nosotros mismos los hayamos puesto en esa posición, sino porque el Señor lo ha dispuesto así como orden de la presidencia de un barrio, por autoridad divina, y el obispo tiene allí la autoridad de Dios, no de los hombres...

...Cuando un hombre afirma: “Soy Santo de los Últimos Días; soy un miembro de buena conducta de la Iglesia, porque sé cuáles son los principios del Evangelio y conozco los principios del gobierno de la Iglesia”, pero al mismo tiempo dice: “Me opongo al obispo porque no simpatizo con él” o “porque no tengo confianza en él”, esas mismas palabras prueban que no entiende el principio del gobierno y de la sumisión a la autoridad divina. Por lo tanto, se vuelve agitador, desobediente, ingobernable, indeseable y merecedor de que se le trate de acuerdo con sus méritos o con sus faltas¹¹.

Una persona puede no tener confianza en el obispo, o en uno de los consejeros o en ambos... pero sólo en base a su propia opinión, ¿estaría bien o sería natural para él como élder de Israel ponerse por juez del obispo, de los consejeros o de toda la Iglesia? Si alguien se pusiera en tal situación, sería como algunos [hombres que apostataron de la Iglesia]... ¿creen ustedes que podrían convencer a esa clase de personas de que han apostatado de la Iglesia? No, esos hombres están firmemente convencidos de que jamás apostataron, y niegan indignada y enérgicamente que lo hayan hecho o que se hayan apartado de la Iglesia... Si yo levantara la mano [para votar] contra el obispo, o los Doce, o la Primera Presidencia porque no simpatizara con ellos, en ese momento me pondría en la misma posición en que están esos hombres y en que han estado muchos otros que ya han muerto, y que decían: “La Iglesia ha apostatado, José Smith, Brigham Young y John Taylor han apostatado, pero yo estoy firme en la fe; toda la gente se ha extraviado porque no me reconocen a mí”. Ahí es donde se encuentra el hombre que se rebela contra la autoridad del sacerdocio y, al mismo tiempo, trata de permanecer en la fe.

No existe nunca sino una persona a la vez que sea elegida para poseer las llaves del reino de Dios en la tierra¹².

Por tanto, les digo: honren a la presidencia de estaca, a los obispos y a todos aquellos que han sido llamados a presidirlos. Sosténganlos con su fe y sus oraciones en los cargos que ocupan y demuéstrenles que les ayudarán en toda buena palabra y obra. Dios les bendecirá por hacerlo¹³.

El sostener a nuestros líderes es evidencia de buena voluntad, fe y hermandad de nuestra parte.

Creo que la Iglesia tiene la obligación de reconocer a todo hombre que ocupe un puesto oficial en ella, en su esfera de responsabilidad y en su llamamiento. Sostengo la doctrina de que el deber de un maestro, en la esfera de responsabilidad que le ha tocado desenvolverse, es tan sagrado como el deber de un apóstol, y que todo miembro de la Iglesia tiene la misma obligación de honrar al maestro que visita su hogar como de honrar el oficio y el consejo del quórum que preside en la Iglesia. Todos ellos tienen el sacerdocio; todos están cumpliendo sus respectivos llamamientos y todos son esenciales en el cargo que ocupan, porque el Señor los ha elegido y establecido en Su Iglesia. No podemos hacerlos a un lado; si lo hacemos, el pecado recaerá sobre nuestra cabeza¹⁴.

No debemos permitirnos el andar de día en día con una actitud de murmuración y crítica en el corazón hacia aquellos que se nos han presentado para que los sostengamos en cargos de responsabilidad. Si tenemos cualquier duda en cuanto a uno de esos hermanos, es nuestra obligación como miembros conscientes de la Iglesia, primero, tal como las Escrituras instruyen, ir a hablar con ellos a solas, hacerles saber lo que sentimos y explicarles el porqué de ese modo de pensar; no tenemos que hacerlo con el deseo de empeorar la dificultad, sino que debemos hablarles con actitud de reconciliación y amor fraternal, con verdadero espíritu cristiano, a fin de que si existe en nosotros un asomo de amargura, desaparezca por completo; y si hay motivo para oponernos al hermano, que él pueda estar en condición de

remediar el mal. Debemos procurar amarnos los unos a los otros y sostenernos mutuamente como hijos de Dios y como hermanos que somos en la causa de Sión¹⁵.

Mis hermanos y hermanas, quiero agradecerles... la unanimidad que se ha manifestado aquí con las manos levantadas de esta vasta congregación. Lo veo como evidencia de buena voluntad, de fe y de hermandad de parte de esta congregación numerosa hacia todas las autoridades, tanto generales como locales, y de las organizaciones auxiliares que se les han presentado, y de que apoyarán el compromiso que han hecho con el Señor y uno con el otro al levantar la mano, de que todos se proponen apoyar y sostener a estos oficiales en las varias organizaciones, desde el primero hasta el último; de que no los criticarán, de que no les buscarán faltas sin causa, de que no tratarán de perjudicar la influencia de ellos ni de impedirles el progreso, de que no se interpondrán en sus labores legítimas, sino que, por el contrario, harán todo lo posible por ayudarles, por beneficiarlos, por bendecirlos y alentarlos en la buena causa en que están embarcados¹⁶.

Sugerencias para el estudio

- El sostener a nuestros líderes, ¿por qué es “uno de los actos más importantes que se llevan a cabo en las conferencias de la Iglesia”? ¿Por qué es conveniente que nos demos cuenta de que el sostenimiento de nuestros líderes es un “convenio que hacemos”?
- ¿De qué manera sostenemos a nuestros líderes, no como una “mera formalidad, sino en acción y en verdad”? ¿De qué manera ha visto usted que su fe y oraciones ayudan a sus líderes?
- ¿Qué puede sucederles a quienes se empeñen en “abstenerse de sostener a las autoridades constituidas de la Iglesia”?
- ¿En qué sentido son la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles “atalayas en las torres de Sión”? ¿Qué deber tienen como tales? ¿Qué debemos hacer para sostenerlos y ayudarles en ese deber? (Véase también D. y C. 107:22.)

- ¿Cuáles son algunas de las responsabilidades de una presidencia de estaca? ¿De qué manera podemos sostenerlos y apoyarlos mejor?
- ¿Por qué es importante saber que la autoridad del obispo en el barrio proviene “de Dios, no de los hombres”? ¿Qué debemos hacer para sostener mejor al obispado en sus responsabilidades?
- El deber de un maestro orientador, ¿en qué sentido es, “en la esfera de responsabilidad que le ha tocado... tan sagrado como el deber de un apóstol”? ¿Cómo podemos sostener y honrar a los maestros orientadores y a las maestras visitantes?
- El sostener y honrar a nuestros líderes, ¿de qué forma es evidencia de nuestra fe en el Señor?

Notas

1. *Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de abril de 1896, pág. 1.
2. *Deseret News: Semi-Weekly*, 14 de mayo de 1895, pág. 1.
3. En Brian H. Stuy, compilador, *Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others*, 5 tomos, 1987–1992, 4:298.
4. *Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de junio de 1898, pág. 1.
5. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 158.
6. *Deseret News: Semi-Weekly*, 21 de enero de 1896, pág. 1.
7. En “Conference Report”, abril de 1902, págs. 86–87.
8. *Deseret News: Semi-Weekly*, 26 de junio de 1883, pág. 1.
9. *Deseret News: Semi-Weekly*, 21 de enero de 1896, pág. 1.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 185.
11. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 5:83–85.
12. *Deseret News: Semi-Weekly*, 26 de junio de 1883, pág. 1.
13. *Deseret News: Semi-Weekly*, 31 de marzo de 1896, pág. 1.
14. *Gospel Doctrine*, págs. 163–164.
15. *Deseret News: Semi-Weekly*, 21 de junio de 1898, pág. 1.
16. En “Conference Report”, octubre de 1911, págs. 130–131.



El presidente del sumo sacerdocio de la Iglesia

Debemos sostener y escuchar al Presidente de la Iglesia, quien posee las llaves del santo sacerdocio y guía a la Iglesia de Dios sobre la tierra.

De la vida de Joseph F. Smith

Al presidente Joseph F. Smith se le sostuvo como sexto Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en una conferencia especial llevada a cabo el 10 de noviembre de 1901. Esa nueva asignación dio cumplimiento a una profecía del presidente Lorenzo Snow quien dijo que Joseph F. Smith sería Presidente de la Iglesia¹.

El presidente Smith, quien recibió el llamamiento de apóstol en 1866 del presidente Brigham Young y sirvió como consejero de cuatro Presidentes de la Iglesia —Brigham Young, John Taylor, Wilford Woodruff y Lorenzo Snow— a menudo dio testimonio de “la autoridad divina... de la integridad, del honor, de la pureza de vida, de la inteligencia y de la divinidad de la misión y del llamamiento” de esos siervos de Dios².

Por diecisiete años prestó servicio valientemente como Presidente de la Iglesia y lo hizo con gran mansedumbre y devoción. Él dijo a los santos: “Personalmente, no soy de gran importancia en esta obra, y no soy nadie sino en el humilde esfuerzo por cumplir con mi deber en la medida que el Señor me conceda la habilidad para hacerlo”³.

Además testificó que la Iglesia está dirigida divinamente: “Quiero decirles que jamás, desde la organización de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, hubo un instante en que un hombre dirigió la Iglesia, ni siquiera por un momento. No sucedió en los días de José Smith; tampoco en los de

Brigham Young; no ha sucedido desde entonces, ni sucederá jamás. La dirección de esta obra entre la gente del mundo jamás se dejará al hombre. Ésta es la obra de Dios”⁴.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Dios mismo guía Su obra y a Su pueblo.

Dios ha establecido todas las cosas en su debido orden. La casa de Dios es una casa de orden y no de confusión. En esta casa, Dios es el Jefe Supremo y se le debe obedecer. Cristo es a imagen y semejanza de Su ser, Su Hijo Unigénito, y es nuestro Salvador y nuestro Dios... Después de Dios y de Cristo, hay sólo un hombre sobre la tierra al que se le confieren las llaves del poder y la autoridad del santo sacerdocio, y al cual se le da el derecho de la presidencia. Él es el portavoz de Dios para Su pueblo acerca de todas las cosas concernientes a la edificación de Sión y a la salvación espiritual y temporal del pueblo⁵.

Ningún *hombre* guiará la obra de Dios ni a Su pueblo. Dios escoge a los hombres y los hace instrumentos en Sus manos para llevar a cabo Sus propósitos, pero la gloria, el honor y el poder corresponden al Padre, sobre quien descansan la sabiduría y el poder para guiar a Su pueblo y para cuidar a Su Sión. Yo no soy quien guía a la Iglesia de Jesucristo ni a los Santos de los Últimos Días, y quiero que esto se entienda claramente. Ningún hombre los dirige... Es necesario que recuerden que es Dios quien dirige la obra, que es Suya y no del hombre. Si hubiese sido la obra de José Smith, de Brigham Young, de John Taylor, de Wilford Woodruff o de Lorenzo Snow, no habría resistido las pruebas a las que fue sometida⁶.

Honremos y alabemos [al Presidente de la Iglesia], ese instrumento en las manos de Dios que instituye el orden en medio de la incertidumbre y establece ciertas reglas que nos indican la dirección a seguir⁷.

Tres sumos sacerdotes presidentes están a la cabeza de la Iglesia sobre la tierra.

Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo constituyen la Trinidad y el quórum inigualable que gobierna todas las crea-

ciones del Padre. Tres hombres se encuentran a la cabeza de la Iglesia sobre la tierra... [y] su único pensamiento es hacer el bien a todo el género humano, su máxima preocupación es el bienestar del pueblo del Señor y su obligación constante es la de unirlos y hacer que se esfuercen por edificar Sión, cada quien en su lugar y de acuerdo con el llamamiento que posea⁸.

Al principio de esta obra, el Señor reveló que tres sumos sacerdotes deben presidir el sumo sacerdocio de Su Iglesia, así como a toda la Iglesia (D. y C. 107:22, 64, 65, 66, 67, 91 y 92). Él les confirió toda la autoridad necesaria para presidir sobre todos los asuntos de la Iglesia. Ellos poseen las llaves de la Casa de Dios, de las ordenanzas del Evangelio y de todas las bendiciones que se han restaurado sobre la tierra en esta dispensación. Esa autoridad descansa sobre una presidencia compuesta de tres sumos sacerdotes. Son tres presidentes que el Señor mismo llama (D. y C. 107:29). Sin embargo, uno de ellos es quien preside, aun cuando sus consejeros también son presidentes⁹.

Sobre toda la Iglesia preside un consejo denominado Primera Presidencia, formada por un presidente y dos consejeros y junto a la cual se encuentran los Doce Apóstoles, quienes poseen la misma autoridad que la Primera Presidencia, pero que están sujetos a ésta y obran bajo su dirección¹⁰.

Se debe hablar sobre el oficial presidente de la Iglesia y dirigirse a él con el título de “Presidente”, lo cual se aplica también a los consejeros de la Primera Presidencia, ya que cada uno de ellos es un presidente, tal como el Señor lo ha dicho (D. y C. 107:22, 24, 29); sin embargo, no es apropiado hablar en forma banal del Presidente de la Iglesia ni es correcto dirigirse a él llamándole “Profeta”, “Vidente” o “Revelador”, aunque esos títulos exaltados son particularmente suyos, aun cuando pertenecen también a cada uno de sus consejeros y a cada uno de los Doce... Éstos son nombramientos de los poderes espirituales y de sus obligaciones y son demasiado sagrados para que se empleen en forma común y corriente¹¹.

Siempre hay alguien a la cabeza de la Iglesia; y si la Presidencia de la Iglesia deja de existir por muerte u otra causa, entonces siguen los Doce Apóstoles como cabeza de la Iglesia hasta que

nuevamente se organice una presidencia de tres sumos sacerdotes presidentes con el derecho de ocupar el puesto de la Primera Presidencia de la Iglesia... y es el deber de los Doce Apóstoles proceder enseguida, de la manera que ya se ha indicado, y ver que se reorganice la Primera Presidencia, a fin de que no haya deficiencia en el funcionamiento y en el orden del sacerdocio de la Iglesia¹².

**El presidente del sumo sacerdocio posee
las llaves del santo sacerdocio.**

El sacerdocio en general es la autoridad que se le ha dado al hombre para actuar en nombre de Dios. Todo varón que haya sido ordenado a cualquier oficio del sacerdocio tiene esa autoridad que Él le ha delegado.

Pero es necesario que todo acto que se efectúe bajo esta autoridad se realice en el momento y en el lugar apropiados, en la manera debida y de acuerdo con el orden correcto. El poder de dirigir estas obras es lo que constituye las *llaves* del sacerdocio¹³.

Todas las llaves, la autoridad y el poder pertenecientes al gobierno de la Iglesia y al Sacerdocio de Melquisedec y al Sacerdocio Aarónico se centran en el oficial presidente de la Iglesia. No existe ninguna responsabilidad ni oficio dentro de la Iglesia que el Presidente de la Iglesia no pueda ocupar o desempeñar, si fuera necesario o si se le requiriera [véase D. y C. 107:9]. Dentro de la Iglesia, él posee el oficio de patriarca, el de sumo sacerdote, el de apóstol, el de setenta, el de élder, el de obispo, el de presbítero, el de maestro y el de diácono; todos los cuales pertenecen a la Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, quien puede oficiar en cualquiera de estos llamamientos, o en todos, cuando la ocasión lo requiera¹⁴.

Jamás hay a la vez más de uno nombrado para poseer las llaves del reino de Dios pertenecientes a la tierra. Mientras Cristo estuvo sobre la tierra, Él fue quien las tuvo; pero al partir las entregó a Pedro porque era el presidente o el principal de los apóstoles y tenía el derecho de dirigir y recibir revelaciones para la Iglesia y de dar consejo a todos los hermanos. Después de que Satanás y hombres impíos prevalecieron contra la Iglesia, cruci-



La Primera Presidencia, de abril de 1910 a octubre de 1911 (de izquierda a derecha): Anthon H. Lund, Joseph F. Smith, John Henry Smith.

ficaron al Salvador y mataron a los apóstoles, las llaves del reino se quitaron de la tierra... Desde la época en que las llaves de este sacerdocio se retiraron de la tierra hasta que José Smith las recibió, ningún hombre poseyó ese sacerdocio, ni sus llaves, con la autoridad para edificar la Sión de Dios y preparar una Iglesia o un pueblo para la segunda venida de Cristo¹⁵.

El libro *Doctrina y Convenios* aclara que aun cuando todo oficial de la Iglesia tiene el derecho de oficiar en su llamamiento, “el Sacerdocio de Melquisedec posee el derecho de presidir, y tiene poder y autoridad sobre todos los oficios en la Iglesia en todas las edades del mundo, para administrar en las cosas espirituales” (D. y C. 107:8).

Más adelante, en los versículos 65 y 66 de la misma revelación, se nos ha dicho:

“Por consiguiente, es menester que se nombre a uno del sumo sacerdocio para presidir al sacerdocio; y se le llamará presidente del sumo sacerdocio de la iglesia,

“o en otras palabras, el Sumo Sacerdote Presidente de todo el sumo sacerdocio de la Iglesia”¹⁶.

El hecho principal que hay que recordar es que el sacerdocio es mayor que cualquiera de sus oficios; y que cualquier hombre que posee el Sacerdocio de Melquisedec puede efectuar, en virtud de ello, cualquiera de las ordenanzas pertenecientes a ese sacerdocio o que estén relacionadas con el mismo, cuando es llamado a ello por alguien que posea la debida autoridad, autoridad con la cual está investido el Presidente de la Iglesia o cualquier otra persona que Él designe. Todo oficial de la Iglesia se encuentra bajo su dirección y es Dios quien lo dirige. También ha sido elegido por el Señor para estar a la cabeza de la Iglesia y llega a serlo cuando el sacerdocio de la Iglesia (que incluye a sus oficiales y miembros) lo han aceptado y sostenido (D. y C. 107:22)¹⁷.

**El presidente es nombrado para recibir
revelación para toda la Iglesia.**

El Señor ha nombrado también a un hombre a la vez sobre la tierra para que posea las llaves de la revelación para toda la Iglesia en lo concerniente a sus organizaciones, autoridades, ordenanzas y doctrinas. El espíritu de revelación se confiere a todos los miembros para su propio beneficio y guía con el fin de que cada uno reciba inspiración de acuerdo con la jurisdicción en la cual haya sido llamado a trabajar. Sin embargo, para toda la Iglesia, sólo quien está a su cabeza ha sido llamado para recibir revelaciones que se reconocen como mandamientos y dar fin a toda posible controversia. Con la ayuda de sus consejeros, preside sobre toda la Iglesia en todo el mundo; de este modo, la Primera Presidencia posee el derecho de dar dirección autorizada en todos los asuntos pertenecientes a la edificación, el gobierno y la reglamentación del conjunto de miembros de la Iglesia¹⁸.

Los Santos de los Últimos Días mantienen como principio de su fe el hecho de que... el Presidente de la Iglesia es la única persona reconocida por medio de la cual se recibe comunicación divina que se acepta como ley y doctrina para el organismo religioso, que esa revelación se puede recibir en cualquier momento y sobre cualquier aspecto, ya sea espiritual o temporal, según la voluntad de Dios y, finalmente, que para todo fiel Santo

de los Últimos Días esa revelación es primordial, sea lo que fuere lo que aconseje o exija.

En cuanto una persona quiera destacarse y asumir el derecho de gobernar, dictar o juzgar a sus hermanos, especialmente a los que presiden, es necesario detenerla con el fin de evitar discordias, división y confusión. Todos los hombres y mujeres de esta Iglesia deben tener mejor criterio y no ceder a tal espíritu y, apenas ese sentimiento se haga presente, debe ser reprendido, ya que se opone directamente al orden del sacerdocio y al espíritu y carácter de esta obra. No podemos aceptar nada como autorizado a menos que se reciba directamente por intermedio de la vía señalada, las organizaciones constituidas del sacerdocio, que es la vía que el Señor ha designado para dar a conocer Su disposición y Su voluntad al mundo²⁰.

Sería absolutamente contradictorio, irrazonable y absurdo suponer que después de que Dios llamó a un hombre y lo designó para llevar a cabo esta obra, lo pasara por alto y se dirigiera a otro para lograr el mismo propósito. Ninguna persona con un poco de sentido común aceptaría ni por un instante algo así. El sólo considerar seriamente esa idea sería culpar al Todopoderoso de incongruencia y de ser el causante de confusión, discordia y cismas. El reino de Dios jamás podría establecerse de esa forma en la tierra²¹.

Si [el presidente de la Iglesia] se volviera infiel, Dios lo quitaría del puesto que ocupa. En nombre del Dios de Israel, testifico que Él no permitirá que el que esté a la cabeza de la Iglesia, a quien Él ha escogido para estar allí, transgreda Sus leyes y apostate; en el momento en que él tomara el camino que con el tiempo lo condujera a algo así, Dios se lo llevaría. ¿Por qué? Porque el permitir que un hombre impío ocupe esa posición sería como permitir que la fuente se volviera corrupta, algo que Él nunca permitirá²².

Dios honrará y magnificará a Sus siervos.

[Ésta] no es la obra del hombre sino la obra del Dios Todopoderoso y es Su cometido ver que los hombres que

ocupen esa posición estén en armonía con Él, hombres que reciban Sus instrucciones y que las cumplan de acuerdo con Su voluntad²³.

El sacerdocio [de Dios] estará siempre constituido por los hombres más apropiados para cada posición, hombres cuyas espaldas estén preparadas para soportar la carga, hombres por medio de los cuales Él pueda actuar y conducir los asuntos de Su Iglesia de acuerdo con el deseo de Su propia voluntad. En el momento en que las personas busquen otra fuente, en ese instante abrirán la puerta a las influencias seductoras de Satanás y se expondrán a convertirse en siervos del demonio; perderán de vista el orden verdadero mediante el cual se pueden disfrutar las bendiciones del sacerdocio, y se alejarán de la protección del reino de Dios para internarse en terreno peligroso²⁴.

Dios honrará y engrandecerá a Sus siervos a la vista del pueblo. Los sostendrá en justicia; los enaltecerá, los exaltará en Su presencia y participarán de Su gloria para siempre jamás²⁵.

Doy mi testimonio de la autoridad divina de aquellos que han sucedido al profeta José Smith en la presidencia de esta Iglesia. Ellos fueron hombres de Dios... puedo dar testimonio de la integridad, del honor, de la pureza de vida, de la inteligencia y de la divinidad de la misión y del llamamiento de Brigham [Young], de John [Taylor], de Wilford [Woodruff] y de Lorenzo [Snow]; quienes fueron inspirados por Dios para cumplir con la misión a la cual se les llamó, y yo lo sé muy bien. Doy gracias a Dios por ese testimonio y por el Espíritu que me persuade y me impulsa hacia estos hombres, hacia su misión, hacia este pueblo, hacia mi Dios y hacia mi Redentor²⁶.

Mis hermanos y hermanas, es mi responsabilidad y mi deber predicar el Evangelio de Jesucristo, el cual fue crucificado y levantado de entre los muertos y está sentado en el trono exaltado con poder, gloria y majestad a la diestra de Su Padre, nuestro Dios... Debo hacer todo lo que esté a mi alcance, lo que más pueda, por quienes Dios ha confiado a mi cuidado. También debo cumplir con mi deber para con el pueblo de Dios para quienes Él ha deseado que sea Su humilde ministro y Su maestro del Evangelio²⁷.

Es la obra del Señor, y les ruego que no lo olviden. Les imploro que lo crean, porque es verdad. Todo lo que el Señor dijo concerniente a esta obra de los postreros días se cumplirá. El mundo no puede impedirlo... Dios está al timón y Él guiará a Su pueblo a la victoria²⁸.

Siempre y cuando digo una palabra que es aceptable para Dios, siempre que hablo Su verdad, es por medio de la presencia y la influencia de Su Espíritu, y lo hago para Su honra y Su gloria. Jamás he reclamado ningún honor para mi persona. No deseo ningún honor ni demando ninguno, a excepción del de ser miembro de la Iglesia de Cristo, el honor de tener una posición inmaculada, incorrupta e inamovible en el reino de mi Dios y de Su Cristo²⁹.

En lo que a mí respecta, es el reino de Dios o nada. Personalmente, no soy de gran importancia en esta obra, y no soy nadie sino en el humilde esfuerzo por cumplir con mi deber en la medida que el Señor me conceda la habilidad para hacerlo. Pero es el reino de Dios, lo cual quiere decir que es la organización de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, de la cual Jesucristo es el rey y la cabeza³⁰.

Sugerencias para el estudio

- ¿Quién dirige la Iglesia? ¿Por qué es importante comprender que “ningún *hombre* guiará la obra de Dios ni a Su pueblo”?
- ¿Qué bendiciones se prometen a los miembros de la Iglesia si obedecen fielmente al Presidente de la Iglesia? (Véase también D. y C. 21:4–6.) ¿De qué manera han sido bendecidos al seguir el consejo de los profetas de nuestros días?
- ¿Qué puede hacer para sostener y apoyar a la Primera Presidencia y al Quórum de los Doce Apóstoles en su obra?
- ¿Qué significado tienen los “títulos exaltados” de profeta, vidente y revelador? ¿Quiénes poseen esos títulos?
- ¿Qué son las llaves del sacerdocio? ¿Qué significa sostener al Presidente de la Iglesia como la única persona en la tierra que posee todas las llaves del sacerdocio y que está autorizada para ejercerlas?

- ¿Por qué tiene tanta importancia que sepamos que sólo el Presidente de la Iglesia está facultado para recibir revelaciones para toda la Iglesia? ¿Cómo podemos protegernos de creer en falsos profetas y falsas revelaciones?
- ¿Cómo podemos estar seguros de que el Presidente de la Iglesia nos guiará siempre de acuerdo con la voluntad de Dios?

Notas

1. Véase "Conference Report", octubre de 1901, pág. 71.
2. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 169.
3. *Gospel Doctrine*, pág. 154.
4. *Gospel Doctrine*, pág. 76.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 210.
6. *Gospel Doctrine*, págs. 138–139.
7. En "Conference Report", octubre de 1902, pág. 87.
8. En "Conference Report", abril de 1898, pág. 69.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 176.
10. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 4:248.
11. *Messages of the First Presidency*, 4:307.
12. *Gospel Doctrine*, págs. 177–178.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 136.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 176.
15. *Gospel Doctrine*, págs. 43–44.
16. *Gospel Doctrine*, págs. 175–176.
17. *Gospel Doctrine*, pág. 174.
18. *Messages of the First Presidency*, 4:270.
19. *Messages of the First Presidency*, 4:154.
20. *Gospel Doctrine*, págs. 41–42.
21. *Deseret News: Semi-Weekly*, 26 de junio de 1883, pág. 1.
22. *Deseret News: Semi-Weekly*, 26 de junio de 1883, pág. 1.
23. *Deseret News: Semi-Weekly*, 26 de junio de 1883, pág. 1.
24. *Gospel Doctrine*, pág. 42.
25. *Gospel Doctrine*, pág. 502.
26. *Gospel Doctrine*, pág. 169.
27. En "Conference Report", octubre de 1915, págs. 6–7.
28. *Gospel Doctrine*, pág. 502.
29. En "Conference Report", abril de 1912, págs. 137–138.
30. *Gospel Doctrine*, pág. 154.



La santificación del día de reposo: Para que tu gozo sea cabal

El día de reposo es un día que Dios ha apartado para que adoremos, oremos y rindamos nuestras devociones al Altísimo.

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith entendió y enseñó la gran responsabilidad que tienen los Santos de los Últimos Días de honrar el día de reposo. Él enseñó a los santos a adorar al Señor en el día de reposo y a dedicar ese día a la enseñanza y la bendición de sus respectivas familias. Dijo: “En lo que a mí concierne, en el día de reposo, durante las horas que no asistimos a los servicios [dominicales de la Iglesia], me gustaría tener el privilegio de sentarme en casa con la familia y conversar con ellos, intercambiar ideas y conocerlos aún mejor. Quisiera tener el privilegio de pasar todo el tiempo del día de reposo que me fuera posible para eso, para conocer mejor a mis hijos, mantenerme más en contacto con ellos y hacer que ellos se mantengan más en contacto con las Escrituras; pensar en algo más que la diversión, los chistes, la risa, el bullicio y cosas como ésas”¹.

Enseñó también las consecuencias de profanar el día consagrado por el Señor. El domingo 12 de junio de 1898, en el Tabernáculo de Salt Lake City, dijo: “Al venir a la reunión, me encontré con una de las Autoridades Generales quien me dijo que al pasar por la estación de trenes vio a una gran cantidad de personas allí reunidas que se dirigían a algún lugar de diversión... Si algunos de ellos profesan ser Santos de los Últimos Días, entonces el camino que hoy han tomado va en contra de la ley de Dios, de los convenios que han hecho en las aguas bautismales

y de los convenios que han contraído en los lugares más sagrados en los que sólo se admite a los Santos de los Últimos Días. Ellos están violando el día de reposo, están deshonorando un mandamiento del Señor, están demostrando ser desobedientes a la ley y están haciendo lo que no es grato a la vista de Dios y que finalmente puede ser perjudicial para ellos o llevarlos a la apostasía”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

El Señor ha apartado y consagrado un día de cada siete.

Dios hizo o designó el día de reposo para que fuera un día de descanso, de adoración, de obras buenas, y un día para la humildad y la penitencia, y la adoración al Altísimo tanto en espíritu como en verdad³.

Existe hoy en el país una tendencia en aumento a desestimar la santificación del día de reposo. El mandamiento: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo” es una ley que tiene la misma vigencia hoy que cuando se dio a Israel en el Monte Sinaí [Éxodo 20:8]⁴.

El día de reposo es un día para descansar y adorar, que por mandamiento especial el Señor ha designado y apartado para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y, por consiguiente, debemos honrarlo y santificarlo, y enseñar este principio a nuestros hijos⁵.

Se ha apartado y consagrado un día de cada siete como día de reposo, de meditación profunda, de oración y acción de gracias y para participar de la Santa Cena del Señor en memoria de Él y de Su incomparable expiación. Enseñemos a nuestros hijos a observar el día de reposo y santificarlo, y hacerlo porque lo desean y además porque Dios lo ha mandado. Ellos pueden pasear y descansar, hacer cosas diferentes y divertirse legítimamente durante los demás días... No profanemos pues el día de reposo⁶.

¿Qué debemos hacer el día de reposo?

Honren el día de reposo y santifiquenlo. Adoren al Señor en ese día. No trabajen ni salgan en busca de vanas diversiones; des-

cansen y refresquen su memoria por medio de la oración, el estudio y la meditación sobre los principios de vida y salvación. Ésas son las cosas que debemos hacer en el día de reposo...

Regresen hoy a casa llevando este mensaje y trasmítanlo a los familiares que no hayan estado presentes. Díganles que la Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días está en contra de la violación del día de reposo⁷.

El expreso deber de todo Santo de los Últimos Días —y esto incluye a los jóvenes, tanto hombres como mujeres, y a los niños y niñas— es observar debidamente el día de reposo. Tal vez parezca extraño que sea necesario repetir este hecho tantas veces declarado; pero parece haber personas, y a veces comunidades enteras, que desatienden este deber y por lo tanto, necesitan esta amonestación.

¿Qué se nos requiere hacer el día de reposo? Las revelaciones del Señor al profeta José Smith son bastante claras al respecto, y deben regirnos porque concuerdan estrictamente con las enseñanzas del Salvador. He aquí algunos de los sencillos requisitos:

Se ha señalado el día de reposo para que descansen de sus obras.

El día de reposo es un día especial para adorar, orar y demostrar celo y fervor hacia su fe y sus deberes religiosos—para rendir sus devociones al Altísimo.

Se requiere que en el día de reposo dediquen su tiempo y su atención a la adoración del Señor, ya sea en las reuniones, en la casa o dondequiera que estén. Éstos son los pensamientos que deben ocupar su mente.

El día de reposo es un día para asistir a las reuniones de los santos, con sus hermanos y hermanas, preparados para tomar el sacramento de la Cena del Señor, habiendo confesado previamente sus pecados ante el Señor y ante sus hermanos y hermanas, y después de haber perdonado a sus semejantes de la misma manera en que esperan que el Señor los perdone a ustedes.

En el día de reposo no deben hacer ninguna cosa sino preparar sus alimentos con sencillez de corazón, a fin de que sus ayunos sean perfectos y su gozo sea cabal. Esto es a lo que el Señor llama ayunar y orar [D. y C. 59:13–14].



El coro del Barrio Salt Lake 20 durante el comienzo de la década de 1900. El presidente Joseph F. Smith dijo que la música que cantaban “los coros de los santos” era como “una alabanza de gracia a Dios” importante para nuestra adoración del día de reposo (*Gospel Doctrine*, pág. 259).

El porqué de este comportamiento requerido durante el día de reposo se expresa claramente en las revelaciones. Es para que uno se conserve más íntegramente sin mancha del mundo; y para ese fin se requiere también que todos los santos vayan a la casa de oración y ofrezcan su sacramento en el día de reposo [véase D. y C. 59:9]...

El Señor no está complacido con aquellos que saben estas cosas y no las ponen en práctica.

Los hombres no descansan de sus labores cuando aran y plantan, cuando cargan y excavan; tampoco descansan cuando pasan todo el domingo en casa haciendo tareas que no tuvieron tiempo de hacer en otros días.

Los hombres no manifiestan celo y fervor en la fe que profesan y en sus deberes religiosos cuando salen muy temprano el domingo de mañana... a las montañas, a los centros recreativos y a visitar a sus amigos, o a los centros de diversión con sus esposas e hijos. De esa forma, no rinden sus devociones al Altísimo.

Al buscar los placeres y las diversiones no dedican tiempo ni atención a la adoración del Señor ni tampoco se regocijan en el espíritu de perdón y adoración que se obtiene al tomar la Santa Cena.

Los niños y los jóvenes no ayunan con sencillez de corazón, a fin de que su gozo sea cabal, cuando pasan el día de reposo haraganeando alrededor del puesto de helados o del restaurante del pueblo, jugando, paseando en coche, pescando, cazando o tomando parte en deportes físicos, excursiones y paseos. Ése no es el camino que los conservará limpios de las manchas del mundo, sino que más bien los privará de las ricas promesas del Señor y les traerá aflicción en vez de alegría, e inquietud y zozobra en lugar de la paz que se logra con las obras de rectitud⁸.

Si dedicáramos todo el día de reposo a hacer alguna obra, actividad o estudio para perfeccionar nuestra mente y obtener un mayor conocimiento de nuestros deberes en la Iglesia, sobre la ley de la Iglesia y acerca de los mandamientos de Dios y de los preceptos del Evangelio de Jesucristo, obtendríamos enormes beneficios...

Mi creencia es que nuestro deber como Santos de los Últimos Días es honrar el día de reposo y santificarlo, tal como el Señor lo ha mandado. Vayan a la casa de oración; presten atención a las instrucciones que les den; den testimonio de la verdad; beban de la fuente del conocimiento y de la instrucción que nos proporcionan las personas que han sido inspiradas para hacerlo. Al llegar a casa, reunamos a la familia; cantemos algunos himnos; leamos uno o dos capítulos de la Biblia, del Libro de Mormón o de Doctrina y Convenios; analicemos los principios del Evangelio que nos harán progresar en la escuela del conocimiento divino, y dediquemos de esa manera un día de cada siete...

Pienso que es conveniente que cobijemos a nuestros hijos bajo nuestras alas, por así decirlo, por lo menos un día a la semana, y les enseñemos el honor y la honradez y a reverenciar lo que es correcto y divino y a respetar a las personas mayores y a los débiles, y a ser amables con el extranjero que esté dentro de nuestras puertas... Debemos enseñarles a ser corteses; debemos enseñar a nuestros hijos a ser caballeros y a nuestras hijas a ser

damas. Y cuando hablo de caballeros y damas, me refiero tanto a varones y niñas como a hombres y mujeres que demuestren modestia, mansedumbre, afabilidad, paciencia, amor y bondad sinceros hacia los hijos de los hombres...

Hay una infinidad de cosas que podemos hacer durante el día de reposo que pueden entretener, interesar e instruir a nuestros hijos en casa, durante el tiempo que queda libre una vez que hayan terminado las reuniones... Permitamos que se diviertan cuando sea el momento apropiado, pero enseñémosles cosas mejores durante el día de reposo⁹.

**Se puede apartar con prudencia la noche
del sábado como un período de preparación
para el día del Señor.**

Es obligación de los miembros de la Iglesia disponer sus labores de tal manera que no haya excusa alguna para no santificar el día del Señor. Con ese fin es necesario que los jóvenes y las jovencitas disfruten de cierto [tiempo libre] durante la semana para utilizarlo como esparcimiento y recreación, con el propósito de reservar el día de reposo para la cultura y la adoración espirituales. Es igualmente obligatorio que planifiquemos nuestras diversiones de tal manera que no interrumpan nuestra adoración¹⁰.

Se puede apartar con prudencia la noche del sábado para tener una conversación reflexiva o para leer algo que nos prepare para la llegada del día de reposo¹¹.

Un buen... mandamiento moderno podría decir así: No trabajen ni se preocupen demasiado el sábado, si por ello van a privar al día de reposo de las devociones y de la adoración que le corresponden como día de descanso.

En casa, el sábado es el día que se aparta para limpiar, para preparar comida adicional, para remendar y hacer toda clase de arreglos que se consideren necesarios para el día de reposo. En los negocios, el sábado es el día para concluir los asuntos pendientes del trabajo de la semana.

Las consecuencias de la forma moderna en que pasamos el último día de la semana a menudo se manifiestan en una indolencia e indiferencia negligente que convierte nuestros

sentimientos y nuestra falta completa de energía en algo casi incompatible con el espíritu de adoración. Ninguna persona que quede agotada por el trabajo excesivo que comienza el sábado muy temprano y acaba muy tarde, puede adorar apropiadamente a Dios en espíritu y en verdad¹².

Las personas que de continuo profanan el día del Señor perderán Su Espíritu.

Honrarás el día de reposo y lo santificarás. ¿Lo hacemos? ¿Es necesario hacerlo? Es absolutamente necesario que lo hagamos a fin de estar en conformidad con las leyes y los mandamientos de Dios, y al quebrantar esa ley o ese mandamiento, seremos culpables de transgredir la ley de Dios. ¿Y cuál será el resultado si continuamos? Nuestros hijos seguirán nuestros pasos, y ellos también deshonrarán el mandamiento de Dios de santificar un día de cada siete, y perderán el espíritu de la obediencia a las leyes de Dios y a Sus requisitos, tal como lo perderá el padre si continúa violando los mandamientos¹³.

Las personas que de continuo profanan el día del Señor no pueden estar en comunión; además, los miembros de la Iglesia que no cumplan con la adoración colectiva ni participen de la Santa Cena, ni se acuerden del día de reposo para santificarlo, se volverán débiles en la fe y enfermos espirituales, perderán el Espíritu y el favor de Dios y finalmente su lugar en la Iglesia y su exaltación junto con los obedientes y los fieles¹⁴.

El Señor ha dicho: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo”. Ésa es la ley de Dios no solamente para Su pueblo sino para toda la humanidad. El miembro de la Iglesia que no honre el día de reposo ni lo santifique está en transgresión; no se mantiene fiel a la palabra de la verdad; no es realmente un discípulo de Cristo; no conocerá la verdad y la verdad no lo hará libre a menos que la conozca y la viva¹⁵.

Los teatros y demás centros de entretenimiento público están ahora abiertos en el día de reposo, contraviniendo así las revelaciones del Señor. Son un factor preponderante en la destrucción de la fe de aquellos que asisten a ellos [ese día]. Los padres de la juventud de Sión deben proteger a sus hijos de estas prác-

ticas y de toda otra influencia maligna, ya que serán hallados responsables si a causa de su negligencia sus hijos se desvían¹⁶.

Los Santos de los Últimos Días tienen la misma responsabilidad de honrar el día de reposo y de cumplir con los deberes que tienen la obligación de realizar ese día, que la de ser honrados con sus semejantes y vivir con rectitud... Es también el deber de los padres establecer un buen ejemplo en cuanto a la santificación del día de reposo, con oración dentro del círculo familiar y cumpliendo con todos los deberes que tienen como Santos de los Últimos Días. El padre o la madre que no enseñe a sus hijos ni los aliente a cumplir con sus deberes llegará a lamentar su insensatez¹⁷.

Quienes honran el día de reposo disfrutan de grandes bendiciones, tanto temporales como espirituales.

El domingo es un día de descanso, un cambio de las ocupaciones ordinarias de la semana, pero es aún más que eso. Es un día de adoración, un día en que se puede enriquecer la vida espiritual del hombre. Con mucha frecuencia, un día de indolencia, de recuperación física, es algo muy distinto al día de reposo ordenado por Dios. El espíritu de adoración y el agotamiento físico y la indolencia son incompatibles entre sí. El observar correctamente los deberes y cumplir con las obligaciones del día de reposo logrará, a causa de su cambio y de su vida espiritual, el mejor descanso que los hombres puedan disfrutar en él¹⁸.

Deseo de todo corazón... que nos fortalezcamos en lo que concierne a nuestra fe y que nos convirtamos en mejores Santos de los Últimos Días de lo que hayamos sido antes. Ése es uno de los propósitos principales que tiene el reunirnos el día de reposo... Estoy convencido de que hemos caído en la costumbre de asistir a las reuniones sin poseer verdaderamente un corazón contrito. Puede parecer algo duro esto que estoy diciendo y puede también no aplicarse a todos nosotros, pero estoy convencido de que muchos vienen con desgano, sin un propósito especial. Pienso que debemos venir para reconocer ante el Señor que recordamos el día de reposo y que tenemos la intención de aprender acerca de Sus caminos...

Creo que todos debemos hacernos a la idea de que una parte de esta obra depende de cada persona. Cada uno debe darse cuenta de que cosechará lo que haya sembrado. Por lo tanto, todos deben obrar con determinación, y al reunirnos, tener espíritu de oración y permitir que su alma se extienda, no solo para sí mismos, sino para toda la Iglesia. Si esto se hiciera, nadie se apartaría de la casa de adoración sin experimentar el Espíritu de Dios¹⁹.

Ahora bien, ¿qué es lo que se promete a los miembros que observen el día de reposo? El Señor declara que en tanto hagan esto con corazones y semblantes alegres, la abundancia de la tierra será de ellos, “las bestias del campo y las aves del cielo, y lo que trepa a los árboles y anda sobre la tierra; sí, y la hierba y las cosas buenas que produce la tierra, ya sea para alimento, o vestidura, o casas, alfolíes, huertos, jardines o viñas” [D. y C. 59:16–17].

Todas estas cosas son hechas para el beneficio y el uso del hombre, tanto para agradar la vista como para alegrar el corazón, para vigorizar el cuerpo y animar el alma. Todo esto se promete a los que guarden los mandamientos, entre los cuales se encuentra éste tan importante, el de observar debidamente el día de reposo...

Juguemos y divirtámonos todo lo que queramos durante otros días, pero en el día de reposo descansemos, adoremos, vayamos a la casa de oración, tomemos la Santa Cena, comamos nuestros alimentos con sencillez de corazón y rindamos nuestras devociones a Dios, a fin de que la abundancia de la tierra sea nuestra, y podamos tener paz en este mundo y vida eterna en el venidero²⁰.

Sugerencias para el estudio

- ¿Cuáles son los propósitos por los cuales el Señor ha apartado y consagrado el día de reposo? ¿Cuáles son las bendiciones de tener un día de descanso y de adoración?
- ¿Qué significa descansar de nuestras labores durante el día de reposo? ¿Cuáles son “las cosas que debemos hacer el día de reposo”? ¿En qué forma podemos enseñar a los miembros de nuestra familia a honrar el día de reposo?

- ¿Qué significa estar “sin mancha del mundo”? ¿De qué manera el observar el día de reposo nos ayuda a lograrlo?
- ¿En qué forma el gozo y el regocijo son parte de la santificación del día de reposo? (Véase también D. y C. 59:13–14.) ¿Cómo nos lleva a la infelicidad, a la pérdida del Espíritu y a la apostasía el deshonrar el día de reposo?
- ¿Cuáles son nuestras responsabilidades familiares durante el día de reposo? En ese día, ¿cómo podemos enseñar a nuestros hijos a “honrar y reverenciar lo que es correcto y divino”?
- ¿De qué manera las actividades que realizamos el sábado aumentan o restan valor a nuestra adoración durante el día de reposo?
- ¿Qué responsabilidad tenemos cuando asistimos a las reuniones del día de reposo? ¿Qué bendiciones recibimos cuando tenemos el verdadero espíritu de adoración en nuestras reuniones?
- ¿Qué bendiciones espirituales disfrutamos cuando honramos el día de reposo? ¿Qué bendiciones temporales se nos han prometido? (Véase también D. y C. 59:9–23.)

Notas

1. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 5:17–18.
2. *Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de junio de 1898, pág. 1.
3. En Conference Report, abril de 1915, pág. 10.
4. En *Messages of the First Presidency*, 4:210.
5. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 242.
6. *Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de junio de 1898, pág. 1.
7. *Deseret News: Semi-Weekly*, 5 de julio de 1898, pág. 1.
8. *Gospel Doctrine*, págs. 244–246.
9. En *Messages of the First Presidency*, 5:17–18, 20–21.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 247.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 242.
12. *Gospel Doctrine*, págs. 241–242.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 402.
14. En *Messages of the First Presidency*, 3:123.
15. *Deseret News: Semi-Weekly*, 21 de enero de 1896, pág. 1.
16. En *Messages of the First Presidency*, 4:210.
17. *Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de junio de 1898, pág. 1.
18. *Gospel Doctrine*, pág. 242.
19. En Brian H. Stuy, compilador, *Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others* [Discursos pronunciados por el presidente Wilford Woodruff, sus dos consejeros, los Doce Apóstoles y otros], 5 tomos, 1987–1992, 2:364–365; se agregaron párrafos.
20. *Gospel Doctrine*, págs. 245–246.



Nuestra obra es la de salvar almas

*Nuestra obra más importante es la de trabajar por
la salvación de los vivos y de los muertos.*

De la vida de Joseph F. Smith

A lo largo de su vida, Joseph F. Smith trabajó prestando servicio en el reino de Dios, “preocupándose siempre por el progreso de la obra del Señor”¹. En la conferencia especial en la que se le sostuvo como Presidente de la Iglesia, él exhortó a los santos: “Nuestro deber es el de emprender la obra con entusiasmo, con determinación y con el firme propósito de llevarla adelante con la ayuda del Señor y de acuerdo con la inspiración de Su Espíritu, tal como se ha hecho en el pasado”².

Él alentó a los santos en los barrios y en las ramas, que iban en aumento en todo el mundo, a prestar servicio y a bendecir a los demás en todo lo que estuviera a su alcance. Durante la época en que presidió la misión de Inglaterra, [el hermano] William Fowler, miembro de Sheffield, explicó lo que había hecho para llevar adelante la obra del reino de Dios. El hermano Fowler, quien había tenido que enfrentar muchas pruebas y tribulaciones cuando se unió a la Iglesia, compuso un himno como prueba de su fe en el Evangelio y de su gratitud por lo que había recibido. El presidente Joseph F. Smith se encontraba presente cuando se cantó por primera vez. El himno comienza con las que llegaron a convertirse en palabras sumamente familiares para los Santos de los Últimos Días en todas partes del mundo: “Te damos, Señor, nuestras gracias” (*Himnos*, N° 19).

Joseph F. Smith agradecía la contribución de todos los miembros fieles de la Iglesia a la obra del Señor y fue su deseo pasar su propia vida al servicio de toda la gente, tanto viva como



La oficina de la Sociedad Genealógica de Utah en Salt Lake City, antes de 1917, precursora de la Biblioteca de Historia Familiar de la actualidad. De izquierda a derecha: Lillian Cameron, Joseph Christensen, Joseph Fielding Smith y Bertha Emery.

muerta. Le encantaba trabajar en el templo, en donde prestó servicio como registrador; supervisó la obra del templo en la Casa de Investiduras y posteriormente recibió el llamamiento de presidente del Templo de Salt Lake. Bajo su administración, floreció la Sociedad Genealógica de Utah, creada en 1894. La vida de Joseph F. Smith fue una misión dedicada al bienestar y a la salvación de todas las personas, una misión que encomendó a los santos: “No hay cosa más grande ni más gloriosa en este mundo que trabajar por la salvación de los vivos y por la redención de los muertos”³.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Estamos en la tierra para hacer la obra de Dios.

[Dios], quien envió a Su Hijo Unigénito al mundo para llevar a cabo la misión que cumplió, también mandó a toda alma que se encuentra al alcance de mi voz, y por cierto, a todo hombre y mujer en el mundo, a cumplir una misión, la cual no se puede realizar con negligencia, ni con indiferencia, ni puede llevarse a efecto en la ignorancia. Debemos aprender nuestro deber, aprender lo que el Señor requiere de nuestras manos y entender las responsabilidades que ha colocado sobre nosotros. Debemos aprender la obligación que tenemos ante Dios y los unos para con los otros, y también la que tenemos en cuanto a la causa de Sión que se ha restaurado a la tierra en los postreros días⁴.

Recordemos que estamos desempeñando la obra de Dios, y cuando digo la obra de Dios me refiero a que nos encontramos embarcados en la obra que el Todopoderoso ha instituido en la tierra para nuestra salvación individual. Toda persona debe esforzarse por su propio bien y, hasta donde le sea posible, por el bien de los demás. No se conoce tal cosa, en lo que respecta a la ciencia de la vida, como que el hombre trabaje exclusivamente para sí mismo. El propósito no es que estemos solos ni ahora ni en la eternidad. Cada individuo es una unidad en la familia de la fe y cada persona debe estar al tanto de la parte de responsabilidad que recae sobre el conjunto. Cada uno debe ser diligente en el cumplimiento de su deber; y si hace esto y se conserva puro y sin mancha del mundo, ayuda a otros a conservarse puros y sin mancha⁵.

[El Evangelio de Cristo es] una religión viviente y diaria, una religión que se practica a cada hora y que requiere que hagamos lo correcto hoy, en este momento, esta semana, este mes y este año; y así sucesivamente, durante todos los años, que vivamos conforme a nuestra religión, que es la religión de Jesucristo, de rectitud, de verdad, de misericordia, de amor, de perdón, de bondad, de unión y de paz en la tierra y de buena voluntad para con los hombres y todo el mundo. Esa es nuestra misión⁶.

Tenemos delante de nosotros un glorioso destino y estamos desempeñando una obra gloriosa que es digna de toda nuestra atención, de toda nuestra vida y de todo lo que el Señor ha puesto en nuestras manos y aún diez mil veces más. En realidad, no hay comparación; es absolutamente todo, es incomparable, es todo lo que es y todo lo que será. El Evangelio es salvación, y sin él, no hay nada que valga la pena poseer⁷.

**Somos responsables de todo lo que podemos
hacer para obtener nuestra salvación.**

Tratemos de obtener nuestra salvación con temor y temblor ante nuestro Padre y de ser fieles hasta el fin. Recuerden que están abocados a esta obra por el tiempo de esta vida y por toda la eternidad. No hay forma de dar marcha atrás ni de salir de ella, a no ser por medio del pecado que trae como consecuencia el castigo a la transgresión. Pero si esperan la exaltación, si esperan padres y madres, hermanos y hermanas, seres queridos y amigos; si esperan la gloria, la inteligencia y vidas sin fin, entonces deben obtenerlos en la obra de Dios; no pueden lograrlos en ningún otro lado. Por lo tanto, dediquemos nuestra solidaridad y nuestro interés a esta causa; concentremos todo nuestro cariño a ella y solamente a ella. Dejemos de lado las cosas del mundo⁸.

El Evangelio de Jesucristo es el poder de Dios para salvación, y es absolutamente necesario que todo hombre y mujer en la Iglesia de Cristo obre con rectitud, observe las leyes de Dios y guarde los mandamientos que Él les ha dado, a fin de que en esta vida pueda valerse del poder de Dios para salvación⁹.

Creemos que es necesario que la gente de esta época viva, actúe y esté en contacto con Dios el Padre y con el Hijo, y que los conozcan, ya que el hacerlo significa la vida eterna. Creemos que para conocerlos y estar en contacto con ellos es necesario que en estos tiempos vivamos como lo hicieron los santos de la antigüedad, para de esa forma disfrutar de las mismas bendiciones que ellos recibieron y para que Él nos enseñe día a día, línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y un poco allí, hasta que adquiramos un conocimiento del Padre y lo conozcamos por nosotros mismos. Me es imposible adquirir conocimiento por ustedes de la misma forma que es imposible que cualquier otra persona lo haga por mí. Ni tampoco el Espíritu de Dios les revela a ustedes el Evangelio ni les da testimonio del Padre para mí. Yo no puedo salvarlos a ustedes ni ustedes me pueden salvar. En ese sentido, ninguna persona puede ser salvadora de otra. Sin embargo, la persona que tiene en su corazón el testimonio del Espíritu y el conocimiento de los primeros principios del Evangelio, puede manifestárselos a otra, y al declarárselos a otra alma, la puede convencer de la verdad y guiarla para que también se una a ella. Pero es *su* obediencia al Evangelio y *sus* propias obras de rectitud que la salvarán y no las de la persona que le ha declarado su testimonio. Ésa es la única manera en que el hombre puede salvarse¹⁰.

No sólo deben creer, sino también obedecer y hacer lo que [Dios] ha mandado. No solamente deben hacer eso sino también entregar de buena voluntad el corazón, los sentimientos y el alma entera a Dios. Ustedes deben dejar a un lado su voluntad para acatar la voluntad del Padre y hacer todo lo que Él les pida si desean ser salvos y exaltados en Su presencia¹¹.

Debemos esforzarnos para salvar a los nuestros.

¡Oh Dios, no permitas que pierda a los míos! No puedo perder a los míos, los que Dios me ha dado y por quienes soy responsable ante el Señor, los cuales dependen de mí para que les dé orientación, instrucción y una influencia correcta. Padre, no permitas que pierda el interés en los míos tratando de salvar a otros. La caridad empieza por casa; y la vida sempiterna de-

bería empezar también en el hogar. Yo me sentiría muy mal si más adelante se me hiciera comprender que por desatender mi casa, tratando de salvar a otros, yo había perdido a los míos. No quiero eso. Que el Señor me ayude a salvar a los míos hasta donde uno pueda ayudar a otros. Comprendo que no puedo salvar a nadie, pero puedo enseñarles cómo se pueden salvar. Puedo ser un ejemplo para mis hijos en cuanto a la manera en que pueden salvarse, y es mi deber hacer esto primero; se los debo a ellos más que a cualquier otra persona en el mundo. Entonces, cuando haya logrado la obra que debo llevar a cabo dentro de mi propio círculo familiar, permítaseme extender mi facultad para hacer el bien hasta donde yo pueda¹².

Nuestra misión en este mundo es hacer el bien, poner fin a la iniquidad, exaltar la rectitud, la pureza y la santidad en el corazón de las personas e inculcar en el pensamiento de nuestros hijos, por sobre todas las cosas, el amor a Dios y a Su palabra; todo lo cual será para ellos como una fuente de luz, de fuerza, de fe y de poder que los guiará desde la niñez hasta la vejez y los hará firmes creyentes en la palabra del Señor, del Evangelio y del sacerdocio restaurados, así como también del establecimiento de Sión, que nunca más será derribada o dada a otro pueblo. Si hay algo que deseo más que nada en este mundo, es que mis hijos se afirmen en este conocimiento y en esta fe, para que nunca puedan ser desviados de éstos¹³.

Un alma que salvemos en el mundo es tan preciosa a los ojos de Dios como un alma que salvemos en casa, pero tenemos una obra que realizar aquí mismo, a nuestra propia puerta y, por lo tanto, no conviene que abandonemos la obra que es necesario hacer en nuestros propios umbrales con el fin de salir al mundo para realizar una obra que en realidad no es más indispensable que aquella. Cumplamos con nuestro deber en todas partes¹⁴.

**Debemos obrar por la salvación de
los vivos y de los muertos.**

Sostengamos a Cristo, a Su pueblo y a Su causa de justicia y redención; sostengámonos unos a otros en rectitud y amonéstémonos bondadosamente en lo concerniente a las malas ac-

ciones, a fin de que seamos amigos y salvadores en el monte de Sión, el uno para el otro, y podamos ayudar a los débiles y fortalecerlos, animar a los que dudan y ofrecerles la luz para que adquieran una correcta comprensión hasta donde sea posible, para que de esa forma seamos instrumentos en las manos de Dios para ser salvadores entre los hombres. No es que tengamos el poder para salvar a los hombres; eso no, pero sí tenemos el poder para mostrarles cómo pueden lograr la salvación mediante la obediencia a las leyes de Dios. Podemos mostrarles cómo deben andar a fin de salvarse, ya que tenemos el derecho de hacerlo; tenemos el conocimiento y el entendimiento en cuanto a la manera de lograrlo, y es nuestro el privilegio de enseñarlo... por medio del ejemplo, así como por el precepto, entre aquellos con quienes nos asociamos dondequiera que estemos en el mundo¹⁵.

Nuestra misión ha sido la de salvar a los hombres. Hemos estado trabajando... para traer a los hombres al conocimiento del Evangelio de Jesucristo, para traerlos al arrepentimiento, a la obediencia de los requisitos de la ley de Dios. Hemos estado luchando para salvar a los hombres del error y persuadirlos a que se aparten de la maldad y aprendan a hacer lo bueno¹⁶.

Nuestra misión es salvar al género humano, preservarlo del mal y exaltarlo; traer luz y verdad al mundo; persuadir a los pueblos de la tierra a andar rectamente delante de Dios y a honrarlo durante su vida¹⁷.

La prueba... de la grandeza de nuestra alma... debe buscarse en nuestra habilidad para confortar y consolar, en nuestra capacidad para ayudar a otros, en lugar de buscarla en nuestra habilidad para ayudarnos a nosotros mismos y empujar a otros hacia abajo en la lucha de la vida¹⁸.

Debemos tratar siempre de ayudar a [los demás] a salir victoriosos, en lugar de tratar de derrotarlos. Nuestra meta debe ser la vida eterna; nuestro propósito debe ser elevar a la humanidad, no degradarla¹⁹.

Nuestra labor consiste en salvar al mundo, salvar a la humanidad, reconciliarlos con las leyes de Dios y con los principios de la rectitud, la justicia y la verdad a fin de que sean salvos en el

reino de nuestro Dios y, finalmente, por medio de la obediencia a las ordenanzas del Evangelio, lleguen a ser herederos de Dios y coherederos con Jesucristo. Ésa es nuestra misión²⁰.

No terminaremos nuestra obra sino hasta que nos hayamos salvado a nosotros mismos, y después, hasta que hayamos salvado a todos los que dependan de nosotros; así llegaremos a ser salvadores en el monte de Sión, así como Cristo. Somos llamados a esta misión. Los muertos no pueden ser perfeccionados sin nosotros, ni tampoco nosotros sin ellos. Todos tenemos una misión que cumplir por parte y a favor de ellos; tenemos que efectuar cierta obra en particular para libertar a aquellos que, por motivo de su falta de conocimiento y por las circunstancias desfavorables en que se encontraron mientras estuvieron aquí, no están preparados para la vida eterna. Nosotros somos quienes tenemos que abrirles la puerta y para eso debemos efectuar las ordenanzas que ellos no pueden hacer por sí mismos, y que son esenciales para su liberación de las “casas de prisión”, a fin de que salgan y vivan en espíritu según Dios y sean juzgados en la carne según los hombres²¹.

No podemos desatender la obra por nuestros muertos que el profeta José nos ha dado la responsabilidad de efectuar con un mandato fuera de lo común, donde se nos instruye que debemos preocuparnos por aquellos de nuestros parientes y antepasados que hayan muerto sin el conocimiento del Evangelio. Debemos aprovechar estas sagradas y poderosas ordenanzas del Evangelio que se han revelado como esenciales para la felicidad, la salvación y la redención de quienes vivieron en este mundo en una época en que no pudieron conocer el Evangelio y murieron sin conocerlo, y que ahora están esperando que nosotros, sus hijos, que vivimos en una época en que pueden efectuarse estas ordenanzas, hagamos la obra necesaria para que sean liberados de sus prisiones. Mediante nuestros esfuerzos en bien de ellos, las cadenas del cautiverio caerán de sus manos y se disiparán las tinieblas que los rodean, a fin de que brille sobre ellos la luz y en el mundo de los espíritus sepan acerca de la obra que sus hijos han hecho aquí por ellos, y se regocijen con ustedes por el cumplimiento de estos deberes²².

A los que posean el sacerdocio en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, no llega ni llegará nunca el momento en que los hombres puedan decir de sí mismos que han hecho lo suficiente. Mientras dure la vida, y mientras poseamos la capacidad para hacer el bien, para trabajar para la edificación de Sión y para el beneficio de la familia humana, debemos estar dispuestos a obedecer con buen ánimo y con prontitud lo que se nos requiera para desempeñar nuestro deber, ya sea pequeño o grande²³.

Sugerencias para el estudio

- ¿Por qué es importante saber que toda persona ha sido enviada al mundo “a cumplir una misión”? ¿Por qué es imposible que cumplamos con nuestra misión si sólo trabajamos para nosotros mismos?
- ¿En qué forma podemos hacer que la obra de Dios se convierta en la nuestra? ¿Por qué la obra del Señor “es digna de toda nuestra atención”? ¿Por qué nuestras elecciones deben reflejar nuestro cometido a la obra del Señor?
- ¿Qué debemos hacer, aparte de creer y obedecer, para ser salvos y exaltados en la presencia de Dios? ¿Qué significa para ustedes “entregar de buena voluntad el corazón, los sentimientos y el alma entera a Dios”? Después de todo nuestro esfuerzo, ¿cómo recibimos la salvación? (Véase también 2 Nefi 25:23.)
- ¿Qué debemos, “por sobre todas las cosas”, tratar de inculcar a los miembros de nuestra familia?
- ¿En qué forma podemos esforzarnos por salvar a los nuestros y, al mismo tiempo, cumplir con nuestras demás responsabilidades de servicio? ¿De qué manera nuestro servicio a los otros miembros de la Iglesia y demás personas de todas partes puede ser una bendición para nuestra familia?
- ¿Qué podemos hacer para “[exaltar] al género humano”? ¿Qué podemos hacer para ayudar a los demás a ser fieles a las leyes de Dios?

- ¿Qué podemos hacer para librar de “las cadenas del cautiverio” a quienes han muerto sin el conocimiento del Evangelio? ¿Qué sienten al saber que la gente a la cual han ayudado se regocija “con ustedes por el cumplimiento de estos deberes”?
- ¿Por qué “la prueba... de la grandeza de nuestra alma” se encuentra “en nuestra capacidad para ayudar a otros”? ¿Por qué piensan que es así? ¿Cómo y cuándo han hecho ustedes sacrificios en beneficio de los demás? ¿Qué sintieron cuando lo hicieron?

Notas

1. En “Conference Report”, octubre de 1918, pág. 2.
2. En “Conference Report”, octubre de 1901, pág. 69.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 460.
4. *Gospel Doctrine*, pág. 249.
5. *Gospel Doctrine*, págs. 115–116.
6. *Gospel Doctrine*, pág. 397.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 84.
8. *Deseret Weekly*, 5 de mayo de 1894, pág. 608.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 73.
10. “Discourse by President Joseph F. Smith”, *Millennial Star*, 19 de septiembre de 1895, págs. 596–597.
11. *Deseret News: Semi-Weekly*, 9 de agosto de 1898, pág. 1.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 462.
13. *Gospel Doctrine*, págs. 141–142.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 390.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 255.
16. *Gospel Doctrine*, pág. 72.
17. *Gospel Doctrine*, pág. 73.
18. *Gospel Doctrine*, pág. 265.
19. Joseph F. Smith a su hijo Hyrum M. Smith, 31 julio de 1896, en *Truth and Courage: Letters of Joseph F. Smith*, ed. Joseph Fielding McConkie, sin fecha, pág. 52.
20. *Gospel Doctrine*, pág. 150.
21. *Gospel Doctrine*, pág. 442.
22. *Gospel Doctrine*, págs. 469–470.
23. *Gospel Doctrine*, pág. 188.



El camino injusto del maltrato

No debemos jamás maltratar a los demás, sino por lo contrario, demostrar compasión y ternura hacia todos, y especialmente hacia los miembros de nuestra familia.

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith fue un hombre tierno y dulce que expresaba pesar por cualquier tipo de maltrato o abuso. Él sabía que la violencia engendra violencia y su propia vida fue un ejemplo honesto de compasión, paciencia, amor y comprensión.

En una ocasión, el presidente Smith dijo: “En nuestra reunión de la tarde, presencié un pequeño suceso en el pasillo. Un niño ocupaba un asiento al lado de su madre, cuando vino alguien, lo levantó de su asiento y se sentó él, dejando al niño de pie. Mis hermanos y hermanas, quiero decirles que lo ocurrido me llenó de dolor. Nunca, por nada en el mundo... causaría tristeza a un niño pequeño en la casa de Dios, ya que podría dejar en su mente una impresión que le hiciera ver la casa de adoración como un lugar desagradable y prefiriera no entrar en ella para no ser ofendido”¹.

El presidente Smith con frecuencia aconsejaba a los hermanos que se trataran con la mayor bondad y amabilidad. La violencia o el comportamiento que pudiera degradar a otra persona era algo incomprensible para él. Marido y mujer debían tener gran estima el uno por el otro y enseñar a sus hijos por medio del ejemplo a respetar a los miembros de la familia y a las demás personas.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Debemos tratarnos con el mayor respeto y cortesía.

Dominémonos a nosotros mismos, y después controlemos toda la maldad que veamos a nuestro alrededor, hasta donde

nos sea posible hacerlo. Y hagámoslo sin recurrir a la violencia y sin interferir en el albedrío de los hombres ni de las mujeres. Hagámoslo por medio de la persuasión, de la longanimidad, de la paciencia, del deseo de perdonar, del amor sincero, y de esa forma volveremos el corazón, el afecto y las almas de los hijos de los hombres a la verdad, tal cual Dios nos la ha revelado².

[Dios] nos ha creado a Su propia imagen y semejanza, y aquí estamos hombres y mujeres, padres e hijos. Y debemos llegar a ser cada vez más como Él: más como Él en amor, en caridad, en perdón, en paciencia, en longanimidad, en tolerancia, en pureza de pensamientos y hechos, en inteligencia y en todo aspecto, a fin de que seamos dignos de la exaltación en Su presencia³.

Los padres... deben amarse y respetarse mutuamente y tratarse el uno al otro con decoro respetuoso y consideración bondadosa en todo momento. El marido debe tratar a su mujer con la mayor cortesía y respeto. Nunca debe insultarla, ni hablar de ella desdeñosamente, sino por lo contrario, brindarle siempre la más alta estimación en el hogar, en presencia de sus hijos... La esposa también debe tratar al marido con gran respeto y gentileza. No debe dirigirse a él con palabras mordaces, cortantes ni burlonas; no debe proferirle críticas indirectas; no debe importunarlo con regaños, ni tratar de provocar su enojo ni de causar situaciones desagradables en el hogar. La esposa debe ser una alegría para su marido y debe vivir y conducirse de tal manera que el hogar se convierta en el lugar más dichoso y más bendito sobre la tierra para su esposo. Ésa debe ser la situación de un esposo, de una esposa, de un padre y de una madre dentro de los sagrados recintos de ese lugar santo que es el hogar.

Entonces les será fácil a los padres inculcar en el corazón de los hijos, no sólo amor por su madre y su padre, y respeto y gentileza para con sus progenitores, sino también amor, gentileza y respeto entre los hijos dentro del hogar. Los hermanitos respetarán a sus hermanitas; los niños se respetarán el uno al otro; las niñas se respetarán mutuamente y los niños y las niñas se respetarán y se tratarán entre sí con ese amor, esa deferencia y ese respeto que debe observarse en el hogar por parte de los niños. Entonces... se habrá establecido en el hogar el cimiento de una educación correcta en el corazón y en la mente del niño⁴.



Cristo con los niños, por Harry Anderson. Jesucristo amó a los niños pequeños y enseñó que: "Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello, y se le arrojase en el mar" (Marcos 9:42).

El marido debe tratar a su mujer con ternura.

¡Pensemos en lo que significa poseer las llaves de autoridad, las cuales, si se ejercen con sabiduría y rectitud, indefectiblemente serán respetados por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo! ¿Honran ustedes ese sacerdocio?... Cómo élderes de la Iglesia de Jesucristo, ¿deshonrarían a su esposa o a sus hijos? ¿Abandonarían a la madre de sus hijos, a la mujer de su seno, al don que Dios les ha dado, que es más precioso que la vida misma? Porque ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón⁵.

Yo no alcanzo a comprender cómo un hombre puede maltratar a una mujer, ni mucho menos a la mujer de su seno y a la madre de sus hijos; mas se me ha dicho que hay quienes son absolutamente brutales, pero éstos no merecen ser llamados hombres⁶.

Cuando pienso en nuestras madres, en las madres de nuestros hijos, y me doy cuenta de que bajo la inspiración del Evangelio ellas llevan vidas virtuosas, puras y honorables, son fieles a sus maridos, a sus hijos y a su convicción en el Evangelio, mi alma rebosa de amor puro por ellas! ¡Cuán nobles y cuán dotadas de Dios, cuán escogidas, cuán deseables e indispensables son para la realización de los propósitos de Dios y para el cumplimiento de Sus decretos! Mis hermanos, ¿es posible que puedan maltratar a sus esposas, las madres de sus hijos? ¿Es posible que no puedan tratarlas con amor y bondad? ¿Pueden no hacer su vida lo más cómoda y feliz que les sea posible, aligerando sus cargas al máximo y haciendo su vida en el hogar lo más placentera posible, tanto para ellas como para sus hijos? ¿Cómo pueden no hacerlo? ¿Cómo puede alguien dejar de sentir un gran interés por la madre de sus hijos, y por éstos a la vez? Si poseemos el Espíritu de Dios, no es posible que actuemos de ninguna otra manera. Sólo cuando el hombre se aleja del espíritu correcto, cuando se aparta de su deber, es que desatiende o deshonra el alma que se ha encomendado a su cuidado. Por tanto, tienen el deber de honrar a su esposa y a sus hijos⁷.

Los hombres inteligentes, comerciantes y de negocios, los hombres que se ven constantemente envueltos en los afanes de la vida y tienen que dedicar su energía y sus pensamientos a sus labores y sus deberes, tal vez no disfruten tanto de la compañía

de su familia como quisieran, pero si el Espíritu del Señor los acompaña en el cumplimiento de sus deberes temporales, jamás desatenderán a la madre de sus hijos, ni a éstos⁸.

Padres y madres, no alejen a sus hijos.

¡Oh hermanos míos, sean leales a sus familias, sean fieles a sus esposas e hijos! Enséñenles el camino de la vida y no permitan que se aparten de ustedes al grado de que no les presten atención ni a ustedes ni a ningún principio de honor, pureza o verdad... Si conservan a los jóvenes cerca de su corazón, al alcance de sus brazos, si les hacen sentir que los aman, que ustedes son sus padres y ellos sus hijos, y si los mantienen cerca de ustedes, no se apartarán muy lejos ni cometerán ningún pecado muy grave. Pero si los echan a la calle, si los alejan de su cariño a las tinieblas de la noche de una sociedad de gente depravada e indigna, y cuando aburridos y cansados de los ruidos y gritos inocentes que hacen en casa y les dicen: “Vayan a hacer barullo a otra parte”; esa manera de tratarlos es la que los aleja de ustedes⁹.

Nuestros hijos son como éramos y somos nosotros; no se nos podía arrear y no se nos puede arrear ahora. Somos como algunos animales del mundo que conocemos. Podemos persuadirlos y podemos conducirlos cuando les ofrecemos algo de estímulo y cuando les hablamos con bondad, pero no podemos arrearlos porque no nos harán caso. Nosotros también nos negamos a ser arreados; el hombre no está acostumbrado a ello; no está en su naturaleza permitirlo...

No pueden forzar a sus hijos a ir al cielo, pero tal vez puedan impulsarlos al infierno empleando métodos duros en sus esfuerzos por que sean buenos, cuando ustedes mismos no son tan buenos como tendrían que serlo. El hombre que se irrita con su hijo e intenta corregirlo cuando está dominado por la ira comete la equivocación más grande, y es más digno de conmiseración y de condenación que el hijo que se ha comportado mal. La única forma de corregir a nuestros hijos es por medio del cariño, la bondad, el amor sincero, la persuasión y el sentido común¹⁰.

Padres, si desean que sus hijos reciban instrucción en cuanto a los principios del Evangelio; si desean que amen la verdad y la comprendan; si desean que los obedezcan y se acerquen a ustedes, ¡ámenlos! Demuéstrenles que los aman con toda palabra o hecho que se relacione con ellos. Por el bien de ustedes, por el amor que debe existir entre ustedes y sus hijos, pese a lo rebeldes que sean o a la forma en que se comporten, cuando les hablen, no lo hagan con enojo ni ásperamente con un espíritu de reproche. Háblenles con bondad, acérquenlos a ustedes y lloren con ellos si fuere necesario y, si fuera posible, procuren que ellos también unan sus lágrimas a las suyas. Suavicen el corazón de sus hijos; traten de enternecerlos. No utilicen el látigo ni la violencia, sino más bien... razonen con ellos con persuasión y con amor sincero¹¹.

Ojalá que los padres en Israel vivan como deben hacerlo; que traten a sus esposas como deben tratarlas; que hagan que sus hogares sean lo más cómodos posible; que alivien las cargas de sus compañeras siempre que puedan; que den un buen ejemplo a sus hijos y les enseñen a reunirse con ellos para orar, tanto por la mañana como por la noche y también al sentarse para comer, para que reconozcan la misericordia de Dios al proporcionarles los alimentos que comen y la ropa que visten, y también para que reconozcan la mano de Dios en todas las cosas¹².

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué significa la frase “dominémonos a nosotros mismos”? ¿En qué forma podemos conquistar el corazón de nuestros hijos y el de otras personas a la verdad?
- ¿En qué forma pueden marido y mujer tratarse con la “mayor cortesía” y con “gran respeto”? ¿Qué beneficios se obtienen al hacerlo? Cuando los padres se tratan mutuamente con respeto y gentileza, ¿cómo afecta ese comportamiento la conducta de los hijos?
- ¿Cuál es la mejor manera de influenciar a los demás para que vivan con rectitud? (Véase D. y C. 121:41–44.) ¿Cuáles son algunas formas de comportamiento abusivo que contradicen ese consejo del Señor?

- ¿De qué manera muchas veces alejamos a nuestros hijos de nosotros? ¿Qué puede pasar con nosotros y con nuestros hijos si hacemos que se alejen de nosotros?
- ¿Por qué tiene más culpa un padre que corrige a su hijo con enojo que el mismo hijo? ¿Qué debe hacer un padre cuando se sienta enojado con sus hijos?
- ¿Cómo trató el Salvador a los niños pequeños? (Véase Mateo 19:13–15; 3 Nefi 17:11–24.) ¿Cuál fue Su advertencia para quienes maltraten a los niños pequeños? (Véase Mateo 18:1–6.)
- ¿Qué podemos hacer para mantener a nuestros hijos cerca de nosotros y de los principios del Evangelio? ¿Qué bendiciones reciben quienes mantienen a sus hijos “cerca de su corazón”?

Notas

1. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 283.
2. *Gospel Doctrine*, págs. 253–254.
3. *Gospel Doctrine*, pág. 276.
4. *Gospel Doctrine*, págs. 283–284; se agregaron párrafos.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 165.
6. *Gospel Doctrine*, pág. 352.
7. En “Conference Report”, abril de 1915, págs. 6–7.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 285.
9. *Gospel Doctrine*, págs. 281–282.
10. *Gospel Doctrine*, págs. 316–317.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 316.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 288.



Aun mientras sufría en la cruz, Jesucristo no sintió rencor por Sus perseguidores, sino que oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).



No guardemos rencor a nadie

Sigamos el ejemplo del Salvador al perdonar y tener misericordia con quienes nos hayan ofendido.

De la vida de Joseph F. Smith

Durante gran parte de su vida, Joseph F. Smith fue testigo de grandes persecuciones dirigidas a la Iglesia y a sus miembros. Él fue muchas veces acosado por quienes se oponían a la obra del Señor y de Su Iglesia, y sufrió mucho por esa causa. Sin embargo, a pesar de ese maltrato, él continuó con sus funciones en paz, sin temor, y muy rara vez respondió a sus enemigos, a los que describió diciendo: “no son *míos*”, sino “de Aquél a quién trato de servir”¹.

Su hija Edith Eleanor recuerda una vez durante su juventud en que “los medios de comunicación y prensa perseguían en verdad a mi padre. En la escuela, algunas personas tenían en su poder informes falsos y mentiras acerca de mi padre. Un día regresé de la escuela furiosa y apenas llegó él esa noche le dije: ‘Papá, ¿por qué no tomas alguna medida? Tú no haces nada y estos hombres malos se aprovechan de ti e imprimen todas esas mentiras, ¡y tú no haces nada para detenerlos!’ ” Su padre la miró y sonriendo le dijo: “ ‘Mi amor, no te enojés. Ellos no me hacen daño ni siquiera un poquito, sólo se están perjudicando a sí mismos. ¿No sabes, querida, que cuando alguien dice una mentira se perjudica a sí mismo más que nadie?’ ”².

El presidente Smith había tomado la decisión de devolver bien por mal y estaba tan decidido a hacer el bien que si se enteraba que había ofendido a alguien, no descansaba hasta que arreglaba la situación y se disipaban los malos sentimientos. Una vez dijo: “¿He hecho o dicho algo que los haya ofendido? Si así ha sido, quiero decirles que no fue intencional ya que jamás en

mi vida he herido a nadie a sabiendas... Si he lastimado a alguien o no me he comportado bien con alguna persona, háganme saber de qué forma lo he hecho y haré todo lo que esté en mi poder para solucionar el problema con quien sea. No tengo rencor en mi corazón para mis hermanos; sólo tengo amor, caridad y un ferviente deseo de hacer el bien”³.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

No guarden rencor a nadie.

Amonestamos y rogamos a nuestros hermanos y hermanas en el Evangelio de Jesucristo, que no sólo se honren a sí mismos mediante un curso recto en su manera de vivir, sino también que honren a su prójimo y lo amen y sean caritativos con ellos, con todos y con cada uno de ellos. Les amonestamos no sólo a obedecer el mayor de todos los mandamientos que Dios ha dado al hombre, el de amar al Señor su Dios con todo su corazón, mente y fuerza, sino que los exhortamos a que también observen la segunda ley, que es semejante, la de amar al prójimo como a sí mismos [véase Mateo 22:36–40]; devolviendo bien por mal, no ultrajando a otros que puedan haberlos ultrajado. No tenemos necesidad de derribar las casas de otros (utilizando esta expresión como símbolo). Estamos perfectamente de acuerdo con que vivan en las casas que han construido para sí mismos, y trataremos de enseñarles una manera mejor... y edificarles una casa mejor e invitarlos después con bondad, con el Espíritu de Cristo, del verdadero cristianismo, a que entren a esa morada mejor⁴.

Hermanos y hermanas, queremos que sean unidos. Esperamos y rogamos que puedan volver... a casa sintiendo en el corazón y en lo más profundo del alma el deseo de perdonarse unos a otros, y que desde hoy en adelante dejen de abrigar malos sentimientos contra uno de sus semejantes. No me interesa si es o no es miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; que sea amigo o enemigo; que sea bueno o malo. Es de gran perjuicio para todo hombre que posea el sacerdocio y goce del don del Espíritu Santo abrigar un espíritu de envidia, de mala voluntad o de represalias o intolerancia

para con sus semejantes o en contra de ellos. Debemos decir en nuestro corazón: Juzgue Dios entre tú y yo, pero en lo que a mí respecta, yo perdonaré. Quiero decirles que los Santos de los Últimos Días que abrigan en sus almas el sentimiento de no querer perdonar son más culpables y más censurables que aquel que haya pecado en contra de ellos. Regresen a casa y desechen la envidia y el odio que tengan en el corazón; expulsen el sentimiento de no querer perdonar y cultiven en su alma ese espíritu de Cristo que se escuchó en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” [Lucas 23:34]. Ése es el espíritu que los Santos de los Últimos Días deben tener durante todo el día⁵.

Si yo supiera que hay alguien que tiene algo en contra mío, con gusto iría a verlo y no descansaría hasta no haber hablado con él y averiguado en qué forma me habría comportado mal. Y si pareciera que en realidad he hecho algo para herir a mi hermano, no le pediría que él también hiciera su parte para tratar de resolver el problema sino que haría yo todo lo que estuviera a mi alcance para solucionar las cosas con él. Mi misión no es lastimar a nadie ni hacer nada malo, sino por lo contrario, hacer el bien⁶.

Cambien el enfoque de la vista y de los ojos, para no fijarlos en lo malo sino en lo que es bueno y en lo que es puro, y para guiar e impulsar a quienes yerran hacia la senda en la que no hay error y en la que no se admiten equívocos. Busquen lo bueno de las personas y si no encuentran nada bueno, traten de edificar algo bueno en ellas, traten de aumentar lo que ya tengan; busquen lo bueno, edifíquelo, apóyenlo y hablen lo menos posible de lo malo. Nada se logra magnificando lo malo, ni publicándolo, ni promulgándolo de palabra ni por escrito. Nada se logra con eso. Es mejor sepultar lo malo y magnificar lo bueno; impulsar a todas las personas a abandonar lo malo y aprender a hacer lo bueno. Que nuestra misión sea la de salvar a la humanidad, enseñarle y guiarla por las sendas de la rectitud y no la de sentarnos como jueces para juzgar a los que hacen mal, sino más bien, ser salvadores de hombres⁷.

Necesitamos misericordia, seamos pues misericordiosos. Necesitamos caridad, seamos caritativos. Necesitamos que se nos perdone, perdonemos entonces nosotros. Hagamos con

otros lo que queremos que ellos hagan con nosotros [véase Mateo 7:12]⁸.

Tengan misericordia para con sus enemigos.

Compadézcase Dios el Señor de quienes intentan perjudicar la causa de Sión. Oh, Dios, ten piedad de los que andan mal orientados, de los errantes, de los necios y de los imprudentes. More Tu Espíritu en el corazón de ellos; apártalos de las sendas del error que han tomado y de sus insensateces, y hazlos volver al camino de la rectitud y a Tu gracia. Pido misericordia para mis enemigos, aquellos que mienten acerca de mí, que me calumnian y dicen toda clase de mal contra mí, mintiendo. A cambio de esto suplico a Dios, mi Padre Celestial, que tenga piedad de ellos, porque quienes lo hacen, no sabiendo lo que hacen, sólo están desorientados, y aquellos que lo hacen a sabiendas, ciertamente necesitan, más que nadie, la misericordia, la compasión y la piedad de Dios. Ruego que Dios sea clemente con ellos y que tenga piedad de esas personas. Yo, por mi parte, no dañaré un cabello de su cabeza ni por todo lo que valgo en el mundo; ni pondría ningún obstáculo en el camino de su prosperidad. No, y suplico a mis hermanos que no molesten a los enemigos de nuestro pueblo, ni a quienes están construyendo su propia senda de destrucción y no se arrepienten, ni a quienes pecan con los ojos abiertos y que saben que están trasgrediendo las leyes de Dios, vilipendiando a los siervos del Señor y mintiendo en su contra. Sean compasivos con ellos, no los molesten, ya que es lo que ellos buscan; déjenlos tranquilos⁹.

Confieso que es difícil para mí amar a mis enemigos —a los enemigos de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días— como amo a mis amigos. Es muy difícil para mí hacerlo, y confieso que no lo hago plenamente, ya que no me resulta fácil, pero hay veces en que el Espíritu del Señor influye en mi alma y me enternece de tal manera que sin reparos puedo decir: Dejo que sea el Señor quien juzgue¹⁰.

En el Evangelio de Jesucristo se exige que tengan caridad y el amor de Dios por todos. El amor por sus semejantes, el espíritu

de perdón y el de misericordia por ellos son requisitos que se les imponen, tal como lo muestra el ejemplo que se encuentra en la oración que el Salvador ofreció sobre la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” [Lucas 23:34]. Pensemos así en cuanto a nuestros enemigos, oremos así por ellos, para que no se pierdan por completo, para que la gracia salvadora y el poder salvador del Evangelio de Jesús se extiendan a ellos, para que les conmueva el corazón y puedan arrepentirse de sus pecados y restituyan, hasta donde les sea posible, el mal que han hecho, y sean obedientes y queden limpios de sus pecados por medio del arrepentimiento y del bautismo para la remisión de los pecados, por quien tenga la autoridad para administrar esa sagrada ordenanza.

Sentimos amor por todas las personas. No tenemos nada en contra del género humano y nunca estaremos en contra de ellos mientras nos dejen en paz. No deseamos contender con los principios que los demás puedan tener; no batallamos con sus iglesias ni con sus creencias religiosas. No es nuestro propósito el hacerlo ni es tampoco parte de nuestra misión. Que adoren cómo, dónde o lo que deseen... Nuestro deber es sencillamente seguir adelante, cumplir con nuestro deber, predicar el Evangelio tanto por medio del ejemplo como del precepto y permitir que nuestra luz brille sobre el conocimiento de ellos para que de esa forma vean la luz como Dios la ve, la acepten y anden en ella si están dispuestos a hacerlo¹¹.

La obra de Dios tiene sus enemigos, pero Dios no permitirá que fracasen nuestros esfuerzos.

Hay enemigos de la obra del Señor, así como hubo enemigos del Hijo de Dios. Hay quienes sólo hablan mal de los Santos de los Últimos Días. Hay algunos... que cierran los ojos a toda virtud y a toda cosa buena relacionada con esta obra de los últimos días, y derraman ríos de calumnias y falsedades en contra del pueblo de Dios¹².

“Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Juan 15:19). Los discípulos de Jesús eran

Su pueblo escogido y, por haberlos escogido, el mundo los aborrecía... El desprecio es el patrimonio de un pueblo escogido. ¿Debemos, por tanto, granjearnos el desprecio del mundo? Claro que no. Pero por otra parte, tampoco debemos desalentarnos si viene a nosotros sin que lo busquemos¹³.

Creo que jamás hubo pueblo alguno, guiado por revelación o reconocido por el Señor como Suyo, al cual no odiaron y persiguieron los malvados y los corruptos¹⁴.

Desde el día en que el profeta José Smith declaró su visión por primera vez, hasta el día de hoy, el enemigo de toda justicia, el enemigo de la verdad, de la virtud, del honor, de la rectitud y de la pureza de vida, el enemigo del único Dios verdadero, el enemigo de la revelación directa de Dios y de la inspiración que viene de los cielos al hombre, ha estado desplegándose en contra de esta obra¹⁵.

Personalmente, yo no tengo enemigos; imis enemigos no son *míos*, sino de Aquel a quien trato de servir! El diablo no se interesa por *mí*. Yo soy muy insignificante, ipero sí aborrece el *sacerdocio*, que es según el orden del Hijo de Dios!¹⁶.

En verdad, el Evangelio nos lleva contra la corriente que mueve a la humanidad. Nos interponemos en asuntos netamente humanos y perturbamos la corriente de la vida de varias maneras y en muchos lugares. A las personas que se hallan cómodamente establecidas y en buena situación económica no les agrada que se les moleste. Eso les enoja... Los santos nunca pueden estar a salvo si siguen las protestas y los consejos de quienes procuran que estemos siempre en armonía con el mundo. Pero nosotros tenemos una misión particular que cumplir y, a fin de realizarla conforme a los propósitos divinos, tenemos que ir en contra de la corriente de la forma de vida de los hombres. Eso no nos hace muy populares y causa que recaiga sobre nosotros el desprecio del mundo¹⁷.

No teman ni disminuyan sus obras en bien de la verdad; vivan como los santos deben hacerlo. Se encuentran en el camino verdadero y el Señor no permitirá que sus esfuerzos fracasen. Esta Iglesia no corre ningún peligro a causa de la oposición y la persecución que viene de afuera. Hay más razón para temer el des-

cuido, el pecado y las indiferencias internas; es más peligroso que la gente deje de hacer lo correcto y de poner su vida en conformidad con las doctrinas reveladas por nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Si hacemos lo correcto, todo saldrá bien; el Dios de nuestros padres nos sostendrá y toda oposición que se presente servirá solamente para propalar más el conocimiento de la verdad¹⁸.

Dejemos a nuestros enemigos en manos de Dios.

Está escrito, y creo que es verdad, que aun cuando sea necesario que vengan los agravios, ¡ay de aquel por quien vienen! [véase Mateo 18:7], porque ellos están en las manos del Señor al igual que nosotros. No presentemos ninguna acusación injuriosa en su contra; estamos dispuestos a dejarlos en las manos del Todopoderoso para que Él haga con ellos lo que le parezca. Nuestra tarea es actuar con rectitud en la tierra, procurar el desarrollo del conocimiento de la voluntad de Dios, de Sus vías y de Sus grandes y gloriosas verdades, las cual ha revelado por intermedio de José, el Profeta, no sólo para la salvación de los vivos, sino también para la redención de los muertos¹⁹.

Dios se encargará de ellos [nuestros enemigos] en Su propio tiempo y a Su manera; nosotros sólo tenemos que cumplir con nuestro deber, mantener nuestra fe, obrar rectamente en el mundo y dejar los resultados en las manos de Él, que es quien ejerce dominio sobre todas las cosas para el bien de quienes lo aman y guardan Sus mandamientos²⁰.

No abrigamos malos sentimientos en nuestro corazón hacia ninguna criatura viviente. Perdonamos a los que nos ofenden. No sentimos en el corazón rencor por quienes han hablado mal de nosotros y nos han calumniado ante el mundo. Decimos solamente: Juzgue Dios entre ellos y nosotros, y los premie de acuerdo con sus hechos [véase D. y C. 64:11]. Nosotros no levantaremos la mano en contra de ellos, sino más bien les extenderemos una mano de hermandad y amistad, si se arrepienten de sus pecados y vienen al Señor y perseveran. No importa cuán impíos hayan sido, o cuán neciamente hayan obrado, si se arrepienten de esas cosas, los recibiremos con los brazos abiertos y

haremos todo lo que esté a nuestro alcance para ayudarlos a salvarse²¹.

Sugerencias para el estudio

- ¿Cómo se han sentido al perdonar a quienes los han ofendido? ¿Por qué piensan que los Santos de los Últimos Días que no hayan perdonado son más culpables que quienes hayan pecado en contra de ellos? (Véase también D. y C. 64:9–11.)
- Si sabemos que alguien nos guarda rencor, ¿qué debemos hacer?
- ¿De qué manera el “magnificar lo bueno” en otras personas nos ayuda a cumplir con “nuestra misión... de salvar a la humanidad”?
- ¿Por qué debemos tener misericordia y compasión aun por nuestros enemigos? ¿Qué cosas podríamos decir al orar por nuestros enemigos?
- ¿Por qué experimentan tantas veces los santos “el desprecio del mundo”? ¿En qué forma debemos reaccionar ante ese desprecio? ¿Por qué la Iglesia “no corre ningún peligro a causa de la oposición y la persecución que viene de afuera”?
- Cuando otras personas nos hagan daño, ¿por qué debemos estar dispuestos a dejar su castigo “en las manos del Todopoderoso”?
- ¿Cómo trató el Salvador a Sus enemigos? (Véase Lucas 23:34.) ¿De qué manera podemos seguir Su ejemplo al extender “una mano de hermandad y amistad” a nuestros enemigos?

Notas

1. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 271.
2. Citado por Norman S. Bosworth, en “Remembering Joseph F. Smith”, *Ensign*, junio de 1983, pág. 22.
3. *Deseret News: Semi-Weekly*, 31 de marzo de 1896, pág. 9.
4. *Gospel Doctrine*, pág. 256.
5. *Gospel Doctrine*, págs. 255–256.
6. *Deseret News: Semi-Weekly*, 31 de marzo de 1896, pág. 9.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 254.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 339.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 339.
10. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 5:97.

11. "Testimony", *Improvement Era*, agosto de 1906, págs. 808–809.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 337.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 340.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 46.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 371.
16. *Gospel Doctrine*, pág. 271.
17. *Gospel Doctrine*, págs. 118–119.
18. *Gospel Doctrine*, págs. 413–414.
19. *Gospel Doctrine*, pág. 338.
20. *Gospel Doctrine*, págs. 338–339.
21. *Gospel Doctrine*, pág. 2.



Sean receptivos a la inspiración del Espíritu

*Toda persona en la Iglesia tiene derecho
a recibir la inspiración del Espíritu Santo
para obtener guía personal.*

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith, en compañía del obispo Charles W. Nibley, regresaba por tren de un viaje que había hecho a la zona este del país, cuando cerca de Green River, en el estado de Wyoming, al pararse en la plataforma de salida del vagón, escuchó una voz que le decía: “Entra y siéntate”. Volvió entonces a entrar al vagón, dudó por un momento y luego se dijo: “Qué va, sólo debe ser mi imaginación”. Entonces volvió nuevamente a sentir la voz que le decía: “Siéntate”. Esta vez el presidente Smith hizo caso inmediatamente y se sentó. Apenas lo había hecho cuando el tren se sacudió fuertemente; un riel roto había hecho que la locomotora y la mayoría de los vagones se salieran del carril. El obispo Nibley dijo que si el presidente Smith no hubiera actuado como lo hizo se habría lastimado seriamente, ya que aun cuando el vagón en el que viajaban permaneció en el carril, todos los vagones del tren que se habían descarrilado “chocaron unos contra otros bruscamente”.

Al hablar sobre esa experiencia, el presidente Smith dijo: “He escuchado esa voz muchas veces en mi vida, y siempre me he beneficiado al obedecerla”.

“[El presidente Smith] vivió en estrecha comunión con el Espíritu del Señor”, declaró el obispo Nibley, “y su vida fue tan ejemplar y virtuosa que el Señor podía manifestarse a Su siervo con suma facilidad. En verdad, él podía decir: ‘Habla, Jehová,

porque tu siervo oye' [1 Samuel 3:9]... El alma del presidente Smith estaba en armonía con las melodías celestiales: él podía oír y lo hacía siempre”¹.

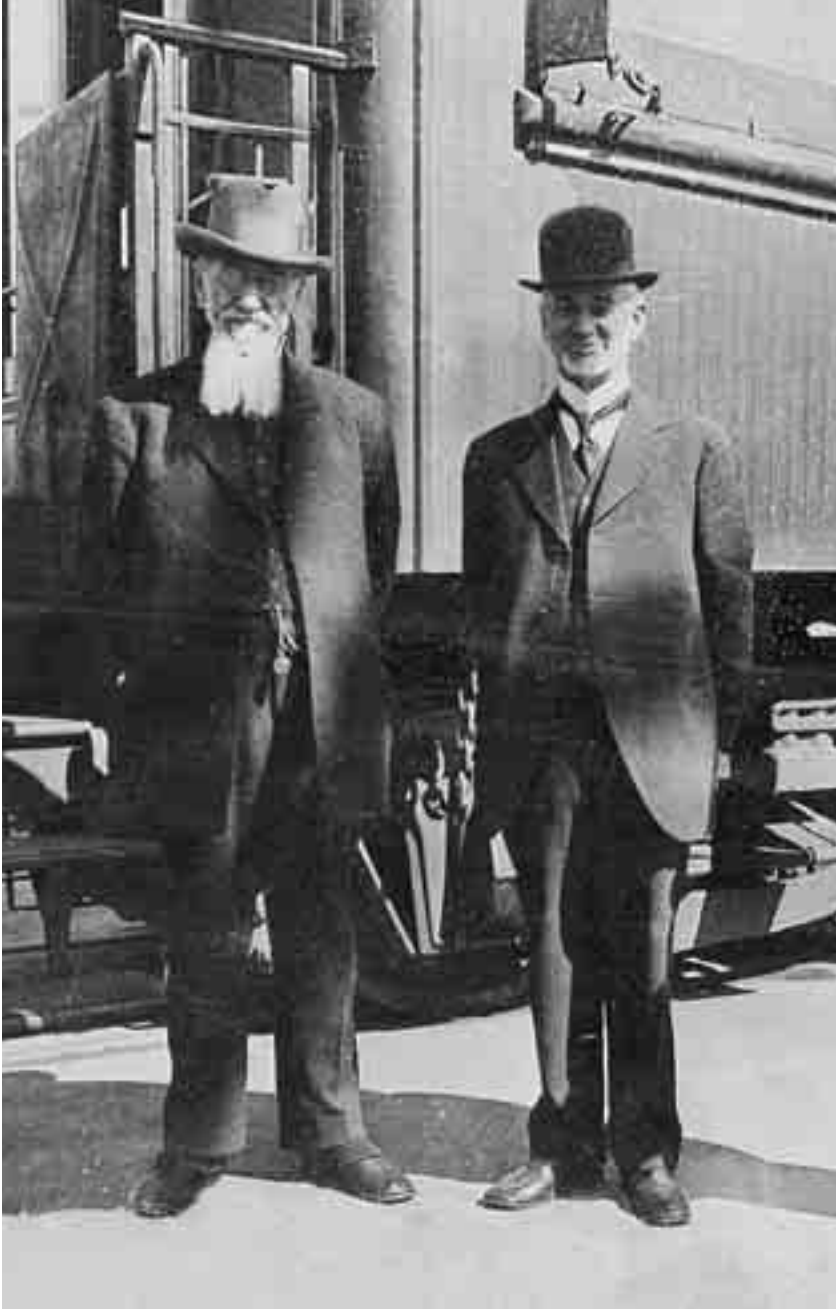
Enseñanzas de Joseph F. Smith

Todos los miembros de la Iglesia tienen derecho a recibir guía personal del Espíritu Santo.

El espíritu de inspiración, el don de revelación, no pertenece exclusivamente a un solo hombre; no es un don que corresponde a la Presidencia de la Iglesia y a los Doce Apóstoles únicamente. No se limita a las autoridades que presiden la Iglesia, sino que pertenece a todo miembro en forma individual. Todo hombre, mujer y niño que haya llegado a la edad de responsabilidad tiene el derecho y el privilegio de disfrutar del espíritu de revelación y de poseer el espíritu de inspiración para cumplir con sus deberes como miembro de la Iglesia².

Toda persona dentro de la Iglesia tiene tanto derecho a disfrutar del espíritu de revelación y del entendimiento que recibe de Dios por medio de ese espíritu de revelación, para su propio beneficio, como lo tiene el obispo para presidir sobre su barrio. Toda persona tiene el privilegio de ejercer estos dones y privilegios con el fin de conducir sus propios asuntos, para criar a sus hijos por el camino que deben seguir y en la administración de su granja, sus rebaños, sus manadas, y en la administración de sus negocios... Suyo es el derecho de gozar del espíritu de revelación y de inspiración para hacer lo correcto, para ser prudente, sensato, justo y bueno en todo lo que haga. Sé que éste es un principio verdadero³.

Las personas tienen derecho a recibir inspiración y manifestaciones del Espíritu Santo para su orientación personal, con el fin de fortalecer su fe y alentarlas para llevar a cabo las obras de justicia, para que sean fieles y observen los mandamientos que Dios les ha dado; es el privilegio de todo hombre y de toda mujer recibir revelación para tal fin, pero sin ir más allá. En cuanto una persona quiera destacarse y asumir el derecho de gobernar, dictar o juzgar a sus hermanos, especialmente a los que pre-



El presidente Joseph F. Smith, a la izquierda, y el obispo presidente Charles W. Nibley en una estación de trenes. Durante un viaje similar en tren que realizó con el obispo Nibley, el presidente Smith fue librado de ser lastimado debido a que prestó atención a la inspiración del Espíritu.

siden, es necesario detenerla con el fin de evitar discordias, división y confusión. Todos los hombres y mujeres de esta Iglesia deben tener mejor criterio y no ceder a tal espíritu⁴.

Debemos vivir tan cerca del Señor, tener un espíritu tan humilde, ser tan dóciles y dúctiles bajo la influencia del Espíritu Santo de modo que, en cualquier circunstancia, podamos conocer la disposición y la voluntad del Padre concerniente a nosotros, tanto en lo personal como en lo que respecta a nuestra posición como oficiales de la Iglesia de Cristo⁵.

Debemos... vivir siempre de manera que el Espíritu Santo pueda estar dentro de nosotros como fuente viviente, con el objeto de guiarnos a la perfección de la justicia, de la virtud y de la integridad ante Dios, hasta que cumplamos con nuestra misión terrenal, al desempeñar todo deber que sea requerido de nuestras manos⁶.

La mayoría de las veces recibimos revelación por medio de la voz apacible y delicada del Espíritu.

No es por las manifestaciones milagrosas que podamos recibir que quedaremos fundados en la verdad, sino mediante la humildad y la fiel obediencia a los mandamientos y a las leyes de Dios. En los años de mi juventud, cuando me inicié en el ministerio, con frecuencia iba y le pedía al Señor que me manifestara alguna cosa maravillosa, a fin de recibir un testimonio. Pero el Señor no me concedió milagros sino que me mostró la verdad, línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y un poco allí [véase 2 Nefi 28:30], hasta que me hizo saber la verdad desde el tope de la cabeza hasta la planta de los pies, y hasta que se borraron completamente de mí las dudas y el temor. No fue necesario que enviara a un ángel de los cielos para hacerlo, ni tuvo que hablar con la trompeta de un arcángel; sino que, mediante el susurro de la voz apacible y delicada del Espíritu del Dios viviente, me dio el testimonio que poseo. Es por medio de ese principio y de ese poder que dará a todos los hijos de los hombres un conocimiento de la verdad que permanecerá con ellos y los hará conocer la verdad como Dios la conoce y cumplir con la

voluntad del Padre como lo hace Cristo. Ningún número de manifestaciones maravillosas podrá jamás lograr eso⁷.

Mis hermanos y hermanas, no tienen por qué temer si no reciben ninguna manifestación extraordinaria ni maravillosa, ni tampoco si no reciben ninguna revelación prodigiosa de los cielos; sólo vivan de manera que Dios pueda revelarse a ustedes si desea hacerlo. Estarán bien y no tendrán nada que temer ni estarán faltos de nada, en lo que a ustedes respecta, siempre que estén en posición de recibir la voluntad de Dios cuando Él esté listo para manifestárselos o desee hacerlo. Eso es suficiente. Y entonces Dios les revelará sólo lo necesario para su evolución personal, para su progreso y para el aumento en su conocimiento de la verdad⁸.

Hagamos lo que el Espíritu nos indique.

Sin la ayuda del Espíritu del Señor, no me siento capaz, ni física ni mentalmente, para llevar a cabo las obligaciones que se requieren de mí. No sé de ninguna persona que pueda llevar adelante la obra del Señor que se le haya requerido, por sí solo, sin la ayuda del Señor ni la inspiración y la guía del Espíritu, el cual proviene del Padre de Luz⁹.

Cuando vivamos de tal manera que podamos escuchar y entender el susurro de la voz quieta y apacible del Espíritu de Dios, hagamos lo que ese Espíritu nos indique sin temor a las consecuencias. No importa que concuerde o no con la forma de pensar de quienes critiquen, censuren o sean enemigos del reino de Dios. ¿Está de acuerdo con la voluntad del Señor? ¿Está de acuerdo con el espíritu de la gran obra de los postreros días, en la cual nos encontramos embarcados? ¿Hay en los fines que persigue la posibilidad de hacer avanzar a la Iglesia y fortalecerla sobre la tierra? Si es ése el fin que persigue, hagámoslo, a pesar de lo que otros puedan decir o pensar al respecto¹⁰.

No es suficiente que nos contentemos y estemos satisfechos con el simple conocimiento de lo que es correcto. Al conocer lo que está bien, debemos ir y hacer lo que esté bien, sea lo que sea, cualquier cosa que [Jesucristo] nos pida. Si conocemos lo

que es correcto, si conocemos la verdad, debemos guiarnos por lo correcto y por la verdad y hacer siempre lo justo, bajo cualquier circunstancia, y nunca ceder al tentador ni desviarnos del camino verdadero, la senda recta y angosta que nos lleva de regreso a la presencia de Dios¹¹.

[Nuestra] obediencia debe ser voluntaria; no debe ser forzada ni debe haber coacción. No se debe obligar a las personas a obedecer la voluntad de Dios en contra de su voluntad; ellas deben obedecerla porque saben que es lo correcto, porque desean hacerlo y porque se complacen en ello. Dios se deleita en el corazón dispuesto¹².

**Al ser obedientes al Espíritu, obtenemos
un conocimiento aún mayor y progresamos
en nuestro poder de discernimiento.**

El hombre le debe a la Fuente de toda inteligencia y verdad el conocimiento que posee; y todos los que estén dispuestos a ser obedientes a la inspiración del Espíritu que conduce a la virtud y al honor, al amor de Dios y del hombre, al amor a la verdad y a aquello que ennoblece y ensancha el alma, recibirán un conocimiento más puro, más extenso, más directo y más concluyente de las verdades de Dios que cualquier otra persona¹³.

Tanto el hombre como la mujer deben arraigarse en la verdad y afirmarse en el conocimiento del Evangelio, sin depender de la luz de los demás ni la reflejada por otra persona, sino confiando únicamente en el Espíritu Santo, el cual es inalterable y brilla siempre, y testifica de la gloria y de la voluntad del Padre a las personas en forma individual y a los poseedores del sacerdocio que vivan de acuerdo con las leyes del Evangelio. Entonces ellos gozarán de una luz eterna que jamás podrá ser opacada¹⁴.

Para nosotros, la única manera segura de proceder, como individuos, es vivir en forma humilde, recta y fiel ante Dios, para poder por ese medio poseer Su Espíritu y estar capacitados para juzgar rectamente y discernir la verdad del error, como así también el bien del mal¹⁵.

¿Cómo podemos saber si [el consejo que recibimos de los líderes de la Iglesia] es correcto? Al tener el Espíritu de Dios en

nuestro corazón, por medio del cual nuestra mente recibirá luz y discernimiento, podremos conocer la doctrina por nosotros mismos y estar capacitados para separar la verdad del error, la luz de las tinieblas y la bondad de la maldad¹⁶.

Al Santo de los Últimos Días fiel le es dado el derecho de conocer la verdad como Dios la conoce; y ningún poder bajo el reino celestial puede desviarlo, opacar su entendimiento, ofuscar su mente o disminuir su fe o su conocimiento de los principios del Evangelio de Jesucristo. Eso no puede ocurrir, ya que la luz de Dios brilla con mayor fulgor que las luces de la falsedad y el error; por tanto, quienes posean la luz de Cristo, el espíritu de la revelación y el conocimiento de Dios, se elevan por sobre todas esas cosas del mundo, ya que saben que esta doctrina es de Dios y no del hombre¹⁷.

Cuando vivimos de acuerdo con lo que ha sido revelado, el Señor aumenta nuestra luz y nuestra inteligencia.

Hay muchas cosas que todavía no han sido reveladas. Hay cosas que se van a revelar y que Dios dará a conocer en su debido tiempo, que ahora no comprendemos. Por mi parte, me parece que ya se ha revelado todo lo que me es posible comprender. Si pudiera captar todo lo que Dios ha revelado, comprenderlo debidamente y aplicarlo con rectitud en mi vida, pienso que entonces estaría preparado para recibir más, si todavía fuera digno de ello. ¿Por qué entonces hay personas entre nosotros que se preocupan y se inquietan por cosas que jamás se han revelado a los hijos de los hombres...? Si la gente pagara el diezmo, si guardara la Palabra de Sabiduría, si orara, si dedicara su vida a trabajar con rectitud sobre la tierra, si estudiara el Evangelio por sí misma y lo obedeciera, tendría menos necesidad de hacer preguntas; y no se olviden del hecho de que sabrían las cosas mejor de lo que las saben ahora¹⁸.

Nada sabemos y nada predicaremos al pueblo sino aquello que Dios el Señor haya revelado, y aconsejamos a los que ocupan cargos de autoridad, cuyo deber y responsabilidad es enseñar y predicar los principios del Evangelio al mundo y a los Santos de los Últimos Días, que limiten sus enseñanzas y sus instrucciones

a la palabra de Dios que se ha revelado. Les aseguro que hay mucho de lo que ha sido revelado que no se está obedeciendo. Es mucho todavía lo que falta por aprender; es mucho lo que aún hay por enseñar con el espíritu de instrucción, y mucho lo que se ha revelado por intermedio del profeta José Smith y de las personas que le ayudaron en la obra que la gente todavía no ha recibido en su corazón ni se ha convertido como debe.

Cuando obedezcamos y seamos capaces de observar los preceptos del Evangelio, las leyes de Dios y los requisitos del cielo que ya se han revelado, estaremos en mejor posición y más cerca de la meta de la perfección en lo que se refiere a sabiduría, a conocimiento y a poder de lo que estamos ahora. Cuando llegue ese momento, entonces habrá otras cosas mayores aún que serán reveladas al pueblo de Dios. Sin embargo, hasta que no hayamos cumplido con nuestro deber en aquello que hemos recibido, hasta que no seamos fieles en aquello que se nos haya confiado, hasta que no vivamos de acuerdo con nuestra religión como la tenemos en la actualidad, tal como el Señor nos la ha dado, el recibir más mandamientos y más luz e inteligencia de la que ya hemos recibido, y la cual todavía no hemos obedecido en forma completa, sólo sería traer más condenación sobre nuestra cabeza. Es suficiente con que vivamos a la luz de la inspiración y la revelación actuales, y que cada miembro de la Iglesia guarde los mandamientos del Señor y actúe en la Iglesia en el cumplimiento de su deber de acuerdo con la orientación del Espíritu. Cada uno de nosotros tiene el derecho de recibir inspiración de Dios para saber cuál es su deber y cómo ha de cumplirlo¹⁹.

Lo que debemos hacer es vivir de acuerdo con la luz y la inteligencia que Dios nos ha revelado en esta dispensación, para de esa forma estar en armonía con los poderes y los seres celestiales y, especialmente, con nuestro Señor Jesucristo que está a nuestra cabeza, que es nuestro legislador, nuestro ejemplo, y el camino a la vida y a la salvación para todo el mundo; por medio del cual podremos entrar al reino celestial de Dios y sin el cual no podremos jamás entrar en ese estado de gloria por los siglos de los siglos. Él es el camino, la luz y la vida del mundo; y quien obedezca los mandamientos que Él ha dado y haga la obra que

Él ha hecho y nos ha mandado que hagamos, no andará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida²⁰.

Sugerencias para el estudio

- ¿Al alcance de quiénes está el “espíritu de revelación”?
- ¿En qué aspectos de nuestra vida podemos disfrutar de la guía personal del Espíritu?
- ¿Por qué creen que Dios nos guía con más frecuencia por medio de la voz quieta y delicada del Espíritu, en lugar de hacerlo mediante “manifestaciones milagrosas”? (Véase también 1 Reyes 19:11–12.) ¿De qué manera nos guía Dios por medio de la voz quieta y delicada?
- ¿Cómo podemos saber cuándo estamos recibiendo la influencia del Espíritu del Señor? (Véase también D. y C. 6:15, 22–23; 9:8–9; 11:12–14.)
- ¿Por qué no estamos coaccionados a seguir la inspiración del Espíritu? ¿Por qué creen que Dios “se deleita en el corazón dispuesto”?
- ¿En qué forma debemos vivir para poder recibir la guía del Espíritu? ¿Qué inhibe nuestra capacidad para recibir la inspiración del Espíritu?
- ¿Cuándo les ha ayudado el Espíritu a aumentar el conocimiento que tienen de las verdades de Dios?
- ¿Qué bendiciones reciben quienes confían en la inspiración del Espíritu Santo en lugar de depender “de la luz de los demás ni la reflejada por otra persona”?
- ¿Cómo podemos prepararnos para recibir más luz e inteligencia? (Véase también Alma 12:10.)

Notas

1. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, págs. 523–524.
2. *Gospel Doctrine*, pág. 34.
3. *Gospel Doctrine*, págs. 34–35.
4. *Gospel Doctrine*, págs. 41–42.
5. *Gospel Doctrine*, págs. 58–59.

6. *Gospel Doctrine*, pág. 60.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 7.
8. “President Joseph F. Smith on Revelation”, *Millennial Star*, 6 de abril de 1905, pág. 222.
9. En “Conference Report”, octubre de 1912, pág. 2.

10. *Gospel Doctrine*, pág. 59.
11. “Testimony”, *Improvement Era*, agosto de 1906, pág. 808.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 65.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 6.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 87.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 45.
16. *Deseret News: Semi-Weekly*, 3 de enero de 1893, pág. 2.
17. *Gospel Doctrine*, pág. 6.
18. En “Conference Report”, octubre de 1916, págs. 6–7.
19. *Gospel Doctrine*, págs. 35–36; se agregaron párrafos.
20. *Deseret News: Semi-Weekly*, 31 de enero de 1882, pág. 2.



La obediencia a la ley del diezmo

Quienes obedecen la ley del diezmo ayudan a realizar los propósitos del Señor y se hacen acreedores de Sus bendiciones.

De la vida de Joseph F. Smith

A fines del siglo XIX, la Iglesia enfrentaba una cuantiosa deuda que excedía el millón de dólares. Ese compromiso financiero era una grave preocupación que pesaba sobre Joseph F. Smith. En la conferencia general de octubre de 1899, dijo: “Hemos recibido instrucciones de gran valor concerniente a nuestros deberes como Santos de los Últimos Días, no sólo en lo que respecta a la ley de diezmos, sino también en lo que se relaciona con otros asuntos, que son tan importantes, en lo que a ellos respecta, como lo es la ley de diezmos. Sin embargo, no hay nada de mayor importancia para el beneficio de la Iglesia en este momento que el tomar en cuenta esta ley, por medio de la cual se pondrán en el almacén del Señor los recursos para satisfacer las necesidades de la gente”¹.

Siete años después, una tarde en que el presidente Smith volvía de su oficina, encontró a su hija Rachel en el vestíbulo de la Casa de la Colmena.

—¿Dónde está tu mamá? —le preguntó.

—No sé.

—¿Dónde podría estar?

—No sé.

—¿A qué hora volverá?

—“No lo sé, Papá. No sé nada, recién llegué de la escuela.



Probádmé ahora en esto, por Glen S. Hopkinson, muestra a fieles santos pioneros llevando su diezmo, el cual a menudo se pagaba con productos en lugar de dinero, a la oficina del diezmo instalada cerca del Templo de Salt Lake.

—Bueno, mi amor, quería que fuera tu madre la primera en saberlo, pero ya que no sabes nada, te voy a decir algo, —le explicó mientras sostenía en la mano una hoja de papel.

—¿Ves este papel?

—Sí.

—Este documento significa que por fin la Iglesia está libre de deudas. ¡Ahora ya sabes algo importante! —le dijo sonriendo”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

La obediencia a la ley de diezmos manifiesta nuestra lealtad al reino de Dios.

Dios requiere que un diez por ciento de nuestro interés sea colocado en Su almacén, lo cual se ha dado como ley fija a todas las estacas de Sión³.

Por este principio (el diezmo) se pondrá a prueba la lealtad de los miembros de esta Iglesia; por este principio se podrá saber quiénes están a favor del reino de Dios y quiénes están en contra. Por este principio se manifestarán aquellos cuyo corazón está dispuesto a hacer la voluntad de Dios y a guardar Sus mandamientos, y con ello a santificar la tierra de Sión ante Dios, y también se manifestarán quienes se hayan opuesto a este principio y se hayan privado de las bendiciones de Sión. Este principio es de gran importancia, porque es por su intermedio que se sabrá si somos fieles o infieles. En ese aspecto es tan esencial como la fe en Dios, como el arrepentimiento del pecado, como el bautismo para la remisión de los pecados y como la imposición de manos para recibir el don del Espíritu Santo⁴.

La ley de diezmos es una prueba por la que debe pasar el pueblo en forma individual. Cualquier persona que no observe este principio será reconocida como alguien indiferente al bienestar de Sión, que no cumple con su deber como miembro de la Iglesia y que no hace nada en aras del progreso temporal del reino de Dios. Además, tampoco contribuye en nada a la propagación del Evangelio entre las naciones de la tierra ni atiende aquello que le permitiría recibir las bendiciones y ordenanzas del Evangelio⁵.

El cumplimiento de la ley de diezmos es voluntario. Puedo pagar el diezmo o no, según mi elección. Está en mí escoger si voy a hacerlo o no; sin embargo, debido a la manera en que pienso, a mi lealtad a la Iglesia y a sus intereses, a mi creencia de que es correcto y justo acatar la ley de diezmo, cumplo con ella siguiendo el mismo principio por el cual pienso que debo cumplir con la ley del arrepentimiento, del bautismo y de la remisión de los pecados⁶.

Quienes no hayamos pagado los diezmos en el pasado y que, por lo tanto, nos encontramos en deuda con el Señor, aun cuando no estamos en situación de saldarla, Él no requiere que paguemos esa obligación pasada y nos perdonará siempre que cumplamos con esa ley honradamente en el futuro. Eso implica una gran generosidad y bondad por lo cual me siento muy agradecido⁷.

He dicho y lo repito nuevamente aquí, que el hombre o la mujer que pague siempre su diezmo, no apostatará nunca. No tiene importancia cuán grande o cuán pequeña sea la cantidad. Es la ley del Señor; es la fuente de ingresos para la Iglesia; es un requisito de Dios y Él ha dicho que quienes no cumplan con ello no son dignos de recibir una herencia en Sión. Nadie jamás apostatará, siempre y cuando pague su diezmo. Eso tiene sentido. ¿Por qué? Porque mientras esa persona tenga fe para pagar el diezmo, tendrá fe en la Iglesia y en los principios del Evangelio, y por consiguiente hay algo de bueno en ella y también algo de luz. Y, mientras permanezca haciéndolo, el tentador no lo vencerá ni hará que se desvíe del camino recto⁸.

**El diezmo es la ley del Señor relacionada
con el suministro de fondos para Su Iglesia y para
bendición de los santos.**

La ley del diezmo es la ley relacionada con el suministro de fondos para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Sin ella, sería imposible llevar a cabo los propósitos del Señor⁹.

El Señor . . . dio la ley de los diezmos a fin de que hubiera fondos en el almacén del Señor para llevar a cabo Sus propósitos: para el recogimiento de los pobres, para la predicación del

Evangelio a las naciones de la tierra, para la manutención de aquellos que tenían que prestar una atención constante, día tras día, a la obra del Señor y para quienes era necesario proporcionar algunos recursos. Sin esa ley, no podría hacerse nada de eso, ni se podrían edificar ni mantener los templos, ni se podría vestir ni alimentar a los pobres. Por consiguiente, la ley de diezmos es necesaria para la Iglesia, a tal grado que el Señor ha hecho gran hincapié en ella¹⁰.

[Los diezmos] se utilizan para continuar efectuando las ordenanzas de la Casa de Dios en... los templos. Se utiliza [mucho dinero] para educar a la juventud de Sión y para el mantenimiento de las escuelas de la Iglesia. Se gastan [grandes cantidades] para alimentar y vestir a los pobres y para velar por los que dependen de la Iglesia. Ellos esperan socorro y sostén de su “madre”, y lo correcto y apropiado es que la Iglesia vele por sus miembros pobres e indigentes, débiles e incapacitados, hasta donde sea posible¹¹.

El Señor ha revelado cómo se han de cuidar y administrar estos fondos [los diezmos], y es: por la Presidencia de la Iglesia, el Sumo Consejo de la Iglesia (es decir, los Doce Apóstoles) y el Obispado Presidente de la Iglesia. En mi opinión existe en eso una gran sabiduría, ya que en ningún sentido se le da a un solo hombre la libertad para que disponga de ellos o los maneje. Esa responsabilidad recae por lo menos sobre dieciocho personas: Hombres prudentes, con fe y capaces, porque así son estos dieciocho. Digo que a ellos les corresponde encargarse de los diezmos del pueblo y utilizarlos para cualquier propósito que, para su juicio y sabiduría, sea de mayor beneficio para la Iglesia... y estos hombres, a quienes el Señor ha designado con autoridad para hacerlo, se hacen cargo de este fondo de diezmos para satisfacer las necesidades y el beneficio de la Iglesia¹².

El Señor... exige en forma especial de los hombres que están a la cabeza de Su Iglesia y que son responsables por la guía y la dirección del pueblo de Dios se aseguren de que la ley de Dios [los diezmos] se cumpla. Es nuestro deber hacerlo... Es la responsabilidad de los líderes de la Iglesia decir algo sobre este principio, que no solamente el pueblo debe cumplir con su obli-

gación con respecto a esta ley, sino también de que haya algo en el almacén del Señor para satisfacer las necesidades del pueblo; ya que las necesidades de la Iglesia son las del pueblo. Los miembros de la Iglesia son quienes la constituyen y, por lo tanto, cualquier compromiso que la Iglesia tenga, recae particularmente sobre cada miembro, en proporción a sus medios. El Señor requiere que nosotros nos aseguremos de que Su ley se guarde entre el pueblo¹³.

Esta mañana deseo decir a mis hermanos y hermanas que, en mi opinión, los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días jamás han vivido mejor o sido más fieles y más diligentes que ahora. Tenemos varias maneras de saber que es así. Una manera muy exacta de saberlo es el hecho de que se está acatando la ley del diezmo... Ésa es una indicación muy buena de que los Santos de los Últimos Días están cumpliendo con su deber, de que tienen fe en el Evangelio, de que están dispuestos a guardar los mandamientos de Dios y de que están obedeciendo esa ley quizás más fielmente que nunca.

Quisiera asimismo decirles algo más y hacerlo a manera de felicitación. Lo que quiero decirles es que, gracias a la bendición del Señor y a la fidelidad con que los santos han pagado los diezmos, se ha podido saldar completamente la deuda que teníamos. En la actualidad, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días no debe ni un centavo que no pueda pagar inmediatamente. Por fin nos encontramos en una posición en la cual podemos pagar inmediatamente evitando contraer deudas. No hemos tenido que pedir prestado más y continuaremos sin tener que hacerlo mientras los Santos de los Últimos Días continúen viviendo su religión y guardando esta ley de diezmos, la cual es la ley de suministro de fondos para la Iglesia.

Quisiera decirles además que, aun cuando no lo logremos enseguida, esperamos el día en que no necesitaremos pedirles ni un dólar de donativo por ningún concepto, excepto lo que ofrezcan dar de su propia voluntad, debido a que tendremos fondos suficientes de diezmos en el almacén del Señor para pagar todo lo necesario para que el reino de Dios siga adelante... Ésa es la verdadera norma, el verdadero propósito del Señor relacionado con la administración de los asuntos de Su Iglesia¹⁴.

**El objeto principal del pago del diezmo
es la obediencia a la ley.**

No hay duda de que se podría leer mucho más en las Escrituras con referencia a este principio del diezmo que Dios nos ha revelado en esta dispensación y que requiere de nosotros a fin de que, por medio de la obediencia a Su ley, santifiquemos esta tierra para que en verdad llegue a ser una tierra de Sión para nosotros. La promesa dice que, si obedecemos las leyes de Dios, si depositamos en Él nuestra confianza, si nos allegamos a Él, Él se allegará a nosotros y nos recompensará con Su gracia y Su bendición. Él reprenderá al devorador y hará que la tierra sea fructífera, que produzca con toda su fuerza para el agricultor, para el labrador y para el pastor de rebaños; aumentará sus ganados y le brindará prosperidad a diestra y siniestra, y éste tendrá en abundancia porque ha puesto su confianza en Dios, se allega a Él y está dispuesto a probarlo, para ver si abrirá las ventanas de los cielos y derramará sobre él bendición hasta que sobreabunde [véase Malaquías 3:10]. Que toda persona que haya recibido el Evangelio de Jesucristo reciba esta declaración y escuche estas palabras con todas las fuerzas de su alma. Algunas personas no les darán mucha importancia, y quienes así lo hagan sin duda se negarán a allegarse, serán negligentes en probar al Señor, no cumplirán con los mandamientos que Él ha dado, y nunca sabrán que Dios dice la verdad y que, cuando Su pueblo está dispuesto a obedecerlo y a guardar Su ley, Él cumple con Su palabra y con la promesa que le ha hecho...

...Conocí a un hermano, que no necesito decir su nombre ya que es sólo uno entre miles que pueden dar el mismo testimonio, no sólo de palabra sino también por medio de la evidencia que prueban sus ahorros, su prosperidad, el progreso y el mejoramiento que lo rodean en medio del desierto. Esta temporada ha levantado ricas cosechas, sus granjas han producido en abundancia, mientras que las de muchos de sus vecinos están tapadas de hierbas y sus cosechan sólo han alcanzado la mitad o la tercera parte de las de este hermano. ¿Por qué creen que ha sido así? Yo lo atribuyo al hecho de que Dios lo ha bendecido, y él también piensa así, porque es un hombre inteligente que no sólo

trabaja sabia y prudentemente, sino que lo hace con temor a Dios y con el deseo en el corazón de obedecer Sus leyes... Paga su diezmo, se acuerda de las ofrendas, es obediente a las leyes de Dios y no tiene temor de dar testimonio ante sus vecinos y amigos de que es por medio de la obediencia a Dios que él ha sido bendecido y ha prosperado, y ha llegado a ser lo que es hoy día. Pero él no es el único; hay muchos otros que han prosperado de la misma manera. Yo les testifico que es por motivo de que Dios lo ha bendecido a él, y ha bendecido sus tierras y su trabajo, que obtuvo tanto y se aseguró las bendiciones que buscaba y por las cuales se esforzó. Trabajó con fe en el Señor, y el Señor, que conoce su corazón, lo ha bendecido de acuerdo a ello¹⁵.

Por tanto, he llegado a la conclusión de que el propósito principal de pagar el diezmo es la obediencia a la ley, y de que por medio de esa obediencia recibiremos más beneficios que otras personas. Puede ser que tengamos decenas de miles y que paguemos un diezmo íntegro de nuestras ganancias, lo cual haga de nuestro diezmo una gran cantidad; no obstante, el beneficio que recibiremos al ser obedientes a la ley de Dios será al final mucho más grande que el beneficio que nuestra substancia pueda proporcionar a los pobres. Es más bendecido el que da limosnas que el que las recibe.

El problema radica en que, cuando un hombre se vuelve rico, comienza inmediatamente a sentirse demasiado pobre como para obedecer las leyes de Dios. Las riquezas hacen pobre al hombre cuando tiene que hacer tratos con el Todopoderoso. El pobre puede fácilmente pagar el diezmo y contribuir con lo que tiene para beneficio del necesitado, pero si se vuelve millonario, o algo parecido, comienza a volverse más mezquino. Con ello, se priva de la oportunidad de recibir manifestaciones más grandes de la bondad y de la misericordia de Dios, que recibiría por medio de todo el bien que podría hacer con el aumento de sus bienes.

La obediencia es lo que el Todopoderoso requiere. Fue obediencia lo que requirió de Abraham. Me estoy refiriendo ahora a la obediencia a Dios y no al hombre, y desafío a cualquiera a probarme que la obediencia a Dios, aun la del pago del diezmo, no es mejor que la desobediencia; mejor para la persona y para el

pueblo en general. Si una persona obedece la ley del diezmo, se hace merecedora de la bendición de Dios y, en lo que a ella respecta, hay recursos en el almacén del Señor para alimentar a los pobres, para dar a conocer el Evangelio en otros lugares, para la edificación de templos y para el logro de Sus propósitos; pero si no es obediente a esta ley, no habrá nada allí y ella se verá privada de la bendición que de otra manera el Señor le habría dado¹⁶.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué es la ley de diezmos del Señor? (Véase también D. y C. 119:3–4.) ¿Qué principios del Evangelio ponemos en práctica cuando pagamos el diezmo? ¿En qué sentido la obediencia a la ley es el “objeto principal” del pago de los diezmos?
- ¿Qué pueden hacer los miembros de la Iglesia que no hayan pagado diezmo en el pasado y deseen ahora guardar ese mandamiento? ¿Cuáles son algunas de las razones por las cuales se atrasan en el pago del diezmo? ¿De qué manera podría volver mezquinas a las personas la prosperidad económica?
- ¿Cuáles son algunas de las finalidades para las que se utiliza el fondo de los diezmos? ¿De qué manera el diezmo ayuda a satisfacer las necesidades espirituales y temporales de los miembros de la Iglesia y de otras personas?
- ¿Quiénes determinan cómo se van a distribuir los fondos de diezmos de la Iglesia? (Véase también D. y C. 120.)
- ¿En qué forma se puede enseñar el pago del diezmo dentro del núcleo familiar?
- ¿Qué bendiciones promete el Señor a quienes paguen el diezmo? (Véase también Malaquías 3:10–12.) ¿Cuándo y de qué manera los ha bendecido la obediencia a la ley de diezmos?

Notas

1. En "Conference Report", octubre de 1899, pág. 39.
2. Citado por Amelia Smith McConkie en "Grandpapa Joseph F. Smith", *Ensign*, septiembre de 1993, pág. 15.
3. *Deseret News: Semi-Weekly*, 3 de mayo de 1881, pág. 1.
4. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 225.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 226.
6. *Gospel Doctrine*, págs. 232-233.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 99.
8. "Discourse by President Joseph F. Smith", *Millennial Star*, 25 de octubre de 1906, pág. 674.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 226.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 225.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 232.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 233.
13. En "Conference Report", octubre de 1899, pág. 41.
14. En "Conference Report", abril de 1907, pág. 7; se agregaron párrafos.
15. *Gospel Doctrine*, págs. 226-228.
16. En "Conference Report", abril de 1899, pág. 69; párrafos arreglados.



La libertad por medio de la obediencia

Dios nos ha dado la libertad de escoger el bien o el mal y nos hará responsables por la manera en que utilicemos la inteligencia y las oportunidades que Él nos ha brindado.

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith creía que el albedrío y la responsabilidad individual son elementos inseparables y esenciales del proceso por medio del cual los hijos de Dios llegan a ser como Él. “Tanto ustedes como yo debemos asegurarnos las bendiciones de la vida eterna por medio de la obediencia y la misericordia de Dios”, explicó. “Tenemos el poder para tomar nuestras propias decisiones y podemos escoger entre el mal y el bien... Debemos aprender a permanecer o a caer por cuenta propia, seamos hombre o mujer”¹.

En 1904, el presidente Smith se presentó personalmente ante el Congreso de los Estados Unidos y habló con determinación acerca del derecho de los miembros de ejercer su albedrío para tomar decisiones personales, religiosas y políticas. El 26 de marzo de 1907, la Primera Presidencia publicó “Un discurso: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días al mundo”, el cual fue aprobado unánimemente en la conferencia general de abril de ese año. La declaración reiteraba muchas de las creencias básicas de los Santos de los Últimos Días y afirmaba: “Creemos en el albedrío del hombre y por lo tanto en su responsabilidad individual”².

El presidente Smith creía y enseñaba que la obediencia a las leyes del Evangelio de Jesucristo es la única manera de alcanzar la libertad que Jesucristo prometió: “...La verdad os hará libres” (Juan 8:32).

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Dios nos ha dado el don del albedrío y nos hará responsables por nuestras elecciones.

Dios ha dado a todos los hombres el albedrío y nos ha concedido el privilegio de servirle o no, de hacer lo que es recto o lo que es malo, y ese privilegio se da a todas las personas, sin importar su credo, su color o su condición. Tanto los ricos como los pobres tienen ese albedrío, y ningún poder de Dios priva al hombre de ejercerlo plenamente y sin restricciones. Ese albedrío se ha concedido a todas las personas. Esa es una bendición que Dios ha conferido a la humanidad, a todos sus hijos de igual manera. No obstante, Él nos hará rendir cuentas muy estrictas del uso que hagamos de ese albedrío y, como se le dijo a Caín, a nosotros también se nos dirá: “Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? Y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta...” (Génesis 4:7)³.

Nosotros somos nuestros propios agentes y podemos escoger o rechazar el Evangelio, seguir el ejemplo del Salvador o el de Lucifer. Se nos ha dado a nosotros la opción de escoger. Somos herederos de Dios y coherederos con Jesucristo, y por consiguiente tenemos el privilegio de obtener la gloria y la exaltación en el reino en que Jesús y los santificados moran, pero es nuestra la opción de escogerlas o de rechazarlas. Dios ha declarado que no pedirá nada de nosotros sino sólo lo que Él nos haya posibilitado realizar. Si nos pide y nos manda efectuar ciertas obligaciones que son difíciles para nosotros de llevar a cabo, al observarlas naturalmente, Él nos dará el poder para efectuarlas. Pero si no somos dignos y no utilizamos toda la energía y la inteligencia que poseemos naturalmente, la promesa de Su parte no será cumplida porque se ha hecho bajo la condición de que hagamos nuestra parte⁴.

El Señor ha dado albedrío a los hijos de los hombres. Cada uno puede hacer el bien o el mal según su conveniencia... [El Señor] sencillamente nos hará responsables ante Él, y deberemos responderle en cuanto al uso que hemos hecho de nuestra inteligencia y de las oportunidades que nos ha dado aquí en la carne⁵.



El capitán Moroni levanta el estandarte de la libertad, por Arnold Friberg.
Los miembros de la Iglesia de la época del Libro de Mormón se reunieron alrededor del estandarte de la libertad para prometer que “mantendr[ían] sus derechos y su religión, para que el Señor Dios los bendi[jera]” (Alma 46:20).

Dios no interfiere con el uso que hagamos de nuestro albedrío, sino que permite que experimentemos las consecuencias de nuestras elecciones.

La Divina Providencia no interfiere con el albedrío del hombre. Si el hombre no fuera libre de escoger el bien y rechazar el mal, o viceversa, no habría rectitud ni ninguna razón para ser juzgado. Como consecuencia del poder de elección, las personas se convierten en seres responsables y por lo tanto recibirán las consecuencias de su manera de actuar. Serán recompensadas o castigadas según sus obras cuando los libros sean abiertos y sean juzgadas por las cosas que estén escritas allí.

No hay ninguna duda de que Dios podría impedir las guerras, prevenir los delitos, eliminar la pobreza, ahuyentar las tinieblas, superar el error y hacer que todo sea brillante, hermoso y dichoso. Pero eso implicaría la destrucción de un atributo fundamental y vital del hombre: el derecho del albedrío. Es por su propio beneficio que Sus hijos e hijas llegan a conocer tanto la maldad como la bondad, la obscuridad como la luz, el error y la verdad, así como también los resultados de la violación a las leyes eternas. Por consiguiente, Él ha permitido las maldades que ha ocasionado la manera de proceder de Sus criaturas, pero controlará los resultados finales para Su propia gloria y para el progreso y la exaltación de Sus hijos e hijas, cuando éstos hayan aprendido obediencia por medio de las cosas que padecen. Los contrastes que se experimentan en este mundo de dolor y gozo entremezclados son de naturaleza educativa y serán el medio para elevar a la humanidad a fin de que aprecie plenamente todo lo que es recto, verdadero y bueno. El conocimiento previo que tiene Dios no implica que Él actúa para que suceda lo que ha previsto, ni de ninguna forma lo hace responsable de lo que el hombre haga o rehúse hacer⁶.

Ocurren muchas cosas en el mundo, en las cuales, a la mayoría de nosotros, nos es muy difícil encontrar una razón verdadera para reconocer la mano del Señor... La única razón que he podido descubrir para que reconozcamos la mano de Dios en algunas cosas que suceden es el hecho de que el Señor ha permitido que hayan acontecido. Cuando dos hombres se dejan llevar

por sus pasiones, su egoísmo y su ira al grado de contender y reñir el uno con el otro, y ese pleito y esa contención los lleva a pelear físicamente y a la violencia entre ellos, es muy difícil para mí descubrir la mano del Señor en lo ocurrido, exceptuando que esos hombres que disputan, riñen y se pelean uno con otro de esa manera han recibido de Dios la libertad de su albedrío para ejercer su inteligencia, para juzgar por sí mismos entre lo bueno y lo malo y para obrar de acuerdo con sus propios deseos. El Señor no tuvo por objeto que esos dos hombres se pelearan ni que se dejaran llevar por la ira al grado de provocar la violencia entre ellos, y tal vez hasta el derramamiento de sangre. Dios jamás ha dispuesto algo así y no podemos atribuirle eso al Todopoderoso...

El albedrío que [Dios] nos ha dado nos permite actuar por nosotros mismos —hacer si queremos lo que no es correcto, aquello que contraviene las leyes de la vida y la salud, que no son sabias ni prudentes— y los resultados pueden ser graves para nosotros por motivo de nuestra falta de conocimiento o nuestra determinación de persistir en hacer lo que deseamos, en lugar de acceder a lo que Dios requiere de nosotros⁷.

¡Sufrirán las consecuencias de sus equivocaciones, de sus errores, ya que les traerán dolor, enfermedades o muerte! Por consiguiente, yo reconozco la mano del Señor en este albedrío que se ha dado a los hijos de los hombres, pero también reconozco la mano del hombre en las consecuencias de sus propios actos, después de su desobediencia a la ley de Dios. Yo no culpo a Dios el Padre por las debilidades, las equivocaciones, los errores, los delitos y las iniquidades de los hombres, ni tampoco por las maldades que existen en el mundo⁸.

Ha sido en [el] ámbito de la libertad y en el ejercicio del criterio humano donde se han cometido la mayoría de las iniquidades que han tenido lugar en el mundo: el martirio de los santos, la crucifixión del propio Hijo de Dios y gran parte de la apostasía, la desviación de la obra de la justicia y de las leyes han acontecido en ese ejercicio de la libertad y del criterio humano. Dios, en Su infinita sabiduría y por la gracia de Su misericordia, ha proporcionado los medios y ha mostrado a los hijos de los

hombres la manera por la cual, aun en el dominio de la libertad y el ejercicio de su criterio, pueden recurrir a Dios en forma personal, con fe y oración, para saber qué debe guiar y dirigir su juicio y su sabiduría humanos. No deseo que los Santos de los Últimos Días olviden que tienen ese privilegio.

La Iglesia de Jesucristo no viola la libertad individual.

El reino de Dios es un reino de libertad; el Evangelio del Hijo de Dios es un Evangelio de libertad¹⁰.

¿Pueden encontrar una organización, ya sea eclesiástica o no, que tenga un gobierno y una organización tan perfectos como La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, que fue establecida por inspiración por medio del profeta José Smith? Y ¿cuál es el objeto de esta organización? ¿Es el de oprimir al hombre? ¿Es el de hacerles daño? ¿Es el de hacer que se inclinen hasta tocar la tierra? ¿Es el de privarles de su libertad, de sus derechos o de sus privilegios? ¿Es el de hacerles esclavos, sirvientes y degradarles hasta el polvo? O en cambio, ¿es el de elevar su inteligencia y su masculinidad, y acrecentar su libertad, ya que no existe una libertad mayor que la del Evangelio de Jesucristo? Porque les diré, ninguna persona está libre bajo las cadenas del pecado y de las transgresiones, ni tampoco es libre quien está bajo la servidumbre de la ignorancia en cuanto al plan de vida y salvación¹¹.

Creo que en ninguna parte del mundo se puede encontrar a un pueblo más libre, más independiente o más inteligente, con mayor libertad para escoger el curso que va a seguir en la obra que realiza y en todo lo que le concierne, que los Santos de los Últimos Días. No hay ningún miembro digno de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en ninguna parte del mundo en la actualidad que no lo sea por causa de la independencia de su carácter, por motivo de su inteligencia, de su sabiduría y de su capacidad para juzgar entre lo correcto y lo incorrecto, entre el bien y el mal¹².

La religión de los Santos de los Últimos Días está relacionada no solamente con la conducta presente de la persona sino también con su felicidad futura e influye en sus miembros en todo

lo que afecta al carácter humano. Es para el cuerpo como así también para el espíritu y enseña a la gente la forma de vivir y de comportarse en este mundo a fin de que de esa forma se prepare para lo que le espera en el mundo venidero. Por consiguiente, la Iglesia da instrucciones relacionadas con las cosas temporales así como con las espirituales, siempre y cuando estén relacionadas con la Iglesia, con sus propiedades e instituciones y con la asociación de sus miembros, pero no viola la libertad individual ni invade las responsabilidades ni los derechos de los gobiernos. El libre albedrío del hombre es un principio fundamental que, de acuerdo con los principios de la Iglesia, ni siquiera Dios reprime¹³.

**La obediencia, el ejercicio correcto del albedrío,
brinda bendiciones invaluableles.**

Hay... ciertas bendiciones que Dios concede a los hijos de los hombres sólo si utilizan rectamente este albedrío. Por ejemplo, ningún hombre puede lograr la remisión de sus pecados sino mediante el arrepentimiento y el bautismo efectuado por alguien que tenga la autoridad. Si queremos quedar libres de pecado, de sus efectos y de su poder, debemos obedecer esta ley que Dios ha revelado o nunca podremos obtener la remisión de los pecados. Por tanto, aun cuando Dios ha conferido a todos los hombres, sea cual fuere su condición, ese albedrío para escoger entre el bien y el mal, no da ni dará a los hijos de los hombres la remisión de sus pecados, sino por medio de la obediencia a la ley...

Todo hombre es bendecido con fortaleza en su cuerpo, con el uso de su mente y con el derecho de ejercer las facultades con las cuales ha sido dotado, según su propio parecer, sin tomar en cuenta la religión. Pero Dios no ha permitido ni permitirá que el don del Espíritu Santo le sea conferido a ningún hombre o mujer, si no es mediante el cumplimiento de Sus leyes. Por tanto, nadie puede obtener la remisión de los pecados, recibir el don del Espíritu Santo, obtener revelaciones de Dios ni recibir el sacerdocio, con sus derechos poderes y privilegios, ni llegar a ser heredero de Dios y coheredero con Jesucristo, sino por medio del cumplimiento de los requisitos del cielo. Éstas son

bendiciones universales; son privilegios grandiosos e invalorable que pertenecen al Evangelio y al plan de vida y salvación, los cuales son gratuitos y están al alcance de todas las personas, bajo ciertas condiciones, pero que nadie bajo los cielos podrá disfrutar si no anda por las vías que Dios ha señalado para que puedan obtenerse. Sin embargo, estos privilegios y bendiciones se pueden perder una vez obtenidos, y tal vez para toda la eternidad, a menos que continuemos firmes en el camino que se nos haya indicado seguir...

El sol brilla sobre los malos y los buenos; pero el Espíritu Santo desciende únicamente sobre los justos y sobre aquellos cuyos pecados les hayan sido perdonados. La lluvia desciende sobre los malos y los buenos, pero los derechos del sacerdocio y la doctrina del sacerdocio que destila como rocío del cielo, se confieren sólo a las almas de quienes los reciben de la manera que Dios ha señalado. La gracia del cielo, el reconocimiento por parte del Todopoderoso de Su progeie sobre la tierra como Sus hijos e hijas, únicamente puede asegurarse por medio de la obediencia a las leyes que Él ha revelado¹⁴.

El grado más alto de libertad se obtiene mediante la obediencia al Evangelio de Jesucristo.

El Evangelio de Jesucristo es la ley perfecta de libertad, la cual tiene como objeto guiar al hombre al estado más alto de gloria y exaltarlo en la presencia de nuestro Padre Celestial, “en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” [Santiago 1:17]¹⁵.

Creemos que la voluntad de Dios es exaltar al hombre; que la libertad que se obtiene mediante la obediencia al Evangelio de Jesucristo es la mayor medida de libertad que una persona pueda disfrutar. No hay libertad que el hombre goce o pretenda gozar en el mundo que no esté fundada en la voluntad y en la ley de Dios y de la cual la verdad no sea su principio y su cimiento básicos. Es la transgresión lo que causa la esclavitud; es la mentira lo que degrada a la raza humana. Es la infracción y la falta de conocimiento de las leyes y de la voluntad de Dios lo que coloca a los hombres a la par de la creación animal en el mundo; porque si no tienen ninguna inspiración que provenga de una

fuente superior a la del hombre, no tienen instintos más elevados, ni principios más altos, ni un incentivo mayor, ni aspiraciones más nobles que los del mundo animal¹⁶.

Es sólo por medio de la obediencia a las leyes de Dios que el hombre puede elevarse sobre las despreciables debilidades de la vida terrenal y ejercer ese gran cariño, esa caridad y ese amor que debe impulsar el corazón y las intenciones de los hijos de los hombres¹⁷.

Hermanos y hermanas, seamos libres. Yo sostengo —y pienso que tengo el derecho de hacerlo— que soy un hombre libre, de acuerdo con mi obediencia a los mandamientos de Dios. Si hago el mal, estoy esclavizado a ese mal. Si cometo pecado, estoy esclavizado a ese pecado. Si infrinjo las leyes de Dios, soy responsable ante el Señor por ello. Pero yo les aseguro que en lo que se refiere a la libertad, a la libertad de expresión, a la libertad de albedrío, a la libertad de acción, y a todo lo demás que hace que un hombre sea libre en medio de los hombres, creo que no hay ningún otro sobre la tierra que sea más libre que yo. Sí, puedo cometer pecado si así lo deseo; tengo la libertad de cometer pecado como cualquier otra persona. Nadie tiene derecho a cometer pecado, pero todos tienen la libertad de hacerlo si quieren; Dios les ha dado el albedrío. ¿Demuestro que soy más hombre si pecco, simplemente porque tengo la libertad de hacerlo? Tengo la libertad para ir a una taberna [un bar] y beber bebidas alcohólicas, si quiero, o ir a un casino y jugar. En relación a eso, poseo la misma libertad que cualquier otro hombre sobre la tierra, pero, en el momento en que haga algo así, me convierto en esclavo y en siervo de la iniquidad. Por otro lado, si no soy culpable de ir a las cantinas ni de jugar a las cartas o a los juegos de azar, ni de ningún otro delito, soy inocente de ellos y hasta ahora soy un hombre libre. La verdad me ha hecho libre en lo que a eso se refiere¹⁸.

No estamos predicando un Evangelio de temor. No tratamos de aterrorizar el alma de los hombres. No le pedimos a la gente que sea recta a causa del terror de los condenados. No deseamos que sean buenos por temor al castigo de los impíos. No deseamos que hagan lo correcto por temor al castigo que se recibe

como consecuencia de un comportamiento incorrecto. Deseamos que escojan el bien porque es lo justo y porque dentro de su alma aman el bien, y porque es lo selecto por sobre encima de todo. Queremos que sean honrados, no sólo porque es la norma mejor sino porque al serlo honran a Dios y llevan a cabo Sus propósitos en la vida de ustedes. Un viejo y quizás trillado dicho dice que “un hombre honrado es la obra más majestuosa de Dios”. Deseamos ser honrados porque amamos a Dios, y no podemos ser los Santos de Dios si no lo somos; debemos comportarnos bien porque nos gusta hacerlo y no por miedo a las consecuencias de la iniquidad¹⁹.

El Señor no acepta la obediencia de la gente si no se lleva a cabo con alegría y con agrado dentro de sí, y ése es el deseo de Sus siervos. Ésa es la obediencia que debemos rendir, y si no lo hacemos así, estamos bajo condenación²⁰.

[Jesucristo] no solamente tenía inteligencia, sino que ponía en práctica esa inteligencia para hacer el bien y para liberar a los hombres de las flaquezas del mundo y de las inicuas tradiciones de sus padres. Él declaró con palabras de verdad y sabiduría: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” [Juan 8:31–32]. Ninguna persona es como Dios a menos que sea libre. Dios es libre. ¿Por qué? Porque Él posee la rectitud, el poder y la sabiduría en forma totalmente plena; como así también posee Su albedrío y lo ejerce para hacer el bien y no para hacer el mal. Por consiguiente, nadie puede ser como Él hasta que se someta a lo que es recto, puro y bueno, y hasta que abandone la iniquidad y el pecado y se conquiste a sí mismo...

Quien sea el más manso y el más sumiso a la voluntad de Dios demuestra la mayor sabiduría entre todos los hombres. En cambio, quien funda su opinión en oposición a los deseos y los propósitos del Señor es de todas las personas del mundo la que más lejos se encuentra de Dios en ese aspecto y, aunque haya sido creado y formado a imagen y similitud del Padre, aún así no se parece en nada al Hijo a menos que pueda decir en su corazón: “Padre... no se haga mi voluntad, sino la tuya” [Lucas 22:42]. Es la voluntad del Señor que poseamos ese espíritu y en-

tendamos esa verdad. Es cierto que para nosotros debe haber un sólo Dios, el Padre, y que todas las personas deben estar sojuzgadas a Él y es necesario que obedezcan Sus mandamientos para que sean libres y verdaderos discípulos de Cristo²¹.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué es el albedrío? ¿Quién tiene albedrío? ¿Por qué es el albedrío una bendición?
- ¿En qué manera espera Dios que utilicemos nuestro albedrío? ¿Qué nos promete Él si escogemos obedecerlo? (Véase también D. y C. 58:28.)
- ¿Por qué se nos permite sufrir las consecuencias de nuestros actos? ¿En qué manera Dios limitaría nuestra experiencia terrenal si impidiera las guerras, previniera los delitos y eliminara la pobreza? ¿Cómo le responderían a alguien que erróneamente le atribuyera a Dios “las maldades que existen en el mundo”?
- Aun cuando Dios “ha permitido las maldades que han traído la forma de proceder de Sus criaturas”, ¿qué seguridad tenemos de que Él “controlará los resultados finales”? (Véase también Romanos 8:28; D. y C. 98:3.)
- ¿Qué significa “violar la libertad individual”? ¿En qué forma pueden los padres y los líderes de la Iglesia ayudar a los demás a ser obedientes sin violar la libertad individual? (Véase también D. y C. 121:34–46.)
- ¿De qué manera nos ayuda la Iglesia a ser totalmente libres? ¿En qué forma nos restringen el pecado y la iniquidad?
- ¿Qué bendiciones “grandiosas e invaluable” han recibido cuando han escogido obedecer las leyes de Dios? (Véase también D. y C. 130:20–21.)
- ¿Qué diferencia existe entre obedecer las leyes de Dios por amor y hacerlo por miedo al castigo?
- ¿Cómo podemos seguir el ejemplo del Salvador para ser más obedientes a la voluntad del Padre?

Notas

1. *Deseret News: Semi-Weekly*, 11 de noviembre de 1873, pág. 1.
2. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo IV, pág. 144; el discurso completo se encuentra en las páginas 143–155.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 49.
4. *Deseret News: Semi-Weekly*, 3 de enero de 1871, pág. 2.
5. En Brian H. Stuy, compilador, *Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, The Twelve Apostles, and Others*, 5 tomos, 1987–1992, tomo II, pág. 297.
6. En *Messages of the First Presidency*, tomo IV, págs. 325–326.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 56–57; se agregaron párrafos arreglados.
8. En *Messages of the First Presidency*, tomo V, págs. 70–71.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 48.
10. *Deseret News: Semi-Weekly*, 2 de marzo de 1867, pág. 3.
11. En *Collected Discourses*, 5:143.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 492; párrafos modificados.
13. En *Messages of the First Presidency*, tomo IV, pág. 479.
14. *Gospel Doctrine*, págs. 49–50; se agregaron párrafos.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 82.
16. *Gospel Doctrine*, págs. 53–54.
17. En “Conference Report”, octubre de 1903, pág. 2.
18. En *Collected Discourses*, 4:410–411.
19. En *Collected Discourses*, 3:217–218.
20. *Deseret News: Semi-Weekly*, 11 de noviembre de 1873, pág. 1.
21. En *Collected Discourses*, 4:407.



Los hijos: La alegría terrenal más grande

Debemos valorar a nuestros hijos, criarlos en el Evangelio de Jesucristo y enseñarles virtud, amor e integridad.

De la vida de Joseph F. Smith

El amor del presidente Joseph F. Smith por el Evangelio estaba ligado al amor cristiano que sentía por todos los niños: por los suyos y por todos los pequeños en general. “La alegría más grande de la tierra son mis queridos hijos”, dijo. “¡Gracias a Dios!”¹.

Charles W. Nibley, Obispo Presidente de la Iglesia, comentó que “el amor que el presidente Smith sentía por los niños no tenía límites. Durante un viaje que hicimos por los poblados del sur de Utah hasta St. George... cuando los grupos de niños pequeños desfilaron ante él, era muy hermoso ver el cariño tan profundo que sentía por ellos. Mi responsabilidad era la de hacer que se cumpliera con el horario establecido y que el grupo de visitantes emprendiera el camino hacia el próximo poblado donde la gente nos estaría esperando, pero era muy difícil separarlo de los niños. Él quería darles la mano y hablar con cada uno de los pequeños...”

“Lo he visitado en su casa cuando uno de sus hijos se encontraba enfermo en cama. Lo he visto por la noche volver a casa del trabajo, cansado, como es natural, y aún así, pasear de un lado al otro a su pequeño hijito en brazos, acariciarlo, darle cariño y alentararlo de todas formas con tanta ternura, amor y compasión”².

“Él manifestó una gran ternura y un gran amor por su numerosa y honorable familia. En el último discurso que ofreció a sus hijos, el 10 de noviembre de 1918, les dio a conocer los sentimientos más profundos de su corazón con estas palabras:



En 1850, Mary Fielding Smith y sus hijos vivían en esta sencilla casa de adobe. En ella, Joseph F. Smith aprendió los principios del Evangelio que lo bendijeron durante toda su vida. Esta casa se encuentra ahora en la antigua aldea Deseret, en el parque estatal “Éste es el lugar”.

‘Cuando miro a mi derredor y veo a los hijos e hijas que el Señor me ha dado —que con Su ayuda he logrado brindarles cierta comodidad y hacerles por lo menos respetables ante el mundo— he logrado obtener el tesoro de mi vida, la substancia fundamental que hace que valga la pena vivir la vida’ ”³.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Enseñen a sus hijos el Evangelio de Jesucristo por medio del precepto y del ejemplo.

Un hombre y una mujer que hayan aceptado el Evangelio de Jesucristo y hayan comenzado una vida juntos deben ser capaces, mediante su potencial, su ejemplo y su influencia, de hacer que sus hijos los emulen, al llevar ellos vidas de virtud, de honor y de integridad en el reino de Dios, lo cual a su vez redundará en su propio beneficio y salvación. Nadie mejor que yo puede aconsejar a mis hijos con mayor sinceridad y más preocupación por su felicidad y su salvación, y nadie tiene mayor interés en el bienestar de mis hijos que yo. No puedo sentirme contento sin ellos; son parte de mí; son míos. Dios me los ha dado y yo quiero que sean humildes y sumisos a los requisitos del Evangelio. Deseo que hagan lo correcto y sean justos en todo sentido, a fin de que sean dignos de la distinción que el Señor les ha concedido de ser contados entre los de Su pueblo del convenio, un pueblo escogido por sobre todos los demás, porque han hecho sacrificios para obtener su salvación en la verdad⁴.

“Herencia de Jehová”, nos es dicho, “son los hijos”; y también son, según el Salmista: “cosa de estima” [Salmos 127:3]. Si a los hijos se les priva de su primogenitura, ¿cómo podrán ser cosas de estima para el Señor? No son una fuente de debilidad y pobreza para la vida familiar, ya que ellos traen consigo ciertas bendiciones divinas que contribuyen a la prosperidad del hogar y de la nación. “Como saetas en manos del valiente, así son los hijos habidos en la juventud. Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos” [Salmos 127:4-5]⁵.

Somos un pueblo cristiano, creemos en el Señor Jesucristo y pensamos que es nuestro deber reconocerlo como nuestro Salvador y Redentor. Enseñen eso a sus hijos; enséñenles que al

profeta José Smith se le restauró el sacerdocio que poseían Pedro, Santiago y Juan, quienes fueron ordenados a manos del Salvador mismo; que José Smith, el Profeta, era sólo un jovencito cuando Dios lo escogió y lo llamó para poner el fundamento de la Iglesia de Cristo en el mundo, para restaurar el sacerdocio y las ordenanzas del Evangelio, las cuales son necesarias para que el hombre pueda entrar en el reino de los cielos. Enseñen a sus hijos a respetar a su prójimo; a respetar a sus obispos y a los maestros que vayan a la casa a darles instrucción. Enseñen a sus hijos a respetar a los ancianos, las canas y los cuerpos endeblés por la vejez; enséñenles a venerar a los padres y a recordarlos con orgullo, y a ayudar a todos los incapacitados y menesterosos. Enseñen a sus hijos, como se les ha enseñado a ustedes, a honrar el sacerdocio que ustedes poseen, el sacerdocio que poseemos como élderes de Israel.

Enseñen a sus hijos a honrarse a sí mismos; a honrar el principio de la presidencia mediante el cual se conservan intactas las organizaciones y se preservan la fuerza y el poder para el bienestar, la felicidad y la edificación del pueblo. Enséñenles que cuando vayan a la escuela honren a sus maestros en todo lo que sea verdadero y honrado, en lo que es digno en el hombre y la mujer... Enseñen a sus hijos a honrar la ley de Dios y la ley del estado y la del país⁶.

En Doctrina y Convenios leemos que se requiere que los padres enseñen a sus hijos "...a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años...". "Y también enseñarán a sus hijos a orar y a andar rectamente delante del Señor". Y si los padres no lo hacen y los hijos se pierden y se alejan de la verdad, entonces el Señor ha dicho que el pecado caerá sobre la cabeza de los padres [D. y C. 68:25, 28]. ¡Qué terrible es pensar que un padre que ama a sus hijos con todo el corazón pueda ser hallado responsable ante Dios por haber desatendido a quienes ha querido tanto, hasta que se han alejado de la verdad y se han convertido en parias. Los padres serán hallados culpables de la pérdida de esos hijos, y responsables por la apostasía y las tinieblas en que ellos se encuentren...

Si puedo probar que soy digno de entrar en el reino de Dios, quiero que mis hijos estén también allí; y yo tengo el propósito de entrar allí. Tengo la intención de hacerlo y me he propuesto, con la ayuda del Señor y por medio de la humildad y de la obediencia, terminar mi misión sobre esta tierra y ser fiel a Dios por el resto de mis días. He tomado la decisión de hacerlo y estoy resuelto, con la ayuda de Dios, a no fracasar; por lo tanto, deseo a mis hijos junto a mí. Deseo que mi familia me acompañe, que a donde yo vaya ellos también puedan ir y que compartan conmigo la exaltación que yo reciba⁷.

Los padres tienen influencia sobre sus hijos... y aun cuando no nos demos cuenta de que nuestro ejemplo tiene cierta influencia o importancia, yo les aseguro que muchas veces algunos hechos que consideramos insignificantes han ocasionado daño por la influencia que tuvieron en nuestros semejantes o nuestros hijos... Sin embargo, vemos a padres y madres dar un ejemplo a sus hijos que ellos mismos condenan y contra el cual advierten a sus hijos. La conducta contradictoria de los padres tiene la tendencia de embotar la sensibilidad de los hijos y alejarlos del camino de vida y salvación, ya que si los padres enseñan a sus hijos principios que ellos mismos no ponen en práctica, esa enseñanza no tendrá validez o efecto a no ser para mal.

Nosotros no tomamos en cuenta ni reflexionamos sobre estas cosas como deberíamos. Cuando un niño comienza a razonar y escucha a su padre o a su madre profesar que cree que la Palabra de Sabiduría es parte del Evangelio de Jesucristo y que ha sido dada por medio de la revelación, ¿qué puede pensar al ver que la viola diariamente? Él crecerá creyendo que su padre o su madre es un hipócrita y que no tiene fe en el Evangelio. Las personas que hacen eso traen sobre sí responsabilidades tremendas. No hay forma de que seamos demasiado consecuentes en nuestro desempeño, ni tampoco demasiado fieles en el cumplimiento de nuestras promesas⁸.

Debemos criar a los hijos con amor y bondad.

Nuestros hijos llegarán a ser lo que nosotros hagamos de ellos. Son las criaturas más impotentes de la creación animal que

hay en el mundo, ya que nacen sin conocimiento ni entendimiento. El pequeñito comienza a aprender después de nacer, y gran parte de lo que sabe depende en gran medida del medio ambiente, de las influencias bajo las cuales se cría, de la bondad con que se le trata, de los ejemplos dignos que se le dan y de las sagradas influencias o de las que no lo son, del padre y de la madre sobre su mente infantil. Llegará a ser principalmente el producto de su ambiente y de lo que sus padres y maestros hagan de él.

...Mucho depende de la influencia bajo la cual [el niño] se cría. Se darán cuenta de que la influencia más poderosa que existe sobre la mente de un niño, para persuadirlo a aprender, a progresar o a realizar cualquier cosa, es la del amor. Durante la crianza de un niño, se puede lograr un mayor beneficio por medio del amor sincero que por cualquier otra influencia a la cual se le pueda someter. A un niño al que no se pueda dominar por medio de los golpes o de la violencia se le puede controlar en un instante por medio del cariño sincero y la compasión. Sé que es así y que este principio es eficaz en todos los órdenes de la vida... No se debe gobernar a los hijos por la fuerza, ni con palabras duras o regaños, sino por medio del cariño y ganándose su confianza⁹.

Si pueden convencer a los hijos de que los aman, que de todo corazón anhelan su bienestar y de que son sus amigos más fieles, ellos a su vez depositarán su confianza en ustedes, los querrán y procurarán hacer lo que les pidan y cumplirán con sus deseos por amor. Mas si ustedes son egoístas y los tratan mal, si ellos no están seguros de que cuentan con su cariño, serán entonces egoístas y no les importará si los complacen o cumplen con sus deseos o no; y el resultado será que se volverán rebeldes, insensibles y despreocupados¹⁰.

Hermanos y hermanas... les imploro que enseñen y dirijan mediante el espíritu de amor y tolerancia hasta que puedan conquistar a los hijos. Si éstos son rebeldes y difíciles de gobernar, sean pacientes con ellos hasta que puedan conquistarlos por medio del amor, y así habrán ganado sus almas y podrán moldear su carácter como lo deseen¹¹.

Evitemos que los hijos se vuelvan desobedientes.

No permita Dios que alguno de nosotros sienta un cariño tan imprudentemente condescendiente, tan irreflexivo y tan superficial por los hijos que, por temor a ofenderlos no se atreva a detenerlos si comienzan a ser desobedientes, a hacer cosas que no están bien y a sentir un desatinado amor por las cosas del mundo más que por las de la rectitud. Quisiera decirles lo siguiente: Algunos han llegado a tener una confianza tan ilimitada en sus hijos, que no creen posible que se puedan desviar o hacer algo malo; no creen que puedan comportarse mal porque tienen demasiada confianza en ellos. Como consecuencia, los dejan libres de mañana, al mediodía y de noche para que asistan a toda clase de diversiones y entretenimientos, acompañados con frecuencia por aquellos a quienes no conocen ni comprenden. Algunos de nuestros hijos son tan inocentes que no sospechan que haya algo malo y, por consiguiente, no están prevenidos y caen en los lazos del mal¹².

¿Qué estamos haciendo en el hogar para instruir a nuestros hijos y para iluminarlos? ¿Qué hacemos para alentarlos a que sea el hogar su centro de diversiones y un lugar al cual pueden invitar a sus amigos a estudiar y a divertirse?... ¿Nos interesamos personalmente en ellos y en sus asuntos? ¿Les proporcionamos el conocimiento físico, el alimento mental, el ejercicio sano y la purificación espiritual que les permitirá obtener cuerpos puros y robustos, ser ciudadanos inteligentes y honorables, y Santos de los Últimos Días fieles y leales?

...Sería conveniente que les diéramos a nuestros hijos e hijas un poco de tiempo para entretenerse y divertirse, y a la vez, proporcionar algo en el hogar para satisfacer su justo anhelo de distracción física así como mental, a la cual todo hijo tiene derecho, y la que buscará en la calle o en lugares impropios si no se la proporcionamos en casa¹³.

La naturaleza y la variedad de nuestras diversiones influyen tanto en el bienestar y en el carácter de nuestros jóvenes, que debemos vigilarlas con gran celo para la preservación de la moralidad y la resistencia de la juventud de Sión.

En primer lugar, no deben ser excesivas. A los jóvenes se les debe disuadir de entregarse por completo al espíritu festivo y a las frivolidades del regocijo desmedido... Se les debe enseñar a valorar cada vez más las diversiones de naturaleza social e intelectual. Las fiestas hechas en casa, los conciertos que desarrollen el talento de la juventud y las diversiones públicas en las cuales se reúnen tanto los jóvenes como la gente adulta son una buena opción...

En segundo lugar, las diversiones deben estar de acuerdo con nuestro espíritu de fraternidad y de devoción religiosa... El asunto de las diversiones es de importancia tan trascendental para el bienestar de los santos que las autoridades que presiden los barrios deben brindarle gran atención y considerarlas cuidadosamente.

En tercer lugar, nuestras diversiones deben interferir lo menos posible con la labor de las aulas escolares. Es aconsejable que la educación temprana de nuestros jóvenes se lleve a cabo con la menor interrupción posible...

Por último, es terrible que en muchas casas los padres dejen a un lado las reglas con respecto al entretenimiento de sus hijos y les den libertad para que se diviertan donde y cuando quieran. Los padres no deben jamás perder el control de las diversiones de sus hijos cuando éstos todavía son de tierna edad y deben tener sumo cuidado en cuanto a sus amistades en los centros de diversión¹⁴.

**Se debe enseñar a los hijos el valor de
la paciencia y el trabajo.**

Es el deber de los padres enseñar a los hijos los principios del Evangelio y a ser serios y trabajadores en su juventud. Se les debe inculcar, desde la cuna hasta el día en que dejen el techo de sus padres para formar su propio hogar y tomar sobre sí las responsabilidades de la vida, que hay un tiempo para sembrar y otro para cosechar, y que según lo que el hombre siembre, eso mismo segará. La siembra de malos hábitos durante la juventud no producirá nada mejor que el vicio, y la siembra de la indolencia invariablemente dará una cosecha de pobreza y falta de

estabilidad en la vejez. Lo malo engendra lo malo y lo bueno producirá lo bueno...

Los padres de Sión deben dar algo que hacer a sus hijos, a fin de que éstos aprendan las artes de la industria y a estar capacitados para desempeñar sus responsabilidades cuando les sean impuestas. Capacítenlos en alguna ocupación u oficio útil, para que tengan una manera segura de ganarse la vida cuando comiencen a vivir por sí solos. Recuerden que el Señor ha dicho que “el ocioso no comerá el pan... del trabajador”, sino que todos deben trabajar en Sión [véase D. y C. 42:42]. Tampoco deben adquirir la costumbre de andar riéndose a carcajadas, ni tener conversaciones triviales y tontas, ni un orgullo mundano o deseos lujuriosos, porque estas cosas no sólo son impropias sino que son graves pecados a la vista del Señor¹⁵.

El trabajo es la clave de la verdadera felicidad del ser físico y espiritual. Si un hombre es millonario, aún así debe enseñar a sus hijos a trabajar con las manos. Tanto los jóvenes como las jovencitas deben recibir una preparación en el hogar que los capacite para hacer frente a los asuntos prácticos y diarios de la vida familiar¹⁶.

Causa una gran satisfacción a los padres poder corresponder a los deseos de sus hijos, pero no hay duda de que es una vileza darle al hijo todo lo que pide. Con prudencia, se les pueden negar a los hijos las cosas que en sí mismas son inofensivas. Frecuentemente, nuestro placer depende más de la naturaleza de nuestros deseos que de verlos satisfechos. Se puede colmar a un niño de regalos que quizás le den algo de satisfacción o ninguna, sencillamente porque no los desea. Por tanto, la educación de nuestros deseos es de gran importancia para nuestra felicidad en la vida...

Los métodos que Dios emplea para educar nuestros deseos son siempre, desde luego, los más perfectos; y si quienes tienen en sus manos la facultad para educar y guiar a los hijos imitaran la prudencia que Él ejerce, éstos tendrían más éxito en combatir las dificultades que afligen a la gente de todas partes en su lucha por subsistir. Y, ¿cuáles son los métodos de Dios? En todos los aspectos de la naturaleza se nos enseñan lecciones de paciencia y

de espera. Queremos las cosas mucho antes de recibirlas, y el hecho de que las hayamos deseado por largo tiempo las vuelve más preciadas cuando las obtenemos. En la naturaleza, tenemos la temporada de siembra y la de siega, y si a los hijos se les enseñara que los deseos que siembran podrán cosecharlos con el tiempo mediante la paciencia y el trabajo, aprenderán a apreciar el haber alcanzado una meta por largo tiempo esperada¹⁷.

Por sobre todas las cosas, enseñemos a nuestros hijos los principios del Evangelio de nuestro Salvador, a fin de que se familiaricen con la verdad y anden en la luz que ésta derrama sobre todos los que quieran recibirla. El Señor dijo: “El que temprano me busca, me hallará, y no será abandonado” [D. y C. 88:83]. Por tanto, nos conviene comenzar temprano en la vida a andar por la senda recta y angosta que lleva a la salvación eterna¹⁸.

Sugerencias para el estudio

- ¿De qué manera los hijos que han sido confiados a nuestro cuidado son la “herencia de Jehová” y “cosa de estima” para Él? (Salmos 127:3). ¿Qué bendiciones divinas traen consigo los niños, las cuales “contribuyen a la prosperidad del hogar y de la nación”?
- ¿Por qué los padres deben enseñar a los hijos a creer en el Señor Jesucristo? ¿Qué otras doctrinas y principios significativos se deben enseñar a los niños? (Véase también Mosíah 4:14–15; D. y C. 68:25–28.) ¿De qué manera se puede llevar a cabo esa enseñanza?
- ¿Cuáles pueden ser las consecuencias de no enseñar a nuestros hijos los principios del Evangelio?
- ¿Por qué es importante que los padres sean consecuentes y uniformes en la enseñanza de sus hijos? ¿Por qué es importante que ellos den un ejemplo acorde con lo que enseñan?
- ¿Por qué es el amor “la influencia más poderosa que existe sobre la mente de un niño”? ¿Cómo pueden los padres ganarse la confianza de sus hijos? ¿Cuáles podrían ser las consecuencias de tratar a los niños mal y con egoísmo?

- ¿Qué quiere decir ser “imprudentemente condescendiente” en la crianza de un hijo? ¿Cuáles son los peligros de consentir o mimar imprudentemente a los hijos?
- ¿Cuáles son los “métodos que Dios emplea para educar” y guiar a Sus hijos? ¿Cómo podemos poner en práctica Su ejemplo en nuestra familia?
- ¿En qué forma pueden seguir el consejo del presidente Smith para implantar normas relacionadas con las diversiones familiares? ¿De qué manera podemos enseñar a los hijos a esforzarse mediante “la paciencia y el trabajo” a alcanzar metas que valgan la pena?

Notas

1. *Life of Joseph F. Smith*, compilador, Joseph Fielding Smith, 1938, pág. 449.
2. Charles W. Nibley, “Reminiscences”, en *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 523.
3. Citado por Edward H. Anderson, en “Last of the Old School of Veteran Leaders”, en *Gospel Doctrine*, págs. 539–540.
4. *Gospel Doctrine*, pág. 278.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 289.
6. *Gospel Doctrine*, pág. 293; se agregaron párrafos.
7. *Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de junio de 1898, pág. 1; se agregaron párrafos.
8. *Deseret News: Semi-Weekly*, 3 de enero de 1871, pág. 2; se agregaron párrafos.
9. *Gospel Doctrine*, págs. 294–295; párrafos modificados.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 389.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 295.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 286.
13. *Gospel Doctrine*, págs. 318–319.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 321.
15. *Gospel Doctrine*, págs. 295–296.
16. *Gospel Doctrine*, pág. 527.
17. *Gospel Doctrine*, págs. 297–298.
18. *Gospel Doctrine*, pág. 296.



Los sagrados templos del Señor

En los santos templos efectuamos ordenanzas de salvación para los vivos y para los muertos y hacemos convenios a los que debemos mantenernos fieles durante toda la vida.

De la vida de Joseph F. Smith

En agosto de 1907, durante la dedicación del Tabernáculo de la Estaca Uintah, en Vernal, Utah, el presidente Joseph F. Smith dijo a los santos reunidos allí que no sería de extrañar que algún día se construyera un templo entre ellos¹. En noviembre de 1997, se dedicó el Templo de Vernal, Utah, en ese tabernáculo remodelado, siendo el templo número 51 de la Iglesia.

La vida y el ministerio de Joseph F. Smith estuvieron íntimamente vinculados con la obra del templo. Sus experiencias personales comenzaron en Nauvoo, durante el invierno de 1845–1846, cuando su madre y la hermana de ella, Mercy R. Thompson, “se hallaban muy ocupadas en la obra que se efectuaba en el templo”. Más tarde, el presidente Smith dijo: “Fue allí donde los hijos de mi padre fueron sellados a sus padres”². Él estuvo presente cuando se colocó la piedra angular del Templo de Salt Lake en 1853 y en la dedicación del templo en 1893. Con anterioridad a la dedicación, dijo: “Por cuarenta años las esperanzas, los deseos y la expectativa de toda la Iglesia se ha centrado en la terminación de esta construcción... Ahora que este grandioso edificio está terminado y listo para que se utilice con propósitos sagrados, ¿necesitamos decir que nos acercamos a un acontecimiento cuya realización es para nosotros, como pueblo, memorable en toda su magnitud?”³. Él prestó servicio como presidente del Templo de Salt Lake desde 1898 hasta 1911, y durante nueve de esos años era Presidente de la Iglesia.



El Templo de Vernal, Utah. En 1997, el tabernáculo de la Estaca Uintah se remodeló con el fin de convertirlo en el Templo de Vernal, Utah.

El presidente Smith participó en la dedicación del Templo de St. George, del Templo de Logan y del Templo de Manti. En 1913, dedicó el solar para la edificación del sexto templo de la Iglesia en Cardston, Alberta, Canadá; y en 1915, dedicó el terreno, en su querida patria adoptiva, Hawai, para la construcción del primer templo fuera de América del Norte. Sin embargo, admitió que la Iglesia se encontraba apenas en el comienzo de la edificación de templos: “Puedo ver que habrá necesidad de otros templos... consagrados al Señor para efectuar las ordenanzas de la Casa de Dios, para que el pueblo pueda obtener los beneficios de la Casa del Señor sin tener que viajar miles de kilómetros para ello”⁴.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Los templos son para efectuar ordenanzas sagradas y de salvación.

Nos encontramos desempeñando la obra del templo. Hemos construido cuatro templos en esta región, y construimos dos templos en el este [de los Estados Unidos] antes de venir aquí. Durante la vida del profeta José Smith se construyó y se dedicó uno de los dos; se pusieron los cimientos del otro y se estaban levantando las paredes cuando ocurrió su martirio. Pero se terminó merced a los esfuerzos de los miembros en circunstancias sumamente difíciles y en medio de la pobreza, y finalmente se dedicó al Señor. Allí se efectuaron las ordenanzas de la Casa de Dios, tal como el profeta José Smith se las había enseñado a las autoridades dirigentes de la Iglesia... El mismo Evangelio prevalece en la actualidad, como así también se efectúan las mismas ordenanzas para los vivos y para los muertos, que el propio Profeta llevó a cabo y por cuyo intermedio se dieron a conocer a la Iglesia⁵.

Esperamos ver el día en que haya templos edificados en varias partes de la tierra, donde se necesiten para la conveniencia y comodidad de la gente; ya que comprendemos que una de las responsabilidades mayores que hoy descansan sobre el pueblo de Dios es que su corazón se vuelva a sus padres y hagan la obra que sea menester para ellos, a fin de que queden apropiada-

mente unidos en el vínculo del nuevo y sempiterno convenio, de generación en generación⁶.

Los templos no están abiertos al público. Su función es la de efectuar las sagradas ordenanzas que tienen como propósito la salvación de los vivos y de los muertos. Las ceremonias principales son los bautismos, las investiduras, los matrimonios y los sellamientos... Gran parte de esta obra, la que se hace en beneficio de los muertos, es de carácter vicario. Por medio de los Santos de los Últimos Días hay esperanza de salvación para quienes hayan dejado esta vida sin haber obedecido el Evangelio, siempre y cuando sean obedientes a sus requisitos en el otro mundo, el lugar de los espíritus que han dejado esta tierra. Los siervos del Señor que han entrado en el paraíso les predicarán el Evangelio y, para quienes demuestren fe y arrepentimiento allí, se podrán bautizar aquí [por medio de otras personas que actúen en su lugar] y recibir de la misma forma otras ministraciones, hasta que al final puedan ser exaltados y glorificados⁷.

Nadie puede entrar en el reino de Dios si no es por la puerta y a través de los medios que Jesucristo ha ofrecido a los hijos de los hombres... Ningún alma que haya vivido y muerto sobre la faz de la tierra dejará de tener la oportunidad de escuchar el Evangelio de Jesucristo. Si lo reciben y lo obedecen, las ordenanzas del Evangelio se efectuarán en su beneficio, por medio de sus familiares o de su posteridad en alguna generación después de ellos, para que toda ley y todo requisito del Evangelio de Jesucristo se acate, y las promesas y los requisitos se cumplan para la salvación de los vivos y también de los muertos⁸.

Por lo tanto, el hombre o la mujer de entre los Santos de los Últimos Días que no vea la necesidad de que se efectúen las ordenanzas de la Casa de Dios, que no obedezca los requisitos del Evangelio que se relacionan con todos sus ritos y ordenanzas, no puede tener un concepto adecuado de la gran obra que se ha encomendado llevar a cabo a los Santos de los Últimos Días para que la efectúen en esta época, ni puede disfrutar de las bendiciones que se reciben en virtud de la obediencia a una ley mayor que la del hombre⁹.

Nadie debe tratar ligeramente las ordenanzas de la Casa de Dios¹⁰.

No vivimos solamente por los pocos míseros años que pasamos aquí en la tierra, sino por esa vida que es interminable, y deseamos disfrutar de todas las bendiciones a través de los incontables años de la eternidad, pero, a menos que las aseguremos por medio del poder para sellar que el Hijo de Dios dio al apóstol Pablo, no podremos poseerlas. A menos que las aseguremos bajo ese principio, en la vida venidera no tendremos padre, ni madre, ni hermanos, ni esposa, ni hijos, ni amigos, ni riquezas, ni honor, ya que todos “los convenios, contratos, vínculos, compromisos, juramentos, votos, prácticas, uniones [y] asociaciones” terrenales [véase D. y C. 132:7] terminan en la tumba, excepto las selladas y ratificadas por el poder de Dios¹¹.

**Entremos al templo con la fiel determinación
de llevar a cabo la voluntad de Dios.**

Cierto hombre... llegó con la recomendación de su obispo... con el objeto de tener el privilegio de bautizarse por varias personas fallecidas y, como venía con la debida recomendación, se le otorgó ese privilegio; y él se bautizó por sus muertos. Después se le concedió seguir adelante y efectuar otras ordenanzas en beneficio de aquéllos. Sin embargo, una vez terminada la obra, anunció su determinación de dejar la Iglesia. Bueno, en cierta forma yo admiro a ese pobre hombre por la determinación que tuvo de hacer todo lo que estaba a su alcance por sus amigos muertos antes de privarse él mismo del privilegio de hacerlo. Alguien podría decir: “¿Aceptaré el Señor esa obra? Bueno, quizás sí lo haga en lo que concierne a las personas fallecidas, ya que se guardó el registro y la ceremonia se efectuó de acuerdo con la ley que Dios instituyó. Todo se hizo en forma debida y bajo la dirección de la autoridad correcta, por lo tanto, ¿por qué no estaría todo bien en lo que concierne a los muertos? Pero, ¿cuánto mérito se le reconocerá al hombre por lo que hizo? No mucho. “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” [Marcos 8:36].

La aplicación de esto, para quien busque obtener privilegios en la Casa del Señor con engaños, es ésta: Las personas que traten de engañar a Dios al fingir ser lo que no son para poder apoderarse

ilícitamente de los privilegios y las bendiciones de la Casa de Dios, a la larga no obtendrán ningún beneficio. Si deseamos recibir las bendiciones y las ordenanzas de la Casa de Dios, recibámoslas con un corazón honrado; entremos a esa casa con la determinación fiel y honrada de llevar a cabo la voluntad de Dios en todos esos principios, no en forma temporal, sino hacerlo como Él nos ha mandado, todos los días de nuestra vida. Mientras continuemos disfrutando del espíritu correcto, esas bendiciones permanecerán con nosotros y Dios nos reconocerá como Sus hijos, y sólo cuando nos alejemos del camino correcto y no cumplamos con nuestro deber Él retirará Su Espíritu y nos dejará solos...

Si sintiera dentro de mí que he sido injusto con uno de mis hermanos, que he desobedecido cualquiera de las leyes de Dios, que he deshonrado a cualquier miembro o a cualquier hombre que presida sobre mí en la Iglesia de Dios, sentiría que es mi deber ir y solucionar el problema antes de ir a esa casa... Si me he portado mal con ustedes, si les he privado de cualquier derecho, si no he sido fiel a la promesa que les he hecho o si he realizado cualquier cosa que de alguna forma me degrade ante la vista de Dios o de mis hermanos, debo ir y tratar de reparar el daño que he hecho antes de intentar ir a la Casa de Dios. De todas maneras, no debería hacerlo con el propósito de sencillamente ir a esa casa, sino porque es mi deber y, para ser digno de entrar allí y para en cualquier otro momento después poder permanecer ante el Señor en lugares sagrados, es necesario que primero solucione los problemas que pueda tener con cualquier hermano con el que no me hubiera comportado bien.

Tengo la obligación de demostrar honor a quienes se lo merecen; tengo la obligación de honrar a Dios, mi Padre Celestial, *ahora*, desde este momento en adelante y para siempre. Ése es un principio sobre el cual se basa mi deber de hacer lo correcto, de dar compensación y de resolver los problemas. Me he enterado de que hay hermanos que están unidos por lazos familiares, como así también por medio de los vínculos del nuevo y sempiterno convenio, que discrepan los unos con los otros, que guardan resentimientos en su corazón hacia los demás, y que ni se humillan para acercarse al otro y reconocer sus propias faltas, ni tratan de reconciliarse; cada uno magnifica las debilidades del

otro y al mismo tiempo pasa por alto sus propias faltas y debilidades. Mas... si se les niega el privilegio de entrar a la Casa de Dios, piensan que se comete una injusticia con ellos.

Pero yo les pregunto, ¿son esas personas dignas de ir allí? Si alguien tiene resentimiento en contra de su prójimo y no lo perdona ni trata de reconciliarse con él, ¿es digno de ir a la Casa de Dios? Sin embargo, no se le puede negar que lo haga. Habría centenares de personas en esas condiciones, a pesar de todo lo que hagamos o digamos. ¿Esperan ellos que Dios esté presente y que Su gloria los cubra? No se engañen. Cuando somos dignos, Dios se nos manifiesta; cuando estamos preparados, le veremos tal como Él es y lo conoceremos; y seremos conocidos como fuimos conocidos. Pero eso será cuando seamos dignos y no antes¹².

**Sean fieles a los convenios que hagan
en la Casa del Señor.**

En lo que atañe a nuestra religión o a nuestros convenios eternos, no tenemos nada que transigir ni tenemos principios que descartar; todo ello emana de Dios y se encuentra fundado sobre la roca de las eternidades; permanecerán aun cuando los imperios, los poderes y las naciones decaigan y se derrumben; en cambio nosotros, con la ayuda del Todopoderoso, guardaremos en forma sagrada nuestros convenios y mantendremos nuestros intereses y seremos fieles a nuestro Dios, mientras el tiempo exista o la eternidad perdure¹³.

Que el Señor los bendiga, y en el nombre de Él, yo los bendigo a ustedes, a esta congregación, al pueblo del convenio del Señor, de la misma forma que el antiguo Israel fue el pueblo del convenio de Dios, porque ustedes han entrado en el convenio solemne del Evangelio de Jesucristo, de que guardarán los mandamientos de Dios, de que evitarán siempre la maldad y la iniquidad. Ustedes saben lo que han hecho; están al tanto de la naturaleza de los convenios que han efectuado delante de Dios y de los testigos, y delante de los ángeles del cielo; y, por consiguiente, han entrado en el vínculo del nuevo y sempiterno convenio y son en verdad el pueblo del convenio de Dios en los postreros días¹⁴.

Así como el Señor me ha ayudado en el pasado a ser fiel a mis convenios, que he hecho con Él y con ustedes... asimismo mediante Su ayuda y Sus bendiciones me propongo ser fiel por el resto de mi vida, ya sea que se me permita vivir mucho o poco; no me importa. Mientras viva, espero ser un hombre fiel, un hombre honrado, un hombre que pueda mirar de frente a toda la humanidad y, al final, presentarse ante Dios, el Juez de vivos y muertos, y no sentir temor por la forma en que se ha comportado en este mundo.

...Ruego que sean fieles a sus convenios, fieles a los convenios que han hecho en las aguas del bautismo, a los convenios que han hecho en la Casa del Señor y fieles a toda obligación que recaiga sobre ustedes. Para ser Santos de los Últimos Días, tanto el hombre como la mujer deben saber pensar y trabajar; deben ser personas que reflexionen bien las cosas, que consideren cuidadosamente el curso de vida que quieren seguir y los principios que defienden. Una persona no puede ser un Santo de los Últimos Días fiel a menos que estudie y comprenda, hasta cierto punto por lo menos, los principios del Evangelio que haya recibido... Cuando la gente comprende el Evangelio de Jesucristo, la verán andar con rectitud, de acuerdo con la palabra del Señor y la ley de Dios, estrictamente de acuerdo con lo que es consecuente, justo, recto y aceptable en todo sentido para el Señor, que sólo acepta lo que es correcto y agradable a Su vista; porque sólo lo que es correcto es agradable para Él¹⁵.

Sugerencias para el estudio

- ¿Por qué construimos templos? ¿Qué bendiciones recibimos cuando asistimos al templo y guardamos los convenios que hemos hecho allí? (Véase también D. y C. 109:10–23.) ¿Cómo se sienten cuando asisten al templo?
- ¿De qué manera en ocasiones la gente trata “ligeramente las ordenanzas de la Casa de Dios”?
- ¿Qué significa para ustedes “disfrutar de todas las bendiciones a través de los incontables años de la eternidad”? ¿En qué

forma nos ayuda la asistencia al templo a guardar en la mente “las solemnidades de la eternidad”? (D. y C. 43:34).

- ¿Qué significa ser digno de ir a la Casa de Dios? ¿Qué podemos hacer para prepararnos mejor para asistir al templo? ¿Por qué no podemos “apoderar[nos] ilícitamente de los privilegios y las bendiciones de la Casa de Dios”?
- ¿Qué piensan que se requiere de ustedes para que sean fieles a los convenios que han hecho en el templo?
- ¿Qué podemos hacer para aceptar el cometido del presidente Smith de “saber pensar y trabajar”?
- ¿Cómo podemos demostrar que honramos la Casa de Dios? ¿Qué pueden hacer los padres para que los hijos aprendan a honrar los templos?

Notas

1. Registros históricos de la Estaca Uintah: 1905–1909; conferencia trimestral, 25 de agosto de 1907, Archivos del Departamento Histórico, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, pág. 246.
2. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 197.
3. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo III, págs. 241–242.
4. En “Conference Report”, abril de 1901, pág. 69.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 470.
6. *Gospel Doctrine*, pág. 471.
7. En *Messages of the First Presidency*, tomo IV, págs. 249–250.
8. “Latter-day Saints Follow Teachings of the Savior”, *Scrap Book of Mormon Literature*, 2 tomos, sin fecha, 2:561–562.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 213.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 5.
11. *Deseret News: Semi-Weekly*, 11 de noviembre de 1873, pág. 1.
12. *Deseret News: Semi-Weekly*, 21 de marzo de 1893, pág. 2; párrafos arreglados.
13. En *Messages of the First Presidency*, tomo II, págs. 346–347.
14. En *Messages of the First Presidency*, tomo IV, pág. 186.
15. En Conference Report, octubre de 1910, págs. 3–4.



Procuren educarse en la verdad

*Debemos buscar la verdad diligentemente y
esforzarnos por aprender y mejorar día tras día.*

De la vida de Joseph F. Smith

Aunque el presidente Joseph F. Smith tuvo pocas oportunidades de recibir instrucción escolar, la doctrina de que “la gloria de Dios es la inteligencia” (D. y C. 93:36) tuvo gran influencia en él, y alentó a los santos a obtener toda la educación que les fuera posible, tanto en las verdades espirituales como en las temporales. Apoyaba continuamente el programa de academias de la Iglesia, el cual proporcionó enseñanza media y educación religiosa a muchos santos. Además, colocó los cimientos del extenso Sistema Educativo de la Iglesia con el que contamos en nuestros días al establecer el programa de seminarios. El primer seminario se abrió en 1912, junto a la institución de segunda enseñanza Granite, en Salt Lake City, Utah.

Cuando era Presidente de la Iglesia animó a las organizaciones auxiliares —la Sociedad de Socorro, la Escuela Dominical, la Primaria y la Asociación de Mejoramiento Mutuo (los programas actuales de los Hombres Jóvenes y de las Mujeres Jóvenes)— en la misión que tienen de enseñar el Evangelio. Durante su administración se establecieron cursos uniformes de estudio para niños y adultos en las organizaciones auxiliares y las revistas de la Iglesia publicaban planes de lecciones semanales. Prestó servicio muchos años como editor de la revista *Improvement Era*, que precedió a la revista *Ensign*; y de la revista *Juvenile Instructor*, que publicaba la organización de la Escuela Dominical, escribiendo muchos artículos y editoriales que aclaraban conceptos de la doctrina de la Iglesia. “Le encan-

taba escribir”, comentó uno de sus amigos, “y muchas veces expresaba el deseo de poder disponer de más tiempo para dedicarlo a [la revista] *Improvement Era*”¹.

El presidente Smith expresó lo siguiente: “Para los Santos de los Últimos Días, con la expiación de Cristo, la salvación misma es un proceso de educación... El conocimiento es un medio de progreso eterno”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Toda verdad está incluida en el Evangelio.

Ninguna otra sociedad u organización religiosa posee verdad alguna que no esté incluida en el Evangelio de Jesucristo que enseñó José Smith, el Profeta, y después de él los líderes y élderes de esta Iglesia; pero el aprender y disfrutar de esas verdades requiere cierto empeño de nuestra parte, cierto esfuerzo, cierta devoción. Si las descuidamos, por supuesto no seremos recipientes de las bendiciones que resultan del esfuerzo y que se reciben al tener una profunda comprensión de estos principios. De ahí que haya quienes aparezcan entre nosotros para promover sus ideas que, aunque no se comparan con las nuestras en claridad, instrucción y veracidad, la gente escucha creyendo que se trata de cosas nuevas que no contiene el Evangelio de Jesucristo que enseñan los Santos de los Últimos Días. Ésta es una temible falsedad de la cual debemos salvaguardarnos todos los que amamos el Evangelio³.

Si aman la verdad, si han recibido en su corazón el Evangelio y lo aman, su inteligencia aumentará, su comprensión de la verdad se expandirá más que de cualquier otra manera. La verdad es, por sobre cualquier otra cosa en el mundo, lo que hace libre al hombre, libre de la indolencia y del descuido, libre de las terribles consecuencias de la desidia, porque habrá una consecuencia temible si descuidamos nuestro deber ante el Dios viviente. Si aprenden la verdad y andan en su luz, serán libres de los errores de los hombres... estarán por encima de cualquier tipo de desconfianza y error. Dios los aprobará y los bendecirá, a ustedes y sus heredades, y los hará prosperar y florecer como un verde laurel⁴.



En este edificio funcionó el primer seminario de la Iglesia que se inauguró en 1912, junto a la escuela de segunda enseñanza Granite, en Salt Lake City, Utah.

El que tiene el privilegio de obtener el conocimiento de Dios y el camino de la vida y abrazarlo... es más afortunado que el que encuentre riquezas o los tesoros escondidos de la tierra. ...Su mente está libre para aceptar las verdades claras y preciosas reveladas por la Fuente de toda verdad para la redención y la vida del hombre, y su corazón está —o debería estar— totalmente dedicado a la grande y gloriosa causa de la redención humana⁵.

¿A dónde piensan que debe ir la gente que no está fundada en la verdad? La respuesta es clara: No encontrarán satisfacción en las doctrinas del hombre. Que la busquen en la palabra escrita de Dios; que oren a Él en sus lugares secretos, donde el oído humano no los pueda oír, y que pidan luz en sus aposentos; que obedezcan las doctrinas de Jesús, e inmediatamente comenzarán a progresar en el conocimiento de la verdad. Este comportamiento llevará paz a su alma, gozo a su corazón y una firme convicción que ningún cambio podrá alterar. Podrán estar bien seguros de que Aquel “que ve en lo secreto [los] recompensará en público” [véase Mateo 6:6]⁶.

A diferencia de las teorías del hombre, la palabra de Dios es siempre verídica, siempre correcta.

Nuestros jóvenes son estudiantes diligentes. Buscan la verdad y el conocimiento con un celo encomiable, y al hacerlo, se ven en la necesidad de adoptar, temporariamente, muchas teorías humanas. Sin embargo, mientras que las reconozcan como escalones útiles para sus propósitos de investigación, no les harán daño. El problema surge cuando esas teorías se establecen como verdad fundamental y entonces el interesado se encuentra en grave peligro de desviarse irremediabilmente de la senda correcta...

La Iglesia se atiene a la autoridad definitiva de la revelación divina, la cual debe ser la norma; y puesto que la llamada "ciencia" ha cambiado sus deducciones a través de los años, y ya que la revelación divina es verdad y permanece para siempre, los puntos de vista científicos deben conformarse a las declaraciones positivas de la revelación divina; y más aún, que en las instituciones fundadas por la Iglesia para la enseñanza de teología, así como de otros aspectos de la educación, lo que enseñen los instructores debe estar en armonía con sus principios y doctrinas...

La religión de los Santos de los Últimos Días no se opone a ninguna verdad ni a la investigación científica que la busque. En su saludo de Navidad a los santos, la Primera Presidencia dijo: "Aceptamos con gozo lo que se haya demostrado, pero no aceptamos la filosofía vana, las teorías humanas ni las meras suposiciones del hombre; tampoco adoptamos nada que sea contrario a la revelación divina o al sentido común, sino que apoyamos todo lo que se incline a la conducta correcta, lo que armonice con la sólida moralidad y aumente la fe en la Deidad, venga de donde venga" ["Words in Season from the First Presidency", *Deseret Evening News*, 17 de dic. de 1910, pág. 3].

Un buen criterio que pueden adoptar los jóvenes que estén determinados a profundizar en las teorías filosóficas es investigarlo todo, pero tener cuidado de adoptar sólo lo que sea verdad. La verdad persiste, mientras que las teorías de los filósofos cambian o se derrumban. Lo que los hombres utilizan hoy con propósitos científicos como plataforma desde la cual tentar en lo desconocido buscando la verdad puede derribarse ma-

ñana, después de haber cumplido su propósito; pero la fe es un principio eterno mediante el cual el creyente humilde puede asegurarse una satisfacción permanente. Es la única manera de encontrar a Dios⁷.

A través de todas las épocas, la ciencia y la filosofía han sufrido cambio tras cambio; no pasa ni un siglo sin que se introduzcan nuevas teorías científicas y filosóficas que substituyan las viejas tradiciones, la antigua fe y las doctrinas anteriores de otros filósofos y científicos. Estas cosas pueden pasar por cambios continuamente, pero la palabra de Dios siempre es verdadera, siempre es correcta⁸.

A la educación que tenga como ideales más elevados la búsqueda de ambiciones mundanas le falta ese libre y espontáneo fluir del Espíritu que produce una libertad más enaltecida y una vida más completa. Al madurar en años y en experiencia, nuestra vida espiritual está cada vez más relacionada con la verdadera felicidad. Nuestros pensamientos se vuelven más a menudo hacia lo íntimo de nuestro ser mientras contemplamos el final de esta vida, que se acerca, y el despliegue de una vida más grandiosa por venir⁹.

Debemos mejorar y avanzar en la escala de la inteligencia.

No estamos “siempre... aprendiendo, [sin] nunca... llegar al conocimiento de la verdad” [2 Timoteo 3:7], sino al contrario, estamos siempre aprendiendo y acercándonos a una comprensión apropiada de la verdad, del deber y de la obligación que corresponden a los miembros de la Iglesia que son llamados a cargos de responsabilidad en ella. Y esto no sólo se aplica a los que ocupan esas posiciones, sino a... [todos] los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

En las circunstancias que nos rodean, ¿quién no está progresando? ¿Quién de nosotros no está aprendiendo algo día a día? ¿Quién de nosotros no está ganando experiencia en su paso, al atender a los deberes que tienen los miembros de la Iglesia y sus obligaciones de ciudadano...? Me parece que sería un triste comentario sobre La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y su gente el suponer por un momento que nos



Estudiantes de la Universidad de Santos de los Últimos Días en Salt Lake City, Utah, en 1903. El presidente Joseph F. Smith exhortó a los santos a “ensanchar su mente con lo mejor del conocimiento y de los hechos... Nadie puede salvarse en la ignorancia” (Gospel Doctrine, pág. 206).

hemos detenido, que hemos dejado de progresar, de mejorar y de avanzar en la escala de la inteligencia y en la fiel ejecución del deber, en cualquier condición que nos encontremos como pueblo y como miembros de la Iglesia de Cristo¹⁰.

Uno de los peores males que existen... es el de la ignorancia combinada con la indiferencia. Me imagino que si los ignorantes no fueran tan indiferentes a estos conceptos y a su condición, se verían motivados a aprender más de lo que aprenden. El problema de los hombres y las mujeres es que muchas veces cierran los ojos a los hechos que los rodean, y parece que para mucha gente es muy difícil aprender y adaptar su vida a esas sencillas verdades que deberían ser, en realidad, palabras y preceptos muy conocidos para todo Santo de los Últimos Días y para todo hogar de la Iglesia. ¿Cómo detener el avance de ese mal, de esa indiferencia y de esa ignorancia consecuentes? Me parece que la única manera es despertar e interesarnos en aquellas cosas que son tan importantes e indispensables para la felicidad y el bie-

nestar de los hijos de los hombres, especialmente en lo que necesitamos para nuestra felicidad y bienestar individuales.

El aprender la verdad o dejar de ser ignorante no es todo, sino que a continuación viene la aplicación del entendimiento y del conocimiento que obtengamos a las obras y a los actos necesarios para nuestra protección y la de nuestros hijos, nuestros vecinos, nuestro hogar, nuestra felicidad¹¹.

Busquen la verdad de la palabra escrita; escuchen y acepten la verdad declarada por boca de los profetas y maestros actuales; ensanchen la mente con lo mejor del conocimiento y de los hechos. El Señor requiere humildad, no ignorancia, de parte de aquellos que hablan en Su nombre. La inteligencia es la gloria de Dios, y ninguna persona puede salvarse en la ignorancia [véase D. y C. 93:36; 131:6]¹².

El servicio en la causa del Señor es un medio para obtener una verdadera educación, y una que sea digna de llamarse tal ensancha las posibilidades del que la posea de ser útil e imparte entusiasmo y energía a todas sus empresas¹³.

Establezcan pensamientos nobles en su mente, cultiven temas elevados, hagan que sus metas y aspiraciones sean altas. Sean independientes hasta cierto punto, al grado de ser útiles, serviciales y autosuficientes, aunque ningún ser humano puede decir que es verdaderamente independiente de sus semejantes, y no hay nadie que sea lo suficientemente imprudente como para negar nuestra completa dependencia de nuestro Padre Celestial. Procuren educarse en el sentido más elevado de la palabra; extraigan el máximo de servicio del tiempo, del cuerpo y del cerebro que poseen, y dirijan todos sus esfuerzos por sendas honorables para que ninguno se desperdicie y ninguna labor dé como resultado una pérdida o un daño.

Busquen la mejor de las sociedades; sean bondadosos, corteses, amables, procurando aprender todo lo que sea bueno y entender los deberes de la vida a fin de ser una bendición para todos aquellos con quienes se relacionen, logrando lo máximo y lo mejor de lo que les toque en esta vida¹⁴.

**En todos nuestros empeños educativos y mundanos
debemos asirnos a la barra de hierro.**

Es sumamente importante que los Santos de los Últimos Días tengan siempre presente la reconocida norma de vida religiosa y moral que la revelación moderna ha establecido como guía para ellos. En otras palabras, deben mantenerse firmemente aferrados a lo que se ha descrito expresivamente como la “barra de hierro”.

En estos tiempos en que las organizaciones comerciales, sociales y de negocios tienen gran influencia en la gente... los deberes y obligaciones de los Santos de los Últimos Días no se pueden hacer a un lado sin peligro en favor de otras normas de vida.

Es de temer que, con demasiada frecuencia, las personas aceptan como guía la conducta de aquellos que los rodean. Si en cualquiera de esas organizaciones comerciales, sociales y políticas se cae en prácticas cuestionables y se percibe la necesidad de restricciones apropiadas, no es motivo para que los que profesan ser Santos de los Últimos Días suelten amarras y salgan a la deriva con los indiferentes, los extraviados o los inmorales...

No debemos olvidar nunca que, sea lo que fuere que nos toque en la vida, somos, o debemos ser, definitivamente Santos de los Últimos Días, y nunca debemos perder de vista esa guía moral y espiritual que nos impone el Evangelio. Algunos de nuestros jóvenes que han hecho zozobrar su vida pueden trazar su desgracia y su caída al primer paso que dieron al querer ser como aquellos con quienes se relacionaban en sus asuntos temporales.

Surgen muchas veces períodos de enardecimiento tales que aparentemente arrastran por completo a hombres y mujeres que lo olvidan todo excepto aquello que les produce placeres temporarios y ventajas mundanas. Ciertamente, algunos no tienen normas de moral más elevadas que las que atraen la popularidad del mundo. Cuando esas olas de entusiasmo pasan, se encuentran no sólo a la deriva y sin rumbo sino que también a veces hundidos sin esperanza entre los escombros de una humanidad extraviada...

Es imperativo que en toda época, y especialmente cuando nuestras relaciones no nos brinden el apoyo moral y espiritual que ne-

cesitamos para seguir avanzando, vayamos a la casa del Señor a adorarlo y a mezclarnos con los santos a fin de que su influencia moral y espiritual nos ayude a corregir nuestras impresiones falsas y nos restaure a esa vida que nos imponen los deberes y las obligaciones de nuestra conciencia y de la religión verdadera.

...Por lo tanto, en medio de nuestras responsabilidades y relaciones mundanas, no olvidemos ese deber primordial que tenemos hacia nosotros mismos y hacia Dios¹⁵.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué experiencias les han enseñado que toda verdad está “incluida en el Evangelio de Jesucristo”?
- ¿Qué debemos hacer para aprender los principios de la verdad? ¿Qué peligros hay en descuidar ese deber? ¿Qué recompensas se prometen a los que aprendan la verdad y anden en su luz?
- ¿Cuál es la opinión de la Iglesia en cuanto a la investigación científica de la verdad? ¿Qué contraste existe entre las teorías y filosofías del hombre y la palabra de Dios?
- ¿Qué peligros hay en procurar una educación con el solo fin de satisfacer “ambiciones mundanas”?
- ¿De qué modo deja la gente “de mejorar y de avanzar en la escala de la inteligencia”? ¿Cómo podemos asegurarnos de continuar aprendiendo algo día tras día? (Véase también D. y C. 130:18–19.)
- ¿Por qué es la ignorancia de la verdad “uno de los más grandes males que existen”? ¿Cómo podemos “detener el avance de este mal”?
- ¿Qué pueden hacer para extraer “el máximo de servicio del tiempo, el cuerpo y el cerebro que posee[n]”? ¿Qué actitudes y hábitos pueden contribuir a que saquemos “lo máximo y lo mejor de lo que [nos] toque en esta vida”?
- ¿Qué peligros hay en aceptar como guía para nuestros proyectos educativos y temporales “la conducta general de aquellos que [n]os rodean”?

- “En medio de nuestras responsabilidades y relaciones mundanas”, ¿qué podemos hacer para no olvidar “ese deber primordial que tenemos hacia nosotros mismos y hacia Dios”?

Notas

1. “Editor’s Table”, *Improvement Era*, dic. de 1918, pág. 174.
2. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo IV, págs. 146–147.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, págs. 122–123.
4. “A Journey to the South”, *Improvement Era*, dic. de 1917, pág. 102.
5. “Foreign Correspondence”, *Millennial Star*, 25 de marzo de 1878, pág. 187.
6. *Gospel Doctrine*, pág. 126.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 38–39.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 39.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 353.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 342.
11. *Gospel Doctrine*, págs. 342–343.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 206.
13. “Counsel to Returning Missionaries”, *Millennial Star*, 2 de octubre de 1913, pág. 646.
14. *Gospel Doctrine*, págs. 351–352.
15. “Editorial Thoughts: Our Religious Identity”, *Juvenile Instructor*, marzo de 1912, págs. 144–145.



La Palabra de Sabiduría: Una ley para la salud física y espiritual de los santos

La observancia de la Palabra de Sabiduría nos fortalecerá el cuerpo, nos ennoblecerá el alma y nos llevará más cerca de Dios.

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith enseñó que la Palabra de Sabiduría es más que una prohibición del té, el café, el tabaco y las bebidas alcohólicas; contiene consejos prácticos para la buena salud y el progreso espiritual, y los santos que la obedezcan se acercarán más al Señor y se volverán más semejantes a Él. Para recordar a los santos la importancia de la Palabra de Sabiduría, a veces leía en una reunión toda la sección 89 de Doctrina y Convenios. “Ahora bien”, dijo una vez, “puede que a muchos les parezca totalmente innecesario y fuera de lugar que ocupe el tiempo de tan vasta congregación en leer esta revelación”, pero de todos modos la leía, palabra por palabra, para hacer hincapié en el gran valor del mensaje¹.

“Recuerdo algo que ocurrió hace tres años”, dijo, “en un grupo de personas con las cuales viajaba. Había dos o tres que insistían en tomar té y café en todo lugar donde nos deteníamos. Les prediqué continuamente la Palabra de Sabiduría, pero me dijeron: ‘¿Qué importancia tiene? Ahí está Fulano, que toma té y café’... En una ocasión les dije: ‘Bueno, ustedes dicen que está bien tomar té o café, pero el Señor dice que no. ¿A quién debo seguir?’ El Señor dice que si obedecemos la Palabra de Sabiduría, tendremos acceso a grandes tesoros de conocimiento, tesoros escondidos; que correremos sin fatigarnos y andaremos sin desmayar; y que el ángel destructor pasará de nosotros, como pasó



Daniel rebúsa la comida y el vino del rey, por Del Parson. Daniel y sus amigos rehusaron comer los alimentos y beber el vino del rey de Babilonia porque sabían que no eran buenos para ellos. Por haber elegido los mejores alimentos, fueron saludables y fuertes, y fueron bendecidos con sabiduría.

de los hijos de Israel, y no nos matará... Oraré por ustedes y encarecidamente les imploro, mis hermanos y hermanas... que dejen de usar esas substancias prohibidas y observen las leyes de Dios”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Para nuestro beneficio y prosperidad, debemos observar la Palabra de Sabiduría.

Vemos grandes razones para que los principios que contiene este capítulo del libro Doctrina y Convenios [sección 89] se enseñen al mundo, y especialmente a los Santos de los Últimos Días. Es, ni más ni menos, la sencilla Palabra de Sabiduría que se dio en 1833 para el beneficio, la ayuda y la prosperidad de los santos, a fin de que se purifiquen y se preparen para estar más cerca de la presencia del Señor, para que al guardar esta ley se preparen para disfrutar de las bendiciones que Él está más que dispuesto a concederles, si son dignos...

Sencillamente quiero decirles, mis hermanos, que no hay otro curso que podamos tomar en el mundo, relacionado con nuestro bienestar temporal y de salud, que sea mejor que ese que el Señor Dios nos ha señalado. ¿Por qué no nos damos cuenta de eso? ¿Por qué no podemos entenderlo perfectamente? ¿Por qué no nos negamos aquello que nuestros mezquinos apetitos desean? ¿Por qué no podemos observar más estrictamente la voluntad del Señor que se nos da a conocer en esta revelación?... Si toda la gente observara este mandamiento, la gran cantidad de dinero que va al mundo por concepto de bebidas fuertes y las otras cosas que la Palabra de Sabiduría prohíbe se ahorraría en casa, y la salud, la prosperidad y la salvación temporal del pueblo aumentarían en forma proporcional. Nadie puede violar las leyes de Dios para la salud y la salvación temporal y disfrutar al mismo grado de las bendiciones que recibiría si obedeciera los mandamientos de Dios...

Ningún miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días puede impunemente hacerse el deshonor o atraer sobre sí la desgracia de cruzar el umbral de un bar de bebidas alcohólicas o de un salón de juegos... Ningún Santo de los Últimos Días, ningún miembro de la Iglesia debe hacerlo,

porque sería humillante, sería una desgracia que lo hiciera, y Dios lo juzgará según sus obras. El hombre o la mujer que verdaderamente crea en las doctrinas de la Iglesia y profese ser miembro de ella, que crea y practique los principios que contiene esta “Palabra de Sabiduría”, nunca se contará entre aquellos que acarreen esa desgracia sobre sí mismos, sobre sus vecinos y sobre la Iglesia a la cual pertenecen. Nunca lo harán.

...El Señor no se complace en la intemperancia, en la ebriedad, ni puede sentir placer en la pobreza, la degradación y la ruina que tales prácticas causan a los adictos y a los que llegan a depender de ellas, la ruina de la honrría de bien y de la organización familiar, y la degradación de aquellos que se someten a ellas llevando la pobreza, la destrucción y la muerte a sí mismos y a su familia. Todo miembro de la Iglesia, varón o mujer, debe dar la cara firmemente en contra de la intemperancia y de cualquier cosa que viole las leyes de Dios, a fin de no ser vencidos nunca, de no ceder a la tentación del mal. Debemos tener comunidades más puras, comunidades que no estén plagadas de vicios, de hábitos y prácticas perjudiciales...

Los que están acostumbrados a esos hábitos quizá piensen que es un tema muy trivial e insignificante para presentar a una vasta congregación como ésta, pero cada vez que veo a un muchacho o a un hombre, joven o viejo, que tenga ese hábito y lo practique abiertamente, no puedo sino llegar a la conclusión y convicción de que es ignorante de la voluntad de Dios con respecto al hombre, o que la desafía y no le importa en lo más mínimo la palabra del Señor, y eso es, por sí solo, suficiente para llevar pesar al corazón de cualquier persona que tenga algo de consideración o respeto por la palabra o la voluntad del Señor y que quisiera ver que se obedecen...

...Rogamos a Dios que nos sane cuando estamos enfermos, iy luego nos desviamos de nuestras oraciones y tomamos las mismas substancias que Él nos ha dicho que no son buenas para nosotros! ¡Cuán contradictorio es que las personas pidan a Dios que las bendiga, cuando ellas mismas toman un camino que les causa daño y les acarrea el mal! No es de extrañar que no recibamos más respuestas a nuestras oraciones de las que recibimos y que nuestra salud no sea mejor de lo que es, si somos adictos

a prácticas que Dios nos ha dicho que no son buenas para nosotros y, de esa forma, acarreamos males a nuestra vida y a nuestro ser físico; después nos volvemos al Señor y le pedimos que nos sane de la consecuencia de nuestra propia locura y nuestras prácticas nocivas, de los efectos del mal que hemos acarreado sobre nosotros mismos sabiendo muy bien lo que hacíamos. ¡Qué necesidad!³

Cuando veo a un hombre que profesa ser Santo de los Últimos Días, o incluso simplemente ser miembro de la Iglesia... y hace que su aliento sea nauseabundo por bebidas intoxicantes o el humo del tabaco, o que sin razón alguna toma estimulantes, me entristece el espíritu, mi alma se llena de compasión y de pesar por él y me pregunto por qué nosotros, individualmente, no podemos comprender nuestra propia necesidad, nuestra propia degradación al entregarnos a esos hábitos perniciosos, que no son ni provechosos ni agradables ni beneficiosos en lo más mínimo, sino ciertamente dañinos. ¿Por qué no podemos elevarnos hasta ese grado de inteligencia que nos permita decir al tentador: “¡Quítate de delante de mí!”, y volver la espalda a la práctica del mal? Debe ser muy humillante para un hombre reflexivo el sentirse esclavo de sus apetitos o de un hábito, una pasión o un deseo excesivo y pernicioso⁴.

**Si ponemos en práctica la Palabra de Sabiduría,
aprenderemos a apreciarla.**

Debemos observar la Palabra de Sabiduría que nos ha sido dada... El borracho se vuelve esclavo de su bebida; otros son esclavos del té, del café y del tabaco, y por eso los consideran necesarios para su felicidad; pero no son en realidad necesarios ni para su felicidad ni para su salud. Para la salud, son ciertamente dañinos... Llegamos a apreciar la palabra del Señor si la ponemos en práctica y no por el simple hecho de contemplarla sin obedecerla. Si hacemos la voluntad del Señor, entonces sabremos que la doctrina es de Dios y edificaremos sobre la roca; y cuando descieran las lluvias y las tormentas y den contra la casa, ésta no caerá⁵.

En el loco torbellino de la vida por lograr honores mundanos y la posesión de los bienes perecederos de esta tierra, los hom-

bres no se detienen antes de fatigarse ni descansan antes de desfallecer; parece que piensan que lo que necesitan cuando se fatigan y desfallecen es tomar estimulantes para reponerse, para así poder correr un poco más por unos momentos. El hombre de negocios cobra ánimo de esta manera tomando bebidas alcohólicas; el ama de casa y madre que tiene en sus manos el cuidado de la familia, después de trabajar hasta el agotamiento, piensa que para poder conservar las fuerzas tiene que tomar una taza de té y de ese modo reanimar los nervios y fortalecerse por un rato a fin de terminar su tarea del día. Si, en cambio, se substituyera la influencia estimulante del té y del licor con la inteligencia pura del Espíritu de Dios; si cuando sentimos que nos invaden la fatiga y la debilidad pudiéramos tener dentro de nosotros una porción del Espíritu del Señor suficiente para hacernos saber qué hacer sin recurrir a la ayuda de estimulantes y drogas que nos dañan el organismo y nos hacen esclavos de un apetito adquirido, eso sería muchísimo mejor para nosotros...

Preferiría sentirme cansado y exhausto por el trabajo y dejar que mi naturaleza siguiera su curso para renovarse, que medicarme con el uso de narcóticos y drogas que debilitaran la base de mi salud física y espiritual. Pero, si no observamos la Palabra de Sabiduría, ¿cómo tendremos sabiduría, conocimiento y comprensión para gobernar nuestra propia conducta? La promesa es que si la observamos, tendremos conocimiento y el destructor pasará de nosotros y escaparemos de los males que sobrevendrán a los inicuos⁶.

**El cumplimiento de la Palabra de Sabiduría
nos acerca más a ser como el Señor.**

Creo que nos estamos acercando más al punto en que seremos capaces de observar esa ley de templanza grande y gloriosa que el Señor Todopoderoso nos ha dado, en la que ha dicho que las bebidas fuertes no son buenas, que el tabaco no es para el uso habitual del hombre ni para el vientre... Estamos llegando a la conclusión de que el Señor sabía más que nosotros cuando entregó a la Iglesia, por medio del profeta José Smith, esa "Palabra de Sabiduría" que Su libro de revelaciones con-

tiene... La gran mayoría de la gente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se está acercando cada vez más a la observancia apropiada de la ley que nos ha dado el Señor para nuestra salud, para la preservación de nuestra vida, para que podamos estar en armonía con Su Espíritu y Su voluntad, para que seamos puros y sin mácula, para que nos acerquemos más a ser como Aquel que no tenía pecado, que era ciertamente puro y santo como lo es Dios⁷.

El joven que desee enfrentar al mundo, que quiera estar lleno de vigor y preparado para la batalla de la vida, encontrará fortaleza viviendo de acuerdo con la palabra del Señor, porque tenemos la promesa de que todos los “que se acuerden de guardar y hacer estas cosas, rindiendo obediencia a los mandamientos, recibirán salud en el ombligo y médula en los huesos; y hallarán sabiduría y grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos; y correrán sin fatigarse, y andarán sin desmayar. Y yo, el Señor, les prometo que el ángel destructor pasará de ellos, como de los hijos de Israel, y no los matará” [D. y C. 89:18–21]⁸.

¿No son estas promesas gloriosas suficiente para inducirnos a observar esa Palabra de Sabiduría? ¿No hay algo en ella que merece nuestra atención? Los “grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos”, ¿no son algo que tendríamos que desear? Pero, cuando veo a hombres y mujeres habituándose al consumo del té, el café, las bebidas fuertes o el tabaco en cualquiera de sus formas, me digo: he aquí hombres y mujeres que no aprecian la promesa que Dios les ha hecho; la pisotean y la estiman como nada; desprecian la palabra de Dios y se oponen a ella con sus acciones. Después, cuando la aflicción los abruma, están al punto de maldecir a Dios porque no escucha sus oraciones, y quedan a merced de la enfermedad y del dolor⁹.

Ahora bien, deseo con todo el corazón que presten atención a esta Palabra de Sabiduría, no porque yo lo diga sino porque está escrita en la palabra del Señor. Se nos dio... para nuestra guía, para nuestra felicidad y avance en todo principio pertinente al reino de Dios, en esta vida y por toda la eternidad, y les ruego que la observen. Les hará bien; les ennoblecerá el alma, liberará sus pensamientos y su corazón del espíritu de destruc-

ción, les hará sentir como Dios, que se ocupa hasta del pajarillo, que no cae a tierra sin que Él lo note; los llevará más cerca de asemejarse al Hijo de Dios, el Salvador del mundo, que sanó a los enfermos, que hizo al cojo saltar de gozo, que restauró el oído a los sordos y la vista a los ciegos, que diseminó paz, gozo y consuelo entre todos aquellos a quienes se acercaba¹⁰.

Sugerencias para el estudio

- ¿Con qué propósitos se nos ha dado la Palabra de Sabiduría? (Véase también D. y C. 89:1–4.)
- Las substancias o prácticas que forman hábito, ¿en qué sentido nos encadenan el cuerpo y nos enturbian la percepción de la influencia del Espíritu?
- ¿Qué tipos de “degradación y... ruina” van muchas veces junto con la desobediencia a la Palabra de Sabiduría? Cuando las personas hacen caso omiso a los consejos de esta ley, ¿qué sufrimiento causan muchas veces a sus seres queridos?
- La observancia de la Palabra de Sabiduría, ¿en qué sentido contribuye a que tengamos “comunidades más puras, comunidades que no estén plagadas de vicio, de hábitos y prácticas perjudiciales”?
- ¿De qué modo han aprendido ustedes a apreciar la Palabra de Sabiduría “poniendo en práctica la palabra del Señor”? (Véase también Juan 7:17.)
- ¿Cómo han visto ustedes cumplirse, en su propia vida o en la de otras personas, las promesas que se hacen en la sección 89 de Doctrina y Convenios? (Véase también D. y C. 89:18–21.)
- La obediencia a la Palabra de Sabiduría, ¿cómo contribuye a que tengamos “sabiduría, conocimiento y comprensión para gobernar nuestra propia conducta”?
- ¿Cómo nos ennoblece el alma la observancia de la Palabra de Sabiduría? ¿En qué sentido libera nuestros pensamientos y nuestro corazón del espíritu de destrucción? El observar esta ley, ¿cómo “llevará [a las personas] más cerca de asemejarse al Hijo de Dios”?

Notas

1. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo IV, págs. 180–181.
2. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, págs. 366–367.
3. En *Messages of the First Presidency*, tomo IV, págs. 179–180, 182–185; se agregaron párrafos.
4. En “Conference Report”, abril de 1908, pág. 4.
5. *Deseret News: Semi-Weekly*, 20 de noviembre de 1894, pág. 1.
6. *Deseret News: Semi-Weekly*, 7 de abril de 1895, pág. 1; párrafos modificados.
7. En “Conference Report”, abril de 1908, pág. 4.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 241.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 366.
10. *Gospel Doctrine*, págs. 365–366.



Hijos e hijas del Eterno Padre

Somos los hijos de Dios, formados a Su divina imagen y capaces de llegar a ser como Él.

De la vida de Joseph F. Smith

En noviembre de 1909, el presidente Joseph F. Smith y sus consejeros en la Primera Presidencia, John R. Winder y Anthon H. Lund, publicaron una declaración titulada “El origen del hombre” para responder a preguntas que surgían “de vez en cuando con respecto a la creencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días... en cuanto al origen del hombre. Se considera oportuno y bueno dar a conocer una declaración del concepto que tiene la Iglesia sobre este importante tema”. La declaración contiene estas palabras:

“Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó’ [Génesis 1:27]. Con estas palabras sencillas y directas, el inspirado autor del libro de Génesis dio a conocer al mundo la verdad concerniente al origen de la familia humana”¹. Este capítulo contiene trozos de “El origen del hombre”.

El presidente Smith afirmaba frecuentemente la realidad literal de la paternidad de Dios: “Así como sé, y tengo razón para saberlo, que estoy acá y que vivo, también creo, y tengo razón para saberlo, que Dios, mi Padre, vive”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Somos los hijos espirituales de nuestro Padre Celestial.

Queremos saber de dónde vinimos y hacia dónde vamos. ¿De dónde vinimos? De Dios. Nuestros espíritus existieron antes de

venir a este mundo; estaban en los concilios de los cielos antes de que se establecieran los cimientos de esta tierra. Nosotros estábamos allí; cantamos juntos de gozo con las huestes celestiales al establecerse los cimientos de la tierra y al planearse con detalles el plan de nuestra existencia en ella y de nuestra redención. Estábamos allí; teníamos interés y tomamos parte en esa gran preparación. Indudablemente, estuvimos presentes en aquellos concilios... cuando Satanás se ofreció como salvador del mundo sólo si había de recibir el honor y la gloria del Padre por hacerlo. Pero Jesús dijo: “Padre, hágase tu voluntad, y sea tuya la gloria para siempre”. De ahí que, debido a que Satanás se rebeló contra Dios y trató de destruir el albedrío del hombre, el Padre lo rechazó y fue echado, pero Jesús fue aceptado.

Sin duda, estuvimos allá y tomamos parte en todas esas escenas; teníamos vital interés en llevar a cabo aquellos grandes planes y propósitos, los cuales entendimos y se decretaron y deben realizarse para nuestro beneficio. Esos espíritus han estado viniendo a la tierra para tomar sobre sí tabernáculos, a fin de llegar a ser como Jesucristo, habiendo sido “formado a Su semejanza e imagen”, desde el principio de la Creación hasta ahora, y continuarán hasta la escena final, hasta que todos los espíritus destinados a venir a este mundo hayan venido y cumplido su misión en la carne³.

Contemplamos... al hombre en esta tierra, la suprema creación de Dios, la obra maestra que, según la inspiración nos enseña, es descendencia de ese Ser eterno, el Creador de todas las cosas, siendo el más perfecto de su organización, en posesión de mayores atributos, poderes de razonamiento e inteligencia que todos los demás seres, lo cual lo constituye en “señor de la Creación” y en el que más se asemeja al Creador. Contemplamos todo esto y no podemos sino llegar a la conclusión de que *no es* obra de la casualidad, sino el resultado de maduros designios y propósitos omniscientes, de que el hombre es hijo de Dios, poseyendo los atributos y la semejanza de su Padre, y en el principio gran parte de esa inteligencia, puesto que era compañero y asociado de Dios y moraba con Él, y no conocía el pecado. El



Adán y Eva en el Jardín, por Lowell Bruce Bennett. El presidente Smith enseñó que Adán fue “el primer hombre de todos los hombres” (Moisés 1:34).

Señor le dio la tierra en posesión y en herencia, y las leyes para gobernarla, a fin de que cumpliera la medida de su creación y tuviera gozo en ella⁴.

Las obras canónicas de Escritura indican que todas las personas que vienen a esta tierra y nacen como seres mortales tuvieron una personalidad espiritual preexistente como hijos e hijas del Eterno Padre... Jesucristo fue el Primogénito. Un espíritu nacido de Dios es un ser inmortal. Cuando el cuerpo muere, el espíritu no muere; y en el estado resucitado, el cuerpo será inmortal como el espíritu⁵.

Somos creados a imagen de Dios.

¿Qué forma tenía el hombre, en espíritu y en cuerpo, cuando fue creado? De manera general, la respuesta se nos da en [estas] palabras... “Creó Dios al hombre a su imagen”. En el Libro de Mormón se explica con más detalle: “En el principio todos los hombres fueron creados a mi propia imagen” (Éter 3:15). El Padre es quien habla. Por lo tanto, si podemos cerciorarnos de la forma del “Padre de los espíritus”, del “Dios de los espíritus de toda carne”, podremos descubrir la forma del primer hombre.

Jesucristo, el Hijo de Dios, es “la imagen misma” de la persona de Su Padre (Hebreos 1:3). Él anduvo por la tierra como ser humano, un hombre perfecto, y dijo en respuesta a una pregunta que le hicieron: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). Esas palabras deberían resolver el problema a satisfacción de toda mente reflexiva y reverente. Es inevitable la conclusión de que, si el Hijo de Dios es la imagen misma (o sea, la semejanza) de la persona de Su Padre, entonces el Padre tiene la forma del hombre, puesto que ésa era la forma del Hijo de Dios, no sólo durante Su vida terrenal sino antes de Su nacimiento y después de Su resurrección. En esa forma fue que el Padre y el Hijo, como dos Personajes separados, aparecieron ante José Smith cuando, siendo un muchacho de catorce años, tuvo la Primera Visión.

Entonces, si Dios hizo al hombre —al primer hombre— a Su imagen y semejanza, tiene que haberlo hecho como Cristo y, en

consecuencia, como los hombres de la época de Cristo y de la nuestra. El hecho de que el hombre fue creado a la imagen de Cristo se establece claramente en el Libro de Moisés: “Y yo, Dios, dije a mi Unigénito, el cual fue conmigo desde el principio: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y fue hecho... Y yo, Dios, creé al hombre a mi propia imagen, a imagen de mi Unigénito lo creé; varón y hembra los creé” [Moisés 2:26–27].

El Padre de Jesús es también nuestro Padre. Jesús mismo enseñó esta verdad cuando instruyó a Sus discípulos en cuanto a la forma de orar: “Padre nuestro que estás en los cielos”, etc. Pero Jesús es el Primogénito entre todos los hijos de Dios, el primero nacido en el espíritu y el Unigénito en la carne. Él es nuestro hermano mayor, y al igual que Él, nosotros somos a imagen de Dios...

“Creó Dios al hombre a su imagen”. Esto es verdad tanto con respecto al espíritu como con respecto al cuerpo, el cual es nada más que la envoltura del espíritu, su complemento; los dos juntos constituyen el alma [véase D. y C. 88:15]. El espíritu del hombre tiene la forma del hombre, y los espíritus de todas las criaturas son semejantes a sus cuerpos. El profeta José Smith enseñó esto claramente (Doctrina y Convenios 77:2)...

Cuando el Ser divino cuyo cuerpo de espíritu vio el hermano de Jared [véase Éter 3:6–16] tomó sobre Sí carne y sangre, tuvo la apariencia de un hombre, teniendo “cuerpo, partes y pasiones” como otros hombres, aunque era inmensamente superior a todos los demás porque era Dios, sí, el Hijo de Dios, el Verbo hecho carne: en Él “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” [Colosenses 2:9]. ¿Y por qué no había de aparecer como un hombre? Ésa era la forma que tenía Su espíritu, y necesitaba una cobertura apropiada, un tabernáculo adecuado. Él vino al mundo tal como había prometido venir (3 Nefi 1:13), tomando sobre sí un tabernáculo de niño y desarrollándolo gradualmente hasta la plenitud de la estatura de Su espíritu. Vino como el hombre había venido a través de las épocas y como ha continuado viniendo desde entonces. Sin embargo, como se ha demostrado, Jesús fue el Unigénito de Dios en la carne.

Adán, nuestro gran progenitor, “el primer hombre”, era un espíritu preexistente como Cristo y, lo mismo que Él, tomó sobre sí un cuerpo apropiado, el cuerpo de un hombre, y así fue un “alma viviente”. La doctrina de la vida premortal, tan claramente revelada, especialmente en los últimos días, derrama un maravilloso torrente de luz sobre lo que de otra manera sería el misterioso problema del origen del hombre; dicha doctrina enseña que el hombre, como espíritu, fue engendrado por padres celestiales, nació de ellos y se crió hasta la madurez en las mansiones eternas del Padre antes de venir a la tierra en un cuerpo temporal para pasar por la experiencia como ser mortal; enseña también que todas las personas existieron en el espíritu antes de que ningún hombre existiese en la carne, y que todos los que han habitado la tierra desde Adán han tomado un cuerpo y han llegado a ser almas de la misma manera.

Algunos sostienen que Adán no fue el primer hombre que hubo en la tierra y que el ser humano original fue resultado de una evolución de órdenes inferiores de la creación animal. No obstante, esas son teorías de los hombres. La palabra del Señor declara que Adán fue el “primer hombre de todos los hombres” (Moisés 1:34) y que, por lo tanto, debemos considerarlo el primer padre de nuestra raza. Al hermano de Jared se le mostró que todos los hombres fueron creados en el *principio* a la imagen de Dios; y ya sea que consideremos que esto significa el espíritu o el cuerpo, o ambos, nos lleva a la misma conclusión: El hombre comenzó su vida como ser humano siendo a semejanza de nuestro Padre Celestial.

Es cierto que el cuerpo del hombre entra en su existencia como un diminuto germen o embrión, que se convierte en un infante, y que en cierta etapa ha sido vivificado por el espíritu cuyo tabernáculo es; y que el niño, después de nacer, se desarrolla hasta ser un adulto. En todo esto no hay nada que indique que el hombre original, el primero de nuestra raza, haya comenzado la vida siendo nada menos que un hombre, o menos que el germen o embrión humano que se convierte en hombre⁶.

Por medio de la obediencia a los principios del Evangelio, llegamos a ser como Dios, nuestro Padre.

Dios originó y diseñó todas las cosas, y todos somos Sus hijos. Nacemos en el mundo como progenie Suya, dotados de los mismos atributos. Ya sea que el mundo esté dispuesto o no a reconocerlo, los hijos de los hombres descienden del Todopoderoso; Él es el Padre de nuestros espíritus, el que originó nuestros tabernáculos terrenales. Vivimos y nos movemos y nuestro ser depende de Dios, nuestro Padre Celestial; y habiendo nacido de Él con el talento, las habilidades y la sabiduría que poseemos, por lo menos debemos estar dispuestos a reconocer Su mano en toda la prosperidad que podamos tener en la vida y atribuir a Él el honor y la gloria de todo lo que logremos en la carne...

...[El hombre] es hecho a imagen de Dios mismo, de modo que puede razonar, reflexionar, orar, ejercer la fe; puede emplear sus energías para realizar los deseos de su corazón, y si se esfuerza en la debida dirección, entonces tiene derecho a una porción más grande del Espíritu del Todopoderoso para inspirarlo a mayor inteligencia, a mayor prosperidad y felicidad en el mundo; pero si prostituye sus energías al servicio del mal, la inspiración del Todopoderoso se le retira en forma proporcional hasta que llegue a tal condición de tinieblas y obscurantismo que, en lo que concierne a su conocimiento de Dios, es tan ignorante como un animal.

...Debemos llegar a ser como [Dios] para quizás sentarnos en tronos, tener dominio, poder y progreso eternos. Dios dispuso esto desde el principio... Éste es el objeto de nuestra existencia en el mundo, y sólo podemos lograrlo por medio de la obediencia a ciertos principios, andando por ciertas vías, obteniendo determinado conocimiento y determinada inteligencia de Dios, sin los cuales ningún hombre puede efectuar Su obra ni cumplir la misión para la cual ha venido a la tierra. Éstos son los principios del Evangelio de verdad eterna, los principios de fe, arrepentimiento y bautismo para la remisión de los pecados,

el principio de la obediencia a Dios el Padre Eterno, porque la obediencia es uno de los primeros principios o leyes del cielo⁷.

El hombre es hijo de Dios, formado a la imagen divina e investido con divinos atributos, y así como el pequeño hijo de padres terrenales es capaz, a su debido tiempo, de convertirse en un adulto, del mismo modo la prole de padres celestiales que todavía no se ha desarrollado es capaz, por la experiencia a través de épocas y tiempo inconmensurables, de evolucionar hasta llegar a ser un Dios⁸.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué sienten al saber que ustedes son, literalmente, descendientes de Dios? El saberlo, ¿de qué manera influye en sus decisiones y acciones diarias?
- ¿En dónde oímos por primera vez el plan del Padre Celestial para nuestra progresión eterna? ¿Con qué propósitos vinimos a la tierra?
- ¿Qué atributos poseemos por ser hijos de Dios? ¿Cuáles son las consecuencias de emplear mal los atributos y las habilidades que Dios nos ha dado?
- ¿Qué testimonios nos dan las Escrituras de que Dios el Padre y Su Hijo, Jesucristo, tienen un cuerpo con forma de hombre? ¿Qué valor tienen para ustedes esos testimonios?
- La doctrina de la existencia premortal, ¿en qué sentido “derrama un maravilloso torrente de luz” sobre las preguntas que nos hagamos en cuanto a nuestro origen?
- La verdad revelada acerca del origen del ser humano, ¿en qué difiere de las teorías del hombre?
- ¿Por qué es importante que atribuyamos a nuestro Padre Celestial “el honor y la gloria de todo lo que logremos en la carne”?
- ¿Qué principios debemos obedecer a fin de llegar a ser como nuestro Padre Celestial?

Notas

1. "The Origin of Man, by the First Presidency of the Church", *Improvement Era*, noviembre de 1909, pág. 75.
2. En "Conference Report", octubre de 1909, pág. 3.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, págs. 93–94; se agregaron párrafos.
4. *Deseret News: Semi-Weekly*, 18 de febrero de 1873, pág. 2.
5. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo IV, pág. 264.
6. "The Origin of Man, by the First Presidency of the Church", págs. 77–80; se agregaron párrafos.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 62–64.
8. "The Origin of Man, by the First Presidency of the Church", pág. 81.



El servicio en la Iglesia

Sirvamos fielmente en nuestros respectivos llamamientos bajo la dirección de la autoridad del sacerdocio.

De la vida de Joseph F. Smith

Después que el presidente Joseph F. Smith había prestado servicio como apóstol durante cuarenta y cuatro años y como Presidente de la Iglesia durante nueve, dijo lo siguiente en la conferencia general de octubre de 1910: “Me siento feliz esta mañana de tener el privilegio de decirles que en los días de mi infancia y adolescencia hice una promesa a Dios y a Su pueblo de serles leal”. Y explicó que desde esa época había servido fielmente en todo llamamiento que se le había dado:

“Al contemplar las experiencias de mi vida, no puedo percibir ni recordar ninguna circunstancia, desde el principio de mi paso por el mundo, en que haya pensado ni por un momento en aflojarme o descuidarme en el compromiso y la promesa que hice a Dios y a los Santos de los Últimos Días en mi niñez... Como élder de Israel, he tratado de ser leal a ese llamamiento; he tratado al máximo de honrar y magnificar ese llamamiento. Cuando llegué a ser un setenta, sentí profundamente que debía ser fiel a ese llamamiento y me esforcé por serlo, con toda la inteligencia y el fervor de mi alma. No sé de ninguna acción ni circunstancia de mi vida, no recuerdo ninguna, en que haya sido desleal o infiel a estos llamamientos en el Sacerdocio del Hijo de Dios. Más adelante, cuando se me llamó a servir como apóstol y se me ordenó apóstol, y cuando me apartaron para ser uno de los Doce, me esforcé por honrar ese llamamiento, por ser fiel a él y a mis hermanos, a los de la familia de la fe y a los convenios y obligaciones inherentes a la recepción de este Santo Sacerdocio que es según el Orden del Hijo de Dios. No estoy al tanto de haber violado nunca ninguna de mis obligaciones o compromisos en estos lla-

mamientos que he recibido. He procurado ser leal y fiel a todo esto”¹.

El presidente Smith amonestó a los santos a comprometerse en la obra del Señor y a prestar servicio devoto —en llamamientos del sacerdocio, en las organizaciones auxiliares de la Iglesia y otras clases de servicio abnegado—, honrando siempre a la autoridad del sacerdocio que los haya llamado y los dirija.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Se da el sacerdocio para el ministerio de servicio.

El sacerdocio no se da para que el hombre reciba honores ni elogios sino para el ministerio de servicio entre aquellos por quienes son llamados a trabajar los que reciben esa sagrada comisión. Recordemos que aun nuestro Señor y Maestro, después de haber ayunado extensamente y estar físicamente desfalleciente y debilitado por las agotadoras vigiliias y la continua abstinencia, resistió la sugerencia del supremo tentador de emplear Su autoridad y poder mesiánicos para satisfacer Sus necesidades inmediatas.

Los títulos dados por Dios, de honor y de más valor que el reconocimiento humano, que se relacionan con los diversos oficios y órdenes del Santo Sacerdocio, no deben emplearse ni considerarse de la misma manera que los que se originan en el hombre; no son una condecoración ni una indicación de dominio sino más bien de un nombramiento al servicio humilde en la obra del único Maestro al que profesamos servir².

He conocido a élderes que durante toda su vida han estado “siempre listos”; jamás han cuestionado ni por un momento los llamamientos que se les han extendido ni se han detenido a considerar su propio interés temporal; han ido y venido a solicitud de sus hermanos en el servicio de sus semejantes y del Señor... Estaban disponibles, como el guardián vigilante, casi sin detenerse a pensar en sí mismos... Y lo han hecho de todo corazón, sin considerar nunca pesadas sus labores, sino, por el contrario, obteniendo de ellas gozo, placer y constante satisfacción... Todavía están listos y dispuestos a ir o venir, a hacer lo que sea

que se requiera de ellos, considerando en todo momento sus deberes del sacerdocio de mayor importancia que cualquier deseo personal³.

Las reuniones semanales de los quórumes del sacerdocio... no sólo aumentarán la eficacia del sacerdocio con sus aspectos educativos sino que, al reunir a los hermanos una vez por semana, les ayudará a adquirir el hábito de una actividad regular como siervos del Señor⁴.

¡Oh, Dios!, bendice al Santo Sacerdocio, a los hombres nobles, puros, justos, los hombres de honor e integridad, los hombres que se han congregado, muchos de ellos de diversas naciones de la tierra, por amor al Evangelio; muchos han nacido en el convenio del Santo Sacerdocio; y ruego a Dios que los bendiga, mis hermanos, con una abundancia de Su benevolencia, de Su misericordia y Su amorosa bondad, para que prosperen en la tierra, para que sean verdaderamente Sus siervos⁵.

**Las organizaciones auxiliares dan a todos
la oportunidad de prestar servicio bajo la autoridad
del sacerdocio que preside.**

El sacerdocio está a la cabeza y preside en todo. Los que lo poseen tienen el deber de velar por todas las organizaciones de la Iglesia, no sólo la del sacerdocio, sino todas las que se han instituido para beneficio de la gente en general: la Sociedad de Socorro, la Asociación de Mejoramiento Mutuo [ahora Hombres Jóvenes y Mujeres Jóvenes], la Primaria... y todas nuestras organizaciones que se han creado para ennoblecer al pueblo de Dios y para aumentar la verdad y la rectitud en la tierra. Todas deben recibir el cuidado y la atención vigilante y paternal y el profundo y constante interés de las autoridades de la Iglesia, ya sea las del barrio o las generales, pues los poseedores del sacerdocio están interesados en el bienestar del pueblo de Dios y en la edificación y el establecimiento de Sión en la tierra. Todas esas organizaciones que han sido formadas, establecidas y ordenadas por Dios deben escuchar a las autoridades que presiden y funcionar en armonía con ellas, honrándolas en sus cargos⁶.

En la Iglesia de Jesucristo no existe un gobierno que sea separado y aparte ni que esté por encima o sea independiente del Santo Sacerdocio o de su autoridad. Tenemos nuestras Sociedades de Socorro, Asociaciones de Mejoramiento Mutuo, Primarias y Escuelas Dominicales... pero estas organizaciones no son quórumes ni consejos del sacerdocio sino auxiliares del mismo y sujetas a él, y se han organizado en virtud del Santo Sacerdocio; no existen independientemente, no están por encima ni fuera de su alcance; reconocen el principio del sacerdocio y, dondequiera que existen siempre tienen la mira de efectuar algún bien, de lograr la salvación temporal o espiritual de algún alma⁷.

Quisiera decir que se espera que la Sociedad de Socorro, especialmente las [oficiales] generales de esa gran organización, velen por todas sus dependencias entre las mujeres de Sión. Ellas están a la cabeza de todas, deben estarlo y magnificar su llamamiento⁸.

Por medio de [las] organizaciones auxiliares hemos podido extender una mano orientadora y ejercer una influencia benéfica en muchos de nuestros hombres y mujeres jóvenes, a quienes habría sido difícil llegar a través de las organizaciones del sacerdocio. Hasta la fecha, estas organizaciones han llevado a cabo una obra fundamental excelente⁹.

Ruego a Dios que bendiga a todas nuestras organizaciones auxiliares, desde la primera hasta la última, para que cumplan su deber, para que no se vuelvan ociosas ni descuiden sus labores... Sólo estamos a salvo si hacemos algo, si trabajamos, si nos esforzamos al máximo, si estamos embarcados en el cumplimiento de nuestro deber; y cuando esa condición prevalece entre nosotros, estamos a salvo, porque entonces estamos en las manos de Dios y no en las del adversario¹⁰.

**Todos debemos trabajar por el bienestar y
la salvación de los demás.**

Si nos dedicamos al cumplimiento de nuestro deber, estamos embarcados en una causa grande y gloriosa. Es esencial para nuestro bienestar individual que todo hombre y mujer que haya

entrado en el convenio del Evangelio, por medio del arrepentimiento y el bautismo, sienta que tiene la obligación individual de utilizar su inteligencia y el albedrío que el Señor le ha dado para promover los intereses de Sión y establecer su causa en la tierra¹¹.

Todos debemos estar dispuestos a trabajar por el bienestar y la salvación de la gente, a sacrificar nuestros propios deseos y sentimientos por el bien común, a tener la perfecta disposición de obedecer la voluntad del Todopoderoso sin ningún deseo personal sino el de servir los propósitos del Señor... Estamos obrando en bien de la salvación de las almas y debemos sentir que éste es el deber más grandioso que se nos ha encomendado. Por lo tanto, debemos estar dispuestos a sacrificarlo todo, si fuese necesario, por amor a Dios, por la salvación del hombre y el triunfo del Reino de Dios en la tierra¹².

Esperamos ver el día... en que todo consejo del sacerdocio en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días entienda su deber, asuma su propia responsabilidad, magnifique su llamamiento y cumpla con el lugar que ocupe en la Iglesia, hasta el máximo, de acuerdo con la inteligencia y habilidad que posea... El Señor lo diseñó y lo comprendió desde el principio, y ha dispuesto en la Iglesia los medios para hacer frente a toda necesidad y satisfacerla mediante las organizaciones regulares del sacerdocio. Se ha dicho, y es verdad, que la Iglesia está perfectamente organizada; el único problema es que esas organizaciones no están completamente al tanto de las obligaciones que tienen. Cuando se den cuenta por completo de lo que se requiere de ellas, cumplirán sus deberes más fielmente y la obra del Señor será mucho más fuerte, más potente e influyente en el mundo¹³.

Todo hombre debe sentir en el corazón la necesidad de hacer lo que le corresponda en la gran obra de los postreros días; todos deben procurar ser instrumentos que contribuyan a su avance. Más particularmente, todo aquel que posea parte alguna de la autoridad del Santo Sacerdocio tiene el deber de magnificar y honrar ese llamamiento; y en ningún otro lugar podemos empezar a hacerlo con más provecho que aquí, dentro de nosotros mismos; y cuando hayamos limpiado el interior del plato,

purificado nuestro propio corazón, corregido nuestra propia vida y concentrado la mente en cumplir todo nuestro deber hacia Dios y el hombre, estaremos preparados para ejercer una influencia benéfica en el círculo familiar, en la sociedad y entre toda clase de personas¹⁴.

Los hombres y mujeres que son honrados ante Dios, que recorren su arduo camino humildemente, cumpliendo con su deber, pagando el diezmo y practicando la religión pura y sin mácula ante Dios el Padre, que consiste en visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y en guardarse sin mancha del mundo [véase Santiago 1:27]; que ayudan a velar por los pobres, que honran el Santo Sacerdocio y evitan los excesos, que oran con su familia y de corazón reconocen al Señor, éstos establecerán un fundamento contra el cual las puertas del infierno no podrán prevalecer; y si vienen las inundaciones y la tempestad da con ímpetu contra su casa, no caerá, porque estará fundada sobre la roca de la verdad eterna [véase Mateo 7:24–27]¹⁵.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué nos enseña el ejemplo de Jesús en cuanto al empleo de la autoridad del sacerdocio?
- La ordenación al sacerdocio, ¿en qué sentido es “un nombramiento al servicio humilde”?
- ¿Qué propósito tienen las organizaciones auxiliares de la Iglesia? ¿De qué manera son una bendición para los miembros de la Iglesia? ¿Por qué es importante saber que las organizaciones auxiliares funcionan bajo la dirección del sacerdocio?
- ¿Cuáles son los beneficios de sostenernos y honrarnos mutuamente en nuestros llamamientos y responsabilidades de la Iglesia?
- ¿Qué debemos sentir con respecto a obrar “en bien de la salvación de las almas”? ¿Qué sacrificios han hecho otras personas para obrar por la salvación de ustedes? ¿Qué sacrificios harían ustedes en beneficio de otros?
- ¿Qué quiere decir que nos demos “cuenta por completo” de nuestras obligaciones? ¿Cuál será el resultado si eso sucede?

- ¿Qué significa recorrer el “arduo camino humildemente”?
¿Qué bendiciones reciben los que lo hacen?

Notas

1. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 504.
2. Joseph F. Smith, Anthon H. Lund, Charles W. Penrose, “On Titles”, *Improvement Era*, marzo de 1914, pág. 479.
3. *Deseret News* (semanario), 10 de diciembre de 1879, pág. 2.
4. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo IV, pág. 195.
5. En “Conference Report”, octubre de 1911, pág. 132.
6. *Deseret Weekly*, 9 de enero de 1892, pág. 70.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 144.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 386.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 393.
10. En “Conference Report”, octubre de 1911, págs. 131–132.
11. *Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de noviembre de 1876, pág. 1.
12. *Deseret News* (semanario), 10 de diciembre de 1879, pág. 2.
13. *Gospel Doctrine*, págs. 159–160.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 168.
15. *Gospel Doctrine*, págs. 7–8.



Cómo fortalecer a la familia en la noche de hogar

*Las noches de hogar fortalecen el amor
de la familia y la fe en el corazón de cada uno
de sus miembros.*

De la vida de Joseph F. Smith

Para el presidente Joseph F. Smith, su familia era preciosa, de inapreciable valor. Muchas veces hablaba elocuentemente del “hogar, divinamente ordenado”, diciendo que “el cimiento mismo del Reino de Dios, de la rectitud, del progreso, del desarrollo” se establece en el hogar¹.

En 1915, el presidente Smith y sus consejeros presentaron a la Iglesia un programa semanal de noches de hogar, exhortando a los padres a utilizar ese tiempo para enseñar a sus hijos la palabra de Dios. Más adelante, cuando describió ese programa, el presidente Smith instó a las familias a “pasar juntas una hora o más con actitud de devoción, cantando himnos y canciones, orando, leyendo las Escrituras y otros libros buenos, tocando o escuchando música instrumental y hablando de temas de interés familiar; a dar instrucción específica sobre principios del Evangelio y problemas éticos de la vida, así como sobre los deberes y obligaciones de los hijos hacia los padres, el hogar, la Iglesia, la sociedad y la nación”².

Este programa de la noche de hogar representaba la ferviente convicción del presidente Smith de que “a este pueblo se ha encomendado el grande e importante deber de enseñar a sus hijos, desde la cuna hasta que se conviertan en hombres y mujeres, todo principio del Evangelio, y esforzarse lo más posible como padres por infundirles en el corazón el amor a Dios, la verdad, la virtud, la honestidad, el honor y la integridad en todo lo que sea bueno”³.

En 1917, el presidente Smith anunció a los santos que “muchas familias están realizando [noches de hogar] y pasando ratos muy interesantes y provechosos”⁴. Actualmente, la Iglesia continúa recalcando muchos de los aspectos esenciales del programa establecido por el presidente Smith.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Enseñen a su familia a amar a Dios y a apreciar los principios del Evangelio.

En el hogar divinamente ordenado se establece el cimiento mismo del Reino de Dios, de la rectitud, el progreso, el desarrollo, la vida eterna y el progreso eterno en el Reino de Dios⁵.

El típico hogar “mormón” es el templo de la familia, el lugar donde los de la casa se reúnen por la mañana y por la noche para ofrecer oraciones y alabanzas a Dios en el nombre de Jesucristo... Ahí se enseñan y con ternura se hacen cumplir los preceptos morales y las verdades religiosas que, en conjunto, forman esa rectitud que enaltece a la nación y aparta el pecado que es una deshonra para cualquier persona⁶.

Enseñen a sus hijos a amar a Dios. Enséñenles a apreciar los principios del Evangelio de Jesucristo. Enséñenles a amar a sus semejantes, y especialmente a sus hermanos miembros de la Iglesia, para que sean leales a la hermandad con el pueblo de Dios. Enséñenles a honrar el sacerdocio, a honrar la autoridad que Dios ha conferido a Su Iglesia para gobernarla apropiadamente. La casa de Dios es una casa de orden y no de confusión. ...Ninguna casa puede ser una casa de orden si no está organizada en forma apropiada como lo está La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días⁷.

En el hogar son muy limitados la devoción religiosa, el amor y el temor de Dios; la mundanería, el egoísmo, la indiferencia y la falta de reverencia en la familia son excesivos; de lo contrario, no existirían tan abundantemente alrededor. De manera que es el hogar lo que debe reformarse... Hagan que abunden en su familia el amor y la paz, el Espíritu del Señor, la bondad, la caridad, el sacrificio en bien de los demás. Desechen las palabras ásperas, la envidia, el odio, la maledicencia, el lenguaje obsceno, las insi-

nuaciones y la blasfemia, y dejen que el Espíritu de Dios tome posesión de su corazón. Enseñen a sus hijos estas cosas con espíritu y con fuerza, sostenidos y fortalecidos por la práctica personal; háganles ver que son sinceros y que practican lo que predicán. No dejen a sus hijos en manos de especialistas que les enseñen estas cosas, sino instrúyanlos por su propio precepto y ejemplo, en el seno de su propio hogar. Sean ustedes mismos especialistas de la verdad. Hagan que las reuniones, la escuela y las organizaciones sean el suplemento de las enseñanzas y la capacitación del hogar, en lugar de ser el único o el principal maestro⁸.

**En las noches de hogar, enseñen a su familia
a andar rectamente delante del Señor.**

Aconsejamos a los Santos de los Últimos Días que observen más estrictamente el mandamiento que el Señor dio en la sección 68 de Doctrina y Convenios (25–28):

“Y además, si hay padres que tengan hijos en Sión o en cualquiera de sus estacas organizadas, y no les enseñen a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años, el pecado será sobre la cabeza de los padres.

“Porque ésta será una ley para los habitantes de Sión, o en cualquiera de sus estacas que se hayan organizado.

“Y sus hijos serán bautizados para la remisión de sus pecados cuando tengan ocho años de edad, y recibirán la imposición de manos.

“Y también enseñarán a sus hijos a orar y a andar rectamente delante del Señor”.

Los hijos en Sión deben también observar más fielmente el mandamiento que el Señor dio al antiguo Israel y que ha reiterado a los Santos de los Últimos Días: “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da” [Éxodo 20:12].

Estas revelaciones se aplican con gran fuerza a los Santos de los Últimos Días, y se requiere que los padres en esta Iglesia enseñen y apliquen estos mandamientos en su hogar.

Con ese fin aconsejamos y exhortamos la iniciación de una “Noche de hogar” en toda la Iglesia, período en el cual los padres puedan reunir a los hijos a su alrededor en el hogar y enseñarles la palabra del Señor. De ese modo, podrán darse cuenta mejor de las necesidades y condiciones de su familia, al mismo tiempo que ellos y sus hijos se familiarizan más con los principios del Evangelio de Jesucristo. Esa “Noche de hogar” debe dedicarse a cantar himnos y canciones, a orar, a leer las Escrituras y otros libros buenos, a tocar o escuchar música instrumental, a hablar sobre temas de interés familiar, y a dar instrucción específica sobre principios del Evangelio y problemas éticos de la vida, así como sobre los deberes y obligaciones de los hijos hacia los padres, el hogar, la Iglesia, la sociedad y la nación. Para los niños pequeños, se pueden presentar recitados, canciones, relatos o juegos apropiados. Se puede servir un refrigerio de los que se preparan en el hogar.

Se debe dar especial atención a evitar la formalidad y el ambiente ceremonioso, y toda la familia debe participar en estas tertulias.

Esas reuniones darán oportunidades de desarrollar la confianza mutua entre padres e hijos y entre hermanos, así como de que los padres ofrezcan palabras de advertencia, de exhortación y de consejo a sus hijos. Ofrecerán también a los hijos la oportunidad de honrar al padre y a la madre y de demostrar el aprecio que sienten por las bendiciones del hogar, a fin de que la promesa que el Señor les ha hecho se cumpla plenamente y su vida se prolongue y sean felices...

Pedimos a todos los oficiales de las organizaciones auxiliares de toda la Iglesia que apoyen este programa y que animen a los jóvenes a quedarse en casa esa noche y a dedicar sus energías a lograr que sea instructivo, provechoso e interesante.

Si los santos obedecen este consejo, les prometemos grandes bendiciones como resultado; aumentarán el amor en el hogar y la obediencia a los padres; se desarrollará la fe en el corazón de los niños y jóvenes de Israel, y obtendrán fuerzas para combatir la mala influencia y las tentaciones que los acosan⁹.

A través de la Iglesia prevalece un espíritu de unidad, devoción y fe... La introducción de ese programa de reuniones hogareñas



Familiares reunidos en 1891 en casa del presidente Joseph F. Smith, en Salt Lake City. El Presidente dijo: “Quisiera que mis hijos y todos los niños y jóvenes de Sión supieran que no hay nada en este mundo que tenga tanto valor para ellos como el conocimiento del Evangelio” (*Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de junio de 1898, pág. 1).

ha contribuido a ello. Una noche por semana... para recreación, mejoramiento y goce de la familia, dirigida con orden y con espíritu religioso, ha logrado el éxito en la dirección deseada y se debe recomendar con entusiasmo en todas partes¹⁰.

Debemos cumplir fielmente nuestros deberes como padres en Sión.

En Doctrina y Convenios leemos que se requiere que los padres enseñen a sus hijos a comprender “ la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años... Y también enseñarán a sus hijos a orar y a andar rectamente delante del Señor”. Y si no lo hacen, y los hijos se desvían y se apartan de la verdad, el Señor ha dicho que entonces el pecado estará sobre la cabeza de los padres [D. y C. 68: 25, 28]...

Debemos examinar muy bien nuestro comportamiento y cerciorarnos de cumplir fielmente nuestros deberes como padres en Sión. La mujer debe ser unida con su marido, y el marido con su esposa, al ejercer ambos, en la debida dirección, su influencia en los hijos... Mis hijos no deben contar, ni contarán, con mi consentimiento para desviarse. Si se desvían, debe ser a pesar de mis protestas y contrario a mi ejemplo. Suplicaré a mis hijos, me esforzaré con toda mi potestad porque sean tan verídicos y fieles a este Evangelio como a mí me sea posible serlo; porque si no los tuviera a todos en el Reino de Dios, pensaría que mi casa no era perfecta...

Quisiera que mis hijos y todos los niños y jóvenes de Sión supieran que no hay nada en este mundo que tenga tanto valor para ellos como el conocimiento del Evangelio tal como ha sido restaurado a la tierra en estos postreros días por medio del profeta José Smith; nada puede compensar su pérdida. No hay nada en la tierra que pueda compararse con la excelencia del conocimiento de Jesucristo. Por lo tanto, todos los padres de Sión deben ocuparse de velar por sus hijos, de enseñarles los principios del Evangelio y esforzarse en todo lo posible por lograr que cumplan su deber, no automáticamente porque se les inste a hacerlo, sino que deben tratar de inculcar en ellos el espíritu de verdad y un amor perdurable por el Evangelio, a fin de que cumplan su deber no sólo por complacer a los padres sino porque el hacerlo les complazca a ellos mismos¹¹.

Mis queridos hermanos y hermanas, cuiden de sus hijos; enséñenles en la infancia los principios de la verdad; enséñenles a llevar una vida pura, a tener fe en Dios y a suplicar al Señor con fe para que obtengan una plenitud de hermandad con Él y sean herederos de la salvación en Su reino¹².

Sugerencias para el estudio

- ¿De qué maneras se establece en el hogar “el cimiento mismo del Reino de Dios”? ¿Qué principios importantes se deben enseñar en el hogar que puedan fortalecer a nuestra sociedad?
- ¿Cómo podemos enseñar a nuestros hijos a amar a Dios y a otras personas? ¿Cómo podemos enseñarles a honrar el sacerdocio?

- ¿Qué consejo dio el presidente Smith para aumentar la devoción religiosa en el hogar y reducir la mundanería? ¿Qué han hecho ustedes para lograr que los asuntos mundanos tengan un lugar secundario en su hogar?
- ¿De qué manera puede la noche de hogar ayudar a los padres a cumplir los mandamientos del Señor que se encuentran en Doctrina y Convenios 68:25–28? ¿Cómo puede la noche de hogar ayudar a los hijos a cumplir el mandamiento de Éxodo 20:12?
- ¿Qué prácticas les han resultado más eficaces para tener mejores noches de hogar? ¿Cuáles fueron las pautas que ofreció el presidente Smith para las noches de hogar?
- ¿Qué bendiciones reciben los que tienen la noche de hogar con su familia? ¿Qué consecuencias pueden sobrevenir si no se llevan a cabo?
- ¿Por qué no debemos nunca darnos por vencidos en cuanto a las responsabilidades que tenemos los padres de llevar a nuestra familia a la verdad? (Véase también 3 Juan 1:4; Mosíah 27:14.)
- ¿Por qué deben el marido y la mujer ser unidos “al ejercer... su influencia en los hijos”? ¿Cómo pueden los cónyuges cultivar esa unidad?

Notas

1. “Editorial Thoughts”, *Juvenile Instructor*, noviembre de 1916, pág. 739.
2. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo V, pág. 89.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 292.
4. En *Messages of the First Presidency*, tomo V, pág. 89.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 304.
6. “An Address: The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints to the World”, en “Conference Report”, abril de 1907, pág. 7.
7. En “Conference Report”, abril de 1915, pág. 5.
8. *Gospel Doctrine*, págs. 301–302.
9. En *Messages of the First Presidency*, tomo IV, págs. 337–339.
10. En *Messages of the First Presidency*, tomo IV, pág. 347.
11. *Deseret News: Semi-Weekly*, 28 de junio de 1898, pág. 1; se agregaron párrafos.
12. “Discourse by President Joseph F. Smith”, *Millennial Star*, 30 de agosto de 1906, págs. 545–546.



Esta vitrina de colores, creada en 1913 para el centro de reuniones del Barrio Adams, en Los Ángeles, California, representa la aparición de Dios el Padre y Su Hijo, Jesucristo, a José Smith.



El Padre y el Hijo

La revelación de los últimos días nos enseña verdades grandiosas y eternas sobre nuestro Padre Celestial y Su Hijo, Jesucristo.

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith expresó con frecuencia un potente testimonio del Padre Celestial y de Su Hijo, Jesucristo, los objetos supremos de nuestra fe, y dijo lo siguiente: “Creo con toda mi alma en Dios el Padre y en nuestro Señor y Salvador Jesucristo”¹. Mientras era Presidente de la Iglesia, trató de aclarar la identidad y las funciones del Padre y del Hijo, especialmente porque algunos pasajes de las Escrituras mencionan a Jesucristo como Padre. En un esfuerzo por ayudar a los santos a comprender mejor ciertos versículos que se refieren al Padre y al Hijo, el 30 de junio de 1916, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles publicaron una explicación doctrinal titulada “El Padre y el Hijo”. Esta declaración afirmaba la unidad entre Dios el Padre y Su Hijo, Jesucristo, y aclaraba las distintas funciones de cada uno de Ellos en el plan de salvación. Además, explicaba las formas en que el término *Padre* se aplica en las Escrituras tanto al Padre Celestial como a Jesucristo.

En este capítulo se citan varios trozos de esa explicación, junto con otras enseñanzas del presidente Smith que afirmaba que obtener “el conocimiento de Dios y de Su Hijo Jesucristo... es la primera y última lección de la vida”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

La vida eterna es conocer a Dios y a Jesucristo.

Es una verdad de las Escrituras que la vida eterna es conocer al único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien Él ha enviado

[véase Juan 17:3]. Creo que los Santos de los Últimos Días, por medio de las enseñanzas de las Escrituras y de las revelaciones que han recibido por la voz del profeta José Smith, están capacitados para aprender acerca del Dios verdadero y viviente, de conocerlo, y también de conocer a Su Hijo a quien Él envió al mundo; y conocerlos es tener la vida eterna³.

No sólo es necesario tener fe en Dios, sino también en Jesucristo, Su Hijo, el Salvador del género humano y el Mediador del nuevo convenio; y en el Espíritu Santo, que da testimonio del Padre y del Hijo, “el mismo en toda época y para siempre”⁴.

**El Padre de nuestros espíritus es un Ser eterno
con un cuerpo de carne y huesos.**

Dios tiene un cuerpo de carne y huesos. Es un Ser organizado tal como nosotros, los que hoy estamos en la carne... Somos hijos de Dios, y Él es un Ser eterno, sin principio de días ni fin de años. Siempre fue, es y siempre será⁵.

No creo en la doctrina que algunos declaran de que Dios es solamente un espíritu, y de tal naturaleza que llena la inmensidad del espacio y está presente en persona, o sin persona, en todas partes, porque no puedo concebir el que Dios fuera una persona si llenara la inmensidad del espacio y estuviera presente en todas partes al mismo tiempo. No es razonable, es una incongruencia física y teológica el imaginar que aun Dios, el Eterno Padre, pueda estar individualmente en dos lugares en el mismo momento. Es imposible. Pero Su poder se extiende por toda la inmensidad del espacio, se extiende a todas Sus creaciones, y Su conocimiento las abarca a todas, y a todas las gobierna y las conoce⁶.

Dios el Eterno Padre, a quien damos el exaltado nombre y título de “Elohim”, es el Padre literal de nuestro Señor y Salvador Jesucristo y de los espíritus de la raza humana. Elohim es el Padre en todos los sentidos en que así se designa a Jesucristo, y es inconfundiblemente el Padre de los espíritus⁷.

[Oramos] al Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a cuya imagen y semejanza se nos ha hecho, o sea, nacimos en el

mundo, y a cuya imagen y semejanza somos, porque somos hijos de Dios y, por consiguiente, debemos ser semejantes a Su Hijo en persona, como también espiritualmente si obedecemos los principios del Evangelio de verdad eterna. Porque fuimos preordenados... para llegar a ser conforme a Su semejanza mediante el uso sabio y correcto de nuestro albedrío⁸.

Dios, el Eterno Padre, nos tiene presentes constantemente. Él vela por los de Su pueblo en toda la tierra, y los recompensará de acuerdo con su fidelidad en observar las leyes de la rectitud y la verdad⁹.

Dios, nuestro Padre Celestial, es el Creador.

El Señor Todopoderoso es el Creador de la tierra, es el Padre de los espíritus de todos nosotros. Él tiene el derecho de dictar lo que debemos hacer y es nuestro deber obedecerle y andar de acuerdo con Sus designios. Esto es natural y perfectamente fácil de comprender¹⁰.

Las Escrituras afirman clara y repetidamente que Dios es el Creador de la tierra, de los cielos y de todo lo que en ellos hay. En ese sentido, el Creador es un Organizador. Dios creó la tierra como una esfera organizada; pero, por supuesto, no creó los elementos de materia prima que la forman, en el sentido de hacerlos existir, puesto que “los elementos son eternos” (D. y C. 93:33)¹¹.

[El hombre] debe al Señor Todopoderoso su inteligencia y todo lo que tiene, porque de Jehová es la tierra y su plenitud (véase Salmos 24:1). Dios originó y diseñó todas las cosas¹².

Cúidense de los hombres que... querrían hacerles creer o sentir que el Señor Todopoderoso, que hizo el cielo y la tierra y creó todas las cosas, está limitado a la capacidad del ser mortal en cuanto a Su dominio en las cosas terrenales¹³.

Jesucristo es el Primogénito en el espíritu y el Unigénito Hijo de Dios en la carne.

Entre los hijos espirituales de Elohim, el Primogénito fue y es Jehová, o sea Jesucristo, con respecto a quien todos los demás son menores¹⁴.

Jesucristo no es el Padre de los espíritus que han tomado un cuerpo o lo tomarán en esta tierra, puesto que Él es uno de ellos. Él es el Hijo, así como ellos son hijos e hijas de Elohim¹⁵.

[Jesucristo] es esencialmente mayor en grandeza que todos los demás, debido a que, (1) es el mayor o Primogénito; (2) Su condición en la carne es única por ser progenie de una madre mortal y de un Padre inmortal, o sea, resucitado y glorificado; (3) fue escogido y preordenado como el único Redentor y Salvador de la raza humana; y (4) Su trascendental condición es no tener pecado¹⁶.

En la mente de los Santos de los Últimos Días no hay duda alguna en cuanto a la existencia y persona del Señor Dios Todopoderoso, que es el Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Los Santos de los Últimos Días no tienen duda alguna de que Jesús es el Hijo de Dios, habiendo sido engendrado por el Padre en la carne¹⁷.

Jesucristo es el Hijo de Elohim, Su progenie espiritual y corporal, o sea, Elohim es literalmente el Padre del espíritu de Jesucristo y también del cuerpo con el cual llevó a cabo Su misión en la carne, ese cuerpo que murió en la cruz y pasó después por el proceso de la resurrección, y que ahora es el tabernáculo inmortalizado del espíritu eterno de nuestro Señor y Salvador¹⁸.

Jesucristo nació de su madre, María, con un tabernáculo de carne. Fue crucificado y Su cuerpo se levantó de entre los muertos; Él rompió las ligaduras del sepulcro y salió a una vida nueva como alma viviente, como ser viviente, un hombre con un cuerpo, con partes y con espíritu, habiéndose convertido el espíritu y el cuerpo en un alma inmortal y viviente¹⁹.

Dios el Padre... es el Padre de nuestros espíritus y el Padre en la carne de Su Unigénito Hijo, Jesucristo, que unió la inmortalidad divina con lo mortal, forjó el eslabón entre Dios y el hombre, y brindó a las almas de los mortales, sobre quienes se había impuesto la sentencia de muerte, la posibilidad de lograr la vida eterna mediante la obediencia a Sus leyes. Por lo tanto, busquemos la verdad y andemos en la luz, como Cristo está en la luz, a fin de gozar de confraternidad con Él, así como unos con otros, y de que Su sangre nos limpie de todo pecado²⁰.

El Padre y el Hijo son uno.

“...Yo soy en el Padre, y el Padre en mí, y el Padre y yo somos uno” [3 Nefi 11:27]. No creo que ninguna persona inteligente interprete estas palabras en el sentido de que Jesús y Su Padre son una persona, sino sencillamente que son uno en conocimiento, en verdad, en sabiduría, entendimiento y propósito; así como el propio Señor Jesús amonestó a Sus discípulos a que fueran uno con Él, y que fueran uno en Él para que Él pudiera estar en ellos. Es en ese sentido que entiendo estas palabras, y no como las interpretan algunos de que Cristo y Su Padre son una sola persona. Yo les declaro que no son una persona sino dos, dos cuerpos separados y aparte, y tan distintos como cualquier padre e hijo ²¹.

[El Padre y el Hijo] son uno en atributos. Son uno en amor, uno en conocimiento, uno en misericordia, uno en potestad, uno en todas las cosas que los hacen unidos y poderosos, gloriosos y grandes, porque en Ellos se perfecciona toda verdad, toda virtud y toda rectitud²².

A Jesucristo se le llama Padre.

El término “Padre”, aplicado a la Deidad, se encuentra en las Sagradas Escrituras claramente con diferentes significados²³.

Jesucristo es el Padre del cielo y de la tierra.

A Jehová, que es Jesucristo, el Hijo de Elohim, se le llama “Padre”, e incluso “el verdadero Padre Eterno del cielo y de la tierra” [véase Mosías 15:4; 16:15; Alma 11:38–39; Éter 4:7]. Con significado similar, se llama a Jesucristo el “Padre eterno” (Isaías 9:6; compárese con 2 Nefi 19:6)...

...Jesucristo, a quien también conocemos como Jehová, fue el ejecutivo del Padre, Elohim, en la obra de la Creación... A Jesucristo, por ser el Creador, se le llama consecuentemente el Padre del cielo y de la tierra... y puesto que Sus creaciones son de condición eterna, se le llama muy apropiadamente el Eterno Padre del cielo y la tierra²⁴.

Jesucristo es el Padre de los que son fieles a Su Evangelio.

[Otro] sentido en el cual se considera a Jesucristo “Padre” se refiere a la relación que existe entre Él y los que aceptan Su Evangelio y llegan de esa manera a ser herederos de la vida eterna...

En muchas revelaciones de la dispensación presente se establece el hecho de que, mediante la obediencia al Evangelio, el hombre puede llegar a ser hijo de Dios, siendo hijo de Jesucristo y, por medio de Él, hijo del Padre [véase D. y C. 11:28–30; 34:1–3; 35:1–2; 39:1–4; 45:7–8]...

Siglos antes del nacimiento de nuestro Señor en la carne, Abinadí ofreció una potente explicación de esa relación que existe entre Jesucristo como Padre y aquellos que cumplan con los requisitos del Evangelio como Sus hijos: “...Y... ¿Quién será posteridad [de Cristo]? He aquí, os digo que quien ha oído las palabras de los profetas... y creído que el Señor redimirá a su pueblo, y han esperado ansiosamente ese día para la remisión de sus pecados, os digo que éstos son su posteridad, o sea, son los herederos del reino de Dios...” (Mosíah 15:10–13)...

El hombre puede llegar a ser hijo de Jesucristo naciendo de nuevo, habiendo nacido de Dios, según lo afirma la palabra inspirada [véase 1 Juan 3:8–10].

Los que hayan nacido para Dios mediante la obediencia al Evangelio pueden, por su valiente devoción a la rectitud, obtener la exaltación e incluso alcanzar la condición de la Deidad [véase D. y C. 76:58; 132:17, 20, 37]...

Por el nuevo nacimiento —el del agua y el del Espíritu—, los seres humanos pueden llegar a ser hijos de Jesucristo siendo, por los medios que Él proporcionó, “engendrados hijos e hijas para Dios” [D. y C. 76:24; véase también 1 Corintios 4:15; D. y C. 84:33–34; 93:21–22]...

Si es apropiado referirse a los que aceptan el Evangelio y permanecen en él como hijos e hijas de Cristo —y sobre este asunto las Escrituras son explícitas y no se pueden dudar ni negar—, es por consiguiente apropiado referirse a Jesucristo como Padre de los justos, habiendo ellos llegado a ser Sus hijos, y Él su Padre, por medio del segundo nacimiento: la renovación bautismal²⁵.

[Jesucristo] es el fundamento y la principal piedra del ángulo de nuestra religión. Somos suyos por adopción, por haber sido sepultados con Cristo en el bautismo, por haber nacido nuevamente en el mundo del agua y del espíritu, por medio de las ordenanzas del Evangelio de Cristo; y por lo tanto, somos hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos con Jesucristo mediante nuestra adopción y fe²⁶.

Sin el arrepentimiento y el bautismo y la recepción del Espíritu Santo, que constituyen el nuevo nacimiento, no pertenecemos a la familia de Cristo, sino que somos extranjeros, apartados de Dios y de Sus leyes; y permaneceremos en esa condición caída, sea en el cuerpo o en el espíritu, por el tiempo y por la eternidad, a menos que rindamos obediencia al plan preparado en los cielos para la redención y salvación de la familia humana²⁷.

Sé que sólo puedo encontrar [la salvación] en la obediencia a las leyes de Dios, guardando los mandamientos, haciendo obras de rectitud, siguiendo los pasos de nuestro líder, Jesús, el Ejemplo y Cabeza de todo. Él es el Camino de la vida, la Luz del mundo, la Puerta por la cual debemos entrar, a fin de tener lugar con Él en el reino celestial de Dios²⁸.

No se ha dado otro nombre bajo el cielo, sino el de Jesucristo, en el que podamos ser salvos, o sea, exaltados en el Reino de Dios²⁹.

Jesucristo es el Padre por investidura divina de autoridad.

En todos sus tratos con la familia humana, Jesús el Hijo ha representado y representa a Elohim, el Padre, en poder y autoridad. Esto se puede decir también de Cristo en Su estado preterrenal, premortal o incorpóreo, en el cual se le conocía como Jehová; y durante Su permanencia en la carne; y en el transcurso de Sus labores como espíritu incorpóreo en la esfera de los muertos; y desde entonces en Su estado resucitado [véase Juan 5:43; 10:25, 30; 14:28; 17:11, 22; 3 Nefi 20:35; 28:10; D. y C. 50:43]. Por eso, el Padre puso Su nombre sobre el Hijo; y Jesucristo habló y ministró en nombre del Padre y por Él; y en lo que respecta a potestad, autoridad y divinidad, Sus palabras y acciones fueron y son las del Padre...

Sin embargo, ninguno de estos conceptos puede cambiar en lo más mínimo el hecho solemne de la relación literal de Padre e Hijo que existe entre Elohim y Jesucristo³⁰.

Mis hermanos y hermanas, yo sé que mi Redentor vive. Sé, como sé que vivo, que Él en persona ha visitado al hombre en nuestro tiempo y época, y que ahora no dependemos únicamente de la historia de lo pasado en cuanto al conocimiento que poseemos, del cual da testimonio el Espíritu de Dios que se derrama en el corazón de todos aquellos que entran en el convenio del Evangelio de Cristo. Pero tenemos el renovado y posterior testimonio y manifestación de visiones celestiales y de la visita de Dios el Padre y Cristo el Hijo a esta tierra, que es el estrado de Sus pies; y en persona han declarado Su entidad, Su ser, y han manifestado Su gloria. Han extendido Sus manos para realizar Su obra, la obra de Dios y no del hombre... Éste es el testimonio que les expreso, mis hermanos y hermanas, y testifico de ello en el nombre de nuestro Señor Jesucristo³¹.

Sugerencias para el estudio

- ¿Por qué la vida eterna consiste en conocer a nuestro Padre Celestial y a Jesucristo? La comprensión que tengamos de Ellos ¿de qué manera afecta nuestra relación con ambos?
- ¿Por qué es importante saber que nuestro Padre Celestial es un Ser eterno, con un cuerpo de carne y huesos resucitado y glorificado?
- ¿En qué forma somos bendecidos por saber que nuestro Padre Celestial es el Padre de nuestro espíritu?
- ¿Qué quiere decir la frase “el Creador es un Organizador”?
- ¿En qué sentido es Jesucristo único entre los hijos espirituales de nuestro Padre Celestial? ¿Qué pudo hacer el Salvador por haber nacido en la tierra como el Unigénito del Padre en la carne?
- ¿En qué sentido son uno el Padre Celestial y Jesucristo? ¿Cómo podemos nosotros ser uno con el Padre y el Hijo? (Véase también Juan 17:22–24.)

- ¿Por qué se les llama Creador tanto al Padre como al Hijo? (Véase también Moisés 1:32–33.)
- ¿Cómo llegamos a ser hijos e hijas de Cristo? (Véase también Mosíah 5:5–8.) ¿Qué debemos hacer para “accepta[r] el Evangelio y permanece[r] en él como hijos e hijas de Cristo”? (Véase también 1 Juan 2:3; 4:7–8.)
- ¿Por qué habla Jesucristo las palabras del Padre como si fuera el Padre? ¿Qué nos indica eso en cuanto a la relación que existe entre el Padre y el Hijo?

Notes

1. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 5.
2. En Brian H. Stuy, compilador, *Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others*, 5 tomos, 1987–1992, tomo II, pág. 354.
3. En “Conference Report”, abril de 1916, pág. 4.
4. *Gospel Doctrine*, pág. 100.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 64.
6. *Gospel Doctrine*, págs. 55–56.
7. “The Father and the Son: A Doctrinal Exposition by the First Presidency and the Twelve”, *Improvement Era*, agosto de 1916, pág. 934.
8. *Gospel Doctrine*, págs. 57–58.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 53.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 80.
11. “The Father and the Son”, pág. 934.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 62.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 56.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 70.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 69.
16. “The Father and the Son”, págs. 941–942.
17. *Gospel Doctrine*, págs. 4–5.
18. “The Father and the Son”, pág. 935.
19. *Gospel Doctrine*, pág. 64.
20. *Gospel Doctrine*, pág. 28.
21. *Gospel Doctrine*, pág. 68.
22. En *Collected Discourses*, 4:66.
23. “The Father and the Son”, pág. 934.
24. “The Father and the Son”, pág. 935.
25. “The Father and the Son”, págs. 936–939.
26. *Gospel Doctrine*, pág. 138.
27. *Gospel Doctrine*, págs. 90–91.
28. *Gospel Doctrine*, pág. 262.
29. *Gospel Doctrine*, pág. 3.
30. “The Father and the Son”, págs. 939–940.
31. *Gospel Doctrine*, págs. 505–506.



La revelación continua es para beneficio de la Iglesia

Debemos unirnos para vivir de acuerdo con la revelación continua que proviene de Dios a Su Iglesia a través de los medios que Él ha designado.

De la vida de Joseph F. Smith

Así como los cinco Presidentes de la Iglesia que lo precedieron, Joseph F. Smith recibió mucha guía divina para dirigir a la Iglesia y a sus miembros. Sin embargo, en los últimos meses de su vida el velo que lo separaba de Dios se hizo más delgado que nunca, y pasaba gran parte del tiempo en silenciosa oración y meditación. El 4 de octubre de 1918, pocas semanas antes de morir, dijo en la conferencia general: “No trataré, no me atrevo a hacerlo, de entrar en muchos asuntos que me ocupan la mente esta mañana, y pospondré hasta un momento futuro, si el Señor lo desea, mi intento de decirles algunos de los que tengo en la mente y que guardo en el corazón. No he vivido solo durante estos cinco meses. Me he apoyado en el espíritu de oración, de súplica, de fe y determinación; y he tenido continuamente una comunicación con el Espíritu del Señor”¹. Fue durante ese período que recibió la visión de la redención de los muertos que se convirtió después en la sección 138 de Doctrina y Convenios.

El presidente Smith reconoció humildemente la bondad de Dios en revelarles lo que necesitaba saber para dirigir la Iglesia: “Creo fervientemente que Dios me ha manifestado en mi posición presente muchas cosas gloriosas, muchos principios y, con frecuencia, más sabiduría de la que me es innata; y creo que continuará haciéndolo mientras yo sea receptivo, mientras esté en condiciones de oír cuando Él habla, de escuchar cuando Él llama y de recibir cuando me dé lo que Él desee”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Creemos en la revelación directa de Dios al hombre.

Creemos... en el principio de la revelación directa de Dios al hombre.

Esto es parte del Evangelio, pero no es particular de esta dispensación, sino que es común a todas las épocas y dispensaciones del Evangelio. Éste no puede administrarse ni la Iglesia de Dios puede continuar existiendo sin revelación. Cristo está a la cabeza de Su Iglesia y no el hombre, y la comunicación sólo se puede mantener de acuerdo con el principio de revelación directa y continua. No es un principio hereditario; no puede transmitirse de padre a hijo ni de una generación a otra, sino que es un principio activo y vital del cual se puede disfrutar únicamente en ciertas condiciones: por medio de la fe absoluta en Dios y de la obediencia a Sus leyes y mandamientos. En el mismo instante en que ese principio dejara de existir, la Iglesia quedaría a la deriva por haber sido separada de su eterna cabeza viviente. No podría continuar en tal condición, sino que tendría que dejar de ser la Iglesia de Dios y, como el barco que navega sin capitán, brújula ni timón, quedaría a merced de las tormentas y olas de las pasiones humanas en constante contención, de los intereses mundanos, del orgullo y la necesidad, para naufragar finalmente en los escollos de la superstición y la superchería sacerdotal³.

Es de comprender que, en su administración, los siervos de Dios tengan el derecho de obtener inmediata guía divina, y, de ese modo, con su fe unen a sus labores la sabiduría divina como fuerza directiva; cuando se hace eso, las personas son invencibles en las empresas que acometen en el servicio de Dios⁴.

Sé que todo principio del Evangelio de Jesucristo que en estos últimos días se ha revelado por medio de José Smith, el Profeta, es de Dios, es verdadero y permanecerá para siempre, tanto por su mérito como por su verdad; nunca se podrá eliminar; esto lo sé con todo mi ser. Dios me ha convencido doblemente, por la presencia e influencia de Su Espíritu y por la inspiración que ha despertado en mi alma de amar lo que es bueno y de tratar de abandonar lo que es malo⁵.

Dios revela Su voluntad a los hombres en nuestros días tal como en cualquier otra época de la historia.

Los Santos de los Últimos Días... dan testimonio a todo el mundo de que Dios vive y que revela Su voluntad a las personas que creen en Él y que obedecen Sus mandamientos, lo mismo en nuestros días como en cualquier otra época de la historia de las naciones. El canon de las Escrituras no está completo. Dios jamás ha revelado que vaya a dejar por siempre de hablar al hombre. Si podemos creer que Él ha hablado, debemos creer y creemos que continúa haciéndolo, puesto que Él es invariable...

¿Qué es la revelación, sino el descubrimiento de nuevas verdades que provienen de Él, que es la fuente de toda verdad? Decir que no hay necesidad de más revelación equivale a afirmar que no necesitamos nuevas verdades, una alegación ridícula. Podríamos muy bien decir entonces que las revelaciones que Abraham recibió eran suficientes para los profetas; que las revelaciones que se dieron a Enoc eran suficientes para Noé, cuya misión fue construir el arca y predicar el arrepentimiento; que lo que se dijo a Moisés era bastante para toda época; o que lo que Abraham recibió era suficiente para sus descendientes de todas las eras. Pero no es así. A pesar de que Abraham fue favorecido con grandes promesas, la palabra de Dios no se le negó a su hijo Isaac ni a su nieto Jacob. ¿Por qué? Porque ellos no habrían podido llevar a cabo sus respectivas misiones basándose sólo en la palabra del Señor a su padre o a otras personas. ¿Cómo podría el “padre de los fieles” haber realizado su obra con las instrucciones que había recibido Noé? ¿De qué utilidad personal habrían sido para Balaam o para Pablo las revelaciones de patriarcas y profetas anteriores? Es cierto que eran útiles como verdades históricas o lecciones, pero no eran suficientes para ellos individualmente.

Por lo tanto, nosotros, los de esta época, necesitamos ¡y cuánto! de la revelación constante a fin de cumplir nuestras respectivas misiones en forma aceptable para nuestro Padre y de obrar mejor en bien de nuestra propia salvación; además, para que sepamos la voluntad de Dios con respecto a Su Iglesia, a Su pueblo y a Sus propósitos en relación con las naciones. Éstas son

unas pocas de las mil razones por las que se necesita la revelación⁶.

Dios se revela al mundo por los medios legalmente designados del sacerdocio.

Mediante José [Smith]... el Señor se reveló al mundo, y por medio de él eligió a los primeros élderes de la Iglesia, hombres de corazón íntegro; hombres que Él sabía que recibirían la palabra y trabajarían junto con José en esta grandiosa e importante obra. Y todos los que han sido ordenados al sacerdocio, y todos los que han sido nombrados a cualquier cargo en esta Iglesia han recibido su autoridad por ese medio, designado por Dios, con José a la cabeza. Éste es el orden y no podría ser de otra manera. Dios no elegirá a otro profeta ni a otro pueblo para hacer la labor que se nos ha asignado a nosotros; Él nunca pasará por alto a aquellos que han permanecido firmes y fieles desde el principio de esta obra y que siguen todavía firmes y fieles, siempre que continúen siendo leales a lo que se les ha confiado. No puedo imaginar que, como grupo, demuestren nunca ser infieles, puesto que si alguno de ellos se torna indigno a la vista de Dios, Él lo quitará de su lugar y llamará a otro de entre los miembros para que ocupe el cargo⁷.

Apenas un hombre diga que no se someterá a la autoridad legalmente constituida de la Iglesia, ya sean los maestros, el obispado, el sumo consejo, su quórum o la Primera Presidencia, y lo confirme en su corazón y lo lleve a efecto, en ese preciso momento él mismo se aparta de los privilegios y las bendiciones del sacerdocio y de la Iglesia, y se excluye del pueblo de Dios, porque deja de lado la autoridad que el Señor ha instituido en Su Iglesia. Ésos son los hombres que generalmente tienen ideas excéntricas en la cabeza, que reciben inspiración (del abismo), y que con frecuencia se encuentran ansiosos por guiar a la Iglesia y erigirse en jueces del sacerdocio. La única manera segura de proceder para nosotros, individualmente, es vivir de forma tan humilde, tan recta y tan fiel ante Dios que podamos poseer Su Espíritu al punto de ser capaces de juzgar con rectitud y de discernir la verdad del error, el bien del mal⁸.

Ha sido a veces penoso ver a miembros respetables de la Iglesia, hombres que deberían tener mejor criterio, dejarse llevar para convertirse en instrumentos de espíritus engañosos... Les parece difícil a los hombres comprender las funciones del sacerdocio, su autoridad legítima, su extensión y poder; y sin embargo, se comprende sin dificultad mediante la luz del Espíritu; pero no entendiéndolo, los hombres son fácilmente seducidos por espíritus engañosos que andan por el mundo. Se les hace creer que algo anda mal, y lo que entonces ocurre es que empiezan a convencerse de que han sido escogidos especialmente para corregir el error. Es muy lamentable que un hombre caiga en esta trampa, pues los Santos de los Últimos Días deben entender que, en tanto que los siervos de Dios lleven una vida pura, honren el sacerdocio que se les ha conferido y se esfuercen, con todo el conocimiento que poseen, por magnificar su oficio y llamamiento, a los cuales se les ha elegido debidamente por la voz del pueblo y del sacerdocio y confirmado por la aprobación de Dios; cuando el Señor tenga cualquier comunicación para los hijos de los hombres o cualesquiera instrucciones para impartir a Su Iglesia, lo hará por el medio legalmente instituido del sacerdocio. Nunca lo hará de otra manera, por lo menos mientras La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días exista en la tierra en su forma presente.

No le incumbe a ninguna persona presentarse como revelador, como profeta, como vidente u hombre inspirado para dar revelaciones con el fin de guiar a la Iglesia, ni tampoco dar por sentado que puede dirigir a las autoridades que presiden en la Iglesia, en cualquier parte del mundo, y menos aún en medio de Sión donde las organizaciones del sacerdocio son casi perfectas, donde todo está completo, hasta la organización de una rama⁹.

En asuntos seculares, así como en los espirituales, los santos pueden recibir guía y revelación divinas para sí mismos, pero esto no les da autoridad para dirigir a otros ni es aceptable si es contrario a los convenios, la doctrina o la disciplina de la Iglesia, a hechos conocidos, a verdades probadas o al sentido común. Ninguna persona tiene derecho de inducir a sus hermanos miembros de la Iglesia a entrar en especulaciones o tomar parte



El presidente Joseph F. Smith con misioneros y miembros de la Misión Suizo-Alemana, en agosto de 1910. El presidente Smith aconsejó entonces a los santos que se unieran y que escucharan “la voz de los siervos de Dios que hablan a sus oídos” (*Gospel Doctrine*, pág. 261).

en empresas de cualquier naturaleza en base a la presunción engañosa de recibir revelación divina, una visión o un sueño, especialmente cuando esté en oposición a la voz de la autoridad reconocida, ya sea local o general. La Iglesia del Señor “es una casa de orden” [D. y C. 132:8], y no está gobernada por dones ni manifestaciones individuales, sino por el orden y el poder del Santo Sacerdocio, sostenido por la voz y el voto de la Iglesia en sus determinadas conferencias¹⁰.

**El espíritu de revelación puede unir a toda
la familia humana en el reino de Dios.**

El Señor nos ha dicho por una revelación que dio al profeta José Smith que a menos que seamos uno, no somos Suyos [véase D. y C. 38:27]. Él dijo que debemos ser unidos; debemos ser uno.

Si actuáramos por la influencia [del Espíritu] y siguiéramos sus dictados continuamente, seríamos uno, y la crítica, la con-

tención y el egoísmo se dejarían de lado y cuidaríamos de nuestros semejantes, celosos de su bienestar tanto como del nuestro. Pero todavía vemos en medio de nosotros controversias, diferencias de pensamiento y opinión, unos optimistas y otros pesimistas, y diversas personas que consideran la misma cosa con un punto de vista diferente, etc. ¿Por qué sucede eso? Porque la red del Evangelio ha recogido gente de todas clases y porque no somos más que niños de escuela; porque se puede decir que hemos aprendido apenas las primeras letras del gran plan del Evangelio, y eso sólo de manera imperfecta. Una causa de la diversidad de pensamientos y reflexiones es que algunos han tenido mayor experiencia y comprenden la verdad más perfectamente que otros. Pero, ¿prueba eso que el Evangelio que hemos abrazado no contiene los principios necesarios para unir en la verdad a toda la raza humana? No, no es así. ¿Cuáles son esos grandes principios que tienen como objeto unir a toda la familia humana y hacer que todos adoren al mismo Dios, se adhieran a los mismos consejos y sean gobernados por la misma voz? Son el principio de la revelación, del poder de Dios revelado a Su pueblo, de la convicción de la gente de que Dios tiene el derecho de gobernar y de dictar, y que ningún hombre tiene la prerrogativa de decir que debe ser de tal o cual manera; tampoco se exige a la gente que obedezca ciegamente esos principios, sin conocimiento¹².

Únanse los santos, escuchen la voz de los siervos de Dios que hablan a sus oídos; presten atención a sus consejos y atiendan a la verdad¹³.

Procuren tener la hermandad y la unión del Espíritu Santo. Que ese Espíritu se busque y atesore con tanta diligencia en el círculo familiar más pequeño y humilde como entre los miembros de la organización y el quórum más alto; que inunde el corazón de los hermanos, de padres e hijos en el hogar, del mismo modo que los de la Primera Presidencia y los Doce; que ablande y suavice todas las diferencias entre los miembros de las presidencias de estaca y de los sumos consejos, tanto como entre los vecinos que vivan dentro del mismo barrio. Que una a los jóvenes y a los viejos, a hombres y mujeres, al rebaño y al pastor, a la gente y al sacerdocio, con lazos de gratitud, deseo de per-

donar y amor, a fin de que Israel pueda sentirse aprobado por el Señor y que todos podamos presentarnos ante Él con una conciencia sin ofensa ante los hombres. Entonces no habrá desilusiones con respecto a las bendiciones prometidas a los que sinceramente adoren al Señor. Se les hará oír la voz apacible del Santo Espíritu y de vez en cuando se les añadirán los tesoros de los cielos, la comunión con los ángeles, porque Su promesa se ha publicado y no puede fallar¹⁴.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué es la revelación? ¿Qué quiere decir que la revelación es “un principio activo y vital”?
- ¿Qué sucedería a la Iglesia si no hubiera revelación directa y continua?
- ¿Qué significado tiene para nosotros el hecho de que el canon de las Escrituras no esté todavía completo? ¿Cómo preparamos el corazón para recibir más revelaciones por los medios designados del sacerdocio?
- ¿Por qué era importante la revelación en los días de profetas como Noé y Moisés? ¿Cuáles son las bendiciones de tener un Profeta en nuestros días? ¿Cómo nos ayuda el Profeta actual a enfrentar los problemas de nuestros días?
- ¿Por qué es necesario que la revelación para la Iglesia se reciba sólo por los medios del sacerdocio que se han designado? Aun cuando las personas “pueden recibir guía y revelación divinas para sí mismas”, ¿por qué no les da eso autoridad para dirigir a los demás? (Véase también D. y C. 42:11.)
- ¿De qué manera se engaña a veces a los miembros de la Iglesia en lo que se relaciona con su comprensión de la autoridad del sacerdocio? ¿Cómo pueden los miembros evitar que se les engañe de ese modo?
- ¿Cómo pueden los miembros de la Iglesia de todo el mundo ser uno en propósito y en verdad? ¿Cómo nos habilita la influencia del Espíritu Santo para ser más unidos? ¿Por qué es tan importante que seamos uno? (Véase también D. y C. 38:27.)

Notas

1. En "Conference Report", octubre de 1918, pág. 2.
2. "President Joseph F. Smith on Revelation", *Millennial Star*, 6 de abril de 1905, pág. 222.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, págs. 104–105.
4. "President Joseph F. Smith on 'Mormonism'", *Millennial Star*, 19 de junio de 1902, págs. 387–388.
5. En "Conference Report", abril de 1909, pág. 6.
6. "Editor's Table: Modern Revelation", *Improvement Era*, agosto de 1902, págs. 805–807; se agregaron párrafos.
7. *Gospel Doctrine*, pág. 42.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 45.
9. *Gospel Doctrine*, págs. 40–41.
10. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo IV, págs. 285–286.
11. *Deseret News* (semanario), 13 de agosto de 1884, pág. 466.
12. *Deseret News* (semanario), 6 de marzo de 1867, pág. 74.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 261.
14. En *Messages of the First Presidency*, tomo III, pág. 244.



Conquistémonos a nosotros mismos

La felicidad duradera no se encuentra en la satisfacción de nuestros deseos físicos ni en los placeres mundanos, sino en la virtud, la pureza de vida y la obediencia a las leyes de Dios.

De la vida de Joseph F. Smith

Durante su administración, desde 1901 hasta 1918, el presidente Joseph F. Smith se encontró cada vez más preocupado por la intrusión de influencias mundanas en la vida de los Santos de los Últimos Días. Las prácticas mundanas que lo rodeaban no le pasaban inadvertidas, y observaba la inmodestia, escuchaba la profanidad y se afligía por muchas de las costumbres sociales que prevalecían. Exhortó a los santos a ejercer el autodomínio al enfrentar esas influencias y a llevar una vida de moralidad, virtud y pureza.

La importancia de la moderación en las diversiones y entretenimientos sociales de los santos, y los perjuicios de la profanidad, de los juegos de azar, de la calumnia y de la inmodestia eran todos temas sobre los cuales él hablaba. En septiembre de 1916, la Primera Presidencia envió una carta a las organizaciones auxiliares de la Iglesia expresando que “existe una imperiosa necesidad de mejoramiento y reforma entre nuestros jóvenes, específicamente en cuanto a su manera de vestir y a sus costumbres y prácticas sociales”, y encomendaba a estas organizaciones que pusieran manos a la obra para corregir esos problemas¹.

Al mismo tiempo que daba instrucciones a dichas organizaciones, también reconocía que “las influencias del hogar... por encima de todas las demás, deben ser las que dirijan en las re-



Rut y Noemí, por Judith Mehr. Rut halló la paz y la felicidad llevando una vida de pureza y de obediencia a las leyes de Dios.

formas morales, sociales y de vestimenta. El hogar debe dirigir en la obra que hagan las organizaciones, que son sólo auxiliares del mismo”².

El presidente Smith advirtió lo siguiente: “Nuestro primer enemigo está dentro de nosotros mismos. Conviene vencer a ese enemigo primero y sujetarnos a la voluntad del Padre y a una obediencia estricta de los principios de vida y salvación que Él ha dado al mundo para la salvación de los hombres”³.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Sigamos al Salvador, dominándonos a nosotros mismos.

Pienso que el ejemplo que el Salvador estableció para nosotros es el que debemos tratar de seguir. ¿Utilizó [mal] Su inteligencia Él para satisfacer los deseos de la carne? ¿O anduvo haciendo el bien, sanando a los enfermos, abriendo los ojos de los ciegos, dando la facultad de hablar a los mudos y la de oír a los sordos, sanando a los leprosos, perdonando el pecado y aliviando a los afligidos? ¿No fue ése el ejemplo que dio al mundo? ¿No fue ese el curso que mandó a Sus discípulos seguir? Creo que así fue. Hay algo noble y digno de alabanza en ese curso, algo que brindará un placer verdadero y perdurable, mientras que los placeres del mundo son sólo temporarios y pasajeros⁴.

Ningún hombre está a salvo a menos que sea dueño de sí mismo; y no hay tirano más cruel o más temible que un apetito o pasión incontrolable. Si cedemos a los apetitos bajos de la carne y los satisfacemos, descubriremos que el fin será invariablemente amargo, perjudicial y lamentable, tanto en forma personal como para la sociedad. Es nocivo como ejemplo y asimismo en sus efectos individuales, y peligroso y dañino para el desprevenido. Por otra parte, la abstinencia de estos apetitos... y una aspiración hacia lo noble, haciendo el bien a nuestros semejantes siempre que sea posible, teniendo esperanza en el futuro, haciendo tesoros en los cielos donde la polilla y el orín no corrompen, donde ladrones no minan ni hurtan [véase Mateo 6:19–20], todas estas cosas traerán felicidad eterna, felicidad en este mundo y en el venidero⁵.

Por mi parte, no temo tanto la influencia de nuestros enemigos de afuera como la de los que llevamos dentro. Hay que temer mucho menos al adversario manifiesto y declarado, a quien podamos ver y hacer frente en terreno abierto que al enemigo que está al acecho, engañoso y traicionero, que se esconde dentro de nosotros; así son muchas de las debilidades de nuestra naturaleza humana caída, a las que con demasiada frecuencia se les permite permanecer irrefrenables y nos ofuscan la mente, apartando nuestro afecto de Dios y Su verdad, hasta socavar los cimientos mismos de nuestra fe y envilecernos hasta el punto de perder la posibilidad o la esperanza de redención, ya sea en este mundo o en el venidero. Ésos son los enemigos que todos tenemos que combatir; son los más grandes con los que tenemos que luchar en el mundo, y los más difíciles de vencer. Son los frutos de la ignorancia y, generalmente, nacen del pecado y la maldad sin censura de nuestro propio corazón. La obra que tenemos por delante es dominar nuestras pasiones, vencer a nuestros enemigos internos y ver que tengamos un corazón recto a los ojos del Señor, que no exista nada que ofenda a Su Espíritu y nos aparte del sendero del deber⁶.

Muchas personas aman el placer y la concupiscencia más de lo que aman a Dios; se complacen en la lujuria de la carne, en la satisfacción de sus apetitos, y tienen deseos ardientes, viviendo en la corrupción, el libertinaje, la juerga y todo tipo de iniquidad. Muchos no saben cómo ser felices por no saber cómo utilizar las bendiciones que Dios les ha dado; y aunque tuvieran todo el mundo, lo emplearían para satisfacer sus propios deseos y pasiones bajos, para su propia destrucción. Pero si tuvieran la debida actitud, tratarían de fomentar la paz y la felicidad de la raza humana y de extender la influencia del Evangelio de luz y verdad hacia todo el mundo; y amarían la pureza, la virtud, la honestidad, la sobriedad y la rectitud⁷.

La diversión no es el propósito de la vida, sino que sólo tiene por objeto darle variedad.

Díganme cuáles son las diversiones que prefieren y si éstas se han convertido en una pasión dominante en su vida, y les diré qué clase de personas son⁸.

Nuestras diversiones deben distinguirse por su ambiente social sano. Debemos considerar debidamente el carácter de aquellos con quienes nos relacionemos en los centros de diversión; y debemos guiarnos por un elevado sentido de responsabilidad hacia nuestros padres, nuestros amigos y la Iglesia. Es necesario saber que los placeres de que disfrutemos deben ser los que cuenten con la aprobación divina... Las diversiones que en sí mismas y en el ambiente social adecuado podrían ser apropiadas y sanas se pueden aceptar siempre y cuando los que nos acompañen en ellas sean de carácter intachable y el lugar en que se lleven a cabo goce de buena reputación, y que la diversión misma se realice con las restricciones correspondientes.

En nuestras diversiones hay límites más allá de los cuales no podemos pasar y estar a salvo. A fin de evitar excesos, deben ser de carácter moderado y no muy frecuentes; no deben ocuparnos todo el tiempo, ni siquiera la mayor parte del mismo; ciertamente, deben ser incidentales con respecto a los deberes y obligaciones de la vida y no convertirse nunca en la causa ni en el factor dominante de nuestras esperanzas y ambiciones⁹.

Todo exceso es perjudicial; la moderación debe predominar en todo. La diversión no es el propósito de la vida, sino que se debe disfrutar sólo como un modo de darle variedad. Cuando la gente se acostumbra a los placeres constantes o repetidos, se olvida de los verdaderos objetivos de la existencia humana y el deber le resulta pesado y detestable¹⁰.

**Llevemos una vida pura, evitemos los
excesos y dejemos de pecar.**

La profanidad y la vulgaridad son serios pecados a la vista de Dios.

Debemos eliminar la profanidad, la vulgaridad y toda debilidad semejante que exista entre nosotros, pues todos esos elementos son incompatibles con el Evangelio e impropios del pueblo de Dios¹¹.

El lenguaje, igual que los pensamientos, deja una impresión y la memoria lo recuerda de una manera que puede ser desagradable, e incluso perjudicial, para los que se hayan visto obligados

a escuchar las palabras indecorosas. Los pensamientos que en sí mismos no sean apropiados se pueden enaltecer o envilecer, según el lenguaje que se emplee para expresarlos. Y si se han de evitar las expresiones de mal tono, ¿que diremos de la blasfemia?¹²

El hábito... en el que caen algunos jóvenes, de emplear lenguaje vulgar y profano... no sólo es ofensivo para toda persona bien educada, sino que es un grave pecado a la vista de Dios y no debe existir entre los hijos de los Santos de los Últimos Días¹³.

Digo a los padres y a las madres de Israel, y a los muchachos que han nacido en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, lo digo a los hombres y los jovencitos de todo el mundo, hasta donde lleguen mis palabras: les ruego, les imploro que no ofendan al Señor ni a los hombres y mujeres honorables por emplear blasfemias¹⁴.

El deseo de conseguir algo por nada es pernicioso.

Entre los vicios de la época actual, los juegos de azar se condenan en forma muy general... No obstante, el demonio del juego, con numerosos disfraces, encuentra cabida en el hogar, en clubes elegantes y en funciones caritativas, aun en los recintos de los edificios sagrados...

El deseo de obtener algo de valor por muy poco dinero o gratuitamente es pernicioso; y cualquier forma de proceder que fortalezca tal deseo constituye un estímulo eficaz para el espíritu del jugador, lo cual ha probado ser un verdadero demonio de destrucción para miles de personas. El arriesgar una moneda de diez centavos en cualquier juego de suerte, con la esperanza de ganar diez veces más, es un tipo de juego de azar¹⁵.

La difamación es contraria al espíritu del Evangelio.

En una carta que recibí hace poco, se me presentó la siguiente solicitud y pregunta para que diera mi opinión al respecto: “Quisiera que usted definiera el término *difamar*. Parece que hay una diferencia de opinión en cuanto al significado de la palabra. Algunos afirman que, en tanto que se diga la verdad sobre una persona, no se difama pese a lo que se afirme o a la manera

en que se diga. ¿No sería mejor que, si supiéramos que alguien tiene faltas, fuéramos a esa persona en forma privada y habláramos con ella, en lugar de ir a comentar sus faltas con otros?”

Nada puede estar más lejos del espíritu y el genio del Evangelio que suponer que siempre estamos justificados al decir la verdad acerca de una persona, no obstante cuánto la perjudique dicha verdad. El Evangelio nos enseña los principios fundamentales del arrepentimiento y ningún derecho tenemos de desacreditar a un hombre a los ojos de sus semejantes cuando se ha arrepentido verdaderamente y Dios lo ha perdonado...

Por regla general, no es necesario estar constantemente ofreciendo consejo a quienes, en nuestra opinión, tengan alguna falta. En primer lugar, nuestro juicio puede ser errado, y en segundo, quizás se trate de una persona que esté llena del espíritu de arrepentimiento y que, consciente de su debilidad, esté constantemente luchando por vencerla. Por lo tanto, debemos tener sumo cuidado con todas nuestras expresiones que puedan insinuar un reproche a otras personas. Por lo general, la difamación se determina más según el espíritu y el propósito que nos motiven a hablar de cosas que consideremos faltas en los demás, que por las palabras en sí.

Un hombre o una mujer que posea el Espíritu de Dios descubrirá en seguida el espíritu de difamación en sus propios sentimientos, al manifestarse en los comentarios que se hagan de otros. La mejor manera de determinar ese asunto de la difamación, entonces, probablemente sea por medio de la antigua regla que dice que “la letra mata, mas el espíritu vivifica” [2 Corintios 3:6]¹⁶.

Toda persona debería desaprobador la inmodestia.

Los padres y todas las personas decentes deben desaprobador la inmodestia en el modo de vestir. Las exhibiciones desvergonzadas de la forma humana que se presentan intencionadamente en los estilos modernos de vestir, o más bien de desvestir, son una indicación de la tendencia sensual y degradante hacia la laxitud moral y la corrupción social que han arrastrado a las naciones a una ruina irreparable. No permitamos que la brillante perspectiva de un glorioso milenio quede empañada con esas

sombras, al enfrentar la amenaza de las costumbres y los estilos de moda y desviaciones de estos días de libertinaje¹⁷.

En mi opinión, las modas de la actualidad son abominables, sugestivas de lo perverso, con objeto de despertar las pasiones bajas y la lujuria, y de provocar lascivia en el corazón de aquellos que las siguen y de los que las toleran... Es algo vergonzoso, y espero que las hijas de Sión no se rebajen aceptando esos perniciosos estilos, costumbres y modas, porque surten un efecto desmoralizador y detestable¹⁸.

Llegan a nosotros noticias, de cuando en cuando, de que algunas... mutilan sus gárments en lugar de mantenerlos santos e inmaculados... Ocasionalmente, vemos a algunas de nuestras buenas hermanas que vienen al templo engalanadas al último grito de la moda más ridícula que haya podido degradar la divina forma humana. Parece que no se dan cuenta de que vienen a la casa de Dios¹⁹.

Se permite el baile decente entre los santos.

Creemos que es oportuno llamar la atención con respecto al tema de las fiestas bailables, una diversión que está permitida a los Santos de los Últimos Días, pero con ciertas reglas que se deben observar estrictamente... Las bebidas alcohólicas deben prohibirse por completo en los salones de baile y en sus alrededores. Y las danzas que requieren o permiten el abrazo estrecho y los movimientos sugestivos... se deben prohibir absolutamente²⁰.

Los libros son compañeros para el bien o para el mal.

Los libros son como una especie de compañía para todo el que lee y despiertan en el corazón sentimientos, ya sea hacia lo bueno o hacia lo malo. Sucede a veces que los padres tienen mucho cuidado de los amigos con quienes se junten los hijos y, al mismo tiempo, son totalmente indiferentes en cuanto a los libros que éstos leen. La lectura de un libro malo dará al fin como resultado malas compañías.

No sólo el jovencito que lea esa excitante literatura extraña, sobrenatural y anómala siente los efectos de su influencia, sino que

con el tiempo él, a su vez, influye en otros. Esa lectura llega a ser el origen de toda clase de fantasías perversas que maduran hasta convertirse en prácticas nocivas y produce un sentimiento antinatural y vil cuyo resultado es siempre desplazar lo bueno que hay en el corazón humano y reemplazarlo con lo malo... Si nuestros hijos leen libros que les producen pensamientos extraños, inusitados e indeseables, no debe causarnos sorpresa llegar a saber que han cometido un acto inusual, extraño o antinatural. Debemos combatir las iniquidades y tentaciones del mundo en los pensamientos y sentimientos, y la purificación de éstos debe convertirse en un esfuerzo especial de todos los padres...

Se cuenta que un oficial inglés en la India fue un día a la biblioteca a sacar un libro de un estante. Al extender la mano y colocarla sobre el tomo, un áspid lo mordió en un dedo; al cabo de unas horas, el dedo empezó a hincharse y más tarde se le inflamó el brazo; después, todo el cuerpo se vio afectado y, a los pocos días, el oficial murió. Hay “áspides” que se esconden en más de un libro barato y sucio... El efecto que surten en nuestra alma es ponzoñoso y, con el tiempo, ciertamente causará una muerte moral y espiritual... Que los santos se cuiden de los libros que entren en su hogar, porque pueden tener una influencia tan venenosa y mortífera como el áspid que causó la muerte del oficial inglés en la India²¹.

¿Qué clase de personas debemos ser?

Es sólo por medio de la obediencia a las leyes de Dios que el hombre puede elevarse sobre las despreciables debilidades de la vida terrenal y ejercer ese gran cariño, esa caridad y ese amor que debe impulsar el corazón y las intenciones de los hijos de los hombres. El Evangelio, tal como ha sido restaurado, tiene por objeto hacer [a las personas] verdaderamente libres, libres para escoger lo bueno y abandonar lo malo, libres para manifestar intrepidez en la elección de lo que es bueno, que los convence de la rectitud a pesar de que la gran mayoría de la gente del mundo pueda señalarlos con el dedo del desprecio y de la burla. No se requiere ningún valor especial de parte del hombre para nadar con las corrientes del mundo²².

Que el Señor los bendiga, mis hermanos y hermanas. Apoyamos cualquier movimiento en pro de la templanza y la virtud, que tienda hacia una vida pura y a la fe en Dios y la obediencia a Sus leyes...

...¿Qué clase de pueblo, qué clase de personas debemos ser? ¿No deberíamos ser un ejemplo digno de la fe que profesamos? ¿No deberíamos llevar una vida pura? ¿No deberíamos ser rectos, virtuosos, honestos, temer y amar a Dios con toda el alma, cada día de nuestra vida y en cualquier cargo al que se nos llame? ¿No debemos ser un ejemplo para el bien? ¿No debemos parecernos a Cristo, con hombría de bien, ser verídicos a todo principio del Evangelio y honorables en el mundo y dentro de nuestro hogar...? Ésa es ciertamente la clase de personas que debemos ser. Ruego a Dios que nos bendiga para lograrlo²³.

Sugerencias para el estudio

- ¿En qué aspectos puso el Salvador un ejemplo de autodomínio? ¿Cuál es el “enemigo [que] está dentro de nosotros mismos” (Véase también Mosiah 3:19.) ¿Cómo podemos seguir el ejemplo del Salvador para vencer a ese enemigo?
- Cuando no somos dueños de nosotros mismos, ¿cómo podemos perjudicarnos y hacer daño a otras personas? ¿En qué sentido somos una bendición para los demás cuando somos dueños de nosotros mismos?
- ¿Cómo pueden las diversiones convertirse en “una pasión dominante” para nosotros? Nuestras preferencias en ese sentido, ¿de qué modo revelan lo que somos? ¿Qué función deben tener en nuestra vida las diversiones?
- ¿Por qué es el “lenguaje vulgar y profano... un grave pecado a la vista de Dios”? Si la gente que está a su alrededor emplea lenguaje profano, ¿cómo podría hacerles saber que a usted le resulta ofensivo?
- ¿Por qué es la difamación contraria al espíritu del Evangelio? ¿Qué debemos hacer en lugar de hablar sobre las faltas de los demás?

- El modo de vestir modesto, ¿de qué manera nos anima a vivir con rectitud? Algunas modas de la actualidad, ¿en qué sentido son “sugestivas de lo perverso” y pueden tener “un efecto desmoralizador”?
- El consejo del presidente Smith sobre los libros, ¿de qué modo se aplica a los entretenimientos de nuestros días, como los videos, la música, la televisión, las películas, las revistas y el internet? (Véase también D. y C. 88:118.) ¿En que sentido necesitamos tener valor para “nadar” contra “las corrientes del mundo”?
- ¿Cómo respondería usted a la pregunta “¿Qué clase de personas debemos ser”? (Véase también 3 Nefi 27:27.)

Notas

1. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo V, pág. 37.
2. En *Messages of the First Presidency*, tomo V, pág. 40.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 253.
4. *Deseret Evening News*, 8 de marzo de 1884, pág. 1.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 247.
6. *Gospel Doctrine*, pág. 341.
7. *Deseret News: Semi-Weekly*, 24 de abril de 1883, pág. 1.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 330.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 320.
10. En *Messages of the First Presidency*, tomo III, pág. 123.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 241.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 265.
13. En *Messages of the First Presidency*, tomo III, págs. 112–113.
14. “A Sermon on Purity”, *Improvement Era*, mayo de 1903, pág. 504.
15. *Gospel Doctrine*, págs. 326–327.
16. *Gospel Doctrine*, págs. 263–264; se agregaron párrafos.
17. En *Messages of the First Presidency*, tomo IV, pág. 281.
18. *Gospel Doctrine*, págs. 332–333.
19. *Gospel Doctrine*, pág. 333.
20. En *Messages of the First Presidency*, tomo IV, págs. 280–281.
21. *Gospel Doctrine*, págs. 324–325.
22. *Gospel Doctrine*, pág. 211.
23. En *Messages of the First Presidency*, tomo IV, págs. 185–186.



Hyrum Smith, el padre del presidente Joseph F. Smith, dejó en su hijo una impresión perdurable, a pesar de que el niño sólo tenía cinco años de edad cuando su padre fue asesinado.



El padre en el hogar

Todo padre debe elevarse a la altura de su santo oficio como cabeza de familia.

De la vida de Joseph F. Smith

A través de su vida, Joseph F. Smith llevó siempre consigo el recuerdo de su padre asesinado, Hyrum Smith. El 27 de junio de 1918, el presidente Smith presidió en una reunión que se llevó a cabo en el cementerio de Salt Lake City, donde se había erigido un monumento en honor de su padre, y en esa ocasión dijo: “Soy bendecido con treinta y cinco hijos que viven, todos los cuales, que yo sepa, son miembros dignos de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y creo que tienen el corazón puesto en la obra del Señor. Estoy orgulloso de mis hijos. Tengo más de ochenta y seis nietos... Soy rico; el Señor me ha dado grandes riquezas en mis hijos y en los hijos de mis hijos... Quiero que se fijen en este pequeño rebaño de nietos, acá, en cada uno de ellos. Los quiero mucho, y los conozco a todos. Jamás los saludo sin darles un beso, igual que a mis hijos”¹.

Más adelante, el hijo, Joseph Fielding Smith, que iba a ser Presidente de la Iglesia de 1970 a 1972, comentó que el amor que su padre sentía por la familia “era ilimitado en magnitud y pureza. El mundo no conocía —no podía conocer— la profundidad de su amor por todos ellos. Los inicuos y depravados lo han ridiculizado y calumniado; pero la verdadera condición de su vida familiar y el asombroso amor que tenía por la familia es más de lo que ellos pueden comprender. ¡Cuánto oraba para que sus hijos fueran siempre *fieles!*, fieles a Dios, fieles a sus semejantes, fieles entre sí y para con él... Que lo sean, todos y cada uno de ellos, que sean fieles a él y a la causa que él tan devotamente representó durante su vida terrenal y que fue lo máspreciado de toda su existencia”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

No hay sustituto para el hogar.

No hay sustituto para el hogar. Su fundamento es tan antiguo como el mundo, y su misión fue establecida por Dios desde las épocas más remotas... De modo que el hogar es más que un lugar de habitación, es una institución que significa estabilidad y amor en el individuo, así como en las naciones.

No puede haber felicidad genuina aparte y separada del hogar, y todo empeño que se haga por santificar y preservar su influencia ennoblece a quienes se esfuerzan y se sacrifican por establecerlo. Muchas veces, el hombre y la mujer intentan reemplazar la vida del hogar con alguna otra clase de vida; se convencen a sí mismos de que el hogar implica restricción, que la mayor libertad consiste en una oportunidad más amplia de hacer lo que se quiera. Pero no existe felicidad sin servicio, y no hay servicio más grande que el que convierte el hogar en una institución divina y fomenta y preserva la vida familiar.

Los que esquivan las responsabilidades del hogar carecen de un importante elemento del bienestar social. Podrán entregarse a los placeres sociales, pero éstos son superficiales y su resultado es la desilusión más adelante en la vida. Las ocupaciones del hombre lo alejan a veces del hogar, pero la idea de regresar a él es siempre una inspiración que conduce a las buenas obras y a la devoción³.

En el hogar ideal el alma no está hambrienta ni se paralizan el desarrollo y la expansión de los sentimientos más nobles por el efecto de los placeres groseros y sensuales. La meta principal no es acumular bienes materiales, lo cual generalmente aparta cada vez más de la vida verdadera, ideal y espiritual, sino que más bien consiste en producir riqueza de alma, un sentido de logros nobles, un torrente de amor y del deseo de ayudar.

No son los costosos cuadros y tapices, los adornos valiosos, las diversas decoraciones, los muebles caros, los campos, baños, casas ni tierras lo que constituye el hogar ideal, ni tampoco las satisfacciones y comodidades sociales que algunos buscan tan tenazmente. Es, en cambio, la belleza del alma, los

espíritus cultos, amorosos, fieles y leales; las manos que socorren y el corazón comprensivo; el amor que no busca lo suyo, los pensamientos y acciones que impulsan nuestra vida hacia resultados más refinados, esto es lo que forma el fundamento del hogar ideal⁴.

En el hogar, la autoridad de presidir se confiere al padre.

No hay autoridad más alta en los asuntos relacionados con la organización familiar que la del padre, especialmente cuando preside esa organización un hombre que posee el Sacerdocio Mayor. Esta autoridad se ha honrado en toda época, y entre el pueblo de Dios ha sido sumamente respetada en todas las dispensaciones, y los profetas inspirados por Dios la han recalcado muchas veces en sus enseñanzas. El orden patriarcal es de origen divino y continuará a través de esta vida y de la eternidad. De modo que existe una razón particular por la que hombres, mujeres y niños deben entender este orden y esta autoridad en los hogares del pueblo de Dios, y procurar convertirlo en lo que Dios tuvo por objeto que fuese: una habilitación y preparación para la exaltación más elevada de Sus hijos...

Esta autoridad lleva en sí una responsabilidad, y grave por cierto, así como derechos y privilegios, y nunca será demasiado el ejemplo que den los hombres con su manera de vivir, ni será demasiado el cuidado que tengan de vivir en armonía con esta importante regla de conducta ordenada por Dios en la organización familiar. En esa autoridad se basan determinadas promesas y bendiciones, y los que la observen y respeten tendrán cierto derecho al favor divino, que no pueden obtener a menos que respeten y observen las leyes que Dios ha establecido para el gobierno y la autoridad del hogar⁵.

Deseo... recalcar a los oficiales de la Iglesia la necesidad de consultar al padre en todas las cosas relacionadas con el llamamiento de sus hijos al sacerdocio y a labores de la Iglesia, a fin de que ésta no altere el respeto y la veneración que los hijos deben demostrar a los padres ni sus oficiales los pasen por alto. De esa manera, se harán prevalecer la armonía y la buena voluntad; y la aprobación de la familia y la vida familiar, en las

cuales se basa y se preserva el gobierno de la Iglesia, se agregarán a los llamamientos del Santo Sacerdocio para asegurar la unidad, la fortaleza y la potestad en cada una de sus acciones⁶.

Padres, cumplan completamente con su deber hacia su familia.

Si [los padres] tienen el Espíritu del Señor en el cumplimiento de sus deberes temporales, jamás descuidarán a la madre de sus hijos ni a sus hijos; no dejarán de enseñarles los principios de la vida y de establecer un buen ejemplo para ellos. No hagan ustedes nada por lo que tuvieran que decir a un hijo: “No hagas tú lo mismo”. Vivan de tal manera que puedan decirle: “Hijo, haz lo que yo hago; sígueme; imita mi ejemplo”. Ésa es la manera en que debe vivir un padre; cada uno de nosotros; y el seguir un curso que sabe que no es correcto y que preferiría que sus hijos no siguieran es una vergüenza, una debilidad, algo bochornoso para cualquier miembro de la Iglesia. ¡Cuán vergonzoso es que un hombre se ponga por delante un impedimento, un obstáculo que lo prive de cumplir completamente su deber hacia aquellos que lo aman y a quienes debería amar más que a su propia vida, sólo por ceder a apetitos erróneos y a pasiones bajas y por hacer cosas que no debe y que trataría de impedir que sus hijos hicieran. Cumplan su deber, mis hermanos, y el Señor cumplirá el Suyo para con ustedes⁷.

Hermanos, en el hogar son muy limitados la devoción religiosa, el amor y el temor de Dios; la mundanería, el egoísmo, la indiferencia y la falta de reverencia en la familia son excesivos; de lo contrario, no existirían tan abundantemente alrededor. De manera que es el hogar lo que debe reformarse. Hoy, mañana, procuren efectuar un cambio en su hogar orando dos veces por día con su familia; llamen a sus hijos y a su esposa para que oren con ustedes; pidan una bendición sobre todo alimento que coman. Dediquen diez minutos a leer un capítulo de las palabras del Señor que se encuentran en la Biblia, en el Libro de Mormón, en Doctrina y Convenios, antes de acostarse o antes de salir para su trabajo cotidiano. Aliméntense espiritualmente tanto en el hogar como en los lugares públicos. Hagan que

abunden en su familia el amor y la paz, el Espíritu del Señor, la bondad, la caridad, el sacrificio en bien de los demás. Desechen las palabras ásperas, la envidia, el odio, la maledicencia, el lenguaje obsceno, las insinuaciones y la blasfemia, y dejen que el Espíritu de Dios tome posesión de su corazón. Enseñen a sus hijos estas cosas con espíritu y con fuerza, sostenidos y fortalecidos por la práctica personal; háganles ver que son sinceros y que practican lo que predicán⁸.

Padres y madres, les ruego, y ruego a Dios que les ayude en ello, que enseñen a sus hijos los principios y preceptos del Evangelio de Jesucristo, para que crezcan sin hacia la salvación. Ruego a Dios que les ayude a criar a sus hijos en el amor por la verdad, por la virtud, libres de los vicios contaminadores del mundo, libres de mancha, de ebriedad, del uso del tabaco, las bebidas alcohólicas y los narcóticos, y de cualquier tipo de vicio; que les enseñen a ser puros en su forma de vivir y en sus hábitos, para que sean templos santos en los cuales el Espíritu del Dios viviente pueda morar y encontrar lugar apropiado. Es su deber hacerlo, es mi deber, es deber de todo hombre el enseñar a su familia estas cosas y criarlos en el camino que deben seguir⁹.

Ojalá que los padres de Israel vivan como deben vivir, que traten a la esposa como deben tratarla, que hagan que su hogar sea lo más cómodo que pueda ser; que alivien en todo lo posible las cargas de su compañera; que establezcan un ejemplo apropiado para sus hijos; que les enseñen a reunirse con ellos para orar de mañana y de noche, y al sentarse para tomar los alimentos, que reconozcan la misericordia de Dios al darles el alimento que comen y la ropa que visten, y agradecer Su mano en todas las cosas¹⁰.

**Las relaciones familiares se han
designado para la eternidad.**

Dios está a la cabeza de la raza humana; lo veneramos como el Padre de todos. No hay manera de complacerlo mejor que el considerar, respetar y honrar a nuestros padres, que son el medio de nuestra existencia aquí en la tierra¹¹.

La organización familiar constituye la base de todo gobierno verdadero, y nunca será demasiado el hincapié que se pueda hacer en la importancia de que el gobierno de la familia sea lo más perfecto posible ni en el hecho de que se debe respetar en todos los casos¹².

Nuestras relaciones (familiares) no tienen por objeto ser exclusivamente para esta vida, para este tiempo, según lo distinguimos de la eternidad. Vivimos por el tiempo y por la eternidad y formamos asociaciones y relaciones por el tiempo y por toda la eternidad. Nuestros afectos y nuestros deseos se han dispuesto y preparado para durar, no sólo en la vida temporal o terrenal sino por toda la eternidad. Aparte de los Santos de los Últimos Días, ¿quiénes consideran el concepto de que continuaremos como organización familiar allende el sepulcro? —el padre, la madre, los hijos, reconociéndose los unos a los otros en la relación que tienen entre sí y que los unen unos a otros; esta organización familiar una unidad en la organización grande y perfecta de la obra de Dios, todo ello destinado a continuar a través del tiempo y de la eternidad¹³.

Tengo la gloriosa promesa de la relación con mis seres queridos a través de la eternidad. Mediante la obediencia a esta obra, en el Evangelio de Jesucristo, reuniré a mi alrededor a mi familia, a mis hijos, a los hijos de mis hijos, hasta que lleguen a ser tan numerosos como la descendencia de Abraham o incontables como las arenas de la playa. Porque tengo ese derecho y privilegio y también lo tiene todo miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días que posea el sacerdocio y lo magnifique a la vista de Dios¹⁴.

Después de todo, hacer bien aquello que Dios ha ordenado como el deber común de todo ser humano es la verdadera grandeza. Es mucho más grandioso ser un padre o una madre de éxito que ser un afamado general u hombre de estado¹⁵.

Sugerencias para el estudio

- ¿Cuál debe ser “la meta principal” del padre en el hogar? El proveer lo necesario para la familia, ¿en qué modo se extiende

desde lo temporal a lo espiritual? ¿Cómo puede el padre crear un sentido de “riqueza de alma” entre los de su familia?

- ¿Qué elementos “constituye[n] el hogar ideal”? ¿Por qué es el padre quien tiene la responsabilidad de asegurarse de cultivar esos elementos?
- ¿En qué manera sostienen la mujer y los hijos al cabeza de familia? ¿Qué debe hacer el marido y el padre para ser digno de ese apoyo de parte de los miembros de la familia?
- ¿Cómo ha puesto el Señor las bendiciones del sacerdocio al alcance de las mujeres no casadas?
- El hecho de que los líderes del sacerdocio respeten a los padres y los consulten, ¿en qué modo los fortalece a éstos y bendice a la familia?
- ¿Qué aspectos de nuestros hogares de hoy necesitan reformarse? ¿Qué puede hacer el padre para contrarrestar la mundanería e inculcar devoción religiosa en el hogar?
- ¿Qué bendiciones recibimos al saber que nuestras relaciones familiares pueden continuar en la eternidad? ¿Qué puede hacer el padre para asegurarse de que su familia sea eterna?

Notas

1. En “The Hyrum Smith Monument”, *Improvement Era*, agosto de 1918, págs. 860–861; párrafos modificados.
2. *Life of Joseph F. Smith*, compilador Joseph Fielding Smith, 1938, pág. 4.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 300.
4. *Gospel Doctrine*, págs. 303–304.
5. *Gospel Doctrine*, págs. 286–288.
6. *Gospel Doctrine*, págs. 162–163.
7. En “Conference Report”, abril de 1915, pág. 7.
8. *Gospel Doctrine*, págs. 301–302.
9. En “Conference Report”, oct. de 1911, pág. 132.
10. *Gospel Doctrine*, pág. 288.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 162.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 162.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 277.
14. *Gospel Doctrine*, págs. 108–109.
15. *Gospel Doctrine*, pág. 285.



La Segunda Venida, por Harry Anderson. Los Santos de los Últimos Días creemos que el Salvador, Jesucristo, vendrá otra vez a la tierra con poder y gran gloria.



La preparación para la segunda venida de Cristo

Creemos literalmente en la segunda venida del Salvador, Jesucristo, que ascendió a los cielos y vendrá otra vez para reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith siempre expresaba un fuerte testimonio de la realidad de la segunda venida del Salvador. Aconsejaba a los santos que estudiaran las palabras de los profetas de Dios con respecto a la Segunda Venida y que se prepararan para ese acontecimiento honrando los convenios que habían hecho. Enseñó que la Iglesia es un “heraldo especial de la segunda venida del Salvador”¹ y que está preparando la tierra para Su reinado milenario. La venida del Salvador “no está muy distante”, dijo el presidente Smith, “porque las señales de Su venida son ahora muy claras”. Él y los demás miembros de la Primera Presidencia exhortaron a los santos a “obrar en el temor de Dios para que estemos con Su santa compañía cuando Él venga. Porque vendrá entre las nubes y salvará a Sus santos mientras Sus ángeles sieguen la tierra y la limpien de pecado”².

Con un espíritu de esperanza y gozo, el presidente Smith dijo: “Las nubes del error que cubrieron a la cristiandad durante esas épocas de ideas falsas y contención se están disipando, y está abriéndose una nueva perspectiva de la próxima llegada del gran Milenio que han predicho todos los inspirados profetas del pasado. Felicitamos al mundo entero por el brillo y la gloria del amanecer de ese día milenario extendiendo sus rayos por toda la tierra”³.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Los profetas de Dios han predicho las señales de la segunda venida de Cristo.

En cuanto a... los juicios de Dios que están por derramarse sobre las naciones, si las personas... leyeran las predicciones de los profetas al respecto, especialmente las que refirió el ángel Moroni al conversar con el profeta José Smith al principio de esta dispensación, creo que se darían por satisfechas y quedarían completamente convencidas, si es que tienen algo de fe, de que esos juicios que sobrevendrán no son un asunto de pura suposición ni de tradición procedente de épocas remotas, sino que son hechos reales, o lo serán cuando Dios lleve a cabo Sus designios para con los inicuos y los impíos del mundo. No sólo los profetas y los hombres inspirados han dicho esas cosas, sino que la voz del Señor las ha declarado así como los mensajeros santos enviados de la presencia de Dios, tanto en nuestros días como en épocas antiguas.

El ángel Moroni, que visitó a José Smith el 21 de septiembre de 1823, citó de las Escrituras con respecto a esos juicios y declaró que las predicciones de los profetas no se habían cumplido todavía, pero que se cumplirían en esta dispensación, y que el comienzo estaba cerca, sí, a las puertas. De esas citas quisiera llamar la atención a la de Malaquías, capítulo tres: “He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí”, etc. “¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata”, etc. “Y vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros, contra los que juran mentira, y los que defraudan en su salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, y los que hacen injusticia al extranjero, no teniendo temor de mí, dice Jehová de los ejércitos” [Malaquías 3:1-3, 5].

Y además, el cuarto capítulo de Malaquías, que Moroni citó por completo: “Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán

estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama” [Malaquías 4:1]. Y Moroni citó también el capítulo 11 de Isaías, en el cual dice lo siguiente sobre ese tema: “Sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío” [Isaías 11:4].

Y citó Hechos, el capítulo 3, versículos 22 y 23, tal como se hallan en el Nuevo Testamento: “El Señor vuestro Dios os levantará profeta... a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo”. Éste es un lenguaje fuerte y directo. Moroni dijo que ese profeta era Cristo en Su segunda venida, que la profecía no se había cumplido, pero que se cumpliría en la venida literal del Hijo del Hombre para reinar en la tierra y para ejecutar juicio sobre el mundo. Además, citó a Joel, capítulo 2, versículos 28 a 32, afirmando que ese pasaje de las Escrituras se cumpliría pronto: “Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo”, etc. “Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado”. [Véase José Smith—Historia 1:36–41.]

Ahora bien, pienso que ni el interés en este tema vital ni su importancia se pierden en el hecho de que no se nos deja sólo con las tradiciones de los antecesores ni con la palabra escrita, ni con medios inciertos para verificar esas predicciones, sino que, en cambio, nuestro interés se debe despertar por el hecho de que un ángel del cielo, un mensajero real venido de la presencia de Dios, ha reiterado en la tierra esas predicciones al hombre de esta generación.

Se creía que algunos de esos pasajes de las Escrituras que el ángel citó se habían cumplido en los días de los antiguos apóstoles; por eso, el mundo los ignoraba. Pero ahora se ha disipado toda incertidumbre con respecto a ese tema y la verdad es clara para todos, porque Moroni le dijo a José Smith que esos pasajes no se habían cumplido, pero que el momento señalado para que se cumplieran totalmente, y la venida de Cristo, la ejecución de los juicios o castigos y el comienzo del reinado final de paz al

cual se refieren se consumirían en esta dispensación. El poder de las naciones inicuas de la tierra se romperá, los tronos se tambalearán y los reinos caerán, mientras Sión se levantará con fulgor y se vestirá con sus ropas hermosas, investida de poder, sabiduría, majestad y dominio en la tierra. Babilonia debe caer para no levantarse jamás⁴.

**Los justos prestarán atención a las señales
y se prepararán para la venida del Salvador.**

Las muchas erupciones [de volcanes], los terremotos y las marejadas que han ocurrido... son señales que el Salvador dijo que anunciarían Su Segunda Venida, aunque dijo también que Su advenimiento sería como un ladrón en la noche y, sin embargo habló de ciertas señales que iban a indicar Su venida con tanta certeza como los árboles que brotan indican la llegada del verano. El sabio y el prudente prestarán atención a la advertencia y se prepararán a fin de que no se les tome desapercibidos. Entre las señales de los tiempos, una de las más importantes es ésta: que el Evangelio se está predicando a los pobres como un testimonio a todas las naciones⁵.

Los Santos de los Últimos Días... creemos en las palabras de las Santas Escrituras de que sobrevendrán calamidades a las naciones como señales de la venida de Cristo en juicio. Creemos que Dios reina en el fuego, en el terremoto, en las marejadas, en la erupción de los volcanes y en las tormentas. Lo consideramos Maestro y Señor de la naturaleza y de sus leyes, y reconocemos libremente Su mano en todas las cosas. Creemos que Sus juicios sobrevienen para que el género humano se dé cuenta de Su poder y propósitos, a fin de que se arrepienta de sus pecados y se prepare para la segunda venida de Cristo, cuando venga a reinar con justicia sobre la tierra.

Firmente creemos que Sión —los puros de corazón— escapará, si se esfuerza por hacer todas las cosas que Dios ha mandado; pero en caso contrario, aun Sión será visitada “con penosa aflicción, con pestilencia, con plagas, con la espada, con venganza y fuego devorador” (Doctrina y Convenios 97:26). Todo esto para que su pueblo aprenda a andar a la luz de la verdad y en las vías del Dios de su salvación.

Creemos que el Señor manda estas graves calamidades naturales sobre el hombre para el bien de Sus hijos, a fin de estimular su devoción para con los demás y hacer surgir lo bueno que haya en ellos, para que puedan amarlo y servirlo. Creemos, además, que son los heraldos y signos de Su juicio final, los ayos para enseñar al pueblo a que se prepare mediante una vida recta para cuando el Salvador venga a reinar en la tierra, cuando toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesús es el Cristo.

Si estas lecciones quedan grabadas en nosotros y en la gente de nuestro país, la angustia y la pérdida de vidas y de trabajo, a pesar de lo lamentables, grandes y terribles que hayan sido, no se habrán padecido en vano⁶.

Testifico que, a menos que los Santos de los Últimos Días vivan su religión, guarden sus convenios con Dios y con sus hermanos, honren el sacerdocio que poseen y procuren fielmente someterse a las leyes de Dios, serán los primeros en caer bajo los juicios del Todopoderoso, porque éstos empezarán en Su propio hogar.

Por lo tanto, los que han hecho un convenio con el Señor en el bautismo y hayan quebrantado ese convenio, los que profesan ser santos y no lo son, sino que son pecadores y violadores de convenios y participantes en los pecados de Babilonia, con toda seguridad recibirán “parte de sus plagas”, porque está escrito que los justos apenas escaparán [véase Apocalipsis 18:4; D. y C. 63:34]. Ése es mi testimonio con respecto a estos asuntos. En estas cosas confiamos en la palabra del Señor y no en la del hombre, porque no sólo los ángeles lo han dicho, sino que Dios Todopoderoso ha hablado desde los cielos en esta época nuestra del mundo, y sabemos que Su palabra es la verdad.

Ruego que nosotros, como pueblo, estemos preparados no sólo para los juicios sino para la gloria y la venida de nuestro Señor, a fin de que escapemos de las calamidades que sobrevendrán sobre los inicuos y recibamos la grata aprobación reservada para el siervo fiel, para que nos contemos entre los dignos de estar en la presencia del Señor en Su glorioso reino⁷.

Oímos que estamos viviendo en tiempos peligrosos. Estamos en tiempos peligrosos, pero no siento la angustia de ese terror;

no está sobre mí. Y tengo el propósito de vivir de tal manera que no caiga sobre mí. Me propongo vivir en una forma en que sea inmune a los peligros del mundo, si me es posible hacerlo, obedeciendo los mandamientos de Dios y las leyes que Él ha revelado para guiarme. Y pase lo que me pase, si estoy cumpliendo con mi deber, si tengo confraternidad con Dios y soy digno de tener la de mis hermanos, si puedo presentarme sin mancha ante el mundo, inmaculado, sin transgredir las leyes de Dios, ¿qué me importa lo que me pase? Siempre estaré listo si tengo esta actitud de comprensión y conducta. No importa en absoluto. Por lo tanto, no me preocupan las posibles dificultades ni siento la congoja del temor.

La mano del Señor está sobre todo, y en todo reconozco Su mano. No en que los hombres estén en guerra, no en que las naciones estén tratando de destruirse unas a otras, no en que los hombres conspiren contra la libertad de sus semejantes; no está en nada de eso; pero el brazo de Dios no se acortará, y Él regirá los resultados que sobrevengan; los dominará de una manera que no nos es posible comprender ni prever actualmente, y lo hará para un buen fin⁸.

La obediencia al Evangelio preparará al mundo para la venida del Salvador.

La obediencia al Evangelio salvará al mundo del pecado, eliminará la guerra, la contención y los conflictos legales, e introducirá el reino milenario; restaurará la tierra a su legítimo dueño y la preparará para que sea la herencia de los justos. Éstos son todos los principios del Evangelio de Cristo y los efectos que tendrán si la humanidad los acepta y los adopta⁹.

El Evangelio es salvación, y sin él no hay cosa alguna que valga la pena. Desnudos vinimos al mundo, y así saldremos. Si lográramos acumular la mitad del mundo, nada nos beneficiaría en lo que atañe a prolongar la vida aquí o a asegurar la vida eterna más allá. Pero el Evangelio enseña a los hombres a ser humildes, fieles, honrados y justos ante el Señor, así como los unos con los otros; y en proporción al cumplimiento de sus principios, la paz y la rectitud se extenderán y establecerán en la tierra y cesará de

existir el pecado, la contención, la efusión de sangre y la corrupción de toda clase; la tierra será purificada y convertida en morada digna de seres celestiales y de que el Señor nuestro Dios venga a morar en ella, lo cual hará durante el Milenio¹⁰.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días... considera que parte de su misión es preparar la vía para la venida literal y gloriosa del Hijo de Dios a la tierra, a reinar en ella y morar con Su pueblo. Como parte de esa obra de preparación, los santos creen que Israel, que durante tanto tiempo ha estado disperso entre las naciones de la tierra, será congregado y restaurado a las tierras prometidas a sus antepasados por herencia permanente...

...Los que hayan recibido el Evangelio en el mundo... serán instrumentos para que se cumplan los propósitos de Dios; serán Sus colaboradores para llevar a cabo no sólo su propia salvación en esta vida y la eternidad, sino también la salvación de todo Israel y de los gentiles que reciban el Evangelio. Por medio de ellos se cumplirán las profecías antiguas. En el fulgor de la inspiración de Dios, Isaías los vio y contempló sus labores cuando exclamó: “Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones” (véase Isaías 2:2). Y Jeremías se refirió a ellos cuando repitió la promesa que Dios había hecho a Israel y que se cumpliría en los postreros días: “...Os tomaré uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sion; y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia” (Jeremías 3:14–15)¹¹.

El Señor... dictó un decreto el cual dijo que Su pueblo tenía que entender: Que desde aquel mismo momento debían comenzar a prevalecer sobre todos sus enemigos y, mientras continuaran siendo fieles en guardar las leyes que Él les había dado, decretaba que prevalecerían hasta que todos sus enemigos quedarán subyugados, no por la violencia ni por el espíritu de contención o de batalla, sino subyugados por el poder de la verdad eterna, por la majestad y potestad de Dios Todopoderoso... El creciente poder de los justos y rectos del pueblo del convenio

de Dios se magnificará y aumentará hasta que el mundo se incline y reconozca que Jesús es el Cristo, y que hay un pueblo que se prepara para Su venida a la tierra otra vez, con poder y con gloria [véase D. y C. 103:5–8]¹².

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días no es una iglesia partidaria; no es una secta. Es *La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días*, la única que existe hoy en el mundo que puede llevar, y legítimamente lleva, el nombre de Jesucristo y Su autoridad divina. Hago esta afirmación con toda sencillez y sinceridad ante ustedes y ante todo el mundo, pese a lo amarga que pueda ser la verdad para los que se oponen aunque no tienen motivo para oponerse. No obstante, es cierto y permanecerá siendo cierto hasta que venga Aquel que tiene derecho a regir entre las naciones de la tierra y entre cada uno de los hijos de Dios en todo el mundo, y tome las riendas del gobierno y reciba a la desposada que estará preparada para la venida del Esposo¹³.

Sugerencias para el estudio

- ¿Por qué es importante para nosotros el que los profetas de Dios “tanto en nuestros días como en épocas antiguas” hayan predicho la segunda venida del Salvador?
- ¿Para qué se nos han dado señales de la Segunda Venida? ¿Quiénes las reconocerán como un signo de la venida del Salvador? ¿En qué manera podemos aplicar a nosotros mismos lo que sabemos con respecto a esas señales?
- Las calamidades naturales, ¿en qué sentido son “para el bien de [los] hijos” de Dios? ¿Cómo debemos reaccionar si caen sobre nosotros?
- ¿Qué debemos hacer para “escapar de las calamidades que sobrevendrán sobre los inicuos”?
- ¿Qué bendiciones recibiría el mundo si la gente obedeciera los principios del Evangelio?
- ¿En qué manera “domina” Dios los resultados del mal “para un buen fin”?

- ¿Cómo han de subyugar los santos por fin a todos sus enemigos?
- ¿Por qué es la Segunda Venida, al mismo tiempo, un “día grande” y “terrible”? (D. y C. 110:16).
- ¿Qué puede hacer cada uno de nosotros a fin de contribuir a la preparación del mundo para la segunda venida del Salvador?

Notas

1. En James R. Clark, compilador, en *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 4:154.
2. En *Messages of the First Presidency*, 3:287.
3. En *Messages of the First Presidency*, 4:294.
4. En “Conference Report”, abril de 1880, págs. 95–96; se agregan en párrafos.
5. En *Messages of the First Presidency*, 4:132.
6. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 55.
7. En “Conference Report”, abril de 1880, pág. 96.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 89.
9. *Deseret News: Semi-Weekly*, 19 de febrero de 1878, pág. 1.
10. *Gospel Doctrine*, págs. 84–85.
11. “President Joseph F. Smith on ‘Mormonism’”, *Millennial Star*, 19 de junio de 1902, págs. 385–386.
12. En “Conference Report”, abril de 1902, pág. 2.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 137.



Dos mil jóvenes guerreros, por Arnold Friberg. Helamán escribió lo siguiente sobre los jóvenes a quienes dirigió en la batalla: "...estimaban más la libertad de sus padres que sus propias vidas; sí, sus madres les habían enseñado que si no dudaban, Dios los libraría" (Alma 56:47).



El Evangelio brinda paz al mundo en tiempos turbulentos

*El Evangelio de Jesucristo brinda paz al mundo
durante tiempos turbulentos.*

De la vida de Joseph F. Smith

En los años que precedieron a su muerte, el presidente Joseph F. Smith lamentaba con frecuencia los pesares que había acarreado la Primera Guerra Mundial. Muchos miembros de la Iglesia, de ambos lados del conflicto, se vieron envueltos en él, y cientos de ellos perdieron la vida. Varios de los hijos del presidente Smith prestaron servicio en las fuerzas armadas, y uno de ellos fue herido dos veces en batalla.

En un mensaje de Navidad a los santos durante esa época, la Primera Presidencia dijo lo siguiente: “Aun cuando nos regocijamos en el nacimiento del Incomparable, la luz de nuestro gozo se ve empañada por las nubes de guerra que han oscurecido los cielos de Europa, y nuestras canciones y saludos de gozo y buena voluntad se vuelven tristemente discordantes con el tronar de la artillería y los lamentos de los heridos y moribundos, cuyos ecos nos llegan de la distancia pero son desgarradores para el alma al resonar las terribles nuevas de allende la mar. Naciones que se levantan unas contra las otras, hermanos contra hermanos, ‘cristianos’ contra ‘cristianos’, cada uno invocando la ayuda del Dios de amor en sus sangrientas luchas, ¡al mismo tiempo que proclaman hermandad con el Príncipe de Paz! ¡Qué espectáculo tan atroz se presenta así ante las huestes celestiales, un coro de las cuales cantó el son inmortal de ‘buena voluntad para con los hombres’ al nacer el Niño de Belén!”¹.

El presidente Smith vivió lo suficiente para oír las nuevas de la firma del armisticio que puso fin a las hostilidades y a la destrucción de vidas y propiedades. El armisticio se firmó el 11 de noviembre de 1918, apenas ocho días antes de su fallecimiento.

Durante ese período, él enseñó a los santos que la verdadera paz sólo se obtiene cuando se acepta y se vive el Evangelio de Jesucristo. Joseph Fielding Smith, que más adelante llegó a ser Presidente de la Iglesia, dijo lo siguiente de su padre: “Tenía un espíritu gentil y bondadoso. Entre los del pueblo de Israel [miembros de la Iglesia] no habría podido encontrarse un alma más comprensiva, que sufriera con el afligido, que estuviera más dispuesta a ayudar al indefenso a llevar su carga y al oprimido a recuperarse de su aflicción. Él era un pacificador, un amante de la paz”².

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Sólo el Evangelio de Jesucristo puede brindar paz al mundo.

Hay sólo una cosa que puede brindar paz al mundo: la aceptación del Evangelio de Jesucristo que gobernantes y pueblo por igual entiendan correctamente, obedezcan y practiquen. Los Santos de los Últimos Días lo predicán con intensidad a todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos, y no está muy lejano el día en que su mensaje de salvación penetrará profundamente el corazón de la gente común que, en el debido momento, sincera y honradamente dará su fallo no sólo contra un cristianismo falso sino también contra la guerra y los que se envuelven en ella, considerándolos crímenes contra la raza humana. Durante años se ha sostenido que la paz se obtiene únicamente preparándose para la guerra; el conflicto actual [la Primera Guerra Mundial] servirá para comprobar que la paz sólo se consigue preparándose para la paz, instruyendo a la gente en la rectitud y la justicia, y seleccionando gobernantes que respeten la justa voluntad del pueblo³.

Deseamos la paz en el mundo. Queremos que el amor y la buena voluntad existan sobre toda la tierra y entre todos los pueblos del mundo; pero jamás habrá ese espíritu de paz y amor

que debe existir hasta que los seres humanos reciban la verdad de Dios y el mensaje que Él tiene para ellos y reconozcan Su poder y autoridad, que son divinos y que nunca se hallan en la sabiduría que proviene sólo del hombre⁴.

El Señor ama la paz. La doctrina del Salvador de la humanidad era “Paz en la tierra, buena voluntad para con los hombres”; era amor, amor sincero. Los más grandes de todos los mandamientos que se han dado a los hijos de los hombres son: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” [Mateo 22:37–40]. Si en las principales naciones de la tierra hubiera existido ese espíritu de amor, ese principio del Evangelio de Jesucristo, si los gobernantes de esas naciones hubieran aceptado de corazón esa gloriosa admonición, jamás habría habido ninguna guerra; no habría habido derramamiento de sangre; no habría habido la devastación, la ruina y las condiciones perversas que hoy existen. Eso sucede porque los habitantes del mundo no tienen el Evangelio; porque no obedecen la verdad; porque no tienen a Cristo, y por lo tanto, quedan librados a sí mismos y los resultados que vemos son las consecuencias de su propia conducta equivocada y de sus propias malas acciones⁵.

Hay solamente un poder, uno solo, que puede evitar las guerras entre las naciones de la tierra, y es la religión pura y sin mácula ante Dios, el Padre. Ninguna otra cosa podrá lograrlo... Sólo hay un remedio que puede evitar que los hombres vayan a la guerra, cuando se sientan dispuestos a hacerlo, y es el Espíritu de Dios que inspira a amar, no a aborrecer; que guía a toda verdad, no al error; que inclina a los hijos de Dios a prestar atención a Él y a Sus leyes y a estimarlos por encima de todo lo demás en el mundo.

El Señor nos ha dicho que... vendrían guerras. No hemos ignorado que eran inminentes y que probablemente estallarían sobre las naciones de la tierra en cualquier momento. Hemos estado esperando el cumplimiento de las palabras del Señor de que sobrevendrían. ¿Por qué? ¿Porque el Señor lo quería? No, de ninguna manera. ¿Porque Él lo había predestinado o designado

por algún motivo? No, de ningún modo. ¿Por qué? Fue porque los hombres no prestaron atención a Dios el Señor, y Él sabía de antemano los resultados que sobrevendrían por causa de los hombres, por las naciones de la tierra; por lo tanto, Él podía predecir lo que les acontecería, lo que les sobrevino como consecuencia de sus propios hechos y no porque Él lo hubiera dispuesto, pues sólo están padeciendo y cosechando los resultados de sus propias acciones.

...Nuestro lema es “En la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”. Es nuestro principio, el principio del Evangelio de Jesucristo. Y aun cuando pienso que está mal, que es una iniquidad, el imponer la guerra sobre cualquier nación o cualquier pueblo, creo que es recto y justo que toda persona defienda su propia vida, sus libertades y su hogar hasta la última gota de su sangre. Creo que está bien, y que el Señor apoyará a cualquier pueblo en la defensa de su propia libertad de adorar a Dios conforme a los dictados de su conciencia; a cualquier pueblo que trate de proteger a sus mujeres y sus hijos de los destrozos de la guerra. Pero no queremos que se nos ponga en la obligación de defendernos⁶.

Si se les llama al servicio, manténganse puros y sin mancha del mundo.

Exhorto a mis amigos... a mantener, sobre todo, un espíritu humanitario, de amor y de pacificación, de manera que aunque se les llame a la batalla, no aniquilen, pisoteen ni destruyan los principios en que creemos, que hemos tratado de inculcar y que se nos exhorta a mantener: paz y buena voluntad hacia todo el género humano, aun cuando se nos llame a pelear contra el enemigo. Quiero decir a los Santos de los Últimos Días que se inscriban en las filas militares y cuyos servicios el país pueda requerir, que cuando sean soldados del estado y de la nación, no olviden que son también soldados de la cruz, que son ministros de vida y no de muerte; y que cuando vayan, lo hagan con el espíritu de defender las libertades de la humanidad en lugar de tener como objeto destruir al enemigo⁷.

Nuestros jóvenes... llamados al ejército... espero y ruego que lleven consigo el Espíritu de Dios, no el espíritu de derramar sangre, de cometer adulterio, de iniquidad, sino el espíritu de rectitud, el espíritu que conduce a hacer el bien, a edificar, a beneficiar al mundo, y no a destruir ni a verter sangre.

Recuerden el pasaje de las Escrituras... en el Libro de Mormón, concerniente a los jóvenes puros que renunciaron a la guerra y al derramamiento de sangre, vivieron puros e inocentes, libres de los pensamientos contaminadores de la conciencia, de la ira o de la iniquidad en el corazón; mas cuando la necesidad lo exigió y fueron llamados para salir a defender su vida y la de sus padres, así como sus hogares, fueron no para destruir, sino para defender; no para derramar sangre, sino más bien para salvaguardar la sangre de los inocentes y los inofensivos, de los amantes de la paz entre el género humano [véase Alma 56:45–48].

¿Olvidarán sus oraciones los hombres... de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días que salgan [a luchar]? ¿Olvidarán a Dios? ¿Se olvidarán de las enseñanzas que han recibido de sus padres en el hogar? ¿Olvidarán los principios del Evangelio de Jesucristo y los convenios que han hecho en las aguas del bautismo y en lugares sagrados? ¿O saldrán como hombres en todo sentido, hombres puros, de pensamientos elevados, hombres honrados y virtuosos, hombres de Dios? Eso es lo que me preocupa.

Quiero ver que la mano de Dios se manifieste en las acciones de los hombres que salen de las filas de la Iglesia de Jesucristo... para ayudar a defender los principios de libertad y de gobierno sano para la familia humana. Quiero verlos vivir de tal manera que puedan gozar de comunicación con el Señor, en sus campamentos y en sus lugares secretos, y que en medio de la batalla puedan decir: “Padre, mi vida y mi espíritu están en Tus manos”.

Quiero ver que los jóvenes que salgan de aquí, en esta causa, vayan sintiéndose como nuestros misioneros cuando se les envía al mundo, llevando consigo el mismo espíritu que siente una buena madre cuando se despide de su hijo la mañana en que él parte para la misión. ¡Ella lo abraza con todo el amor maternal que tiene en el alma!

...Si al menos nuestros jóvenes salen al mundo de esa manera, llevando consigo el espíritu del Evangelio y el comportamiento de verdaderos Santos de los Últimos Días, fuere lo que fuere que les aconteciera en la vida, perseverarán con los mejores. Serán capaces de soportar como cualquier otro la fatiga o el sufrimiento, si es necesario; y al enfrentarse a la prueba, ¡la soportarán! ¡Porque no temen a la muerte! Estarán libres del temor a las consecuencias de su propia vida. No tendrán por qué temer a la muerte, porque han realizado su obra, han guardado la fe, son puros de corazón y dignos de ver a Dios⁸.

Hay muchas cosas malas que por lo general surgen entre los ejércitos formados y pertrechados para la guerra y envueltos en la lucha, las cuales son peores aún que una muerte honorable que pudiera sobrevenirles en el campo de batalla. No tiene mucha importancia cuándo se llame a nuestros jóvenes ni adónde tengan que ir, pero para los padres, para los amigos y compañeros en la verdad, y sobre todo para ellos mismos, es muy importante cómo se encuentren al partir. Por ser miembros de la Iglesia, toda su vida se les ha enseñado a guardarse puros y sin mancha de los pecados del mundo, a respetar los derechos de los demás, a obedecer los principios de rectitud, a recordar que la virtud es uno de los dones más grandiosos de Dios; más aún, que deben respetar la castidad de otros y preferir mil veces la muerte que profanarse cometiendo un pecado mortal. Queremos que partan limpios, tanto en pensamiento como en acción, con fe en los principios del Evangelio y en la gracia redentora de nuestro Señor y Salvador. Quisiéramos que recordaran que sólo si llevan una vida limpia y fiel podrán esperar lograr la salvación prometida mediante el derramamiento de la sangre de nuestro Redentor⁹.

Nos esforzamos por vivir en paz con todos los hombres.

Exhortamos a los Santos de los Últimos Días a vivir su religión, a recordar los convenios que hicieron en las aguas del bautismo, a honrar al Señor y guardar Sus mandamientos; a que no se dejen vencer por las necesidades del mundo, sino que busquen la guía del Santo Espíritu [y] vivan en paz con todos los hombres¹⁰.

El nuevo año y los años futuros invitan a los habitantes de todas las naciones a unirse en el establecimiento de la paz y en la consecución de una hermandad universal. La contención, la enemistad, el egoísmo y la inmoralidad son males que se deben eliminar de la vida de cada individuo. Nadie hay que sea tan bajo o tan insignificante que no merezca ayuda. Si toda persona ama a su prójimo como a sí mismo, las tragedias presentes desaparecerán, los terrores futuros se evitarán y “todo hombre en todo lugar encontrará un hermano y un amigo”.

Hace veinte siglos, en Jesucristo se presentó al mundo un modelo ilustre de vida recta y noble hermandad. Su mensaje era de paz y buena voluntad; Su ley estaba fundada en la justicia ejercida con sabiduría y en la rectitud aplicada inteligentemente. La luz era Su norma y la verdad Su credo¹¹.

A pesar de la “inhumanidad del hombre hacia el hombre”, tan atrocemente manifestada en la terrible lucha entre naciones ahora inminente, razonablemente reconocemos actuales causas de gozo y de gratitud, y miramos a través de las nubes de pavorosa guerra hacia el cumplimiento certero y seguro de las promesas de paz permanente en el advenimiento que se aproxima de nuestro Señor y Rey¹².

...Me baso en este principio: que la verdad está en el Evangelio de Jesucristo, que el poder de redención, el poder de paz, de buena voluntad, de amor, caridad y perdón, así como el poder de la hermandad con Dios, se encuentran en el Evangelio de Jesucristo y en la obediencia al mismo por parte de la gente. Por lo tanto, reconozco, y no sólo reconozco sino afirmo, que no hay nada más grande en la tierra y en los cielos que la verdad del Evangelio de Dios que Él ha preparado y restaurado para la salvación y la redención del mundo. Y es por ese medio que la paz vendrá a los hijos de los hombres, y no vendrá al mundo de ninguna otra manera¹³.

Sugerencias para el estudio

- ¿Por qué es el Evangelio de Jesucristo lo único que puede traer paz al mundo? ¿Qué podemos hacer para contribuir a que haya paz en el mundo?

- ¿Dónde comienza la paz? La observancia de los dos grandes mandamientos, ¿cómo incita a la paz en el hogar y en el mundo?
- Los que entran en el servicio militar, ¿cómo pueden ser “ministros de vida y no de muerte”?
- ¿En qué forma pueden los miembros llevar consigo al servicio militar “el espíritu del Evangelio y el comportamiento de verdaderos Santos de los Últimos Días”?
- Cuando se llama a los miembros al servicio militar, ¿qué creencias y actitudes les ayudarán a no temer a la muerte?
- ¿Qué puede hacer cada uno de nosotros para esforzarse más por “vivir en paz con todos los hombres”?
- ¿Qué nos enseña el ejemplo del Salvador en cuanto a vivir con paz y buena voluntad?

Notas

1. En James R. Clark, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 4:319.
2. *Life of Joseph F. Smith*, compilador Joseph Fielding Smith, 1938, pág. 440.
3. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 421.
4. *Gospel Doctrine*, págs. 417–418.
5. En “Conference Report”, abril de 1918, pág. 170.
6. *Gospel Doctrine*, págs. 418–419; párrafos modificados.
7. En *Messages of the First Presidency*, 5:52.
8. *Gospel Doctrine*, págs. 423–425.
9. *Gospel Doctrine*, pág. 426.
10. En *Messages of the First Presidency*, 4:211.
11. En *Messages of the First Presidency*, 5:1–2.
12. En *Messages of the First Presidency*, 4:348.
13. *Gospel Doctrine*, pág. 420.



La redención de nuestros muertos por medio del servicio en el templo

*Por medio del servicio que prestamos en
el templo, llegamos a ser salvadores en el monte
de Sión para los que han muerto.*

De la vida de Joseph F. Smith

“**¡M**i alma está desgarrada! ¡Tengo el corazón hecho pedazos, palpitante como si quisiera dejar de latir! ¡Ah, mi buen hijo, mi gozo, mi esperanza!... ¡Dios mío, ayúdame!” Así se lamentó el presidente Joseph F. Smith ante la inesperada muerte de su hijo mayor, Hyrum M. Smith, que era miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, y sólo tenía cuarenta y cinco años de edad. Seis meses después, el presidente Smith presidió en una ceremonia en el cementerio de Salt Lake City, cuando se inauguró un monumento en honor a su padre, Hyrum; era el 27 de junio de 1918, el aniversario del asesinato de éste y de su tío, el profeta José Smith.

El Espíritu del Señor debe haberle conmovido el alma al reflexionar sobre la muerte de sus seres queridos. Unos meses después, pocas semanas antes de su muerte, el presidente Smith escribió lo siguiente: “...Me hallaba en mi habitación, meditando sobre las Escrituras, y reflexionando en el gran sacrificio expiatorio que el Hijo de Dios realizó para redimir al mundo... Mientras me ocupaba en esto, mis pensamientos se tornaron a los escritos del apóstol Pedro [véase 1 Pedro 3:18–20; 4:6]... Mientras meditaba en estas cosas que están escritas, fueron abiertos los ojos de mi entendimiento, y el Espíritu del Señor descansó sobre mí, y vi las huestes de los muertos, pequeños así como grandes” (D. y C. 138:1–2, 5, 11).

Recibió entonces la Visión de la Redención de los Muertos, que se encuentra en la sección 138 de Doctrina y Convenios, lo que le enseñó verdades que no conocía y le reafirmó doctrinas en las que él creía y que había enseñado durante muchos años.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Jesucristo fue preordenado y ungido para salvar a los vivos y a los muertos.

[El Salvador] fue enviado a predicar el Evangelio no solamente a los que moraban en la carne, sino que fue preordenado y ungido por Dios para abrir las puertas de la prisión a los que se encontraban encarcelados, y para proclamarles Su Evangelio².

El día tres de octubre del año mil novecientos dieciocho, me hallaba en mi habitación meditando sobre las Escrituras,

y reflexionando en el gran sacrificio expiatorio que el Hijo de Dios realizó para redimir al mundo;

y el grande y maravilloso amor manifestado por el Padre y el Hijo en la venida del Redentor al mundo, a fin de que el género humano fuese salvo, mediante la expiación de Cristo y la obediencia a los principios del evangelio...

Mientras meditaba en estas cosas que están escritas [véase 1 Pedro 3:18–20; 4:6], fueron abiertos los ojos de mi entendimiento, y el Espíritu del Señor descansó sobre mí, y vi las huestes de los muertos, pequeños así como grandes.

Y se hallaba reunida en un lugar una compañía innumerable de los espíritus de los justos, que habían sido fieles en el testimonio de Jesús mientras vivieron en la carne...

Mientras esta innumerable multitud esperaba y conversaba, regocijándose en la hora de su liberación de las cadenas de la muerte, apareció el Hijo de Dios y declaró libertad a los cautivos que habían sido fieles;

y allí les predicó el evangelio sempiterno, la doctrina de la resurrección y la redención del género humano de la caída, y de los pecados individuales, con la condición de que se arrepintieran...

Y en mi admiración, fueron abiertos mis ojos y se vivificó mi entendimiento, y percibí que el Señor no fue en persona entre



El élder Hyrum M. Smith, del Quórum de los Doce Apóstoles e hijo del presidente Joseph F. Smith, murió en 1918, poco antes de que su padre recibiera la Visión de la Redención de los Muertos que vino a ser después la sección 138 de Doctrina y Convenios.

los inicuos ni los desobedientes que habían rechazado la verdad, para instruirlos;

mas he aquí, organizó sus fuerzas y nombró mensajeros de entre los justos, investidos con poder y autoridad, y los comisionó para que fueran y llevaran la luz del evangelio a los que se hallaban en tinieblas, es decir, a todos los espíritus de los hombres; y así se predicó el evangelio a los muertos;

y los mensajeros escogidos salieron a declarar el día aceptable del Señor, y a proclamar la libertad a los cautivos que se hallaban encarcelados; sí, a todos los que estaban dispuestos a arrepentirse de sus pecados y a recibir el evangelio.

Así se predicó el evangelio a los que habían muerto en sus pecados, sin el conocimiento de la verdad, o en transgresión por haber rechazado a los profetas³.

Jesús no había completado Su obra cuando murió ni la terminó después de Su resurrección de los muertos; aun cuando había realizado el propósito para el cual vino a la tierra en esa época, todavía no había cumplido toda Su obra. ¿Y cuándo lo hará? Sólo después de haber redimido y salvado a todo hijo e hija de nuestro padre Adán que haya nacido o nazca sobre esta tierra hasta el fin del tiempo, excepto los hijos de perdición. Esa es Su misión⁴.

Los vivos y los muertos trabajan unidos para llevar el Evangelio a todos los hijos de Dios.

Nosotros no completaremos nuestra obra sino hasta que nos hayamos salvado personalmente y luego hayamos salvado a todos los que dependen de nosotros; porque hemos de llegar a ser salvadores en el monte de Sión, así como Cristo. Se nos ha llamado a esa misión. Los muertos no pueden perfeccionarse sin nosotros, ni tampoco nosotros sin ellos [véase D. y C. 128:18]. Tenemos una misión que cumplir por el bien de ellos; tenemos que realizar cierta obra a fin de liberar a los que, por motivo de su ignorancia y de las circunstancias desfavorables en que se encontraban mientras estaban aquí, no están preparados para la vida eterna; tenemos que abrirles la puerta efectuando por ellos las ordenanzas que ellos no pueden hacer por sí mismos y que

son esenciales para su liberación del “encarcelamiento”, a fin de que salgan y vivan según Dios en el espíritu y sean juzgados según los hombres en la carne [véase D. y C. 138:33–34].

El profeta José Smith ha dicho que éste es uno de los deberes más importantes que tienen los Santos de los Últimos Días. ¿Y por qué? Porque ésta es la dispensación del cumplimiento de los tiempos, la que introducirá el reinado milenarío, en la cual deben cumplirse todas las cosas de que se habló por boca de los santos profetas desde el principio del mundo, y han de quedar unidas en una todas las cosas, tanto las que están en el cielo como las que están en la tierra. Tenemos esa obra por delante, o por lo menos todo cuanto podamos realizar, dejando el resto a nuestros hijos, en cuyo corazón debemos inculcar la importancia de esta obra, instruyéndolos en el amor a la verdad y en el conocimiento de estos principios, para que cuando nosotros partamos de esta vida habiendo hecho todo lo posible, ellos puedan entonces emprender la obra y continuarla hasta su consumación⁵.

Los mismos principios que se aplican a los vivos se aplican también a los muertos... Por eso nos bautizamos por los que han muerto. Los vivos no podemos perfeccionarnos sin los muertos, ni ellos sin nosotros. Debe haber un nexo de unión, un lazo que una los padres a los hijos y los hijos a los padres hasta que la cadena completa de la familia de Dios quede ligada en una sola, y todos lleguen a ser la familia de Dios y de Su Cristo⁶.

Este Evangelio revelado al profeta José ya se está predicando a los espíritus encarcelados, aquellos que salieron de esta esfera de acción y entraron en el mundo espiritual sin el conocimiento del Evangelio. José Smith se los está predicando; también están Hyrum Smith y Brigham Young, así como todos los fieles apóstoles que vivieron en esta dispensación bajo la administración del profeta José [véase D. y C. 138:36–37, 51–54]. Se encuentran allá, habiendo llevado consigo desde aquí el Santo Sacerdocio que recibieron por autoridad y que se les confirió en la carne; están predicando el Evangelio a los espíritus encarcelados porque Cristo, mientras Su cuerpo yacía en el sepulcro, fue a proclamar libertad a los cautivos y abrió las puertas de la prisión a los que se hallaban encarcelados [véase D. y C. 138:27–30].

Y no sólo aquéllos están desempeñando tal obra, sino otros cientos y miles de personas; los élderes que han muerto en el campo misional no han terminado su misión, más bien la continúan en el mundo de los espíritus [véase D. y C. 138:57]. Posiblemente, el Señor haya considerado necesario o apropiado llamarlos allá como lo hizo. No voy a dudar de ese punto en lo más mínimo, ni cuestionarlo. Lo dejo en las manos de Dios, porque creo que todas estas cosas predominarán para el bien, puesto que el Señor no permitirá que sobrevenga cosa alguna a Su pueblo en el mundo sin hacer que resulte al fin en algo de mayor beneficio⁷.

Siempre he creído, y creo aún con toda el alma, que hombres como Pedro y Santiago y los doce discípulos que el Salvador escogió en Su época han estado ocupados, todos los siglos pasados desde que padecieron el martirio por el testimonio de Jesucristo, en proclamar la libertad a los cautivos en el mundo de los espíritus y en abrir las puertas de su prisión [véase D. y C. 138:38–50]. No creo que puedan estar desempeñando ninguna otra obra más grande. El llamamiento y la unción especiales que recibieron del propio Señor fue salvar al mundo, proclamar la libertad a los cautivos y abrir las puertas de la prisión a los que se hallaban atados con las cadenas de tinieblas, superstición e ignorancia...

...Las experiencias por las que pasamos aquí son una semejanza de todo lo pertinente a Dios y a la vida venidera. Existe una similitud muy grande entre los propósitos de Dios, tal como se manifiestan aquí, y los que se llevan a cabo en Su presencia y en Su reino. Los que están autorizados a predicar el Evangelio aquí, y han sido comisionados para efectuar esa obra, no estarán ociosos después de haber fallecido, sino que continuarán ejerciendo los derechos que recibieron aquí dentro del Sacerdocio del Hijo de Dios para ministrar en bien de la salvación de aquellos que hayan muerto sin el conocimiento de la verdad⁸.

**Podemos llegar a ser salvadores en el monte
de Sión efectuando en los templos las ordenanzas
salvadoras por los muertos.**

Enseñen a sus hijos y aprendan ustedes que es necesario que lleguen a ser salvadores en el monte de Sión de aquellos que



En 1913 el presidente Smith dedicó el sitio para el Templo de Cardston, Alberta (Canadá).

han muerto sin el conocimiento del Evangelio, y que los templos de estas montañas y los que se están edificando en otras tierras se han construido y se diseñan expresamente para efectuar estas sagradas ordenanzas que son indispensables para los que han muerto sin recibirlas. No olviden estas cosas; recuérdennas siempre, porque son necesarias para nosotros⁹.

Esta gran obra de la redención de los muertos, la unión de vivos y muertos, el poder sellador... y todas las ordenanzas que se han revelado para efectuarse en los sagrados edificios llamados templos, los cuales tenemos que edificar según el mandamiento de Dios a Su santo nombre —todo esto se nos ha revelado en esta dispensación más plena y claramente que nunca en la historia del mundo, según sabemos¹⁰.

Esperamos ver el día en que hagamos construir templos en varias partes de la tierra, donde se necesiten para la comodidad de los miembros, pues comprendemos que una de las mayores responsabilidades que hoy descansan sobre el pueblo de Dios es

que vuelva el corazón hacia sus antepasados [véase Malaquías 4:5-6; D. y C. 2] y haga por ellos la obra que es menester realizar, a fin de que puedan quedar debidamente unidos en los vínculos del nuevo y sempiterno convenio, de generación en generación, porque el Señor ha dicho, mediante el Profeta, que ésta es una de las responsabilidades más grandes que se nos han confiado en estos postreros días¹¹.

Referente a la liberación de los espíritus de su encarcelamiento, desde luego creemos que sólo se puede realizar después de habérseles predicado el Evangelio en el espíritu, de que ellos lo acepten y de que los vivos hagan por ellos la obra necesaria para su redención. Con objeto de acelerar esta obra a fin de que todos los que están en el mundo de los espíritus y crean reciban el beneficio de esa liberación, se ha revelado que la gran labor del Milenio será la obra en los templos para la redención de los muertos, y entonces esperamos disfrutar de los beneficios de la revelación... por los medios que el Señor revele concernientes a aquellos por quienes se ha de hacer la obra... Es razonable pensar que, aun cuando se debe predicar el Evangelio a todos, buenos y malos, o mejor dicho, a los que quieran así como a los que no quieran arrepentirse en el mundo de los espíritus, tal como se hace aquí, recibirán la redención solamente aquellos que se arrepientan y obedezcan¹².

Se ha observado gran actividad... de parte de los santos en la obra del templo. Influye en ellos el espíritu de trabajar por la redención de los muertos y se ha visto un mayor interés en esta obra de amor divino. El profeta José nos dice que esta obra es "esencial para... nuestra [salvación], como dice Pablo tocante a los padres: que ellos sin nosotros no pueden ser perfeccionados, ni tampoco podemos nosotros ser perfeccionados sin nuestros muertos" [D. y C. 128:15]. El mandato de Dios a los santos es que trabajen con todas sus fuerzas para la redención de sus muertos...

...El Espíritu que motiva a los santos a obrar para la redención de los muertos es el de plantar en el corazón de los hijos las promesas hechas a los padres; ese mismo espíritu parece estar conmoviendo el corazón de las personas honorables de la tierra

que dedican tiempo y bienes a juntar y compilar registros genealógicos... Los santos deben aprovechar toda oportunidad para obtener todos los datos de sus antepasados que les sea posible, a fin de que éstos puedan lograr la redención por medio de las ordenanzas de la Casa de Dios. Aplaudimos a los santos por su diligencia en esta obra tan importante y esencial¹³.

Llevamos al mundo la rama de olivo de la paz. Le presentamos la ley de Dios, la palabra del Señor, la verdad, tal como se ha revelado en los postreros días para la redención de los que han muerto y la salvación de los que viven¹⁴.

Sugerencias para el estudio

- ¿Cuáles son la “obra” y la “misión” del Salvador? ¿Qué hizo Él en el mundo de los espíritus para contribuir al cumplimiento de esta gran obra? (Véase D. y C. 138:11–12, 18–19, 29–30.)
- ¿Cómo se lleva a cabo la obra misional en el mundo de los espíritus? ¿Quiénes son los misioneros? (Véase D. y C. 138:29–34, 57–59.)
- ¿Qué podemos hacer para “abrir las puertas de la prisión a los que se halla[n] atados con las cadenas de tinieblas, superstición e ignorancia”? ¿Qué le ha ayudado en sus esfuerzos por encontrar datos de sus antepasados y completar por ellos las ordenanzas del templo?
- ¿Cómo podemos “llegar a ser salvadores en el monte de Sión”? ¿Por qué es esta obra “una de las mayores responsabilidades que hoy descansan sobre el pueblo de Dios”?
- ¿Cuáles son algunos de los propósitos de los templos? ¿Qué bendiciones ha recibido usted por haber hecho obra en el templo por otras personas o haber enviado nombres para que se haga la obra por ellas?
- ¿Cuál será “la gran labor del Milenio”? ¿Cómo podemos tomar parte en esa labor ahora?
- El conocimiento del plan de Dios para la redención de los muertos, ¿en qué manera le ha bendecido? ¿Qué nos revela ese plan con respecto al amor que Dios tiene por todos Sus hijos?

Notas

1. *Life of Joseph F. Smith*, compilador Joseph Fielding Smith, 1938, pág. 474.
2. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 460.
3. Doctrina y Convenios 138:1-4, 11-12, 18-19, 29-32.
4. *Gospel Doctrine*, pág. 442.
5. *Gospel Doctrine*, pág. 442.
6. "Discourse by President Joseph F. Smith", *Millennial Star*, 4 de octubre de 1906, págs. 628-629.
7. *Gospel Doctrine*, págs. 471-472.
8. *Gospel Doctrine*, págs. 460-461.
9. En "Conference Report", abril de 1917, pág. 6.
10. En "Conference Report", oct. de 1913, págs. 9-10.
11. *Gospel Doctrine*, pág. 471.
12. *Gospel Doctrine*, pág. 438.
13. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965-1975, 4:193-194.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 74.



La integridad: Vivamos nuestra religión con todo el corazón

*Los que mantengan su integridad dando
diariamente prioridad a todo lo que
es de Dios y perseverando en las pruebas
obtendrán la vida eterna.*

De la vida de Joseph F. Smith

El 10 de noviembre de 1918, decimoséptimo aniversario del día en que se le había sostenido como Presidente de la Iglesia, Joseph F. Smith reunió a los de su familia y les habló de su vida y de lo que él había aprendido. Todos fueron ayunando y con espíritu de oración. El presidente Smith les dijo: “Si hay algo en la tierra que me he esforzado más por hacer es mantener mi palabra, mis promesas, mi integridad, hacer lo que era mi deber”¹.

Ése fue el último consejo que dio formalmente. Nueve días después, el 19 de noviembre de 1918, falleció. A causa de una epidemia de gripe, no se pudo hacer un servicio funerario oficial y público, pero, como tributo a aquel gran líder, se suspendieron todas las asambleas públicas, los entretenimientos y las reuniones oficiales; cerraron los teatros y muchos de los negocios locales. Miles de habitantes de Salt Lake City, tanto miembros de la Iglesia como los que no lo eran, llenaron las calles para honrar al Presidente al pasar el cortejo fúnebre por la calle South Temple en su camino al cementerio de Salt Lake City. Cuando la procesión pasó frente a la Catedral Católica de la Magdalena, las campanas de la iglesia empezaron a repicar rindiendo tributo al venerable líder que había influido en tantas personas.

El presidente Smith amaba la rectitud; él defendió la causa de la verdad, vivió plenamente los principios que predicaba y fue respetado y venerado por esa integridad.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Manifestamos nuestra integridad dando diariamente prioridad a todo lo que es de Dios.

La religión que hemos abrazado no es una religión dominical, no es simplemente una profesión de fe... Es para nosotros lo más importante del mundo; y los resultados que logremos en este mundo y en el venidero dependerán de nuestra integridad con respecto a la verdad y de la constancia con que observemos sus preceptos y obedezcamos sus principios y requisitos².

Siempre me regocijo de tener el privilegio de reunirme con hombres y mujeres que han abrazado la verdad y que son fieles a ella en su vida diaria, porque, después de todo, es en nuestras acciones cotidianas que establecemos la norma de nuestra integridad y nuestra fidelidad a la verdad. El árbol se conoce por su fruto, y no recogemos uvas de los espinos ni higos de los abrojos. Cuando se ve a un grupo de personas, una comunidad o un pueblo entero que han abrazado el Evangelio de Jesucristo y son constantes en la fe que profesan, fieles a sus convenios, verídicos en todo aspecto hacia su fe, se ve a hombres y mujeres que están produciendo buen fruto y son dignos en todo sentido³.

Es preciso que cumplamos nuestro deber y vivamos nuestra religión todos los días de igual manera. Sirvamos al Señor con rectitud día tras día y Él será nuestro Padre y Amigo, y nuestros enemigos no tendrán poder sobre nosotros⁴.

Todos necesitamos tener amor en el alma, constantemente: primero, por Dios nuestro Padre Celestial, que es el Dador de todo lo bueno, un amor que abarque nuestra alma, nuestros pensamientos, nuestro corazón, nuestra mente, nuestra fuerza, hasta el punto de estar dispuestos, si Él lo requiriera, a dar la vida, así como el tiempo, los talentos y bienes de este mundo al servicio del Dios viviente que nos da todo lo que poseemos... [Debemos] tener ese amor en el corazón, tanto así que amemos

a Dios más que a los negocios, más que al dinero, más que a los placeres terrenales; es decir, que disfrutemos con más placer de adorar y amar a Dios que de cualquier otra cosa en el mundo⁵.

En todas partes, los hombres oyen hablar del éxito como si éste pudiera definirse sólo con una palabra y como si la ambición más grande de hombres y mujeres fuera la realización de alguna aspiración humana... Después de todo, el éxito de una persona debe determinarse más por las necesidades eternas del hombre (así como las presentes) que por las normas provisionales que los hombres establecen según lo que sea popular en la época en que vivan. Ciertamente, nada es más fatal para nuestra dicha que la idea de que nuestro bienestar presente y eterno se funda en las riquezas y los honores de este mundo.

En esta generación parece generalmente perderse de vista la gran verdad pronunciada por el Salvador de que en nada aprovechará al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma [véase Mateo 16:26]. La norma para evaluar el éxito, según lo declara la palabra de Dios, es la salvación del alma⁶.

La esencia de la verdadera condición de ser miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es ésta: que ustedes y yo, independientemente de cualquier otra persona del mundo, vivamos nuestra religión y cumplamos nuestro deber, no importa lo que hagan los demás. Como lo expresó Josué en tiempos antiguos: "...Pero yo y mi casa serviremos a Jehová" [Josué 24:15]... La verdadera prueba de nuestra fidelidad a la Iglesia consiste en que haremos lo bueno aunque otras personas, sean quienes sean, hagan lo bueno o lo malo. Por lo tanto, esforcémonos por tener ese espíritu y vivir según esa regla⁷.

La primera y más elevada norma de una vida correcta se encuentra en esa responsabilidad que mantiene buenos a los hombres por amor a la verdad. Para los que son fieles a sí mismos, no es difícil ser fieles a otros. Los que honran a Dios en su vida privada no necesitan las limitaciones de la opinión pública, que no sólo puede ser indiferente sino totalmente errada. Es por medio de la responsabilidad individual que los hombres piensan que pueden tomar la posición correcta en todo asunto público.

Aquellos que descuidan la vida interior dependen de la orientación pública, la cual los conduce a todo tipo de incongruencias⁸.

Los frutos del Espíritu de Dios —los frutos de la verdadera religión— son la paz y el amor, la virtud y la honestidad, la integridad y la fidelidad hacia toda virtud conocida en la ley de Dios⁹.

Nuestro deber es seguir avanzando constantes, avanzando y elevándonos en la dirección que el Señor Todopoderoso nos ha marcado. Sean firmes en la fe; honren de corazón el nombre de Dios; veneren y amen el nombre de Aquel que para el bien del mundo derramó Su sangre para la remisión de los pecados; honren y estimen al hombre que Dios escogió, todavía adolescente, para colocar el cimiento de esta gran obra de los últimos días¹⁰.

Nuestra integridad será probada.

Pasé la infancia y la adolescencia andando de acá para allá con el pueblo de Dios, sufriendo y regocijándome con ellos. Toda mi vida me he identificado con este pueblo y así será hasta el fin, en nombre de Dios y con Su ayuda; no tengo otras relaciones ni lugar para morar; en ese sentido, soy como Pedro, cuando el Salvador le preguntó, al ver que la gente se alejaba de Él: “¿Queréis acaso iros...? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” [Juan 6:67–68]. No tenemos otra cosa que hacer, excepto mantenernos en el camino angosto que conduce de regreso a Dios nuestro Padre. Ese es el sendero que Él nos ha marcado y tenemos el deber de avanzar; no podemos apartarnos, no podemos cambiar de senda; no hay un desvío, sino que es un “tren expreso” y su destino ya se ha determinado y su camino está señalado.

Tenemos que enfrentar la oposición tal como se presente, luchando contra ella con las armas de la verdad que Dios ha colocado en nuestras manos. Y debemos convencernos de que este mundo, con todos los placeres que ofrece, es escoria comparado con la excelencia del conocimiento de Dios. Él quiere probarnos y tiene el derecho de hacerlo, aun hasta la muerte si es necesario; y sólo los que perseveren hasta el fin, que no se acobarden

sino que mantengan la integridad aunque, si es necesario, arriesguen y sacrifiquen todo lo que tengan, obtendrán la vida eterna, o sea, serán dignos de recibir la recompensa de los fieles¹¹.

Constantemente he orado, no para eludir las pruebas sino para que se me conceda sabiduría y buen criterio, paciencia y entereza para soportar las que me estén reservadas. Aun cuando no podría decir que se ha puesto a prueba mi fe en el Evangelio de Cristo, con veracidad puedo afirmar que se me ha probado de muchas maneras. Se ha probado mi paciencia, mi amor, mi integridad¹².

Creo que lo que hicieron [nuestros antepasados pioneros] iba más allá de su conocimiento; creo que fueron dirigidos por el poder de Dios, paso a paso, y se les enseñó precepto por precepto, línea por línea. De esa manera los probó Él en su integridad y devoción; los probó hasta la muerte, sí, y aun más allá, puesto que para muchos de ellos la muerte hubiera sido dulce, hubiera sido un descanso pacífico y feliz comparada con los trabajos y las dificultades que tuvieron que soportar¹³.

Más de un hombre ha dado la vida por su obediencia a los mandamientos de Dios en los cuales creía. Ninguno de los discípulos de la antigüedad que Jesucristo escogió escapó del martirio, salvo Judas y Juan; Judas traicionó al Señor y luego se quitó la vida; y Juan recibió de Él la promesa de que viviría hasta que Él volviera a la tierra. Todos los demás padecieron la muerte, unos crucificados, otros arrastrados por las calles de Roma, algunos empujados desde la altura y algunos apedreados. ¿Por qué causa? Por obedecer la ley de Dios y dar testimonio de lo que sabían que era verdad. Así puede ser hoy. Mas espero que el espíritu de este Evangelio penetre en mi alma hasta tal punto que, aunque padezca pobreza, tribulación, persecución o muerte, podamos yo y mi casa servir a Dios y guardar Sus leyes¹⁴.

Pase lo que pase, debemos demostrar nuestra integridad sirviendo al Señor.

El Señor dijo al joven que tenía apego por el mundo que, si deseaba ser perfecto, debía vender todo lo que tenía y darlo a los pobres, y agregó: "...Ven, sígueme" [Mateo 19:21]. Ésa podría ser



La Casa de la Colmena, en Salt Lake City, donde el presidente Smith vivió durante muchos años y donde falleció el 19 de noviembre de 1918.

una expresión muy sencilla, pero contiene una gran verdad, un principio esencial: el de poner lo que es sagrado y divino, lo que es de Dios, lo que produce paz y felicidad en el alma del hombre, antes de las riquezas, antes de todos los honores y las posesiones terrenales. El Señor Todopoderoso exige esto de los Santos de los Últimos Días; y toda persona que haya abrazado el Evangelio debe llevar hoy en el corazón y siempre en el alma el sentimiento de que “cualquier cosa que el Señor me pida que haga, eso haré” o eso daré, sea lo que sea¹⁵.

Si el Señor me requiriera darle todo lo que poseo, deseo poder hacerlo con gozo y buena disposición, como Job y como Abraham lo hicieron cuando Él les requirió que demostraran su fe. Cuando a Abraham se le mandó que sacrificara a su hijo —un hijo de promesa—, ¿se detuvo él para pedir explicaciones o discutir con el Todopoderoso? No, se preparó, sin quejarse ni protestar, para obedecer lo que se le había mandado. Debe haber experimentado emociones particulares y, sin duda, fue probado a fondo; se pusieron a prueba sus afectos más profundos, a

pesar de lo cual él se dispuso a obedecer el mandato del Todopoderoso. Sin embargo, Abraham no tuvo que ejecutar lo que se le había mandado, porque el Señor, viendo su integridad y disposición, lo detuvo. [Véase Génesis 22:1–18.]...

Ahora bien, ¿cuántos tendríamos la confianza en el Señor que tenía Abraham? Supongamos que Él les pidiera su primogénito o a cualquier otro ser querido, o sus bienes materiales, ¿lo soportarían sin quejarse?... ¿Podemos esperar una exaltación celestial si tenemos en algún rincón algo apartado en lo cual hayamos puesto el corazón o los afectos más profundos? Pregúntense a sí mismos si son dignos de recibir la exaltación en el Reino Celestial de Dios¹⁶.

Job era un hombre íntegro, perfecto en todo sentido, y no había otro como él en toda la tierra... Él no maldijo a los sabeos por haberle robado el ganado, ni a los fuegos del cielo por haber consumido sus rebaños, ni a los vientos por destruirle la vivienda y matar a sus hijos. No juró ni blasfemó negando al Señor por todo lo que le pasaba, sino que dijo: “Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito”. [Job 1:21.]...

...He ahí ejemplificado el principio que debe sustentar toda la fe, la esperanza, la caridad, el amor, el trabajo y los deseos de todo el género humano: que servirán a Dios, acontezca lo que acontezca. Aun cuando sufran encarcelamiento, aun cuando sufran persecución o pobreza, aun cuando Dios los pruebe a fondo y los ponga a prueba al máximo para verificar su integridad, deben decir como Job: “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” [Job 1:21]. Por ese motivo, magnifiquemos a Dios y amémoslo con todo el corazón, alma, mente y fuerza, y amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, a fin de que cuando sobrevengan las pruebas, las soportemos sin quejarnos y esperemos hasta que Él lleve a cabo Sus propósitos. Entonces veremos que no existe amor como el de Dios por sus hijos que sufren, no hay una misericordia más amplia ni un propósito más grande y noble que los de Dios con respecto a Sus hijos. Si lo hacemos, al fin nos daremos cuenta de ello y bendeciremos a Dios de todo corazón¹⁷.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué es la integridad? ¿Cómo establecemos “en nuestras acciones cotidianas... la norma de nuestra integridad”? ¿Qué situaciones de su vida diaria pueden hacer que tenga que elegir si da o no prioridad a las cosas de Dios?
- ¿Cómo podemos desarrollar la capacidad de sentir “más placer” en “adorar y amar a Dios” que en disfrutar de negocios, dinero u otros placeres terrenales? Al enfrentar pruebas de poner lo que es “sagrado y divino” antes de “los honores y posesiones terrenales”, ¿cómo ha reaccionado usted?
- ¿Cuál es la verdadera norma para evaluar el éxito en nuestra vida? ¿Qué otras definiciones de éxito nos impiden a veces esforzarnos por aplicar esa norma verdadera? ¿En qué forma contrasta la conducta que se deja guiar por la verdad revelada con la que sigue la “orientación pública”?
- Cuando nos esforzamos por vivir de acuerdo con el Evangelio, ¿por qué nos acosan a veces las pruebas y la oposición? ¿En qué forma ha sido usted probado en sus esfuerzos por hacer la voluntad de Dios? ¿Qué ha hecho al respecto?
- Los ejemplos de discípulos fieles, como Abraham y Job, ¿en qué manera nos ayudan a entender mejor cómo servir a Dios, “acontezca lo que acontezca”? ¿Cómo se ha visto fortalecido su testimonio por esos ejemplos? ¿Qué podemos hacer a fin de prepararnos para servir a Dios de esa manera durante los tiempos de pruebas?
- El desarrollar y mantener la integridad, ¿cómo puede bendecir y fortalecer a nuestra familia? ¿Y a la comunidad?

Notas

1. *Life of Joseph F Smith*, compilador Joseph Fielding Smith, 1938, pág. 477.
2. *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 107.
3. En “Conference Report”, octubre de 1916, pág. 2.
4. *Deseret News: Semi-Weekly*, 8 de agosto de 1884, pág. 1.
5. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 5:91.
6. *Gospel Doctrine*, págs. 123–125; párrafos modificados.
7. *Deseret News: Semi-Weekly*, 21 de marzo de 1893, pág. 2.
8. *Gospel Doctrine*, pág. 253.

9. *Gospel Doctrine*, pág. 75.
10. En "Conference Report", abril de 1904, pág. 3.
11. *Deseret News: Semi-Weekly*, 25 de abril de 1882, pág. 1; se agregaron párrafos.
12. *Deseret News: Semi-Weekly*, 27 de abril de 1897, pág. 1.
13. *Deseret News: Semi-Weekly*, 9 de agosto de 1898, pág. 1.
14. *Gospel Doctrine*, pág. 251.
15. En "Conference Report", abril de 1909, págs. 4–5.
16. En Brian H. Stuy, compilador, *Collected Discourses Delivered by Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others*, 5 tomos, 1987–1992, 2:279.
17. *Deseret News: Semi-Weekly*, 19 de diciembre de 1893, pág. 1; párrafos modificados.



El presidente Joseph F. Smith (1838–1918). Él enseñó lo siguiente: “Ustedes tendrán la capacidad para disfrutar de felicidad, pura e inmaculada, en la misma proporción de su lealtad, su fidelidad y su avance en el conocimiento de Dios, porque el Evangelio es lo que brinda el verdadero gozo” (*Millennial Star*, 30 de mayo de 1907, pág. 349).



Cómo hallar descanso en Cristo

*Los que reciben el testimonio de Jesucristo
hallan reposo y paz para su alma.*

De la vida de Joseph F. Smith

El presidente Joseph F. Smith falleció el 19 de noviembre de 1918, después de haber sido Presidente de la Iglesia desde 1901. Vigoroso, firme y sincero en hacer la obra del Señor, había dedicado su vida a enseñar las verdades del Evangelio de Jesucristo. Fue un predicador de la rectitud, un profeta de Dios, que exhortó a los santos, diciendo: “Sígueme, como yo sigo al que es nuestra cabeza, el Redentor del mundo”¹.

El presidente Heber J. Grant, que sucedió a Joseph F. Smith como Presidente de la Iglesia, dijo en el servicio funerario en el cementerio: “Durante treinta y seis años he estado con él, primero cuando era consejero y más tarde, mientras fue Presidente de la Iglesia. En todos estos años nunca he sabido de él nada, ya sea de palabra o de hecho, que no fuera digno de un hombre cabal. Con toda sinceridad, puedo decir que él era la clase de hombre que yo querría ser. Aquí, junto a su sepulcro, no tengo palabras para expresar cuánto deseo el poder y la capacidad de ser tan bondadoso como él, tan considerado, tan dispuesto a perdonar, tan valiente, noble y verídico, y de seguir verdaderamente sus pasos. No podría pedir más.

“...No ha habido otro hombre con un testimonio más poderoso del Dios viviente y de nuestro Redentor que Joseph F. Smith. Desde los primeros años de mi infancia él ha conmovido mi ser con el testimonio que expresaba a todos aquellos con quienes hablaba, atestiguando que sabía que Dios vive y que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Redentor del

mundo. El espíritu de inspiración que este hombre poseía se alojó en mi corazón y en los de muchas otras personas. Yo lo quería como nunca he querido a ningún otro hombre. Que Dios bendiga su memoria”².

El testimonio que aparece a continuación se ha tomado de un discurso pronunciado por el presidente Smith en Provo, Utah, el 13 de enero de 1907³.

Enseñanzas de Joseph F. Smith

Entramos en el reposo del Señor al entregar nuestra alma a Él y a Su Evangelio.

Deseo leer de los escritos de Moroni en los cuales cita las enseñanzas de su padre, Mormón.

“Y ahora yo, Moroni, escribo unas pocas de las palabras que mi padre Mormón habló concernientes a la fe, a la esperanza y a la caridad...

“...quisiera hablaros a vosotros que sois de la iglesia, que sois los pacíficos discípulos de Cristo, y que habéis logrado la esperanza necesaria mediante la cual podéis entrar en el reposo del Señor, desde ahora en adelante, hasta que tengáis reposo con él en el cielo” [Moroni 7:1, 3].

...¿Qué significa entrar en el reposo del Señor? Para mí, significa que a través del amor de Dios me he ganado Su voluntad, de manera que puedo sentirme tranquilo en Cristo, que ya no me inquietará más todo viento de doctrina ni las estratagemas de hombres que acechan para engañar; y que me he cimentado en el conocimiento y el testimonio de Jesucristo, de tal modo que ningún poder me apartará del sendero estrecho y angosto que conduce de regreso a la presencia de Dios, para gozar de la exaltación en Su glorioso reino; que desde ahora en adelante disfrutaré de esa tranquilidad hasta que *repose* con Él en los cielos.

Deseo que se grabe esta idea en la mente de ustedes, porque quiero que entiendan que ése es el significado que quieren comunicar las palabras “entrar en el *reposo* de Dios”. Les aseguro que el hombre que no esté totalmente establecido en la doctrina de Cristo, que no haya entregado toda su alma al Señor y al

Evangelio que Él ha enseñado al mundo, no ha entrado todavía en ese reposo. Se encuentra aún a la deriva, errante, inestable, sin firmeza, sin fe inconvencible, listo para dejarse vencer por las estratagemas y la astucia del que está al acecho para engañar y para conducir al error y a las tinieblas. En cambio, el que ha recibido en el corazón el testimonio de Jesucristo, el que se ha entregado del todo al Reino de Dios y a la voluntad del Padre está bien fundado; tiene el corazón firme, la mente decidida; sus dudas se han disipado, todos los temores han desaparecido; sabe en quién confiar, y está firmemente fundado en sus propósitos y en su determinación de que él y su casa servirán a Dios, guardarán Sus mandamientos y andarán, hasta donde les sea posible llegar como seres humanos, con pureza de vida, con honor, fidelidad y rectitud ante el Señor.

Agradezco a mi Dios que ese espíritu y sensación de inquietud hayan desaparecido de mis pensamientos y de mi mente con respecto a la obra en la cual estamos embarcados; y que el Señor me haya dado en relación con ese asunto una certeza que va más allá de cualquier otra cosa. Me regocijo en el Evangelio; me regocijo en el testimonio del Espíritu de Dios que llevo en el corazón; me regocijo en el testimonio del profeta José Smith y de todo principio del Evangelio de Jesucristo que he aprendido hasta donde llega mi conocimiento. No puedo pedir ni desear nada mejor que los principios de vida y salvación que se han revelado en este gran plan de redención restaurado a la tierra en los postreros días...

Nos esforzamos por seguir la elevada norma moral que estableció el Salvador.

...Si tenemos en el corazón el firme propósito de servir a Dios y de guardar Sus mandamientos, ¿cuáles serán los frutos que produzcamos? ¿Cuál será el resultado?... Los hombres estarán llenos del espíritu de perdón, de caridad, de misericordia, de amor sincero; no buscarán motivo para contender unos con otros ni se aprovecharán del débil, del desprevenido ni del ignorante, sino que considerarán los derechos del ignorante, del débil y de los que dependen de ellos y estén a su merced como

los suyos propios; tendrán por sagradas las libertades de sus semejantes, tanto como las propias; valorarán la virtud, el honor y la integridad de sus vecinos y de sus hermanos tal como aprecian y consideran sagradas los suyos propios.

No podemos alcanzar de una sola vez aquella alta norma moral de perfección que Él promulgó; y aunque somos conscientes del hecho de no poder en el presente lograr esa perfección y de no poder comprenderlo todo como deberíamos, no obstante, la meta está ahí, la norma está ante nuestros ojos. Esperamos con anhelo el momento en que podríamos alcanzar esa norma gloriosa y exaltada que el Señor Jesucristo estableció para nosotros con Su ejemplo, Su vida y Su misión. Y aunque fracasemos en elevarnos hasta esa norma perfecta manifestada por Dios mediante Jesucristo, nos arrepentiremos del fracaso y mañana renovaremos la determinación y redoblabremos la diligencia para lograrla. Sí, en este momento redoblabremos nuestra diligencia, trataremos de vencer nuestras debilidades y de acercarnos más al ejemplo que nos dejó el Hijo de Dios.

Éste es el Evangelio de Jesucristo y es doctrina verdadera. El que lo obedezca, el que entre en el espíritu que trae consigo y lo atesore en el corazón, el que tenga en el alma ese deseo y procure ponerlo por encima de todos los demás, avanzará de fe en fe, de la esperanza al conocimiento, de la comprensión a la sabiduría y el poder, y, finalmente, hasta la exaltación y la gloria en el reino de nuestro Dios. Y no habrá fuerza alguna bajo el reino celestial que pueda detenerlo en su progreso si tan sólo se esfuerza por guardar las leyes y los mandamientos de Dios...

...Si nos decidimos este día, como Josué de la antigüedad, a servir a Dios, y de ahora en adelante lo servimos y guardamos Sus mandamientos, comenzaremos a ser capaces de separar las tinieblas de la luz, el bien del mal, lo correcto del error, lo que es puro de lo que es impuro; y a partir de ese momento, nuestro deseo por lo bueno será cada vez más fuerte, y nos volveremos más capaces de hacer el bien y de cumplir los propósitos de Dios, de vencer nuestras propias debilidades, en proporción directa con nuestra diligencia en abandonar lo malo y buscar lo bueno, en desear el bien y evitar el mal, en alejarnos del mundo y de los apetitos de la decadente naturaleza humana, y en con-

tribuir en todo lo que pueda exaltar a la humanidad, exaltar las aspiraciones y los propósitos del hombre y aumentar en él la caridad, el amor y la disposición a perdonar. Entonces podremos discernir la luz, como dijo el profeta, y tan claramente como distinguimos la luz del día de la oscuridad de la noche [véase Moroni 7:14–15]...

**Progresamos de gracia en gracia hasta recibir la plenitud
y llegar a ser coherederos con Jesucristo.**

Permítanme leer lo siguiente:

“De cierto, así dice el Señor: Acontecerá que toda alma que deseche sus pecados y venga a mí, invoque mi nombre, obedezca mi voz y guarde mis mandamientos, verá mi faz y sabrá que yo soy” [D. y C. 93:1].

Ésa es la palabra del Señor. No es fácil para un hombre ver la faz de Dios y saber que Él es si no desecha el pecado, si no viene a Él, si no invoca Su nombre, si no obedece Su voz y si no guarda Sus mandamientos. ¿Verá la faz de Dios y sabrá que Él es? No, no hay promesa al respecto, sino que es por el contrario. Es el que “venga a mí”, el que “deseche sus pecados”, el que “invoque mi nombre”, el que “obedezca mi voz”, el que “guarde mis mandamientos”; ése “verá mi faz”, dice Dios, y es ese el que “sabrá que yo soy”; y no sólo eso, sino que sabrá “que yo soy la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo” [D. y C. 93:2].

¡Qué gloriosa promesa se ofrece a los hijos de Dios!... Si Jesucristo, el Unigénito del Padre en la carne, no recibió de la plenitud en el principio y así fue llamado Hijo, sino que continuó recibiendo de gracia en gracia, añadiendo gracia sobre gracia hasta recibir la plenitud, es claro que el que siga Sus pasos, que obedezca Sus preceptos y que adopte Su plan de vida y salvación recibirá gracia por gracia y continuará de gracia en gracia; progresará de la imperfección a la perfección, y podrá recibir un poco aquí y un poco allí hasta que obtenga la plenitud como la recibió el Hijo de Dios; y de ese modo llegará a ser como Cristo, el Hijo de Dios, heredero de Dios y coheredero con Jesucristo. [Véase D. y C. 93:11–14.] No me siento capaz de expresar los pensamientos y el sentimiento que arden en mi

alma, despertados por esta palabra de Cristo, por esta gloriosa oportunidad que se me ha concedido por medio de la obediencia a los mandamientos de Dios y de seguir la palabra del Señor, de llegar a poseer algún día la plenitud de la gloria de Dios, la plenitud del conocimiento de la verdad, la plenitud de poder, de sabiduría, de poseer potestad y dominio y gloria como los del Padre.

¿No les brinda esto algo por lo cual vivir, una esperanza? ¿No es esto un premio invaluable que se les ofrece? Y se les ofrece mediante su obediencia, su fidelidad, su aceptación de la luz, de andar en ella como Cristo está en la luz; para que tengan hermandad con Él y la sangre de Cristo los limpie de todo pecado. Agradezco a mi Dios este santo Evangelio; le agradezco esta aspiración y esta esperanza que se han infundido en mi alma de llegar a ser digno de mi Padre y mi Dios; digno de morar con Él, digno de la exaltación en Su reino y de gozar de Su presencia y de Su favor a través de las incontables épocas de la eternidad.

Sé que éste es el Evangelio de Jesucristo que me habilitará para alcanzar esa exaltación, y no hay otra manera en que el hombre pueda ser salvo; no hay otro plan revelado en el mundo por el cual el hombre pueda ser exaltado y regresar a la presencia de Dios. No hay otro camino...

¿Se han revelado todas las cosas? No. ¿Tiene Dios otras cosas para revelar a Sus hijos? Sí, muchas; pero no estamos todavía preparados para una luz mayor que la que hemos recibido; porque a quien mucho se da, mucho se requiere, y ya se nos ha dado mucho y Dios nos requiere mucho más de lo que le damos. No andamos en la luz en la que Él está, no obedecemos la verdad como Él nos lo requiere. Cedemos a nuestra propia debilidad, nos dejamos vencer por las tentaciones que nos acosan, por nuestros propios apetitos, por nuestro propio egoísmo y por nuestros deseos humanos, en lugar de elevarnos por encima de las debilidades de la carne y decir dentro del alma: "Yo serviré a mi Dios, guardaré Sus mandamientos y andaré sin mancha ante Él". No lo hacemos; aun así, los Santos de los Últimos Días son la mejor gente del mundo. Y, con todas nuestras debilidades e imperfecciones, en la actualidad estamos viviendo más cerca de esa norma que cualquier otro pueblo en la tierra.

**Toda paz y felicidad son posibles por medio
del Evangelio de Jesucristo.**

Que el Señor les bendiga, que la paz esté con ustedes, mis hermanos y hermanas. Llenen su corazón con la fe del Evangelio. Sepan que esta religión que han recibido por medio de José Smith, el Profeta, es la religión de Dios, es la ley de Dios y los requisitos de Él para Sus hijos que están en la tierra, y que esto está por encima de todo lo demás. Por encima de sí mismos, por encima del mundo, por encima del oro y la plata, de casas y tierras; está por encima de la vida terrenal misma, porque en ello no sólo están seguros nuestra persona, nuestros derechos y privilegios, sino que estamos seguros en el don de la vida eterna, que es el más grande de los dones de Dios.

No hay nada que se le compare. Es lo más grande del mundo —lo más grande de toda la tierra—, lo más importante para nosotros: es la verdad de Dios, la religión de Jesucristo, la doctrina de la redención y de la salvación del pecado y de nuestras propias debilidades, de una unidad total y perfecta del espíritu, de la obra, del conocimiento, del poder y de la sabiduría de Dios, el Dador de todo lo bueno. Que la paz esté con ustedes y que les abunden las bendiciones de salud y amor, en todo lo que hagan, en toda posición que ocupen, para que tengan el temor de Dios presente en todo momento.

Pero no deseo que piensen ni por un momento que la religión de Jesucristo es fastidiosa o pesada para ustedes. No es así. Dios dijo: "...Mi yugo es fácil, y ligera mi carga" [Mateo 11:30]. Es la redención del pecado. El esclavo no es el que ha sido redimido y sacado de la cautividad del pecado sino el que todavía es deudor y prisionero de él. Ése es el esclavo, el cautivo; el tal merece nuestra piedad, nuestra comprensión y conmiseración. Él es quien debe tratar de elevarse por encima de la cadena de esclavitud y pecado a fin de gozar al liberarse del pecado y de la transgresión.

Jesucristo, el Hijo de Dios, es capaz, lo era mientras estaba en su estado carnal y sigue siéndolo, de disfrutar de todo lo que le sea posible gozar a una persona de rectitud; y no se le privó de nada que fuera de valor. Lo mismo sucede con los Santos de los

Últimos Días. “¡Ah! Pero si yo fuera a vivir su religión como usted me la describe”, dice alguien, “no disfrutaría más de nada, no tendría más placeres”. ¡Oh, necio! Yo puedo disfrutar de todo placer lícito y correcto que cualquier hombre en la tierra de Dios pueda gozar; y si soy más fiel que mi hermano en guardar los mandamientos de Dios, disfrutaré más de lo que a él le es posible. Ustedes tendrán la capacidad de disfrutar de la felicidad, pura e inmaculada, en la misma proporción de su lealtad, su fidelidad y su avance en el conocimiento de Dios, porque el Evangelio es lo que brinda el verdadero gozo y la verdadera libertad y liberación de las cadenas de la iniquidad y de la hiel de amargura.

Que Dios nos ayude a ver la verdad y la luz como la del día, y a discernirla tan claramente como distinguimos la luz del día de la oscuridad de la noche; ése es mi ruego, en el nombre de Jesús. Amén.

Sugerencias para el estudio

- ¿Qué significa “entrar en el reposo del Señor”? ¿Cómo obtenemos ese reposo?
- ¿Cómo podemos entregar nuestra alma entera al Señor y a Su Evangelio?
- ¿Qué podemos hacer para lograr cumplir “la norma exaltada” que el Salvador estableció para nosotros?
- ¿Qué significa progresar “de gracia en gracia”? ¿Qué debemos hacer para asegurarnos de continuar progresando de esa manera hasta recibir la plenitud?
- ¿Qué promesas gloriosas se hacen a los que se esfuerzen por llegar a ser como el Salvador?
- Al aumentar su fe en Jesucristo, ¿cómo le ha hecho Él más livianas las cargas y les ha dado descanso? (Véase también Mateo 11:28–30.)
- ¿Qué experiencias le han ayudado a entender que toda paz y felicidad se hallan por medio del Evangelio de Jesucristo?
- El estudio que ha hecho del Evangelio de Jesucristo, por medio de estas enseñanzas del presidente Joseph F. Smith, ¿en

qué forma han contribuido a que sepa más acerca de Dios?
¿Cómo le han ayudado a sentir verdadero gozo y paz? ¿A parecerse más al Salvador?

Notas

1. En "Conference Report", abril de 1915, pág. 5.
2. Citado en Preston Nibley, *The Presidents of the Church*, 1947, págs. 260–261.
3. "At Rest in Christ", *Millennial Star*, 30 de mayo de 1907, págs. 337–349; párrafos modificados.



ÍNDICE

A

Abraham

- ejemplo de fe, 56
- ejemplo de sacrificio y de integridad, 450–452

Abuso. *Véase* Maltrato

Adán

- Caída, la, trajo la muerte espiritual, 102
- Caída, la, trajo la muerte temporal, 93–95
- el primer hombre, 360

Adversidad

- fe, la, nos sostiene en la, 55–57
- pone a prueba nuestra integridad, 448–451
- Véase también* Oposición

Albedrío, 305–315

- debe utilizarse para prestar servicio en Sión, 368–369
- Dios controlará los resultados finales del, 307
- Dios permite la maldad como resultado del, 307–308
- don de Dios; Él no interfiere en, 305–308
- Iglesia, la, no viola la libertad, 309–310
- obediencia, la, brinda las más grandes bendiciones, 310–313
- responsable de lo que elija hacer, 305–308

Alcohol. *Véase* Palabra de Sabiduría

- Alma, espíritu y cuerpo combinados, 94

Amor, amar

- a Dios más que a cualquier otra cosa, 446–448
- a nuestro prójimo como a nosotros mismos, 209–212
- de Dios por Sus hijos, 451
- de una madre se asemeja al amor de Dios, 36–37
- enseñar a los niños con, 320–322
- fundamento del matrimonio, 192–194
- impide el maltrato, 268–272
- Véase también* Caridad; Servicio

Apostasía, Apostatar

- el no sostener a los líderes lleva a la, 233, 243–244, 391–392
- la persona que pague el diezmo no apostatará, 297

Apóstol, ordenación de Joseph F. como, XVI, 147–148

Apóstoles de Cristo

- martirio de los, 449
- recibieron el Espíritu Santo, 76–77

Aprendizaje. *Véase* Educarse, educación

Arrepentimiento, 61–67

- definición del verdadero, 63–64
- del pecado sexual, 172–173
- necesario para la salvación, 62–68

Asociación de Mejoramiento

- Mutuo, servicio de la, 366–367

Autodominio, 397–406

- evitar el baile inmodesto, 404–405

- evitar la difamación, 402–403
 evitar la inmodestia, 403
 evitar la profanidad, 401
 evitar las publicaciones
 malsanas, 404–405
 evitar los juegos de azar, 402
 Salvador es ejemplo del,
 399–400, 406
- Autoridades Generales,
 sostenimiento, 228–232
- Ayuno, provee para los pobres,
 212–214
- B**
-
- Baile, 404
- Barra de hierro, asirse a la, en
 empeños educativos, 343
- Bautismo, 61–68
 de Jesús, 66
 definición del verdadero, 65–66
 necesario para la salvación, 62–68
 por inmersión, 63–66
 se nace de nuevo por medio de
 Jesucristo, 384–385
 sencillez de la ordenanza, 65–66
- Brujerías, los males de las, 125
- Bueyes, oración de Mary Fielding
 Smith para hallarlos, XV, 22–23
- C**
-
- Caída de Adán
 erradicada por la Expiación,
 95–98
 trajo la muerte temporal, 93–94
 trajo la muerte espiritual, 102
- Calamidades, propósito de las, 421
- Cambio en el corazón, por
 medio del Espíritu Santo, 75
- Caridad, 207–216
 ama al prójimo como a ti
 mismo, 209–211
 ayuno, el, para proveer para los
 pobres, 212–213
 evitar la crítica, 211
 generosidad para con los
 pobres, 208–209
 para con los enemigos, 276–280
 principio más grande que
 existe, 209
 prueba de la grandeza de
 nuestra alma, 263
 sacrificar nuestros deseos por el
 bien de los demás, 214–215
 Véase también Amor; Servicio
- Castidad, 166–174
 es posible arrepentirse del
 pecado sexual, 172
 fidelidad en el matrimonio,
 169–171
 gravedad del pecado sexual,
 166–169
 importancia que tiene tanto
 para el hombre como para la
 mujer, 168–169
 mantener, la, durante los
 tiempos de guerra, 430–432
 relevo de un misionero que
 quebrantó la ley de, 166
 Véase también Pecado sexual
- Ciencia, la revelación divina es la
 norma, 339–340
- Ciudadanos
 Santos de los Últimos Días, los,
 son buenos, XX–XXI, 131–133
 ser, el, leales, 130–136
- Codicia, 183–184
- Concilio de los cielos, 356–358
- Confianza. *Véase* Fe

- Congregarse en Utah, ya no se animó el, XX
- Conocimiento, la obediencia lleva a obtener un mayor, 289–291
- Contención, los misioneros deben evitar la, 84–87
- Convenios
hacerlos dignamente, 332–333
ser fieles a los, del templo, 333–334
ser fieles a los, 111–112
- Corazón, cambio en el corazón, por medio del Espíritu Santo, 74
- Creador, Dios el Padre es el, 381
- Crítica
a los líderes de la Iglesia, 231–235
buscar lo bueno en lugar de valerse de la, 277
difamación, 402–403
evitarla, 211–212
- Cuerpo
forma del, en la resurrección, 96–97
necesidad del, 158–161
y espíritu constituyen el alma, 94
- D**
-
- Deudas
Iglesia, la, libre de, 294–296
importancia de evitarlas, 175–180
Véase también Finanzas, sabiduría para las
- Día de reposo, 248–255
bendiciones que se reciben por la observancia del, 254–255
- Dios ha consagrado el, 248
lo que se debe hacer en el, 248–251
noche del sábado, preparación para el, 252
profanación del, lleva a perder el Espíritu, 253–254
- Diablo. *Véase* Satanás
- Diezmo, 294–302
bendiciones a los que pagan el, 299–301
difícil de pagar para el rico, 301
Iglesia, la, libre de deudas, 294–296
la papas (patatas) de Mary Fielding Smith, 50–51
la persona que pague el, no apostatará, 297
ley del Señor de suministro de fondos, 297–299
obediencia a la ley del, 296–297, 300–302
quiénes administran los, 298–299
- Difamación, 402–403 *Véase también* Crítica
- Dinero. *Véase* Finanzas, sabiduría para las
- Dios, hijos de. *Véase* Hijos de Dios
- Dios el Padre
conocer a, es vida eterna, 379–380
de Jesucristo, 380–382
de nuestros espíritus, 380–381
es el Creador, 381
fe en, es necesaria, 51–54
tiene cuerpo de carne y huesos, 380–381
uno con Jesucristo, 383
Véase también Hijos de Dios

- Disciplina
 ser bondadosos con los niños,
 271–272
Véase también Autodominio
- Doctrina falsa, evitarla, 122–127
- Doctrina, falsa. *Véase* Falsa doctrina
- Doctrina y Convenios
 debe leerse a menudo para hallar la verdad, 45–47
 revela principios gloriosos, 45
 testifica de Cristo, 43–45, 220–221
Véase también Escrituras
- Domingo. *Véase* Día de reposo
- Don del Espíritu Santo. *Véase* Espíritu Santo
- E**
-
- Economía. *Véase* Finanzas, sabiduría para las
- Educarse, educación, 336–344
 aplicar lo que aprendamos, 340–342
 asirnos a la barra de hierro en, 343–344
 función de la ciencia y de la filosofía, 339–340
 procurar, en la verdad, 336–344
 revelación divina, la, es la norma, 338–340
 se debe estar aprendiendo constantemente, 340–342
- Egoísmo
 amar al prójimo como a nosotros mismos, 209–211
 el no desear el matrimonio y la familia, 190–192
- Evangelio, el, vence el, 214–215
Véase también Caridad
- Ejemplo
 al enseñar a los hijos, 318–320
 de valentía de los primeros líderes de la Iglesia, 115–117
 Jesucristo es nuestro gran, 161–162, 457–458
 necesario en la obra misional, 88
 padre, el, debe dar el, 412
 “El Padre y el Hijo”, exposición doctrinal, 379
- Élderes *Véase* Misioneros
- Elohim. *Véase* Dios el Padre
- “El origen del hombre”, declaración de la Primera Presidencia, 355
- Enemigos
 de la Iglesia no triunfarán, 279–281
 dejarlos en las manos de Dios, 281
 misericordia para con los, 278–279
 no son nuestros, sino del Señor, 280–281
 perdón de Joseph F. a sus enemigos, XVIII
- Engaño
 evitar las enseñanzas falsas, 122–127
 la verdad nos libra del, 127–128
- Enseñar el Evangelio, cómo deben los misioneros, 84–87
- Entretenimiento. *Véase* Recreación
- Escrituras, 40–48
 aplicarlas a nosotros mismos, 45–46

- buscar en ellas riqueza espiritual, 41–43
 - hay que leerlas a menudo, 46–48
 - Joseph F. las aprendió de su madre, 40
 - llevan a hallar reposo en Cristo, 41
 - más importantes que libros populares, 46–47
 - Perla de Gran Precio, La, se añadió al canon, 40
 - testifican de Cristo, 43–45, 220–221
- Espíritu
 - de los niños pequeños después de la muerte, 139–142
 - se reunirá con el cuerpo, 96–97
 - Véase también* Espíritu Santo
- Espíritu Santo, 70–78, 285–291
 - cómo conservarlo, 72–75
 - conocer la voluntad de Dios por medio del, 58
 - da testimonio de Jesucristo, 219–221
 - don del, 71–72
 - funciones del, 72–74
 - guía a las madres, 35–37
 - guía personal a todos los miembros, 285–287
 - hacer lo que el Espíritu indique, 288
 - Joseph F. oyó, en un tren, 284
 - misioneros, los, enseñan con el, 81–82, 84–86
 - nacer de nuevo, por medio del, 74–75
 - obediencia al, lleva a recibir un mayor conocimiento, 289–291
 - pecado imperdonable contra el, 76–78
 - profanar el día de reposo lleva a la pérdida del, 253
 - protege de las maldades, 127–128
 - revelación por medio de la voz apacible del, 287–288
 - testifica de Jesucristo, 6–8
 - une a todas las personas, 394
- Espiritual, muerte. *Véase* Muerte, espiritual
- Esposa, debe tratar a su marido con gentileza, 268. *Véase también* Matrimonio
- Evangelio
 - lleva paz al mundo, 427–433
 - nos hace generosos, 214
 - restauración del, 12–14
 - toda felicidad es posible por medio del, 461–462
- Exaltación
 - arrepentimiento y bautismo necesarios para la, 67
 - familias, parte de la, 413–414
 - hijos de Dios, los, pueden llegar a ser como Él, 361–362
 - matrimonio, el, es para nuestra, 187–191, 194
 - necesaria para llegar a ser padres de hijos espirituales, 97
 - plan de salvación conduce a la, 158–161
 - por medio de la Expiación y de la fidelidad, 106–107
 - progresamos de gracia en gracia, 459–460
 - sacrificio necesario para la, 58
 - se debe conocer a Dios y a Jesucristo, 379–380
- Éxito
 - definición del éxito, 446–447
 - ser un buen padre y una buena madre es tener, 414

Expiación

- condicional, 101–108
- incondicional, 91–98
- llegar a ser coherederos con
Jesucristo por medio de la,
106–107
- redime a los niños pequeños
que mueren, 138–139
- redime de la muerte temporal,
91–98
- redime de la muerte espiritual,
103–106
- se recuerda durante la Santa
Cena, 107–108
- vence la caída de Adán, 95–97

F

Familia

- amor de Joseph F. por la
familia, XVIII–XIX
 - comienza con el matrimonio
eterno, 190–192
 - debemos esforzarnos por salvar
a nuestra, 261–263
 - el egoísmo no desea la, 190–192
 - Espíritu Santo, el, une a, 394
 - oración con la, 27–28
 - relaciones de la, por la
eternidad, 413–414
 - Véase también* Historia familiar,
obra de; Noche de hogar; Hogar
- Fe, 51–59
- definición de la, 51–54
 - Dios nos enseña, 53
 - don de Dios al hombre, 54–55
 - Ejemplo de fe de Abraham,
55–57
 - en Dios el Padre y en Jesucristo,
51–54
 - nos sostiene en la adversidad,
55–57

- podemos entrar en el reposo de
Dios por la, 58
- se obtiene por medio de la
obediencia, 54–55
- valor que la fe infunde, 58,
112–116

- Finanzas, sabiduría para las
- amar a Dios más de lo que se
ama el dinero, 180–183
 - deseos de Joseph F. de comprar
regalos de Navidad, 175
 - dinero, el, no es la verdadera
fuente de la felicidad, 180–183
 - evitar la codicia, 183–184
 - evitar las deudas para ser libres,
176–180
 - hipotecas, se exhorta a actuar
con cautela, 178–180
 - utilizar el dinero para edificar el
reino de Dios, 182–184

Fowler, William, 257

Frugalidad, 175–185 *Véase
también* Finanzas, sabiduría
para las

G

Genealogía. *Véase* Historia
familiar, obra de

Gobierno

- Santos de los Últimos Días
apoyan al, 131–136
- separación de Iglesia y estado,
133–135

Gozo, propósito de nuestra
existencia terrenal, 160

Gracia, recibir gracia sobre, 163,
459–460

Guerra

- mensaje de Joseph F. durante
la, 427–428

seguir siendo rectos durante la,
430-432
sólo el Evangelio impide la,
428-430

H

Hawai

amor por madre hawaiana,
201-208
misión en, XV-XVI
poner fin a la obra de un
engañador en, 120

Hermanas. *Véase* Mujeres

Hijos de Dios, 355-363
creados a la imagen de Dios,
358-360
podemos llegar a ser como
nuestro Padre, 361-362
somos los, 355-358

Hijos espirituales de Dios. *Véase*
Hijos de Dios

Hijos de perdición, 76-78

Hijos (Niños) enseñanza de los,
316-326
amor, el, la influencia más
poderosa para con los, 320-321
enseñarles a amar a Dios y el
Evangelio, 372-373
enseñarles el don del Espíritu
Santo, 72-73
enseñarles el Evangelio,
318-320, 372-376
enseñarles el patriotismo,
131-133
enseñarles la paciencia y el
trabajo, 323-325
evitar que se vuelvan
desobedientes, 322-323
fe en Jesucristo, 33-34
importancia del ejemplo,
318-320

lo que hay que enseñarles,
318-320
padres, los, deben ser
especialistas de la verdad,
372-373
regular la recreación de los,
321-322
responsabilidades de la madre
para con los, 33-34
responsabilidades de los padres
para con los, 261-262, 318-320
responsabilidades del padre
para con los, 412-413
valerse del respeto, nunca del
maltrato, 267-272

Hipotecas, se exhorta a tener
prudencia con las, 178-180

Historia familiar, obra de, 435-443
declaración que hizo José Smith
de la importancia de, 439
en el Milenio, 442

Evangelio, el, se predica a los
muertos, 438-440
nuestras responsabilidades,
440-442

Salvador, el, comenzó la obra
por los muertos, 436-438
salvadores en el monte de Sión,
263-265, 440-442

vivos y muertos trabajan
unidos, 438-441

Véase también Visión de la
redención de los muertos

Hogar

debe reformarse, 372-373
fundamento del, ideal,
192-194, 410-411
necesario para la felicidad, 35
no hay sustituto para el, 410
templo de la familia, 372-373

Hogar, noche de. *Véase* Noche de
hogar

I

Iglesia, Presidente, *Véase*
 Presidente de la Iglesia
 Ignorancia, uno de los peores
 males, 340–342
 Incendio, destruyó los efectos
 personales de Joseph F. 80–81
 Inmodestia, 403–404
 Integridad, 445–452
 Abraham, ejemplo de, 450–451
 adversidad, la, pondrá a prueba
 nuestra, 448–451
 se manifiesta al dar prioridad a
 Dios, 446–448
 Inteligencia. *Véase* Educarse,
 educación,

J

Jesucristo
 aceptado como Salvador en el
 mundo pre-terrenal, 355–356
 bautismo de, 66
 coherederos con, 106–107
 cómo se recibe un testimonio
 de, 217–224
 ejemplo de autodomínio,
 399–400, 406
 ejemplo de perfección,
 161–162, 457–458
 ejemplo del vivir en paz, 432–433
 entregar nuestra alma a Él,
 456–457
 Escrituras contemporáneas
 testifican de, 43–44
 espíritu de, apareció al
 hermano de Jared, 359
 espíritu era adulto antes de
 nacer, 141
 Espíritu Santo testimonia de, 6–8,
 72

Expiación de, redime de la
 muerte temporal, 91–98
 Expiación de, redime de la
 muerte espiritual, 101–108
 fe en, es necesaria, 51–54
 imagen misma de Su Padre,
 358–359
 llegar a ser como Él es nuestro
 propósito, 158–162
 más eminente de todos los
 maestros, 43
 Padre de los fieles, 383–385
 Padre del cielo y de la tierra, 383
 Padre por investidura divina de
 autoridad, 385–386
 perdón de, 3–4, 279
 preordenado para salvar a los
 muertos, 436–438
 Primogénito, el, 359, 381–382
 recibió gracia sobre gracia, 163,
 459–460
 redime a los niños pequeños
 que mueren, 138–139
 reposo en, 455–462
 Resurrección de, 4–6
 Santa Cena, la, nos ayuda a
 recordar la Expiación, 107–108
 Sermón del Monte confirma Su
 divinidad, 2–3
 testimonio de Joseph F. de,
 1–8, 221, 223–224, 385–386,
 460–462
 Unigénito, 381–382
 uno con el Padre, 383
 utilizó el albedrío para hacer el
 bien, 312–313
 vida y enseñanzas de, prueba
 Su divinidad, 2–4
Véase también Segunda Venida;
 Testimonio
 Job, demostró integridad, 450

Juegos de azar, 402
 Justicia, fe en la, de Dios, 57
 Juzgar
 Espíritu Santo lleva a,
 rectamente, 289
Véase también Crítica

K

Kimball, Vilate, 203
 Kimball, Heber C.
 bautizó a Joseph F., 61
 uno de los hombres nobles
 de Dios, 117

L

Lamanitas, bendecidos por el
 Libro de Mormón, 44–45
 Lealtad al país, 131–135
 Libertad
 Iglesia, la, no viola la libertad
 individual, 309–310
 la mayor, se obtiene por medio
 de la obediencia, 311–313
 se alcanza por medio de la
 obediencia, 304–314
 sólo el Evangelio la conserva,
 428–430
 Véase también Albedrío
 Libre albedrío. *Véase* Albedrío
 Libro de Mormón
 bendice a los lamanitas, 44–45
 leerlo a menudo para hallar la
 verdad, 45–47
 testifica de Jesucristo, 43–45
 traducido por José Smith, 16–17
 traducido a muchos idiomas, 44
 testigos del, 44
 Véase también Escrituras

Libros
 de las Escrituras, los más
 importantes, 46–47
 deben ser sanos, 404
 Líderes del sacerdocio, apoyo a
 los, 226–235
 Autoridades Generales, 228–231
 el no apoyarlos lleva a la
 apostasía, 233
 importancia del voto de
 sostenimiento, 227–228
 no se debe criticar a los, 231–235
 obispos y presidentes de estaca,
 231–233
 Literatura, sana, 404
 Llaves del sacerdocio, 151,
 240–242
 Lujuria. *Véase* Castidad;
 Autodominio

M

Madres, 31–38
 amor de las, es semejante al
 amor de Dios, 36–37
 criarán a sus hijos pequeños
 que mueran, 141
 influye en generaciones, 33–34
 no se debe maltratar a las,
 270–271
 reciben ayuda del Espíritu
 Santo, 35, 38
 responsabilidad de enseñar a
 los hijos, 34–35
 verdadera grandeza, 414
 Véase también Hijos (Niños)
 enseñanza de los
 Maldades, Dios permite las,
 307–308

- Maltrato (abuso), 267–272
 el tratarse mutuamente con respeto, 267–270
 marido, el, no debe, 267–270
 padres, los, no deben, 271–272
 sentimiento de Joseph F. con respecto a un niño en la Iglesia, 267
- María, madre de Jesús, 382
- Marido, nunca debe tratar mal a su esposa, 268–270. *Véase también* Matrimonio
- Martirio
 de José y de Hyrum Smith, XII–XIV
 de los discípulos de la antigüedad, 449
- Matrimonio, 186–194
 debe establecerse sobre el amor y la devoción, 192–196
 Dios manda el, 187–190
 fidelidad en el, 170–171
 importancia del, en el templo, 191–192
 índole sagrada de los convenios, 169–172
 nada debe interponerse entre marido y mujer, 194
 para la gloria y exaltación eternas, 187–190, 194
- Matrimonio en el templo. *Véase* Matrimonio
- Milenio, tiempo para redimir a los muertos, 442
- Misericordia para con los enemigos, 278–279
- Misión, de cada persona en la tierra, 259
- Misioneros, 80–89
 deben enseñar con sencillez, 84–87
 deben enseñar con el Espíritu, 81–82, 84–86
 deben evitar la contención, 84–87
 deben orar, 81–82
 deben ser rectos y obedientes, 82–84
 deben ser sociables, 84
 deben tener humildad, 81–82
 efectos personales de Joseph F. se quemaron cuando era, 80–81
 oración de Joseph F. por los, 28–29
 responsabilidades de los ex misioneros, 88–89
- Muerte, espiritual
 Caída, la, trajo la, 102
 Jesucristo redime de la, a los que se arrepienten, 101–102
- Muerte, temporal
 Caída, la, trajo la, 92–94
 necesidad y bendición de la, 92–95
 Resurrección, la, vence la, 95–98
- Muerte de hijos de Joseph F., 91, 137–138, 143
- Muertos. *Véase* Historia familiar, obra de; Visión de la redención de los muertos
- Mujeres
 hermanas valientes y fieles de los primeros días de la Iglesia, 203–204
 no se debe maltratar a las, 270–271

participan de las bendiciones
del sacerdocio, 140–151
Véase también Sociedad de
Socorro

N

Nacer de nuevo
por medio de Jesucristo, 384–385
por medio del Espíritu Santo,
74–75
por medio del bautismo, 62
Navidad, deseos de Joseph F. de
comprar regalos de, 175
Necesitados. *Véase* Pobres y
necesitados
Nibley, Charles W., 175, 207, 284
Niños (Hijos)
El amor de Joseph F. por los, 409
herencia de Jehová son los
hijos, 318
no se debe maltratar a los,
271–272
nos reuniremos con los que
mueran, 142–143
que mueren antes de llegar a la
edad de responsabilidad son
redimidos, 138–139
resurrección de los, pequeños,
139–141
salvación de los, pequeños,
137–143
Véase también Hijos (Niños),
enseñanza de; Hijos de Dios
Noche de hogar, 371–377
enseñar el Evangelio durante la,
373–374
padres deben cumplir fielmente
sus deberes, 375–376
promesas que se prometen si
obedecemos, 374

qué hacer durante, 374
se introdujo la, XXI, 371–372

O

Obediencia
a la voz del Espíritu, 288–289
brinda bendiciones
invalorable, 310–313
es inspirada por el testimonio
de Jesucristo, 222–223
lleva a obtener un mayor
conocimiento, 289–291
necesaria para la exaltación,
67–69, 163
necesaria para labrar la
salvación, 260–262
necesaria para obtener la fe,
54–55
prepara para la Segunda Venida,
422–424
Obispos, el sostenerlos y
apoyarlos, 232–234
Obra misional, 80–89
cómo deben enseñar el
Evangelio, 84–87
cualidades indispensables de
los misioneros, 81–84
necesario localmente, 87–88
responsabilidades de los ex
misioneros, 88–89
Oposición
mantenerse firme frente a la,
112–116
Véase también Adversidad
Oración, 22–29
cómo acercarse a Dios en,
23–24
con humildad y con fe, 23–26
con la familia, 27

- de Mary Fielding Smith por los bueyes que se habían perdido, XV, 22–23
- indispensable para los misioneros, 81–82
- por el bien de los demás, 28–29
- sencilla y frecuente, 24–25
- Orden patriarcal, 149–150, 411
- Ordenanzas, templo
- deben efectuarse dignamente, 332–333
 - necesarias para la salvación, 329–331
- Organizaciones auxiliares
- instrucciones para la reforma de los jóvenes, 397
 - servicio de las, 366–369
 - sirven bajo el sacerdocio, 366–367
 - trabajo de Joseph F. con las, XXII
- Orgullo (soberbia), lleva a las doctrinas falsas, 122–123
- Orientación familiar, Joseph F. hizo hincapié en la, XXII
- P**
-
- Pablo, tenía el valor de la fe, 113–114
- Paciencia, enseñar a los hijos la, 323–324
- Padres (de familia), 409–415
- amor de Joseph F. por la familia, 409
 - deben cumplir con su deber para con su familia, 412–413
 - deben dar el ejemplo, 412
 - la verdadera grandeza, 414
 - no deben eludir la vida familiar, 410–411
 - presiden la familia, 411
- Véase también* Hijos (Niños)
- enseñanza de los; Dios el Padre; Jesucristo
- Padres. *Véase* Hijos (Niños)
- enseñanza de los; Padres (de familia); Madres
- Palabra de Sabiduría
- bendiciones por obedecer la, 350–353
 - el no observarla lleva a la degradación y a la ruina, 348–350
 - el obedecerla nos acerca más a ser como el Señor, 351–353
 - para nuestro beneficio y prosperidad, 348–350
 - predicación de Joseph F. sobre la, 346–348
- Patriotismo, los Santos de los Últimos Días tienen, 131–133
- Paz, 427–433
- ejemplo de, de Jesús, 433
 - en tiempos peligrosos, 421–422
 - nos esforzamos por vivir en, con todos los hombres, 432–433
 - sólo el Evangelio brinda, 428–430
- Pecado imperdonable, 76–77
- Pecado, nadie puede salvarse en el, 102–103
- Pecado sexual
- es posible arrepentirse del, 172–173
 - gravedad del, 166–168
 - se intensifica cuando se quebrantan los convenios, 171
- Véase también* Castidad
- Pedro
- predicación a los muertos, 440
 - recibió el Espíritu Santo, 76
- Perdición, hijos de, 76–77

- Perdonar, perdón
 a los enemigos, 275–281
 de Joseph F. a los enemigos, XVIII
 del Salvador desde la cruz, 3–4
 unos a otros, 64–65
- Pereza, lleva a las doctrinas falsas, 122–123
- Perla de Gran Precio, La, se añadió al canon, 40
- Persecución
 dirigida a la Iglesia, XXII
- perdón de Joseph F. a los causantes de, 275–276
Véase también Perdonar, perdón
- Pioneros, ejemplos de fieles y valientes, 115–117
- Plan de salvación, 157–163
 nos ayuda para llegar a ser como Jesucristo, 161–162
 obediencia al, 163
 posible por medio de Jesucristo, 163
 proyectado para nuestra exaltación, 158–162
- Pobres y necesitados
 ayuno para el beneficio de los, 212–213
 caridad para con los, 208–209
 Sociedad de Socorro debe cuidar de los, 199–201
- Poder para sellar, el Presidente de la Iglesia tiene las llaves del, 151
- Predilección por algún principio de Evangelio, evitar la, 125–126
- Presidencia de la Iglesia, 238–239
- Presidente de la Iglesia, 237–245
 Dios guía la Iglesia por medio del, 238
- Dios magnificará al, 243–245
 Joseph F. llegó a ser, XIX–XX, 237
 parte de la Primera Presidencia, 238–239
 posee las llaves del sacerdocio, 151, 240–243
 recibe revelaciones para la Iglesia, 242–243
 sostenimiento del, 228–230
- Presidentes de estaca, sostenimiento de, 232–233
- Primaria, servicio de la, 366–367
- Primera Visión, la, el acontecimiento más grande ocurrido desde la Resurrección, 15–16
- Primera Presidencia, 238–239
- Primogénito. *Véase* Jesucristo
- Principio del Evangelio, evitar la predilección por algún, 125–126
- Profanidad, 401
- Prójimo, amemos a nuestro, como a nosotros mismos, 209–210
- R**
-
- Recreación, diversión
 debe ser sana, 400–401
 no en el día de reposo, 250–251
 no es el propósito de la vida, 400–401
 padres, los, deben regular la, de sus hijos, 322–323
- Redención de los muertos. *Véase* Historia familiar, obra de; Visión de la redención de los muertos
- Redentor. *Véase* Jesucristo
- Rencor
 no guardar, a nadie, 275–281

Véase también Perdonar; perdón

Reposo, descanso, 455-462
 al entregar nuestra alma a
 Jesucristo hallamos, 456-457
 en Cristo, 455-462
 en el día de reposo, 248-251
 entrar en el, por la fe, 58
 Escrituras llevan a hallar, 41
 progresamos de gracia en
 gracia, 459-460
 seguir el ejemplo del Salvador,
 457-458
 toda felicidad es posible por
 medio del Evangelio, 461-462
 Restauración del Evangelio, 12-14
 Resurrección
 de Jesucristo, 4-6
 de los niños pequeños, 139-141
 Expiación, la, hace posible la,
 95-97
 forma del cuerpo en la, 96-97
 Revelación, 284-291, 388-395
 a todos los miembros de la
 Iglesia, 285-287
 continua, 389-390
 debemos obtener un testimonio
 por medio de la, 218-219
 directa de Dios al hombre, 389
 mediante los medios del
 sacerdocio, 124-125; 391-393
 necesidad de la, en esta época,
 390
 obediencia, la, lleva a obtener
 mayor, 289-291
 personal, 392
 por medio de la voz apacible
 del Espíritu Santo, 287-288
 Presidente recibe, para la
 Iglesia, 242-244
 une a toda la familia humana,
 393-394

S

Sábado, noche del, preparación
 para el día de reposo, 252
 Sacerdocio, 147-154
 consejos deben magnificar su
 llamamiento, 368
 definición del, 148-149
 el honrar el, 153-154
 gobierna por medio de la ley
 del, 152-153
 gobierno de Dios, 148-149
 llaves del, 151, 240-241
 mujeres, las, también disfrutan
 de las bendiciones del,
 149-150
 organizaciones auxiliares
 trabajan bajo la autoridad del,
 366-367
 para el ministerio de servicio,
 365-366, 367-369
 restaurado por medio de José
 Smith, 12
 Sociedad de Socorro no es
 independiente del, 204
 trabajo de Joseph F. con el, XXI
 Sacrificio
 de nuestros deseos por el
 bienestar de los demás,
 214-215
 de todo para mantener la
 integridad, 449-451
 necesario para la vida eterna, 58
 por el bienestar de los demás,
 367-369
 Salud. *Véase* Palabra de Sabiduría
 Salvación, plan de. *Véase* Plan de
 salvación
 Salvador. *Véase* Jesucristo
 Salvadores en el monte de Sión,
 264-265, 440-442. *Véase*

- también* Historia familiar, obra de
- Santa Cena, durante la, recordamos la Expiación, 107–108
- Satanás
 buscó ser el salvador del mundo, 356
 enemigo de la obra de Dios, 280
 falsas revelaciones de parte de, 124–125
 imitación de milagros y brujería, 125–126
 lucha en contra de la verdad, 121–122
- Saulo, no cometió pecado imperdonable, 76–77
- Segunda Venida, 417–424
 calamidades, propósito de las, 420–422
 justos, los, se prepararán para la, 134–135
 leales a los respectivos gobiernos, 134–135
 obediencia, la, prepara para la, 422–424
 paz en tiempos peligrosos, 421–422
 profetas han predicho la, 418–420
- Separación entre la Iglesia y el estado, 133–136
- Sermón del Monte, confirma la divinidad del Salvador, 2–3
- Servicio, 364–369
 de las organizaciones auxiliares, 366–369
 Joseph F. sirvió fielmente, 364–365
- sacerdocio, el, para el ministerio de servicio, 365–366, 367–369
Véase también Caridad
- Smith, Mary Fielding
 enseñó a Joseph F. basándose en las Escrituras, 40
 influencia poderosa de, en Joseph F., 31–38
 matrimonio de, XI–XII
 muerte de, XV
 oración de, por bueyes perdidos, XV, 22–23
 pago de sus diezmos en papas (patatas), 50–51
 recibiendo a los hijos de Joseph F. que morían, 138
 viaje de, al Valle del Lago Salado, XIV–XV, 31
- Smith, Mercy Josephine, 137
- Smith, Rachel, 294–296
- Smith, Rhonda, 137
- Smith, Ruth, 138
- Smith, Julina, 186
- Smith, Alice, 91
- Smith, George A., carta a, 80
- Smith, Joseph F.
 al despedirse de su esposa Julina, 186–187
 amor de la madre de, y de, por su madre, 31–33, 36–37
 amor de, por los niños, 316–318
 amor de, por la familia, XVIII–XIX, 409
 amor de, por madre hawaiana, 207–208
 amor por los templos, XIX–XX
 aprendió las Escrituras estudiándolas con su madre, 40

- aptitud para hablar en público, XVII, XIX
 bautismo de, 61
 cómo se recibe un testimonio, 217–218
 en Nauvoo, XII
 Iglesia, la, libre de deudas, 294–296
 incendio en la misión, 80–81
 llegó a ser Presidente de la Iglesia, XIX–XX, 237
 madre de, enseñó la fe al pagar el diezmo, 50–51
 mensaje durante la Primera Guerra Mundial, 427–428
 misión a Hawái, XV–XVI, 70
 muerte de, 445
 muerte de hijos de, 91, 137–138, 144
 nacimiento de, XI–XII
 oración de, en el aniversario número 50 de la Sociedad de Socorro, 197
 oración de la madre de, por bueyes perdidos, XV, 22–23
 oración de, por su hijo misionero, 29–30
 ordenación de, como Apóstol, XVI–XVII, 147–148
 Palabra de Sabiduría, predicación sobre la, 346–347
 perdió un terreno para servir en una misión, 226
 perdón de, a los perseguidores, XVIII, 275–276
 prestó servicio a la comunidad, 130
 programa de noche de hogar se introdujo en la Iglesia, 371–372
 publicó “El origen del hombre”, 355
 publicó “El Padre y el Hijo”, 379
 recibió la visión de la redención de los muertos, 388
 regalos de Navidad, deseos de comprar, 175
 Respondió a matones antimormones, 110
 se presentó ante el Congreso, 304
 sentimiento de, por la muerte de su hijo Hyrum, 435
 sentimientos de, respecto de un niño en la Iglesia, 267
 servicio funerario en el cementerio, 1, 455
 sirvió fielmente en todos los llamamientos, 364–365
 sitios sagrados, trabajo de, con respecto a, XXIII
 sueño acerca del estar limpio, 101–102
 tarea de poner fin a la obra de un engañador en Hawái, 120
 testimonio de, de José Smith, XII, 11–19
 testimonio de, del Salvador, 1, 385–386, 455–462
 viaje de, al Valle del Lago Salado, XIV–XV, 31
 Smith, José el Profeta
 en un sueño con, 101–102
 encarcelamiento de, 157
 ha hecho más por la salvación del hombre, 17–19
 muerte de, XII–XIV
 Primera Visión, 15–16
 restauró el Evangelio, 12–14
 restauró el sacerdocio, 12–14
 restauró las ordenanzas del templo, 12

- salvar a los muertos es una de las responsabilidades más importantes, 438–439
- testimonio de Joseph F. de, XII, 11–19
- tradujo el Libro de Mormón, 16–17
- Smith, Edith Eleanor, 275
- Smith, Hyrum
- encarcelamiento de, 157
- está predicando a los muertos, 439
- martirio de, XII–XIV, 435
- Patriarca de la Iglesia, XII
- Sociedad de Socorro, 197–205
- cuida de los necesitados, 199–201
- ejemplo de las primeras hermanas líderes de la, 202–203
- es dirigida por el sacerdocio, 204
- instituida por Dios, 198
- instruye a las hermanas y edifica la fe de ellas, 199–204
- oración de Joseph F. en el aniversario número 50 de la, 197
- servicio de la, 366–367
- Soldados, los, deben seguir siendo rectos, 430–432
- Sostenimiento, apoyo a los líderes del sacerdocio. *Véase* Líderes del sacerdocio, apoyo a los
- Sueño acerca del estar limpio, 101–102
- T**
- Tabaco. *Véase* Palabra de Sabiduría
- “Te damos, Señor, nuestras gracias”, composición del himno, 257
- Templo, 327–334
- entrar dignamente en el, 331–333
- experiencias de Joseph F. con los, 327–329
- importancia del matrimonio en el, 198–192
- ordenanzas del, restauradas por José Smith, 12
- para efectuar las ordenanzas de salvación, 329–331
- para la obra de historia familiar, 440–442
- ser fieles a los convenios hechos en el, 333–334
- Templo de Salt Lake, colocación de las piedras angulares, XIX
- Terreno, Joseph F. perdió un, para ir a una misión, 226
- Testimonio, 217–225
- cómo recibió Joseph F. su, 217–218
- de Jesucristo nos inspira a ser obedientes, 222–223
- de Joseph F., de Cristo, 1–9, 221, 223–224, 385–386, 460–462
- por medio del Espíritu Santo, 6–8, 219–221
- un don de Dios, 218–219
- Thompson, Mercy Fielding, XII, XV

Trabajo, valor del, 323–324
Trabajo, enseñar el valor del,
323–324
Tren, viaje en, Joseph F. oyó la
voz del Espíritu, 284
Tribulaciones. *Véase* Adversidad

U

Unidad, la revelación lleva a la,
393–394
Unión sexual, legítima en el
matrimonio, 170–171

V

Valentía, valor
de Joseph F. frente a matones
antimormones, 110
de la fe, 57, 113–115
Valor, valentía, valientes
ejemplos de las primeras
hermanas, 203
ejemplos de los primeros
líderes de la Iglesia, 115–117

el valor que la fe infunde,
112–115
en la causa de Cristo, 110–117

Verdad
nos libera del pecado, 127–128
procurar ser instruidos en la,
336–344
ser fieles a la verdad para evitar
ser engañados, 120–128
toda, está incluida en el
Evangelio, 337–338

Vestir, modo de, inmodestia en
el, 403–404

Vida premortal, fuimos parte de
la, 355–358

Vida eterna. *Véase* Exaltación

Visión de la redención de los
muertos, XXV, 388, 435–438

Voto de sostenimiento (de
apoyo), 227–228

Vulgaridad, 401

W

Wells, Emmeline B., 203

